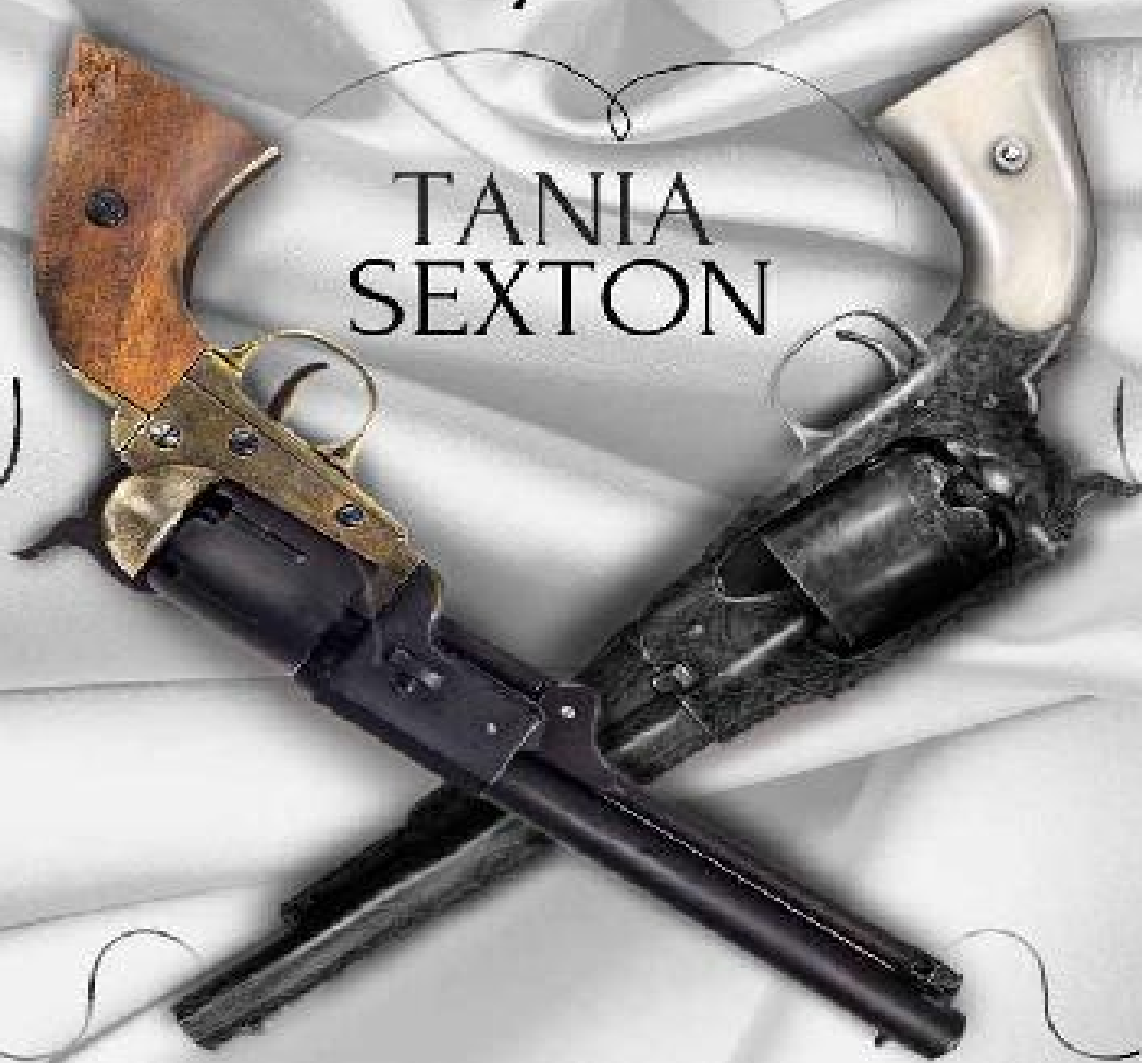


CARITA DE ÁNGEL

TANIA
SEXTON



CARITA DE ÁNGEL

TANIA SEXTON

Título: Carita de Ángel

©2019 Tania Sexton

Corrección: Manuel Zamora León

Diseño de la cubierta y maquetación: Mónica Gallart

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PRÓLOGO

LAS CAROLINAS

Unos meses antes de acabar la guerra.

Quitó de golpe y de una, la vieja alfombra y abrió la trampilla con manos temblorosas, pero intentando mantener la calma y, sobre todo, que la pequeña Taylor no lo notase. ¡Por todos los santos!, cuánto deseaba que acabase aquel infierno y poder hacer una vida normal, sin miedo a qué pudiera ocurrir, a despertarse por las noches con el corazón en la boca, temiendo que algo malo pudiera pasar; algo más malo de lo que ya habían pasado.

Miró a su hermana y vio el miedo en esos ojos turquesa; esos ojos que hacían que la gente los mirase de manera curiosa y a veces impertinente, de tan bellos que eran y tan poco comunes. De hecho, Alessia que tenía más de veinte años, no había visto nunca, color semejante. Por Dios, tenía que mantenerla a salvo, era una niña, pero una niña que llamaba demasiado la atención por su belleza y con un cuerpo que comenzaba a emerger de una forma temerosa; pero sí, ya tenía el mismo tamaño de busto que ella y solo tenía catorce años. Alessia la tomó por los hombros y mirándose frente a frente, observó maravillada aquellos ojos azul turquesa que le devolvían la mirada. Grandes, inocentes y bellos hasta el infinito. Esos asombrosos ojos bordeados de espesas y largas pestañas marrón oscuro al igual que sus cejas, se clavaron en la hermana mayor, con adoración, con respeto y con miedo, mucho miedo.

—Baja y escóndete. Ni se te ocurra moverte hasta que venga a por ti. Oigas lo que oigas, no salgas, ¿me has entendido?

—Pero... —iba a replicar la pequeña, que consideraba que, con catorce años tenía todo el derecho a opinar.

—No hay peros que valga, Taylor. Baja y cierra la boca y ni se te ocurra moverte, porque si no me obedeces te daré una paliza que no olvidarás en años. ¿Te queda claro?

—Pero quizás son de los nuestros —logró decir de corrido, notando como los delgados dedos de Alessia se le clavaban en los hombros y sus ojos azul grisáceo la miraban con fiereza, sabiendo que eso significaba que estaba muy preocupada; y su hermana no era una histérica, nunca lo había sido.

—Da igual, Taylor. Yanquis o confederados, da igual. Son hombres y no sabemos qué intenciones traen. —Sacó el revólver de su delantal y se lo entregó—. Si tienes que usarlo, hazlo. No dudes ni un segundo. ¿Te ha quedado claro?

—Sí —contestó la pequeña, más preocupada de lo que quería reconocer. Alessia le metió un rizo cobrizo detrás de la oreja y observó ese cabello llamativo como todo lo de esa criatura. Entre rubio dorado, cobre y rojo oscuro, era una mezcla tan inusual como hermosa y con la mezcla de esos llamativos ojos que la miraban de par en par, la hermana mayor tragó saliva.

El padre, que en paz descansa, siempre decía que eran igual que las aguas del Caribe en un día de pleno sol, que su mujer había parido una chiquilla, con los ojos endiabladamente azules y el pelo, una llamarada de fuego de todos los matices. Él, que siempre deseó un hijo, había sido padre de tres niñas, a cuál más hermosa, pero la pequeña Taylor se llevaba la palma.

Alessia apartó esos pensamientos y azuzó a la hermana.

—Venga, abajo. Y no olvides lo que te he dicho.

—¿Y mamá? —preguntó con un hilo de voz, mientras clavaba esos ojos sobre los de la hermana.

—No te preocupes por ella. No se puede mover, no puede hablar, no se entera de nada, ya lo sabes. Si entran en la casa, solo verán a una mujer enferma y no le harán nada. Pero no quiero que te vean a ti.

—Pero tú podrías esconderte conmigo, y así se irán —replicó con voz llorosa, para ver que su hermana se enfadaba más de lo que estaba.

—Haz lo que te digo y cállate. Si nos escondemos las dos y ven a mamá, revolverán todo y nos encontrarán, así que obedece de una maldita vez y a callar. Y escucha una cosa, si viene alguien que no sea yo, disparas. ¿Está claro? —Casi le gritó de los nervios que tenía.

Estaban solas en el mundo y no iba a permitir que le pasara nada malo a su preciosa hermana.

Taylor movió la cabeza y penetró hacia el oscuro sótano. Sus oídos escucharon cerrar la trampilla y colocar la vieja alfombra y la mesa de comedor, encima. Escuchó sus pasos ligeros y el golpe de la puerta principal al cerrarse. Se agazapó en un rincón y miró las rendijas de la madera del techo, que a su vez, era el suelo del comedor y se quedó contemplando las motas de polvo en suspensión. Solo oía su respiración, a pesar de que afinaba el oído para apreciar todo lo que pudiera llegar hasta ella; pero lo único que escuchó, fue el crujido de la cama de su madre al moverse. El tiempo se le hizo eterno y cuando había pasado casi una hora, a ella le parecieron cuatro, sin pensarlo dos veces, se levantó y fue hasta las escalerillas, empujó la trampilla desplazando la alfombra y salió a gatas por entre las patas de la mesa. Se puso en pie y se quedó quieta. No se oía nada. Fue hasta la habitación de la madre y se asomó, viéndola tranquila y durmiendo, como pasaba la mayor parte del tiempo. Tenía una palpitación en el corazón y su estómago hizo ruido, y no de hambre precisamente. Algo malo pasaba, lo sentía, lo intuía.

Palpó el revólver dentro del bolsillo de su delantal, lo sacó, lo amartilló y se dirigió hasta la puerta. Estaba anocheciendo y vio que en el granero había luz, la luz de uno de los candiles. Sigilosa como un gato, escondiéndose entre las sombras, llegó hasta la puerta del viejo y destartado granero. La puerta entreabierta, dejó salir los sonidos y ella pegó un ojo turquesa a la ranura y vio a los intrusos. Tres hombres: dos de pie y otro en el suelo. A su hermana no la vio, pero la estaba escuchando, muy débilmente, llorando y gimiendo. Las guerreras de los hombres estaban sobre una alpaca de paja, sucias, mugrientas y rotas o descosidas por varios sitios. Eran grises, eran de los suyos. Cuando asomó, lo que la niña vio con

toda claridad antes de disparar, fue a un hombre sentado encima de la paja con los pantalones abiertos, el pene flácido y mirando sin parpadear al que estaba encima de su hermana. El otro, de espaldas a ella, estaba con los pantalones bajados hasta los tobillos y por los movimientos que hacía, supo que se estaba tocando ahí y esperando su turno.

Al primero que mató, fue al que descansaba en la paja, que al ver a esa preciosa niña con un revólver más grande que ella, sonrió antes de que la bala saliera, sin poderse creer que lo iba a matar una cría que apenas había salido del cascarón, pegándole un tiro en el vientre, para desangrarse lentamente hasta morir. Cuando el que se estaba tocando se volvió sobresaltado, sin soltar su miembro, recibió el siguiente tiro en toda la frente, cayendo en el acto; y el último, el que ante la explosión de esos dos tiros, reaccionó de manera más lenta y torpe, debido al alcohol que llevaba encima y al orgasmo que estaba a punto de conseguir, le entró la bala por el cráneo para salir por la frente y caer desplomado encima de Alessia.

Tiempo después, Taylor Lewis Weide jamás se arrepentiría de aquellos disparos ni de esas muertes; solo se arrepintió de haber hecho caso a su hermana y no haber salido antes. Si hubiera llegado antes, habría matado a esos hombres y su hermana se habría salvado de la desgracia.

En el futuro, algo así no volvería a suceder. En el futuro, ese viejo revólver sería una prolongación de su mano y no se separarían, ni para dormir. En el futuro, si un hombre se acercaba a ella y hacía amago de sacarse lo que tenía entre las piernas, le volaría la cabeza sin pensarlo y sin pizca de remordimiento.

CAPÍTULO 1

Año 1869.

Boston.

Ralph Hathaway llegó a su casa de Louisburg Square en Beacon Hill, cansado y con ganas de tomarse un trago, para después dormir durante seis o siete horas, cosa que no ocurría últimamente. Había pasado el día, como la mayoría de los días, moviéndose de los astilleros a la fábrica de armas y de ahí a la empaquetadora de bacalao, para después acercarse hasta las oficinas de Charles Street pasando más de tres horas y luego ir a las fábricas de confección y de artículos de cuero, dejando para el día siguiente la visita a la fábrica de ladrillos en Cambridge. Los intereses de las empresas Hathaway eran tantos, que no le dejaban tiempo para estar ocioso, a no ser que alguien considerase ocio la hora diaria que le dedicaba al boxeo, o a la equitación los fines de semana, pero sin desconectar ni mental ni físicamente de los múltiples negocios, todos llevados por el pequeño de los Hathaway. Más de un ciudadano de la honorable ciudad de Boston, pensaba que había sido una suerte que el hijo menor de Joss Hathaway tomara el mando de todas las empresas al volver de la guerra y que gracias a ello, hubiera más gente trabajando en ellas y cobrando un salario decente; porque si el viejo y el hijo mayor, todavía siguieran con vida, seguramente las empresas se habrían ido al garete o habrían pasado a otras manos más eficientes.

Desde que Ralph tomó el timón en 1866, los negocios que ya existían se ampliaron y mejoraron; creciendo de forma rápida y provocando la creación o la compra de otros. Pero, fue una sorpresa para la mayoría, ya que el joven Ralph fue un joven díscolo, vividor y temerario hasta que decidió alistarse y luchar por la abolición de la esclavitud. Nunca le gustó estar bajo el mando del padre y menos

del hermano, a los que consideraba uña y carne, dispuestos a llevar las empresas familiares sin su ayuda. Tal vez todas esas circunstancias fueron traídas por el propio destino; teniendo en cuenta que había seis años de diferencia entre los hermanos, que la salud de Joss júnior siempre fue delicada y que la inteligencia tampoco le sobraba. Pero el padre no veía eso, y al hijo menor le repateaba las tripas que su progenitor no quisiera darse cuenta de la realidad, de que él era mucho más listo que los dos juntos y que prácticamente no le hiciera caso ni en la niñez ni en la adolescencia; fastidiándole de alguna manera, que ese hijo nacido el cuarto, pues dos niñas entre medio murieron al poco de nacer, fuese más sano, fuerte, guapo e inteligente que su primogénito.

El mayordomo de color se acercó hasta el señor, llevando una bandeja de plata con una nota encima, justo, cuando se iba a llevar el vaso a los labios. Los ojos azul oscuro, que a veces parecían negros, lo fulminaron con una frialdad a la que el fiel empleado estaba acostumbrado y no le daba la mayor importancia. Su jefe era así, fiero y brusco como una tormenta de invierno, qué se le iba a hacer, pero honrado y cabal, a pesar de ese genio del demonio.

Y encima pagaba bien.

No señor, no se podía quejar.

—¿Qué cojones me traes ahora, Charles? —Las palabrotas formaban parte de su vocabulario cuando no había damas delante y el viejo mayordomo estaba más que acostumbrado a esa forma de ser y de hablar.

—Siento molestarlo señor, pero ha llegado esta tarde y el mensajero ha dicho que era urgente. —El gesto de Hathaway no mejoró.

Dejó el vaso encima de una mesita de la caoba más delicada y cogió la carta, viendo que era de Weide y preguntándose qué es lo que necesitaba ese hombre de él. Sus dedos largos y ágiles, abrieron el sobre y leyeron la corta misiva:

«Siento molestarle Hathaway, pero necesito que venga a casa con urgencia. Si no puede venir a lo largo de lo que resta del día, lo comprenderé, pero es prioridad para mí hablar con usted,

especialmente antes de que emprenda el viaje. Gracias de antemano. Maxwell Weide».

Se levantó del cómodo sillón y apuró el trago, molesto por no saborearlo lentamente. Le dijo a Charles que llamara al cochero, mientras se guardaba la nota en un bolsillo interior del chaleco y se volvía a poner la chaqueta.

La casa de Weide no estaba en la señorial plaza rectangular de Louisburg, sino en Chestnut Street y podría haber ido andando, dando un paseo y estirando las piernas, pero estaba tan cansado que ni se le pasó por la cabeza.

Entró por la puerta principal y el criado lo condujo hasta el despacho biblioteca, donde se encontraba el doctor Weide, levantándose de un salto en cuanto vio al hombre del que todo el mundo hablaba y para bien y todas las damas casaderas deseaban atrapar, sin obviar a las casadas, que no les importaría tenerlo de amante; a sabiendas de todas las murmuraciones que pululaban en ciertos ambientes y que proclamaban la hombría de Hathaway.

—Le agradezco infinitamente que haya venido, Ralph. Y más, sabiendo lo ocupado que está —le dijo mientras se estrechaban las manos, para indicarle con un gesto, un cómodo sillón y preguntarle si quería un whisky.

Sirvió dos tragos y se fijó en su invitado, que estiraba sus largas piernas y las cruzaba a la altura de los tobillos, para tensar los músculos y hacer una mueca de cansancio. Debería ser rápido, pero no tanto como para parecer que el asunto no era de importancia; ya que para él sí lo era y si tenía que recurrir a otras personas, lo haría, pero antes debía probar con Ralph.

—¿Un día duro? —preguntó, sentándose al lado del invitado. Este, torció el gesto y no mostró simpatía en su atractivo rostro. Pasándose una mano grande y morena por la barba crecida desde el afeitado matutino, contestó sin muchas ganas.

—Como todos. Ni más, ni menos.

—Ya. Es usted un hombre de negocios. Un brillante hombre de negocios, a parte de un héroe de guerra. —Ralph lo miró a través de sus negras pestañas y fue directo al grano.

—¿Qué ocurre? —Maxwell carraspeó y se pasó la mano por la cara.

—Verá, no sé si se acordará de que tengo una hermana, o tenía, que hace muchos años se fugó con un sureño muerto de hambre...

—La expresión de Ralph no cambió. Se mantenía serio y con pocas ganas de hablar, el maduro doctor optó por seguir—. He recibido una carta, una carta extraviada durante mucho tiempo y me preguntaba si podía hacerme un favor. —Ralph seguía sin hablar, mirándolo fijamente con esos ojos duros como el pedernal, que servían muy bien para jugar al póker, para negociar o para lo que fuera, porque no transmitían nada. Ningún sentimiento. El doctor cogió una carta de una mesa—. ¿Le importaría leerla? —El hombre alargó la mano y con esos dedos, que igual manejaban un semental de primera, que llevaban el timón de cualquiera de sus barcos, o acariciaban a una mujer hasta hacerla delirar, desdobló el papel y leyó la carta escrita con una letra apretada y sin espacios libres, para no desperdiciar papel, legible, pero algo torpe y temblorosa:

«Querido hermano, deseo que te encuentres bien y espero que estas pocas palabras puedan llegar a tus manos, en el laberinto de esta macabra guerra. Tal vez sigas enfadado conmigo, y sí es así, no te lo reprocho, pero no te voy a engañar, si volviera atrás haría lo mismo, paso a paso, a pesar del dolor que os causé. En fin, esta carta es para pedirte un favor, un gran favor. Mi esposo ha muerto en esta lastimosa guerra; cruel y odiosa guerra y a pesar de mi enfermedad, pero solo a modo orientativo, te diré que la mitad de mi cuerpo está paralizado o casi y presiento que esto no se va a quedar así. Por eso te pido el favor más grande que pueda salir de mi boca, que cuides de mi familia. Te lo suplico, te lo ruego, te lo pido por lo que más quieras, de ese modo podré morir con cierta paz, sabiendo que mi buen hermano cuida de mi pequeña familia. Alessia, es perfecta, lo podrás comprobar por ti mismo y no te dará ningún problema; buena, dulce y aplicada, aparte de hermosa por fuera, como por dentro. ¡Cuánto daría por verla casada, con un buen hombre que la valore y la respete! Es la mayor, la segunda, pobrecita, murió de pequeña y luego está Taylor... bueno, mi Taylor es... eso ya es otro cantar. Tiene buen corazón, de verdad que sí,

pero a veces la cabeza de chorlito impera sobre todo lo demás, pensando solo en subirse a los árboles, pescar en el riachuelo y disparar el viejo Colt de su padre, pero bueno, acaba de cumplir catorce años, espero que pronto madure. Dios me perdone, a veces me saca de quicio, pero como te he dicho antes, tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Como verás, no te oculto nada, te digo las cosas como son y por lo que más quieras, no nos dejes al amparo del destino, no por mí, que ya no importa, pues tal vez cuando estas letras lleguen a tus manos yo ya no esté en este mundo, pero... pero mi familia te necesita. Hermano, si esta carta llega a tu poder, te lo suplico, no la dejes en el olvido. Con todo mi amor, Verónica».

Terminaba con una dirección de Carolina del Sur.

Los ojos azul oscuro del hombre dejaron de leer y le devolvió la carta al anfitrión, pero sin decir nada.

—Como habrá visto, está fechada unos meses antes de acabar la guerra. —Ralph movió la cabeza, pero siguió sin decir nada, haciendo que Maxwell se pusiera nervioso—. Tengo entendido que va a las Carolinas dentro de unos días.

—Así es —afirmó la voz profunda y grave del hombre.

—Me gustaría que fuese a por la familia de mi hermana, ya que no creo que ella esté viva a estas alturas. No quiero que lo interprete como un pago por haberle salvado el brazo en la guerra. —La mirada oscura se clavó en el rostro del médico, sin inmutarse ante esas palabras—. Se lo pido por la amistad que nos une y por la confianza que tengo en usted. Podría encargarse esto a unos detectives, pero sabiendo que va a las Carolinas y que conoce el terreno... no creo que le lleve mucho tiempo.

—¿Y si no los encuentro? —preguntó sin emoción.

—Pues nada. Qué le vamos a hacer; pero, aun no encontrándolos, siempre podrá averiguar algo, algún tipo de información, alguien sabrá de ellos. —Los ojos de Ralph no pestañearon y no dejaron de mirar al hombre.

—Alessia y Taylor... —Dejando la frase inacabada.

—Lewis. Lewis era el apellido del desgraciado con el que se fugó. —Maxwell movió la cabeza, recordando aquella época—. Menudo

disgusto se llevó mi madre y no digamos mi padre. En fin, son cosas que pasan. Si al final fue feliz... qué quiere que le diga, Ralph, no conozco a esos chicos, puede que la mayor esté casada y el pequeño tendrá dieciocho años más o menos, igual se ha buscado la vida por otro sitio. Pero a mi edad y sabiendo lo que sé, lo que mi hermana me ha escrito, ¿cómo no intento saber algo de ellos? A fin de cuentas, son mi familia. —Ralph movió la cabeza. Sí, tenía razón. La familia era la familia; por muy hijos de puta que fueran, era la familia.

Se levantó del cómodo sillón de cuero y el metro ochenta y nueve, apabulló el metro setenta y siete del maduro doctor.

—Me voy dentro de dos días. No le prometo nada —zanjó, al tiempo que extendía la mano y Maxwell se la estrechaba.

—Tampoco se lo pido. Haga lo que esté en su mano, nada más. ¿Necesita la carta o que le escriba la dirección?

—No es necesario —contestó el hombre, ya que todo quedaba en su cabeza. Para bien o para mal, lo recordaba todo.

Salió de la elegante casa y subió al coche que le esperaba, para volver a su casa e intentar dormir un poco. El traqueteo del lujoso carruaje sobre los adoquines de la calle no duró ni cinco minutos, pero la mención de la herida del brazo, removi6 todos los recuerdos de aquel aciago día. Las experiencias vividas en la guerra no desaparecían nunca y la metralla que recibió su brazo derecho y que el doctor extrajo con total maestría, se lo recordaba de vez en cuando, cuando miraba la cicatriz y sus pensamientos volaban.

En esos momentos podía pensar que no fue para tanto, porque para él no lo fue, pero estaba claro que podía haber perdido el brazo igual que otros perdieron cualquier miembro de su cuerpo. Una infección y se iba todo a tomar por culo. Sí, efectivamente le debía algo a Maxwell, tal vez mucho. Era inevitable.

El destino había jugado sus cartas y después de la batalla de Chantilly, acabó con un buen agujero en el brazo, una bala dentro y un chapoteo de metralla alrededor de esta y por el pecho. Claro que podría haber sido peor y ser uno de los 1700 muertos, o de los casi 6000 hombres desaparecidos o hechos prisioneros a lo largo de las diversas batallas que configuraron La Campaña del Norte de

Virginia, también conocida como Campaña del Segundo Manassas. Recordaría toda su vida el 30 de agosto y el día siguiente de 1862, en que el ejército confederado ganó en el norte de Virginia y ellos tuvieron que salir con el rabo entre las piernas. Él no tendría que haber estado en el ejército de Virginia, pero por alejarse de casa y utilizando sus contactos, allá que se fue. Recién creado, el 26 de junio de 1862, con el general de división John Pope, al que puso Lincoln con idea de que trajera una gran victoria para la Unión. «Pope es más agresivo que McClellan, haremos todo el daño posible», decían unos... «Nos los vamos a comer» decían otros, pero lo cierto fue que después de varias y seguidas batallas, el 1 de septiembre, en un amplio movimiento de flanco, las tropas del general de división Thomas J. Jackson les intentaron cortar la línea de retirada al ejército de Virginia. Las dos divisiones federales, después de un duro combate, consiguieron conservar el terreno que defendían y de ese modo, huir hasta Washington y darle la victoria a Lee y los suyos.

Cuando él llegó a la tienda de campaña que servía de enfermería, Maxwell, uno de los 10.000 cirujanos de la Unión, un enfermero, un cirujano asistente y demás encargados de enfermería, hacían todo lo que estaba en sus manos para ayudar a morir a los más desgraciados, intentando curar de la mejor manera posible a los que tenían la posibilidad de seguir con vida, aunque fuera con un brazo o con una pierna menos, si es que eso ocurría, ya que debido a la falta de higiene, eran muchas las muertes después de los postoperatorios.

Y el doctor lo pasaba mal, ya que era un perfeccionista y no un chapucero; para designarlo a él, no se debía utilizar el término matasanos, o sacamuelas, porque era todo lo contrario. Pero en el decorado de una guerra, no había tiempo para hacer maravillas, no tenía todo el material que él consideraba que era necesario, pero, sobre todo, faltaba tiempo... tiempo, tranquilidad y silencio y lo más importante: asepsia. ¿Pero cómo puedes tener higiene y limpieza en un lugar donde impera el caos?; era imposible. Y, aun así, su maestría era casi absoluta, para arreglar huesos, extraer balas con delicadeza y no dañar el tejido, al menos, más de lo que ya estaba,

cerrar feas heridas en el vientre o en el estómago, esperando que no se infectaran, cosiendo cueros cabelludos y dando gracias de que los huesos craneales fueran los más duros, a pesar de que esas heridas sangraban sin piedad. Y había que correr, y había que hacer distinciones; el que podía esperar, esperaba; el que urgía operar, se operaba y el que no tenía arreglo, se dejaba. Y la suerte la tuvo Hathaway, que llegó el último. Entrando por su propio pie, habiéndose hecho un torniquete y un vendaje chapucero, pero eficiente. Cuando vio que todos sus hombres estaban a resguardo, que los heridos eran atendidos y que por los muertos nada se podía hacer y los moribundos entraban en ese grupo, fue entonces cuando se acercó al cansado doctor y le pidió si era tan amable de ver su brazo.

Maxwell Weide, con más de veinte años que el atractivo capitán Hathaway, lo conocía de toda la vida, pues los dos procedían de Boston; de lo mejor de la sociedad bostoniana, pero a pesar de ello o a causa de ello, mantenían una relación cortés pero fría; que, por cierto, no es lo que deseaba el doctor, pero la frialdad del más joven no daba lugar a estrecheces, ni confianzas de ningún tipo. Hathaway no era por naturaleza simpático, ni muy sociable que dijéramos, a excepción de la época desmadrada de juventud.

Sí, pero eso ya era historia.

El médico reconoció al hombre nada más verlo, a pesar de la suciedad que portaba y del estado lamentable de sus ropas, clavando la mirada en el musculoso brazo tapado por la desgarrada manga de la camisa, el torniquete hecho con el propio cinturón y el tosco vendaje hecho con el faldón de la camisa. Hizo que se tumbara y pidió a un ayudante todo lo que necesitaba. Quitó todo lo que estorbaba, dejando el brazo desnudo y sin dejar de mirar el balazo, limpió, desinfectó y calibró la profundidad de la herida. Se puso manos a la obra, aprovechando que el capitán no decía ni pío y comprobó que la bala estaba dentro, pero parecía que no había tocado el hueso, seguramente gracias a esa formidable musculatura que había frenado la velocidad de entrada del proyectil. El resto de las pequeñas heridas, no le dio importancia, dejándolas para el final. Le dijo que había que extraer la bala para evitar males mayores y de

paso, cortar la hemorragia que, aunque débil, persistía. El capitán no dijo nada, solo movió la morena cabeza y esos ojos azul oscuro ni pestañearon. Cogió la botella de *whisky* que le ofrecieron y llevándosela a los labios, pegó un buen trago de una sola tacada. No quedaba anestesia, el cloroformo se había agotado hacía tiempo, le dijo el doctor, la operación sería a pelo.

—Es lo que más me gusta, doctor. A pelo. —Fueron las únicas palabras que dijo el hombre, mostrando una mueca por sonrisa y haciendo que los hombres sanos o medio sanos, sonrieran un poco ante tanta desgracia.

La bala estaba anclada en el tríceps y el médico estaba seguro de que, al estar tan fuerte y desarrollado, había evitado que se alojara en el húmero y partirlo en dos; una suerte, dijo el doctor.

Esos ojos, oscuros como la noche, miraron al médico y aunque la boca no sonrió, la mirada sí lo hizo.

—Es el día de la suerte —repitió sarcástico el herido—. A pelo y viviré un poco más. A ver si para la próxima, damos por el culo a esos sureños y la suerte es completa. —El doctor lo miró por encima de sus lentes.

—No se lo tome a guasa. Una bala alojada tan adentro y no sacarla, trae infección y amputación; eso sin contar que no llegue a la sangre, porque entonces se acabó la suerte... para siempre. —El doctor no añadió: «sin contar con la suciedad de toda índole que hay a nuestro alrededor y que le daría las máximas posibilidades de pillar una infección sí o sí».

Pero el capitán Hathaway no se tomaba a guasa nada, porque a pesar de que tuviera mucha ironía y una buena dosis de cinismo, pocas veces bromeaba y cuando lo hacía, llevaba doble intención, logrando dos cosas, que la persona presente no lo captara, o que sí, y sí así era, podía darse la situación de no ser bien recibida o entendida.

La guerra quitaba las ganas de bromas, pero, por qué excusarse con esta, si antes de que empezara todo este lio entre el Norte y el Sur, él no era precisamente la alegría de su casa. Como su querida madre decía: fuiste el niño más simpático y más hermoso del mundo, para convertirte en el jovencito más huraño, frío y hostil,

porque la belleza sigue contigo y a pesar de ese gesto duro, sigues siendo el más guapo de la familia.

Mientras duró la operación, él se dedicó a recordar tiempos pasados. Casi se le formaba un amago de sonrisa cuando pensaba en su hermosa madre, pero el gesto se le torcía al ver la cara de su padre y la de su hermano mayor. El delicado y enfermizo Joss júnior. Seis años de diferencia, dos niñas muertas entre ellos. No es que no quisiera a su hermano, no era eso, es que no sentía nada por él, igual que Joss no sentía nada por Ralph, a pesar de que la madre siempre intentó estrechar lazos. Pero cuando el pequeño ya tuvo edad para comprender, cuando fue consciente de que el padre solo miraba por el primogénito, cuando no mostraba alegría por las proezas físicas del menor, cuando parecía que las estupendas notas en el colegio no le producían ni frío ni calor, fue cuando comenzó a salir el fiero y salvaje carácter, descontrolándose más de una vez. Aquello dio lugar a que el padre lo internase en un colegio, «para pulir», palabras textuales, ese genio agresivo e invasivo, que no traería nada bueno a la familia.

Cuando en la universidad, fue de los primeros de su promoción, el padre sintió que el autor de esos méritos no fuera Joss y por ese motivo, no le dio mayor importancia, diciendo que lo que no costaba esfuerzo, no era digno de alabar. Jódete, fue el pensamiento de Ralph, no diciéndolo en palabras, porque a pesar de todo, él nunca perdía el respeto a sus mayores. Fue entonces cuando decidió gastarse la fortuna que le dejó su abuelo materno, decidiendo que les dieran por culo a su padre y a su hermano, y que se pudrieran los dos en el mismo caldo de cultivo. La madre en un principio lo dejó hacer, para después, con buenas palabras y muchos mimos, cuando se dejaba, convencerlo de que guardara un poco para invertir y no desaprovechara esa inteligencia que Dios le había dado. Pero vino la guerra... y se alistó.

Sentado en su sillón, en su despacho, rodeado de paredes revestidas de madera y de librerías llenas hasta el colmo, saboreaba un *whisky* añejo y sin ánimo de subir a dormir. La visita a Weide había traído tantos recuerdos, que se le quitó el sueño por completo. Movié la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz; no perdería

mucho tiempo buscando a la familia Lewis. Si los hijos seguían en la granja, cosa que dudaba, los encontraría y si no, alguien sabría algo como para indicarle el camino a seguir. Si estaban por los alrededores, los encontraría y si el destino era otro más lejano o desconocido, volvería una vez hechos sus negocios y le expondría a Weide la situación.

Fijó esos ojos intensos y de heladora mirada en un punto indeterminado, preguntándose por qué tenía de todo y se sentía vacío. Torció la boca mostrando su desencanto y se tragó de una el excelente licor, diciéndose a sí mismo, que la falta de sueño le hacía pensar idioteces y entonces, miró su brazo derecho, envuelto en la manga de su inmaculada camisa blanca y sonrió, mostrando unos dientes blancos y fuertes. Solo quedaba una larga cicatriz, nada más. Cerró perfectamente, no en falso como ocurría más de una vez y no tocó ninguna vena, ni arteria importante, cosa de agradecer a su buena suerte, como dijo Weide, el hueso intacto y la bala extraída con sumo cuidado y la buenaventura de no infectarse. «Bueno, qué cojones», pensó, «qué menos que hacerle el favor al buen doctor»; a fin de cuentas, el barco era suyo y podía hacer lo que le diera la gana. Intentaría encontrar a Alessia y a Taylor Lewis y si lo conseguía, los traería de vuelta a la tierra de los antepasados de su madre. A no ser que la mayor estuviera casada y el muchacho, lo último que desease, fuera arrimarse a un cerdo yanqui para irse con la familia de la madre.

Pasó sus manos por el espeso cabello negro como el carbón, peinado hacia atrás y terminando en los rizos que se le hacían en la nuca, pensando que lo llevaba demasiado largo. Esperaría a la vuelta para cortarlo, además, a sus amantes les gustaba enredar los dedos en esos rizos cuando las conducía al orgasmo. Deseando echar un buen polvo en cuanto tuviera oportunidad, y si no, haría un hueco fuera como fuese, cogió la lámpara y abandonando el despacho, se dirigió hasta la escalera de esa lujosa casa en la que vivía, solo, con sus criados. Las piernas largas y fuertes, subieron de tres en tres los escalones y en cuestión de pocos minutos, estaba tendido y desnudo sobre la enorme cama.

¿Cómo serían los cachorros de Lewis? ¿Cuánto les molestaría la llegada de un norteño, en misión de rescate? ¿Cuánto tardarían en mandarlo a tomar por culo? A pesar de los cuatro años transcurridos desde que acabó la guerra, al final, era como si solo hubieran pasado cuatro meses. El odio y el rencor seguían vigentes y en todo su apogeo. Las miradas despectivas y a veces arrogantes, se clavaban sobre su persona cada vez que iba al Sur, y aunque sus visitas eran por negocios y siempre dejaba una buena suma de dinero en manos sureñas, pensaba más de una vez, que después de coger el dinero le iban a dar una patada en el culo y decirle que no volviera más. Claro que eso nunca ocurría, no estaban los tiempos como para hacer el tonto y el dinero, aun viniendo del Norte, era cogido y bien guardado en el bolsillo.

Las cosas mejorarían tarde o temprano, pero Ralph era muy consciente, que el Norte una vez acabada la guerra podría haber ayudado al Sur, pero claro, sí así hubiera sido, no se habrían enriquecido de manera feroz, incluido él mismo. Las industrias siempre estuvieron en el Norte y al acabar la guerra, estas crecieron tan rápido y el dinero se movió a una velocidad nunca vista, que las fábricas no daban abasto de todo lo que se necesitaba producir, y entonces, llegaba la gran pregunta: ¿quién quiere reconstruir el Sur, si la riqueza siempre ha estado en el Norte y ahora mucho más? En Pensilvania se descubrió petróleo y añadiendo los yacimientos de hierro, de carbón y de plata, quién tenía tiempo de preocuparse de las ciudades destruidas del Sur, de los puentes volados, de los bancos sin un centavo, las pocas industrias cerradas, las casas abandonadas, deshabitadas, las grandes plantaciones siendo un fantasma de lo que habían sido. Eso era el caos y el Norte no tenía ni tiempo ni ganas para adentrarse en ese caos, porque una cosa era la ocupación militar y la opresión, y otra muy distinta era ayudarlo a salir del hambre, del agotamiento y de la miseria.

El Sur solo contaba con devastación, ruina total; las cosechas disminuidas de una forma alarmante, incluso el algodón, que había mantenido la economía durante décadas, era difícil hacerse con un buen cargamento. Lo mismo pasaba con el arroz, el azúcar y hasta el tabaco, que se redujo en dos tercios. Y Carolina del Sur, donde él

iba a ir en pocos días, fue el primer estado en separarse de la Unión y fue allí donde comenzó la guerra. Y ahora, en 1869, solo hacía un año que ese estado volvió a incorporarse a la Unión, al cumplir los términos establecidos por el Congreso, acatando la nueva Constitución que reconocía el derecho al sufragio de la población negra. Pero cuando uno tiene que tragar con lo que le imponen, o con lo que es imprescindible para que sigas hacia adelante, aunque no te guste, no vas a estar mostrando los dientes constantemente en una dulce sonrisa; tragas con ello, pero no le vas a levantar una estatua a los que te han dicho lo que tienes que hacer. No señor. Para intentar contrarrestar lo que se les venía encima tras terminar la Guerra Civil, las legislaturas de los estados sureños, temerosos de cómo los antiguos esclavos pudieran hacer uso de su derecho al voto, decretaron «códigos negros», con la finalidad de restringir sus libertades y así, de ese modo y manera, los negros que no pagaban impuestos, que no sabían leer y escribir (en estos casos también se incluían a los blancos pobres), o que eran acusados de delitos menores, se les impedía el voto y, a estos últimos, se le sentenciaban a trabajos forzados y tenían suerte si no eran atacados por turbas violentas, deseosas de venganza.

En 1869, la Corte Suprema de Estados Unidos determinó que la Constitución permitía instalaciones y servicios separados para las dos razas, pero en las mismas condiciones, y sin tardar lo más mínimo, los legisladores del sur, destinaron a los negros instalaciones separadas, pero desiguales. ¡Faltaría más! Legalmente serían libres, pero los del Sur no se lo iban a poner fácil, no señor, en la mayoría de los casos, seguían tratados como esclavos. Y si antes eran los ricos plantadores de Virginia, los que marcaban las leyes a través de sus representantes, ahora eran los hombres de negocios del Norte, quienes marcaban las pautas a seguir y no aflojaban ante nada ni ante nadie. Que el Sur sufría, ellos se lo habían buscado, que no tenían para comer, que espabilaran, y si la reconstrucción tardaba en llegar algo más de la cuenta, pues que se aguantasen y esperaran su turno. No era nada nuevo, en todos los sitios ocurría lo mismo. Lo triste de una guerra civil era que al final siempre había lazos de algún tipo y familias que

se dividían y hermanos, primos, cuñados que se mataban entre ellos sin saberlo o más trágico todavía, sabiéndolo. Ralph Hathaway, siempre que iba al Sur, dejaba mucho dinero, pero no regalaba nada. Compraba y pagaba lo que le pedían si le parecía justo y si no, negociaba hasta llegar a un intermedio, pero nunca en plan explotador ni abusando de su estatus, pero tampoco regalando para evitar que se sintieran ofendidos y atacados en su honor. Pero llevaba algún tiempo sin bajar a Charleston y no era lo mismo quedarse por la costa, donde todo funcionaba más abiertamente, más cosmopolita y conociendo a la mayor parte de los mandos del ejército de ocupación, que adentrarse tierra adentro, donde los habitantes se volvían más desconfiados y huraños con los del Norte. Tendría que ir armado, más de lo que era habitual en sus viajes; no fuera que algún sureño rencoroso, le pegara un tiro por la espalda y se quedara más ancho que largo. No se fiaba ni de su sombra, nunca lo había hecho y en la búsqueda de los chicos Lewis Weide, no iba a ser diferente.

CAPÍTULO 2

Carolina del Sur

No tardó en ponerse en marcha y después de ver a conocidos y amigos militares y agasajarlos con una buena cena e inmejorables vinos y licores en el camarote de su lujoso clíper, al día siguiente, cogió prestado un caballo de una de las guarniciones de la ciudad y se fue hacia la llamada frontera. La granja de los Lewis estaba en las Llanuras, antes de llegar al Piedmont y debido a la altitud de esta meseta que dividía el estado, el agua caía de forma drástica en forma de cataratas y caídas de agua, haciendo el terreno fértil para la agricultura y habiendo zonas pantanosas y bosques con diferentes tipos de pinos, nogales americanos, magnolios, hayas, tupelos y demás especies.

A media tarde, pasó por la abandonada granja Lewis y un poco más arriba llegó a la granja Roberts, algo que ya sabía pues se lo informó un tendero en una aldea cercana, donde compró varias cosas. Dicho tendero lo miró de arriba abajo y al ver el dinero, le despachó la mercancía y le fue contestando a las preguntas, al tiempo que Hathaway iba dejando billetes encima del mostrador. Se pagaba por los alimentos y se pagaba por la información, así funcionaban las cosas, pensó el tendero que, sin ser viejo, estaba viejo y el gesto adusto con que miraba al yanqui, era de todo, menos amistoso.

La señora Lewis había muerto, después murió la bella Alessia, no supo exactamente de qué, o no le dio la gana de decírselo y Taylor Lewis vivía en la granja de más arriba, la de la viuda de Tom Roberts, ayudando en lo que hiciera falta, desde cortar leña, cazar, pescar, hacer las tareas de la granja, lo que hiciera falta, volvió a repetir el hombre. Hubo más preguntas, pero se cerró en banda y ya no quiso contestar ni una más. Hathaway, satisfecho, pagó

generosamente y se fue, sabiendo que era observado por el tendero y no despegando la mirada hasta que montó y partió desapareciendo en el bosque.

Faltaba poco para llegar a su destino cuando paró en seco. Caballo y jinete quedaron quietos y escuchando. Debido a la arboleda, Ralph no podía ver a los que mantenían tan gratificante conversación, pero los gritos eran tales, que no se iba a perder ni una sola palabra. Una voz femenina y otra masculina. Y si alguna vez escuchó una voz tan bonita, decir palabras tan mal sonantes, es decir, como las que empleaba él cuando no había mujeres delante, a no ser que la situación le superase, no lo recordaba. Porque, aunque las prostitutas y no todas, o las mujeres de baja estofa, emplearan lenguaje soez, los tonos de voz y la vocalización estaban en consonancia con las frases expulsadas por bocas sucias, pero esta voz atractiva, con ese acento sureño, meloso, acariciador, verbalizaba cada expresión que hizo mantenerlo encima de su tranquila montura y que se mordiera el labio para evitar reír.

—¡Me voy a cagar en tus muertos! ¡Si te acercas a mí, te vuelo los huevos y te dejo que te desangres en el pantano!

—Vamos, no seas tonta. Sabes que tarde o temprano va a ser; por qué no me dejas que te dé un poco de cariño, seguro que de esa forma se te aplaca ese carácter del demonio que tienes — replicó una joven voz masculina.

—¡Que te den por el culo! —replicó la hermosa voz arrastrando las palabras, provocando que los ojos azules de Ralph se entrecerraran.

—Anda, tontita. Cuando lo pruebes, tus dedos tocaran el cielo y entonces vas a pedírmelo a todas horas y yo te lo daré encantado.

—¡Fantoche de mierda! Lo que mis dedos están tocando ahora mismo, es la culata de mí revólver, para apuntarte a las pelotas y dejarte inútil para toda tu puta vida.

Por Dios, pensó el yanqui, menuda boquita. En esos momentos vio salir a un joven que no llegaría a los veinte y pensó sí ese sería Taylor. La espalda del joven fue hacia el norte y no se dio cuenta del intruso, mientras iba murmurando algo así como: «cuando te coja por sorpresa te vas a enterar, putilla estrecha».

El yanqui sonrió. Nunca había conocido a ninguna puta que fuera estrecha, y esperó a ver si salía la dueña de esa preciosa voz y de ese vocabulario sucio y barriobajero. Estaba seguro de que el chaval era Lewis y esta, alguna sureña rebelde y salvaje, en espera de ser capturada y presa del dominio masculino. Sonrió con una mueca, diciéndose que siempre era así; por mucho que las mujeres se resistieran, el noventa por ciento de las veces, era puro teatro. Al oír unas ramas crujiir, supo que estaba por ahí y esperó, lleno de curiosidad y alegrándose de que el caballo que montaba fuese tranquilo y no diera señales de su localización.

Entre las hayas surgió una figura vestida de hombre. Le daba la espalda y lo que el yanqui vio, fue una figura de mujer, algo más alta que la media, vestida con pantalones marrones, camisa azul claro con los faldones por fuera, sombrero calado hasta las orejas y una larga y gruesa trenza que le llegaba hasta la cintura, de un color entre rubio y cobre; y a la cadera, la cartuchera con el revólver. Fue en ese preciso momento, que había terminado la evaluación de la parte trasera de la muchacha, cuando el caballo dio un pequeño relincho y la muchacha se quedó clavada, llevó su mano a la cartuchera y se volvió lentamente. Cuando eso ocurrió, Ralph se fijó en cómo la camisa se pegaba a unos buenos pechos y no le extrañó que el muchacho anduviera caliente como un caldero de agua hirviendo. Pero entonces, la chica, sin quitar la mano de la culata del arma, se acercó despacio, lo suficiente para que el hombre se quedara mirando una boca llena, generosa y perfectamente equilibrada, para seguidamente, ver como la otra mano de la joven se echaba el sombrero hacia atrás, pero sin quitárselo y dejaba al descubierto la carita más preciosa que hubiera visto en mucho tiempo.

Por los clavos de Cristo, se dijo el hombre, si tiene una carita de ángel que no parece de este mundo. Pero, de qué color eran sus ojos, ¿turquesa? Jamás había visto semejante color en unos ojos, recordándole a las aguas que rodeaban las Bermudas.

Por Dios, qué belleza, era perfecta. Tan hermosa, que quitaba el aliento.

Y la belleza perfecta también observó al intruso con ojos desconfiados y evaluando lo que tenía a la vista. El caballo castaño volvió a relinchar, tal vez sorprendido ante tanta evaluación, mientras su jinete lo mantenía quieto en un mismo lugar. La chica se fijó en la culata del rifle metido en una preciosa funda de cuero sujeta a la silla de montar, y no cualquier silla, no, esa era de primera, pensó la muchacha, del mejor cuero, gastada por el uso, pero de primera, sí señor. El hombre era grande, muy grande y vestía ropas caras, seguramente hechas a medida; este tipo era del Norte, seguro, pensó deslizando la mirada turquesa por los dos revólveres que llevaba a la cadera, con cachas de nácar o de marfil, no estaba segura. ¿Sería un pistolero? No podía verle bien el rostro, el sombrero tapaba la parte superior y solo lograba ver una mandíbula cuadrada y oscurecida por la barba de un día, no más. Se fijó en esas manos grandes que descansaban en el cuerno de la silla y sintió un poco de repelús. Qué diablos buscaba, o a quién. No se lo pensó y en vista de que él no dejaba de mirarla, pero no decía nada, fue ella la que preguntó:

—¿Se ha perdido, señor? —El hombre sonrió ante la pregunta.

En verdad, la niña era un bombón y los ojos oscuros como pozos de agua, la recorrieron entera. De arriba abajo, de abajo arriba, pensando que tenía que tener un cuerpo precioso, con curvas en los lugares correctos, como a él le gustaban las mujeres; pero esta era una cría, una cría medio salvaje y mal hablada.

—Sí, estoy buscando a una persona. —La joven sintió un corre, corre, por su joven cuerpo al oír esa voz profunda, varonil y con acento del Norte sin ninguna duda.

Se acercó un poco más, pero sin quitar la mano de la empuñadura del revólver y a Ralph le hizo gracia.

—¿Y cómo se llama esa persona que busca?

—Quieres saber demasiado. —Señaló hacia la granja y volvió a preguntar—. ¿Es esa la granja Roberts? —La muchacha estiró el cuerpo, proyectando los pechos hacia delante, pero sin ser consciente de ello. De lo que fue consciente, fue de la sonrisa torcida del hombre y eso le molestó.

—¿Y quién lo pregunta? —Fue entonces cuando él se bajó del caballo y ella, instintivamente echó varios pasos hacia atrás.

Era más grande de lo que había supuesto. Alto y fuerte como un toro, pensó la muchacha, sintiendo que se ponía nerviosa. Entonces el hombre se echó el sombrero hacia atrás, dejándolo caer a la espalda y vio por completo el rostro, mirándolo fijamente, al tiempo que admiraba descaradamente el atractivo de ese hombre. Ella no estaba acostumbrada a tratar con tipos así. Los jóvenes de su edad o algo mayores que la acosaban continuamente, no eran de su interés y los más mayores, no eran tan guapos como este hombre.

—Ya que tienes tanta curiosidad, busco a la familia Lewis. —Su voz sonó fría y dura y esa contestación y esa contundencia, provocó que el estómago de la joven diera un vuelco. Tragando saliva, se separó otro poco para no tener que echar tanto la cabeza hacia atrás y se atrevió a preguntar:

—¿Y usted es? —La carcajada masculina resonó entre los árboles y ella se contrajo temerosa, pero haciendo todo lo posible para que no se notara.

En esos momentos, una voz femenina y algo bronca para ser mujer, se oyó desde arriba, desde un pequeño porche de una casa vieja, que pedía a gritos, arreglos por todas partes. La mirada del hombre se desplazó hacia la voz, viendo los bajos de una falda, pero lo que esa voz preguntó, fue lo que hizo volver los ojos hasta esa muchacha.

—¿Con quién hablas, Taylor Lewis? —Ella no pudo saber lo que ese hombre pensó, pero sí notó esa mirada oscura que la atravesó y que logró que diera otros pasos hacia atrás.

Ralph, sin dejar de observar a esa preciosa muchacha, estaba sorprendido de una manera extraña, entre gratificante y curiosa. Una preciosa muchacha que respondía a un nombre masculino y que encima, tenía un vocabulario tan ordinario como él mismo. Vaya, vaya, vaya.

La muchacha se giró levemente, poniéndose de perfil y el hombre contempló ese rostro inmaculado y esos pechos jóvenes y provocadores debajo de esa gastada camisa, al tiempo que lanzaba esa voz melosa y atrayente hacia la granja.

—¡Es un forastero, señora Roberts! —contestó, volviendo a evaluar al hombre, y este, estaba convencido de que nunca, ninguna muchacha o mujer, lo había mirado de esa manera penetrante y escrutadora, y también, con algo de miedo.

Y al añadir lo siguiente que dijo la chica, mostró la blanca y perfecta sonrisa, de modo que esos ojos turquesa se quedaran mirando la boca de una forma indecente o al menos, inapropiada para una señorita.

—¡Es un yanqui! —exclamó sin retirar la mirada del hombre.

La vieja no tardó ni dos segundos en contestar.

—Pues dile que pase, que no se diga que los sureños no somos hospitalarios. Hasta con los yanquis somos hospitalarios. ¡Vamos, Taylor! ¡Mueve el trasero y haz pasar a ese yanqui! Cuanto antes entre, antes sabremos lo que quiere y antes se irá —refunfuñó y el hombre volvió a sonreír, sin dejar de mirar a la muchacha y ella, sin dejar de contemplarlo embobada.

Los pantalones negros, las botas de una piel negra, fuerte, llenas de polvo, pero debajo de esa capa, lustrosas; el chaleco también negro, como el sombrero. Solo la camisa se salía de esa norma, siendo blanca y con una hechura a medida de esas espaldas anchas y fuertes. Esa ropa que llevaba, era muchísimo más nueva que los andrajos que ella usaba a diario. Que la camisa estaba a punto de rajarse por las costuras y el pantalón llevaba varios remiendos, eso sin contar las botas con las suelas tan desgastadas que con cada piedra que pisaba veía las estrellas.

Fue detrás de él, como un perrillo ante una visita intempestiva y se fijó en las estrechas caderas, en la cartuchera que se dejaba caer encima de unos glúteos duros; y dándose cuenta de lo que observaba con tanta atención, de lo que pensaba, bajó los ojos rápidamente para clavar la mirada en las espuelas que resonaban en las viejas maderas del porche, viendo que eran de plata. Casi se choca con esa espalda poderosa, al parar el hombre y cederle el paso, y casi, casi, apoyar sus manos en esas nalgas que tenían que ser duras como riscos.

Se puso colorada por pensar esas cosas y, sobre todo, porque ese hombre tan atractivo le cediera el paso como si ella fuese una

señorita y la mirase de esa forma. Vaya, no estaba acostumbrada a ese tipo de galanterías. Los chicos se burlaban y le daban manotazos en el sombrero y ella tenía que sacar todo el repertorio verbal para que la dejaran en paz, y este yanqui, se paró en el porche, se hizo a un lado y le indicó que pasara delante, dejando esa mano grande y morena en el aire, que ella contempló atontada, frenándose en seco. Se coloreó como una fresa y después de pensárselo unos segundos, se quedó en el sitio y no se movió, haciendo una señal con la cabeza para que pasara él primero.

Ralph se tuvo que morder la lengua para no echarse a reír.

La mujer era una anciana, rondaría los setenta años. Gorda, estatura media, con el pelo blanco y muy rizado recogido en un moño. Lo esperaba en la cocina, porque en cuanto entrabas en la casa, era lo primero que encontrabas. Lo miró durante unos segundos y calibró en ese tiempo, todo lo que la muchacha ya había visto. Se dirigió hasta una mecedora y acomodó su grueso cuerpo, haciendo que todas las maderas crujieran sin piedad, al tiempo que con la cabeza indicaba una silla para el forastero.

—Siéntese señor...

—Hathaway —contestó, sentándose despacio sobre la silla, por si acaso era tan vieja que no soportara su peso, mientras aguantaba la inspección de la anciana.

La muchacha estaba de pie, mirándolo también, como si se tratara de una atracción de feria o algo por el estilo; cuando la vieja puso su atención en ella y le dijo que preparase algo de té. La viuda Roberts no daba su té a cualquiera y de hecho no era té inglés, era una infusión de hierbas de la zona, pero, aun así, no se lo daba a cualquiera y menos a un yanqui. Pero le daba, que este hombretón venía a por algo, y le daba, que ese algo rondaba por la zona y poseía una trenza gruesa, de varios colores, a cuál más llamativo.

—¡Y quítate ese sombrero! Parece mentira, eres peor que un muchacho. —La chica miró enfurruñada a la anciana, pero obedeció y el sombrero cayó hacía atrás, mostrando el cabello por completo. Una masa de rizos gruesos y brillantes, aplastados de llevar el sombrero, se mostró en todo su colorido de dorados más claros y más oscuros, pasando por una gama de dos o tres tonos de cobre,

enganchando la mirada del hombre, mientras se movía por la pequeña estancia y preparaba la infusión.

Cuando estuvo listo, se acercó con una bandeja de madera y dos platillos con sus pequeñas tazas y el líquido humeante. No era precisamente lo que le apetecía a Ralph con ese tiempo cálido y húmedo, pero no iba a ser descortés. Los ojos azul oscuro se clavaron en los turquesa, cuando esta le dijo:

—Cuidado. Quema.

Y la vieja, que no perdía detalle, supo que la muchacha se había prendado de ese hombretón, que miraba constantemente.

—Vete a ver las gallinas, Taylor. —La chica miró a la vieja y sacó morrito y Ralph no dejó de mirar esos labios gruesos, tan hermosos.

¿Y qué no era bonito en esa criatura?, se dijo, sin perder detalle de la conversación.

—He cogido los huevos esta mañana. —La protesta no sonó como tal, ya que el hombre se había dado cuenta desde el primer momento que la muchacha respetaba a la anciana y que esta, abusaba de la pequeña, explotándola, tal vez, más de la cuenta.

—¡Obedece! —La chica miró al hombre y enrojeció ligeramente.

Él se volvió a fijar en esas piernas largas embutidas en un pantalón demasiado ajustado. Por eso llevaba los faldones por fuera, para camuflar. Pero esa camisa azul desvalido, tan gastada de lavarla que si no se rasgaba antes sería transparente, no escondía esas elevaciones que hacían que los botones se entreabrieran ligeramente y se viera una prenda interior, que seguramente, en otra época, fue blanca pero ahora amarilleaba.

Taylor dio media vuelta y con un cestito en la mano salió fuera para dirigirse al corral, al tiempo que se mordía un labio, como queriendo evitar las palabras que deseaba decir, que menos bonitas, serían de todo.

—¿Qué le trae por aquí, señor Hathaway? —La pregunta fue dicha por esa boca con pocos dientes y los viejos y cansados ojos, no dejaron de mirar.

—Busco a la familia Lewis.

—¿Y para qué? —El hombre tomó un pequeño sorbo del brebaje y lo dejó en la tosca mesa de pino.

La vieja era astuta y estaba seguro de que sabía para qué había venido. Pero no contestó a la pregunta. Posando su mirada azul sobre ella, la calibró mientras pensaba cuántos problemas o impedimentos le pondría para llevarse a la chica, si es que ella quería ir al Norte.

—Pensaba que Taylor Lewis sería un chico. —La vieja cogió su taza y sorbió la infusión sin dejar de mirar al hombre, al tiempo que calculaba cuánto dinero pudiera tener; bueno, para ser más exactos, cuánto dinero llevaba encima y de cuánto se desprendería.

—Suele pasar. Luke quería un hijo después de dos niñas. Estaba convencido de que ya tocaba, de que iba a ser así, y cuando llegó esta criatura de ojos turquesa y ese pelo entreverado, no sé bajó de la burra. Dijo que se llamaría Taylor, sí o sí, y que le enseñaría a cazar, a pescar y todo lo que debe saber un muchacho. Verónica, la pobre, se lo tomó a broma, creyendo que cuando la niña creciera se daría cuenta de las cosas. Pero Luke Lewis era más cabezota que el buey más viejo de un corral. Y según crecía la niña, volviéndose más guapa cada día, él más cosas le enseñaba y su madre más se enfadaba, diciendo que estaba sacando a un marimacho. Luego murió la segunda y Verónica tuvo un bajón que le duró varios años, y mientras, Luke siguió con su adiestramiento hasta que se fue a la guerra. ¿Viene de parte de la familia del Norte?

—¿Qué sabe usted? —preguntó sin dejar de mirar a la mujer.

Esta tampoco le quitaba la vista de encima, observando hasta el más mínimo movimiento de esas cejas oscuras o de esos penetrantes ojos, y teniendo en cuenta que su vista no era buena, aun se fijaba más; de manera que, por una cosa o por otra, los dos se medían mutuamente.

—Lo que me contó Verónica. Unos padres y un hermano. Una fuga con un muerto de hambre del Sur y se acabó el contacto. De por vida.

—Llegó una carta extraviada durante mucho tiempo. La señora Lewis le pedía a su hermano que se hiciera cargo de su familia. — En esos momentos entró la muchacha con la cestita vacía.

Miró al hombre y este no dejó de admirar esa belleza.

—¿El tío Maxwell pregunta por mí? —Ralph sintió la emoción de la chica y no pudo evitar un sentimiento de protección hacia esa criatura maravillosa.

—¿Te hablaron de él? —Ella se acercó un poco más y la vieja los observó con mucha atención.

—Sí. Mamá nos hablaba de la familia a mi hermana y a mí. Cuando padre no estaba, porque él se enfadaba como un demonio cada vez que oía el apellido Weide. Después de morir, hablaba todos los días de su hermano y del resto de la familia y luego cuando enfermó... —Hizo una pausa y Ralph creyó ver humedad en esos ojos tan extraordinarios—, ya se acabó la historia.

—Vengo de parte de tu tío, para llevarte a Boston, sí es que quieres ir... —Los grandes ojos, con pestañas largas, espesas y de un marrón oscuro como las cejas, lo miraron como si se tratara del mismo Dios, atreviéndose solo, a mover la cabeza de manera afirmativa.

Fue en ese momento cuando Hathaway se levantó de golpe y fue hasta el porche, seguido por la muchacha. Se apoyó en el quicio de la puerta, una vez abierta y mirando al muchacho que había tenido la contienda con Taylor, le dijo:

—Yo que tú no lo haría —La mano que en esos momentos estaba tocando la culata del Winchester, bajó de golpe y se fue dando media vuelta hasta enfrentar a esa voz poderosa.

—No iba a cogerlo, quiero decir, que no iba a robarlo —explicó el joven rubio y lampiño, mirando al yanqui y después a Taylor.

El hombre bajó las escaleras del porche y se acercó, viendo como el joven tragaba saliva y no retiraba la vista de ese tipo tan imponente. Hathaway sacó el rifle de la funda y apoyó la culata encima de la cadera, sin fijarse en cómo lo miraba la chica.

—Las armas que no son tuyas, confórmate con mirarlas; pero no las toques, a no ser que quieras perder una mano o peor, la vida. — El muchacho, ofendido por ese yanqui y más ofendido porque Taylor lo hubiera presenciado, se puso colorado y las pecas que adornaban su mejilla, se marcaron más.

—No necesito coger el arma de nadie, y menos de uno del Norte. —Fue la muchacha la que intervino, colocándose delante del

hombre y mostrando todo su genio.

—Lárgate de aquí. Nadie te ha dado vela en este entierro. —El hombre se mantuvo callado, mirando las expresiones de los dos jóvenes.

—Solo he venido por si necesitabas ayuda. —La muchacha soltó una risa falsa.

—No necesito tu ayuda. Sabes de sobra que sé defenderme muy bien, así que, largo. Vete a tu casa. —El muchacho miró con mala cara a la chica, para después lanzar una mirada despectiva al hombre. Movi6 las piernas y se fue por donde había venido, sin dejar de mirar hacia atrás, controlando no sabía qué.

La voz de la vieja se dejó oír.

—Taylor, lleva el caballo del señor Hathaway al establo y te quedas un rato con el animal, mientras yo hablo con él. —La chica mostró su enfado y miró a la vieja con mirada asesina, notando como el yanqui no perdía detalle de nada y pareciéndole que la miraba demasiado; seguramente comparándola con las muchachas del Norte y saliendo mal parada.

Se retiró un poco del hombre y le contestó a la viuda Roberts.

—Pero yo también quiero estar —protestó la muchacha, que hinchó pecho enfadada, sin ser consciente de esos ojos azul oscuro que observaban todos los gestos, movimientos y palabras de la chica.

—¡Obedece! Te llamaré después —soltó la viuda Roberts desde el porche.

—Pero son cosas que me incumben —replicó Taylor, que cada vez estaba más enfadada y sentía que la vieja quería mandar en su vida hasta el último momento. Si no fuera por lo que era, pensó la muchacha..., otro gallo cantaría. Pero ahí tenía que estar ella aguantando a la Roberts, lloviera o tronara.

—¡Qué hagas lo que te digo y dejes de protestar! —La joven resopló como un potrillo y cogió las riendas del caballo, mirando al suelo y rezando por lo bajo.

El hombre llegó a oír, siempre igual, siempre jodiendo la vieja del carajo, y él movió la cabeza, pensando que si la llevaba a Boston tendría que ponerle unas pautas a seguir porque no iba a consentir

semejante comportamiento y menos, ese vocabulario que era peor que el suyo. Eso sin contar cuando la familia Weide la oyera, pondrían el grito en el cielo, en especial la mujer de Maxwell y la bruja de su hija.

Una vez dentro de la casa, colocó el rifle en una esquina para sentarse frente a la vieja y esperar. Fue la viuda la que preguntó, queriendo saber todo lo que le interesaba.

—¿Entonces quiere llevarse al único miembro de la familia que queda? —Fue la pregunta clara y concisa.

—Si ella así lo desea; a eso he venido.

—Ya. Y se va a ir con usted. Así, sin más. Una muchacha como Taylor, que, aunque sea una salvaje, una malhablada y un marimacho, es una muchacha de dieciocho años y como ya ha visto, una belleza fuera de lo común. Y se va ir con un hombre, en un viaje hasta Boston, sola, para que su reputación se eche a perder. —El hombre miró fijamente a la anciana y se preguntó qué es lo que andaba buscando, no necesitando pensar demasiado. A ver cuánto rodeo daba, para llegar a la cuestión y cuánto pediría.

—No creo que eso sea problema, señora Roberts. Primero porque conmigo estará segura y segundo, cuando lleguemos a Boston, que es donde puede haber problemas con el qué dirán, mandaré buscar a una doncella para que venga al barco y haremos como que ha hecho el viaje con la muchacha. No debe preocuparse por eso; pero si hay algo más, algo que le ronda la cabeza, dígalos. Soy todo oídos. —La voz grave y varonil, llegó clara y concisa, haciendo que la vieja tomara aire y no retirara la mirada de esos ojos duros como el pedernal.

—La chica tiene un pasado importante, delicado y problemático. —Los ojos del hombre no pestañearon y esperó a que continuase, cosa que la mujer hizo—. Alessia, la mayor, murió después de dar a luz un hijo fruto de una violación. El niño murió a las pocas horas de nacer y ella, a los pocos días. —El rostro del yanqui no se inmutó y la vieja no dejó de mirarlo en ningún momento—. Taylor mató a los tres soldados que violaron a su hermana. —El rostro masculino seguía igual y la vieja pensó que el tipo tenía sangre fría y demasiado control, ya que de esa boca atractiva no salió palabra

alguna—. Yo oí los disparos y cuando llegué, me encontré con la carnicería y les aconsejé que cavaran un hoyo en la parte trasera del granero y echaran los cuerpos y todo lo que pertenecían a esos tipos. —Hubo un silencio y la vieja se impacientó porque ese yanqui del demonio no decía ni pio—. ¿No va a preguntar nada? —La media sonrisa apareció en el rostro oscuro.

—¿Qué quiere qué pregunte? ¿Si eran del Norte o del Sur?

—Por ejemplo.

—Doy por hecho que eran confederados.

—¿En serio? —Los ojos cansados, con mala vista, arrugados por los años y por las horas pasadas a la intemperie, miraron al hombre de mala manera.

—La chica está deseando ir a Boston, se le nota a la legua. Si esos impresentables hubieran sido del ejército de la Unión, no creo que estuviera deseosa de ir con la familia materna.

—Es usted muy listo. Bueno, el caso es que no conocíamos a esos hombres, pero el hecho ocurrió y los cadáveres siguen en el mismo sitio. —Se paró y esperó.

—¿Y? —La mujer se pasó la mano por el labio superior, llevándose el sudor.

—Pues que esos hombres tendrán familia. —Hathaway no dejó de mirarla y ella, mantuvo el pulso visual.

—¿Qué es lo que quiere, señora Roberts? —Ella se removió en la silla, pero no retiró la vista en ningún momento.

—Verá, yo no tengo intención de ir contando por ahí que la pequeña Taylor mató a tres confederados, pero nunca se sabe, la granja lleva abandonada desde que murió Alessia y Taylor se vino conmigo; en un futuro alguien puede encontrar los restos de esos hombres y relacionar a la muchacha. Hace cosa de un año, un tipo de Georgia, vino por esta zona preguntando por un hijo perdido. —Ralph estaba cansándose del jueguito, pero no lo demostró.

—¿Por qué no dice lo que quiere, señora? —La mujer entrecerró los ojos y soltó lo que estaba pensando y lo que deseaba, esperando que el hombre no pusiera objeciones y, sobre todo, que tuviera el dinero.

—Puesto que la chica se va a ir con usted, quiero algo de dinero. Soy vieja y una vez sola, tendré que recurrir a otras personas para ciertas tareas; y hoy en día todos queremos algo, todos necesitamos cosas. Una vez te pueden ayudar, una segunda también, pero al final cada uno tiene sus propias obligaciones y problemas.

—¿Cuánto? —Fue la pregunta escueta y rotunda del yanqui, que no sonreía lo más mínimo.

—Seiscientos dólares. —Fue la contestación de la mujer, y entonces, Ralph Hathaway soltó una rotunda carcajada, que fue oída por Taylor que estaba en el pequeño establo acariciando al caballo del forastero, y se preguntó de qué se reía, al tiempo que sintió un cosquilleo no supo dónde.

—Redonda cantidad. ¿Acaso piensa que viajo con seiscientos dólares?

—Creo que sí. Sus ropas lo delatan, sus armas, esas espuelas de plata, su forma de hablar. Sí, creo que lleva ese dinero y si no lo lleva, tendrá que gobernarlo y volver otro día. Después de todo estamos a un día o día y medio de Charleston, si se viaja con un caballo como el que lleva. —El hombre calló durante unos segundos.

—¿Y por qué seiscientos? Podrían ser mil, o dos mil, ya puestos... —La anciana sonrió y dejó ver los muchos huecos en su gastada dentadura.

—No soy tan avariciosa. Le pido esa cantidad, porque alguien contó que los yanquis pagaban a los soldados negros algo más de trece dólares al mes. Y si un negro tiene derecho a ese salario, según ustedes, pues yo también. Han sido cuatro años, a trece dólares al mes, más o menos eso, ¿no? —El hombre no se inmutó.

—Seiscientos veinticuatro, si no contamos los centavos.

—Dejémoslo en cifra redonda, ya le he dicho que no soy avariciosa. Dígame, aparte de esos negros de Massachusetts, tenían más, ¿no? —El yanqui la miró fríamente.

—Sí, más de doscientos mil.

—¡Vaya! Esclavos escapados del Sur —afirmó con rotundidad y apreciando que el yanqui se estaba enfadando.

—La mitad, hombres libres del Norte —contestó de mala gana.

La vieja hizo un gesto despectivo con la boca.

—Yo no tengo nada contra los negros, además, nunca he tenido esclavos, pero sí me fastidia que quieran ser como nosotros; porque no lo son. —La mujer aguantó la gélida mirada del hombre y dejaron pasar varios segundos sin hablar.

—Sabe que puedo coger a la muchacha, llevármela y no darle un centavo.

—Claro que puede hacerlo, por supuesto. No pienso enfrentarme a un hombre como usted; pero si me da ese dinero para que pueda acabar tranquila los años que me queden de vida, podrá estar seguro, que seré una tumba y que jamás diré nada que pueda perjudicar a la chica. —Ralph pensó que la vieja era una autentica arpía, que seguramente habría explotado a la muchacha estos años y quería terminar de exprimir la teta de la vaca, ahora que llegaba su fin.

—Solo puedo darle cuatrocientos, no llevo más. Algo de calderilla, si le soy sincero, para la vuelta y nada más... —la vieja no contestó al momento.

Sin dejar de mirarse, pensó que más valía pájaro en mano... No debía tensar la cuerda, no fuera que este norteno se enfadara y se largara para no volver más. Y Taylor se le iba de las manos, cada vez más salvaje y lo que era peor, cada vez calentaba más a los hombres y muchachos de los alrededores. Y ella no lo hacía adrede, no, ni se daba cuenta, pero con ese cuerpo que tenía y esa cara tan angelical, los varones andaban en celo y tarde o temprano, una de dos, o la preñaban, o le volaba las pelotas al que quisiera intentarlo. Y ella ya estaba muy vieja para todos esos problemas venideros. Por mucho que la muchacha trabajara, eran ya más inconvenientes que otra cosa.

—De acuerdo —fue la contestación de la vieja.

Vio como el hombre se levantó y antes de salir, dejó oír su voz grave y seca.

—¿Me va a cobrar por pasar la noche en su establo? —Esa pregunta hizo que la vieja sonriera.

—No señor. Hasta le daré algo de cenar, aunque tal vez no sea del gusto de un paladar yanqui... —Él movió levemente la cabeza,

cogió el rifle y salió de la pequeña casa, haciendo resonar las espuelas de plata.

Llevaba más de mil dólares encima, pero por todos los demonios que no iba a tragar con la petición de la vieja de los cojones, sin intentar regatear. Habrase visto, hasta ahí había llegado lo que cobraron los soldados negros del 54º Regimiento de Infantería de Voluntarios de Massachusetts. Cuando se lo contara a Weide, no le haría mucha gracia, porque ese dinero que le iba a dar a la vieja, lo pagaría el buen doctor. Formaba parte del deseo de tener a su familia consigo; y cuando viera lo que le llevaba, no imaginaba cómo iba a manejar la situación.

La esposa y la hija de Maxwell eran dos brujas de mucho cuidado, y no creía que fueran a recibir con los brazos abiertos a esa belleza sin par, sin contar con todo lo demás. Dejó los pensamientos de lado en cuanto entró en el pequeño establo, donde estaba su caballo, un cerdo, un gallo y una docena de gallinas. Desplazó la mirada por el entorno y la vio subida en un altillo rodeada de paja. Balanceó las largas piernas y saltó al suelo, cayendo en cuclillas y levantándose en un segundo, mientras él no dejó de mirarla, con el cañón del arma apoyado en el hombro, y ver como cogía la cartuchera con su viejo revolver y se lo colgaba a la cadera.

¿Realmente habría matado a esos tres hombres?, o fue la hermana mayor y estando muerta, la vieja le colgaba a esta preciosa muñeca, el sambenito. No supo qué pensar. No supo decidirse por algo.

—¿Ha dejado que la vieja le lie? ¿Eh? Seguro que le ha pedido dinero y si no se lo da, no podré ir con usted a Boston. —Fue el saludo que le dio, sin dejar de mirarlo con esos ojazos impresionantes, y lo que el hombre pensó, es que esa criatura sería toda una sensación en su ciudad, pero también una atracción; una atracción de feria.

Una sureña, aunque la madre hubiese nacido en el Norte, con acento del Sur, con una belleza provocadora en todos los aspectos y comportándose como un muchacho; la destrozarían en dos semanas, la arrinconarían y la vejarían, en cuanto se dieran cuenta que no estaba al nivel. Weide tendría que casarla a la primera

oportunidad, o, dejar pasar un año e instruirla de cabo a rabo, para domarla por dentro y por fuera. No le envidiaba la tarea. Eso sin contar con su propia familia, que aun sin saberlo, estaba seguro de que no había contado con su mujer e hija para traer a la familia perdida.

—¿Le ha pedido dinero? —volvió a preguntar impaciente y preguntándose por qué ese yanqui la miraba como si tuviera monos en la cara.

Ralph volvió a la realidad y se recreó más todavía, mirando a la joven belleza. ¡Por Dios, qué guapa era! Guardó el Winchester en la funda y el caballo dio un pequeño relincho, deseando que le quitaran la silla. El hombre acarició la cabeza del animal y ella se fijó en esos dedos largos y fuertes.

—Quieres ir a Boston, ¿no? —La mirada ansiosa no podría haber engañado a nadie.

—Sí señor —contestó con humildad y el hombre sintió un instinto de protección hacia esa criatura, como también sintió que, si la llevaba con él, ella sufriría y mucho, y sí la dejaba allí, tampoco creía que tendría un futuro halagüeño.

Dejó de acariciar al caballo y ella volvió a fijarse en esa mano.

—Entonces no te preocupes por nada. Le daré a la vieja lo que pide y pensaré que hago una buena obra con una anciana, que puede que le falte poco para irse al reino de los cielos. —La muchacha retorció esos labios tan bonitos y soltó lo que estaba pensado.

—Bah, esa vieja del demonio no irá al reino de los cielos. Irá a hacerle compañía a Lucifer y a fastidiar a todos los que estén por los alrededores. —La mirada penetrante, estaba clavada en ella, pero Taylor no se sintió intimidada.

Ahora no.

Ese hombre la llevaría a una nueva vida y ella lo estaba deseando.

Se colocó debajo del altillo y volvió a mirar al yanqui.

—Aquí, puede dormir perfectamente. Tiene espacio para estirar las piernas —dijo mirando al hombre—, y el olor, se nota al principio,

luego, cuando el cansancio es grande, ya no le importará. Además, una noche se pasa en cualquier sitio, ¿no le parece?

—Sí. Estoy de acuerdo. —Concluyó el hombre, sin dejar de observarla y evitando sonreír para que no pensara que se estaba riendo de ella, mientras la joven frotaba el suelo de tierra con la punta de su gastada bota, como no queriendo irse.

Deseaba estrechar lazos con ese yanqui, pero al mismo tiempo, sentía un no sé qué.

—Dentro de un rato, le traeré algo de cena. No espere gran cosa, a no ser que a la vieja le dé la gana de hacerse la graciosa con usted y lo quiera agasajar, cosa que dudo. —Los ojos turquesa, se quedaron mirando al hombre y de golpe le dio un poco de vergüenza, notando que se ponía roja y saliendo de espaldas del establo, mirándose el uno al otro.

—Volveré, no se ponga muy cómodo. —Él sonrió, ante esa afirmación, que más parecía una amenaza que otra cosa y decidió desensillar al animal para que descansara un poco y al día siguiente estuviera fresco para llevar encima a dos personas.

Era de noche, cuando volvió al establo y vio la luz del candil encima de un poste y sus ojos se desplazaron para encontrarlo donde ella había estado antes. Era su lugar favorito, donde se refugiaba cuando llovía o cuando quería estar sola y pensar en sus cosas. Ahí, en el estrecho altillo, se hacía un ovillo o por el contrario estiraba sus piernas y de lado, miraba hacia afuera mientras veía caer la lluvia o aguantaba las tardes de mucho calor. Ese hombre ocupaba todo lo largo y si se incorporaba sentado, su cabeza morena rozaba el techo de madera.

Madre mía, estaba desnudo de cintura para arriba y al bajar de un salto e ir a por la camisa que colgaba de un gancho, para ponérsela, ella no dejó de mirar por adelante y por detrás, esa masa de músculos que se movían como si tuvieran vida propia y que casi le hicieron salivar y abrir la boca de par en par. Una vez que se la puso, la dejó sin abrochar y se acercó a la bandeja que ella dejó sobre una alpaca de paja, siendo muy consciente de que la chica lo

miraba como si fuera un ser extraño, con una curiosidad que no se molestaba en ocultar.

—Vaya, no está mal. ¿Qué es? —preguntó mostrándole una sonrisa y viendo como ella clavaba la mirada en su boca y él pensaba que tendría que hablar con ella, muy seriamente, sobre esas costumbres tan impropias en una mujer decente y respetuosa.

Era como una potra salvaje, que no pensaba en lo qué hacía, ni en sus consecuencias.

—Pastel de carne y de postre, un poco de queso con mermelada de moras —contestó sin dejar de mirar al hombre. Parecía que le faltaban ojos, ahora la abertura de la camisa, para intentar volver a ver lo de antes, ahora esa boca de labios atrayentes y los dientes más blancos que ella hubiera visto, ahora esos ojos, que, por cierto, ya sabía que eran azul oscuro y no negros, ahora esos rizos oscuros que le rozaban el cuello de la camisa, ahora esas manos grandes y morenas, que se movían tan elegantes, pero al mismo tiempo, tan fuertes y seguras—. Agua para beber y mejor que sea así. Porque el café de la vieja, sabe parecido a las aguas pantanosas. —El hombre sonrió y la invitó a compartir su cena—. No gracias. Ya he cenado, cuando ella preparaba la bandeja. ¿Puedo quedarme un rato con usted? Mientras cena. Si no le molesto. —Era curioso, pensó el hombre, tan pronto parecía una fierecilla salvaje, como de pronto, se volvía sumisa e incluso tímida y parecía una delicada damita.

—No me molestas —añadió, mientras le daba un gran bocado al trozo de pastel de carne y después de masticarlo, decidió que no estaba mal; cosas peores había comido en la guerra.

Ella clavó los ojos en el cuello del hombre, para ver como la nuez de Adam se movía al deglutir la comida y la mirada se deslizó por el suave vello que cubría parte de esos pectorales que intentaba ver otra vez.

Cuando ya se había comido el pastel y atacó el queso, ella se atrevió a preguntar.

—¿Es muy diferente la gente de Boston? —Él supo que estaba asustada.

—Si te dijera que sí, te asustarías y te quedarías aquí —dijo entre pregunta y afirmación.

Ella negó con fiereza.

—Ni muerta, me quedo aquí. Estoy hasta los..., hasta el gorro. No importa que sea diferente, no tengo problema, me amoldaré. —Se lo pensó mejor y añadió—. O si no, que se amolden ellos a mí. —El hombre mirándola fijamente, no se rio, ni le gustó la palabra que se quedó en el aire. Tendría que aclararle algunas cosas, entre ellas, que eran los hombres y las putas los que empleaban ese vocabulario soez, esa palabra que pensó y que le faltó poco para soltar.

—Ellos no se van a amoldar a nadie. Tú tendrás que integrarte o lo pasarás mal. —Quiso sonar duro y la chica lo miró, e hizo como que no importaba, encogiéndose de hombros.

—¿El señor Weide tiene familia? —La pregunta sonó suave como la miel en esos labios llenos y fue entonces cuando se mordió el labio inferior de una forma sensual y el hombre notó un latigazo en sus partes.

—Sí —afirmó con aspereza y no añadió nada más, ya que ella seguía mordiendo los labios y él se estaba poniendo de los nervios—. Deja de hacer eso, las señoritas o las damas no se muerden los labios de esa manera.

—Entonces, ¿cómo se los muerden? —preguntó inocente.

Él, sin dejar de mirarla y olvidándose del queso y de la mermelada, se dio cuenta de que esa muchacha era una niña en muchos aspectos.

—No se los muerden. ¿O acaso las damas del Sur se muerden los labios?

—No lo sé. Nunca he estado con damas de la ciudad. —¡Jesús! Lo que tendría que aprender esta niña.

—Tienes unos modales fuera de lo normal. Lo sabes, ¿no? —Ella no contestó, pero su rostro se puso serio, enfadado—. Tendrás que cambiar mucho tu comportamiento, tendrás que ser femenina y olvidarte de ese revólver que llevas. No podrás hacer, ni la mitad de las cosas que haces y dices —recalcó lo último—, si quieres que te traten con respeto y no ser la comidilla de la ciudad. —Taylor no

perdió detalle de todo lo dicho y más o menos, se hizo una idea clara de lo que le esperaba, sabiendo que tendría que controlar su temperamento y, sobre todo, su vocabulario.

Estaba convencida de que no le iba a costar trabajo, seguro. En cuanto saliera de este ambiente, volvería a ser como cuando su madre y su hermana Alessia, vivían, y le enseñaban todas las cosas que aprendió. Ella no era una inculta, y de tonta no tenía ni un pelo. Solo necesitaba estar un poco tiempo con esas personas del Norte y actuaría igual que ellos, en cuestión de pocas semanas.

—No se preocupe, señor Hathaway. Ya verá como no soy un problema —explicó al hombre que se mantenía serio—. Todo es cuestión de tiempo. Eso es lo que decía mi padre cuando me enseñaba algo y ese algo me costaba un poco; todo es cuestión de tiempo y tiempo es lo que me sobra. —Movi6 esas piernas largas, enfundadas en esos pantalones y salió del establo, sin saber que los ojos del hombre se mantuvieron clavados en el vaivén de esas caderas, que hacían que los faldones de la camisa se movieran al compás de esas nalgas respingonas.

—Descanse señor Hathaway, que antes del amanecer, la vieja del demonio vendrá a por su dinero. Hasta mañana, señor.—El hombre se quedó mirando a la muchacha, pensando muchas cosas al mismo tiempo.

Atacó lo que quedaba del queso y dejó la mermelada.

Días atrás, estaba en el ajetreo que era su vida, de trabajo principalmente y ahora, estaba al cuidado de una jovencita, que presentía, le traería problemas, aun estando en Boston. Bah, no pienses tonterías, se dijo, en cuanto lleguemos, se la entrego a Weide y que se apañe con ella.

La vieja guardó los billetes en el bolsillo del delantal y vio como esa niña que acogió en su casa con catorce años, se iba montada en la grupa de la montura de ese yanqui, con sus pertenencias dentro de una pequeña bolsa que perteneció a su madre y que fue uno de los pocos enseres que no se vendieron o no fueron objeto de trueque. Rápido desaparecieron de su vista y entró en la casa para esconder su dinero y después dormir un ratito más, al tiempo que

pensaba si ese hombre sería capaz de resistirse a la muchacha, o por el contrario sería tan melindres que no pondría las manos sobre una chica tan distinta a lo que estaría acostumbrado.

CAPÍTULO 3

No perdió tiempo en casi nada. Comieron subidos al caballo y solo paró para que la muchacha orinase y él hacer lo mismo, agradeciendo que la chica buscara un escondite y mantuviera su intimidad, ya que a veces no sabía qué pensar, ni por dónde le iba a salir. Le explicó que se alojarían en un hotel, mientras él terminaba de hacer lo que tenía pendiente y después embarcarían para Boston. Ella no protestó en ningún momento. No se quejó de las horas que estuvieron cabalgando y agarrada a su cintura y clavando sus pechos en la espalda de él, no se imaginaba el calvario que le hacía pasar. El hombre fue consciente desde el minuto cero, cómo esas manitas rodearon su cintura y rozó sus pechos contra su espalda, para una vez que él puso el caballo al trote y en muchos momentos al galope, ella se apretó con fuerza a él, no porque tuviera miedo, pero sí por temor a caerse y que él se riera de ella, o peor todavía, que se rompiera la crisma y se acabara su nueva vida sin haberla comenzado. Eso sí que sería una tragedia. Además, ella no pensaba que fuese atractiva para un hombre como él, ni que sintiera sus pechos de una manera contundente sobre esa espalda musculosa; lo que ella creía, es que le molestaría y que incluso, el olor que desprendía a hierbas del campo, le disgustaría. Seguro que ese hombre se juntaría con mujeres sumamente perfumadas y con rostros maquillados, algo, no mucho, y con los cabellos bellamente elaborados y unos vestidos suntuosos. Con lo cual, estaría deseando llegar a ese hotel de la ciudad, para separarse de ella.

Pero, lo que ella no se imaginaba, ni por lo más remoto, es que él deseaba llegar a la ciudad, efectivamente para separarse de ella, para que, de esa forma, le bajara la media erección que llevaba desde que sintió esos jóvenes pechos aplastados contra su espalda y que no le bajó ni con las meadas que soltó, deseando que le aliviara ese tormento.

Pero ni por esas.

Llegaron bien entrada la noche y Taylor, medio dormida contra esa cálida y fuerte espalda, pero agarrada como una lapa, se sorprendió un poco al frenar el caballo una vez entraban en la ciudad. Todos los soldados conocían a Hathaway y no los molestaron en ningún momento, pero si les sorprendió ver el bulto que llevaba a la espalda y que ese cuerpo con ropas de hombre, mostrara una larga trenza. Rápido se correría la voz y no tardarían en aparecer algunos oficiales por el hotel donde se alojaba el bostoniano, queriendo saber que se traía entre manos y de dónde había sacado a esa muchacha.

Dejó el caballo en los establos más cercanos y la muchacha se espabiló de una, bajando de un salto, sin esperar ayuda y sin pensar en necesitarla, viendo como el hombre cogía las alforjas y se las echaba al hombro, para después sacar el rifle de la funda y darle la bolsa de viaje a la chica, notando al cogerla, el peso de su cartuchera y del viejo revólver y el tintineo de las balas.

Fue una orden dicha de forma severa y estricta: guardado y descargado.

Ella no perdió detalle y sus ojos se desplazaron hasta el hombre gordo y grande que se acercaba a ellos, cogía unas monedas que le dio el yanqui y quitándole la silla al caballo, la guardó en un armario bajo llave. Los ojos de Taylor estaban abiertos y expectantes, mirando a todos los lados y empapándose como una esponja, sin ser consciente de las miradas que le echaba Ralph. Le indicó con una mano el camino a seguir, y ella se puso a su lado y se dirigieron al pequeño y bonito hotel, donde alquiló dos habitaciones. Les atendió un hombre de edad madura, correcto y educado, al tiempo que muy sonriente pues sabía que el huésped era muy rico, que el clíper atracado en el puerto y de nombre «El Viento», era suyo y que siempre que estaba en la ciudad se alojaba en ese hotel. Por supuesto que no miró de manera indiscreta a la muchacha que traía; no como hacía ella, que devoraba con esos ojos asombrosos todo lo que le rodeaba, incluido a él y no digamos al dueño de ese formidable barco, mientras firmaba en el libro de registro y ella estiraba su cuello para ver la letra de su protector.

El conserje tuvo la sensación de que la muchacha parecía desvalida, al tiempo que eufórica y curiosa, sin olvidar el cansancio que se veía en ese rostro angelical. La imaginó vestida con ropas femeninas y ese hermoso pelo en un elaborado recogido, y sería deslumbrante, mucho más de lo que ya era.

Puso atención a lo que le dijo el huésped, cuando le pidió un baño rápido para la muchacha, que a pesar de las horas tardías sería bien pagado y una bandeja con la cena para una persona en la habitación de ella; el empleado afirmó con la cabeza y de voz añadió que no habría ningún problema.

Subieron a la primera planta donde se hallaban las habitaciones y Ralph comprobó, no supo si con disgusto o con otra cosa, que se comunicaban por dentro. La muchacha entró en la suya y sin decir nada, dejó su bolsa en el suelo y miró todo lo que le rodeaba sin pestañear ni una sola vez.

Él no le quitaba la vista de encima.

—¿Te gusta? —preguntó, esperando una contestación agradecida, y la muchacha no le defraudó.

—Es preciosa. —Las palabras salieron sin pensar y esos ojos se posaron en el rostro del hombre, que le correspondía con una media sonrisa, sin poder retirar la mirada de esas bolas turquesas.

Por Dios, qué carita más hermosa, qué ojos más alucinantes, pensó el hombre, para fijarse en esa boca que continuó hablando.

—Es usted muy amable, señor Hathaway. No pensé que íbamos a estar en un hotel tan tan bonito y tan tan confortable. —Él aguantando la sonrisa, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del pasillo.

—Ahora te traerán la cena y después un baño para que descanses bien. Esa puerta comunica con mi habitación. Utilízala si necesitas algo o te pasa cualquier cosa, si no, mantenla cerrada. ¿De acuerdo? —Ella lo miró un poco atontada.

—Sí. Pero ha dicho usted algo de un baño, ¿aquí? —Él sonrió y sintió deseos de acariciar esa barbilla tan femenina, pero se controló.

—Sí, muchacha. Espera a que te traigan la tinaja y el agua, mientras eso ocurre, te habrán traído la cena y cuando tengas el

baño preparado, tu barriga estará llena. Antes de meterte en la bañera, echa el cerrojo, ¿de acuerdo?

—Sí, señor Hathaway. Así lo haré. —El hombre salió de la habitación, con ganas de dirigirse al bar y tomarse un par de tragos y de paso, quitarse esa sensación tan extraña que le inundaba cuando miraba esa carita de ángel y ese cuerpo de vértigo, que le hacía pensar, cada vez que la contemplaba, cómo debía tratarla: como a una niña, como a una joven experta en unas cosas e inexperta en otras, o como a una mujer. Se tomaría esos tragos y llenaría el estómago; era lo mejor para aclarar la mente.

¿Cómo explicar las nuevas experiencias de la muchacha? No se daba un baño en barreño, desde que abandonó su granja, no dormía en una cama tan cómoda y amplia, desde nunca y no había disfrutado de una habitación tan coqueta y bonita, jamás. Así que, durmió tan plácidamente que cuando despertó al amanecer y escuchó ruidos en la habitación de al lado, su boca dibujó una sonrisa de placer y sus brazos se estiraron al máximo, para desperezarse como una gata holgazana. Pero ella no era vaga y enseguida se levantó y se puso su recambio de ropas y se volvió a hacer la trenza, para mantener a raya esos rizos gruesos y brillantes. Se acercó a la puerta comunicante y no hizo falta tocar el cerrojo, porque no lo echó. Tocó con los nudillos y después de unos segundos, la voz grave le dijo que pasara. Abrió la puerta y asomó la cabeza, viendo a ese hombre tan atractivo, desnudo de cintura para arriba, enfrente del espejo mientras se afeitaba.

—¿Puedo pasar? —preguntó entre tímida y risueña.

Él la miró a través del espejo y le dijo que sí, pero no se movió y siguió con su tarea. La muchacha entró como perico por su casa, y miró todos y cada uno de los detalles de esa habitación, comparándola con la suya, sin percatarse de que el hombre la seguía con los ojos mientras terminaba su afeitado, fijándose en la indumentaria que se había puesto. Un pantalón azul marino, gastado como el otro y una camisa blanca, algo más nueva que la azul, pero poco más. Esta vez no llevaba los faldones por fuera, y no dejó de mirar esas nalgas que llenaban el pantalón de una

manera provocadora en exceso. Pero ella no parecía ser consciente y la vio sentarse en la cama deshecha, justo en el lado que él había mal dormido. Esos ojos turquesa se clavaron en el espejo y soltó lo que le vino a la boquita, sin atisbo de vergüenza.

—Para no ser un muchacho, tiene unos músculos impresionantes. —Ralph, casi se corta con la afilada navaja ante ese comentario tan fuera de lugar.

De hecho, todo estaba fuera de lugar. Una muchacha en su habitación y no por haber dormido con él, y para colmo mirando cómo se afeitaba y alabando su musculatura, al tiempo que criticaba su edad que, por cierto, desconocía, pero lo que vino a continuación, sí que hizo que se cortara.

—Los muchachos que he visto desnudos, no estaban tan fuertes como usted. ¡Huy, cuidado! —Se levantó de un salto al ver la sangre en la mandíbula y se acercó a él—, esa navaja está requeté afilada. Uf, se puede cortar la garganta y no enterarse. —La muchacha no fue consciente de la mirada asesina que le lanzó el hombre y siguió con su monólogo—. El hijo mediano de los Johnson es un tirillas, pero su hermano mayor, ese sí que está fuerte como un toro, pero no tanto como usted. —Se paseó por la habitación y miró por la ventana, para ver cómo salía el sol y si ya había movimiento por la calle. Ralph la miraba sin pestañear, esperando el siguiente comentario y temiendo lo peor—. Por eso dejé de bañarme en el río, porque siempre estaban esos por ahí, fisgoneando. Menudos gamberros. Pero se le quitaron las ganas a Kevin de hacer el tonto cuando le pegué una pedrada con el tirachinas en los huevos. Ya lo creo. ¡Tonto del culo...! —Ralph la dejó hablar, pero ya se había hecho una idea del problema que se avecinaba—. La vieja Roberts me dijo desde el principio, que de barreños nada, que éramos pobres y que, con un trapo húmedo o mojado, tenía bastante. Por eso me iba al río, a no ser que lloviera o hiciera mucho frío, pero ya sabe usted que en las Carolinas no hace nunca mucho frío. Pero cuando esos estúpidos se dieron cuenta de lo que hacía, quisieron espíarme. Menudos cerdos. Los tuve que amenazar con el revólver más de una vez, para al final, quedarme sin mi baño por culpa de esos idiotas salidos. Payasos, se pensaban que por lucir sus

musculitos me iba a derretir como las otras. —Siguió mirando por la ventana, pero sin descorrer los visillos—. Hay muchos militares por aquí. —Cambiaba de tema, como quien pestañea—. Hace siglos que no vengo a Charleston; la última vez fue cuando papá vivía, tendría diez años, más o menos. ¿Es usted amigo de los militares? Seguro que sí, como es del Norte y estuvo en la guerra... — entonces, dejó de mirar por la ventana y centró toda la atención en él—. Fue a la guerra, ¿no? —Él movió ligeramente la cabeza, mientras se limpiaba el rostro sin dejar de mirarla—. Claro, yo lo daba por hecho y, además, esas cicatrices que tiene, seguro que son de bala. La del brazo segurísimo y las de la espalda, parecen de bayoneta, pero, sin embargo, el pecho lo tiene virgen; a no ser que tenga alguna debajo del vello. —El hombre no daba crédito a lo que estaba oyendo. Jamás había tenido una conversación semejante con una mujer. Pero qué hostias, esto no era una conversación, él estaba prendado, escuchando todo lo que salía por esa boquita preciosa y viéndola moverse de un lado a otro, fisgoneando y luciendo ese cuerpo voluptuoso. Tenía que tomar el mando o esto se le iba de las manos, cuando de repente, vio que se tiraba de espaldas en la cama y se dio varias vueltas, como si fuese un rulo, desde la cabecera hasta los pies.

—Vaya, esta es tan cómoda como la mía. Así da gusto dormir, todas las camas del mundo deberían ser así: cómodas y calentitas para las noches frías. —De repente se paró y se incorporó, sin darse cuenta de que esos ojos fríos como el hielo, la estaban traspasando y ya no, a través del espejo—. En Boston hace frío en invierno, ¿no? Eso me dijo más de una vez mamá. Inviernos fríos y duros, uf, estoy deseando. Me encanta el frío y meterme en una cama calentita y tapada hasta los ojos, mientras en la calle sopla el viento gélido y la lluvia fría golpea los cristales de las ventanas, mientras estás en casa, calentita y confortable. ¿La casa del señor Weide es confortable? Será mejor que la de la vieja, ¿no? —Fue entonces, cuando se dio cuenta de la manera en que la miraba y se puso colorada—. Lo siento, señor Hathaway, deben de ser los nervios por estar en un sitio que no es el habitual, que no estoy acostumbrada. Perdón.

Ralph cogió la camisa y se la puso, para abrocharla y que esa muchacha del demonio dejara de mirar su pecho virgen. ¡Por todos los santos! Tragó saliva y se cruzó de brazos, mirando como ella seguía sentada en la cama revuelta.

—Taylor. —El nombre, a oídos de la muchacha, sonó de maravilla. Era la primera vez que la llamaba por su nombre y esa voz grave, varonil y profunda, lo moduló perfectamente, pero la continuación, lo que siguió, la incomodó—. ¿No tienes un vestido? —Ella bajó la cabeza, para volver a elevarla en una especie de contundencia.

—No señor.

—¿Nada? ¿Una falda, para llevar con una blusa?

Ella se sonrojó ligeramente.

—No señor. Nada de nada. Nos fuimos desprendiendo de todo, poco a poco y otras veces, de golpe. De todos modos, conservar los vestidos de cuando tenía catorce años, habría sido del género tonto y las ropas de Alessia no me valdrían ahora; ella era más baja que yo y más menuda. Quiero decir, a mi edad de ahora. Y las de mamá, también las vendimos o las cambiamos por algo. La señora Roberts se quedó con un vestido de mi madre, que solo se lo pudo poner durante un año, porque luego engordó y entonces no le valía y cuando quise decirle que me lo diera para guardarlo de recuerdo, había hecho trapos con él. —La carita en forma de corazón, se mostró triste y Ralph estuvo a punto de alargar la mano y acariciar esa mejilla tersa y suave, pero se contuvo.

—Bueno, cerca de aquí hay una tienda de ropas femeninas. Iremos a buscar algo, cuando tenga un poco de tiempo, mientras tanto, te quedarás en la habitación. —Ella mostró contrariedad.

—¿Es que no puedo ir con usted?

—No. —La contundencia de esa negativa, no amilanó a la joven.

—¿Por qué? No quiero quedarme aquí encerrada. Si usted se va a lo que tenga que hacer y no me lleva, pues yo puedo ir a ver la ciudad y pasear y ver qué clase de comercios hay por aquí. Incluso puedo ir a esa tienda que ha dicho usted y ver qué vende.

El hombre se pasó una mano por el rostro recién afeitado.

—Vamos a ver Taylor, cuando ordeno algo, quiero que me obedezcan y eso es lo que vas a hacer. Te quedarás aquí hasta que

yo vuelva y entonces iremos a comprarte un vestido o dos. Y no se te ocurra salir a la calle, vestida de esta manera y menos, con el revólver a la cadera. ¿Te ha quedado claro? —Ella no quitó la mirada de ese rostro recién rasurado y de esos ojos amenazadores.

—Sí señor. Muy claro.

—Bien. Pues ahora, vete a tu habitación y duerme un rato más. Ya no trabajas para esa bruja, así que puedes gandulear lo que quieras. —Ella no se movió.

—No tengo sueño, además, yo no ganduleo —espetó sin dejar de mirarlo.

El hombre clavado en el sitio y perdiendo la paciencia, la cogió de un delgado brazo y la llevó hasta la puerta comunicante.

—Me importa poco que tengas sueño o no. Haz lo que te plazca y déjame tranquilo.

—De acuerdo —contestó risueña.

Acababa de decir: haz lo que te plazca, se lo recordaría a la vuelta. El hombre cerró la puerta tras de sí y dio gracias al cielo de perderla de vista. Menuda chiquilla, lograba sacarlo de quicio y eso que él pensaba que tenía aguante. ¡Ja!, llevarla con él, lo que le faltaba. Terminó de vestirse y salió de la habitación dando un portazo, pensando en las cosas que tenía que hacer y dirigiéndose al puerto para comprobar si llegaban los cargamentos de algodón, e intentando quitarse de la cabeza a esa cría sentada en su cama o dando vueltas sobre ella, como si fuese una niña. Estaba deseando partir y entregarla al doctor y que se apañase con ella.

Menudo quebradero de cabeza.

Al final, todo se complicó y no volvió hasta la hora de la cena, pensando que la muchacha estaría aburrida como nunca. Pero cuando entró en el hotel y vio la mirada que le lanzó el conserje, intuyó que algo iba mal y la guinda de ese pensamiento vino cuando un teniente y un capitán se acercaron a él invitándolo a una copa en el bar, que aceptó sin más, al tiempo que se preguntaba el porqué de tanta sonrisa. Cuando se tomó el primer trago, ya estaba al corriente de todo, sabiendo que su protegida había salido varias veces y que una de ellas había tenido un altercado con un individuo,

que se atrevió a echarle la mano al culo y ella, le dio un puñetazo en la barriga y otro en la cara y gracias a que el teniente pasaba por ahí, evitó que el hombre ofendido y humillado, la cogiera por los pantalones y se dispusiera a darle una tunda y seguramente si le hubieran dejado, haberle arrancado las ropas para escarnio público. El teniente siguió contando con una enorme sonrisa en la boca, que nunca había visto a una criatura con esos ojos, con esa cara y con ese cuerpo, sin olvidar que era la fierecilla más salvaje y peor hablada que hubiera conocido en la vida.

—¿De dónde la ha sacado, Hathaway? —preguntó sin esperar contestación y seguir hablando el capitán ante la mirada fría del bostoniano.

—Esa preciosidad lo va a pasar mal en Boston, ya lo creo —dijo el de mayor graduación—. Va a necesitar mano dura, mucha mano dura. Está por domesticar y lo que es peor, mira a los hombres como si fueran sus iguales.

Las risas del teniente se dejaron oír.

—Iguales no, mi capitán, yo creo que esa hermosa muchacha se cree superior a más de uno —soltó, volviendo a reír.

Pero cuando Hathaway se echó al galillo el segundo trago y se despidió de ellos, fue el capitán el que dijo:

—No sea muy duro con ella, Ralph, solo es una niña con cuerpo de mujer.

Pero Ralph iba hecho una furia, subiendo las escaleras de tres en tres y abriendo la puerta de su habitación para cerrarla de golpe, dejar las alforjas encima de una silla, quitarse la chaqueta y dejarla encima de las alforjas. Colocó la mano sobre la manija de la puerta comunicante y abrió sin problemas, viéndola encima de la cama, boca abajo y vestida solamente con la camisa, que le tapaba el trasero. Estaba tan enfadado, que no pensó si llevaba algo debajo, si esas nalgas que él imaginaba constantemente, estarían cubiertas con alguna prenda interior.

—Así obedeces, ¿no? —La voz era falsamente suave y ella, se dio la vuelta con cuidado para que no se le subiera la camisa y se levantó de la cama, yéndose a un rincón.

—Sus palabras fueron: haz lo que te plazca. —Él cerró con fuerza la puerta y se acercó a ella soltando un taco tras otro, haciendo que ella se pegara a la pared.

—Maldita sea, ¿me has tomado por imbécil? Te dije que te quedaras aquí. Te dije que no salieras, ¿qué es lo que no entiendes de esas palabras? —Estaba a dos metros de ella, pero la muchacha, en vez de ser sumisa, que habría sido lo prudente si conociera al hombre que tenía enfrente, se puso brava y fue lo peor que pudo hacer.

—¡Me aburría! ¡Usted no vino en todo el día!

—¡¿Y por eso te fuiste a pasearte con esas ropas?! ¡A lucir ese cuerpo que tienes, embutido en esos pantalones de hombre y remarcando los pechos con esas camisas provocadoras! —Ella se molestó ante ese comentario.

Sin pensarlo, soltó por la boca lo que le vino a la mente y fue su perdición.

Cuando lo hizo y vio la expresión del hombre, supo que el castigo iba a ser duro, pero no imaginó cuánto.

—¡Egoísta, yanqui cabrón!

El hombre no se lo pensó. La cogió por el talle y por la cadera y a pesar de que se revolvió como una gata, de que sacó fuerzas de no supo dónde y de que ese cuerpo solo vestía la camisola y el hombre con sus grandes manos lo estaba notando, ella se agitó con tal fiereza, que en su inocencia pensó que lo iba a vencer o por lo menos parar, como si se tratase de uno de los muchachos que conocía.

Pero qué equivocada estaba; él la sujetó con tanta fuerza que ella no pudo hacer nada, mientras la llevaba en volandas, se sentaba en la cama y la aplastaba encima de sus rodillas con el culo al aire y comenzó a dar azotazos, uno tras otro. Todos en el mismo glúteo, todos seguidos y con fuerza, dejando una marca colorada tras otra, en esa carne turgente, tersa y por Dios, provocadora como el mismo demonio.

Le dio seis azotazos, para frenarse en seco, al darse cuenta de lo que había hecho, de la manera que había perdido los nervios, dando lugar a esa situación. La muchacha encima de sus piernas,

permanecía quieta, respirando con fuerza, pero sin llorar. Notó ese vientre encima de sus muslos y el contorno de los pechos que quedaban colgando. Miró ese culo desnudo, perfecto, un culo que haría la delicia de cualquier hombre, un culo que él había marcado con fuerza, dejando esa nalga, roja como un tomate.

Los ojos azul oscuro se clavaron en la gran mancha enrojecida dejada por su mano, para deslizar la vista por esa ranura larga, que separaba las nalgas y que marcaba el camino a seguir, si uno quería llegar a otro sitio. Enclavijó los dientes y respiró despacio, muy despacio, intentando controlar las sensaciones que recorrían su mente y sobre todo, su cuerpo.

La cogió por la cintura y la levantó, separándola a una distancia prudencial.

Por Dios que se había excitado, pero no por pegarla, pues no era de ese tipo de hombres, fue después, después de arrepentirse de haber marcado esa perfecta piel y recorrer con sus ojos todos los detalles que estaban a la vista e imaginarse el resto.

Habló sin levantar la voz, sin moverse del sitio, sin dejar de mirarla; de mirar esos ojos húmedos, pero que aguantaban estoicamente sin llorar.

Estaban a punto de caramelo, cuánto aguantarían, se preguntó el hombre.

Esa voz entró por los oídos de la muchacha, como si fuesen trozos de cristal.

—La próxima vez que desobedezcas, te daré tal tunda, que no podrás sentarte en un mes. ¿Lo has entendido? —Ella movió la cabeza, pero las lágrimas no cayeron—. Y como vuelvas a usar ese vocabulario, recibirás más de lo mismo. Medio Charleston sabe que hablas peor que una puta de la más baja estofa. —Ahora vio como caía una lágrima y ella la limpió de un manotazo, mirando al suelo.

No se atrevía a levantar la vista y no quería llorar, pero no pudo evitar que todas de una, saltaran por libre. Mantuvo la cabeza gacha y la mirada también, mientras esas lágrimas caían al suelo y otras las limpiaba a base de manotazos, sorbiendo los mocos que se le amontonaban por la congoja. El culo maltratado le ardía como si estuviera metido en un horno a mil grados y deseaba llevarse una

mano a ese sitio para calmar su piel herida. Pero permaneció quieta como una estatua, a no ser por las lágrimas silenciosas y por esa mano que de vez en cuando las limpiaba deprisa, como si de ese modo, él no se diera cuenta de que estaba llorando.

Él no añadió nada más, en ese momento.

La contempló a sus anchas, deseando abrazarla y decirle que lo sentía. Pero no lo hizo, era como una dualidad la que le traspasó las tripas; por un lado, quería consolarla, pero por otro le produjo placer torturarla, hacerla sentir, demostrarle quién mandaba ahí, quién era el hombre y quién debía comportarse con delicadeza y feminidad. Y a esta muchacha, le faltaba mucho de las dos cosas.

—Mañana iremos a comprarte ropa. Esperarás aquí hasta que llegue, porque no sé si sabrás, que esas tiendas no abren al amanecer. ¿Está claro? —Vio como la chica tragaba saliva y movió la cabeza afirmando, pero sin decir palabra—. No te oigo. —Por qué quiso seguir martirizándola, no lo supo. Pero estaba en un estado de excitación, de enfado y mala hostia, que ahí siguió, de pie, sin dejar de mirarla y sabiendo que estaba asustada, tal vez como pocas veces lo estuvo.

—Sí señor —contestó con un murmullo.

Él siguió sin moverse y sin quitar los ojos de ella.

—¿Dónde tienes el revólver? —Silencio los primeros segundos, para después moverse unos pasos a su derecha y sin levantar la mirada, abrir la puertecita de la mesita de noche y dejar ver el arma.

Él la cogió y vio que estaba cargada, con las cinco balas que poseía. La descargó y se guardó las balas en el bolsillo, dejando el revólver en el mismo sitio y mirándola por última vez. Dio media vuelta y se dirigió hasta la puerta para pasar a su habitación y cerrar con mucha suavidad. Una vez hecho esto, se paró en seco y molesto consigo mismo. En el silencio de la noche, escuchó el ruido que hizo la muchacha al acostarse en la cama y esperó por si se echaba a llorar como una descosida, pero eso no ocurrió. Si lo hizo, fue en silencio.

Se sintió como un cabrón.

Pero, por otra parte, no podía dejar que esa pequeña salvaje hiciera su santa voluntad.

El hombre bajó a cenar, preguntándose si Taylor habría tomado algo, pronto supo la contestación a esa pregunta. Y cuando acabó, él mismo le subió una bandeja con un poco de pollo y un trozo de pan para que mojase en la deliciosa salsa. Tocó en la puerta interior y escuchó un adelante. Al entrar estaba a oscuras y se guió por la luz de su habitación, dejando la bandeja encima de la mesita y diciéndole que se lo comiera antes de que se enfriara.

La voz llegó desde la cama, contestando un dulce:

—Gracias —palabra que al hombre le llegó al alma y le hizo sentir como un auténtico cabrón.

Otra vez.

Salió de esa habitación, sin querer saber cómo estaba la muchacha, pero deseando disculparse ante ella.

Pero no lo hizo y al día siguiente, cuando terminó la faena y llegando más que satisfecho a media mañana, pensando que solo quedaba un cargamento por llegar y llenaría de una vez por todas la bodega para salir de ahí pitando, la vio sentada en una silla de la habitación de él. Modosita, vestida con su pantalón azul, su camisa blanca por fuera y un chaleco parecido al suyo, pero de un color entre blanco y crema, que lo llevaba abierto para no acentuar ese talle pequeño y esos pechos generosos.

Sin palabras y no queriendo sucumbir a esos preciosos ojos que lo miraban de una forma que no supo explicar, el hombre se puso en marcha y ella lo siguió como un corderito hasta llegar a la tienda de ropa. No abrió la boca mientras ese yanqui explicaba a esa mujer madura, pero todavía atractiva, que deseaba un par de vestidos, pero que ya estuvieran confeccionados, pues se iban dentro de dos días o tres a lo sumo. La dueña le dijo que la ropa era hecha a medida y que no tenía vestidos hechos, a excepción del que estaba en el escaparate y poco más. Él se la llevó a un rincón y la muchacha no pudo oír lo que le dijo, con lo cual, se fue moviendo por la estancia y contemplando las piezas de telas que se amontonaban en las estanterías, unas encima de las otras. Había de todos los tipos, de todos los colores, y hasta había encajes y puntillas, tan lindas que los ojos turquesa se clavaron en ellas y una

de las manos se deslizó por esas preciosidades, no dándose cuenta de las miradas del hombre.

Este no perdía detalle de lo que hacía la muchacha, al tiempo que le decía a la mujer, que era de suma urgencia lo que le pedía.

—¿No ve cómo va? —dijo murmurando—. Tiene que tener vestidos nuevos o semi nuevos, da igual. Aunque sean usados y haya que arreglarlos, pero necesito que me dé una solución y le pagaré en consecuencia.

La mujer, algo alterada por el acento de ese hombre y sobre todo por ese atractivo tan masculino, le dijo que sí, que lo intentaría. Que le dejara a la chica y volviera dentro de una hora, pero el hombre se negó, diciendo que esperaría. Así que, mientras Taylor seguía mirando las telas, los sombreritos, esos zapatitos de satén tan delicados y demás parafernalia femenina, la mujer subió al piso de arriba, el hombre se paseó de un lado a otro, mirando continuamente a la muchacha, hasta que la mujer bajó y le dijo a Taylor que fuese con ella. Miró al hombre para que le diera permiso y este moviera ligeramente la cabeza, siguió a la dueña y desapareció dentro de una habitación que en lugar de puerta tenía una cortina. Cuando minutos después, esa mujer le preguntaba qué le había pasado, él prestó atención a lo que contestó, apretando los dientes cuando esa voz melosa y femenina contestó que no era nada, que se había caído del caballo y había aterrizado sentada.

Molesto, se pasó una mano por el pelo, miró por el escaparate a la calle y se pellizcó el puente de la nariz cuando escuchó la risa argentina de la muchacha, en el probador. O terminaban pronto o tendría que salir de ahí. No comprendía qué le estaba pasando, pero lo que sí estaba claro, es que tenía los nervios a flor de piel.

Cuando escuchó un frufrú de faldas, se volvió pensando que era la mujer, quedando de una pieza al ver que Taylor estaba enfrente, con un sencillo vestido de algodón, amarillo claro con diminutas florecitas. Estaba preciosa. Parecía una muñeca, una muñeca que él había maltratado.

La miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Fue esa voz acariciadora la que preguntó:

—¿Le gusta, señor Hathaway? —¿Si le gustaba?, por Dios y por los santos, si era preciosa vestida de hombre, ¿cómo no le iba a gustar vestida de mujer?

Pero se mantuvo serio y no demostró sus sentimientos.

—Muy bonito, Taylor. Te queda muy bien. —La sonrisa de la chica le llegó al alma.

Estaba tan agradecida, que no cabía de gozo. Dio una vuelta entera y rio al sentir las faldas alrededor de sus piernas. La mujer, viendo la expresión del hombre, tosió ligeramente para llamar su atención y le dijo que esa misma tarde, tendría arreglados otros dos vestidos.

—Perfecto, señora. Se lo agradezco sinceramente. —Miró hacia el suelo y al ver como la muchacha levantaba el ruedo de la falda y ver los pies desnudos, volvió a mirar a la mujer—. No olvidemos zapatos, sombrilla y todo lo que necesite; ya me entiende. —La dueña sonrió muy sutilmente, preguntándose si esa preciosidad sería la amante de ese hombre, ¡tan hombre!

—No se preocupe. Por fuera y por dentro. —Volvieron a pasar al probador y él paseó de nuevo por toda la estancia, siendo consciente de todos los ruiditos que hacían las ropas al crujir, al sacar y poner, y al rozar la piel. Esa tierna piel que él había mancillado.

La mandíbula se tensó y se pasó la mano por la barba incipiente, recordando ese trasero redondo y prieto.

Por fin, el martirio acabó y la joven salió con el mismo vestido, pero más abultado por las enaguas y con los pechos más tiesos por efecto del corsé. Iban tapados, ya que el vestido no tenía escote, pero esos pechos estaban muy arriba, ¿o no? Se acercó a la mujer y se lo dijo; ella lo miró sorprendida y le dijo que la joven no necesitaba corsé, pero que debía llevarlo. Que le había puesto uno que apenas apretaba, pues su cuerpo era delgado con la carne necesaria en los sitios necesarios y que era una divinidad ser joven y tan hermosa como esa criatura.

Él se quedó callado, asimilando esas palabras, para después sacar dinero de su billetera, darle unos billetes a cuenta y decirle que cuando estuviera todo lo demás en el hotel, le daría el resto.

Ella abrió los ojos al contar los billetes, deseando que no se fuera tan pronto para poder hacerle todo un vestuario acorde a la belleza de la joven; y así se lo hizo saber.

—No se preocupe. Tendrá todo lo que necesite cuando lleguemos a Boston. —Supuso que sería así.

Maxwell tendría que equipar a esta muchacha con todo lo necesario, pero las mujeres de su casa no estarían muy de acuerdo. Joder, deja ya de preocuparte por el futuro de esta cría, se dijo, mientras abría la puerta y salían al exterior, al tiempo que clavaba los ojos en la gruesa trenza, colocada de forma femenina, sobre un hombro.

Decir que se sorprendió, era decir poco, cuando vio moverse a la muchacha con esas ropas, con toda naturalidad, con toda feminidad y haciendo que las miradas masculinas se la comieran con los ojos. La llevó con él a varios establecimientos, donde compró algunas cosas y donde se encontró con militares conocidos, a los que tuvo que presentar a la sureña y ver cómo estos caían rendidos a sus pies y la miraban continuamente, deseando oír esa voz sensual y clavando los ojos en ella para que esos ojos turquesa les devolvieran la mirada y ellos se recrearan a placer.

Al principio le hizo gracia, pero después de media hora estaba muy hartito, pero que muy hartito y su rostro lo delataba. Cuando uno de los oficiales les invitó a cenar esa noche en el hotel, Ralph no tardó ni un segundo en responder, que eso sería imposible, pero que gracias. ¡Al diablo con ellos!, si querían mujer que se buscaran una puta, no iba a dejar que la muchacha fuera el entretenimiento de unos oficiales, para que se la comieran con los ojos, no dejando de mirar ni una sola parte de la anatomía de la chica.

Joder, esto es excesivo para mí. Hacer de niñera a estas alturas era el colmo, pensó enfadado, mientras la llevaba agarrada por el codo y la metía en la habitación, diciéndole que dentro de poco le traerían el baño y la cena y que mantuviera las puertas cerradas a cal y canto. Ella se atrevió a contestar que si le daba sus balas no tendría ningún problema, pero cuando vio la mirada que le lanzó, sonrió de una forma cautivadora, diciendo que solo era una broma.

Él se fue y ella admiró su estrenado vestido, mientras daba vueltas por la habitación, pensando que el yanqui era un buen hombre, aparte de ser el más guapo de la tierra y a pesar de haberle dado una tunda en su dolorida nalga. Pensó en ello y se paró en seco, mirando ese lado de la cama donde ocurrió. La cogió en volandas, como si no pesara ni medio kilo, y cuando notó que su trasero quedaba al aire, a la vista de esos ojos azules como la noche, y notar como su estómago se aplastaba contra las rodillas y los muslos del hombre, para seguidamente sentir el primer palmetazo sobre la nalga desnuda y notar como las lágrimas se le agolparon en los ojos. No le dio tiempo a pensar en nada, cuando vino el siguiente y el siguiente..., se mordió los labios para no gritar, para no llorar y deseando que se cansara rápido, que no fuera demasiado violento con ella; sintiendo un miedo atroz, cuando paró y no ocurrió nada. Ella no se movió, esperando el siguiente movimiento de él. Imaginó que estaba pensando si seguir o parar, pero no se le pasó por la mente, que ese hombre contemplara su trasero, admirándolo y pensando cosas que nada tenía que ver con lo que había hecho. Y cuando la volvió a coger por la cintura, como si fuese una muñeca y la dejó de pie y con la camisa en su sitio, dio gracias al cielo de que él se quedara satisfecho, de que no le diera más azotes.

Bueno, eso ahora no importaba. El yanqui se enfadó y con razón, no debería haberle llamado lo que le llamó. Ahora, le había comprado un bonito vestido y por fin, podía moverse y comportarse como una dama. Debería tener cuidado con el vocabulario, el señor Hathaway no sabía que su madre le había dado una buena educación, su madre y su querida hermana Alessia, y estaba decidida a demostrarle que ella no tenía nada que envidiar a las damas del Norte, que una mujer del Sur, era tanto o más que ellas. Vaya que sí.

Con esos pensamientos, se bañó, cenó y se acostó. Pero por más que lo intentó, no se pudo dormir y no dejó de pensar en dónde estaría el señor Hathaway.

CAPÍTULO 4

Después de tomar un trago tras otro y de aguantar las bromas, los comentarios y las risas de los militares, decidió que ya estaba bastante borracho para ir a su habitación y dormir hasta la mañana siguiente, pero no lo suficiente para quitarse de la cabeza a esa sureña del demonio. Seguía pensando en la tunda que le dio y se maldecía una y otra vez, al tiempo que se maravillaba, de que esa niña no fuese rencorosa, que no lo odiase por haber maltratado su trasero, por haberla humillado. ¡Por todos los putos infiernos!, él jamás había pegado a una mujer y solo tocaba los culos para dar un azote cariñoso, o para acariciarlos y amasarlos, hasta acabar con su lujuria y enloquecer a la dueña de ese trasero.

Borracho como estaba, no podía entender cómo perdió los nervios de tal manera, cómo se dejó llevar por el genio y cómo se ofendió porque esa niña lo llamara cabrón. Cosas peores le habían llamado a lo largo de su madurez; y por qué ahora, con treinta y cinco años, curtido de la vida, a vueltas de todo, se enfadó como un poseso cuando esos labios, hermosos hasta decir basta, pronunciaron ese insulto que le llegó al alma. Y, ese: gracias, que le dijo al dejarle la cena... al igual que el insulto le ofendió, ese gracias, dulce, casi un susurro y un poco lloroso, le tocó el corazón. Y al día siguiente se portó como si nada hubiera pasado. Esperándolo en su habitación, sentadita como una niña buena y mirándolo con esos ojazos que lo descolocaban, que lo perturbaban. Pero esa mirada era completamente inocente, no lo miró mal, ni le hizo ningún desplante, ningún gesto fuera de lugar. Al contrario, estaba tan contenta en la tienda de ropa mirando todo lo que allí se encontraba, con esos ojos deslumbrantes, con esa boca entreabriéndose cada poco tiempo, mientras esas manos delgadas y gráciles, acariciaban el borde de las telas y tocaban con delicadeza los sombreritos y zapatos. Y cuando en el probador le dijo a la dueña que se había caído del

caballo..., claro, qué creías, que le iba a decir que ese cabrón hijo puta que me va a comprar los vestidos, me ha dado una paliza...

Abrió la puerta de la habitación entró y cerró sin hacer ruido. No quería despertarla y, sobre todo, no quería seguir pensando en ella. Intentando no tropezar, fue hasta la cómoda y encendió la lámpara de queroseno, se quitó la chaqueta, el chaleco y cuando estaba desabrochándose la camisa, torció la cabeza y miró hacia la puerta comunicante. Estaba entreabierta, y esa rendija oscura, hizo que se moviera despacio hasta llegar al sitio. Colocó el antebrazo sobre el marco y apoyó la cabeza, mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad y veía la silueta tendida sobre la cama, boca abajo, con la camisa blanca tapando el cuerpo y ese culo que él había maltratado; pero las piernas desnudas y entre abiertas, lo llamaban a gritos.

Por Dios, por todos los santos, y si eso no era suficiente, por todos los putos demonios de los putos infiernos, estaba borracho, estaba viendo a esa criatura medio desnuda y quería follársela como a una puta cualquiera. Soltó el aire despacio y se irguió, mirándola por última vez y volviendo hasta su cama, para sentarse en el borde, se quitó por la cabeza la camisa a medio desabrochar y la tiró al suelo. Revolvió el negro cabello con las manos, para después pasarlas por las mejillas rasposas.

Maldita sea, acuéstate y duerme de una puta vez. Deja de pensar en ella, es una maldita cría, que, aunque tenga dieciocho años, es como si fuesen quince... o catorce... o doce. Estoy jodido, tendría que haber bebido más y así dormiría la mona de un tirón y no estaría pensando en ese precioso culo y en todo lo demás. Maldita sea, tendría que haberme ido de putas, tendría que haber ido a ese burdel que no está lejos, siguió pensando y recordando esa casa de putas que visitó la última vez que estuvo en la ciudad.

Pensando en la puta que se tiró en esa ocasión, queriendo ponerle rostro, pero sin conseguirlo, sus oídos captaron un ligero ruido y su vista un movimiento.

Giró la cabeza y ahí estaba ella. Era como una aparición, como un ángel expulsado del cielo, por ser demasiado bella para estar con los otros. La hermosa mata de pelo estaba suelta y la rodeaba como una manta dorada y rojiza y esos ojos llamativos, estaban clavados

en él. Se acercó más y se colocó enfrente y él miró los botones de la camisa, para ver que los de arriba y los de abajo, estaban sin abotonar. Su miembro comenzó a endurecerse, sintiendo que, a pesar de la borrachera, sabía de sobra lo que estaba haciendo o lo que podría hacer.

—Estoy borracho, Taylor. —La voz sonó ronca, áspera, dura—. Deberías irte. —Pero ella no se movió y con esa voz aterciopelada hasta cuando decía tacos, le habló.

—La señora Roberts decía, que un hombre y una mujer, pueden jugar sin que haya consecuencias. —La mirada dura y brillante del hombre, no pestañeó y no dejó de mirarla, mientras digería esas palabras invitadoras.

—Todo tiene consecuencias, muchacha. Todo. —Añadió sin dejar de mirarla—. ¿Cómo puedes ofrecerte, después de lo que te hice? —preguntó con esa voz tan masculina, que producía extrañas cositas en la barriga de la chica.

—¿Quiere ver lo que me hizo? —Él, sin mover ni un músculo, permaneció sentado en el borde de la cama con las manos sobre los muslos, viendo como la muchacha, sin esperar contestación, se daba la vuelta, agarraba los bordes de la camisa y despacio, muy despacio, sabiendo que los ojos del hombre estaban sobre ella, se la fue subiendo, descubriendo su cuerpo, hasta sacarla por la cabeza y tirarla al suelo, quedando desnuda, de espaldas a él.

La fría mirada, se clavó en esas nalgas y vio el cardenal que adornaba el lado izquierdo.

Llevó las manos a las caderas de la chica y acercó despacio la boca hasta esa carne lastimada, besándola suavemente, uno, dos, tres, cuatro, cinco...y seis besos, uno por cada palmetazo al tiempo que murmuraba un lo siento, con cada beso.

Su mente se fue despejando por momentos y escuchó los pequeños suspiros de ella, cada vez que besó la piel, notando también un pequeño movimiento de las caderas, que hacía que el culito se pusiera un poco en pompa, con cada beso que él le daba. Debía parar, debía decirle que se marchara a su habitación, debía evitar tocarla; más de lo que ya había tocado, pero entonces, ella se

dio la vuelta y le mostró esos pechos gordos, tiesos, con unos pezones que parecían pitones y sintió que su pene iba a reventar.

Recorrió todo el cuerpo con ojos avariciosos y clavó la mirada en esa mata rizada entre los muslos. Llevó las manos a los muslos de músculos largos y tonificados y de piel suave cubierta por un vello rubio, fino, a penas imperceptible y los acarició de arriba abajo, para sentir esas manos encima de sus hombros y él, acariciar la parte interna y rozar el sexo femenino, oyendo un gemido que soltaron esos labios atractivos, esa boca seductora como todo lo que poseía esa muchacha; esa embriagadora de los sentidos, que emborrachaba más que todo el alcohol que hubiese bebido.

—¿Quieres jugar, Taylor? —preguntó con voz ronca, antes de continuar.

Y ella no se lo pensó.

—Sí, sí quiero —contestó, agarrada a sus hombros y cerrando los ojos con fuerza.

—¿Estás segura?

—Sí, sí —susurró, sin saber lo que excitaba al hombre, sin saber que sentimientos provocaba en un hombre acostumbrado a todo.

—Pues ábrete para mí, pequeña. Ábrete y descubrirás lo que es jugar. —Y ella obedeció y abrió los muslos para que él tocara ese lugar que nadie había tocado, ni tan siquiera ella.

Las manos grandes, esas manos que le produjeron dolor hasta llorar, ahora se deslizaron por sus muslos, desde la rodilla hasta la ingle, tan despacio y tan suave, que sintió que todo su cuerpo se deshacía. Esas manos, lo supo desde el principio, eran extremas para todo.

Para el dolor y para el placer.

Y ella se contrajo cuando un dedo largo y experto, rozó un botoncito y ahogó un gritito, para al momento sentir varios dedos tocando toda la vulva y oyendo el ruido que hacían en la humedad de su sexo. Estaba tan excitada, que quería más y se inclinó sobre él, para restregarle los pechos sobre la cara rasposa y sentir el mayor de los placeres cuando el hombre se metió un pezón en la boca y lo succionó hasta irritarlo y hacer lo mismo con el otro. Fue entonces cuando notó esas manos en las nalgas, cuando notó como

le abría las dos mitades del culo y tocaba el sexo desde ese punto, haciéndola gemir sin compasión y sintiendo ese rostro y esa barba contra sus sensibles pechos.

Entonces algo pasó con su cabeza, con su visión, que sintió que perdía el control y el equilibrio, notando como todo su cuerpo vibraba y se tensaba al momento, para recorrerle una descarga como si un rayo en una virulenta tormenta, le hubiera dado de lleno. Y como si estuviera mareada, sintió que esos brazos fuertes la cogían en brazos y la acostaban atravesada en la cama, para abrirle las piernas y colocar la cabeza entre ellas y meter la lengua donde antes habían estado los dedos; haciendo que se mordiera los labios para no gritar de placer, mientras sentía esa boca lamiéndola con lujuria y metiendo la lengua hasta el fondo, para seguidamente dar toquecitos en ese punto que la volvía loca, dejándola extenuada y con la respiración agitada hasta volver a sentir lo mismo que antes, agarrar con sus manos la cabellera morena, mientras cerraba los muslos con fuerza aprisionando la cabeza del hombre y gimiendo sin parar.

Sintió dos orgasmos en todo su esplendor, sin conocer el significado de esa palabra, pero sabiendo que lo que ese hombre le había producido, no estaba al alcance de cualquier mujer y que una mujer, cualquier mujer, no tenía la suerte de tener un hombre como este; porque si eso fuera así, ella sabría algo, ella habría oído decir algo al respecto, y no la letanía de que las mujeres eran meros objetos de los hombres para su uso y disfrute. Entonces, por qué este hombre se había molestado en darle placer, por qué había hecho que tocara los cielos, eso fue lo que dijo Kevin, pero estaba convencida de que el tonto de Kevin no sabía hacer con los dedos y con la boca, lo que hacía este yanqui.

Y en ese momento le vino a la mente la violación de Alessia y sintió vergüenza, porque ella había disfrutado de algo que estaba relacionado con eso, ¿o no? Su mente se mostró confusa y fue entonces cuando abrió los ojos y vio a ese hombre en todo su esplendor. De pie, mirándola fijamente, luciendo esos pectorales fuertes, grandes, ese estómago lleno de rayitas que formaban cuadraditos, duro como una piedra y bajando la mirada, vio el bulto

de los pantalones y supo que tenía que hacer algo, que tenía que recompensarle de alguna manera. Se incorporó y sin retirar la mirada de esos ojos vidriosos, llevó las manos a la bragueta y sacó el miembro duro y tieso como un mástil y no pudo evitar clavar los inocentes ojos en esa carne palpitante, suave y caliente, notando como la respiración del hombre era cada vez más rápida, más agitada.

Clavó sus ojos turquesa sobre los ojos azul noche, y abrió la boca para chupar el miembro lentamente. El hombre, respirando deprisa, movió las caderas hacia delante para que ella se lo tragara entero, y ella sintiendo lo que él deseaba, recorrió toda la superficie con la lengua para seguidamente ir introduciendo hasta el máximo, sacarlo y volver a tragárselo entero. La respiración del hombre, era cada vez más virulenta y cuando notó esa mano grande sobre su cabeza, supo que la quería guiar a su antojo para que el placer fuese mayor. Y ella obedeció y aprendió al instante. Deslizándose la lengua, acariciando con los labios, para después succionar y luego, volver a lamer, guiándose por puro instinto, olvidándose de vergüenzas de ningún tipo, pues a fin de cuentas la boca de ese hombre había estado entre sus muslos momentos antes.

Ralph creyó morir y resucitar y cuando notó que se iba a correr, sacó el miembro de la boca de la muchacha y viendo que era imposible coger un pañuelo, además, su estado alcohólico no se lo permitía, soltó el semen sobre esos pechos divinos, haciendo que la muchacha mirase embobada como ese miembro grande y duro, descargaba un líquido blanco como si fuese la ubre de una vaca, sobre sus pechos, para después mirar ese rostro tan atractivo, tan varonil, mostrándose extasiado, relajado y satisfecho.

Ella había logrado eso; igual que él había logrado lo mismo con ella.

Hubo un momento de quietud, pero enseguida el hombre cogió su camisa y limpió los pechos de la joven sin dejar de mirarla. Tal era la profundidad de esa mirada, que ella se ruborizó y bajó la cabeza. Él miró esa coronilla y pensó que no se habían besado, que sus bocas no se habían besado y, sin embargo, la boca de ella estuvo en su polla y la boca de él en su precioso coñito.

Santo Dios, se enfadó consigo mismo, se había comportado como si hubiese estado con una puta; bueno, no, tampoco era eso, en absoluto, eso no era así. Él no se comía los coños de las putas, de hecho, tampoco lo solía hacer con las mujeres que eran o habían sido sus amantes. Si pensaba detenidamente, la última vez que lo hizo, fue con una actriz que estuvo de gira en Nueva York, dos años atrás, y mantuvo dos encuentros, uno tradicional y el otro, ella se la metió en la boca en cuanto estuvo dura y él le pagó del mismo modo. A su amante actual, no se lo había hecho, pero ella sí se metía su polla en la boca cada dos por tres para satisfacer al hombre.

Pero... ¿cómo calificar esto?

Ella había querido jugar, dijo.

Por todos los infiernos.

Pasó las manos por su espeso y oscuro cabello y la miró de nuevo. Sin decir palabra, la cogió en brazos y la llevó a su habitación, la acostó y la tapó con la sábana.

—Duerme —le ordenó.

Y así, de esa manera brusca y fría se fue, cerrando la puerta que comunicaba las dos habitaciones, sin saber, sin darse cuenta, que la muchacha lloró en silencio hasta dormirse, pensando que el hombre estaba enfadado con ella, enfadado por su comportamiento. Seguramente, lo que habían hecho, lo enfadó más, mucho más, que cuando ella lo insultó.

Cuánto tardó en dormirse, ni lo supo, cuánto durmió, estaba seguro que no fue más de media hora y en quién estuvo pensando todo el tiempo... ¡Ah, Dios del cielo!, cómo se dejó envolver de esa manera, cómo fue tan tonto como para caer en la trampa de la seducción. Estaba en el camarote del barco desde que amaneció.

Se levantó, se vistió y salió de la habitación del hotel, como alma que lleva el diablo. El último cargamento de algodón llegaría esa mañana y en cuanto estuviera en la bodega, pondrían rumbo a Boston y si los vestidos no habían llegado, le importaba una mierda; pero lo único que deseaba era irse de ahí, llegar a su casa y quitarse de encima a esa criatura del demonio.

Venga Ralph, eres un auténtico cabrón, me cago en la puta, tienes el doble de años que ella, podrías haber controlado la situación. Podrías haberla llevado a rastras a su habitación y haberle dicho que una chica decente no se ofrece a jugar con un hombre, con ningún hombre; y menos cuando lo conoce de pocos días, maldita sea. Ni de pocos días ni hostias, nunca, joder, solo para el marido, solo casada; ese es el comportamiento de una mujer decente, de una muchacha decente.

¡Maldita fuera!

Había que ser de piedra para resistirse a ese cuerpo, por Dios, tenía grabados a fuego, esos pechos redondos y gordos como meloncitos con esos maravillosos pezones que dentro de su boca eran dulces como la miel; y ese culo, ¡qué culo!, esas elevaciones, esas colinas duras, tersas y gorditas; por Satanás. Endureció el gesto, al pensar en ese cardenal que adornaba el glúteo izquierdo. Eso fue lo que pasó, que al ver el daño que había causado, la señal de su violencia, la saña con que la golpeó y con todo el alcohol que llevaba dentro, se desmoronó y tuvo que resarcir en la medida de lo posible ese daño.

Sí, eso fue.

Pero no volvería a pasar.

No volvería a tocar ese cuerpo; es más, tendría que tener una charla con ella, muy seria, pero que muy seria. Lo ocurrido no se repetiría, pero tendría que explicarle que algo así no debería hacerlo con ningún hombre. De repente, se levantó de la mesa y fue hasta el ventanal, clavando la mirada en las aguas sucias del puerto.

¿No habría hecho algo así antes?, se preguntó.

No y no, decididamente no. Esa conversación que escuchó, cuando aún no sabía quién era Taylor Lewis lo corroboraba. Esa manera de hablarle a un muchacho, con tacos o sin tacos, daba igual, era una forma de defensa hacia el macho dominante y ella, teniendo en cuenta el físico que poseía, había sido una suerte que no le hubiera pasado lo que a la hermana. Un hombre, del Sur o del Norte, borracho o no, si se le metía en la cabeza que una mujer fuese suya, tenía muchas posibilidades de que así fuera; y la mayor parte de esas posibilidades, eran la fuerza bruta. Y si esa muchacha

era virgen, cosa que creía, fue gracias a su temperamento, pero, sobre todo, al viejo Colt de su padre y a no dudar en utilizarlo si es que llegaba el caso.

Un golpe en la puerta hizo que dejara por un momento sus pensamientos y al dar paso a uno de sus hombres que le decía que el último cargamento estaba en el muelle dispuesto para subirlo, sonrió satisfecho, pensando que pondría fin a ese problema que le daba dolor de cabeza, en pocos días.

En la tienda de ropa se estaba de maravilla, pensaba la joven mientras esperaba para recoger su pedido. El señor Hathaway había dejado dinero encima de la cómoda, billetes y calderilla, y supuso que era para pagar el resto de la ropa, así que, lo cogió y salió del hotel, con su vestidito amarillo y un moño que se hizo enrollando la trenza, después de que una doncella le diera unas horquillas por cinco centavos. No pensó si eso era caro o barato, pues nunca había comprado nada de nada, ya que cuando vivía con su familia no era necesario y cuando se quedó con la viuda, ella no vio ni un dólar, ni confederado ni de la unión, así que, cuando esa muchacha, algo más joven que ella, que la miraba de una manera indiscreta, pero que ella ya estaba acostumbrada, le dio las horquillas en la puerta de la habitación y pareció que miraba mucho hacia dentro, como buscando algo, y entonces Taylor le dijo:—¿Qué te debo?

Y la chica se quedó parada, mirando ese color de ojos tan extraordinario y sin pensarlo, soltó de manera brusca.

—Cinco centavos.

Taylor se los dio y cerró la puerta.

Miró las horquillas y no le parecieron nuevas, fue hasta la cómoda de la habitación de él y cogió un frasquito de algo que olía bien y que el yanqui se ponía después de afeitarse. Echó un poco de ese líquido en un cuenco y metió las horquillas, dejándolas unos minutos. Cuando creyó que ya era suficiente, las sacó y las secó bien. Las miró detenidamente y le parecieron nuevas de estrena. Cogió la hermosa trenza y la fue enrollando, de manera que quedase desde la coronilla hasta la nuca, haciendo un perfecto óvalo. Prendió las horquillas, esperando que aguantaran el peso de

su denso cabello, ya que, si no era así, tendría que repetir toda la operación.

Tuvo suerte y acertó a la primera, mirándose en el espejo de la habitación de él y recordando lo sucedido en esa cama. A pesar de las lágrimas vertidas, después de que la llevara en brazos a su cama, sonrió recordando el placer que le dio y sonrió porque estaba segura, que ella también satisfizo el deseo del hombre, y también estaba segura que, si él se enfadó, no fue con ella, si no consigo mismo por haber caído en la tentación. Y ella quería volver a tentarlo, ella quería a ese hombre; no sabía lo que era el amor entre un hombre y una mujer, pero sí sabía que lo que estaba empezando a sentir por ese yanqui, era algo especial, algo que le llenaba el alma, algo que, en esos momentos, no tenía todavía, palabras para describirlo.

Mientras miraba las telas y oía la voz de la señora que apremiaba a una de las empleadas, volvió a recordar lo sucedido. Cuando notó esas manos grandes sobre sus caderas y sintió esos labios en su trasero, creyó morir y cuando escuchó esa voz endurecida, decir lo siento, lo siento, lo siento, con cada beso, ella pensó, que ese hombre se arrepentía de todo corazón por haberla pegado, pero al mismo tiempo tuvo un subidón de algo desconocido, que la encendió por dentro y por fuera.

Sintiendo como sus mejillas se ponían coloradas, la dueña apareció con un abultado paquete que contenía ropa interior, dos vestidos más, y un sombrerito.

—¿Estás bien, querida? —La muchacha sonrió y la mujer no pudo dejar de contemplar esa cara tan bella y esos ojos tan despanpanantes.

—Sí sí, muchas gracias —contestó alargando los brazos para coger el paquete.

—Abulta mucho querida, y es un poco pesado. Si quieres te lo llevan dentro de un rato al hotel. El muchacho va a venir enseguida.

—No, no es necesario. Está a un paso.

—Pero no es prudente, qué va a decir tu protector —dijo la mujer mirándola detenidamente.

—Nada nada. No se preocupe. He llevado cosas más pesadas que este paquetito. —Sin más, abrió la puerta con la mano libre y salió cargando el paquete, apoyado en la cadera y despidiéndose de la señora.

No había andado más que cuatro o cinco pasos, cuando un militar se le acercó y ella vio que se trataba del teniente, amigo del señor Hathaway. El hombre, acercándose a la treintena y de porte gallardo, le quitó el paquete de los brazos sin dejar de mirarla y sonriendo como un bobo. La muchacha pensó que era guapito, pero nada que ver con su yanqui.

Le dijo que cómo se le ocurría ir cargada de esa manera y que la acompañaba al hotel para que no le pasara nada, que no debía salir sola, ya que, si vestida con ropas masculinas llamaba la atención, con ese vestido daban ganas de secuestrarla. Todo eso fue dicho de una manera simpática y halagadora, y ella no pudo hacer otra cosa que reírse de ese galanteo descarado, pero la risa se le paró en seco cuando vio en la entrada del hotel, al hombre que la llevaría a Boston y que mantenía un gesto serio y una mirada asesina.

Siete escalones separaban la acera de la entrada del hotel, donde él estaba parado, mirándola y mirando al teniente, a la sombra de una gran encina, de la que colgaba musgo español de sus añejas ramas. Ella tragó saliva y quiso coger el paquete, pero el teniente no lo permitió, diciendo que lo llevaría hasta la misma recepción para que desde allí lo subieran a su habitación.

—Es usted muy amable —contestó ella y él la volvió a halagar, diciendo que por ella daría la vuelta al mundo si se lo pidiera.

Ese comentario fue oído por Ralph, que esperaba, tieso como un palo, a que su protegida llegara hasta él.

—Hola Hathaway, no debería dejar salir sola a esta bella señorita, a riesgo de que cualquier desaprensivo la coja y se la lleve. —Bromeó entre sonrisas, mientras llevaba el paquete con un brazo y con el que le quedaba libre, ayudaba a la joven damita.

El rostro del bostoniano no mostró alegría alguna y la mirada glacial taladró a la muchacha al tiempo que deseó dar una hostia al teniente; una no, se lo pensó mejor, cientos de hostias, una detrás

de otra, hasta ponerle la cara como un amasijo de carne irreconocible.

—Sí, eso le tengo dicho. Pero prefiere actuar por su cuenta. —Ella permaneció callada, sin querer echar más leña al fuego.

Le devolvió la mirada a su vez, como retándolo a que siguiera hablando delante del teniente.

Una vez en la recepción, dio el paquete al gerente, que a su vez se lo dio a una doncella para que lo subiera a la habitación de la joven.

—Les invito a comer —dijo el teniente, deseoso de estar más tiempo con esa beldad sureña y poder conocer más cosas de su persona, pero Ralph negó en un momento, diciendo que tenían que preparar el equipaje pues zarpaban esa misma tarde.

Ella lo miró sorprendida y el teniente, más todavía.

—Pensamos que la estancia sería más larga —dijo mirando al dueño de ese clíper, que hacía que todos los que se movían o pasaban por el puerto se fijasen en esas líneas aerodinámicas y en tal cantidad de velamen, dando lugar a que esos mástiles se vieran desde muchas partes de la ciudad.

—No. Ya tengo todo el cargamento de algodón. Nada me retiene aquí y debo llevar a la señorita Lewis con su familia. —Fue entonces cuando el teniente se pasó la mano por los cabellos castaños y miró de nuevo a Taylor.

—Señorita Lewis, le deseo un viaje placentero y espero poder verla cuando vaya a Boston. —Ella le sonrió, siendo consciente de la mirada admirativa del teniente, pero no, de la glacial, azul oscuro.

—Supongo que nos veremos, teniente. A no ser que mi tío se haya hartado de mí y me encuentre de vuelta en Las Carolinas. — La risa del teniente se oyó en toda la recepción y el mal humor de Ralph iba subiendo de grados.

—En ese caso, querida señorita, avíseme lo más rápido que pueda, para que vaya a buscarla y la lleve a donde usted quiera...

—Bueno, esto era el colmo del coqueteo y ya estaba hasta los huevos de presenciarlo.

—Taylor, por favor, sube a tu habitación y ves preparando las cosas. —Ella obediente, se despidió del teniente y este, mantuvo

durante varios segundos la mano de la muchacha entre las suyas, mientras la besaba, para al final, dejar que se marchara mientras los dos hombres miraban el bamboleo de las faldas, con distintos pensamientos.

—Pronto iré a Boston —dijo el teniente con un gesto risueño—. Espero que hable bien de mí, al tío de la señorita Lewis. —La fría mirada de Ralph, hizo que se le borrara la sonrisa.

—¿Acaso piensa, que en mis ratos libres actuo de casamentero? —El teniente supo que se había pasado de la raya y que ese hombre, aparte de riqueza, tenía un físico y una mala hostia reconocida en el ejército de la Unión.

—Oh, no me malinterprete, es solo que... —No pudo terminar la frase. La mano grande y morena, palmeó el hombro del teniente.

—Esta muchacha esta por civilizar, teniente Thomson. Cuando se instale en su nuevo hogar, tendrá que amoldarse a un ritmo de vida muy diferente del que ha tenido hasta hoy y por un tiempo no creo que tenga tiempo para galanteos. Un año, eso le doy de plazo para que la chica comience a recibir propuestas —dijo, sin dejar de mirar el rostro del teniente, que escuchó con atención.

—Un año... —repitió más para sí.

—Eso es. Así que, tranquilo. No tenga prisa, seguro que ella esperará, he visto como lo mira.

—¿Usted cree? —preguntó con cierta esperanza, sin imaginar los pensamientos de Hathaway.

—¿No tendría que estar en La Ciudadela? —preguntó el bostoniano, refiriéndose al edificio que había sido academia militar y ahora se utilizaba como guarnición federal.

Dejando la pregunta en el aire, se dirigió hasta las escaleras viendo como el teniente seguía pensativo, para después mostrar una sonrisa para sí mismo, colocarse la gorra y salir del hotel.

Las zancadas que dio se oyeron en toda la escalera y se amplificaron en el vestíbulo, y cuando entró como una tromba en la habitación, vio que la puerta comunicante estaba entreabierta y fue hacia allí. Ella terminaba de organizar sus cosas, dejando el paquete que había recogido tal como estaba, pues no le cabía todo en su pequeña bolsa de viaje. Ella lo miró con esos extraordinarios ojos,

que hizo que él se quedara quieto, paralizado, y la contemplara a placer.

—Ya lo tengo todo preparado, señor Hathaway. Sus cosas también las he guardado en su bolsa, espero que no le moleste, y también tengo que decirle que cogí el dinero que dejó en la cómoda y pague a la señora de la tienda de ropas, y, además, me gasté cinco centavos en unas horquillas que le compré a una criada. No sé, tal vez pagué demasiado por esos alambres, pero como nunca me he comprado nada, no tengo un punto de referencia. —Por Dios bendito, pensó el hombre, era tan encantadora, tan dulce en esos momentos, que le daban ganas de decirle que gastara todo lo que le diera la gana; pero esas palabras no salieron de su boca y se dedicó a seguir escuchando a la muchacha—. Y aquí tengo lo que ha sobrado. —Metió la mano en un bolsillito interno de la falda del vestido y sacó los billetes y las monedas que le quedaron, estirando el brazo para dárselo al hombre, para ver como él no hacía movimiento alguno y la miraba con esos ojos hermosos y fríos.

—Quédatelo. —Fue la contestación que dio, sin dejar de mirarla.

Ella sorprendida, miró el dinero y no supo qué hacer. Pero al momento lo dejó encima de la cama y lo miró un poco asustada.

—No, creo que no debo aceptarlo. El señor Weide tendrá que devolverle todo lo que se haya gastado conmigo y no debo aumentar esa deuda, ¿no le parece? —Jesús, tenía ganas de comérsela, de besar esa boca que aún no había probado.

Era tan tentadora, que no le extrañaba que el imbécil de Thomson babeara como un idiota, que era justo lo que estaba a punto de hacer él mismo.

—Muy bien, haz lo que quieras. Comeremos en el barco. —De repente se acordó. Fue a su habitación y cogió una bolsa grande y se la dio—. ¿Has comprobado que todo lo que hemos comprado está en ese paquete? —Ella lo miró sorprendida y movió la cabecita para negar—. Pues hazlo y después guarda todo en esta bolsa. —Ella miró ese bolsón de viaje y no lo dudó ni un momento.

Abrió de prisa el paquete y fue sacando las cosas y poniéndolas encima de la cama: dos vestidos, enaguas, camisolas, pololos y dos corsés, unas zapatillas de noche, una bata y varios pares de

medias. Él miraba como colocaba todo y con qué ojos lo contemplaba. Estaba tan complacida y deleitándose con esas prendas femeninas, que no parecía acordarse del teniente.

Clavado como una estatua, vio como abría esos labios formando una delicada «o», cuando acariciaba la seda de las camisolas o del corsé y lo metía en la bolsa de viaje. Contempló como guardaba prenda tras prenda y cuando acabó y cerró la bolsa, lo miró y se quedaron así durante unos instantes, mientras los dos, pensaban lo mismo.

En lo ocurrido la noche anterior.

Fue en ese momento, cuando llamaron a la puerta de la habitación del hombre y la joven dio un respingo y él, salió de ahí, cerró la puerta comunicante y atendió a un marino del barco que venía a por el equipaje y a llevarlos hasta el muelle. Ralph sacó su bolsa y mirando que no quedara nada, salió de la habitación y ya en el pasillo, se acercó a la puerta de al lado y tocó con los nudillos. La joven abrió y asomó esa preciosa cara que hizo que el marinero abriera los ojos como platos y la contemplara sin discreción, mientras su capitán cogía el equipaje de la muchacha y se lo daba, al tiempo que le murmuraba que cerrase la boca o se le caerían los dientes.

Cuando el carruaje llegó al puerto y estacionó lo más cerca que pudo del clíper, la muchacha se quedó mirando el barco de proa afilada y la figura de una bella sirena en el mascarón, abrazada, envolviendo con sus brazos largos y torneados, el comienzo del bauprés. Sus grandes ojos recorrieron la magnitud del barco de 65 metros de eslora y 11 de manga y la gran superficie de velamen en sus tres palos, que en esos momentos permanecía amarrado, pero que hacía posible que pudieran recorrer más de 350 millas, incluso pasar las 400, en un día con su noche.

El hombre se sintió complacido de que la muchacha mirase de esa manera su nave. En los astilleros Hathaway ya no construían estos barcos, ahora se dedicaban a los de vapor, pero para Ralph, ese barco era una joya, un capricho, aparte de seguir utilizándolo para el transporte de mercancía, tanto para viajes por el continente americano, como transoceánicos. Para ello tenía capitanes osados y

valientes como él, que no se achicaban ante nada, para sacar el máximo rendimiento al hermoso clíper. Y la chica, sin haber subido a la nave, se quedó mirando el palo mayor, que arbolaba veinte velas, recorriendo con esos ojos hambrientos, la altura y la anchura de ese velamen que comenzaban a desplegar los marinos y pensando que era grandioso, y así lo dijo, pero fue dicho en voz tan baja, que Ralph apenas lo oyó, pero daba igual; la chica estaba tan extasiada que parecía que estaba sola en el mundo admirando algo que la iba a llevar al centro de la tierra.

O al fin del mundo.

El hombre no pudo menos que sonreír ante ese despliegue tan inocente de sorpresa y curiosidad y cuando esos labios, que no había besado, y que se maldecía por ello, dijeron:

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. —El hombre sintió un pequeño estremecimiento al oír esas palabras y clavó sus ojos en la joven sureña.

Entonces, ella volvió el rostro hacia él y añadió:

—Es precioso. —Tú sí que eres preciosa, se dijo el hombre.

Le gustó que a ella le gustara y sonriendo ante esos ojos de sorpresa y esa cara tan linda, la llevó cogida del brazo hasta que la instaló en su camarote, siendo consciente de cada mirada de la que fue objeto por parte de sus hombres. Pero ella no reparó en ello, ya que sus ojos solo miraban esa maravilla de la navegación, esos mástiles altos como montañas, pues así le parecían, y esa cantidad de velas enrolladas unas y desplegando otras. Ese timón grande y brillante en la popa, más esa cubierta de madera clara y limpia como una patena, que crujía con las pisadas de ellos y todos los bártulos, enseres, cabos y más cabos, a cuál más grueso; y cadenas, muchas cadenas, que llenaban esa larga y estrecha cubierta.

Una vez en el camarote, volvió a sorprenderse como si fuese una niña pequeña, provocando que el hombre la mirase sin pestañear, mientras ella se desplazaba de un sitio a otro, viendo la hermosa mesa de caoba que hacía de despacho, otra mesa grande de roble americano, donde agasajaba a sus invitados o comía con sus hombres más directos, fijándose que estaban atornilladas al suelo, para al momento ver la litera en la pared de la izquierda, escondida

detrás de una cortina como si fuese un armario y sobre todo, ese ventanal que ofrecía una vista panorámica, y que la asustó un poco.

—¿Se puede romper? —preguntó, pasando los dedos por las maderas que encerraban los cristales.

Él, sin dejar de mirarla, contestó con rapidez.

—Todo se puede romper. —La voz sonó algo áspera y ella lo miró lentamente, dándose cuenta de la situación tirante y delicada que existía entre ellos.

La joven tragó saliva y se atrevió a preguntar:

—¿Es usted el dueño del barco?

—Sí. Acomódate a tu gusto. Pasado mañana o antes, estaremos en Boston.

Iba a salir cuando una manita se colocó encima de su manga.

Él se paró en seco y la miró fijamente.

—Tengo miedo —susurró, mirándolo de una forma tan profunda, que él tuvo que hacer esfuerzos para no tocarla.

—¿De qué? —preguntó, mientras pensaba en esos pezones que se metió en la boca, saboreándolos, chupándolos..., en esa mata de rizos rubios y rojizos entre los muslos tersos, lozanos y sus dedos enredando en esa vulva que chapoteaba de puro gozo, de máximo placer...

—De todo. —El hombre no pestañeó, y siguió con la mirada clavada en los ojos más hermosos que hubiera visto en su vida—. Tengo mucho miedo.

—¿Quieres volver con la vieja? —le preguntó, intentando hacerla reír—. Porque si quieres volver con ella, le pediré el dinero que le entregué y creo, que se enfadaría mucho. —Ella sonrió y él sintió que su corazón latía más deprisa mientras miraba esa sonrisa.

—No, no quiero volver. Quiero, quiero enfrentarme al futuro, pero...

—Pero, ¿qué?

—Que me sentiría mejor si usted está cerca. —El gesto del hombre se endureció y no supo por qué se enfadaba consigo mismo.

De hecho, él no quería tenerla cerca, no quería que trastornase su vida y no quería sentir algo por ella que no acababa de comprender

y que le molestaba enormemente. Pero, aun así, contestó de forma amable para la tranquilidad de la chiquilla.

—No te preocupes, vivo cerca del doctor. Y mi madre también, seguro que haréis buenas migas. —Ella se quedó callada y con la siguiente pregunta en la punta de la lengua.

Con quién vivía él, si estaba casado, si tenía hijos, si se olvidaría de ella, todas esas preguntas y muchas más, se quedaron sin decir, viendo como ese hombre que le había robado el corazón, salía del lujoso camarote y la dejaba sola.

Si después de admirar esa maravilla de la navegación, creyó que iba a disfrutar de la travesía, estuvo muy equivocada. En lo único que había subido y que la mantuvo a flote, fue en canoa, y no pasó nada; ¿cómo podía ser, que en un barco tan hermoso, tan lujoso y tan tan, de todo, se marease? Pues así fue. Desde que el clíper soltó velas, elevó anclas y salió del puerto de Charleston, comenzó a notar una cosa extraña en su estómago y más tarde en la cabeza. Un mareo en toda regla. Todo le daba vueltas y el estómago hacía lo posible por moverse de tal manera, que parecía que iba a echar las entrañas.

Cuando el hombre volvió, ella estaba en la litera, blanca como el papel y agarrándose a los bordes de la cama, con la sensación de que iba a salir disparada contra el suelo y contra las paredes de la cabina. Pero lo que llamó la atención del hombre, es que lloraba como una niña y eso le asustó. Se acercó hasta ella y sentándose a su lado, la cogió de la mano y le dijo que estuviera tranquila, que no pasaba nada, que a veces, las personas se sentían de esa forma en su primer viaje, pero que seguramente, pronto se le pasaría.

—Pero... pero —dijo entre llantos—, yo he viajado en canoa y nunca me he mareado y ahora parece que me voy a ir al fondo del mar. —Él sonrió y su gran mano se deslizó por esa mejilla tersa, suave y húmeda.

—No pasa nada, pequeña. No debes preocuparte, pasará dentro de un rato y si no pasa, te quedas aquí quietecita.

—Pero, pero yo quería disfrutar de este viaje y subir a cubierta... para ver todo lo que hay que ver... —La carcajada del hombre la paró en seco y le quitó de golpe el llanto.

Él dejó de reír y la miró fijamente, pensando en todas las facetas que poseía esta muchacha.

—Eso no iba a ocurrir de ninguna manera, Taylor. Acaso piensas, ¿qué te iba a dejar danzar por la cubierta como si fuese un jardín, para que mis hombres dejasen de trabajar y se dedicaran a contemplarte? —Ella, pálida como estaba, lo miró con ojos de sorpresa.

—¡Qué tontería! No sé porqué dice esas cosas. —Él la devoró con ganas, clavando la mirada en los ojos turquesa, en la boca generosa, en la palidez de esas mejillas, mientras pensaba si realmente decía la verdad. Si no era consciente de esa belleza salvaje, de esa sensualidad que emanaba su voz, de esos movimientos que hacía su cuerpo envuelto en un sencillo vestido.

Qué sería cuando llevase sedas, tafetanes, y joyas rivalizando con esos ojos, esa boca y esa piel tersa y sedosa. Ella lo miró un tanto sorprendida, pensando que a veces la miraba de una manera extraña, como si ella fuese un bicho raro, algo que observar y calificar.

Seguramente era por el color de sus ojos, como le había dicho su hermana más de una vez.

La señora Roberts y los lugareños ya estaban acostumbrados a su físico, pero al salir de la tierra donde había nacido, vio que era objeto de miradas directas y observadoras, pero claro, teniendo en cuenta que iba vestida como un hombre, no le extrañó demasiado.

—Es mejor que estés un poco mareada. Y no intentes subir a cubierta, estés como estés, ¿de acuerdo? —Ella afirmó sin dejar de mirarlo y él, a su vez, también movió la cabeza.

Se levantó y se quitó la cartuchera con los dos revólveres y antes de guardarlos en el cajón de su mesa, escuchó esa voz melosa como un tarro de dulce miel.

—¿Son Remington? —Esa pregunta hizo parar al hombre antes de guardar las armas. Afirmó con un gesto y ella volvió a preguntar —. ¿Me las deja ver, por favor? —La muchacha no dejaba de sorprender al hombre.

Volvió hasta ella, con una de las armas en la mano y se la dejó.

Ella la calibró al momento, viendo la longitud del cañón, el peso, la capacidad para seis balas y el mismo calibre que su viejo Colt .44, y las cachas de marfil.

—¿Por qué usa estos en lugar de los Colt? —preguntó, devolviéndoselo y rozándose sus dedos.

—Porque son buenos. —Fue la contestación escueta, mientras deslizaba la mirada por el cabello alborotado y se fijaba en los mechones rojo fuego que abundaban por la zona de la nuca. Era una mezcla extraordinaria en lo concerniente al físico, pero la forma de ser, llamaba tanto o más que el envoltorio, una vez que la tratabas.

—El Colt de mi padre era de contrabando. —El hombre afirmó sin decir nada, sabiendo las dificultades que tuvieron los sureños en conseguir revólveres y que los Remington jamás cayeron en sus manos, a no ser que los cogieran de un muerto o de un prisionero.

—Sí, lo he visto. Es un Colt auténtico, no como muchos de los que circularon en la guerra, que eran copias.

Hablaban de un tema de hombres y se miraban como un hombre y una mujer.

—¿Usted era de los que llevaban varios revólveres, para no perder tiempo? —La contestación tardó un poco en llegar, porque algo así no es lo que él hablaba con una mujer.

Claro que esta criatura no sabría cómo definirla y cada vez se hallaba más confuso y eso no le gustaba.

—Sí, dos en la cintura y cuatro en la silla. —Se miraron en silencio.

—Treinta y seis disparos sin necesidad de recargar... —sentenció con la voz un poco menos melosa, mientras la mirada de él la analizaba, o lo intentaba al menos.

—Eso es. —Ella tragó saliva y a pesar del mareo, quería seguir hablando con él, pero, sobre todo, quería sentirse protegida.

Y con ese hombre tan grande, tan fuerte por fuera y por dentro, así se sentía. Estaría recordando la noche de los juegos, se acordaría de todo lo que hicieron, o estaba tan borracho como para no tener los recuerdos claros, como los tenía ella.

—¿Y mató a muchos sureños? —Él no retiró la mirada ni un solo instante, preguntándose a dónde quería llegar.

—La guerra es muerte, Taylor. Muerte y dolor. —Ella movió muy despacio la carita.

Quería hablar de las muertes que ella cometió, pero no se atrevía. Volvió a tragar saliva y en vista de que el hombre permanecía a su lado con ese revólver en la mano, como esperando, ella se atrevió.

—¿La señora Roberts le dijo lo que hice? —preguntó con un hilo de voz y él, deseó besarla, deseó lamer esos labios, pero se aguantó.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Defender a tu hermana y a tu madre. Ni más ni menos. —Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas; otra vez.

—Pero llegué tarde, demasiado tarde. Mi padre no se llevó ese revólver porque dijo que teníamos que tener una defensa y la mejor defensa era un Colt; siempre decía lo mismo. ¿Sabe cómo murió mi padre? —Él negó con un movimiento—. Un oficial de su regimiento presumía de que tenía el mejor semental y que no había hombre que se atreviera a montarlo, porque solo le aceptaba a él. Padre era un poco fanfarrón, siempre lo decía mamá, y eso fue lo que hizo. Le dijo a su oficial que él montaba ese caballo y cien como esos, sin que se le moviera un pelo del flequillo. Dicen que al oficial le hizo gracia y que le ofreció la montura, sin más palabras; mi padre montó y en cuestión de segundos, el semental se encabritó, salió al galope y lo tiró en menos de dos minutos. Al caer se golpeó la cabeza con un tronco y murió en el acto. —Dejó de hablar, pero no de mirar con esos ojazos al hombre, a punto de que las lágrimas hicieran acopio para desbordarse. En vista de que el hombre no decía nada, pero no dejaba de mirarla, ahora los ojos, ahora la boca, añadió—. Vaya manera más tonta de matarse, ¿no le parece?

—Son cosas que pasan. —Fue la contestación breve, escueta y fría.

—Cuando nos enteramos, Alessia dijo que la vida seguía y que si padre no hubiera sido tan fanfarrón no le habría pasado eso. Yo creo que no le importó mucho, porque padre tenía la mano un poco larga y de vez en cuando pegaba a mamá. Ella no daba motivos, no

vaya a pensar que era como yo... —Él se mantenía serio y atento a cada palabra que salía de esa boca—. Pero cuando padre empujaba el codo, se quedaba mirando fijamente a madre y le preguntaba que, si estaba pensando en su familia rica del norte, madre sonreía y le decía que la única familia la tenía junto a ella, pero él no se conformaba y al final le daba un cachete, para luego pedirle perdón o decirle que no iba a ocurrir más. Alessia se enfadaba mucho, pero no decía nada porque mamá se lo tenía prohibido, decía que los hombres eran así y que un cachete de vez en cuando no importaba tanto. Una vez le dijo: «Alessia si en un futuro encuentras a un hombre que te respete y jamás te ponga la mano encima, agárralo, no lo dejes escapar, porque seguramente será el único sobre la faz de la tierra». Y las palabras de mi hermana cuando me dio el arma, bueno, no las recuerdo exactamente, pero me dijo que no dudara en usarlo.

—Un buen consejo, sin duda alguna. —Esa voz puso la carne de gallina a la chica, pero siguió hablando.

—Y yo, mato tres hombres, de los nuestros y encima demasiado tarde. Si no hubiera obedecido a Alessia, si hubiera salido a los cinco minutos del sótano, ella no estaría muerta y ahora, estaríamos juntas para emprender una nueva vida. —Tenía miedo, pensó el hombre. Estaba tan asustada, que todos los recuerdos se le agolpaban en ese momento de debilidad. Debilidad por estar indispuesta, debilidad por encontrarse en desventaja ante lo que se iba a encontrar.

El hombre dejó el revólver en el suelo y le cogió una mano, sin saber la sensación que produjo en la muchacha, al desaparecer esa delgada mano entre las del hombre.

—No tienes que preocuparte de nada, porque nada malo te va a pasar en Boston. Tu tío es un buen hombre y seguro que se va a llevar una sorpresa cuando vea quién es Taylor Lewis, pero nada más. Tendrás todo lo que te haga falta y lo único que debes de procurar, es que no te salga ese carácter salvaje y esas palabrotas que abultan más que tú. ¿De acuerdo? —Ella asintió, sin pestañear, sin dejar de mirar ese azul oscuro y esas pestañas negras como el cabello—. No queremos que la buena sociedad de Boston se

escandalice al ver a una joven hermosa y delicada, hablando como un carretero. —Acarició la mano y no la soltó.

Y ella, miró el contraste.

—Si hubiera conocido a Alessia, seguro que le habría gustado más que yo. Segurísimo. —El hombre estaba sintiendo una necesidad de abrazarla y estaba luchando contra ello—. Era guapa a más no poder. Rubia con los ojos azul grisáceo. Menuda y femenina al máximo. No como yo. Ella no decía palabras mal sonantes. Nunca. Y cuando me oía decir alguna, me daba un sopapo; pero claro, yo tenía que lidiar con todos los muchachos de los alrededores y las niñas que había de mi edad, que solo eran dos, no querían cuentas conmigo. En fin, no es que quiera disculpar mi forma de comportarme, pero a veces, una persona se ve en situaciones que tiene que solventar de la mejor manera posible. Y a veces, la mejor manera posible, es a golpes o a..., palabrotas. —Ralph pensó en sí mismo.

En su rebeldía de juventud, en su hostilidad hacia su padre y hermano, y a todo lo que representaban. Esta niña, en el fondo, era algo parecido. Educada por un padre que deseaba un niño, con una belleza fuera de lo común, que hace estragos entre el sexo masculino y provoca las envidias en el femenino. Sí, tenían mucho en común. No quería sacar el tema a relucir. No quería volver a disculparse por la azotaina que le dio, pero, sobre todo, no quería hablar del encuentro sexual que tuvieron; sin contar con que no le gustaba la idea, de que ella pensara que él era un maltratador.

Tenía que salir del camarote, ya.

¡Ahora!

—Duerme y descansa —dijo levantándose y cogiendo el arma.

—Es muy bonito. ¿Me dejará dispararlo alguna vez? —Esa pregunta, dicha de esa manera, hizo que soltara una carcajada y que la mirase con algo parecido a la ternura.

—Sí, te dejaré. Pero no lo comentes con nadie. —La expresión de la muchacha le llegó al alma.

—Gracias, señor Hathaway. —La sonrisa desapareció del rostro masculino.

—Mi nombre es Ralph. Cuando estemos solos, me puedes llamar así. —Ella lo traspasó con esa mirada turquesa y él quedó tocado y hundido.

—Gracias, Ralph. Eres un buen hombre. —Él no se movió en el momento.

La miró y viendo como ella cerraba los ojos y se hacía un ovillo en su litera, soltó el aire poco a poco y fue hasta la mesa para guardar el arma, sintiéndose... no supo cómo. Volvió a observar a la muchacha cómo dormía y después de estar inmóvil un par de minutos sin quitar la vista de ese cuerpo enroscado en su cama, respiró profundamente y salió ligero, ansioso por respirar aire fresco y, sobre todo, porque se le aclarasen las ideas.

CAPÍTULO 5

Si alguna vez sintió vergüenza de verdad, hasta el fondo de su ser, fue en ese viaje a la ciudad de los antepasados de su madre. Todo el viaje mareada, todo el viaje vomitando, todo girando, como si fuese una peonza que no dejaba de dar vueltas y más vueltas.

Él se portó de la manera más extraordinaria, pues ese era el pensamiento de la chica, ya que nunca pensó que ese hombre se fuera a preocupar de ella como lo hizo. Le trajo caldos que apenas duraban en su estómago, también cosas sólidas, que prácticamente le obligó a comer y le hizo beber mucha agua, ya que era imprescindible para restaurar los líquidos perdidos, según le hizo saber, eran órdenes del médico del barco y si no obedecía, tendría que venir en persona y aplicar otra medicina, a lo que ella le pedía encarecidamente, que por favor, no entrara nadie, que no la vieran así, que ya estaba pasando mucha vergüenza con él, para encima, tener más testigos de su desgracia.

Menos mal que no se había descompuesto por abajo que, sino, esa vergüenza constante se habría convertido en bochorno total, y no lo habría mirado a los ojos, en mil años. Pero por fin, después de dos días con sus correspondientes noches, el clíper dejó de moverse de esa forma endiablada y ella también. Ralph le trajo un pequeño barreño, no para meterse, ya que era demasiado pequeño, pero sí para que tuviera el agua suficiente y poder lavarse a conciencia, aunque el cabello tendría que esperar un momento mejor.

Estaba oscureciendo y ya notaba el contraste de temperaturas de la tierra donde nació, a esta que llegaba, y dentro de su vestidito amarillo tendría frío; sacó de la bolsa otro más grueso, aunque tampoco había mucha diferencia, pensó una vez estuvo dentro del traje rosa con puntitos azules. Bueno, tendría que aguantarse, se dijo mientras se frotaba las manos y los brazos. Se le pasó por la

cabeza ponerse sus pantalones debajo de las faldas, pero decidió que no; por si acaso, no fuera que la familia de su madre pensara que era una pueblerina de tomo y lomo, o peor, un bicho raro.

Se paseó nerviosa por el camarote, escuchando las voces de los marineros haciendo su trabajo y todos esos ruidos añadidos de pasos, carreras, golpes de cabos y las vigas y los mamparos crujiendo al son de los movimientos. Le hubiera gustado asomar la nariz, pero Ralph le dijo que se quedara quietecita, palabras textuales, hasta que él fuera a su encuentro. Fue hasta la cristalera y dentro de la oscuridad poco pudo ver, ya que no había luna, debía estar nublado; y efectivamente, a los pocos minutos comenzó a llover y ese sonido la relajó un poco, sentándose en la bancada del ventanal y retorciendo sus manos, haciendo ruiditos con los tacones de sus nuevos zapatitos. Se paró en seco al oír las fuertes pisadas, sabiendo que eran de él y sintiendo un hormigueo en la barriga.

Ese hombre hacía que todos los puntos nerviosos de su cuerpo se pusieran en danza cuando sabía que estaba cerca, cuando intuía que lo iba a ver, contemplar, admirar. ¡Por Dios!, era algo incontrolable y la asustaba, mucho. Pero lo que más miedo le daba, era no volver a verlo, o verlo poco, no sabía qué sería peor; poco o nada. Tragó saliva al ver como se movía la manija de la puerta y verlo entrar, pero ese rostro serio y esa mirada profunda, que la dejaba aturullada, le transmitió que algo no iba bien.

Ella se levantó ligera y él la contempló a su antojo, mostrando un simulacro de sonrisa al ver que ya estaba bien y que se sostenía por su propio pie. La cogió del brazo, pero apenas rozándola y le dijo que se sentara, que tenían que hablar. Ella, sin dejar de mirarlo, obedeció al momento sentándose en la bancada y viendo como él, apoyaba la cadera en la mesa despacho, cruzaba los brazos sobre ese imponente pecho y la miraba sin pestañear.

La muchacha hizo lo mismo y por unos momentos, los ojos de ambos, se miraron, se analizaron y se desearon.

El hombre carraspeó y se dispuso a hablar.

—Enseguida llegará una doncella, para que salgas de este barco con ella, de modo que las buenas gentes de la ciudad sepan que ha hecho el viaje contigo desde que saliste de tu casa. —Ella movió la

cabeza y él continuó—. Es de total confianza, la manda mi madre y de hecho será tu doncella en el futuro.

—Pero... —Él la interrumpió, levantando una de esas manos grandes.

La misma mano que había castigado su trasero, y ella cerró la boca en el acto, porque ya iba conociendo el temperamento del yanqui.

Ese hombre no era fácil de llevar, mostrándose reservado y frío la mayor parte de las veces y queriendo mandar, siempre.

—Tu tío ha muerto. —Ralph no se anduvo con tontunas y contempló esos ojos que se abrían y esa boquita deliciosa que hacía lo mismo, ante la sorpresa y ante su futuro incierto.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó, sin moverse del sitio. Él no contestó, queriendo y observando las reacciones de la chica—. Entonces, ahora, ¿qué voy hacer? Seguramente la esposa y la hija no me querrán, ¿o sí? —Él siguió sin contestar y viendo cómo se alisaba la falda de ese vestido, que las mujeres de su entorno no se lo pondrían ni para estar en casa, sintió crecer ese afán de protección por la muchacha, que le llevaba bullendo casi, desde que la vio por primera vez—. ¡Madre mía, qué mala suerte tengo! —Se levantó del asiento y paseó por el camarote, no siendo consciente de la mirada inescrutable del hombre, que un tanto martirizador, deseaba saber, antes de calmarla sobre su futuro, qué pensaba, qué le torturaba.

En una palabra, sin saber muy bien por qué, quería hacerla sufrir un poco, quería dominar su vida, como sabía que ya ocurría legalmente y, sobre todo, quería presenciar las reacciones que tuviera.

—Ahora sí que está el asunto fastidiado. —Miró al hombre y se acercó hasta ese cuerpo grande y alto. Él contempló ese rostro angelical y esperó—. ¿Usted cree que la esposa me querrá? Seguramente no. Estoy segura. Caigo mal a las mujeres, no a todas... bueno, a todas. No sé por qué; no creo ser tan mala, pero, en fin, es una realidad que ocurre desde que dejé de ir con mi padre, desde que se fue a la guerra. Tal vez fue por eso, porque en lugar de jugar con las niñas me iba a pescar y a cazar con padre y a

raíz de eso, me veían como un bicho raro —miraba hacia todos los lados, nerviosa y poniendo una mano y luego la otra sobre su plano estómago—. Bueno, volviendo al presente, yo creo, que lo mejor que podemos hacer, si a usted no le importa, es buscarme un empleo —en esos momentos fijó sus ojos en los del hombre, al tiempo que afirmaba con la cabeza—. Sí, eso será lo más acertado; así que, no necesito ninguna doncella, ni cubrir apariencias de ninguna índole. Usted me podrá ayudar, ¿no? —Él le dijo que podía tutearlo cuando estuvieran a solas, pero se ve que se le había olvidado.

—Ayudar..., ¿a qué? —Los hermosos ojos pestañearon una vez, pensando que tendría que explicarle las cosas más detenidamente a ese hombre que no dejaba de mirarla, que la miraba como si fuese tonta.

—¡A encontrar un trabajo, hombre! —Ralph tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír. En el fondo, lo que le apetecía, era cogerla en brazos y llevársela a su casa; pero no iba hacer algo así, y dejó que siguiera hablando y sufriendo—. Usted tiene que tener contactos, amistades, ¿no?

—Sí, por supuesto. Muchos contactos, de hecho —contestó muy serio, viendo como esas cejas de un tono marrón oscuro, se elevaban para dar énfasis a sus palabras.

—Pues ya está. Podría recomendarme para un trabajo.

—¿Y qué sabes hacer? —Ella no dejaba de mirar ese rostro oscurecido por la barba y esos ojos azul marino.

—Pues... de todo.

—De todo —repitió, como diciendo, ¿en serio?

—Bueno, sé hacer más cosas que la mayoría de las mujeres. Sé disparar, sé hacer cualquier tarea de una granja y sé todas las demás cosas que hacen las mujeres... y... si tengo que aprender algo nuevo, pues lo aprendo pronto. Siempre se ha dicho que las fábricas estaban en el Norte y aquí, en Boston, habrá muchas, pues... puedo entrar en alguna y aprender lo que se haga allí. ¿Usted conoce a dueños de fábricas? —Él afirmó y ella continuó—. Pues eso estaría bien. Mucho mejor que trabajar en una casa, lo prefiero.

—¿Prefieres trabajar en una fábrica? —preguntó el hombre, que no había cambiado de postura y se lo estaba pasando muy bien.

Exactamente, la palabra sería disfrutar. Sí, estaba disfrutando viendo a esa niña planificar su futuro, en base a las amistades o contactos que él tuviera.

—Sí, prefiero aprender un oficio y ganarme la vida con eso. Sí, ya sé lo que está pensando. —Le tocó a él elevar las cejas ante ese comentario, pero no dijo nada, porque estaba disfrutando de lo lindo. De hecho, no lo pasaba tan bien con una mujer desde..., desde que tuvo ese encuentro sexual con la misma criatura que ahora le hablaba sin parar, como si fuese una cotorrita, movida por los nervios y por su incierto futuro —, piensa que soy una ignorante y que no sé dónde me meto, que los trabajos en una fábrica son duros, muchas horas y poco jornal. Bueno, pues en la granja, tenía muchas horas y nada de jornal, eso sin contar con los acosos, los insultos y los abusos, así que, estoy acostumbrada. Es más, estoy segurísima que eso de cobrar un salario me va a gustar mucho, muchísimo. Ya está decidido; si usted me puede encontrar un empleo, todos los meses le daré una parte de mi sueldo para pagar lo que se ha gastado en mí; puede mandar a esa doncella al lugar de donde viene y esta noche, si me deja pasarla en el barco... pues se lo agradecería mucho y mañana me busco una pensión o algo similar, que no sea muy cara. —El hombre permaneció callado durante unos segundos y sin despegar esa mirada fría como un tempano.

—Creía que habías dicho, cuando comenzó este viaje, que tenías miedo. —La muchacha pestañeó, pero no retiró la mirada y él desplazó por un instante la mirada por ese cabello recogido en un pulcro moño, que según iban pasando los minutos, se iba aflojando debido al peso de esos rizos exuberantes.

—Sí señor, pero fue un momento de debilidad. Seguro que fue producido por ese mareo tan tonto que se apoderó de mi estómago y de mi cabeza. —Un ligero rubor coloreó las tersas mejillas y notándolo, bajó la vista al suelo, porque no aguantaba esa mirada escrutadora del hombre—. Ahora, con la cabeza fría y teniendo en cuenta las circunstancias, y sintiendo mucho, muchísimo la muerte

del hermano de mi madre, pues a fin de cuentas él es el que más ha perdido. —Cogió aire y lo soltó despacio, no dándose cuenta de que esos ojos hambrientos, miraban esos pechos encorsetados y tapados por ese ridículo vestido rosa—. Creo que tengo que hacer lo que he dicho. Y no se hable más. Porque ni muerta, pienso volver a la granja.

—Siéntate, Taylor. —Fue una orden y ella, obedeció en el acto. Recatada, con sus esbeltas manos sobre el regazo rosa con puntitos azules, elevó el rostro y miró a ese hombre—. No vas a trabajar en ningún sitio. Ahora soy tu tutor y vivirás en casa de mi madre. —Ella expresó la sorpresa con esos ojos tan extraordinarios y no supo qué decir—. Weide ha muerto de un ataque al corazón y el testamento ya se ha leído. Te ha dejado una pequeña cantidad de dinero, muy pequeña, y aun siendo así, la mujer y la hija han puesto el grito en el cielo. Son un par de brujas de mucho cuidado, que no te habrían querido nunca, así que, no tienes porqué sufrir por ello; estás mejor sin ellas. En el testamento, deja tu tutela en mis manos. Como yo vivo solo, no es cuestión de que te alojes en mi casa, por eso lo harás en la de mi madre, que vive con mi cuñada, la viuda de mi hermano. Tu trabajo, de ahora en adelante, será aprender a ser una dama de esta sociedad a la que perteneció tu madre antes de irse. Nada de empleos en fábricas, ni nada por el estilo.

Ella se había quedado paralizada.

Él, su tutor, el hombre que le quitaba la respiración, iba a ser quién controlaría su vida en un futuro. No sabía si eso era bueno o malo, y, sobre todo, no sabía si a él le gustaba.

Y no tardó ni un segundo en preguntar.

—¿Está enfadado conmigo? —Fue en ese momento cuando el hombre dejó de apoyarse en la mesa y fue a sentarse junto a ella, produciendo una intimidación que la hizo temblar.

—¿Tienes frío? —Ella negó una y dos veces—. No estoy enfadado contigo. ¿Por qué iba a estarlo? Tú eres la menos culpable en todo este enredo. Yo voy a buscarte, por deseo de Maxwell, te traigo hasta aquí y ahora, que él ha muerto y me ha dejado tu tutela, la acepto y punto.

—¿Y su mamá? ¿Ha contado con ella, o la obliga a que me acepte? —La risa masculina sonó en la estancia y ella clavó la mirada en esos dientes blancos y en el interior de la boca y él se dio cuenta.

—¡No hagas eso, Taylor! —ordenó con voz dura.

—¿El qué?

—Mirar de esa forma a un hombre. Quedarte mirando la boca de un hombre. Eso no lo hace una dama. —Ella no se intimidó y volviendo a mirar la boca del hombre, le contestó.

—Solo lo hago con usted. —Fue un murmullo, no llegó a susurro y él...

Él se excitó.

Por Dios, que esa criatura lo trastornaba.

Bajó la cabeza despacio, para que ella tuviera tiempo a retirarse si no lo deseaba, pero no ocurrió, y posó su boca sobre la de ella, acariciándola con los labios primero y lamiéndola después. Ella suspiró, pero, no había besado nunca, nunca la habían besado y él se dio cuenta al instante, mirándola mientras la besaba, viendo como titubeaba y no se atrevía a nada.

Él, sin pronunciar una sola palabra, la fue enseñando.

Con su lengua, suavemente, hizo que ella abriera la boca y una vez lo logró, recorrió el interior, haciéndola gemir mientras lamía los labios por dentro, para seguir con la lengua y notar, que la muchacha se encogía ante esa intimidad de unir las lenguas, para en un segundo, entrar en la danza sensual y dejar que él se la comiera, se la tragara, asustando un poco a la muchacha. Pero eso duró unos segundos, porque al momento hizo lo mismo que él, chupó y lamió, mientras sus oídos escucharon una especie de rugido que salió de la garganta del hombre y su cintura se vio apresada por esas manos grandes y voraces, que recorrieron los costados de los pechos, al tiempo que la besaba de tal forma, que comenzó a tener las mismas sensaciones que cuando pasó lo otro.

Y entonces, llevó sus manos al cuello del hombre y enredó los dedos en esos rizos oscuros que rozaban el duro cuello de la camisa, sintiendo como su boca ardía y como esas llamaradas llegaban hasta ese punto que se hallaba entre sus muslos. Estaba

jadeando como los perros que andaban por la granja, cuando alguien golpeó la puerta y una voz bronca, comunicó que la doncella había llegado en el carruaje.

Esas palabras, dichas en un tono fuerte y por uno de sus hombres, hizo que dejara la boca de la muchacha de golpe y que se quedara mirándola, entreabierta y jadeante, para desplazar la mirada a esos ojos brillantes, sin obviar que tenía el miembro a punto de reventar.

Hostia puta, murmuró por lo bajo mientras se levantaba y contestaba al marinero, pero ella escuchó claramente la blasfemia y se dijo que él hablaba peor que ella; ella jamás decía esas cosas. Bueno, tal vez lo dijo una o dos veces en alguna situación extrema, muy extrema, para acoquinar a un muchacho, para que la viera como una salvaje.

Miró cómo ese cuerpo grande se mantenía de espaldas a ella, como calmándose, recomponiéndose y entonces entendió. Ella lograba eso, ella hacía que él se pusiera así, de esa forma, excitado y con ganas de más, y parecía que eso era superior a él y que seguramente, le fastidiaba porque perdía el control. Como cuando pasó lo que paso, en la habitación de ese precioso hotelito de Charleston.

La cuestión era la siguiente, si eso lo sentía con todas las mujeres, no tenía nada que hacer; si lo sentía con algunas, sus posibilidades aumentaban. Pero, por otra parte, sí lo único que le importaba era su cuerpo, entonces, ¿qué? Se encontraba en la misma situación que con los tontos de las granjas, que querían mojar, como había oído más de una vez: mojar, meter, fornicar y que te den.

Ella tosió para llamar su atención y él se encrespó y a los pocos segundos se dio la vuelta.

—Esto no volverá a suceder. —Ella lo miró y esperó—. Eres mi protegida... y esto no puede volver a suceder. Nunca. —La muchacha pensó que lo repetía para creérselo él mismo.

Ella, prudentemente, no dijo nada. No pensaba prometer algo, que no iba a cumplir. Por Dios y por todo el Cielo Santísimo, que no iba a cumplir, y si pecaba, le daba igual. La mirada se desplazó por el

camarote, siguiendo los movimientos del hombre, que cogió las armas, pero no se las puso a la cadera. Seguramente no las llevaría en Boston, pensó la chica, mientras vio como cogía sus cosas y miraba alrededor por si algo se olvidaba.

—Vamos. —Abrió la puerta y dejó que saliera, para subir a cubierta donde esperaban la mayor parte de los hombres, que no dejaron de mirarla y de contemplar a su capitán, como la cubría con una de sus capas para que no se mojara con la lluvia, hasta que descendió de la nave y se introdujo en el coche de caballos donde esperaba Lucy, la doncella pelirroja que le mandaba su madre y que miraba a la sureña con los ojos abiertos como platos, muerta de curiosidad, para ser testigo del comienzo de la nueva vida de Taylor Lewis.

La costurera clavaba alfileres por los lugares más insospechados y Deborah le decía que se estuviera quieta y derecha, hasta que todo quedase en orden. Ella no pensaba llevar la contra a la madre de Ralph. Primero porque era su madre y segundo, porque era la mujer más encantadora después de su propia madre, que había conocido en toda su vida. Jamás una mujer la había tratado tan bien, con tanto cariño como Deborah y ella, Taylor Lewis Weide, estaba dispuesta a dar su vida por esa mujer, si fuese necesario.

Por fin, la costurera principal, la que mandaba sobre las otras, la que más sabía, dijo que ya estaba todo, y saliendo de ese vestido a medio hacer, sonrió de placer y miró los ojos verdes de la señora Hathaway, sonriendo más todavía, al ver que le devolvía la sonrisa.

La cuenta la perdió casi desde el principio, escandalizándose al oír la cantidad de vestidos que le encargó, vestidos de día, vestidos de tarde, vestidos de fiesta, vestidos para salir, para montar a caballo, para ir al campo, para recibir; y a todo eso había que añadir, toda la ropa interior, chales, capas, sombreros, guantes... todo de invierno, por supuesto. Cuando pasaran las Navidades, comenzarían con el vestuario de primavera y verano. Taylor no daba crédito. Jamás tuvo nada parecido, pero ni tan siquiera imaginaba que existiera, porque cuando había oído a las mujeres mencionar lo que tenían las damas del Sur antes de la guerra, ella siempre pensó

que exageraban; que una persona no podía tener tanta ropa, porque, a fin de cuentas, ¿para qué? Solo tenemos un cuerpo, le dijo a Deborah muy cargada de razón, y la encantadora y todavía, bella dama, le contestó:

—Sí tesoro, solo tenemos un cuerpo. Menos mal, porque si tuviéramos dos, sería el doble.

Llevaba varias semanas en la casa de los Hathaway y todavía seguía en una nube. La madre de Ralph era una mujer bella por fuera y por dentro; tenía algo más de sesenta años, pero andaba con un porte de reina y se mantenía delgada, casi como cuando era joven. El cabello blanco como la nieve, fue rubio como la paja en su juventud y esos ojos grandes y verdes, mostraban unas arrugas alrededor, que cuando reía o se enfadaba, se acusaban más todavía, pero que no restaban ni un ápice a esa belleza en el umbral de la vejez.

Sin proponérselo, sin poder evitarlo, la muchacha se sintió unida a ella desde la primera vez que la vio. Esa noche que el hijo la llevó hasta esa maravillosa casa en Louisburg Square, de fachada neoclásica, tan elegante y refinada, que no pudo apreciar en todo su esplendor en ese momento, por la lluvia, la oscuridad de la noche y las prisas, se encontró con el recibimiento y la cálida bienvenida de esa dama elegante. La mirada verde, se desplazó por ella de manera lenta y analizadora, para después mirar al hijo durante unos instantes y mostrar una radiante sonrisa, al tiempo que le decía, que estaba muy contenta de tener a la hija de Verónica en su hogar y quería, deseaba y ordenaba, que se acomodara y se sintiera como en casa, porque de ahora en adelante, eso es lo que sería la casa Hathaway de Louisburg Square: su hogar.

La muchacha se sintió conmovida y a pesar de que hizo esfuerzos para controlarse, no pudo evitar romper a llorar, y antes de que los brazos masculinos fueran a por ella, la madre estiró los suyos y la jovencita se abalanzó a ellos, mientras madre e hijo se miraban y Ralph pensaba que su madre era demasiado lista para engañarla.

Y si ese fue el sentimiento de la muchacha hacia la mujer, la viuda de Joss Hathaway padre, sintió lo mismo o más que la preciosa sureña. Deborah, que había perdido dos hijas de corta edad entre

los dos varones, en tan poco tiempo que la conocía, sentía que la quería como a una hija. Sentía que la quería más que a su nuera, puesto que a Viviane, la aguantaba, la toleraba, pero nunca surgió nada parecido a lo que le producía esta muchacha de carácter alegre, simpática a destajo, amable, cariñosa, respetuosa y con una personalidad arrolladora. Le recordaba un poco a ella cuando era joven, con la salvedad, de que esa preciosa muchacha se había criado salvaje y ella, encorsetada en una sociedad marcada siempre con límites y cortapisas. Cuando descubrió que tenía un viejo Colt y que sabía utilizarlo, le encantó y cuando su hijo le dijo que jamás había oído hablar tan mal a una muchacha, que no fuera de la más baja estofa, contándole como la conoció, ella rio a carcajadas, diciéndole que era lógico y normal que la chica se comportara de ese modo si quería mantener su reputación a buen recaudo.

—Emplea palabras que te asustarías de oír las —añadió el hombre, mientras tomaban café en la casa de él.

—¿Alguna que tú no conozcas? —preguntó con sorna, sonriendo ante la glacial mirada del hombre.

—Yo soy yo. Si quieres que esa salvaje se convierta en una dama, más vale que le digas lo que no debe hacer o asustará a más de uno. —Deborah miraba a su hijo, analizando cada gesto y cada palabra.

—No tengo la impresión de que tú estés asustado. —La mirada del hijo se clavó en los hermosos ojos de la madre, pero él no entró al trapo—. No vas por casa últimamente. —El hombre se llevó la taza a los labios y miró al vacío.

—Tengo muchas cosas que hacer, lo sabes de sobra. No tengo tiempo de estar entreteniendo a nadie... —La mujer sonrió, intuyendo más de lo que se hablaba.

Los diamantes de su muñeca brillaron al coger la delicada taza.

—Viviane, no necesita preguntar por ti. Va a tu oficina y te ve con alguna excusa.

—Sí, la excusa del dinero. Es la que mejor se le da —contestó con aspereza, al pensar en su cuñada.

—Siempre ha sido así. Ya la conocemos. Ah, por cierto, a Taylor le tiene una tirria que ni te cuento. Si la envidia fuera tiña...

—La mayoría de las mujeres de Boston estarían tiñosas —dijo con una sonrisa, cosa que agradó a la madre.

—Es una niña encantadora, Ralph. No te puedes imaginar cómo trata al servicio, lo solícita que es, la alegría que da a mi vida. Esa energía que posee y que hace que se te contagie. Es un ser especial. —Las miradas de ambos, se observaron.

Ralph sabía que su madre no hablaba por hablar, que ella no lisonjeaba a nadie por quedar bien.

—Me alegro madre, de verdad. Es una alegría saber que esa sureña no te saca de tus casillas. Esperemos que con el paso del tiempo sigas así. —La madre se encogió de hombros y la seda de su vestido crujió con ese delicado movimiento.

El hijo observó la elegancia que tenía y esa belleza que no perdía.

—Si te digo la verdad, me gustaría tenerla siempre conmigo, pero me temo que, de aquí a nada, los hombres solteros van a venir en tropel. ¿Tú crees que debería prepararla para el matrimonio? —Con una sonrisa vio cómo su hijo tensaba la mandíbula en señal de enfado camuflado—. La verdad, en mi opinión, creo que es muy joven. Le he dicho, que una edad buena para casarse, son los veinte o veintiuno, a no ser que se enamore locamente de un hombre y decida ir de cabeza al matrimonio para atarse de por vida y no disfrutar de nada. —El hijo la miró escandalizado y se puso de pie para ir a por un cigarro. Abrió la tabaquera de piel y de manera automática lo encendió y miró a su madre.

—¿Andas metiendo ideas en esa cabecita de chorlito?

—Te equivocas cariño. De cabeza chorlito, nada de nada. Es más lista que el hambre y más astuta que un zorro y estoy segura, de que sabe de sobra lo que quiere y cómo conseguirlo y, además, estoy segura de que su corazoncito ya late de forma apresurada. — Se levantó y tocó la campanilla para que Charles le trajera su capa.

Se acercó a su hijo y le dio un beso en la mejilla.

—Tengo que irme. Ven alguna noche a cenar, seguro que disfrutarás de la velada. —Besó la mejilla de la madre y movió la cabeza en señal de asentimiento.

Mientras Charles colocaba la capa sobre los hombros de la dama, elle hizo como que recordaba algo.

—¡Ah, me olvidaba! El otro día nos cruzamos con Davenport. Ni te imaginas cómo se quedó cuando se la presenté. Por Dios, qué hombre, se la comía con los ojos, no despegó la mirada ni un solo momento de la cara y del cuerpo de Taylor. Y ella, pareció encandilada por esos ojos de seductor pervertido... —Se hacía la tonta y el hijo lo sabía, pero todo lo que estaba contando, estaba provocando celos y enfado por igual; y la madre lo intuyó—. ¿Cuánto hace que no vas por el club?

—Unos días, ¿por qué? —La voz sonó brusca y la madre tuvo que reprimir una sonrisa.

—Parece ser que ya hay apuestas sobre Taylor. Varias. Cuánto tardará en caer en las manos de algún seductor, cuánto tardará en casarse, o incluso, si tú ya las has probado. —Él apretó los dientes enfadado.

—¿Cómo te enteras de todo eso, madre? ¿Y dónde fue el encuentro con Davenport? No se supone que ibas a esperar un poco hasta pasearla por todos los salones de la ciudad. —La madre se acercó al hijo y colocó una mano sobre la prístina camisa, al tiempo que daba pequeños toquecitos sobre ese tórax duro como una roca.

—Lo encontramos en el parque; él iba montado en uno de esos hermosos sementales y en cuanto nos vio, bajó de un salto y dejó que uno de los criados que lo seguía, cogiera las riendas del animal. Taylor se quedó sorprendida y mirándolo como si fuese un adonis. Hice las presentaciones y tuve que insistir para que soltara la mano de la muchacha, pues parecía que se la quisiera llevar a su casa. Y mirándola como si fuese un náufrago que ha descubierto una isla en pleno océano, me pidió encarecidamente, que dejara participar a esa bella joven en los entresijos de las reuniones de nuestra buena y selecta sociedad, o él, sentiría que su corazón se rompería en mil pedazos si no volvía a ver a semejante beldad sureña.

—Hijo de puta —murmuró el hombre, sintiendo los celos recorrer todos sus nervios.

Deborah hizo como que no escuchó esas palabras fuera de lugar y se dirigió a la salida de la habitación, seguida por el hijo.

—¿Vas a venir esta noche? Hay asado de cordero. —Sabiedo que su querido hijo había mordido el anzuelo.

—Sí. Allí estaré.

Deborah Hathaway sonrió a Charles y aceptó otro beso de su hijo, saliendo por la puerta de entrada en lugar de usar el jardín que comunicaba las dos viviendas, ya que su carruaje la esperaba para hacer unas visitas.

Se miró en el espejo, dándose el visto bueno y deseando que el hombre de sus sueños la encontrara bonita con ese esplendido vestuario que tan generosamente, había encargado la señora Hathaway. Este era un vestido de noche, en un tono crema, surcado de perlitas y cristales de fantasía, que adornaban el talle y un escote discreto. La falda, toda llena de volantitos, desde la cintura hasta los bajos, más pequeños arriba y más grandes al final. Las palabras de Deborah fueron muy claras, tienes un cuerpo joven, delgado y perfecto, te puedes poner lo que te dé la gana, siempre y cuando sea elegante.

¡Qué contenta estaba viviendo al lado de esa dama!, a pesar de tener que aguantar a la nuera, que era una envidiosa, antipática y un montón de cosas más, todas negativas. Pero echaba en falta a ese hombre, que desde que la dejó en casa de la madre, no lo había vuelto a ver y no sabía cuánto podría aguantar así. Estaba al corriente de todo, pues ya se había encargado la zorra de Viviane de decirle que Ralph tenía una amante, que le pagaba un apartamento en Parker House y que la visitaba dos o tres veces por semana y a veces más; que era una actriz de teatro y que ella aspiraba a más, o sea, a casarse con él. Pero según el criterio de la cuñada, eso sería prácticamente imposible, ya que su cuñado cambiaba de amante, casi como de camisa y que, aunque esa mujer fuera tan tonta como para quedarse embarazada, ya se encargaría él, de que abortara, de darle una considerable cantidad de dinero y mandarla con la música a otra parte. Taylor no quiso preguntar al respecto, pero la curiosidad era tal, que no se resistió. ¿Por qué ella sabía tanto?, dijo, acaso estaba al corriente de lo que él hacía o había hecho con sus amantes, acaso se lo contaba a ella; y la mujer

de treinta años, movió su cabeza con altivez, se retocó el cabello castaño y la miró con fríos ojos azules, contestando que las cosas se sabían, que las gentes hablaban y que muchas de esas cosas eran verdad, y que los hombres, todos, actuaban así. Por supuesto, todos los que tienen dinero. Taylor preguntó:

—¿Tú esposo también era así? —y la altiva viuda de Joss júnior, contestó.

—No tuvo tiempo, se murió antes.

La sureña pensaba cuando veía el demasiado voluptuoso cuerpo de la nuera, que como siguiera comiendo dulces a destajo, se parecería al cachalote que hundió el ballenero Essex y hasta creía posible que, en un momento de locura, sería capaz de comer carne humana como hicieron esos hombres. No le gustaba nada de nada. Como tampoco le gustaba su prima y su tía, a las que conoció a los cinco días de estar en la ciudad, ya que Deborah pensó y decidió, que había que ir a casa del doctor para que las mujeres conocieran a la muchacha y para que esta, les diera sus condolencias, aunque todavía no recibieran visitas; pero como dijo Deborah, nosotras no somos visita.

Para esa ocasión, Taylor lució un vestido azul marino, que las modistas de la señora Hathaway cosieron en tres días y que hizo que la viuda reciente, como la hija, la mirasen como si fuese de otro mundo, teniendo la certeza de que los quinientos dólares que había recibido de la herencia del doctor, no iban a cambiar las cosas, puesto que la muchacha tenía todo lo que necesitaba y más, no habiendo necesidad de tocar ese dinero. Deborah, sabiendo que esa criatura llamaba la atención vistiera de una forma lujosa o de la manera más sencilla, ni se molestó ante esas miradas y algunas preguntas impertinentes sobre la vida pasada de la chica.

Pero nada se salió de la norma, porque cuando la mujer no quería que la sureña contestara, era ella la que se adelantaba, protegiéndola en todo momento y haciendo ver a ese par de brujas, que ella, la madre de uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos, no iba a permitir ni una mala palabra contra la hija de Verónica Weide, contra la protegida de su hijo.

De modo y manera, que la hermosa sureña estaba protegida a cal y canto y no debía pensar en nada malo, ya que su vida transcurría plácidamente en acomodarse a esa sociedad elitista, en hacerse un guardarropa en consideración a su nuevo estatus y en repasar algunas cosas, que tenía un poco olvidadas.

Deborah le puso un profesor de francés, una de música y nada más. Sus modales eran impecables, Verónica había hecho muy bien el trabajo, enseñando a sus hijas lo que ella aprendió y Taylor, solo había necesitado estar en el ambiente adecuado durante unos días, para que saliera a la superficie todo lo que había mamado desde pequeña. Pero Deborah no era ingenua, y sabía muy bien, que todo lo aprendido con el padre, más todo lo adquirido por su cuenta en los años que vivió con esa mujer, estaban ahí y que en cualquier momento podían salir y saltar como el descorche de una botella de champán. Pero bueno, eso tampoco estaba tan mal; ¿por qué las mujeres tenían que estar siempre correctas?, siempre comedidas, mientras los hombres hacían lo que les daba la gana. Ella no iba a censurar ese temperamento salvaje, al contrario, le gustaba. Creía que la jovencita tenía una personalidad arrolladora y que ese aspecto, formaba parte de un todo. Así que, no le iba a poner cortapisas de ningún tipo, pero eso sí, estaría siempre cerca por lo que pudiera pasar y volver a recomponer los desperfectos.

La muchacha miró como su doncella, la buena de Lucy, terminaba de arreglar ese pelo tan denso, sabiendo que la criada disfrutaba de lo lindo, ya que decía que no había visto cabello con esos colores, tan moldeable y encima tan espeso, que no necesitaba de postizos de ningún tipo o tamaño. Una vez terminado, le dijo que ya estaba lista y que debía bajar, pues le había parecido oír la voz del señor, recordándole que no le gustaba que la hora de la cena se retrasara.

Al bajar, no vio a nadie, pero al ver salir al mayordomo de la biblioteca, allá que fue. Le mostró una radiante sonrisa a Andrew, de raza negra y este, gustoso con esa niña y llamándole la atención, que dada su procedencia fuera tan encantadora con los negros como con el resto del servicio, le abrió la puerta de la biblioteca y cerró tras ella. Estaba de pie, de espaldas a la puerta, con un codo

apoyado en la repisa de la enorme chimenea, observando el fuego mientras fumaba un cigarro largo y estrecho.

La voz atrayente llegó a sus oídos y se volvió lentamente.

—Hola, señor Hathaway.

Él contempló esa hermosura que no se le iba del pensamiento y mostró una sonrisa en ese rostro moreno, para deleite de la joven.

—Buenas noches, Taylor. —Hizo una pausa y sin dejar de mirarla, añadió con voz ronca—. Estás preciosa.

—Gracias, Ralph. —Su nombre le sonó a gloria pronunciado por esos labios sonrosados, atrayentes.

Dejó el cigarro en un cenicero y se acercó hasta ella, hasta rozar con sus pantalones negros el vuelo de ese vestido de seda y muselina. Ella permaneció quieta, deseando que no apareciera nadie, que no llegara la estúpida de Viviane, y que ese hombre siguiera mirándola de esa forma. Vio acercarse una mano y suspiró cuando esos dedos largos y fuertes rozaron su óvalo, cuando acariciaron su barbilla y se dirigieron a un lateral del cuello.

Y cuando esa voz profunda y grave, dijo esas palabras, ella se derritió.

—Te echo de menos. No sabes cuánto.

Fue entonces cuando él bajó la cabeza y con una mano rodeando el delicado cuello, capturó la boca entreabierta, haciendo un barrido con la lengua, recorriendo el interior y mordiendo sutilmente esos labios rojos, esa boca tan condenadamente voluptuosa.

Ella gimió sintiendo esos labios avariciosos que se comían su boca, que capturaban un labio y lo chupaban, lo lamían, para hacer lo mismo con el otro, para que recibieran el mismo trato, el mismo placer, pero sobre todo, para saciarse él, para atragantarse de gozo, al sentir como ella correspondía, como hacía lo mismo con él, chupando y lamiendo, aprendiendo tan deprisa que el hombre quería más, necesitaba más... hasta que una luz se encendió en su cabeza, separándose de ella al oír pasos y voces femeninas.

La sentó en una profunda butaca, mientras él iba a por el cigarro y daba una profunda calada, en el mismo momento que entraban su madre y su cuñada. Las mujeres saludaron al hombre que conseguía que ellas vivieran como reinas, dando un beso a la madre

y saludando fríamente a la cuñada, cosa que llamó la atención de la sureña.

—Estás aquí, tesoro —le dijo a Taylor, fijándose en la boca roja de la muchacha y sonriendo para sí—. Está todo dispuesto; vamos al comedor.

Y de ese modo, los cuatro se dirigieron a dar cuenta del asado, las mujeres primero y Ralph detrás de ellas, sin quitar la mirada de esa tierna muchacha, que para qué negarlo, no se le quitaba de la cabeza, por mucho que se acostara con su amante.

La cena discurrió plácidamente, hablando de unos temas y de otros, principalmente de las empresas de la familia y después de personas conocidas. Ralph escuchó los comadreos de Viviane, que tan pronto hablaba bien de unas personas, como que los ponía a caer de un burro; los comentarios de su madre siempre le gustaban, porque eran inteligentes y curiosos y el comportamiento de Taylor le llamó poderosamente la atención, ya que era digno de observar. Así vestida, con ese hermoso pelo en un recogido complicado, que mostraba esa variedad de tonos a cuál más llamativo y con esos modales exquisitos, se quedó muy sorprendido. Apenas habló, dedicándose a escuchar, mientras cortaba la carne de una forma delicada y llevaba pequeños trozos a esa boca preciosa, que de vez en cuando asomaba una puntita de esa lengua que él se había tragado y que deseaba comerla otra vez.

Jesús bendito, debía controlarse para evitar que su miembro se moviera al compás de sus pensamientos. Masticó con fuerza la carne, para ir viendo cómo la preciosa gatita no dejaba nada en el plato, a excepción de la salsa. Cuando terminó, él la miró con una sonrisa en los labios y le preguntó:

—¿No te gusta la salsa, Taylor?

Ella enrojeció como una fresa, sabía el porqué lo preguntaba, puesto que cuando le llevó el pollo con una rica salsa, en el hotel de Charleston, no dejó ni una gota.

—Sí me gusta —contestó con todas las miradas posadas en ella.

La madre sonriendo y la nuera, con el gesto serio.

—¿Entonces? ¿Por qué no mojas la deliciosa salsa con un poco de pan? —Ella miró a la anfitriona y volvió a mirar al hombre,

notando las mejillas calientes, seguro que hasta las orejas están rojas, pensó la chica con disgusto.

—¿Puedo? —preguntó tímidamente.

Deborah rio con ganas, y Ralph sonrió ligeramente.

Fue la madre la que contestó.

—Claro que puedes, cariño. Estás en casa y no tenemos invitados; moja el pan y disfruta. —La muchacha obedeció, atacando la exquisita salsa. Relamiéndose como una gata que acaba de vaciar un tazón de leche y provocando, sin saberlo, que el hombre que no dejara de mirarla, se excitara más de lo que estaba en esos momentos.

Estaba deseando, esperándolo más bien, que su cuñada dijera algo fuera de tono, para que el calentón que sentía por esa niña se enfriase un poco. Pero fue la sureña la que habló, mientras cogía trocitos del tierno pan y rebañaba el plato con deleite.

—La verdad, es una pena desperdiciar esta delicia. Padre decía: que la persona que tiraba alimentos debía ser castigada durante toda la eternidad. —Ralph que no quitaba los ojos de ella, sintió esa fogosidad que ella transmitía cuando hacía cualquier cosa y recordó cuando se metió su miembro en la boca, haciendo con ese recuerdo, que su bragueta se volviera a tensar.

Fue la voz algo chillona de su cuñada, la que, por fin, hizo que se destensara.

Uno de los motivos por el que salió ese graznido, que no era habitual en Viviane, fue porque desde el principio, se dio cuenta del interés que Ralph mostraba por esa paleta, mirándola constantemente y de una manera profunda e intensa; de una manera que, a ella, nunca le dedicó, ni cuando era soltera. Y eso, la hacía rabiar. Provocando que se pusiera celosa; sintiendo que había algo en el ambiente que era más peligroso que todas las amantes juntas, que hubiera tenido Ralph Hathaway.

—Pues recuerda tus buenos modales cuando estés en casas ajenas, no vayas a provocar un soponcio general en los selectos bostonianos, cuando vean que friegas el plato con el pan. —La muchacha clavó sus ojazos en ella y antes de que Deborah interviniera, le contestó.

—Pues tú deberías tener cuidado cuando estás comiendo todos esos dulces que te gustan tanto y que no escatimas en casas ajenas. Algunos hombres te miran y ponen cara de susto, pensando que, si comes así delante de ellos, ¡cómo te pondrás cuando estés a solas! —El hombre encubrió una sonrisa, satisfecho de que la muchacha no se amilanara ante la abusona de su cuñada y tosiendo para llamar la atención de la más joven, intervino.

—Me han dicho que has conocido a tu tía y a tu prima. ¿Qué te han parecido? —preguntó, sabiendo de sobra que Norah Weide era íntima de Viviane.

—¿La verdad? —Él sonrió, mirándola a placer, sin importarle que la madre y la cuñada fueran testigos de esas miradas, profundas miradas que dedicaba a las mujeres que le gustaban.

—Por supuesto —contestó dejando la blanca servilleta en la mesa y mirando de reojo a la madre.

—Un horror —contestó llevando esos ojazos al techo—. Me hicieron una revisión descarada y maleducada.

—Es lo normal. —Intervino la nuera, provocando que la sureña la mirase sin un ápice de amabilidad.

—Sin contar con que son unas antipáticas —añadió mirando otra vez al hombre.

Pero la siguiente pregunta, fue totalmente distinta, con el objeto de pillarla desprevenida.

—Y Davenport, ¿qué te ha parecido? —Ahora todas las miradas se centraron en la figura masculina que presidía la mesa, mientras un criado servía los postres.

La muchacha no tardó en contestar tan francamente, como era usual en ella, sin percibir el interés de todos, sin saber que las dos mujeres sabían que esa pregunta por parte de Ralph, entrañaba una curiosidad fuera de lo normal.

—Un estirado, pretencioso y creído. —Ese adjetivo llamó la atención de Viviane.

—¿Por qué dices eso? —Davenport era un hombre de cuarenta años, que no aparentaba, sumamente atractivo para las mujeres. Y las que llamaban su atención, se sentían importantes ante ese galanteo.

—Porque sí. Porque es de ese tipo de hombres, que piensan que las mujeres somos tontas y que vamos a caer rendidas a sus pies en cuanto nos digan lo guapas que somos, o lo encantadoras, o todas esas pamplinas que dicen. Ese Davenport es malo. —La nuera cortando su trozo de tarta de arándanos y arrastrando un montón de nata, antes de introducirlo en la boca, dijo:

—Por Dios, qué expresión más infantil. Es malo —repitió con sonsonete, no dándose cuenta de cómo la miraban engullir la porción de dulce, especialmente Ralph.

—Búrlate todo lo que quieras, me da igual. Conozco a los hombres mejor que tú. —Viviane la miró escandalizada, pero Taylor no se ofendió y sabiendo que tenía la atención del hijo y de la madre, siguió —. Ese tipo de hombres están por todos los sitios, en todos los estratos sociales y se los reconoce al vuelo; si eres un poco lista, claro. Se muestran como los amos del mundo y normalmente son unos parásitos, que viven del trabajo de otros y explotan a todos los que están a su alrededor, ya sea la esposa, los hijos, los amigos, amantes, quién sea. Se creen muy listos y ese, es su mayor defecto. Cuando te captan, piensan que has caído en sus redes y todo, porque te has mostrado amable y has sonreído a sus galanteos. Pero claro, ¿qué vas a decir o hacer ante ello? La señora Hathaway me lo presentó y yo le sonreí, entonces él, desplegó sus plumas como si de un pavo real se tratara y empezó a decir tonterías y yo, le correspondí con más sonrisas. Ese tipo habría encajado muy bien en el Sur, antes de la guerra. Estoy segura que habría disfrutado teniendo esclavos y maltratándolos y sin entrar en otros detalles más vulgares. En realidad, deseé llevar mi revólver y haber pegado dos o tres tiros al lado de sus relucientes botas, para hacerle ver que me importaban un rábano sus sonrisas falsas y sus miradas obscenas. —Dejó de hablar de repente y mirando a Ralph, pensó que se había pasado de rosca.

Pero, en ese momento, la carcajada del hombre retumbó en el lujoso y recargado comedor, haciendo que la madre riera y que la cuñada lo mirase con cara de asombro, molesta al tiempo y envidiosa a más no poder de que esa extraña hubiese logrado algo, que ella jamás había conseguido, que pocos conseguían.

El hombre estaba satisfecho, al final no se la estaban comiendo como pensó en un principio, ni ella estaba sacando los pies del tiesto, como también creyó. Estaba siendo inteligente y se estaba adaptando a la sociedad, de manera que la respetaran, no la avasallaran y conservando su personalidad. Pero, ¿cuánto tiempo duraría?

Por descontado que su madre era un pilar fundamental, ya que se habían caído tan bien desde el principio, dando la sensación de que Deborah había encontrado una hija y Taylor una madre. Y de esa forma, de esa manera tan segura, protectora y valorada, la sureña entraba en los estratos más altos de la sociedad bostoniana, sabiéndose protegida por la siempre adorada Deborah Hathaway y la impresionante fortuna del tutor. Pero lo que su madre le contó de Harry Davenport, no le gustó nada y lo de las apuestas, menos.

Ese hombre era de los que seducía a las mujeres, como montaba a sus caballos, sin importarles nada los sentimientos. Ahora era viudo, pero en la época de matrimonio, no le importó tener escarceos continuos y que cada uno llegara a los oídos de su esposa, ya enferma en los últimos años. Era de todos sabido, que el empeoramiento de la esposa, se debió en gran medida al mal trato y desprecio psicológico del que hizo gala con ella, sin tener ningún miramiento ante el sufrimiento de la delicada mujer. También se contó, que la noche siguiente al entierro de la dama, la pasó entre prostitutas y amigos, borrachos como cubas y celebrando su viudez, o su nueva soltería, como decían sus amigos, al tiempo que decía que la próxima esposa, sería mucho más joven para tenerla preñada constantemente hasta que le diera tres, cuatro o cinco hijos.

Ralph no era un hipócrita y tampoco se las iba dando de adorador de las féminas, principalmente porque nunca se había enamorado y por ese motivo, no se había casado. Para él, el matrimonio era algo importante y de respetar y si por las circunstancias de la vida, o por la desaparición de los sentimientos, la relación de una pareja no era del todo ardiente o amorosa, el respeto siempre debía prevalecer puesto que esa mujer era algo tuyo, era parte de tu estatus y de tu familia, eso sin añadir que te hubiera dado hijos, por ese motivo,

consideraba a Davenport un misógino en toda regla, aunque el que más o el que menos, abusara de alguna forma de las mujeres.

Por otro lado, estaba el hecho de que Davenport y Hathaway eran antagonistas desde cualquier ángulo que los mirasen; no se caían bien, no tenían los mismos gustos, ni los mismos entretenimientos, ya que Ralph pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando, ganando cada vez más dinero y, por el contrario, el otro gastaba más que ganaba en muchos momentos, dilapidando su fortuna y la heredada de la esposa. Solo en una cosa imitaba a Ralph en el último año, y era, en invertir dinero donde sabía a ciencia cierta, que el millonario lo había hecho, repitiendo las operaciones en vista de los suculentos dividendos.

Ralph no dejó de observar a la muchacha, mientras sus pensamientos seguían y seguían, ocupando su mente, al tiempo que escuchaba a las mujeres hablar de temas intrascendentes, mientras tomaban café; pero al oír la voz acariciadora y sensual de la sureña, le producía un estado de paz y tranquilidad, mezclado con excitación y gozo insatisfecho.

No era cierto, antes sí, ahora no.

Ahora tenían los mismos gustos, Davenport y él, por lo menos, en lo referente a esa belleza perfecta, a esa niña que no se le iba del pensamiento y que cada vez que entraba en el cuerpo de su amante, con cada embestida, deseaba que otro cuerpo estuviera debajo de él.

¿Permitiría que ese hijo de puta fuese detrás de ella?, era la pregunta, y la respuesta era no.

Un no rotundo.

Y si ella, a pesar de las palabras dichas hace unos momentos, se veía seducida por ese hombre; no podía dejar que ello ocurriera, pero no podía dejarlo, por una cuestión totalmente egoísta, porque la quería para él. Solo para él. Después de todo, tenía treinta y cinco años, debía pensar en casarse y de paso darle una alegría a su madre; pero, por otro lado, cómo era posible que, apenas conociendo a esa chiquilla, que había azotado ese espléndido trasero porque le llamó cabrón egoísta, que pensaba que era una cría a medio civilizar, mal hablada y para colmo de Carolina del Sur,

¿cómo?, se volvió a preguntar, pensaba en ella como su futura esposa.

Era tal vez, porque los celos habían hecho acto de presencia, cuando su madre le contó lo de Davenport; sí, sin ninguna duda. Pero también era, porque desde el primer momento que escuchó esa voz, le sedujo, porque cuando vio a la dueña de esa voz, con tacos incluidos, sintió una curiosidad fuera de lo normal por saber de esa belleza y porque desde el momento que otros hombres pusieron la vista en ella, él sintió unos celos nunca imaginados.

Y ese encuentro sexual que tuvieron fue glorioso, pero le supo a poco, y esa vez que la besó en el camarote, como el que le había dado hacía unas horas en la biblioteca, solo le produjo ansiedad y ganas de más. Y había algo que le daba cierto dolor de cabeza, aunque fuera metafóricamente hablando, y era esa sexualidad que respiraba la joven, algo que ella buscaba y que no se cortaba en decirlo, en pedirlo; juguemos, dijo, pero ese juego era muy peligroso, peligroso para una mujer decente, peligroso para jugarlo con un hombre como él. Y ella, aquella noche, se habría entregado si él hubiese querido. La satisfizo con varios orgasmos, tocándola y saboreándola y ella le correspondió de la misma forma, pero ¿podría llegar a sentir tanto deseo, como para recurrir a otro hombre?; o dejarse llevar por afrodisíacos como el alcohol y entregarse a otro que no fuera él. Era una pregunta, era una afirmación, era una realidad. Tendría que hablar con ella. Mañana le compraría un anillo y por la noche le pediría matrimonio, porque al final ¿qué era lo que sentía?, era deseo que una vez que se acostara varias veces con ella, sería satisfecho y desinflado, era amor y no sabía calificarlo, era egoísmo para que esa mujer fuese suya y de nadie más; no sabría decirlo. Pero lo que sí tenía muy claro, es que el deseo de protegerla era superior a cualquier cosa sentida antes y el deseo de poseerla era más fuerte que lo anterior.

Tendría que darse una vuelta por el club, mañana sin falta. Era de primera necesidad, marcar su territorio y dejar claro que esa mujer era para él. Pero lo que el hombre no se imaginaba, ni por lo más remoto, es lo que pasaría esa noche. Y mientras llegaba la hora de irse a su casa, su madre le sirvió uno de esos wiskis que a él tanto

le gustaban, mientras dejaba que las mujeres hablaran y hablaran, y mientras él, se deleitaba con la contemplación de la preciosa Taylor Lewis Weide, sabiendo y no importándole, que su cuñada también lo observaba, al igual que su madre.

A las doce de la noche, todos estaban en sus dormitorios, ellas en la casa Hathaway y Ralph, en su casa de soltero. La casa familiar ocupaba una de las esquinas de la plaza Louisburg y la del hijo estaba pegada a esta, comunicándose por los jardines traseros. Cuando Taylor llegó a la mansión, Deborah le ofreció varias alcobas para que eligiera la que más le gustara, provocando la confusión en la muchacha y haciendo que dudara entre una u otra, a cuál más bonita. Una de ellas daba al jardín interior y otra a la plaza rectangular, teniendo como paisaje el jardín de forma ovalada y rodeado por una verja, que solo podían usar los que tenían el placer de vivir ahí.

Las habitaciones que daban a los jardines interiores de las dos casas, tenían la vista de ambas viviendas y la densa vegetación de macetas, maceteros más grandes y una frondosa enredadera, que trepaba por las paredes de ladrillo rojo, rodeando las ventanas gracias a las habilidades de los jardineros. Como también trepaban por el muro del mismo ladrillo que separaba un jardín de otro, para mantener la intimidad de las respectivas viviendas, pero al mismo tiempo, dejar que se uniesen cuando fuera necesario, por la puerta de madera clara, puesta en un lado del muro, como queriendo pasar desapercibida.

El motivo por el que Taylor cogió la habitación que daba a dicho jardín, fue claramente egoísta. Quería ver desde ese ángulo, la casa del hombre que ocupaba todos sus pensamientos; y desde esa coqueta habitación en el piso segundo, veía la hermosa y maciza puerta de roble claro y sin cristales, ya que, en esa ciudad del norte, había que proteger el ambiente cálido en los inviernos, que daba al precioso jardín, así como, la ventana que había encima, segundo piso también, donde dormía ese hombre. Porque ella ya había recorrido las habitaciones de esa casa, ya que Deborah se las había enseñado, habitación masculina incluida y con una vez tuvo de

sobra para conocer la ubicación de cada sala, cada habitación y hasta la cocina.

La casa que habitaba el hijo, poseía cinco plantas, contando el semisótano donde estaban la cocina, despensa y otras salas para uso doméstico, más un baño aseo y en el último piso, el desván. El semisótano tenía entrada por la calle, de modo que era usada por el servicio y por todos los comerciantes o empleados que pasaban por la casa; luego estaba la entrada principal, a siete escalones de la acera con sus barandas de hierro forjado y una hermosa puerta doble, de roble pintado en negro con su gran aldaba de bronce. Encima de la entrada al semisótano, estaba un pequeño balcón de hierro forjado, con los mismos motivos que la barandilla de las escaleras de la entrada principal, los mismos que seguían esa baranda por la acera, cercando de ese modo la entrada al semisótano, quedando un reducto de enredadera verde de hoja perenne, que adornaba tanto la entrada de servicio, como el largo y estrecho balcón, donde dos grandes y altas ventanas de guillotina, dejaban entrar la luz al salón comedor de la casa de soltero. Al otro lado de la puerta principal, otra ventana de las mismas características donde se hallaba una sala para recibir y ya, al fondo, es decir al jardín, estaba la biblioteca despacho y otro salón que habitualmente no se usaba ya que era muy adecuado para las damas, puesto que era el que daba directo al jardín, con una mesa de hierro pintado en verde oscuro y varios sillones, los cuales con el buen tiempo, se hallaban con sus mullidos cojines en asiento y respaldo, para en días de lluvia o de frío, quitarlos y evitar que se mojaran.

Como la puerta que comunicaba con el tan repetido jardín, no tenía cristaleras, esa sala contaba con una hermosa ventana, para en los días grises, fríos, lluviosos o nevados, complacer la vista desde el agradable confort que daba la gran chimenea y ver las inclemencias del tiempo, pero sin sufrirlas, pero sí siendo testigo de cómo esas plantas de verdes lujuriosos eran maltratadas por la fuerza de una tormenta o la maldad de una granizada.

También, en esa primera planta, se encontraba un aseo con todo lo necesario para no tener que subir a las habitaciones del segundo

piso, si no era imprescindible. Y en ese segundo piso, tercero si contábamos el semisótano, se encontraban las alcobas, la de Ralph ocupaba la mayor parte de la planta, dando a la calle, las dos ventanas que quedaban encima de las del salón comedor y dando al jardín, encima de esa sala de grata chimenea; y un aseo baño completaba el reducto masculino.

Otras tres alcobas llenaban esa planta en la zona izquierda, con un aseo baño al final del corto pasillo. Y en la cuarta planta, los dormitorios y un cuarto de baño para los criados, pero que en esos momentos solo habitaban dos. Y, por último, añadir, que las habitaciones de Deborah y de la nuera Viviane en la casa familiar, daban a la calle y eso, le venía de perlas a la bella sureña, para que no sintieran curiosidad de mirar por la ventana, si oían ruidos sospechosos.

El plan estaba trazado y para ello contó con el bueno de Charles, que, poniéndolo en un compromiso, le pidió que no cerrase la puerta que daba al jardín, puesto que la del muro nunca estaba cerrada con llave. El pobre hombre, que, a sus casi sesenta años, creía haberlo visto todo, se quedó algo confuso y le dijo que esa puerta siempre se cerraba; no por nada, añadió, puesto que en esas casas nunca habían robado, pero sí era costumbre cerrar la puerta, porque para eso estaba.

—Por favor, Charles, déjela abierta. Haga, como que se le ha olvidado. Le prometo que, por la mañana, cuando se levante, la encontrará cerrada, sin echar la llave, pero cerrada.

El hombre, se puso colorado pensando lo que la muchacha tramaba, pero la sureña ni se dio cuenta porque Charles era negro, pero que muy negro. Antes de decirle que sí, que esa noche se le olvidaría cerrar la puerta, le preguntó si estaba segura de lo que le estaba pidiendo y ella, con una sonrisa exuberante, le contestó que nunca en la vida había estado más segura.

Llevaba un camisón blanco, de encaje y gasa, ajustado al pecho el encaje y debajo de este, cayendo en frunces vaporosos y transparentes, la gasa. Encima, se puso una recatada bata de algodón recio y de un color rosa subido. Si se encontraba con alguien, cosa que no tenía por qué ocurrir, no pensaría que debajo

de esa bata llevaba algo tan llamativo. Cuando Deborah lo eligió, Taylor se quedó sorprendida y escuchando las sabias palabras de esa hermosa mujer, le dio a la cabeza, dándole la razón.

—Es conveniente que la ropa de dormir sea tan hermosa o más, como la que usamos para salir, porque, aunque ahora estás soltera y no te va a ver nadie, debes de ir aprendiendo y acostumbrándote para cuando tengas esposo. Así que, nada de camisones cerrados al cuello y de basto algodón; prendas delicadas y femeninas y con un punto, picante.

Eso fue lo que más le gustó a la muchacha: un punto picante.

Pronto descubriría cuánto le gustaba el picante a Ralph Hathaway.

CAPÍTULO 6

Cruzó la puerta del muro y dio gracias al personal de mantenimiento, de que las bisagras no chirriaran. La cerró para evitar que el aire la golpeará y dio gracias, de que aunque hacía frío, no llovía y no se mojarían demasiado sus zapatillas de seda; solo la humedad del ambiente, es decir del suelo, y de la vegetación, dejarían algo húmedas las plantas de sus pies.

Notó el corazón palpitante, como en una carrera, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza volver a su habitación y solo cuando iba a empujar la puerta con el hermoso capitel adornándola, temió que Charles se hubiese olvidado, o peor, que no hubiera querido participar en su enredo. Soltando el aire, empujó y entró sigilosamente cerrando tras de sí. Podía ser que no estuviera en el dormitorio, y sí era así, ella podía subir y esperarlo en la cama. Tragó saliva, sintiendo el miedo correr por sus venas. Tenía muy mal genio, lo sabía bien y recordaba como si fuese ayer, la azotaina que le dio. Bueno, ella no era una cobarde, así que, adelante.

Fue a tientas, y acostumbrada al sigilo que más de una vez utilizó para cazar conejos o pescar con las manos, se movió despacio, sin tropezar con nada y salió de la preciosa sala que daba al jardín. Escuchando su propia respiración, miró en la oscuridad, viendo como una ranura de luz salía por debajo de la puerta que daba a la biblioteca, sabiendo que él, estaría ahí. Dudó, dudó y dudó. «Voy hacia él o subo a su habitación». Era algo tan meditado, tan pensado y tan elaborado, que lo llevaba maquinado desde que se instaló en casa de Deborah; pero como Ralph había estado varios días fuera, luego vino, pero volvió a irse y temiendo que si lo abordaba alguna noche se podía encontrar con alguna mujer, lo fue dejando, hasta que esa noche le pareció la más apropiada.

Si el hombre la rechazaba, si se enfadaba y montaba en cólera, ella no podría soportarlo, pero ese beso apasionado que le dio antes

de que llegaran su madre y su cuñada, significaba algo, ¿o no? Y esa frase dicha de esa forma tan sensual, le produjo el mayor de los placeres.

«Te echo de menos».

«No sabes cuánto».

Eso no se dice así porque sí, se dice porque se desea; porque la deseaba como ella lo deseaba a él. Bueno, sé valiente, se dijo para darse ánimos y llevó sus pasos a la biblioteca despacho.

Empujó la puerta despacio y asomó la cabeza. Al fondo, en la lujosa mesa de caoba llena de libros y carpetas que contenían documentos, estaba él, leyendo unos papeles, pero a pesar de la concentración, notó al momento la presencia y levantó la vista viendo como entraba la muchacha y cerraba la puerta.

Él la miró sin decir nada. Llevaba el cabello recogido en una trenza y tapando su cuerpo una bata rosa cerrada al cuello. No se levantó, no dijo nada, pero sin dejar de mirarla, esperó. Ella se acercó a un metro de la mesa, se paró y llevó los dedos al botón superior de la bata, sin dejar de mirarlo con esos ojazos del color del mar Caribe. Cuando acabó con el último botón, abrió esa bata gruesa y dejó ver el llamativo y transparente camión que llevaba, dejando que la bata cayera al suelo.

El hombre no dijo nada, siguió sin moverse y sin pestañear, recorrió con esa mirada oscura y profunda el cuerpo de la muchacha, de arriba abajo. Los pechos jóvenes, duros y tiesos, permanecían dentro de la cárcel que era ese encaje y los pezones querían asomar entre los agujeros. Y esa tela que partía debajo de los pechos, dejaba ver a la perfección, el estómago y el vientre plano, los rizos rubios que ocultaban esa vulva y la longitud de esas hermosas y lozanas piernas, recordando lo suave que era esa piel cuando la tocó. Vio como la muchacha respiraba agitadamente, sabiendo que estaba un poco asustada, temiendo la reacción de él. Pero él estaba excitado de una manera acuciante, incluso dolorosa, porque llevaba deseando este momento prácticamente desde que la vio por primera vez, aunque no lo quisiera reconocer.

Se levantó y mostró el bulto de sus pantalones, para que la muchacha se diera cuenta de que lo que había venido a buscar, lo

iba a tener. Separándose de la mesa, fue hasta ella que permanecía en el mismo sitio, temblando ligeramente, un poco por la poca ropa que llevaba y otro poco por los nervios y el miedo, que sin querer, pero sin poder evitarlo, le tenía al hombre. Al ponerse a su altura, ella llevó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos y notar como esas manos grandes y fuertes, se deslizaban por los brazos femeninos, acariciándolos, para acabar entrelazando los dedos. La boca de él bajó y la besó dulcemente, y ella le devolvió el beso abriendo la boca para que le hiciera lo mismo que antes, besarla como él sabía hacerlo, besarla para provocarle un placer anhelante.

Pero la voz ronca del hombre le preguntó al oído:

—¿Estás segura de que quieres esto?

Y ella no contestó con palabras, pero sí con los gestos. Cogiendo las grandes manos, se las puso encima de los pechos, notando como esos dedos apretaban, tocaban y pellizcaban, pero sin hacer daño, solo provocando placer y cómo la boca hambrienta del hombre, volvió a capturar la suya. Los cuerpos se juntaron, se pegaron como si fuesen uno. Las manos del hombre tocaron todo el cuerpo a través de esas texturas, para en un momento, rugir como un animal y cogerla en brazos.

Se acercó a la mesa y cogió la lámpara, dándosela a ella y saliendo de la biblioteca. Con grandes zancadas fue hasta la escalinata y subió sin dejar de mirarla, sintiendo que el miembro le iba a explotar, pero mentalizándose de que tenía que relajarse y darle todo el placer necesario a la muchacha, antes de obtener el suyo y tal vez, provocarle un poco de dolor.

Las fuertes pisadas resonaron en la escalera, a pesar de estar alfombrada, y siguieron por el corto pasillo hasta la habitación de él. Entró con su hermosa carga y sin bajarla de sus fuertes brazos, le quitó la lámpara y la dejó encima de una cómoda, para después cerrar la puerta de una patada. Se dirigió al lado de la enorme cama, pero no la acostó en ella; la dejó resbalar por su cuerpo y los dos quedaron de pie, pegados, junto a la cama.

A Ralph no se le pasó por la cabeza apagar la lámpara, porque quería ver a la muchacha y aunque la luz no era excesiva para la amplitud de esa alcoba, era más que suficiente para satisfacer su

curiosidad y su ansia. La mirada azul marino, no pestañeaba y no dejaba de contemplar esa carita tan hermosa, esas facciones tan perfectas y, sobre todo, esos ojazos que lo miraban de la misma forma que él a ella.

Deslizó las manos por el cuello, por encima de ese encaje indiscreto, sopesando los pechos y rodeando los pezones, para bajar hasta las caderas e ir enrollando la tela y tirar con suavidad hacia arriba, haciendo que ella levantara los brazos y él le quitara esa prenda tan delicada, que no quería romper con sus manos, motivado por las prisas. Desnuda ante él, estaba gloriosa, tan condenadamente bella que hacía sentir al hombre, abrumado, excitado y motivado para algo que todavía no reconocía, pero que no le había provocado ninguna mujer desde que probó la primera.

Fue hasta la cama y se sentó en el borde, vestido todavía con el chaleco negro, la camisa blanca, el pantalón y los zapatos.

Permaneció quieto, mirándola y esperando a ver qué hacía ella; si se ponía nerviosa o tímida, tomaría las riendas, pero sí no era así, quería ver, quería sentir, quería vivir algo, que no hubiera vivido ya. Y la sureña no le defraudó. Sin asomo de vergüenza, se acercó hasta él, y comenzó a desabotonar el chaleco sin dejar de mirarlo y sin temor de que esos ojos la taladrasen hasta el fondo de su alma. Sabía que ese hombre estaba en sus manos, o al menos, que se ponía en sus manos, así que, le iba a dar qué pensar.

Le quitó el chaleco, rozando la mandíbula rasposa con sus turgentes pechos, notando como el hombre tragaba aire; siguió con los botones de la camisa, moviéndose ligeramente para que esos ojos azules mirasen los rizos de su sexo y el entreabrir de sus muslos, al tiempo que se mordía el labio inferior y sacaba de vez en cuando la puntita de la lengua, para sentir esa mirada glacial desplazarse a los pechos, luego al centro de sus muslos, seguidamente a su boca y otra vez al triángulo dorado.

Al quitar esa camisa, echarla sobre la cama, encima del chaleco, deslizó los dedos por esos músculos duros, planos, largos y volvió a morderse el labio y a sacar la lengua, haciendo que los ojos del hombre la devorasen y que el bulto de los pantalones bailara al son que ella tocaba.

Jugó lo que quiso con sus pectorales, pasó las palmas de las manos por los abdominales y enredó con un dedito en el ombligo, notando como el hombre apretaba los dientes y respiraba lentamente para coger aire y aguantar todo lo posible. Entonces, hizo que se levantara y admiró esa altura y ese poderío físico, haciéndoselo saber, con la mirada y desplazando las manos por el tórax y por los brazos musculosos, acariciando durante unos segundos la cicatriz de bala del brazo.

Clavando los ojos turquesa en los ojos azul marino, llevó las manitas hasta la pretina del pantalón, y soltó los botones uno a uno, chocando cada vez que hacía eso, con la fuerte erección y sin dejar de mirar al hombre, hasta que le bajó los pantalones y los calzones de una, bajándoselos hasta los tobillos y dejándolo en una posición muy vulnerable, cosa que ninguna mujer había hecho, porque él no lo habría consentido.

Ella se arrodilló a sus pies, como si fuese su esclava y le quitó los zapatos, los calcetines, para seguir con los pantalones y los calzones, dejándolo igual que ella: desnudo. Entonces se incorporó y se plantó enfrente, sabiendo que él estaba deseoso de ver el siguiente movimiento de ella. Pero lo siguiente no fue un movimiento, fueron unas palabras. Palabras dichas de forma ronca y sensual, haciendo que su pene se encabritara como un potro salvaje.

—Eres el hombre más hermoso que he visto en mi vida. No me cansaría de mirarte, pero si solo te pudiera ver y no tocar, creo que moriría tan pronto, como muere una mariposa.

Él no dijo nada, pero esas palabras le llegaron muy hondo.

Y ya le costaba mucho controlarse, pues su miembro pedía a gritos entrar en ella, hacerla suya de una vez por todas, y fue entonces cuando ella llevó las manitas a su pene y lo rodeó, para agacharse y metérselo en la boca. Ah, no, eso sí que no.

Por todos los diablos, que le gustaba sentir esa boca rodeando su polla, notando la lengua dar lametazos y esos dientecitos raspar con delicadeza el tronco grueso y largo; pero esa noche no, esa noche la penetraría hasta cansarse y dejarla dolorida, pero antes tendría que darle placer, si es que lograba aguantar un poco más.

Hizo que dejara su miembro y se volvió a sentar en el borde de la cama y la colocó entre sus piernas, poniéndola de espaldas a él, para contemplar ese hermoso culo, recrearse con él, y recordar la azotaina que le dio.

Había que resarcir ese maltrato.

Pasó sus grandes manos por toda esa superficie redonda, durita y tersa, dando unos pequeños cachetes, que fueron caricias, pero lograron que ella diera un mínimo brinco y él sonriera ante ello, para bajar la cabeza y besar esas redondeces al tiempo que los amasaba y ella se ponía en pompa, excitada, caliente y ronroneando como una gata en celo. Los dedos masculinos, se deslizaron por la raja, tocando el ano y llegando al sexo, para volver otra vez hacia atrás y notar como la dejaba anhelante y a medias, y volver a repetir la operación, para oír una vocecita que exclamaba, oh, oh, oh, y él, sentir el mayor de los placeres.

La sentó de una sobre sus muslos, con la espalda de ella apoyada sobre su pecho, haciendo que se abriera de piernas y que esos prietos muslos dejaran la puerta abierta. Ella estaba tan excitada, que dejó caer la cabeza sobre el pecho del hombre al notar esa mano que cogía toda la vulva y la acariciaba despacio, jugueteando con los dedos, que hacían incursiones al centro de ese placer, para mojarse con la humedad que ella iba soltando. Tan pronto acariciaba toda la longitud interna de esos muslos abiertos de par en par, para tocar con la palma de esa gran mano los rizos mojados, como se metían dentro de la vagina para provocar unos movimientos en ella, que hacía que ese culo prieto chocara contra su pene y él apretara los dientes para aguantar, pero sin dejar de dar placer a ese coñito y mordiendo el delicado y suave cuello de esa sensual muchacha.

Pero bueno, qué cojones, era una mujer en toda regla, era una mujer que lo estaba excitando hasta la locura con cada movimiento que hacía con ese perverso cuerpo, con cada gemido y gritito que salía de su boca seductora y que, si no se la follaba en breve, soltaría todo su esperma contra esas nalgas redondas y duras, que hacían que la sangre le hirviera como si estuviera dentro de un puto infierno.

Y fue en ese momento, cuando él estaba al límite de sus fuerzas, cuando ella gritó porque esos dedos habían tocado un punto que la hizo enloquecer, que la hizo apretarse contra el cuerpo de él, que hizo levantar y llevar sus delgados brazos hacia atrás para abrazar el cuello del hombre y volver a gritar, para inmediatamente cerrar los muslos de golpe y con una fuerza extraordinaria, como si cabalgase a pelo y no quisiera caer, atrapar la mano del hombre y no dejarla salir.

Pero, él sacó la mano de esa dulce prisión, se levantó con ella en brazos y la dejó caer sobre la cama, una cama que no había probado mujer alguna; y con el pene a punto de reventar, se colocó encima y la miró con ternura.

—No quiero hacerte daño, vida mía, pero tal vez no lo consiga la primera vez.

A ella esas palabras le llegaron al alma, produciendo una sonrisa y una apertura total de esas magníficas piernas, para que él entrara e hiciera lo que quisiera con ella.

Notó como el miembro comenzaba a penetrar, siendo consciente de su grosor, de su tamaño y cómo, despacio pero sin pausa, llegó a un punto en el que se atascó, y ella se contrajo sin querer.

—Relájate, mi amor —oyeron sus tiernos oídos—. Ábrete para mí, entrégate para hacerte mía y de nadie más. No quiero que otro hombre tenga este tesoro, no quiero que otro disfrute de este paraíso —las palabras del hombre eran apenas susurros, pero se entendía con total claridad—. Déjame que entre en ti, deja que tu cuerpo se amolde a mi hombría.

Eran las palabras murmuradas por esa voz grave y masculina a su oído, al tiempo que dejaba caer dulces besos en sus labios, para una vez que ella volvió a relajarse, a abrirse por completo, él penetró hasta el final.

Sintió como rompía esa barrera, notó como esos pechos se aplastaban contra su masa de músculos, al tiempo que ese miembro grande y poderoso llegaba al final de esa cueva deliciosa, mientras se comía con frenesí esos labios, esa lengua, tragándose todos los suspiros, los gemidos y lamiendo los jugos de esa boca que lo volvía loco, como toda ella.

Soltó todo su esperma, sin molestarse en salir para eyacular fuera como con las otras, no, esta era suya, era para él y para nadie más y ahí quería su simiente, dentro de ella, que no se saliera ni una gota, que su marca quedara dentro y que fructificase. Pensando en eso, pensando en que pudiera ser el comienzo de una nueva vida, se dejó caer sobre ella, extenuado, hinchado a placer y satisfecho como no recordaba haber estado en la vida; teniendo la sensación de que había hallado algo importante, algo que le iba a alegrar la vida en el futuro, algo que andaba buscando desde que era un niño, algo que llenase ese vacío que sentía desde que comenzó a comprender las cosas, el sentido de la vida, y que a pesar del amor que le profesó y le profesaba la madre, nunca estuvo completo.

Apoyando sus manos, se incorporó y se dejó caer al lado de ella, para pasar al momento un brazo por debajo de ese cálido cuerpo y acomodarlo al suyo.

—¿Te he lastimado? —preguntó mirando esos llamativos ojos. Y ella sonriendo y poniéndose colorada, contestó sin vergüenza.

—No. No me has lastimado. Ha sido tanto placer seguido y tan intenso, que ese pequeño dolorcito no tiene la menor importancia.

—El hombre la besó con delicadeza y rio entre dientes.

—Eres una maravilla, ¿lo sabes? —Ella negó con la cabeza y él continuó—. Por Dios bendito, nos conocemos... no llega a dos meses y me tienes alterado todo el tiempo. Cómo iba a pensar que ese Taylor Lewis que tenía que encontrar en un lugar de las Carolinas, que fui a buscar para hacerle un favor al bueno del doctor Weide, que me lo pidió con cierto recelo, pensando que lo iba a mandar a tomar... —Calló de golpe y rectificó—. Que lo iba a mandar a paseo, cuando me pidiera el favor, iba a poner mi vida patas arriba, mis sentimientos como nunca han estado... ¡Jesús! —exclamó en voz baja y agachando la cabeza, miró esa carita que en esos momentos, parecía que no había roto un plato, que en lugar de dieciocho años, aparentaba quince, que lo había seducido como si tuviera la experiencia de la mayor de las cortesanas.

Taylor lo seguía mirando de esa forma angelical y con esa mirada de ángel, le estaba removiendo las entrañas. ¿Sería esto el amor? Debía serlo, porque él jamás había sentido un nudo en el corazón al

mirar a una mujer, jamás había necesitado abrazar después de hacer el amor y por supuesto, jamás se encontró con ganas de decir palabras cariñosas y dedicar miradas amorosas, después de que su miembro soltara toda la tensión y lo dejara relajado y con ganas de dormir.

SOLO.

Y ahora, mírame, dijo en silencio a quién quisiera escucharlo en un mundo alejado al suyo; ahora estoy abrazado a esta niña, no queriendo soltarla y deseando hacerle el amor.

Otra vez.

Y así fue, el miembro comenzó a endurecerse y se preguntó si la sensual sureña lo consideraría un perverso, aparte de salido, por querer poseerla otra vez. Pero cuál fue su sorpresa, cuando notó que esos dedos andaban por su estómago y bajaban hasta el inflamado miembro, tocándolo, dejándolo y volviendo a tocarlo, notando como él se tensaba ante esos movimientos.

Y cuando ella lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Me puedo subir encima?

Él la cogió por la cintura contemplando esos pechos que se bambolearon delante de su cara y la colocó sobre su miembro para que cabalgara sobre él e hiciera lo que le diera la gana; porque una cosa tenía clara: esta muchacha lo tenía comiendo en la palma de su mano y Dios lo amparase, porque estaba dispuesto a todo por ella.

Pero sería mejor que, por el momento, ella no lo supiera.

Dos horas más tarde, la despertó con suaves besos en el cuello, en el lóbulo de la orejita, en el hombro y ella, desperezándose lentamente, llevó los brazos hacia atrás, para seguidamente amarrar el cuello del hombre y pasar la lengua por sus labios. Él rugió de placer y se comió esa boca hasta hacerla enrojecer por efecto de la barba rasposa, cerrada y crecida desde que la rasuró. Ella rio de manera sensual y él se montó encima para embestirla con cierta dureza y volver otra vez a eyacular por tercera vez en una noche.

Por Dios, la quería despertar dulcemente para decirle que debía irse a casa, que no era decente quedarse con él, hasta que estuvieran casados, y lo que ella provocó con esa lamida que dio a

su boca, fue que lo encendiera como una antorcha y que actuara como un animal en celo al tener a una hembra tan caliente como él.

Cuando se separó, hizo acopio de fuerzas y se levantó de la cama, viendo como esos ojazos lo miraban sin pestañear y sin perder detalle de su anatomía. Desde luego, era una mocita descarada e insolente cuando quería; y cuando no, se mostraba como una chiquilla tímida, sonrojándose cada dos por tres. Desde su altura la miró, viendo como ella destapaba su cuerpo y volvía a desperezarse delante de él, para que viera su sensual y curvilíneo cuerpo, abrirse y cerrarse de piernas y retorcerse ante él.

—Eres una pecadora, ¿lo sabes? —preguntó con una sonrisa—. ¿Cómo has podido mantenerte virgen, con lo sexual que eres?

—Porque te esperaba. Porque hasta que tú no llegaste a mí, no sabía lo que era desear... —La voz acariciadora sonó como cascabeles en los oídos del hombre—. Porque cada vez que un hombre o un muchacho me miraban, me daba ganas de tirarle una piedra a la cara. Pero cuando te conocí, sentí recorrer algo extraño por mi cuerpo, mi barriga se movía bajo tu mirada, deseando esos ojos azul marino sobre mi persona y contemplando esas manos tan hermosas que posees, que tocan mi cara, que tocan mi cuerpo. —Él la miraba sin pestañear, sin perderse ni una sola de las palabras que salían por esa boca—. Ahora comprendo todas esas cosas, ahora comprendo que estaba esperando que tú llegaras. ¿Qué habría sido de mí, si no hubieses aparecido? Habría languidecido en esa tierra, habría acabado, con los años, siendo una mujer mal hablada al lado de la viuda Roberts, maldiciendo y escupiendo igual que el más cochino de los hombres. —Ralph rompió a reír y la tomó en sus brazos.

—Eso habría sido imposible, mi amor. Alguien habría aparecido, o tal vez, te habrías acercado a la ciudad y alguno de esos oficiales yanquis te habría seducido y se habría casado contigo; o tal vez, algún sureño con una plantación a medio producir, se habría encaprichado de ti y te dedicarías al cultivo del algodón.

—Sí, eso, eso me gusta más.

—Ah, ¿sí? —preguntó entre molesto y curioso, sin dejar de abrazarla.

—Sí, porque entonces, habrías aparecido para comprar un cargamento de algodón y yo caería rendida a tus pies y tú decidirías secuestrarme y traerme a tu casa y como no tendría niños, porque ese plantador no había hecho bien el trabajo, me quedaría aquí, para ser tu amante y dedicarme a ti de por vida. —Él se puso serio y la miró fijamente, haciendo que ella se pusiera como una fresa.

—¿Quieres ser mi esposa, Taylor Lewis? —Ella tragó saliva y notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Llevó los brazos al cuello del hombre sin dejar de mirarlo.

—Es lo que más deseo en la vida. —Él la miró en silencio, para bajar la cabeza y besarla largamente.

Después de volver a hacer el amor, la acompañó hasta la puerta del jardín y vio como desaparecía por la puerta del muro.

Cuando se metió en la cama, se durmió plácidamente a pesar del escozor que tenía entre los muslos. Era la mujer más feliz de la Tierra y al día siguiente, bueno no, ya estaban en el día siguiente, le diría a Lucy que tenían que dar un paseo.

Realmente, consideraba una solemne tontería tener que salir acompañada, pero por el momento respetaría esa norma.

Cuando la señorita Taylor le dijo que iban a dar un paseo, Lucy se puso en guardia, pero obedeció, no le quedaba otra. Pero una vez en la calle y ver lo decidida que iba la señorita y la energía que soltaba, pensó que eso de paseo no tenía nada; y al llegar a la zona de Parker House y caminar por sus calles, estaba claro a qué habían salido. Si los salones de las casas de la buena sociedad de Boston sabían que el señor Hathaway tenía una amante en Parker House, por descontado que esa misma noticia o chismorreo se sabía en las zonas domésticas de cada casa.

Era de lógica, era de cajón, el servicio estaba al tanto de tantos chismorreos o más, porque formaba parte de su trabajo. De hecho, muchas de esas noticias se escuchaban cuando servían en esos salones, comedores o salas de recibo; mientras se servía té o café y se ofrecían delicados dulces para acompañar. Las elegantes señoras hablaban de sombreros, vestidos o de la nueva sensación de la temporada, fuese hombre o mujer, y como no, se

chismorreaba del último amante de una viuda, o de la pelea surgida entre un matrimonio que todo era perfección y amor, o de la última amante de uno de los hombres más ricos de la ciudad y del país. Y ese comentario dicho de la forma más educada y con las palabras elegidas escrupulosamente, para no dañar los oídos de ninguna mente estrecha, aparte de hipócrita, llegaba a los oídos de una criada, o criado, que no tardaba ni cinco minutos en contarlo en cuanto llegaba a la cocina y que el mayordomo, la cocinera o el ama de llaves, sin olvidar a lacayos, doncellas o ayudas de cámara, o incluso algún chico de los recados que rondase por ahí, ese día u otro, qué más daba, ampliaban esa información con algo que otro había dicho no sé dónde, o cierto criado de la casa, de la cual se hablaba, confirmó efectivamente que dicho asunto era tan cierto como que el río Charles existía.

Pero Lucy era una doncella, una criada, que no tenía voz ni voto, y que debía obedecer en este caso, a su señorita. Así que, cuando llegaron cerca de Pemberton Square, la menuda Lucy exclamó, ¡ay, madre!, pero Taylor no le hizo ni pizca de caso y cuando el carruaje de Hathaway pasó cerca de ellas, entonces no se pudo aguantar y se lo dijo a su señorita por si no lo había visto. Pero ¿qué hizo esa exuberante sureña?, la enganchó de la mano y se metieron en una tienda, donde se vendía todo tipo de encajes y le dijo a la criada que preguntase si tenían encaje de Bruselas y que se lo enseñaran mientras ella observaba por el escaparate. Lucy obedeció, ¿qué iba hacer?, y mientras con el rabillo del ojo veía a la señorita estirar el cuello al máximo, ella hablaba con la dependienta y la entretenía todo lo posible, hasta ver qué es lo que decía la señorita.

En ese tiempo, Taylor vio bajar del carruaje a ese hombre que le quitaba el sentido, para seguir viendo como sus largas piernas embutidas en unos pantalones gris oscuro que le quedaban de escándalo sobre esas nalgas duras como piedras, pero que en esos momentos estaban tapadas por un abrigo negro de corte impecable, subían las escaleras de una casa de tres plantas y desaparecían tras abrir él con su propia llave. Bien, eran las once, por lo menos eso marcaba el reloj de esa bonita tienda, a ver cuánto tiempo estaba dentro.

Compró un metro de encaje, sin entretenerse ni atender demasiado a las explicaciones de la dependienta, pero sí, sonriendo constantemente y dándole las gracias por esa atención tan exquisita, y empujando levemente a Lucy, salieron de ahí para dedicarse a pasear por la zona sin perder de vista el carruaje y sin darse cuenta de que el cochero ya había visto a Lucy y por consiguiente a esa preciosa sureña. Media hora más tarde, mandó a Lucy pasar a la tienda para comprobar la hora y de paso comprar otro trozo de encaje, la criada salió enseguida y colorada como un tomate, todo sea dicho; porque pensaba que la sureña estaba controlando el tiempo al señor y también pensaba, que el señor estaría haciendo sus cosas con la actriz, o sea, su amante.

Fue en el momento de la salida, cuando la mano rápida de Taylor la enganchó y de reojo se dio cuenta de que el carruaje se ponía en marcha porque el señor Hathaway estaba dentro, y ellas, emprendieron su vuelta a casa con su recado hecho.

Taylor decidió ir bordeando el parque más antiguo de los Estados Unidos, para luego ir por Chestnut Street y seguir por cualquiera de las preciosas calles adoquinadas que las llevaría hasta la elegante plaza donde vivía. Pero antes de que dejaran el parque de lado, el carruaje de Hathaway apareció como por ensalmo, paró y el hombre moreno abrió la puerta, saliendo e interceptándoles el paso. Lucy se puso roja, al tiempo que se acentuaban sus múltiples pecas de pelirroja y Taylor, se llevó una mano al pecho, mostrando la sonrisa más hermosa, provocando que el hombre se quedara mirando esa boca.

—¡Oh, que susto, señor Hathaway! —exclamó la joven sin dejar de sonreír, para captar toda la atención del hombre y que este, no se fijara en la criada que parecía que había visto un muerto.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó con una sonrisa ladeada, sabiendo de dónde venían.

La muchacha, con esos ojos tan expresivos, no retiró la mirada.

—Nada en particular. Hemos salido a dar un paseo, porque a pesar de que está la mañana fresca, más que fresca diría yo, teníamos algunas cosas que comprar y ahora, como ya lo hemos

hecho todo, vamos a casa. —El hombre movió la cabeza y desplazó la mirada hasta la pelirroja, viendo la rojez y el nerviosismo.

—Tienes mala cara, Lucy. ¿Te encuentras bien? —Pero Taylor no le dio tiempo a responder, haciendo que Ralph se mordiera la mejilla, para no sonreír de más ante el vodevil que tenía delante.

—Claro que se encuentra bien; es que hemos corrido un poco, para entrar en calor, y como no está acostumbrada..., pues está un poquito acalorada por dentro y fría por fuera, pero no pasa nada. ¿Verdad que no, Lucy? —Pero Lucy no pudo contestar, porque no le dio tiempo, ya que el hombre intervino de nuevo.

—Subid al coche. —La orden fue obedecida al momento por la criada, que subió tan deprisa, que no pensó en que debía ceder el paso a su señorita; y ellos dos se quedaron mirándose a los ojos, cada uno con sus pensamientos, pero al final, muy parecidos—. Vamos, sube. Hace un frío del demonio y no quiero que te enfríes. No estás acostumbrada a este clima, ya lo sabes y puedes enfermar. —La joven se acercó a él antes de subir y casi le habló al oído si ella hubiera sido más alta, él más bajo, o, hubiera agachado un poco la cabeza.

—Tengo tanto calor de anoche, que me va a durar días —susurró al pasar y dejando que el hombre tragara saliva antes de subir al coche e indicar al conductor que siguiera el trayecto hasta Louisburg Square.

El trayecto fue corto, y ese tiempo minúsculo, comparado con la eternidad, a la criada se le hizo eterno.

Con el rabillo del ojo fue testigo, fue consciente de la mirada del señor hacia la señorita Taylor. No despegó ni un solo momento esa mirada oscura del cuerpo y el rostro de la señorita, ni tan siquiera pestañeó, y lo que más llamó la atención de la criada, como luego comentaría a sus compañeros de trabajo, fue que su rostro atractivo pero serio casi siempre, mostraba una torcida sonrisa, que le hacía parecer un pirata de esos de las novelas, antes de hacer una fechoría, como, por ejemplo, raptar a una dama.

Y que la señorita sureña, se hacía la despistada, mirando por la ventanilla, mientras sus altos pómulos se coloreaban haciendo que

el señor, torciera más la boca. Y que cuando llegaron a la mansión, ella bajó primero, pero escuchó la siguiente frase muy claramente.

La voz grave y profunda del señor le dijo a la hermosa señorita:

—No hagas más travesuras o tendré que darte unos azotes.

CAPÍTULO 7

Entrando en sus oficinas y saludando a los empleados, recordó la escena vivida esa mañana, al tiempo que decidió poner al tanto a la muchacha, para evitar malos entendidos.

Cuando abrió con su llave, llave que se había quedado allí, en Parker House, todo fue un revuelo de idas y venidas de la criada y de ruegos porque esperase un rato ya que la señorita Suzanne no estaba levantada, ni visible para el señor. Pero el señor no tuvo paciencia y a los cinco minutos, penetraba en la alcoba de la pelirroja y hacía salir a la criada.

Cuando Ralph fue en busca de la familia Weide, llevaba tres meses con esta actriz de teatro, Suzanne Miller y dos meses instalada en ese pequeño pero coqueto apartamento de dos habitaciones, una cocina y un salón, que pagaba puntualmente el señor Hathaway. Teniendo en cuenta, que la lista de amantes era larga, hubo con bastantes que no necesitó alquilar nada, ya que eran viudas o casadas y las visitaba en sus casas en el caso de las viudas, o en otras propiedades prestadas, en el caso de las casadas, aunque más de una vez, había sido tan temerario como para ir a la casa del matrimonio cuando el marido estaba ausente, de viaje o más cerca, como por ejemplo en el club. La situación comenzaba a ser algo engorrosa y teniendo en cuenta la edad que tenía y que estos años, después de acabar la guerra había tenido como siete u ocho amantes, no lo recordaba con exactitud, el cuerpo y la mente le pedía un cambio radical y ese cambio era la que ya conocía, la que ocupaba todos sus pensamientos y estaba seguro, la que lo iba a dejar agotado en todos los sentidos.

Los ojos verdes de la voluptuosa pelirroja miraron al hombre del que estaba locamente enamorada y supo, que algo malo pasaba. No eran horas de visita. Jamás se había presentado a las once de la mañana y eso había dado lugar a que ella estuviera en salto de

cama y con la cara algo hinchada y soñolienta. Y aun sabiendo que era hermosa y que ningún hombre tenía que decírselo para saberlo, pues ya se miraba todos los días, varias veces, muchas veces en el espejo, no era la hora más adecuada para que tu amante te visitara y te viera.

Por Dios, cada cosa tiene su momento.

«Qué crueldad estará pasando para que este aquí, tan guapo y tan serio y lo que es peor, mirándome de esa forma», se preguntó la mujer de treinta años.

—Querido, qué sorpresa, no te esperaba —dijo, forzando una sonrisa, al tiempo que se tocaba el rápido recogido que le había hecho su criada, con ese cabello tan rebelde y fosco que poseía.

Se acercó para besarlo, pero él no se dejó, sujetándola por los antebrazos.

La voz del hombre produjo un cosquilleo entre los muslos de la mujer. Todo en él la excitaba. Todo, pero esa voz la ponía caliente, cachonda, hasta límites insospechados. Igual tendría que utilizar sus artes, si lo que le traía hasta aquí, en horas tan intempestivas, no era bueno.

—No estaré mucho tiempo —dijo paseando por el dormitorio, fijándose en todas las prendas tiradas sobre sillas y sillones, dándole ganas de decirle, si es que no le cabía la ropa en el gran armario. Se volvió hacia ella y la contempló a sus anchas, haciendo que la mujer se pusiera nerviosa ante esa mirada que tan bien conocía.

—¿Quieres, quieres un café? —preguntó, sabiendo que el té no le gustaba.

—No, no quiero nada. Gracias. —Ese, «gracias», le heló la sangre.

Cuando Ralph Hathaway dejaba de ser tuyo, la frialdad que formaba parte de su personalidad, surgía en todo su esplendor. Y esa educación llevada al extremo, era una de las cosas más frías que usaba ese hombre. Desde un principio supo que esa relación no iba a durar, conociendo como conocía el historial de él; pero aun sabiendo que se engañaba, ella siempre soñó, que Ralph se enamoraría perdidamente de ella, haciéndola su esposa y viviendo

felices en alguna de las muchas propiedades que tenía por el estado.

—Tienes pagado el alquiler de los próximos dos meses. —Metió la mano en el interior de su abrigo y sacó un sobre, dejándolo encima del tocador—. Aquí tienes de sobra para una buena temporada, si lo administras con prudencia. —La blanca piel de Suzanne se puso traslucida y las pecas que tanto odiaba y que adornaban el puente de la nariz y ligeramente las mejillas, se acusaron para su vergüenza.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Estábamos tan bien, eras feliz conmigo... no entiendo por qué. —Las manos blancas agarraron las mangas del abrigo del hombre y él no se lo impidió, sintiendo como esa mirada azul la taladraba.

—Nunca mencioné la palabra felicidad, que yo recuerde. Pero eso es lo de menos. Recuerda lo que te dije al principio de nuestra relación; nunca te prometí nada y siempre dejé claro que tarde o temprano, lo nuestro acabaría. Entre nosotros, solo había atracción, nada más.

—Pero, pero yo te quiero, Ralph, te amo. Tú lo sabes, te lo he dicho más de una vez. —Las manos de la mujer tocaban la pechera del hombre, queriendo meterse por dentro del abrigo y tocar el cuerpo del hombre.

Él se apartó.

—No quiero escenas, Suzanne. Sabes de sobra que no me gustan y no las tolero. He querido comunicártelo en persona, para que vayas planificando tu futuro. —Ella se plantó enfrente y se abrió la bata para dejar la mitad de sus exuberantes pechos fuera.

Cogió una mano grande y la colocó encima de un pezón rosado, haciendo que él lo aplastase, pero eso no ocurrió.

—Me deseas, Ralph. Te gusta mi cuerpo, te comes mis pechos como si fueran un manjar exquisito. —Quiso llevar las manos a la bragueta y tocar los genitales del hombre.

Él se retiró, y no quiso tocar esas tetas con las cuales había jugado montones de veces, había chupado otras tantas y hasta había colocado la polla entre ellas para correrse de manera placentera, cuando ella estaba con la menstruación.

—No hagas escenas, Suzanne, déjalas para el teatro. —Se movió hasta la puerta con idea de salir, cuando notó que ella se abalanzaba sobre él, queriendo besarlo y metiendo la mano por donde podía.

Él no tuvo que emplear a penas fuerza para retirarla y tampoco quiso hacerle daño.

—¡Basta! Deja de hacerte la ofendida. Coge el dinero y disfruta del apartamento estos dos meses, y se acabó la historia.

Ella se paró en seco y de repente recordó, haciendo que sus ojos se abrieran como platos y que la voz le saliera histérica, chillona.

—¡Ya tienes otra, es eso! Tal vez es esa sureña que tu madre tiene en su casa, esa que tú eres el tutor. Esa es tu nueva amante. —Soltó, mitad sorprendida, mitad ofendida.

Pero al ver como el hombre se paraba en seco, se volvió y la miró de una forma dura, cruel y hostil, sintió miedo y sintió como se le escapaba un poco de orina.

—Ni se te ocurra mencionar a esa mujer. A mi futura esposa. — Esa afirmación, esa confirmación, la dejó helada, y sin moverse de sitio, vio como salía de su dormitorio, cogía el sombrero que le daba la sofocada criada y abandonaba el coqueto piso que él había elegido para sus encuentros amorosos.

Esa tarde, Deborah y Taylor asistieron a una reunión en casa de una de las muchas amigas viudas, de la madre de Ralph. Después de tomar una serie de emparedados de varias clases y una multitud de pastelitos a cuál más sabroso, fueron llegando los caballeros para tomar una copa y recoger a sus damas, no sin antes charlar un poco con los conocidos y amigos y recrearse la vista con las damas más jóvenes, pero sobre todo para ver a la sensación de la temporada, esa sureña desbordante de belleza, que dejaba a más de uno pensando lo que no debía.

A esas reuniones también acudían los solteros o viudos, ya que las damas no eran todas casadas y siempre era una excusa para otear el horizonte y organizar otras veladas y quién sabe lo que podía salir de una y otra reunión. Ralph no solía acudir a casi ninguna, a pesar de que estaba invitado a todas y que su presencia

era un reclamo para que la reunión fuese más interesante y, sobre todo, para que las féminas se recreasen con ese espécimen de hombre elegante, culto, educado y varonil, muy varonil.

Pero esa noche, nadie lo esperaba y el que más o el que menos, incluidas ellas, analizaban a la protegida del ausente, sin dejar de pensar y pensar, qué peligros podría traer una belleza semejante, tan cerca de la casa del soltero más codiciado de Boston.

Cuando el hombre llegó, saludó a la anfitriona que estaba con su madre sentadas en un apartado, seguramente cotilleando de todos los que estaban allí, y recorrió con la vista el gran salón encontrando enseguida lo que buscaba. Se acercó despacio saludando con una sonrisa a los que se encontraba y se colocó detrás de una columna viendo la espalda de su amada, luciendo un hermoso vestido verde manzana y ese escandaloso y hermoso cabello que poseía y que esa noche mostraba en un recogido sencillo, dándose cuenta de que estaba hablando con la hija del difunto Weide, con su cuñada y con la esposa de otro conocido.

La voz melosa de la muchacha llegó claramente a sus oídos, y prestó atención a la conversación, apoyado en la columna.

La desagradable voz de Norah Weide le preguntó en francés a la sureña, si se había acomodado bien en la ciudad y Taylor, con un desparpajo encantador y con ese acento sensual, le contestó en el mismo idioma, con muy buena pronunciación, que estaba encantada en esta ciudad maravillosa y que si la ciudad era encantadora, las personas que la habitaban superaban todas las expectativas; pero en ese momento, cuando la Weide tenía el rictus recto y áspero, porque pensaba que la iba a dejar en evidencia por desconocimiento del idioma, la joven añadió una frase en español, diciendo que, hasta el clima tan frío e inhóspito, le resultaba de los más atractivo.

Las expresiones de Norah y de Viviane, igual que la otra invitada, se quedaron un tanto fuera de lugar, sin saber qué idioma había utilizado.

—Oh, lo siento, pensé que hablabas más idiomas aparte del francés. Te he dicho, en uno de los idiomas más bonitos del mundo, que me gusta tanto Boston, que, hasta el clima frío e inhóspito de

sus inviernos, me resulta de lo más atractivo. —Las mujeres se quedaron con las ganas de saber qué idioma era ese, pero no se rebajaron a preguntarlo.

Ralph sonrió, pensando que esa muñeca era una caja de sorpresas y cuando iba a salir de su escondite, vio que Davenport llegaba hasta ellas, pero se colocaba al lado de Taylor, clavando esa mirada clara como el agua sobre el rostro de la muchacha, mirándola sin cortarse un ápice. Siguió en el sitio para escuchar lo que iba a decir con esa tonta sonrisa en la boca, mientras no dejaba de mirar a la sureña. Esa rabia que sintió por dentro, supo que eran los celos que recorrían todos y cada uno de sus nervios, haciendo que rechinaran los dientes.

—¡No me lo puedo creer, hablas español! Con ese maravilloso acento que posees, todos los idiomas pronunciados por tus labios suenan a himnos celestiales... —Las mujeres mayores miraron al hombre con admiración, pero disgustándoles esos halagos; pero la carcajada que soltó la sureña, hizo que se escandalizaran, mientras que el hombre se quedó prendado con esa boca que reía a placer y que no se tapaba con abanicos, ni con la mano y que poseía una dentadura preciosa y una lengua sonrosada.

Tanto le gustó esa boca, que tardó unos segundos en captar el desprecio en la contestación de la muchacha, dejándolo en evidencia.

—Oh, señor Davenport, déjese de tonterías. Los idiomas son solo eso, idiomas, eso sí, unos más bonitos que otros y más difíciles o fáciles. Pero no pierda el tiempo conmigo diciendo que en mis labios suena a himnos celestiales, por favor. —Arrastró esas palabras para dar énfasis y lo consiguió.

El silencio se hizo entre ellos y en los grupos de alrededor. Todos miraron a la sureña y después al poderoso Harry Davenport y todos esperaron no sabían qué. Ralph observó el panorama y sobre todo a la jovencita que lo llevaba loco y fue muy grato ver, que la muchacha estaba con la cabeza alta, orgullosa y esperando la reacción del hombre. Solo le faltaba el revólver para que las gentes presentes, supieran quién mandaba allí y se escandalizaran un poco más.

Iba a salir de su parapeto, cuando la rotunda carcajada de Davenport llenó la estancia, igual que antes lo hizo la de Taylor y cogiéndola de la mano y besando sus dedos, le dijo:

—Eres encantadora. La criatura más salvaje y encantadora que tengo el placer de conocer. —Ella lo miró sin pestañear con esos ojos turquesa y él se perdió en ellos.

—Señor Davenport, creo que usted no sabe lo que es una criatura salvaje, pero si sigue tentando, puede que lo descubra. —El doble sentido de la frase no supo ser interpretada.

Fue entonces cuando Ralph llegó por detrás y cogió a la muchacha por la cintura, que ni se inmutó, pues sabía de sobra de quién eran esas manos que abarcaron su pequeña cintura, dando lugar a que montones de pares de ojos se quedaran mirando sorprendidos ante la presencia del hombre, antes esas manos en la cintura de la joven y sobre todo a lo que salió por esos labios masculinos.

—Será mejor que me lleve a mi prometida a casa de mi madre, antes de que te deje en evidencia, Davenport. —Los ojos azul claro, casi acuosos del hombre, miraron a su antagonista para bajar la mirada a la preciosa sureña y notar como algo dentro de él se desinflaba.

Todos estaban atentos a la conversación de esos hombres y todos sabían que no eran amigos, que nunca lo habían sido. Pero esa palabra, prometida, les había dejado a todos, boquiabiertos y a la mayoría de las damas de edades comprendidas entre el principio de la juventud hasta el principio de la madurez, heladas.

La clarísima mirada del hombre, volvió a Ralph, que casi se miraron frente a frente si no fuera por los pocos centímetros que le llevaba Hathaway.

—Vaya, ¡qué callado te lo tenías! Enhorabuena, entonces. —Bajó la mirada y sonrió a la joven—. Señorita Taylor, mi más sincera enhorabuena. Creo que Ralph no ha podido elegir mejor, a pesar de que aquí tenemos mujeres encantadoras y bellas a conciencia. —La joven sonrió modosamente, sintiéndose segura con esas manos grandes y fuertes sobre su cintura y orgullosa de que todas las mujeres la mirasen con envidia.

—Gracias señor Davenport, estoy de acuerdo con usted. De hecho... —Notó la presión de esas manos y entendió perfectamente lo que le querían decir: calla y no echas más leña al fuego. Pero... al cuerno, iba a decir lo que pensaba—, cuando llegué aquí y vi mujeres tan hermosas, pensé que tuve una suerte enorme de que este hombre que va a ser mi esposo, no estuviera cogido y amarrado. —La sonrisa que apareció en la boca de Davenport fue voluntaria totalmente—. Así que, me dije que eso era una señal, o simplemente el destino. —El hombre, no pudo dejar de mirar esos ojos y Ralph sintió que se enfadaba.

—Será mejor que nos vayamos, es tarde.

—Hathaway —llamó el otro—. Habrá fiesta de compromiso, ¿o no? —Los hombres se midieron y las palabras frías de Ralph se dejaron oír por toda la estancia, captando la atención de todos los invitados.

—No. La boda se celebra dentro de un mes. Por supuesto, les llegará a todos la invitación.

—¡Un mes! Qué prisas. Comprendo que no puedas aguantar . — Pero antes de que Ralph contestara fue Taylor la que se adelantó, dejando a todos con la boca abierta, oyendo ese acento melodioso y dulce, decir esa barbaridad.

—Oh no, señor Davenport, se equivoca. Soy yo la que no puede aguantar; yo, qué le vamos a hacer, las sureñas somos así. —Ralph no pudo aguantar la risa y haciendo que se moviera para sacarla de esa casa antes de que provocara más escándalo, se fueron con todas las miradas puestas en ellos, sabiendo que cuando se hubieran ido, las lenguas se desatarían de manera frenética y que esa hermosa muchacha, había dejado su sello.

—¿Cómo es que hablas español? —preguntó el hombre, mientras cogía las capas de las mujeres.

—Oh, solo sé unas frases. Me las enseñó mi padre, de cuando estuvo en Texas. Pero he visto que viene muy bien para momentos así, ¿no te parece? —El hombre sonreía sin dejar de mirarla y la madre miraba a ambos, mientras se dirigían al carruaje.

—Y vosotros, ¿cuándo pensabais decir a la pobre madre lo de la boda? —preguntó con una sonrisa, mientras se acomodaba en el

coche con la ayuda del hijo, para después subir casi en volandas a la traviesa de su prometida.

—Perdona madre, he tenido un día muy complicado. Quería habértelo dicho este mediodía, pero he comido en los astilleros y le dije a Taylor que no dijera nada. De hecho, si esta traviesa muchacha no hubiera estado tan provocadora con Davenport, no lo habría comunicado todavía. Todo Boston lo sabrá mañana, cuando lean el periódico.

—Me hacéis muy feliz. —Cogió la mano de la sureña y la miró con amor—. Creo que eres la mujer adecuada para Ralph, estoy segura. Pero, además, eres la hija que siempre desee y doy gracias a Dios porque te haya puesto en el camino de mi hijo. —Taylor no pudo evitar las lágrimas y besó la mejilla de Deborah, apretando las manos de la futura suegra.

—Jamás pensé que pudiera volver a tener una familia, Deborah; y jamás pensé que podría volver a ser feliz como cuando era una niña, antes de comenzar la guerra. Y te puedo decir, que quise mucho a mamá, pero desde el primer momento en que te vi, que me hablaste y que me diste tu cariño, te quiero como a madre y como a Alessia y eso, es lo más que he querido, aparte de padre y... de este hombre que tengo a mi lado. —Las mujeres se dieron un abrazo y Ralph se hinchó de orgullo.

Entonces, en ese momento, Taylor se llevó una mano a la boca y apenas ahogó una exclamación.

—¡Anda, nos hemos olvidado de Viviane! —La sonrisa de la madre, no se hizo de esperar y Ralph mostró seriedad, como cada vez que se hablaba de su cuñada.

—No, no viene con nosotros porque me dijo en un momento de la velada que iría a cenar a casa de las Weide.

Y así, con el traqueteo del coche de caballos, Taylor en brazos de Ralph y Deborah enfrente, hablando de las caras que pusieron los que estaban a su alrededor cuando oyeron lo del compromiso y riendo de las mismas, llegaron a casa bajo un frío glacial que anunciaba nieve.

Esa noche, cuando todos dormían, la muchacha hizo la misma operación que la noche anterior. Se había metido en el bolsillo a Charles, pero sabía que, a pesar de eso, lo ponía en un compromiso. Pero cómo podía resistirse a esa voz encantadora cuando le decía:

—Charles, usted no se preocupe, haga como que la puerta está cerrada como siempre. Además, si lo que le preocupa es lo otro, tampoco tiene por qué, ya sabe que nos casamos dentro de un mes.

—Sí señorita —contestaba el pobre hombre—, pero es que el señor me ha dicho que compruebe que la puerta está cerrada.

—¿En serio? ¿Le ha dicho eso?

—Sí, señorita, en serio.

—Bueno, pues allá usted, pero si echa el cerrojo, tendré que intentar entrar por una ventana y eso será mucho peor, ¿no le parece?

—Santo Dios —murmuraba el hombre—. Está bien; no echaré el cerrojo, aunque me arriesgue a que el señor Hathaway me despida.

Y la hermosa sonrisa de Taylor asomaba en todo su esplendor y le decía:

—Por encima de mi cadáver.

A lo cual, el hombre grande y alto, movía su cabeza de un lado a otro, mostrando un cabello corto, rizado, negro y canoso, y murmuraba mientras se iba, que esa mujercita iba a traer de cabeza a su señor.

Se desplazó a tientas por la zona de paso y viendo que no había luz en la biblioteca, subió las escaleras, sintiendo maripositas en el estómago, o en la barriga, no supo dónde, pero daba igual. Al llegar a la maciza puerta y poner la mano en la manivela, sintió temor. La quitó de una y con los nudillos tocó en la puerta, pero de una manera muy sutil, muy delicada. Esperó y volvió a tocar otra vez, cuando se disponía a volver a tocar, la puerta se abrió de golpe y allí estaba él en todo su esplendor. Desnudo, hermoso y con ese miembro que a ella le gustaba tanto, en estado de reposo.

—¿Qué demonios haces aquí? —No fue un murmullo, tampoco levantó la voz, ya que estaban solos, empleó su tono normal. Charles y un criado dormían en el piso superior y los demás criados

y criadas que trabajaban en la casa, iban solo por el día—. ¿Cómo has entrado? La puerta debía estar cerrada. —Ella lo miró con esos ojazos y mostrándose ofendida le contestó:

—Si te molesto, me voy. —Él la cogió por el brazo y la metió dentro.

Muy serio la llevó hasta un butacón frente a la chimenea encendida y la sentó de golpe.

—Taylor, nos casamos dentro de un mes. Debemos esperar, no debes venir todas las noches, así de esta manera.

—Qué tontería. No sé por qué tenemos que esperar. —El hombre la miró sin pestañear, atento a cada palabra que salía por esa boca tentadora—. El tiempo que pasa y no se aprovecha, es tiempo desperdiciado, eso decía mi padre. —Ralph intentó no sonreír, pero esta cría le provocaba más sonrisas en un solo momento, que en toda una vida.

—Tu padre tenía frases para todo —dijo con ironía, que ella no captó.

—Pues sí. Y aunque no era un santo, ni tampoco el más inteligente del mundo, sí tenía razón en muchas de las cosas que decía. Y yo voy a decir una de mi cosecha. —Los ojos del hombre no dejaban de mirarla, notando como su pene se ponía juguetón y eso que ella llevaba una bata gruesa y cerrada hasta el cuello—: no dejes que tu hombre, busque en otro sitio lo que tú tienes de sobra. —La carcajada de Ralph resonó en toda la habitación y no pudo menos que acariciar esa mejilla, que ya comenzaba a calentarse.

—Cariño, no voy a buscar nada, en ningún sitio. Soy un hombre, no un animal. Puedo estar un mes sin sexo y no me voy a subir por las paredes... —Ella, sin quitar esos ojazos de la cara de hombre, le soltó de golpe.

—No, por las paredes no, con que te acerques a Parker House es suficiente. —Él no añadió nada, pero sus ojos la taladraban y ella se puso un poco nerviosa.

Bueno, daba igual, ya lo había dicho.

—Por eso rondabas esta mañana por la zona, ¿no es así, señorita Taylor?

—Sí. Soy mujer, soy sureña, pero ni soy tonta, ni débil. —El tono de voz llamó la atención del hombre, que estaba disfrutando de lo lindo y deseaba saber, adónde quería llegar esta mujercita—. Y si tu deseo es tener amante y esposa, en lugar de una amante esposa, no cuentes conmigo, porque no pienso casarme. Y te lo digo ahora, para que no digas que te engañé o que me mostré de una forma y luego era de otra; no, ese no es mi estilo y voy con la verdad por delante. Mi esposo, será mío para siempre y yo, suya para siempre y si no es así, no quiero ser de nadie, no quiero pertenecer a nadie y por supuesto no quiero tener marido. Que les den a los maridos. — El hombre entrecerró los ojos y permaneció en la misma postura, acucillado a su lado y como barrera, el lateral del sillón que impedía que ella viera la erección que poseía en esos momentos, solo por verla y por oír esa voz y diciendo esas cosas.

—¿Y si estuvieras embarazada? ¿Tampoco te casarías?

—Por supuesto que no. Ya te lo he dicho, no soy segundo plato de nadie. Si tú eres de ese tipo de hombres, como la mayoría de los ricachones, que por fuerza tienen amante o amantes, ya puedes romper el compromiso porque yo, no paso por ahí. No será que no hablo claro.

—¿Y entonces qué harías? —Ella lo miraba muy seria, con las mejillas encendidas.

Comenzaba a tener calor al lado de ese fuego tan agradable, pero todavía no estaba dispuesta a quitarse esa bata gruesa de invierno polar, no hasta que estuvieran las cosas claras entre ellos.

No estaba dispuesta a tragar con esas historias.

—¿Si estuviera embarazada? —Él movió la cabeza, mirando cada gesto que hacía, cada movimiento de esa boca al hablar, esos destellos que salían del cabello recogido en un moño flojo.

Qué preciosa era y qué inocente.

—Pues tendría al niño y con la ayuda de tu mamá; porque estoy segura de que ella jamás me dejaría en la estacada. Y si tú te hacías responsable de ese hijo, tendrías tus derechos y dejaría que pasara tiempo contigo para que tuviera padre y madre.

—Vaya, qué espléndida.

—Esplendida no, solo justa —sentenció la joven, que se estaba enfadando porque sentía que le estaba tomando el pelo, o peor aún, que la estaba tomando por tonta.

Quiso levantarse, pero un brazo de hierro se lo impidió.

—¿A dónde vas?

—Tengo calor, y quiero saber si has roto con esa amante y si no vas a romper, me voy y tan amigos. —Él soltó otra carcajada, pero pensando si esa muchacha que deseaba más que a nada en el mundo, sería capaz de hacer todo eso de lo que estaba hablando y algo le dijo que sí. Que esa fierecilla tenía agallas para eso y más.

—Esta mañana he cortado con ella. No soy hombre de tener dos mujeres a la vez, no me gusta. Solo trae quebraderos de cabeza, pero entiendo que más de un marido tenga amantes y no sé si sabrás, que a más de una esposa no le importa que el marido tenga amante, de ese modo ella no tiene que cumplir tan a menudo. — Ella, colorada como una fresa, movió la carita afirmando.

—Es comprensible.

—¿Ah sí? —preguntó el hombre, que ya estaba cansado de esa postura y, sobre todo, de sentir el pene a punto de reventar.

Estaba cachondo hasta el infinito, deseando cogerla y quitarle esa bata y lo que llevara debajo y hacerle el amor hasta que pidiera clemencia.

—Claro, si yo fuese hombre y mi esposa no me diera lo necesario, me buscaría otra. Claro, que eso es aplicable a la parte contraria, y siendo mujer como soy, y habiendo descubierto el sexo y gustándome mucho, si mi esposo no me diera lo que necesito... — Él ya se estaba enfadando.

Se levantó y mostró el miembro hinchado.

—¿Es esto lo que necesitas? —Ella miró el erecto apéndice, grande, recio y tragó saliva.

Era un hombre perfecto, lo mirases por donde lo mirases, pensó en cuántas mujeres habían disfrutado de ese cuerpo y los celos hicieron acto de presencia. Elevó los ojos hasta él y viendo que no mostraba sonrisa alguna y que el rostro estaba serio, consideró si debía de enfadarlo más o dejar las cosas como estaban.

Decidió que las cosas fueran por libre.

—Sí —afirmó rotundamente.

Entonces se levantó y sin dejar de mirarse, ella fue desabotonando los botones de la gruesa bata y la abrió dejando ver su cuerpo desnudo, al tiempo que veía el asombro en esos ojos azul marino. La dejó caer al suelo y se quedó quieta, viendo como él la recorría tan despacio, que parecía que le estaba buscando defectos. En vista de que él no hablaba, ella se llevó las manos a los pechos y se tocó los pezones, para deleitarse con esa mirada clavada en cada gesto, cada movimiento de sus delgados dedos.

—¿Te molesta que me guste esto? ¿Te molesta que me guste que me toques hasta hacerme delirar? —Él seguía sin contestar, pero ese falo demostraba cómo estaba de caliente.

Entonces ella, fue más allá y dejando una mano en un pezón, llevó la otra a su sexo.

—Tú eres el único responsable de esto. Todos los chicos que intentaron hacer algo conmigo, recibieron una piedra en alguna parte de su cuerpo, aunque yo les hubiera metido un balazo en las posaderas, si las balas no costasen dinero. Pero a pesar de que me guste, estoy convencida de que otras manos que no sean las tuyas, no harían efecto. Es más, no dejaría que se acercaran. —Fue entonces cuando el hombre se acercó a ella, despacio, viendo como la muchacha respiraba lenta y profundamente.

Las manos de ese hombre se colocaron a ambos lados del rostro y ella notó la punta del miembro contra su barriga.

—Si otras manos te tocan, mataré al dueño de esas manos. Y si tú te entregas a otro hombre, te mataré a ti. —Las palabras sonaron roncas y muy sinceras.

Los ojos turquesa vieron como la cara del hombre bajaba y capturaba su boca, devorándola como un loco, lamiendo los labios por dentro y por fuera, pasando la lengua por el paladar y por los lados de la boca, agarrando la lengua de ella con sus labios y succionándola hasta dejarla seca.

Paró un momento y sin dejar de mirarla, le preguntó:

—¿Hablo claro? —Ella movió la cabeza.

—Muy claro. Pero no te olvides de una cosa, si te vas con otra mujer, entonces seré yo la que te mate. —Viendo la expresión

risueña de los ojos del hombre, rectificó—. Bueno, tal vez no te mate. Tal vez me conforme con pegarte un tiro en las pelotas para que no vuelvas a hacerlo en la vida. —El hombre la cogió en brazos y riendo se la llevó a la cama y ella se enfadó un poco, pensando que no la tomaba en serio.

¿Acaso debía recordarle que mató a tres hombres?

—No bromeo, Ralph. Soy capaz de hacerlo. Lo sabes —añadió mirándolo sin pestañear.

—Lo sé, mi amor, lo sé —contestó, dejándola encima de la cama y contemplándola a su antojo—. Tengo casi treinta y seis años, Taylor. —Comenzó, sentado a su lado y acariciando el contorno de uno de esos pechos tan tiesos—. Y en todo el tiempo de vida adulta, jamás he sentido por una mujer lo que siento por ti; jamás he sentido celos hasta que te conocí y jamás he deseado terminar pronto el trabajo para llegar a casa y buscarte, para verte. Y si vas a venir todas las noches a mi habitación, hasta que nos casemos y compartamos oficialmente esta casa y esta cama, que así sea. Pero prepárate, dulzura, porque te voy a hacer el amor hasta que desfallezcas, te voy a dar placer hasta que pidas clemencia y cuando creas que ya no puedes más, volveré a la carga hasta que grites de gozo y te oigan todos los decentes y recatados vecinos. — Ella rompió a reír y él comprendió por qué Davenport se había quedado mirando esa boca fijamente.

Toda ella, era sensualidad en potencia, cada gesto, cada palabra, cada sonrisa y cada risa. Todo salía de forma natural, todo fluía de la manera más inocente, pero al mismo tiempo, más provocadora. ¿Cómo no ibas a mirar a esta criatura, que parecía hecha para el pecado, para el disfrute? ¿Cómo no ibas a mirar esa boca riendo, que mostraba esos dientes perfectos y esa lengua sonrosada y el interior de esa boca de un rosa dulce, que hacía a un hombre imaginar lo que haría con ella?

—Dios del cielo, Taylor. Creo que me vas a dar muchos quebraderos de cabeza —murmuró mientras bajaba la cabeza y la besaba, para notar como los brazos delgados pero fuertes, se enlazaban a su cuello, al tiempo que le ofrecía la lengua para que se la tragara.

Le hizo el amor, de forma lenta, dándole placer con la mano hasta que se retorció contra sus dedos y entonces se puso encima para penetrarla, y cuál fue la sorpresa, al notarla estrecha como la primera vez, incluso sentir que le hacía daño; pero no fue así. Eso solo duró unos segundos, porque enseguida entró hasta el fondo y dentro de ella, sintió tal placer al embestirla convulsivamente, una tras otra, sin parar, sin pensar en nada, solo sintiendo el goce de penetrarla, el goce de hacerla suya, de ser el primero y el único, de haberle hecho el favor a Weide y disfrutar ahora de este festín. Pensando en eso, no tardó en correrse, sin molestarse en salir de ella y oyendo una risita musical.

Respirando despacio para coger aire, con los brazos estirados para no aplastarla, torció la boca y le preguntó:

—¿Se puede saber de qué te ríes? —Ella pasó un dedo por el borde de una tetilla y jugueteando con el pequeño pezón masculino, le contestó.

—Yo creo que tú también me vas a dar muchos quebraderos de cabeza —dijo, llevando la otra mano hasta los testículos, haciendo que diera un respingo, para al final, dejar que esa dulce mano los acariciara y volver a ponerse duro, sin haber salido de ella.

CAPÍTULO 8

Si alguien le hubiera dicho que la felicidad era esto, lo que él estaba viviendo, no se lo habría creído o como último recurso habría pensado que ese hombre tenía mucha suerte. Ahora podría retirarse, vivir de las rentas y dedicarse por completo a crear una familia; pero no iba a hacer tal cosa, por una razón muy simple, él no era ocioso, no podía quedarse de brazos cruzados todo el día, no era hombre de dedicarse a ir todas las mañanas a cabalgar y las tardes o incluso algunas noches al club, sin contar las veladas en casas ajenas. No. A él no le gustaba eso; como tampoco le gustaba estar metido en casa por norma, leyendo el periódico, echando la siesta o metido en la biblioteca, mientras la esposa hacía otras tareas. Eso era muy inglés, pero nada estadounidense. Seguiría yendo a los astilleros, a las fábricas, a las canteras, a su oficina y viajando donde el dinero lo llamara, ya que era su forma de ser y su forma de vida. Pero era sumamente agradable llegar a casa y que tu mujer estuviera esperándote con los brazos abiertos y la boca deseosa de ser besada. Y que después de una cena de lo más agradable y amena, disfrutando de la deliciosa voz de tu esposa y riendo las ocurrencias y comentarios que salían por esa preciosa boca que no iba a tardar mucho en comerse, como si se tratara de un postre tardío. Y observar a tu madre que es inmensamente feliz, al ver al hijo plenamente satisfecho de la vida, al tener una nuera a la que quiere como a una hija y que para colmo de felicidades le va a dar un nieto... pues, qué más puedes pedir a la vida.

Y sí, esa era la vida del matrimonio Hathaway, un derroche de gozo, un derroche de alegría, un derroche de amor y las noches, un derroche de sexo. El sexo era de todo tipo, y en esa faceta, el hombre también se dio por satisfecho, no, más que satisfecho. Porque a ver, cuántos amigos tenía o conocidos, que se hubieran casado con una virgen y sus vidas sexuales fueran tan fogosas

como la suya. Pues estaba seguro que ninguno. Porque el comportamiento de su esposa lo dejaba fuera de juego totalmente, aunque no lo demostrase en ningún momento. Faltaría más. Era una mujer ardiente a más no poder y daba gracias de que él fuese un hombre experimentado y hábil; aunque por otro lado pensaba que ella era así, porque él la ensañaba, no le ponía cortapisas, al contrario, la incitaba y eso hacía que ella se mostrara sin pudor, incluso un poquito zorrita. Eso para él no entrañaba problema alguno, al menos ahora, que estaba en plena potencia sexual y esperaba que en un futuro tampoco, porque si no, entonces sí que tendría un problema; un severo problema. Se le había pasado por la cabeza que ella le pusiera los cuernos... bueno, no exactamente, pero sí lo había soñado un par de veces, despertando de muy mal talante y provocando que su esposa se asustara porque no sabía qué le pasaba. Era algo que le superaba, que le encendía la sangre de manera peligrosa, que sabía de sobra, que si algo así ocurriera... mataría.

Bueno, qué quieres amigo, es el riesgo que se corre cuando te enamoras hasta las trancas, cuando estás tocando la felicidad con los dedos a todas horas, cuando crees que eso no va a acabar nunca, cuando estás deseando acabar con los negocios para volver a casa y cogerla en un rincón para devorarle la boca hasta dejársela magullada. Cuando en la cena, te estorba tu madre y qué decir de tu cuñada, que la mandarías a paseo, para que no fueran testigos de tu lascivia, de ese deseo exacerbado que sientes por esa preciosa muñeca de ojos turquesa, que te vuelve loco, que no dejas de mirar, que estás deseando que llegue la hora de retirarse para dormir, pero que no vais a dormir, porque hay muchas cosas que hacer en la cama, muchas cosas por seguir descubriendo; que deja que hagas con su cuerpo todo lo que desees y ella hace con el tuyo lo que le da la gana, que casi llega a sacarte los colores si no fueras tan ducho en las artes amatorias.

Pero, por qué negarlo cuando quisiste eso... y ella se asustó, pero solo durante unos segundos y tú rectificaste, obviando el tema, queriendo olvidarlo, dejándolo en los recuerdos de cuando eras soltero y alguna vez lo hiciste con amante y también con prostituta.

Pero eso pasó esa noche, a la noche siguiente, cuando ambos estabais calientes como hornos de fundición y ella restregó su precioso culo contra tu miembro, te quedaste parado durante un tiempo imperceptible, un tiempo que a lo mejor no dio ocasión a que ella lo notara, porque enseguida reaccionaste y te pusiste manos a la tarea, pasando tus dedos por esa zona, para dilatarla, para que no le doliese. Pero ella cooperó, por todos los diablos, y de qué manera. En unos minutos te viste con el miembro metido en ese agujerito y llegando hasta el fondo, toda tu envergadura, corriéndote en cinco segundos del gusto que te dio y dando gracias de no haber cometido daños, porque querías repetir, todas las veces que ella te dejase.

Provocando que al día siguiente ella te mirase y se pusiera encarnada y tú, tú como un macho dominante le sonreíste para que viera que no pasaba nada, que lo hecho entre vosotros, entre las paredes de tu inmensa alcoba, quedaba a buen recaudo y a nadie le importaba, que ni ella lo iba a contar y por supuesto, él menos.

Pero todo eso tiene un precio amigo, y ese precio son los celos; celos escondidos, celos al acecho, celos que se muestran de la manera más cruel y que tienes que dominar para no asustar a esa niña mujer que tienes a tu lado. Porque no puedes mostrarte como un ogro porque los hombres la miren, porque se la coman con los ojos, unos con más discreción que otros, porque le digan cumplidos de lo más castos pero que entrañan mensajes escondidos, porque eso tú, también lo has hecho con las esposas de otros, y tú, te has acostado con las mujeres de otros, y tú, te has reído en sus barbas de esos cornudos por ser unos confiados, por tener unas mujeres más putas que una prostituta, aunque la esposa solo se haya acostado con uno: contigo.

Porque para Ralph Hathaway, la fidelidad en el matrimonio era fundamental, sin ella no había nada, sin ella, no importaba nada y todo se iba a la mierda, todo se desplomaba y todo carecía de sentido. Y eso iba para los dos cónyuges. Si la esposa caía en la tentación, él jamás volvería a confiar en ella, pero lo que era peor, o mejor, según se mirase, la dejaría de amar, ¿o no?

Sería como esos hombres cornudos que no pueden vivir sin las migajas que le regala la esposa, si es que ese es su deseo y si no que ten por el culo. No, él no podría aguantar algo así, conociéndose como creía que se conocía, si pillaba a su esposa en una traición semejante, no habría compasión, no habría misericordia, no habría piedad; mataría, mataría sin pensarlo; los mataría a los dos y luego... ya vería cómo salía del atolladero. Con dinero se conseguía casi todo y la justicia más de una vez se compraba.

Pero Ralph, porque piensas esas cosas, no tendrías que hacer caso de unos estúpidos sueños, ni tan siquiera de unas putas pesadillas; ella no es así. Ella es la criatura más hermosa que has conocido, es la muchacha más amable, más cariñosa y más dulce que vayas a conocer. Ella es la fiera salvaje que conociste en Carolina, esa cría de palabrotas que abultaban más que ella, que de vez en cuando se le escapaba alguna, o más bien habría que decir que no se le escapa, que la dice a conciencia y por eso baja la voz, para que no la oiga nadie, para que el marido no se dé cuenta, y cree que no se da cuenta, porque no ve la media sonrisa del hombre cuando oye un taco por lo bajini.

Ella es esa mujer, que se muestra desnuda ante él sin el más mínimo rubor, que se abre de piernas para que le vea bien el sexo y se lo coma entero, mientras suelta grititos de placer y pide más y más. Ella es esa mujer, que se mete el miembro del esposo en la boca, lo saborea, lo lame y lo chupa y encima lo mira a los ojos, haciendo que él se ponga bravo como un toro y que quiera aullar como un lobo. Ella es su pasión, ella es su vida, ella es la perfección hecha mujer. Y visto todo desde esa perspectiva, ella no podría ser de nadie, más que de él. Ella era suya y de nadie más.

Porque solo pensar que otro hombre le haga lo que le hace él, se encabrona como jamás haya estado, porque pensar que ella le haga a otro hombre, lo que le hace a él, se vuelve a encabronar hasta volverlo loco; loco de celos, loco de amor.

Y una de las personas que más le hacía pensar en todo eso, era Davenport. Cuando esos ojos claros como el agua se posaban en su mujer, a él se le tensaba la mandíbula y se le contraían todos los

músculos del cuerpo. Cuando esa voz falsa y sobradamente alegre, le decía lo hermosa que estaba y lo bien que le sentaba el matrimonio, a él, se le revolvían las tripas. Cada vez que estaban en algún acto social y él rondaba por la zona, se ponía alerta, y no era porque desconfiara de ella, no, era porque no se fiaba de él, porque sabía que era un hijo de puta de los pies a la cabeza, que no respetaba a las mujeres, aunque pareciera que sí.

Y tenía que vigilar a su esposa, porque podía correr un riesgo no evaluado debido a su genio; no se podía exceder con Davenport mostrando esa bravura, ni dando lugar a dejarlo en evidencia. Con un gesto semejante, tendría ganado el odio de por vida y eso a él le traía sin cuidado estando soltero, pero teniendo esposa no podía dejar que se creara enemigos que pudieran dañar su persona, y que ese daño pudiera llegar por otras manos que no fueran las de Davenport. Sabía de casos de mujeres humilladas de la manera más cruel y vejatoria, pero ellas habían callado; incluso con cicatrices en el cuerpo, habían callado. Y si esas mujeres, casadas unas, viudas otras y alguna soltera, dejaron pasar el asunto ya fuera por miedo, por vergüenza o por temor al ostracismo. Él no iba a ir de quijote por mujeres que no le concernían, pero a su esposa que no la tocara nadie, porque entonces le volaría la tapa de los sesos a quién fuera.

Taylor Hathaway estaba convencida de que iba a ser una buena madre. Cuando Alessia tuvo al bebé, estuvo dispuesta a ser la segunda mamá de ese niño, pero una vez que ese niño dejó de existir, pensó que era mejor así. Una violación, un niño fruto de esa violación. Mejor así. La muerte de Alessia fue tan seguida, tan rápida, que se quedó tocada y hundida, siendo demasiado joven y sintiéndose sola en el mundo. Al ir a vivir con la viuda Roberts, a pesar de su brusquedad y de ser un poco abusona, a ella no le importó. Volvía a estar con alguien y tenía motivos de sobra para levantarse cada día. Había mucho que hacer y poco dinero, y esas circunstancias avivaban el ingenio de la muchacha, gracias a todo lo que aprendió del padre.

No tenía problema alguno en encargarse de los animales, los que hubiera en cada momento; gallinas tenían siempre, cerdo había

hasta que se mataba y con un poco de suerte, se gobernaba otro por medio del intercambio, hasta llegaron a tener una vaca. El huerto tampoco entrañaba problema para la chica, aplicaba todo lo que sabía y lo que no, lo aprendía, o bien de la viuda Roberts o de cualquiera de los vecinos; y por supuesto la caza y la pesca tampoco eran problema, con la buena colección de cepos que su padre tenía, no se le escaparon conejos, ardillas, zarigüeyas y hasta en una ocasión pilló un zorro; y para la pesca, tenía varias lanzas pincho y otras veces con sus propias manos.

Pero ahora, al recordar todas esas vivencias, a Taylor le parecían muy lejanas, de otra vida, de otra muchacha. Ahora era envidiada por la mayoría de las mujeres de su entorno y halagada por los esposos de estas, los hermanos, padres o cuñados, sintiéndose abrumada en más de una ocasión y lo que era peor, con ganas de salir ese carácter que poseía, esa mala educación que había practicado durante los años que no tuvo familia.

Había momentos en que se mordía la lengua, para no soltar un, *vete a tomar por culo*, o un, *vete a la mierda*, o un, *eres idiota a más no poder*, o un, *qué te jodan*. Y en esos momentos, miraba a su alrededor y fijándose en todas esas personas tan correctas, tan estiradas, tan educadas, le daban ganas de gritar y decirles que eran unos condenados hipócritas, falsos, mentirosos y criticones. Que todos participaban en un teatro, a ver quién era más lameculos, para después a la espalda, poner verde a fulano o a mengana. Que todos adoraban al que más tenía, para conseguir cualquier cosa, desde una propicia amistad, una invitación a su casa de campo, un buen negocio, o simplemente unas palmaditas en la espalda y unas palabras obsequiosas. Pero ella participaba en ese teatro, porque eso era la vida, acatar las normas, amoldarte a tu estatus, a tu condición, a tus circunstancias; lo mismo daba que fuera en un selecto salón de una lujosa casa de Boston, o en una miserable granja de Carolina del Sur.

Pero no seas hipócrita tú también; siempre es mejor vivir en una hermosa casa, con todas las comodidades, con criados y con una despensa a desbordar, que vivir de la otra forma.

El caso era, que estaba embarazada de tres meses, que no se le notaba, pero que ella sí lo notaba. Y lo notaba en esas cosas, en que no aguantaba a la gente y cada vez le costaba más mostrarse encantadora, falsamente encantadora, con todos estos falsamente encantadores, sin contar con que estaba hasta el gorro, por no decir otra cosa, de que los hombres la mirasen de esa forma y dejaran caer mensajes velados en las conversaciones a solas, sin temor de levantar la ira del esposo.

Taylor era muy perspicaz y sabía muy bien cómo funcionaba la mente de Ralph, sabía también que era posesivo al máximo y aunque le diera libertad en todo, ella sabía que esa libertad estaba controlada y vigilada. Y ella sentía esa presión y sentía el acoso, velado pero acoso a fin de cuentas, de las mujeres más jóvenes y las no jóvenes, que miraban el diamante que lucía en su mano izquierda, que no era excesivamente grande, ya que a Ralph no le gustaban y a ella tampoco, pero era de un color azulado y de una pureza del cien por cien, que ya se encargaron unos cuantos de pregonarlo, porque sabían qué joyero se lo vendió a Hathaway; igual que se quedaban mirando las otras joyas, las que le prestaba su suegra porque iban a ser para ella.

Y una de las que le tenía una envidia insuperable era Viviane, que cuando se enteró de que Ralph había roto con su amante y que se había comprometido con la sureña, sintió que sus posibilidades estaban perdidas por completo. Porque era tan tonta para ciertos temas, que pensaba que, igual que consiguió al hermano mayor, conseguiría el menor. Creía que Ralph había sentido por ella una atracción anterior a casarse con Joss, sin darse cuenta de que las miradas de las que era objeto por parte del hermano pequeño, eran evaluando qué clase de mujer era y hasta qué punto se había casado por el dinero. Porque en aquella época, Viviane estaba algo más delgada y era una mujer bonita, muy atractiva para el género masculino, teniendo más de un candidato para casarse y escogiendo a un hombre con la salud delicada desde siempre, con exceso de peso, quedándose calvo y con un rostro que no iba a embobar a ninguna mujer.

El diamante que lucía ella, sí, era grande, porque así lo quiso y se lo hizo saber al entonces prometido.

«—Que se vea Joss, que se vea de lejos, que rabien de envidia mis amigas y que haga tirarse de los pelos a las demás».

Y Joss, mejor dicho, Joss padre, eligió uno de los pedruscos más grandes para que su futura nuera presumiera de ello, y que su ojito derecho presumiera de rico. Y Ralph fue testigo de alguna de esas situaciones antes de ir a la guerra; y muchas veces se quedaba observando a su futura cuñada y se preguntaba cuánto tiempo tardaría en ponerle los cuernos a su hermano. Era algo que le traía al fresco, pero formaba parte de sus pensamientos.

Luego supo que se quedó embarazada y que parió una niña con rasgos mongólicos, que murió a los tres meses y que su madre le contó en una de las veces que pasó por casa que, a pesar de los tristes acontecimientos, su nuera estaba feliz de la muerte de esa criaturita que, aunque no lo dijera de viva voz, se intuía.

Poco después murió el hijo y más tarde el patriarca.

Cuando él apareció de nuevo, una vez que terminó la guerra y a pesar de que los mandos querían que siguiera en el ejército, él descartó la idea, pero no ahora que todo era para él, no, lo habría hecho igual estando el padre y el hermano, dedicándose a lo que mejor sabía hacer: ganar dinero.

Viviane pensó que lo podría conquistar, y a pesar de la frialdad del hombre creía que podría llegar a él, viviendo en la casa principal y teniendo a su suegra a su lado, que no de su parte. Las joyas de la familia, las que pertenecieron a las antepasadas por las dos ramas, estaban en posesión de Deborah, menos unas cuantas que se cedieron a la esposa del heredero, pero claro, una vez que este muere y que no deja hijos, las joyas quedaron en uso y disfrute de Viviane, hasta que volviera a contraer matrimonio. En el momento que eso ocurriera, devolución y se acabó la historia con la familia Hathaway.

Una vez que ella estaba con la idea de que podría conseguir a Ralph, ya se imaginaba dueña de todo y haciendo lo que le diera la real gana, pero ese momento no llegaba y fue entonces cuando decidió forzar la situación, pensando que esa frialdad que el hombre

mostraba con su persona, era debido a que no se atrevía a proponerle matrimonio por ser cuñados, o haberlo sido.

De ese modo, una noche se presentó en la casa de soltero cuando este no había llegado, diciéndole a Charles que tenía que hablar con el señor y que lo esperaría en la biblioteca. Cuando llegó el dueño, con un enfado de mil demonios por un accidente en los astilleros, en el cual había muerto un hombre y otro perdió una pierna y corría riesgo su vida, Charles se acercó y le dijo que la señora Viviane le esperaba en la biblioteca.

Entró como una tromba, encontrándose a la mujer sentada en un sillón y vistiendo un traje de noche con un exagerado escote que llegaba hasta el borde de los pezones. La mirada de él, se desplazó por toda esa carne libre de ataduras y esperó a ver qué es lo que deseaba, sin pensar que ella interpretara esa mirada como admirativa y llena de deseo.

Cuando se levantó y mostrando una sonrisa se acercó, para después pegarse a él y decirle que la ausencia la estaba matando y que, si no se entregaba a él, sentía que le faltaba el aire y que moriría; su rostro mostró todos los colores rosáceos y rojos, cuando la carcajada del hombre retumbó en toda la sala y sin pensarlo, lo abofeteó rabiosa. Nunca supo lo cerca que estuvo de probar la mano del hombre sobre su propia mejilla, pero él no quiso ser tan despiadado y solo la cogió por los hombros para zarandearla y decirle que no fuera tan idiota y que se dedicara a buscarse otro imbécil que cubriera el puesto del hermano.

Desde aquella vez, ella no se volvió tan audaz, pero siguió esperando como una tonta a que él recapacitara y viera que era la opción más adecuada. No importaban las amantes, porque, a fin de cuentas, solo eran eso, amantes; pero cuando apareció esa mocosa del sur, algo se movió en su cuerpo, ante esas miradas que le lanzaban los ojos azul oscuro. Algo le decía que esas miradas no eran de curiosidad o de cortesía, pues eran miradas demasiado profundas y demasiado largas; eran descaradas.

De modo que, en el tiempo presente, Viviane era una de esas mujeres que la miraban, que la observaban y que a sus espaldas la criticaba, pero, sobre todo, la envidiaba. Ella y la prima, se juntaban

muchas tardes en la casa de las Weide y se dedicaban a cotillear cualquier cosa de la sureña, desde el último traje que lució, hasta la pulsera de diamantes que Deborah le dejaba constantemente, como todos los hombres que andaban detrás de ella, con la excusa de hablar, aunque fuera del tiempo. Sin contar cuando participó en una partida de póker sin estar el esposo delante y desplumó a todos los de la mesa, con una hermosa sonrisa y un, muchas gracias caballeros. Suponían que como no había vuelto a hacerlo, era porque Ralph se lo habría prohibido, ya que fue una noticia que corrió como la pólvora, dando lugar a cábalas, de todo tipo, pero en especial, dónde habría aprendido a jugar y quién le habría enseñado.

Fue el comentario de Davenport, al día siguiente en el club el que dijo, que la preciosa Taylor aprendió a jugar al póker así de bien, de su padre, que era un jugador consumado. Huelga decir que eso se lo sacó de la manga, pero que nadie fue a decirle, estás equivocado. Como le dijo Viviane a Norah y a la madre de esta:

—Por lo que yo sé, Ralph le ha prohibido volver a jugar y además no se lo ha dicho de buenas maneras, haciendo que la paletita llorase un poco.

Y no fue mentira, cuando pasó ese episodio.

Él llegó casi al terminar la velada para recoger a la esposa y a la madre, y nada más entrar, las sonrisas y risas llamaron su atención, y cuando un amigo de la infancia le dijo, ¡menudo sablazo!, les ha dejado temblando y con los bolsillos secos, Ralph se temió lo peor.

Viendo a su dulce mujercita en esos momentos, sentada al lado de su madre y de otras matronas, quién iba a decir que media hora antes había desplumado cerca de seiscientos dólares a cinco caballeros.

—Pero así fue, Ralph amigo, si lo llegamos a saber ni nos acercamos —fueron las palabras de unos.

—Y encima nos dice que era la segunda vez que jugaba —decía otro.

—Y con esa carita que tiene, no sabes, ni te imaginas qué cartas lleva —decía otro.

—Por Dios Ralph, no la dejes jugar —dijeron todos.

Cuando llegaron a casa, le dijo muy serio, que no quería que volviera a ocurrir un acto similar, que cuando él no estuviera, debía mantenerse cerca de la madre y mostrándose recatada al máximo, porque esos hombres no iban a entender que una mujer jugase al póker mejor que ellos, pero, sobre todo, no iban a permitir quedar en ridículo por una mujer, por muy bella que fuera.

Ella no trató de disculparse, aguantando la reprimenda, para después, pedir permiso y retirarse. Deborah le dijo que había sido demasiado brusco y él contestó que Taylor no estaba en las Carolinas jugando con los muchachos que le enseñaron cuando ella tenía doce años.

Y cuando él entró en la habitación, la encontró metida en la cama hecha un ovillo. Se desnudó sin decir nada y apagando la luz, se introdujo en la gran cama.

En un principio ninguno se movió. Él no es que estuviese enfadado, simplemente no le había gustado que su mujer hiciera algo así, sin contar con que la visión de una mesa de juego, rodeada por cinco hombres y su esposa, no le hacía la menor gracia, pero, por otro lado, no podía reprimir un punto de diversión al imaginarse las caras que irían poniendo todos ellos, cuando una preciosa mujer con carita de ángel les fue desplumando dólar a dólar, para después despedirse con una sonrisa y la frasecita que le habían comentado.

Entonces, en esa cama grande, él se puso de lado y llevó un brazo hacia ella, logrando en cuestión de segundo y medio, que se volviera y se abalanzara a sus brazos, llorando y pidiendo perdón.

Viviane dijo que hubo lloros, pero lo que no supo es que esa noche los amantes esposos hicieron el amor dos veces, para terminar la sureña dormida en brazos del hombre.

Pero el embarazo no era de dominio público; solo lo sabían la futura mamá, la futura abuela y el futuro padre. Y la madre, o sea, la abuela, se daba cuenta de los pequeños cambios que estaba sufriendo la muchacha y que podrían ser mayores según fueran pasando los meses, pensando que le vendría bien un cambio de aires y así se lo hizo saber a la joven. Podrían pasar un tiempo en la casa de campo, quizá hasta dar a luz, imaginándose que ese ambiente y esos parajes le gustarían a su nuera; pero no se imaginó

que la noticia le alegrara tanto y que estuviera deseosa de instalarse en esa casa que todavía no conocía.

Cuando se casaron, Taylor lució un vestido de seda color champán, hecho para la ocasión, porque Ralph se negó a que llevara el traje de boda de su madre, diciendo que no deseaba que su futura esposa llevara algo usado; reservándose lo que no dijo, lo que pensaba, y era que no quería nada que hubiera visto o tocado su progenitor. Tampoco quería ofender a su madre y ahí finalizó la discusión, sabiendo de sobra que no iba a insistir y que la pobre Taylor se quedó tan cortada que no se atrevió a decir, a mí no me importa, o algo por el estilo. Por otro lado, no hubo viaje de luna de miel, ya que en esos momentos Ralph estaba en una negociación para adquirir acciones del ferrocarril, sin contar con todos sus negocios que motivaban su presencia constante; pero a la muchacha no le importó, porque para ella todas sus noches eran luna de miel y los días llenos de sorpresas.

Enseguida se dio cuenta de que estaba embarazada, porque era puntual cada mes, como la salida del sol cada día y teniendo en cuenta que tendría que haber manchado un par de semanas antes de la boda y eso no ocurrió. Pensando que podría ser motivado por los nervios, no le dio importancia, pero cuando tuvo las primeras angustias durante cinco días seguidos y luego nada más, supo que estaba embarazada, ya que fueron los mismos síntomas que tuvo Alessia, incluidos los vómitos y más o menos los mismos días.

De esa manera se enteró Viviane, no llegándose a creer que hubiera conseguido quedarse embarazada tan pronto, pues ella tardó como siete u ocho meses hasta que el blando de Joss, dio en la diana.

Y seguidamente todo Boston, se enteró de que los Hathaway se iban al campo para la dulce espera y de ese modo, Taylor se relajó y se dispuso a preparar todo para su siguiente etapa.

CAPÍTULO 9

El esposo protestó, podían ir a la casa de la playa, ahora no era la época más adecuada para ir a Westford, estaban a mediados de enero y había nieve y hielo por toda la zona; no podrían salir de casa y si lo hacían, tendrían que ir abrigadas a más no poder y andar por caminos inseguros llenos de nieve, pero Taylor dijo que no le importaba, que deseaba conocer esas tierras, que a ella no le daba miedo la nieve, pero si solo la has visto en la ciudad y no tiene nada que ver, dijo Ralph, por eso, dijo la joven, ¿qué momento es mejor para conocer la nieve en todo su esplendor?, pues el invierno y así podré ver el deshielo y luego la primavera; tanto insistió e insistió que al final claudicó, pensando que se dejaba convencer muy rápido y habitualmente no era así.

La hermosa mansión en el campo, se hallaba a tres o cuatro horas de carruaje y si ibas a caballo y al galope, bastante menos. Ralph pasaría días con ellas, volvería a Boston para desplazarse a dónde sus negocios le necesitaran y regresaría otra vez. A él no le importaba cabalgar un par de horas o más y teniendo en cuenta lo que Deborah le había dicho, ni sé lo pensó. Lo último que deseaba es que su amada esposa tuviera una crisis nerviosa motivada por la estricta e hipócrita sociedad y de paso, se retiraba de la vista de todos esos hombres que la miraban con deseo, y podía dedicarse a la dulce espera sin sentir presión de ningún tipo.

Lucy y la doncella personal de Deborah las acompañaban, ya que la casa contaba con el personal de servicio completo, listo y preparado por si hacían acto de presencia sin previo aviso. Al ver la casa de ladrillo y piedra, de cuatro tejados a dos, tres y cuatro aguas, de losas de pizarra, llenos de chimeneas, inclinados para que resbalara la nieve y el agua, con sus buenos aleros para proteger las ventanas, y las contraventanas para proteger los cristales; Taylor comenzó a dar otra dimensión a la riqueza de su

esposo, porque si las casas de Louisburg Square le parecieron lujosas, esta, por las dimensiones que tenía ya era llamativa de por sí, y viendo la arquitectura exterior, daba la sensación de que por dentro sería muy acogedora, como pudo comprobar.

Todas las habitaciones contaban con chimenea, incluso en los salones más grandes había dos, coincidiendo las de la planta baja con las del piso superior para utilizar el mismo tiro, las alfombras tapaban los suelos de madera y las paredes forradas de sedas o de maderas de distintos tipos, desde exquisita caoba, hasta roble, abedul, haya o pino blanco y rojo. Había dos pianos, uno de cola en el salón más grande y otro de pared en una sala, la biblioteca era inmensa y tenía desde los clásicos hasta los actuales, versiones originales, en francés, alemán, italiano, griego, español y volúmenes repetidos, volúmenes que se encontraban también en la casa familiar de Boston. Las habitaciones eran grandes, rectangulares, cuadradas, menos la del señor que era semicircular y nada tenían que envidiarse unas a otras, estando todos los dormitorios en el piso superior. La planta baja se encontraba a más de un metro sobre el nivel del suelo, para evitar inundaciones, que no eran frecuentes pero alguna vez habían ocurrido, ya que el río quedaba muy cerca, y por las lluvias y las fuertes nevadas era lo más práctico.

De este modo, la entrada principal era un coqueto porche cubierto a seis escalones del terreno, con una puerta grande, de una sola hoja de roble envejecido, siendo la misma que tuvo la antigua casa de los padres de Deborah y que formó parte de la herencia de Ralph. Lo único que se conservaba de la época de los abuelos, era el granero y los establos. La casa se quemó en un incendio y poco se pudo aprovechar. Cuando acabó la guerra, se comenzó a construir y se acabó dos años más tarde. Estaba en un paraje de bosque frondoso y con el ruido del río de fondo, dando una sensación de paz y relajación, que a la muchacha le gustó desde el primer momento; sin contar con la impresión de ver tanta nieve que escondía todo, como un manto gigante, e imaginándose cómo sería en la primavera o incluso un poco antes.

El servicio de la casa estaba formado por un matrimonio, Eliza la cocinera y Samuel el mayordomo, más dos criados y tres criadas,

contando con las doncellas de la madre y de la esposa, Ralph quedaba algo más tranquilo, una vez que él se marchara, pero sin hacerle ninguna gracia tenerlas tan lejos; especialmente ella. Pero estaba tan contenta, tan alegre, que dejaba sus deseos de lado para darle cualquier capricho a su mujer.

Una de las cosas que primero colocó en ese nuevo hogar, fueron las fotografías de la boda, colocando una en la alcoba y otra en el salón para luego cambiarla y ponerla en una mesita baja en la biblioteca. Ralph la observaba ir y venir, colocarla en un sitio y luego en otro, que no le quedaba otra que sonreír y comérsela con la mirada; era como una niña para muchas cosas y para otras, una mujer de armas tomar. Era la primera fotografía que tenía y encima estaban los dos, vestidos de novios, sonriendo y mirando al objetivo y en otra, los dos con Deborah. Se habían hecho más fotos, ya que el deseo de Ralph fue que el fotógrafo hiciese una buena colección de su esposa, antes de la ceremonia y después, y además, había encargado un retrato de ella, que estaba siendo copiado de una de las fotografías, para después darle una sorpresa a la futura mamá.

Esa noche, después de tomar una cena ligera, la pareja se encontraba en el lecho, abrazados y satisfechos sexualmente. Ralph acariciaba el lóbulo de la oreja y deslizaba un dedo por el cuello, produciendo un efecto soñoliento en la joven, mientras los ojos oscuros del hombre miraban el retrato de boda.

—No te olvides que esto no es Carolina del Sur —le murmuró, sin dejar de acariciarla—. Y tampoco olvides, que estás esperando un bebé. —Ella se incorporó y lo miró a los ojos, mostrando una traviesa sonrisa.

—¿Y por qué dices eso? —Él correspondió a esa mirada, mientras pensaba que si la tenía tan lejos no podría protegerla de cualquier eventualidad, de cualquier cosa que le preocupara por mínima que fuera.

—Porque te conozco y a lo peor, vas a querer recordar tiempos cercanos. Ahora mismo con la nieve y el hielo, hay muchos peligros y no quiero que te dediques a excursiones no programadas. ¿Está claro? —preguntó muy serio.

Ella se llevó una mano a la frente y le hizo un saludo militar.

—A sus órdenes, señor. Como usted mande, mi capitán... —Él se mostró serio para, terminar riendo y darle un azote en el culo.

—Te lo digo en serio, Taylor. No me enfades. —Ella se arrimó a ese cuerpo duro y grande, agachó la cabeza y pasó la punta de la lengua por las tetillas del hombre, clavando esos ojos turquesa en los de él, que en cuestión de unos minutos hizo que su miembro se pusiera otra vez en marcha, cogiéndola por la cintura para ponerla encima y mirar ese vientre plano, que no daba muestras de estar esperando—. Ni pienses que me sobornas con esto —dijo, ahogando una exclamación cuando ella se clavó hasta el fondo. Taylor soltó una risita y comenzó a moverse rítmicamente, mientras balanceaba los pechos delante de su cara, sabiendo lo mucho que le gustaba.

—Por supuesto que no, jamás haría algo así, ¿cómo puedes pensar esas cosas de tu mujercita? —Suspiró, con esa voz melosa y atrayente, que lo ponía caliente como un tizón y agachándose para que le chupara un pezón y luego el otro, mientras una mano grande la agarraba por la cadera y otra amasaba un pecho hasta dejarlo enrojecido.

Iba a echar de menos esto, ya lo creo que sí, pensó el hombre; pero cada vez que estuvieran juntos, harían el amor tantas veces como sus cuerpos aguantaran.

No sabía, ni se le pasó por la cabeza, que pudiera estar tan equivocado y que, en cuestión de unos días, sus vidas darían un giro inesperado.

Puesto que ella no estaba en Boston, nada ni nadie le obligaba a ir a la ciudad, con lo cual se dedicó a viajar; yendo primero a Lowell donde tenía fábricas de confección y después a Boston para embarcar en el clíper y acercarse a Nueva York, donde había comprado un edificio de apartamentos en alquiler. Orlando Parker era amigo de Ralph desde siempre y trabajaba para él, desde que se hizo cargo de la herencia familiar. Tenía dos años más que Ralph, era grande como él y el pelo rubio muy claro y los ojos casi transparentes, su ascendencia sueca se notaba en ese rostro blanco y de facciones cuadradas, igual que en el resto de su físico.

Estaba casado con una descendiente de los puritanos, igual que Ralph y tenían dos hijos. El matrimonio vivía en Revere y no frecuentaba la sociedad bostoniana, porque ni a Orlando, ni a Melissa les gustaba ese ambiente. Preferían su vida íntima y tranquila en su casa de la playa, codeándose con sus vecinos y poco más. Los dos hombres hacían muchos viajes juntos y otras veces, tomaban rutas diferentes para abarcar más volumen de negocio, contando con la garantía de que el primero de a bordo de Ralph era competente en cualquier materia y si algo no le cuadraba, por no estar seguro o por desconocimiento, siempre esperaba y acataba las órdenes del jefe para evitar contratiempos. Cuando Ralph le comunicó el desplazamiento de su pequeña familia y le dijo que pasaría cuatro o cinco días, tal vez más, en la casa de campo, Orlando ya sabía que eso significaba más trabajo y más quebraderos de cabeza, pero no le importó. Gracias a todo ello, incluidos los quebraderos, poseía una buena fortuna y su familia vivía de la manera más lujosa y placentera; así que, cuando se lo comunicó a Melissa, esta tampoco se lo tomó mal, pues sabía cómo funcionaban las cosas.

No supo por qué, pero a Ralph le merodeaba un pensamiento por la cabeza y decidió que debía hacer algo; y ese algo fue, que después de volver de Nueva York y antes de ir a Pensilvania, le dijo a Orlando lo próximo que tendría que hacer: ir a Carolina del Sur y visitar a la viuda Roberts.

Habían pasado casi dos semanas desde que se fue y en un principio no había deseado que fuera así, pero él no era un hombre corriente con un horario predeterminado y los negocios así lo habían requerido.

Llegó una tarde comenzando a oscurecer y supo que algo andaba mal, cuando saltó del caballo y entregando las riendas al mozo vio la cara que mostraba, como entre preocupado, atónito y miedoso; al tiempo que también se fijó en uno de los carruajes que se hallaban al resguardo del agua nieve que comenzaba a caer, dándose cuenta de quién era el dueño. Preguntó un tanto brusco, qué hacía el doctor Stuart ahí, y al ver el nerviosismo del muchacho, salió disparado de

los enormes establos y se plantó en el porche de entrada, justo cuando Samuel abría la puerta.

—Ah, señor. Que bien que ha llegado. —Fue el saludo del hombre de cincuenta años, entrado en carnes, bajito y con todo el cabello blanco.

Ralph miró a su alrededor y preguntó por la madre, pensando que el doctor estaba ahí por ella. Samuel iba detrás de su señor, diciendo que la señora Deborah estaba bien, que el doctor estaba por la señora Taylor, pero que no pasaba nada, que no se preocupase, que también estaba bien o casi.

Como imaginó que estaban en el piso superior, con grandes zancadas llegó en un santiamén, justo cuando vio salir a su madre y al doctor de su habitación. Su cuerpo se puso tenso de arriba abajo y los ojos clavados en los de su madre, preguntaron sin palabras. La mujer lo cogió del brazo y le dijo que Taylor dormía, que estaba bien, pero que tenían que hablar. Los tres bajaron y se dirigieron a la sala del piano de pared, sentándose el doctor y la madre, mientras él permanecía de pie, mirando a ambos.

—¿Qué demonios pasa? ¿Ha perdido el niño? —preguntó nervioso y perdiendo la paciencia.

La madre movió la cabeza negando, pero fue el doctor el que explicó.

—Ralph, su esposa está bien dentro de lo cabe. —El rostro del esposo parecía de granito y los ojos azul oscuro taladraron al médico, pero sabiendo que era mejor callar para escuchar lo que tuviera que decir—, ha perdido la memoria, pero por lo demás está bien; a excepción de unas magulladuras, que eso curará pronto. —Ralph no daba crédito.

—¿Qué cojones está diciendo, Stuart? —La madre se levantó y colocó una mano en el brazo del hijo para calmarlo.

—No se altere, he conocido casos similares y en la mayoría de ellos vuelven a recuperar toda la memoria.

—Vamos a ver, comencemos por el principio. ¿Desde cuándo está así? —Ahora fue la madre la que contestó.

—Fue hace dos días, Ralph. Al terminar de comer, nos fuimos a descansar un rato, pero ella cambió de idea y no dijo nada. Se fue a

dar un paseo y nadie se enteró. Cuando me levanté, pregunté por ella, pero nadie sabía dónde estaba y Lucy, la pobre, estaba de los nervios sin saber qué pensar. —Deborah era muy consciente de la mirada del hijo y de su silencio y sabía que se estaba enfadando por momentos, con todos y cada uno de los que habitaban esa casa—. Mucho antes de que anocheciera, salimos a buscarla. La encontró uno de los mozos, cerca de la cabaña de pescadores, inconsciente y con magulladuras en las manos, en las piernas y en la cara. La trajeron a casa, llamamos al doctor y antes de que llegara, despertó. —Hizo una pausa, sin dejar de mirar el rostro de su hijo con esos preciosos ojos verdes—. No recuerda nada de su vida con nosotros. Al despertar, se asustó y preguntó dónde estaba la señora Roberts y qué hacía ella en esta casa. Oh, hijo mío, lo siento mucho, todo ha sido culpa mía por venir aquí —sentenció de manera lastimosa, al tiempo que Ralph la abrazaba y le decía que ella no tenía culpa de nada.

Llevó a su madre hasta el sofá, e hizo que se sentara. Se dirigió al doctor y sentándose a su lado, le habló fríamente.

—En la guerra supe de algún caso semejante. Individuos que, por golpes en la cabeza, o heridas de bala, perdieron la memoria o parte de ella. —El hombre movió la cabeza.

—Sí, se le denomina amnesia. Pero es curioso, porque su esposa sabe quién es y recuerda toda su vida en las Carolinas, pero lo que no recuerda es... desde que aparece usted, en su busca. La hemos puesto al corriente de todo y se ha llevado una sorpresa enorme al saber que está embarazada y digamos, que la sorpresa no ha sido agradable.

—Ya. ¿Y ahora qué? —El doctor aguantó esa gélida mirada y se levantó con idea de irse.

—Paciencia, Ralph. Para esto no hay nada. Paciencia, y seguramente, poco a poco, irá recordando. —El hombre fue hasta la salida, seguido por Ralph y por Deborah, donde esperaba el regordete Samuel, con el sombrero y el abrigo del doctor.

—Puede quedarse esta noche —dijo el dueño de la casa—. No es necesario que salga a los caminos con este tiempo.

—Se lo agradezco, pero mi esposa me espera. Y el camino está transitable, no habrá problema. Mañana me pasaré a ver cómo sigue, ¿le parece? —Ralph soltó el aire contenido y movió la cabeza en señal de cansancio y en señal de no creerse lo que estaba ocurriendo, o, mejor dicho, lo que ya había ocurrido.

—De acuerdo, me sentiré más satisfecho si la observa todos los días.

—No se preocupe, Ralph. Ya verá, como dentro de unas semanas o como mucho un mes o dos, está como nueva.

Cuando madre e hijo se quedaron solos, volvieron a la salita del piano y sentándose uno enfrente del otro, él le pidió que le contara palabra por palabra la conversación mantenida con Taylor. Y la madre, que parecía haber envejecido diez años, así lo hizo.

La muchacha comenzó a despertar y medio gimoteando abrió los ojos y se quedó mirando a las personas que había en esa habitación, como si fueran seres venidos de otro mundo. Esos ojazos recorrieron la lujosa habitación, fijándose en la enorme chimenea que daba un calor de lo más agradable, para luego desplazar la mirada por el cobertor de seda y una piel encima, que no pudo evitar tocar para comprobar la suavidad de la misma y preguntar qué piel era. Esa mujer que la miraba con unos preciosos ojos verdes, le dijo: visón, Taylor, es visón. Ella la miró extrañada, cómo es que esa guapa mujer sabía su nombre, si ella no la conocía.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? ¿Y cómo sabe mi nombre? —preguntó abriendo esos ojazos al máximo y viendo como una muchacha pelirroja se lleva una mano a la boca y ahogaba un gritito.

El hombre mayor con el cabello gris también la miraba como si fuese un bicho raro y la dama de los ojos verdes se mostró sorprendida, e incluso le pareció que los ojos se le humedecían.

—¿Dónde está la viuda Roberts? ¿Por qué no está conmigo?

—Cariño, soy Deborah, soy tu suegra. ¿No lo recuerdas? —La muchacha la miró incrédula y soltó una carcajada.

—No joda, señora —contestó de manera vulgar, provocando que el médico la mirase con el ceño fruncido, pero no así Deborah que

sabía de su vida pasada—. Tengo quince años, yo no estoy casada. Pues sí hombre, lo que me faltaba... —Pero se cayó de golpe, porque allí algo no iba bien, algo no cuadraba.

Y esa casa, esas personas tan finas, no era normal.

La señora se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano, despacio, para que no se asustara y la joven contempló los anillos que llevaba, el de compromiso y el de casada.

—Taylor, cariño, has sufrido un accidente y no recuerdas. —Miró, pidiendo ayuda al doctor y este tosió ligeramente para hacer entender a la joven, lo que él ya había diagnosticado.

—Muchacha, has perdido parte de tu memoria. No sabes dónde estás, no conoces a la señora Hathaway, pero todo lo demás lo recuerdas, ¿no? —Ella lo miró como si fuese tonto—. Tu nombre, tus padres...

—Pues claro, hombre. Me llamo Taylor Lewis y vivo con la viuda Roberts en su granja, en Carolina del Sur, en las llanuras, cerca de Piedmont. Mi familia ha muerto, pero lo que no sé, es que demonios hago aquí. —El doctor le dio unas palmaditas en la mano y eso hizo que ella la retirase de golpe, frunciendo el ceño y sin dejar de mirarlo. Lucy miraba a su señorita y no se creía lo que estaba pasando, viendo a esa muchacha arisca y mal hablada, ¿sería cosa del diablo?

—Mira muchacha —continuó el doctor—, debido al golpe que te has dado en la cabeza, has perdido los últimos recuerdos. Pero no te preocupes, tu suegra te contará todo lo que tengas que saber y poco a poco, ya verás como vas recordando. ¿De acuerdo? Ahora te tomarás unos polvitos disueltos en agua, para que duermas bien y descanses y no te duela la cabeza.

—Vas listo —soltó por lo bajini. Lucy no dejaba de mirarla y entonces los ojos turquesa se clavaron en ella—. ¿Y tú qué miras, so pava? —El doctor decidió abandonar la habitación y volver al día siguiente.

Le dijo a Deborah que pusiera al corriente a la muchacha, ya que cuanto antes supiera la situación real, mucho mejor.

—No se guarde nada y póngala al corriente de todo, incluido su embarazo.

—¿Cree que es lo aconsejable, dado su estado?

—Por supuesto, por supuesto. Las cosas claras desde el principio. Por lo que se ve, allá en las Carolinas era un poco salvaje, pues lo mejor es ponerla en antecedentes para que se vaya haciendo a la idea. —Se fue y Deborah se quedó al mando de la situación.

Le dijo a Lucy que las dejara a solas y fue a coger la foto de la boda. Se acercó a la joven que no la perdía de vista y le enseñó el retrato.

—Sois tú y Ralph. El día de vuestra boda. —Ella cogió la fotografía y la miró a conciencia, fijándose en todos los detalles, el vestido tan hermoso y esa cara que parecía la de ella, pero lo que más llamó su atención fue ese hombre moreno, tan alto y tan fuerte.

Entrecerró los ojos y miró ese rostro masculino, viendo que era muy atractivo, pero no reconoció nada de nada y volvió a mirarse la mano con los anillos.

—Este es mi marido —susurró sin llegar a creérselo y entonces fue cuando Deborah le contó lo de su búsqueda y todo los demás—. ¿Usted conoció a mi madre?

—Sí, cariño. Ella era un poco más joven que yo y cuando se escapó con tu padre, todos nos sorprendimos mucho. Más de uno pensamos que, con el tiempo, tu abuelo aceptaría la unión y volvería a estrechar lazos, pero eso no ocurrió y nadie supo de vosotras.

—Entonces no tengo quince años —soltó, mientras pasaba un dedo por la primera fotografía que creía estar viendo.

Deborah, mirándola con cariño y sin dejar de observar cada gesto, cada mirada, acarició la mejilla.

—No tesoro. Ya has cumplido diecinueve.

—Cumplo los años el uno de enero —explicó la muchacha un tanto asustada, dejándose acariciar por esa dama tan amable y elegante, aparte de sumamente educada.

—Lo sé cariño. Ahora estamos a primeros de febrero. —Viendo cómo la mirada turquesa se perdía en el infinito.

—El último recuerdo que tengo, es una discusión con el tonto de Kevin, que no hace más que darme el tostón, pero no me acuerdo de que nadie fuese a por mí. Vaya, esto sí que es raro, ¿no? —preguntó más asustada de lo que quería reconocer.

Deborah volvió a tomar una de las manos magulladas y la acarició con ternura.

—Mira, no debes de estar intranquila. Ralph te quiere más que a su vida y para mí, eres como una hija. Ya verás como vas a recordar tarde o temprano. —Los ojos de Taylor la miraban sorprendida, de que esa dama tan elegante la tuviera en tan alta estima.

—¿Y dónde está Ralph? —La mano de la mujer seguía acariciando la de la joven.

—Vendrá pronto. Él tiene mucho trabajo, muchos negocios y... verás Taylor, nosotros estábamos en la casa de Boston, pero estas últimas semanas te has sentido más cansada y no tenías ganas de reuniones sociales, ya sabes, entonces te dije que si querías que viniésemos a esta casa para pasar una temporada y dijiste que sí, que lo estabas deseando. —La joven oía todo eso y pensaba que estaba hablando de otra persona, de otra chica.

Ella en reuniones sociales, pero qué tontería, si las únicas reuniones que ella hacía eran con las gallinas.

—Perdone, señora. Pero todo eso que está diciendo me suena a chino. —Se quedó callada y mientras Deborah pensaba cómo decirle que estaba esperando un bebé—. ¿Y dónde está mi revólver? —preguntó de golpe y un poco enfadada.

La mujer la miró sorprendida.

—Creo que lo tiene Ralph. —Taylor retiró la mano y se cruzó de brazos. Todo esto le olía a cuerno quemado.

—Pues tendrá que dármelo en cuanto llegue. Ese revólver era de mi padre y ahora es mío, así que, no tiene por qué tenerlo su hijo.

Taylor se quedó mirando a la mujer y viendo retorcer esas manos delgadas y algo arrugadas, pensó que allí había gato encerrado.

—¿Qué pasa señora? ¿Es que todavía hay más cosas que debo saber?

—Sí, Taylor. Estás esperando un bebé —le dijo con suavidad.

La muchacha la miró incrédula y moviendo la cabeza para negarlo, no una, sino varias veces, al tiempo que le salía una risa histérica.

—Alessia tuvo un bebé, porque la violaron. El bebé murió y ella también; pero a mí no me ha violado ninguno de esos desgraciados,

no puedo esperar un niño. Usted está loca, señora, loca de remate.

—No Taylor, claro que no. Nadie te ha violado; el niño que esperas es mi nieto, el hijo de Ralph. —La confusión de la joven iba en aumento y notó como la cabeza le comenzaba a doler.

Se encogió y se tapó hasta la barbilla.

—Tengo sueño y me duele la cabeza... —susurró entre lágrimas.

Deborah se levantó y echó los polvos que había dejado el doctor en un vaso de agua.

—Toma esto, querida. Te quitará el dolor de cabeza y podrás dormir mejor. —Ella obedeció, bebiéndose todo el contenido—. Si quieres orinar, esa puerta que ves ahí, es la del baño. ¿De acuerdo? Y Lucy la muchacha pelirroja es tu doncella, estará en la habitación de al lado por si acaso necesitas cualquier cosa. —La joven contemplaba a la mujer de ojos verdes, con cautela, pero también con curiosidad.

¿Ella tenía una doncella? ¿Esa mosquita muerta con el pelo zanahoria era su doncella? Esto debía ser un sueño y cuando despertara, volvería a estar en la granja aguantando a la viuda y quitándose de encima a los salidos de siempre y recogiendo los huevos de sus preciosas gallinas. Además, le dolía terriblemente la cabeza de oír tantas tontunas.

Dormir, dormir, solo quiero dormir y mañana será otro día.

Deborah terminó de hablar, sin dejar de mirar a su hijo y sufriendo por él.

Ralph agachó la cabeza y pasó las manos por el espeso cabello, para después frotarse la barba incipiente y mirar a un punto determinado.

—¿Qué tipo de heridas tiene? —La pregunta entrañaba profundidad y la madre supo lo que estaba pensando.

—No la han forzado. No, ha tenido que ser...

—Madre, contesta a la pregunta —inquirió de forma cortante.

La mujer, sin dejar de mirarlo, cerró los ojos durante unos segundos.

—A ver, en las manos, en los antebrazos, algo en la mejilla y en las piernas: rodillas y espinillas. Nada más.

—¿Te cercioraste de ello? —preguntó fríamente.

Ella movió la cabeza varias veces.

—Sí. Cuando estaba inconsciente la revisé. Las ropas interiores estaban en perfecto estado y, aun así, al desnudarla, la mire detenidamente y no había señal de ninguna clase. Todo está como debe de estar.

—¿Qué ropa llevaba? —La mirada azul oscuro no se despegó del rostro de su madre.

—Pues verás, cuando la encontraron estaba sin abrigo y con la falda rota por los bajos y el cabello enmarañado. Más tarde en la cabaña del río, estaba la pelliza con la que sale siempre, porque dice que le gusta mucho y que es muy calentita. —La madre se limpió una lágrima escurridiza—. Toda la culpa es mía, no debería haberle dicho nada de esta casa, deberíamos haber ido a la de la playa como tú dijiste.

—Vamos madre, tú no tienes la culpa de lo que ha pasado. —Quedó callado durante unos segundos, para levantarse de golpe y pasear por la acogedora habitación—. Mira que le dije que no hiciera excursiones por su cuenta..., qué demonios pasaría, tal vez se asustó con algún animal. No creo, ella no se asusta por esas cosas, está acostumbrada a vivir en un bosque, cerca de un pantano, en cualquier lugar inhóspito. Cojones, maldita sea —murmuró por lo bajo—. Y desde qué despertó, ¿cómo se comporta?

—Bueno, yo diría que se encuentra extraña y nos mira a todos un poco..., de esa manera. La he pillado varias veces contemplando la fotografía de vuestra boda y dice que eres muy guapo. —El hombre, mirando a su madre, sonrió con tristeza.

—Algo es algo, no va mal la cosa si piensa que soy guapo —murmuró mirando a su madre.

—Ralph, cariño. Debes tener paciencia y..., que no te salga ese carácter.

—Lo sé, madre. Lo sé. Anda, ve a descansar. Ya veremos cómo enfocamos todo esto mañana, con más calma y con la luz del día —le ordenó con ternura, al tiempo que le daba la mano para levantarse.

—Sí, con el día todo se ve mejor —contestó ella y viendo como su hijo abría los brazos para consolarla.

—Descansa, madre, descansa y no te preocupes. —La consoló, mientras ella agradecía ese cariño.

Sabía que tenía un hijo fuerte, un buen hijo, igual que sabía, que era un magnífico esposo.

—Puedes dormir en la alcoba azul, o si quieres, le digo a Lucy que...

—No madre, no hagas cambios ahora. Me quedaré un rato aquí y luego, si veo que lo necesito, subiré a la alcoba azul. No te preocupes por mí. Ya sabes que no soy de dormir mucho.

La madre le dio un beso en la mejilla y lo dejó solo en la salita del piano de pared. Se acomodó en uno de los sofás y estiró las piernas, mirándose las botas. Debería quitárselas, pensó, pero no lo hizo. Tumbado en el sofá, pensó y pensó en todo lo ocurrido. Por todos los santos, su pequeña niña no lo recordaba, cuando se vieran, no sabría que él... que él la amaba hasta la locura. Maldita sea. Quiso recordar qué sabía sobre la pérdida de memoria, sobre algunos de los soldados a los que les ocurrió, pero la realidad era que no sabía nada. Nada.

En la guerra ocurrían tantas cosas, tan seguidas y tan grotescas y dolorosas, que el hecho de que un hombre perdiera la memoria, resultaba algo anecdótico comparado con amputaciones de todo tipo y con la propia muerte. Sin contar con las enfermedades que aparecían, igual que en cualquier momento de la vida, hubiera guerras o no. Tal vez debería enfocar el trastorno de Taylor desde ese punto, anecdótico. Se levantó enfadado, ¡qué cojones anecdótico!; dónde está la gracia de que tu mujer no te reconozca, de que no sepa que está enamorada de ti, de que no guarde ningún recuerdo de todo lo vivido. Por Dios santo, si ellos en un tiempo tan corto, habían vivido y disfrutado, más que muchos matrimonios en toda una vida de casados. Ahora qué iba a pasar, tendría que enamorarla de nuevo... pero y si ella no estaba por la labor, si no lo encontraba atractivo o vete a saber lo que pasaba por esa cabecita.

Volvió a tumbarse y sin dejar de darle vueltas a la situación y clavando la mirada en ese piano que perteneció a su abuela materna, se adormeció durante unas horas, cuando algo hizo que se despertara de golpe y se pusiera en pie. La luz de la lámpara y los

rescaldos de la chimenea daban iluminación de sobra y sin hacer ruido, observó y escuchó cualquier sonido que llegara a sus oídos, tanto de fuera como del interior de la casa. Alguien andaba por la escalera y era demasiado pronto para que los criados estuvieran en danza. Se acercó a la puerta entreabierta y la vio. Estaba bajando las escaleras, a oscuras. No quería asustarla, pero no iba a permitir que se cayera; pero en ese momento, la muchacha se sentó en el escalón y estirándose el camisón al tiempo que doblaba el tronco, hizo como si su cuerpo estuviera en una tienda de campaña.

—Taylor, ¿qué haces? —La muchacha dio un respingo al oír esa voz profunda, masculina.

¿Era él?

Como no contestó, Ralph salió a su encuentro y con la luz que salía de la habitación, vio esos hermosos ojos mirándolo como si fuese un extraño. Le tendió una mano, que ella se quedó mirando como hipnotizada.

—Ven, vamos a la sala, aquí hace frío. —Se levantó y como si estuviera atontada, colocó su mano dentro de esa grande y fuerte, dejándose llevar hasta esa bonita habitación.

Todo en esa casa era bonito, todo lujoso, todo lo que ella no conocía ni tenía. Vio como el hombre cerraba la puerta y no dejó de mirarlo ni un solo momento. Era más guapo que en la fotografía y mucho más grande, pensaba la chica, mientras miraba el pelo negro como el carbón, esos ojos oscuros, esa mejilla oscurecida por una barba fuerte, cerrada, dando todavía más fuerza a esa mandíbula cuadrada, esa nariz de hombre, que le daba más personalidad, al tiempo que endurecía ese rostro, que si no sería demasiado guapo.

Sus ojos lo devoraban, deslizándose por la camisa blanca y el chaleco negro abierto por completo y las caderas estrechas y esas piernas largas, enfundadas en pantalones de montar y con esas botas tan estupendas; le recordaba algo, pero no supo qué.

—Tú eres Ralph —afirmó, mirando ese rostro masculino.

Él mostró una sonrisa torcida, pero sin alegría.

—Así es. Soy Ralph, tu marido. —Quería las cosas claras desde el principio.

Su madre dijo paciencia, el doctor dijo paciencia; vale, tendría paciencia, pero que quedara claro desde el momento cero, que él era su esposo.

Ella se acercó hasta la chimenea, pero sin dejar de mirarlo.

—Vaya, eres más guapo que esa fotografía. —Él se sorprendió ante ese comentario, pero no lo demostró.

—Gracias —añadió con recelo.

Veía a su Taylor, pero estaba viendo a la que conoció en Carolina, estaba contemplando a esa descarada muchachita, que soltaba taco tras taco, esa niña que cuando lo conoció, lo miró del mismo modo: curiosa, sorprendida y admirando todo lo que él representaba.

Y ahora, mírala, el camisón que llevaba era grueso y cerrado al cuello, de manga larga, no dejando lugar a la imaginación, pero, aun así, se le notaban los pezones de esos esplendorosos pechos, que habían crecido por el embarazo y aunque el vientre apenas había aumentado, esos pechos sí.

—Vaya. —Volvió a repetir, taladrándolo con esos inmensos ojos—. Por dónde yo vivo, no hay tipos como tú, tan peripuestos y con esa facha increíble. —El hombre no sabía qué decir ante ese aluvión de piropos—. La señora de los ojos verdes, dice que estamos casados y la fotografía esa, puede demostrar algo. Y si todo esto es verdad, habrá papeles que lo demuestren, ¿no?

—Por supuesto, Taylor. Eres una mujer legalmente casada, no lo dudes ni por un momento. —Los dos permanecían de pie, con distancia por medio y sin dejar de mirarse.

—Tienes una voz muy masculina, muy de hombre. —La voz de Taylor sonó algo ronca y la mirada de él, la taladró y peor todavía, la deseó—. ¿Y cómo hice, para pillarte? —La pregunta hizo que el hombre se mordiera la lengua, no imaginándose que el encuentro con su mujer iba a ir por esos derroteros—. Porque por más que lo pienso, no lo entiendo. —Él intentó no reír ante la expresión de esa cara tan preciosa y entrecerró los ojos fijándose en los arañazos de la mejilla.

—Bueno, el amor es así. Me gustaste y me enamoraste. —Ella rompió a reír, pero ni se movió del sitio y siguió mirándolo como si

fuese un espécimen nuevo, uno encontrado en el bosque, o en una charca.

—Eso es imposible —dijo entre sonrisas y pensando que ese hombre era guapo de verdad—, yo no gusto a los muchachos. Todos dicen que soy una mal hablada y un marimacho y tienen razón; así que, no entiendo cómo te fijaste en mí. —Entonces se tapó la boca con la mano y escondió la risa que le vino de golpe.

Ralph estaba confuso y al mismo tiempo divertido. Era como si la chica hubiera despertado al poco de irse con la viuda. De que no tuviera los recuerdos de los jóvenes y no tan jóvenes que se la querían beneficiar.

Eso parecía.

—Tal vez es el recuerdo que tienes de cuando te fuiste a vivir con la viuda Roberts, pero cuando fui en tu busca, aunque seguías siendo una mal hablada, te puedo asegurar, que eras la criatura más hermosa y femenina que haya visto en toda mi vida. —Las palabras del hombre hicieron enrojecer a la muchacha, pero no retiró la mirada de sus ojos.

—¿En serio? —preguntó tímidamente, acercándose a él.

Ralph no le quitaba la vista de encima y al ver que su precioso amor se colocaba enfrente, tuvo deseos de acariciar esa cara de ángel, pero se contuvo.

—Muy en serio. Al principio, tengo que reconocer que me sacaste un poco de mis casillas, pero luego, según te fui tratando..., me enamoré. —Ella estaba extasiada, como si le estuvieran contando un cuento de fantasía.

—Sentémonos, vamos a seguir hablando —pidió ella, entre orden, ruego, mandato, no supo con qué quedarse, pero viendo como ella se acomodaba en un sillón y le señalaba con la mano, el lado del sofá que quedaba más cerca de ella.

Se hizo un ovillo y vio como ese hombre grande se dejaba caer en el sitio elegido por ella.

—Entonces, ¿yo también estoy enamorada de ti? —preguntó curiosa y con expresión asombrosa.

—Eso es, Taylor. Somos un matrimonio feliz y que está esperando un hijo. —Los ojos turquesa siguieron mirándolo, pero una manita

fue a tocarse el vientre, sin terminar de creerse semejante historia.

—Eso no me lo creo. No tengo barriga y no noto nada. Tal vez, os conté una mentira y pensáis que tú vas a ser papá y la señora de los ojos verdes, abuela. Pero creo que eso no va a suceder, ya lo verás. Te lo digo para que luego no te lleves un disgusto y me echés a mí la culpa. —El hombre mirándola entre sorprendido y atónito, se quedó por un momento sin palabras.

Era la misma fierecilla que conoció, eso estaba más claro que el agua; descarada y muy segura de sí misma, pero con ciertos lapsus en algunos momentos, que la hacían titubear como si no supiera qué ocurría exactamente, qué pasaba por su cabeza.

—Ya verás como con el tiempo la barriguita te va creciendo, no te preocupes. —Ella seguía con la mirada clavada en él, y gracias a la pequeña distancia y a los apoya brazos de su sillón y del sofá, se sentía segura.

De todos modos, ese hombre parecía un caballero y por mucho que dijese que era su marido, ay qué risa, no la iba a tocar, ni hacer nada malicioso. Porque si eso ocurría, chillaría como una loca y le daría patadas sin parar en cualquier parte de su anatomía; y ella sabía dónde dar las patadas a los muchachos.

—Entonces, tú y yo hemos hecho, lo que hay que hacer para hacer un bebé. —La afirmación puso tenso al hombre.

—Sí, Taylor. Hacemos eso. Constantemente —contestó con voz ronca, mirando esos ojos y esa boca.

Ella sintió esa mirada demasiado profunda, demasiado varonil sobre su boca.

—¿En serio? —preguntó sin dejar de mirar esa barba oscura y esos labios seductores.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida. —Ella se mantuvo en silencio durante un largo minuto, sin dejar de mirarse, sintiendo algo extraño en su mente.

—¿Y tú no encuentras raro, que, si todas esas cosas me han sucedido, no recuerde nada de nada? Porque, ¿cómo puedo haber tocado un cuerpo como el tuyo y no acordarme? Y lo que es más extraño todavía, ¿cómo puedes haber... metido tu cosa dentro de mí y yo, no acordarme? Y más todavía, ¿cómo hacemos eso

constantemente si yo no sé qué es, ni qué se siente, ni nada de nada de nada? —La pregunta fue hecha de forma rápida y nerviosa y un tanto llorosa.

Ralph no se movió del sitio, pero lo que deseaba hacer, era abrazarla, besarla y hacer que recordara todo eso que ella no sabía que existiera.

—En la guerra, conocí algún caso como el tuyo. Debido a golpes en la cabeza, perdían la memoria y después, con el tiempo la recuperaban total o parcialmente. Por eso estás confusa y no entiendes qué es lo que ocurre, y eso, también es normal. Es normal que te sientas así, extraña y desorientada, porque crees que cuando salga el sol, vas a ver a la viuda Roberts, vas a ir a recoger los huevos de esas pequeñas gallinas y cuando tengas algún rato para ti, te subirás al altillo del granero y te quedarás un rato, pensando en tus cosas.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó asustada.

—Porque tú me lo contaste. —La miró con ternura—. La noche que pasé en la granja Roberts, dormí allí. Tú dijiste que podía estirar las piernas y que una noche se pasaba en cualquier sitio por malo que fuera. Pero tengo que reconocer, que descansé bien; y como también dijiste, que el olor, una vez estabas un rato, te acostumbrabas y ni lo notabas.

—Vaya, sí es cierto que has estado en la granja —dijo con asombro, pero al momento se entristeció.

Ralph la observó sin decir nada, pero al ver caer esos lagrimones como puños, se levantó y se acuclilló enfrente de la muchacha, pero sin tocarla.

—Eh, no llores, no pasa nada pequeña. No pasa nada. —Ella lo miró con esos ojos tan grandes, tan dulces, que amaba tanto y deseó abrazarla.

—Sí pasa, sí pasa, sí pasa —repetía como un mantra, abrazándose las rodillas y acunando su cuerpo, mientras miraba a ese hombre tan guapo, que decía ser su marido y que debería protegerla, ¿no?

—No llores, mi amor, no llores. Me duele verte así y no quiero que sufras; ya verás como todo se arreglará y recordarás. Ven aquí,

anda, ven conmigo —le pidió al tiempo que le ofrecía una mano y ella se quedaba mirando, esa mano, esos dedos largos, para dar la suya y levantarse y dejar que él la llevase al sofá.

La sentó a su lado y rodeó los hombros femeninos, siendo muy consciente de que ella se dejaba, de que se arrimaba a su cuerpo, pero mostrando en su bello rostro timidez y temor.

—Mírame Taylor. —Ella elevó el rostro y lo miró con ojos llorosos —, no tienes que tener miedo de nada. Tienes todo el amor que necesitas, tienes todas las necesidades cubiertas, no hay nada que temer. Solo deja pasar el tiempo y verás como vas recordando. —Acarició el ovalo y ella entreabrió los labios, esperando no sabía qué.

Él clavó la mirada en esa boca y deseó con todo el ímpetu besarla; fue bajando la cabeza despacio para que ella viera lo que iba a hacer, para que lo rechazara si ese era su deseo.

Posó sus labios sobre esa tierna boca y la besó con delicadeza, viendo como la muchacha mantenía los ojos abiertos, mirando todo lo que le estaba haciendo.

—¿Te gusta? —Fue la pregunta algo ronca del esposo y la contestación de ella, fue un movimiento de cabeza, afirmando.

Volvió a bajar la cabeza y capturó de nuevo la boca, pero esta vez profundizó más, lamiendo y chupando y escuchando con placer el suspiro que salió de su garganta.

Él se separó ligeramente y mirándola le preguntó:

—¿Quieres más? —Ella movió la cabeza diciendo que sí y le ofreció la boca, sacando la puntita de la lengua, que él lamió con la suya, para después cogerla entre los labios y chuparla entera.

Ella estaba sorprendida de que se hicieran esas cosas, de que se lamieran y chuparan de esa forma. Nunca había visto a un hombre y una mujer haciendo esto; claro que, por otro lado, si la gente hacía esto, no era para que lo vieran los demás.

El beso terminó y ella notó sus labios mojados y fue muy consciente del grosor de ellos y de su sensibilidad. Se separó del hombre, haciendo que ese brazo fuerte dejara de estar sobre su hombro y sin saber qué es lo que sentía.

—¿Me tienes miedo? —preguntó, deseoso de que le dejara continuar, de poder hacerle el amor, pero no era un tonto ingenuo y sabía que no podía ir tan rápido, que no debía ir tan rápido.

—No lo sé. Creo que no, pero eres tan grande, que cuando te veo encima, creo que puedes hacer cualquier cosa conmigo y yo no podré evitarlo. —La intensa mirada del hombre no la amilanó, pero ya no se mostraba tan dispuesta como al principio.

Un dedo se desplazó por la mejilla de ella, acariciándola con ternura.

—No haré nada que tú no quieras, Taylor, nada que tú no desees. Solo quiero tu felicidad, tu placer, tu tranquilidad. Eres lo más importante de mi vida. —Ella se coloreó como una fresa.

Estaba nerviosa, nadie le había dicho algo así y ella no supo cómo gestionar ese poder que él le daba.

—¿Y tu mamá? —preguntó susurrando.

Él sonrió ante esa tierna pregunta, ante ese tono infantil y meloso.

—Deborah es una madre excepcional y la amo como se merece. De hecho, mis dos amores, sois vosotras. —Llevó la mirada al vientre de la muchacha y ella hizo lo mismo, fijándose en el camisón blanco y virginal—, y también este pequeño que viene en camino. — Los ojos turquesa volvieron a él y con cierto recelo le preguntó.

—¿Y si es una niña? —Los labios de ella temblaron al sentir los dedos del hombre sobre su boca.

—Entonces serán tres mujeres, los amores de mi vida. Madre, esposa e hija. —Ella no supo qué decir y durante unos segundos miró los ojos oscuros de ese hombre, que no reconocía pero que le subyugaban de una forma embriagadora, dándose cuenta de que eran azul oscuro, como el mar en la oscuridad, marino.

—No deseo que te enfades conmigo.

—No tengo por qué hacerlo, Taylor.

—Me refiero a que si no hago las cosas que debe hacer una esposa, tú no te enfades conmigo. —Cuánto deseaba amarla, cuánto deseaba decirle que la amaba con locura; pero era mejor no agobiarla—. Los hombres que conozco, se enfadan con sus mujeres y las pegan, incluso mi padre pegaba de vez en cuando a mamá y

eso me enfadaba mucho. ¿Tú me has pegado alguna vez? — preguntó con una vocecita tímida.

Ralph recordó el episodio de Charleston, pensando si debía de ocultarlo o contárselo como algo que no tuvo mayor importancia. Mejor no, no creía que fuera lo más acertado en ese momento, en esas circunstancias.

—No, Taylor. Y no debes tenerme miedo y no me voy a enfadar contigo. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Puedo, ¿puedo irme a la habitación? Creo que vuelvo a tener sueño.

—Claro. Ven, yo te llevaré. —Se levantó y le ofreció la mano.

Ella se levantó despacio y metió la mano dentro de esa masculina y grande, sintiendo su fuerza, su calor y la seguridad que ofrecía.

El hombre cogió la lámpara y salieron de la sala, para recorrer el hall y subir por las escaleras hasta llegar al dormitorio de la pareja. Ralph se paró en la puerta y vio como ella se dirigía a la cama y se metía, tapándose hasta los ojos.

—Hasta mañana Ralph —dijo esa voz aterciopelada, quedándose dormida en un instante y no siendo consciente de esa mirada que no pestañeaba y que la deseaba, la deseaba demasiado.

—Hasta mañana, mi amor. —Fueron las palabras del hombre, mientras cerraba la puerta y se dirigía a la alcoba azul.

CAPÍTULO 10

Iba averiguando muchas cosas de su actual vida, pero recordar, recordar, nada. Pero estaba intranquila en muchos momentos del día, incluso por la noche que se despertaba sobresaltada, porque había soñado, pero sin recordar qué. Luego tardaba un rato en dormirse, sabiendo que él estaba en la habitación contigua y que una puerta comunicaba las dos habitaciones, y eso, también la dejaba pensativa y desconcertada, pero tampoco sabía por qué. Deborah era una mujer cariñosa, encantadora y pendiente de ella en todo momento, y ella le iba correspondiendo en la misma medida, porque era algo que salía solo, natural; porque si esa mujer tan bella y tan amable, le sonría cada dos por tres, y le decía palabras cariñosas, como tesoro, cariño, cielo, ella no era inmune a esa ternura, le gustaba. Y le iba poniendo al corriente de algunas vivencias de los últimos meses, como cuando le contó la boda, que no recordaba, por descontado, pero que ahí estaban esas fotos para dar fe. Le dijo lo bonita que pusieron King's Chapel, adornando sus bancos de madera con flores blancas, muchos ramilletes de flores blancas en las esquinas, enlazadas con tallos largos de enredadera hasta la esquina siguiente, donde se encontraba otro ramillete de flores y contándole como los invitados admiraron el hermoso vestido de boda y lo guapa que estaba mientras iba del brazo de Orlando Parker, amigo de Ralph, para entregarla al novio, al son del órgano que con su sonido llenaba el espacio de la bóveda de la iglesia; pero lo que no le dijo, pero ya se encargó Lucy, fue las caras de envidia y las murmuraciones entre muchas de las invitadas, diciendo que qué le había visto Ralph a esa paleta del Sur, que por qué buscaba esposa en otro sitio cuando en su propia ciudad tenía lo mejor de lo mejor, sin necesidad de traer una salvaje del interior de las Carolinas, por mucho que su madre fuese Verónica Weide.

La misma que se escapó con un muerto de hambre sureño, uno que le dijo que tenía una plantación de algodón y luego descubrió que era una mísera granja de gallinas con un miserable huerto. Tal vez las palabras que empleó Lucy no fueron tan crudas, pero el mensaje llegó alto y claro a la muchacha. Lo mismo que le dijo, que la señora Hathaway le ofreció su vestido de boda; un vestido precioso, bordado en cristal y perlas, que no pasaba de moda y que el señor dijo que nanay, que su prometida no se pondría algo que había sobado las manos del padre, sin contar con que la señora Viviane lo quiso llevar para su boda, pero desistió al probárselo y explotar las costuras del talle, ya que su constitución era más recia que la que tuvo la señora cuando se casó. Esas costuras se arreglaron pulcramente, dando gracias de que el tejido no se desgarró y se volvió a guardar.

La doncella también se encargó de ponerla al corriente de que su esposo nunca se llevó bien con el padre, ni con el hermano, que de paso añadió que estaban enterrados en el cementerio de King's Chapel, y le aclaró, que no fue por su culpa lo de llevarse mal, no, sino, por el vacío que siempre le hizo el patriarca y que queriendo o sin querer, inculcó en el enfermizo y poco agraciado hijo mayor y que ella había oído que al padre parecía que le molestaba que el hijo pequeño se lo hubiera llevado todo, ya sabe, la buena salud, la belleza, la fortaleza y la inteligencia, y el otro, lo único que había sacado era la altura, como todos los hombres de la familia, tanto de la señora Deborah como del señor difunto, pero por lo demás, estaba gordo y fofo, porque como no hacía deporte, ni montaba a caballo, por tener la salud tan delicada, y por si eso fuera poco, tenía cuatro pelos rubios en la cabeza y su rostro era de lo más corriente tirando a feote. Y volvió a insistir, que a pesar de que las invitadas a la boda, la alabaron y la lisonjearon todo lo que hizo falta, en el fondo todo era puro teatro y del bueno.

Bien, se dijo Taylor, ella no gustaría a las damas de Boston, pero por lo visto a su esposo sí; igual que a ella le gustaba ese marido que tenía, y que le costaba trabajo creer que fuera suyo, es más, estaba con la mosca detrás de la oreja, pensando que, en un momento dado, alguien de la casa le diría: so tonta, que te los has

creído, pero no es verdad, ese hombre tan atractivo es el marido de otra, te han tomado el pelo. Pero no, nadie le decía eso, al contrario, estaba averiguando muchas vivencias por boca de Lucy.

Al poco de tratarla, se dio cuenta de que la doncella era una buena chica y que cuando esas manos tocaban su pelo, ella se relajaba de una manera reconfortante, mientras esos dedos recogían, trenzaban o manipulaban de cualquier forma los mechones, dando formas diversas a cuál más bonita, mientras le contaba experiencias pasadas. Y así se enteró de temas muy delicados y supo, que ella, Taylor Lewis, ahora Hathaway, era una sinvergüenza.

—El señor se va mañana, ¿verdad? —preguntó la pelirroja, mientras enredaba en el cabello de la señorita y se miraban a través del espejo. Taylor movió la cabeza para afirmar—. Pues tiene que espabilar, señorita Taylor.

—¿Qué quieres decir? —Lucy, desde que la muchacha había perdido la memoria, se mostraba más audaz, con más confianza y creía que era su deber, encauzar un poco, solo un poco, la vida de su joven señora.

—Pues que el señor duerme en esa habitación. —Hizo un gesto con la cabeza, indicando—. Usted en esta, y así, poco se puede hacer. Y ahora, él se va a Boston, y en Boston hay muchas mujeres. Mujeres que están deseosas de pescar a un hombre como el suyo. Eso sin contar con la que usted y yo sabemos... —Taylor miraba sorprendida a la doncella, sorprendida pero llena de curiosidad—. ¡Ah, es verdad! Que no se acuerda de eso.

—¿De qué, Lucy? —Ella quería saber, pero al mismo tiempo tenía miedo de saber.

—Voy a refrescarle la memoria, a ver si así conseguimos algo... —Y le relató el episodio de cuando fueron hasta la casa de la amante, sin dejarse nada en la memoria, con las entradas a la tienda y luego cuando las pilló el esposo rodeando el parque Common.

—¿Eso hicimos? —preguntó incrédula.

—Yo soy una mandada. Y tengo que decir, que me quedé de piedra cuando nos pilló en el Common y nos miró de esa forma;

bueno, a mí no, a usted. Era como si le estuviera leyendo el pensamiento, pero, además, la miró como si se la comiera, como si se la fuera a tragar entera; como con Caperucita. Uf, qué mirada. Si yo encontrase un hombre que me mirase así, me derretiría por la pata abajo. Pero no de miedo, ¿eh? No se confunda, era una mirada de gusto, de placer, como cuando un gato va a tomarse un cuenco de leche a lametones y saborea cada uno de ellos. Así la miraba — Taylor abría los ojos como platos ante esas detalladas explicaciones —. Pero a mí no me eche la culpa, siempre hago lo que usted me manda, o, lo que manda el señor, porque a fin de cuentas está por encima. En todos los estratos sociales hay una cadena de mando, y en la suya, es el señor, su esposo, el que está por encima de todos, igual que en la mía, aquí es Samuel y en Boston es Charles, pero claro, usted está por encima de Charles y de Andrew y de Samuel. Andrew es el mayordomo de la casa grande. Me estoy yendo por las ramas. Le diré algo, eso le gusta mucho al señor. —Al ver la mirada interrogante, añadió—. Le gusta ese carácter que tiene, esas cosas que hace, como cuando se escapaba por las noches de la casa de la señora para ir a la casa de él, a su alcoba, estando solteros.

—¿En serio? ¿Eso es cierto? —La cara de sorpresa era de total incredulidad, pero sabía que Lucy no la estaba engañando. La cabeza de la doncella se movió varias veces para dar fuerza a su testimonio—. ¿Y el servicio estaba al tanto? —preguntó más sorprendida y queriendo saber.

—Sí. Charles, el mayordomo de la casa del señor, es decir de su casa también, dejaba la puerta del jardín sin cerrar, para que cuando todos estuviéramos dormidos, usted saliera de su habitación, bajara al jardín, saliera sin hacer ruido, pasara por la puerta del muro y se metiera en el otro jardín. Y como el bueno de Charles dejaba la puerta sin cerrar, usted entraba en la casa del señor y se iba derecha a la cama de él. —En vista de que la joven no decía nada, pero miraba a Lucy como si le estuviera contando una de indios, la criada siguió con el relato—. Al final todo se sabe. Yo me di cuenta una noche y me asusté al no verla en la cama, pero no me atreví a decir nada a la señora y estuve esperando hasta que llegó y se acostó, pero usted no se enteró de eso. Yo, al día siguiente se lo

dije a Charles, y el pobre, que se tuvo que poner colorado como un tomate, pero como es negro, muy negro, no se le notó. Me confesó que usted iba todas las noches, pero que no dijera nada y también me dijo, que después de pasar horas, el señor la acompañaba hasta el jardín para ver como desaparecía por la puerta del muro y se metía en la casa grande. Pero luego, cuando ya estaban casados, yo vivía con ustedes, normal, yo voy con usted a donde sea, y entonces, le puedo decir, que los grititos que soltaba por la noche, y todos los demás ruiditos, los oía en el piso de arriba que es donde está mi habitación. Porque mi habitación queda encima de la suya, entonces del señor. No es que ocupe el mismo espacio, no, encima de la del señor está la mía y otras cuatro más.

—¿A qué te refieres? ¿Qué grititos y ruidos son esos? —No queriendo saber de disposiciones de habitaciones.

—Ay, madre; pues qué va a ser, cuando hacen el amor, ya sabe. Su esposo tiene que ser un amante de lo más completo, porque esos gemidos que usted hace o hacía, eran dignos de oírse. Ya lo creo. Pero claro, lo de buen amante tiene que ser una verdad como una casa, porque esa fama ya la tenía antes de aparecer usted y de yo enterarme de sus grititos, así que, esos grititos dan fe de que todo lo que se ha murmurado del señor, que decían que dejaba a sus amantes tan satisfechas que cuando las abandonaba más de una intentó suicidarse.

—Pero, ¿qué me estás contando? ¿No te lo estarás inventando?

—Por supuesto que no. Lo sabe todo Boston; lo de sus gritos no; eso solo los de la casa.

—¿Y si eran gritos de dolor? —Madre mía, volvió a decir la doncella, más para sí misma que otra cosa, la señorita Taylor estaba en el limbo; estaba embarazada por retozar con el señor todo lo que quiso y más y ahora, se comportaba como una virgen.

—Usted gritaba de placer y gemía con delirio, nada de dolor, y al día siguiente, estaba más contenta que un niño en una pastelería. Y menos mal que se casaron pronto, que, si no, habría sido un escándalo porque se quedó embarazada en seguida.

—Y entonces, piensas que, si el señor se va a Boston, ira a buscar una mujer, o a por esa amante. —La afirmación salió de la

boca femenina, mostrando miedo, terror incluso.

Si él buscaba otras mujeres, ella quedaría desprotegida, ya no le interesaría y entonces, qué sería de ella. Por otro lado, ella quería algo, quería repetir ese beso que le dio la primera noche que lo vio, pero no sabía qué hacer y no sabía si él se sentiría defraudado de ella. No sabía cómo debía comportarse y sentía demasiadas emociones o, por el contrario, ninguna; era como si no supiera quién era, era como si la Taylor de Carolina del Sur estuviera dejando de existir y la nueva Taylor no acabara de emerger.

De repente, le picaron mucho las pupas de las rodillas y se las frotó por encima de la falda, nerviosa y preocupada, pero no aplicando mucho brío para que la costra que se había formado, cayera por sí sola. Esos ojos turquesa no dejaron de mirar a la doncella, esperando más, queriendo saber más, para iluminar el camino, para que pudiera encauzar esa marabunta que tenía en la cabeza, de realidad y de imaginado.

—Lo que yo digo, es que no debe dormirse en los laureles, y aunque no se acuerde de las cosas ya estoy yo para recordárselo. Porque vamos a ver, si usted antes hacía esas cosas, es porque le gustaba y disfrutaba, pues ahora es lo mismo. Lo único que tiene que hacer, es dárselo a entender y él, hará el resto. Porque si va de virgen, como si nunca hubiera roto un plato, pues a lo peor, el señor se empieza a cansar y mala cosa.

—Pero..., ¿pero y si me pongo nerviosa?, ¿y si ahora no me gusta? —Lucy la miró como si estuviera loca.

—Si te ha gustado una vez, te gusta siempre. Una cosa es que haya perdido la memoria y otra la sensibilidad.

—¿Tú lo haces? —Quería adquirir conocimientos para poder hacer algo, no quedarse de brazos cruzados.

—Yo no, pero porque no tengo novio. Pero hace algún tiempo, tuve uno y hacíamos cosas, pero sin llegar al final, ya me entiende...

—Taylor le daba a la cabeza—, y a mí me gustó. ¡Hombre! A lo mejor no tanto como a usted, porque no gritaba tanto, pero casi. Pero claro, ese novio que tuve tampoco era nada del otro mundo, no era un experto como lo es su esposo. Es que eso hace mucho, pero mucho; si no, hasta le puedes coger asco.

—¿Y miedo? Es que, me da un poco de miedo —dijo bajando la voz, pero sin dejar de mirar a la pelirroja.

—El qué, o quién —preguntó, terminado el recogido y clavando la última horquilla, al tiempo que miraba su obra de arte, pensando que el esposo no tardaría mucho en deshacer ese peinado, sí lo dejasen.

—Él —murmuró la muchacha, un tanto avergonzada.

—Pues nadie lo diría. Porque lo tiene comiendo en la palma de su mano; ¡ah! y porque se controla mucho, demasiado diría yo, porque se la come con los ojos cada vez que está a su alcance. Todos nos damos cuenta de cómo la mira, cómo la sigue, cómo la desnuda con la mirada... —Taylor estaba escandalizada. Ella no se había dado cuenta de nada. De hecho, cuando él estaba cerca, no sabía dónde meterse y se refugiaba en Deborah y en unos trajecitos de punto que estaban haciendo para el bebé—. Los hombres son unos seres complicados para unas cosas, pero muy simples para otras. Y para el asunto de lo que se hace en la cama, son simples como una rana. Me gustas, te paso por la piedra, mi mujer no me deja, pues me busco otra que las hay a miles; así funcionan. Algunos hay que son fieles a pesar del tiempo y de los problemas que surjan en la pareja, pero claro, qué hacemos, probamos a ver si el señor no busca a esa Suzanne, o no busca otra que esté a mano. ¡Ja!, pues no hay que tener cuidado. Pues si hasta la cuñada, la viuda del hermano del señor, hasta esa, lo quiso conquistar, así que, fíjese que solicitado. Pero claro, no me extraña, si es uno de los hombres más atractivos de todos los contornos y encima es rico, riquísimo, pues las mujeres lo desean y aunque no lo puedan tener como marido porque ya está pillado, pues lo tienen como amante. Porque no sé si sabrá, que las amantes, muchas veces, son mejor tratadas que las esposas, y eso es decir mucho. Se llevan tantos o más —recalcó abriendo los ojos al máximo—, regalos que la esposa y según sé, son mejor amantes con ellas que con las esposas. —El rostro de Taylor permanecía estático, sin pestañear, sin mover un músculo, sin perder ni una sola palabra de toda la verborrea que la buena de Lucy estaba soltando.

—También hay de todo, porque luego están esos hombres con dinero, que se creen buenos amantes, pero nanay. Ellas solo están

por el dinero. Pero ese no es el caso del suyo, el suyo tiene una fama que ni le cuento; las casadas andan detrás de él, sin importarles que el marido se dé cuenta y mirándolo como si estuvieran en celo. Mucha educación y mucha clase, pero al final todas desean lo mismo: un buen rabo. ¡Huy, perdone, señorita Taylor! Esa expresión es vulgar, pero es la realidad. Hasta las que van de estrechas y puritanas, desean lo mismo, pero antes muertas que pronunciar esas palabras. A sí que, por lo que a mí respecta ya la he puesto sobre aviso, y ya sabe ese dicho: el que avisa no es traidor. Se me olvidaba —añadió levantando una mano para añadir más nerviosismo a Taylor—, he dicho Boston porque allí es donde hay más damas de categoría, pero las amantes pueden salir de cualquier lugar, de cualquier sitio y con lo que viaja el señor, pues se puede encaprichar de una muchachita que trabaje en la fábrica de Lowell, o en Fall River o New Bedford, no sería muy común, pero quién sabe, igual que se encaprichó de usted en un lugar perdido de las Carolinas, se puede cruzar alguna tontuela que le haga tilín y entonces ya está lista.

—¿En todos esos sitios tiene fábricas? —preguntó, apabullada por tanta información y toda negativa.

—¡Ay madre! No se acuerda de nada, pero de nada. Lowell está al norte y las otras, Fall river y New Bedford al sur de Boston. Y digo eso, porque en esas fábricas trabajan muchas mujeres, no como en los astilleros, que todos son hombres. Bueno, en las empaquetadoras del bacalao también hay mujeres; en fin, que el peligro está por todos los sitios, señorita Taylor. Así que, espabile, no vaya a ser que se arrepienta en el futuro por no haber actuado en el presente. —Se cayó de golpe, porque consideró que esa frase era sublime como colofón de todo lo dicho y a pesar de que esa cara tan preciosa mostraba un gesto de preocupación, no quiso aplicar paños calientes, porque estaba segura, que si la chica no espabilaba se arrepentiría.

Taylor estaba anonadada. No sabía qué decir, ni qué pensar de toda esa parrafada que Lucy le había soltado, pero analizando el contenido, debía de pensar seriamente en ello. Al quedarse sola, se contempló durante unos minutos en el espejo y mirándose desde un

punto crítico, pensó que era una chica atractiva. Estaba muy presente el recuerdo de Alissa y de cómo la madre y ella alababan la belleza de Taylor; pero ella, cuando las oía, nunca hacía caso de esos comentarios ya que pensaba que eran exagerados y que los decían porque eran la madre y la hermana y parecía obligado.

El padre, antes de irse a la guerra y de morir, también hablaba de vez en cuando de la belleza de la pequeña, pero normalmente era para decir a quién iba a matar, o a quién iba a capturar, si se le ocurría acercarse a su pequeña con malas intenciones. Y a todo esto, ella actuaba como un muchacho, a pesar de los capones que recibía de madre y hermana, diciendo que ya no era una cría pequeña y que tenía que empezar a comportarse de otra forma y dejar de ir detrás del padre como un perrito, imitando todo lo que él hacía. Cuando cumplió los diez, poco antes de comenzar la guerra, Verónica le dijo a su esposo que dejara de llevarse a la cría a sus viajes, que ya no venía a cuento y que ya era hora de que se fuera comportando como una señorita; de ese modo, se acabaron esas excursiones de varios días a otras partes del estado, incluso a Carolina del Norte. El padre tampoco puso objeciones porque ya veía como algunos hombres miraban a su hija, y eso que solo era una cría.

Estaba acostumbrada a oír comentarios sobre sus ojos, su pelo o su boca, pero a ella no le gustaba que hablasen de su físico, porque pensaba que lo hacían como quien habla de un bicho raro. A penas se miraba en el espejo y cuando eso ocurría, veía una cara con forma de corazón, con unos ojos inmensos de un color extraordinario y llamativo, unos labios tal vez demasiado gruesos y que no le gustaban nada y un pelo, madre mía, qué pelo. Odiaba su pelo. Por qué no nació con un cabello como el de Alessia, rubio de un solo tono y liso y fácilmente manejable porque no era excesivo.

Ella llevaba esa mata de pelo, siempre con una trenza o dos y solo lo soltaba para lavarlo y porque su madre iba detrás de ella con el palo de la escoba, con idea de soltarle si no obedecía a la primera. Se miró el cabello en ese laborioso recogido, que dejaba ver todas esas vetas de varios tonos de rubios y varios tonos de rojos, y pensó que seguía siendo excesivo, que llamaba la atención de manera escandalosa.

Otra cosa que recordaba nítidamente, fue la muerte de esos confederados y el sufrimiento que causaron a su pobre hermana, provocando todo lo que pasó después. Quiénes serían esos hombres, que más bien eran jóvenes, seguramente no llegaban a los treinta, igual menos, pero que generaron una maldad superior a cualquier edad que tuvieran. Claro que ella, tampoco tuvo reparos en disparar tres veces, una bala para cada uno y sin temblarle el pulso. Pensó en su revólver y en que no se lo había pedido a Ralph; debería hacerlo. Era suyo y quería tenerlo a mano.

Se levantó y paseó por la habitación, se acercó hasta la puerta comunicante y la abrió con sigilo, sabiendo que no estaba ahí, pero con cierto temor a pesar de ello. No entró, solo miró la hermosa habitación, con sus paredes enteladas en dorado y blanco y los muebles lujosos de maderas oscuras, vio que había prendas en uno de los sillones, enfrente de la chimenea: una chaqueta marrón y un chaleco. Dejó de mirar y cerró la puerta, sintiendo que su pulso se aceleraba, mientras pensaba en ese hombre, en su marido. Por qué no podía recordarlo, por qué no le venían a la mente los recuerdos de cuando fue a por ella, cuando fue a por un muchacho llamado Taylor y una chica llamada Alessia, como le había contado Deborah.

Apoyó la espalda contra esa puerta y se colocó la mano encima del pequeño abultamiento de su vientre. Él le había hecho eso, él le había provocado placer, haciendo que ella gritase como si fuese una mujerzuela; eso fue lo que dijo mamá en una ocasión, cuando ya la dejaban escuchar, cuando su hermana mayor y madre hablaban de temas de adultos. Madre lo dijo muy clarito, que las mujeres que gritaban y hacían que los hombres se volvieran como bestias salvajes en la cama, eran unas golfas, así, sin más beneplácito, ni nada parecido.

Que una mujer decente, debía comportarse en todo momento, controlando hasta el más pequeño gesto para que el esposo no se ofendiera pensando que se había casado con una cualquiera y cuando Alessia preguntó que por qué los hombres podían disfrutar de «eso» y las mujeres no, madre contestó que las mujeres sí podían disfrutar, si es que algo así llegaba a ocurrir, pero no debían demostrarlo y cuando Alessia dijo que eso no era justo, la madre

añadió que era la vida y la justicia no entraba en la mayor parte de todo lo que ocurría en la vida, en especial, la vida de una mujer; y cuando Taylor se fue con la música a otra parte, al aire libre y a la libertad, pensó que ella no iba a tener ese problema, porque a ella no le gustaban los chicos, ni le iban a gustar en la vida.

Recordando esas historias de mujeres, pensó en él, en esas manos tan varoniles que poseía, en cómo ella, se quedaba mirándolas mientras hacían cualquier movimiento, desde cortar la carne, hasta cuando cogían una copa de vino y se la llevaba a los labios, de cómo gesticulaban cuando hablaba, pero sin hacer grandes aspavientos, de cómo manejaban un caballo haciendo que obedeciera al menor toque de esas manos...

De repente sintió un latigazo en la cabeza y pareció que veía esas manos cerca de ella, pero no dándole placer, no..., movió la cabeza, a veces le pasaba, era como un dolor repentino, pero no era dolor, era como una presión fuerte en la cabeza y un pensamiento queriendo salir a la superficie, pero eso no ocurría, provocando en ella un vacío, una sensación de soledad y de abandono.

Tal vez Lucy tuviera razón, tal vez, era mejor enfrentar el problema de cara, porque a pesar de no saber lo que sentía por ese hombre, la atracción existía, eso era una evidencia, e igual que él la miraba a ella, ella también hacía lo mismo cuando creía que nadie se daba cuenta.

Pero si acudía a él, ¿cómo debía actuar?, no sabía cómo, no tenía un criterio para poder afrontar algo que la superaba. Tal vez, lo más sensato sería dejarse llevar; pero y si después de los besos, que sí le gustaron, llegaba lo siguiente y no le gustaba. Podría decirle, para, no quiero que sigas, no me gusta y entonces qué, se iría y tendría esperando a la que más le gustase, la que le complaciera en todos los sentidos.

Se acercó a la ventana al oír los cascos de un caballo. Movié el visillo de encaje y miró al exterior. Ahí estaba, montando ese magnífico semental del color del ébano, del color de su cabello. El animal se puso a dos patas y él rio ante ese genio, provocando una cabriola y otra vez a dos patas, mientras el mozo algo alejado,

miraba a montura y jinete, pero sin fiarse mucho de esos cascos que caracoleaban como locos.

Ella se quedó mirando las espuelas, sus ojos no pestañearon, clavados en las espuelas de plata, ¿por qué le llamaban tanto la atención?

Cuando el animal se tranquilizó, el hombre miró hacia la casa, hacia la ventana y la vio, la miró durante unos instantes, para seguidamente desmontar de un salto y darle las riendas al mozo para que atendiera al semental. Él volvió a mirar y ella, cerró los visillos, alterada y respirando de forma precipitada y excitada, sintiendo cositas extrañas en su interior, pero, sobre todo, anhelando. Anhelando algo que no sabía cómo era, que lo había probado, que le había gustado, pero no lo recordaba.

Vamos a ver Taylor, si antes te ha gustado, lo normal es que te siga gustando y, por otra parte, si eso te gustaba tanto como para escaparte de tu habitación y meterte en la cama de él, por qué esta timidez, por qué esta pérdida de tiempo. Él se va mañana, y no volverá hasta dentro de una semana o más. Atrévete, no seas estúpida, no dejes pasar la oportunidad, y no te olvides de todas esas fábricas llenas de mujeres y de todas esas damas elegantes de Boston, deseosas de pillarlo.

Deseosas de tenerlo como amante.

¿Y él? ¿Cómo se sentía ese hombre que la deseaba con una necesidad extrema?, que cada vez que posaba los ojos en ella, quería cogerla en brazos y llevarla a la habitación, hacerle el amor hasta la extenuación, volverla loca y volverse loco también. Que veía pasar los días y no había un acercamiento a pesar de que se dejara besar esa madrugada, que veía temor en esos ojos y se ocultaba tras la presencia de su madre, como si Deborah fuese un bastión que nadie osaría traspasar, que notaba como esos ojos turquesa lo observaban en las comidas, mientras él y la madre llevaban el peso de la conversación.

Se sentía como una mierda, como una autentica mierda y lo que era peor, se estaba desesperando y perdiendo la paciencia por momentos. Por ese motivo se castigaba con grandes cabalgadas,

partía troncos todas las mañanas, dejando existencias de sobra para todo el año y para el próximo, castigaba su cuerpo para dejarlo extenuado y creer que su ardor desaparecía, pero solo era una ilusión. Porque cuando subía a la habitación para darse un baño y emprender otras tareas, la oía por la habitación contigua y apretaba los dientes con fuerza, escuchaba esa risa cristalina por algo que le decía su doncella mientras oía el chapoteo del baño y volvía a apretar los dientes hasta hacerlos rechinar, y lo que era peor todavía, lo que muy pocas veces había hecho a lo largo de su vida adulta, especialmente porque no lo necesitó, porque siempre tenía una mujer cerca que atendiera ese problema. Pero ahora no, ahora la tenía al alcance de la mano, pero para lo que utilizaba esa mano era para aliviarse, para darse un simulacro de placer, mientras pensaba en ella, mientras recordaba sus pechos, su vulva y ese culo precioso.

Lo había hecho las últimas noches, estando acostado, pensando en ella, imaginando si estaba despierta o dormida, sabiendo que esa puerta podía ser abierta sin ningún obstáculo porque ella no echaba el pestillo y por supuesto, él menos. Pero no tenía el coraje de levantarse e ir a su encuentro, porque no quería sentir el rechazo en su persona, en su hombría y por ese motivo, se tocaba el miembro cuando ya estaba a media asta, y se la meneaba hasta ponerla gorda y caliente, apretando los dientes para no gruñir, para que ella no lo oyese, llevando la mano arriba y abajo, mientras pensaba en esos labios gruesos que se la comieron más de una vez, en ese chochito caliente y húmedo que se la tragaba entera y en esa vez que llenó otro hueco de ese cuerpo que tanto deseaba. Y así, de esa manera brusca y zafia, se corría mordiéndose los labios y con una sensación de vacío y de pérdida.

Y la estancia se acababa, debía volver a los negocios, además lo necesitaba, la vida ociosa no iba con él y si encima no podía follar, qué cojones estaba haciendo allí. Debería hablar con ella, era necesario, esto no podía seguir así, y, además, ella ya se mostraba como la muchacha que ingresó en la sociedad bostoniana, aunque no recordase, ya volvía a ser esa mujer femenina y encantadora, aunque presentaba de vez en cuando momentos perdidos, como no

saber qué haces en un sitio, dónde está tu lugar o qué sentido tiene todo, cuando no recuerdas nada, o al menos los últimos meses de tu vida. Luego estaba la otra incógnita: qué había pasado en la cabaña del río o en los alrededores.

Dos teorías invadían su mente: la primera, que se hubiera asustado por la presencia de un animal, un zorro tal vez; pero era algo que le resultaba fuera de lugar tratándose de ella, que se había criado medio salvaje, que cazaba todo tipo de alimañas y que manejaba un revólver como quién maneja una escoba. La segunda era la que más le preocupaba, la que le traía de cabeza. Un ataque de un hombre, de uno cualquiera, que pasara por ahí o que la vigilase de antes y quisiera abusar de ella; pero, y si el atacante no era cuestión del azar, y si era alguien que sabía de su existencia, alguien relacionado con lo que hizo, alguien que descubrió el paradero de la persona que mató a un hijo, a un hermano...

Esos tipos que cometieron ese ultraje, eran desertores, estaba convencido. Él sabía perfectamente el problema que supuso la deserción, en ambos bandos. Era una constante, ya que las dificultades que surgían día a día en la guerra, daban ganas de mandar todo a tomar por culo. Las enfermedades, las largas marchas forzadas, la sed, el calor agobiante, la preocupación por la familia, por miembros de la familia que estaban en el otro bando, el retraso de las pagas, los comentarios de más de uno sobre la maldita guerra, sobre la abolición de la esclavitud, cuando más de uno no sentía especial cariño por los negros, bastante tenían con preocuparse de sus vidas y de sus familias; eso sin contar con la monotonía unas veces, para pasar a los nervios y el pánico que acudían la víspera de una batalla, el no confiar en los comandantes, el desaliento de la derrota, que fue muy acusado en el ejército federal, casi desde el principio, toda esa acumulación de problemas, de desánimos, bajaron la moral de las tropas de los dos ejércitos. Él podía hablar del suyo, del ejército de la Unión, pero con los confederados pasó también. En el 63 y el 64, los más amargos de la guerra y él daba fe de ello, solamente en el de la Unión se calcula que hubo unas doscientas deserciones por día, y eso era mucho, demasiado; luego, uno de cada tres volvía a sus regimientos, unos

por ser arrestados y otros de forma voluntaria, como arrepintiéndose de lo hecho y sintiéndose culpables, sin olvidar las consecuencias que traía desertar y que te pillasen.

Qué hicieron las hermanas con esas pertenencias; esas guerreras grises debieron pertenecer a desertores; estaba seguro. No le preguntó a la muchacha si se fijó en el interior de esas prendas, si llevaban algún nombre escrito. Tendría que hablar con ella, tendría que interrogarla de manera sutil y que le contara todo lo que recordaba de ese episodio; porque sentía que las cosas no iban por su sitio, en ningún aspecto; porque pensar que se cayó y se golpeó la cabeza, era demasiado sencillo.

El día fue transcurriendo, la comida se desarrolló como siempre, por la tarde él se fue a montar y se acercó hasta la taberna del pueblo donde bebió un poco y estuvo haciendo preguntas, como queriendo saber de los vecinos, cómo andaban las cosas y si había jóvenes que necesitaran trabajo, ya que muchos de los que vivían en los alrededores trabajaban en sus fábricas y en los astilleros. Pasó más de dos horas, saludando a unos y a otros y después de invitarles a unos tragos, montó en el inquieto semental, le hizo dar otra cabalgada de una hora y se fue para casa.

La nieve se iba deshaciendo y cada vez se veía más terreno de diversos colores, pero eso podía engañar a un forastero, pero a ellos no, porque seguían en tiempo de nevadas y podía caer cualquier día sin previo aviso, estaban en febrero, todavía faltaba mucho para la primavera y hacía frío.

Llegando a los establos, rumiaba y rumiaba una idea en su cabeza, mientras soltaba vaho por la boca, igual que el animal. Entró en esas caballerizas que daban cabida a varios carruajes y a más de una veintena de caballos, pensando en ir esa noche a la alcoba, a su puta alcoba.

¡Cojones! Quiero dormir en mi cama, con mi mujer, después de hacer el amor con ella, o después de follar, me da lo mismo, pero lo necesito, hostia puta, maldita sea, me subo por las paredes con solo verla, me la voy a despellejar de pelármela como si tuviera catorce años, joder, hostia, me cago en la puta. ¿Qué tengo que hacer?

Hacerle el amor como si fuera la primera vez, pues se lo hago, hostia; tratarla con sumo cuidado, con toda la delicadeza del mundo para que no se asuste, pues lo hago así, de esa forma, maldita sea, pero lo quiero hacer, como sea. Dios, estoy jodido si tengo que irme sin poseerla, sin sentir su piel, su cuerpo, sin oír esos soniditos que hace esa boca gloriosa, sin sentir su boca sobre mí... bueno, si tengo que prescindir de eso por el momento, pues bien, pero todo lo demás, lo quiero, lo necesito, tocar esos pechos, morder esos pezones para después chuparlos como si los fuera a exprimir, y acariciar esos muslos, para llegar al centro, a esa unión exquisita donde enredar los dedos en esos rizos rubios e ir metiendo el dedo para tocar esa vulva, para cogerla con toda la mano, para introducir un dedo hasta el fondo mientras la oigo gemir y suspirar, ver ese rostro tan bello y tan angelical, hacer esos gestos que proyectaban ese placer tan obsceno...

Intentó dejar de pensar en ello, mientras atendía al caballo, pues le dijo al mozo, que lo haría él y mientras lo cepillaba y el semental resoplaba agradecido, él sintió que su miembro se ponía tenso contra la tela del pantalón. Apoyó la cabeza sobre el lomo del animal y este, volvió a resoplar, como diciendo que su amo se estaba tomando muchas confianzas.

—Ya lo sé muchacho, ya lo sé. Estoy peor que tú cuando olfateas a una hembra. —Dejó de cepillarlo y lo metió en su box, comprobando que tuviera su alimento y agua.

Venga, todo en orden. Salió y se dirigió a la casa, para bañarse y cenar con la familia.

La cena consistió en una serie de platos, sabrosos todos, entre ellos una sopa de almejas que a Taylor le gustaba mucho y langosta cocida tal cual, acompañada de una salsa especial, receta exclusiva de Eliza, que se recreaba en ello y le gustaba enormemente que su esposo le dijera que los señores habían quedado gratamente satisfechos, y que sus comidas nada tenían que envidiar a las que servían en la ciudad. También hubo diversos postres en pequeñas cantidades, de los cuales, Taylor disfrutó con un gran placer,

diciendo cada vez que probaba uno, que estaba exquisito y que eran ideales para ponerse gorda como una vaquita.

Ralph sonrió ante ese comentario, igual que Deborah, y Samuel orgulloso, le dijo que su esposa le haría todos los postres que ella quisiera, porque estaba seguro de que ella no se pondría gorda. Las sonrisas que le mostró al bueno y regordete de Samuel, hacían languidecer al marido, necesitando él de esas sonrisas, sonrisas que eran el mejor medicamento contra la soledad y contra el desamor.

Clavaba la mirada en ella constantemente y ella, cuando lo miraba a él, solo aguantaba unos segundos, para bajar la mirada al plato o dirigirla a Deborah. Y cuando sentía esa mirada turquesa en su rostro, en los movimientos que hacían sus manos, entonces volvía a mirarla y ella, se ponía rosa y volvía a mirar su plato.

Era como estar jugando al gato y al ratón, y él era el gato, pues menudo gato estaba hecho.

Después de la cena pasaron a la sala del piano y Deborah le preguntó cuánto tiempo iba a estar fuera, él contestó que en un principio una semana o diez días, dependiendo de cómo estuviera todo. La madre añadió que podía invitar a Orlando y familia, un fin de semana, que sería agradable tenerlos, y el hombre contestó que se lo haría saber.

Después, cuando Taylor dijo que estaba cansada, que se retiraba y que le deseaba un buen viaje, él se levantó y esperó que ella se acercase. La joven, ruborizada, se dirigió hasta él y estiró el cuello para besarlo, sintiendo esa mirada azul sobre su cara y viendo que tardaba mucho en bajar un poco la cabeza, ya que, si no era así, ella no llegaba. Pero por fin, él se inclinó y ella se atrevió a besar los labios del hombre, pero de manera rápida y avergonzada, sobre todo por estar la madre delante. Les dio las buenas noches y salió, dejando a madre e hijo solos.

Pero Deborah no dijo nada, sabiendo más por los silencios y las expresiones de ambos, que por las palabras que se pudieran pronunciar.

Hablaron de diversos temas y no tocaron, ni de lejos, el problema de Taylor.

Una hora después, cada uno se dirigió a su alcoba.

CAPÍTULO 11

Se desnudó despacio, pensativo, dejando las ropas en el respaldo de un sillón, sin encender lámparas solo con los rescoldos de la chimenea. Sabía que dentro de un rato no habría nada y que por la madrugada haría frío, pero no quiso echar más leña pues ya hacía bastante calor, él tenía bastante calor; de hecho, estaba ardiendo por dentro y por fuera y no era precisamente de gusto.

Estaba irascible y de una mala hostia impresionante. Sí, le había dado un beso de despedida en los labios, qué cojones, un besito de nada, un ligero roce de esa boca que lo encendía... y con eso se tenía que conformar. Y mientras, recordaba esa boca disfrutando de los postres, relamiéndose con esa lengüecita que deseaba comerse y luego le da un besito y le desea buen viaje.

¡Por Dios bendito!

Cálmate, Ralph, cálmate, pensaba mientras apretaba los dientes, tumbado en la cama, desnudo y combatiendo el deseo de levantarse, abrir la puta puerta y quedarse plantado delante de, SU, cama y esperar, esperar que ella hiciese algo, que ella se dignase a darle alguna limosna, alguna migaja.

Pasó un rato y no supo cómo, se adormeció, tal vez durante quince o veinte minutos y al despertar, malhumorado, notó una presencia y miró hacia la puerta comunicante. Apenas había luz, pero ahí estaba ella, de pie, con una bata sobre su cuerpo y quieta como una estatua.

Se levantó despacio para no asustarla, para que no escapara y cerrando la puerta se acabara todo.

La muchacha no se movió y él se plantó delante, con tan poca luz, que era difícil verse; pero dentro de esa penumbra él podía ver perfectamente, además, se conformaba con sentir, con tocar.

Cuando él iba a llevar las manos a los hombros para quitarle la bata, ella susurró cerca del oído del hombre.

—Tengo miedo. —Él se paró y bajó las manos, diciéndose: paciencia, paciencia.

—¿Por qué? Tienes miedo de mí. —Fue la afirmación del hombre, que esa oscuridad, lo estaba poniendo caliente.

—Tengo miedo de defraudarte. Tengo miedo de ser una decepción para ti. —Fue el susurro de la chica.

—Eso es imposible, mi amor. Tú no puedes defraudarme, al contrario... —Volvió a subir las manos y las colocó en el cuello para ir desatando el lazo que cerraba la bata a la altura de la garganta.

—Pero es que no sé lo que te gusta. No sé cómo comportarme y no sé si mi comportamiento, siendo de una manera o de otra te pueda molestar. —El lazo estaba desecho y fue echando la bata hacia atrás, hasta que cayó al suelo y quiso ver un camisón sin mangas y con un cuello cerrado, pero de una tela fina y suave, que resultaba tentadora sobre ese cuerpo lleno de curvas.

—Déjate llevar, deja que te de placer y no te de vergüenza expresarlo —le pidió mientras deslizaba las palmas de las manos sobre la suavidad de los brazos y notando como se tensaba, como esos delgados, pero fuertes brazos, se engarrotaban expresando sus temores.

—Pero, pero y si te ofendo con un comportamiento... vulgar, no me lo perdonaría nunca y... y si por el contrario me muestro mojigata... entonces... eso no te gusta tampoco. Oh, Señor, no sé qué hacer —lloriqueó, notando como un dedo se posaba sobre sus labios.

—Chis, no digas nada, solo déjate llevar. Disfruta de lo que te hagan mis manos y mi boca y goza; es lo único que te pido, lo único que deseo, goza. —Bajando la cabeza, capturó los labios gruesos y la besó largamente.

La muchacha sintió un latigazo por todo el cuerpo al sentir esa boca experta cogiéndole un labio y chupándolo y mordisqueándolo, jugando con su boca, para introducir la lengua y recorrer el interior, chocando con su lengua, que no sabía qué hacer con ella, dónde colocarla, pero no importó, porque él la bordeó, la tocó y en cuanto ella la sacó un poquito, él la cogió con sus labios para devorarla entera, al tiempo que sintió el miembro tocándole la barriga y

notando esas manos que resbalaban por sus costados, parándose en la cintura y yendo hacia atrás, hasta el trasero, abarcándolo por completo con esas manazas y dando unos cachetes juguetones.

Y entonces, le vino una imagen a la cabeza, una imagen corta pero intensa y supo que eso era un recuerdo, un recuerdo doloroso que dio pie a un agobio y a que respirase con rapidez al tiempo que ponía las manos sobre el pecho desnudo del hombre y le pedía que parase.

Él gruñó por lo bajo, pero no lo suficiente porque ella lo escuchó, separándose más todavía con la intención de irse. Pero él no se lo permitió, sus manos la agarraron por las muñecas y no le permitieron ningún movimiento de retirada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te ha molestado? Por Dios, Taylor, no me hagas esto. —Sentía la respiración descompensada y se temió lo peor—. ¿Has recordado algo? ¿Algo doloroso? —La joven movió la cabeza afirmando y él esperó que continuase, pero no lo hizo, con lo cual él tendría que hacer las preguntas—. ¿De qué se trata, mi amor? Dímelo, vamos. —Notó que la respiración se calmaba algo, pero la voz era temerosa.

—Me pegaste, tú me pegaste. Al tocarme así, atrás, he recordado que me pegaste, pero no sé cuándo, ni por qué. Solo sé que me maltrataste y tú dijiste que nunca me habías pegado y no es verdad. Lo he visto en mi mente, con toda claridad y estabas muy enfadado, pero no sé por qué, no sé por qué —lloriqueó, sin saber qué hacer y teniendo miedo.

El hombre soltó el aire y le volvió a acariciar los brazos, notando la tirantez que mostraba y sabiendo que así, de esa manera, no iba a hacer nada con ella.

—Te contaré lo que pasó. Ven, siéntate aquí. —Se dejó llevar hasta el sillón que estaba enfrente de la chimenea y agradeció el pequeño calor que daba los rescoldos de las brasas.

Él se sentó en el borde de la cama y ni se molestó en tapar su desnudez, que viera lo que producía en él, que, aunque se tuviera que poner a explicarle lo que pasó esa noche de la azotaina, no le iba a bajar la erección que tenía. Ella solo miró el rostro del hombre

y cuando bajaba hasta ese torso musculado y con un suave vello oscuro, volvía otra vez la mirada al rostro, muerta de vergüenza.

—Sí, esa noche te di una azotaina. Y te juro que lo lamentaré mientras viva, pero no lo pude evitar. Me sacaste de mis casillas y no me controlé; pero eso no es una justificación para el maltrato que te di, pues tampoco fue para tanto lo que hiciste o dijiste esa noche.

—¿Me porté mal contigo? —Fue la pregunta hecha con una suavidad, que le removió las entrañas.

—Cariño mío. Empezaré por el principio. Estábamos en un hotel de Charleston, fue la segunda noche de estar en la ciudad y la tercera de conocerte, tú usabas ropa masculina: un pantalón y una camisa, que normalmente llevabas por fuera para disimular ese cuerpo tan hermoso que tienes. Yo te dije que no quería que salieras sola por la ciudad, mientras estaba fuera; pero no obedeciste y hubo un altercado en la calle. Un tipo se metió contigo, te ofendió y tú le hiciste frente y tuvieron que intervenir unos soldados para que ese individuo no llegara a mayores. Cuando volví al hotel, los oficiales me informaron con todo tipo de detalles y diciéndome que te controlara más o acabarías en las manos de algún desalmado —la muchacha atendía cada palabra que salía por la boca de ese hombre, intentando no mirar... lo que no debía mirar—. El caso es que me enfadé y subí a la habitación con mucha ira acumulada, más por lo que pudo pasar que por lo que pasó. Tú estabas en tu habitación y ambas se comunicaban por una puerta interior, igual que estas. Entré como una tromba y tú, que estabas acostada, te levantaste y te fuiste a un rincón aguantando mi vocerío y mi enfado. Si no me hubieras contestado, si no me hubieras hecho frente, tal vez no habría pasado nada, pero no fue así. —Se paró de golpe y ella mirándolo con esos ojazos, ni pestañeó de lo interesada que estaba en ese relato protagonizado por ellos dos.

—¿Y qué pasó? ¿Qué te hice? —Él, recorrió con la mirada esos ojos y esa boca entreabierta, tentadora... intentó llevar la mirada a otro sitio y enfriarse un poco.

Se fijó en el hermoso cabello y llevó una mano hasta un mechón que colocó de manera tierna detrás de la orejita.

—No recuerdo con exactitud, pero creo que dijiste que yo te había dicho, que hicieras lo que te diera la gana; el caso es que me enfadaste más de lo que ya estaba y entonces vino el insulto y ahí fue donde perdí los nervios y la paciencia.

—¿Y qué insulto te dije? —preguntó, esperando lo peor.

Él se frotó la mejilla y no dejó de mirarla.

—Algo así como: yanqui cabrón egoísta, o yanqui egoísta cabrón, no me acuerdo con exactitud, el orden no importa, da igual. El caso es que me puse como una fiera, te enganché por la cintura, te puse sobre mis rodillas y... y te di seis azotazos. —Ella escuchó la respiración del hombre, que indicaba claramente que lo estaba pasando mal—. Cuando te di el último, te juro por lo más sagrado que me arrepentí al momento, pero no te lo dije, no salieron palabras de mi boca. Te levanté y te dejé, sola en tu habitación para irme a la mía. Al día siguiente, cuando fui a recogerte para llevarte a comprar algún vestido, tú estabas esperando modosita, como si no hubieras roto un plato, y yo me sentí como el mayor hijo de puta de la tierra. Y cuando fuimos a la tienda y pasaste al probador con la dueña y mientras te probabas ropa, la mujer vio las marcas de mis manos en tu carne y te preguntó que te había pasado, le contestaste sin darle importancia, que te habías caído del caballo, y entonces me volví a sentir el ser más cabrón de la tierra. —La muchacha estaba extasiada ante ese relato.

Ya no le importaba los azotes que recibió, sino, la forma en cómo contaba él toda la historia, el mal trago que pasó por comportarse de esa forma, sintiéndose culpable desde el primer momento por haber actuado con violencia y a pesar de que ella no recordaba nada más que esos azotes, creía cada una de las palabras que salían de esa boca, de esa boca que miraba entre luz y sombras y que deseaba cada vez más.

—A pesar de lo que te hice, en ningún momento te mostraste rencorosa, ni nada por el estilo y eso lo agradecí al mismo tiempo que me dolió. Esa noche, me quedé en el bar del hotel con unos oficiales, los mismos que fueron testigos de lo que te pasó en la calle y me emborraché, no mucho, no para perder el conocimiento, pero bebí lo mío. Subí a la habitación y recuerdo, que la puerta que

comunicaba con la tuya estaba entre abierta y me acerqué para ver, para verte; pero no entré, se me pasó por la cabeza, pero no lo hice. Fue después cuando estaba sentado en la cama, con los pantalones puestos, pero sin camisa, cuando noté una presencia y ahí estabas. Creo que te pedí que te fueras, que estaba muy borracho, y ¿sabes lo que me dijiste? —Ella negó con la cabeza—. Dijiste que la viuda Roberts te había dicho que un hombre y una mujer, podían jugar sin llegar a hacer niños.

La muchacha enrojeció ante esas palabras, pero no retiró la mirada del rostro del hombre, pues estaba tan extasiada ante todo lo que contaba su esposo, resultando de lo más interesante.

—Y jugamos, Taylor, nosotros jugamos. Te pedí perdón por el daño que te cause y tú, me preguntaste si quería ver el mal que hizo mi mano sobre tu delicada piel, y entonces te pusiste de espaldas a mí y te fuiste levantando una de esas camisolas que llevabas, dejando ver tu desnudez, haciendo que me hirviera la sangre, que mis ojos se quedaran fijos viendo cómo te quitabas la camisa y la tirabas al suelo, para ofrecermese ese perfecto culito que tienes y besar esa carne tantas veces como la maltraté. —La muchacha estaba tan sorprendida, que apenas pestañeaba y no dejaba de mirar a ese hombre tan seductor—. Y después, Taylor, después te di placer con mis manos y con mi boca hasta resarcirte de todo el mal que te hice. Solo así me sentí menos culpable. —Terminó de hablar y se hizo un silencio lleno de tensión sexual.

Ella estaba sorprendida de su comportamiento, de haberse ofrecido a él, de esa manera y tan pronto. Si no lo conocía..., y a la cuarta noche de haberlo tratado.

Madre mía. Sintió que todo su cuerpo ardía por dentro y por fuera.

—¿Y no hicimos niños? —Fue la pregunta que salió de sus labios, con la voz algo alterada.

La penetrante mirada del hombre, la taladró hasta el fondo, para desplazarse por ese camión fino y transparente pero suelto como una túnica griega, que se dejaba posar sobre esos pechos gordos y dibujar esos pezones abultados, con una delicadeza indecente, que lo único que deseaba era rasgarlo con sus manos.

—No, Taylor, no hicimos niños. Seguiste siendo virgen hasta que te metiste en mi cama, haciendo que ardiera como una antorcha y no pudiera resistirme a ti. Pero eso sucedió en Boston ¿No recuerdas eso? —Ella negó.

—Solo he recordado los azotes, ha sido como un latigazo que me ha dado la mente, nada más. Pero...

—¿Pero qué? —Él estaba excitado y con esa conversación y sobre todo con el interés que le estaba poniendo la muchacha, todavía se ponía más caliente.

—Que... entonces he sido muy mala. —Él mostró una sonrisa torcida, ante ese tonito entre ñoño y erótico.

—Me gusta que seas mala, me gusta que te muestres en todo tu esplendor. Que me pidas lo que deseas que te haga, no sabes cómo me gusta.

—Pero eso es un comportamiento feo, un comportamiento de golfas. Madre lo decía. —Él volvió a sonreír y acarició el óvalo, produciendo un temblor en la muchacha.

—Nadie sabe cómo nos comportamos y a nadie le interesa. Nuestra intimidad es nuestra y de nadie más. Y quiero que disfrutes igual que lo hago yo y para eso, tienes que hacer todo lo que deseas, pedirme todo lo que quieras y no va a pasar nada.

—¿Seguro? —La pregunta sonó incrédula y la expresión de la joven, sorprendida.

—Seguro. —El hombre estaba convencido de que la tenía en la mano. De que... ya era suya.

—¿No me pegarás luego? —Él se molestó ante esa pregunta, pero lo disimuló.

—No, mi amor. Jamás volverá a ocurrir una cosa así. Además, esos azotes que te di, no fueron por tu comportamiento íntimo, fue por un insulto y eso es distinto. Es como si yo te dijera una bajeza por haberme enfadado contigo, ¿lo entiendes? —Ella no dejaba de mirarlo con esos ojos que le hacían perder la cordura.

—Por ejemplo, ¿que me llameses puta? —Él la miró sin pestañear.

—Es un insulto, sí.

—Pero no me llamarías así, si te dijera... que quiero que me toques... aquí —dijo llevándose las manos entre los muslos y apretando esas gasas contra los rizos.

El hombre tragó saliva, mirando ese rostro amado, para desplazar la mirada sobre esos pechos y ver la unión de esas manitas, una encima de la otra y ambas encima de su pubis; por todos los santos, qué es lo que iba a pasar esa noche, esperaba poder estar a la altura de las circunstancias y no correrse a la primera de cambio.

Tragó saliva otra vez, y pensó que tenía que pensar, en algo que le enfriara la mente y el cuerpo.

—Jamás te diría algo así —contestó con frialdad, aguantándose las ganas de cogerla y tirarla sobre la cama.

—Pero, ¿no piensas mal de mí, por haber ido esa noche a tu habitación y comportarme como una fulana? —Las manitas seguían tapando su pubis, pero sus gestos alterados, reflejaban preocupación y los pechos quedaban apretados entre sus delgados brazos y a él se le iban los ojos sin querer.

—Taylor, las cosas ocurren, en algunas ocasiones, de la manera más natural. Y eso fue lo que pasó esa noche. Se juntaron varios factores, yo me emborraché porque me sentía mal por haberte tratado así y tú, apareciste en mi habitación, porque tal vez, a pesar de mi comportamiento, estabas sintiendo algo por mí, una atracción igual que la que yo sentía hacia a ti. Pero esa noche, no quise robar tu virginidad, porque no lo consideré justo; estabas dispuesta a todo, te abriste a mí para dármelo todo, pero eras tan joven, sigues siendo tan joven. Y en aquel momento más, porque yo te veía casi como a una niña, una niña salvaje que estaba por madurar y que tal vez al día siguiente te ibas arrepentir de lo que me dejaste hacer. —Dejó de hablar un momento, recordando esos días, recordando esos sentimientos que comenzaban a emerger por esa criatura.

—Sigue... sigue —reclamó ella, de un modo impaciente, sintiendo que ese hombre superaba cualquier expectativa de una mujer. Que ese hombre era un regalo, pero no por la riqueza que tuviera, sino por la integridad, y la hombría en el mejor sentido de la palabra.

Esos ojos oscuros la miraron, comiéndosela y ella no retiró la mirada, sin saber qué podría estar pensando ese hombre que era su

esposo.

—Sigue, por favor.

Él bufó un poco, en parte nervioso, en parte excitado.

—No hay nada más, Taylor. Te llevo muchos años; tú aún no has cumplido los veinte y yo voy camino de los cuarenta. No quería aprovecharme de ti, solo era eso. Pero el deseo era tan grande, que no pude rechazar esa ocasión de probar el manjar que me ofrecías. Era imposible, mis ojos no se retiraban de tu cuerpo, toda tú me llamabas, igual que una sirena llama a un marino. Pero tuve el tino de no entrar en tu cuerpo, de satisfacer mi miembro inquieto y juguetón, deseoso de acoplarse dentro de ti. Te di placer, tú me lo diste a mí y después, te llevé a tu habitación y allí te dejé, pensando que seguías siendo virgen y que el hombre que se casara contigo, te encontraría intacta y esa, cariño mío, es la mejor manera de empezar un matrimonio.

La muchacha estaba encantada y al mismo tiempo, sentía como se excitaba con todo lo que él contaba; pero ella quería saber más, mucho más.

Y sabía a ciencia cierta, que él estaba contando nada más que la verdad.

—Solo tienes treinta y seis años, me lo ha dicho tu madre —lo dijo de tal forma, que a los oídos del hombre le sonaron como si hubiera dicho diez menos y no pudo evitar la risa—. No te rías, tampoco es tanta la diferencia. Padre le llevaba a madre unos diez o más años y nosotras no lo notábamos. Solo veíamos un poco raro, que padre fuese tan celoso, pero imagino que eso no es cosa de la edad, el que es celoso es celoso tenga la edad que tenga, ¿no crees?

—La edad influye, Taylor, siempre influye. Yo también tengo celos cuando veo cómo te miran los hombres, pero tú no tienes la culpa de ser tan hermosa, de ser tan condenadamente bella.

La voz del hombre enronqueció y ella tembló, como si sintiera un placer prohibido, como si fuera a cometer una infidelidad, como si ese hombre que apenas conocía, fuese un amante y ella, la esposa adúltera de un marido que tampoco conocía; qué tonterías piensas, Taylor. Este hombre tan atractivo y que te está contando estas

historias tan excitantes es tu esposo, y esas historias, son tu vida, todo eso que no recuerdas pero que ha pasado.

—¿Te doy motivos para que te pongas celoso? —La pregunta la susurró y él se quedó mirando esa boca, para sonreír cínicamente y mover la cabeza, haciendo que ella mirase ese cabello negro, espeso y algo largo, deseando tocarlo.

—No me das motivos, vida mía. Si me dieras motivos, sería mi perdición y la tuya, no te voy a mentir. Mataré a cualquier hombre que ponga las manos encima de tu cuerpo sin tu consentimiento y sí lo has dado, entonces mi amor, reza por tu alma porque acabaré con tu vida. —No debería haber dicho eso, no debería haber hecho esa confesión, pero le salió sin más; y ahora, al ver esos hermosos ojos llenos de aprensión, se arrepintió.

Pero no iba a dar marcha atrás.

Por Dios, que no.

—Taylor, soy un hombre, defiende lo que es mío y tú eres mía. Jamás he amado, hasta que te conocí. He tenido muchas amantes, de una sola noche, de varios días, semanas y alguna me ha durado varios meses, pero nunca, nunca, me he enamorado de ellas. De ninguna. Cuando te conocí, me deslumbró tu belleza, no lo voy a negar, pero también me dejó de una pieza el vocabulario que empleabas. Si te soy franco, me costaba mucho trabajo unir tu físico con tu forma de hablar y aun me desconcertaba más, utilizando ese acento tan meloso que tienes. Y por supuesto, te consideraba una cría, a pesar de tener los dieciocho, eras una cría para mí. Por eso, cuando llegamos a Charleston y nos hospedamos en el hotel, porque tenía que llegar un cargamento de algodón, comencé a sentirme extraño contigo, no sabía muy bien qué me estaba pasando. Jamás he pegado a una mujer hasta esa noche que te di la azotaina, y no supe porqué no me controlé, porqué perdí los estribos de esa manera.

Hizo una pausa, sin retirar la mirada de esos ojos y siendo consciente de la expresión que ella mostraba, entre sorprendida y hechizada.

—Me estaba enamorando y, ni lo supe ver, ni lo quise ver. Pero cuando sentí el latigazo de los celos, al ver que los oficiales que

conozco en la ciudad, te comían con los ojos y que galanteaban contigo, en esos momentos, sentía bullir la sangre como si estuviera en un caldero hirviendo y no me gustó esa sensación. Y tú no hacías nada malo, dulzura mía, tú solo eras amable y simpática con ellos, no te ponías a coquetear como hacen otras mujeres, que se les nota descaradamente que están esperando más y más. Tú no. Pero con la simpleza de esa simpatía, con la hermosa boca que tienes, sonriendo, enseñando todos los dientes y esa lengua sonrosada, eso ya era más que suficiente para que esos federales bailaran a tu alrededor y yo, yo como tu protector debía impedirlo, y lo impedía, ya lo creo, pero era por los malditos celos que tenía.

—Vaya —susurró la muchacha, sin llegar a creerse que ella provocase todo eso—. Pues siento no acordarme de todo eso. Y entonces, si creías que era una niña, si no te gustaba mi manera de hablar y encima no te obedecí y te insulté y me pegaste, pero luego me diste placer y yo... ¿cómo te di placer? —La pregunta, dicha de esa forma, parecía casi sencilla.

Pero cómo le iba a explicar lo que pasó, lo que ella hizo.

El hombre sacudió la cabeza y se preguntó si iban a pasar la noche hablando, porque sí así era, no lo iba a permitir, ¿o sí?

—Taylor, hay cosas que hacen un hombre y una mujer... que no son fáciles de explicar. De hecho, hay cosas que nosotros hemos hecho, que la mayoría de los matrimonios no lo harán en la vida. —No le quitaba la vista de encima y era muy consciente de la curiosidad de su joven esposa, y todo esto de que no recordara nada del pasado juntos y que se lo tuviera que explicar para poder hacerle el amor, resultaba un tanto extraño.

Era como si le tuviera que dar lecciones de vida, para que comprendiera el sentido de las cosas, para que, a base de contarle sus vivencias, ella pudiera abrirse a él, volviera a amarlo, ¿sería eso posible, o tal vez se estaba engañando?

—Taylor, tú eres una mujer muy sensual, enseguida te ofreciste a mí. —Hizo una pausa y ella intervino nerviosa.

—Sí, sí, eso ya lo sé. Me metí en tu cama. Me lo ha contado Lucy; por lo visto todo el servicio lo sabe. Menuda vergüenza, ¿no crees? Cuando vuelva a Boston y ese buen hombre que dice Lucy, que se

llama Charles, me mire, me van a salir todos los colores. Santo Dios, dice que mis grititos, así lo dijo, y gemidos se oían por toda la casa... qué vergüenza —murmuró mirando las ascuas de la chimenea.

Ralph no pudo evitar la risa, pero se moderó para que no saliera una carcajada contundente y asustara a la muchacha.

—No te rías, no tiene gracia. —Él deslizó un dedo por la suave mejilla.

—Me rio, porque eso a ti no te importa. Tú eras la que le decía a Charles que no cerrase la puerta y él, al final, hacia lo que tú le pedías. Te metes a todo el mundo en el bolsillo, Taylor. No sé cómo lo haces, si piensas mucho en ello, o simplemente sale natural, pero el caso es que todos los que trabajan para nosotros te quieren y están dispuestos a obedecer tus ordenes, sean del tipo que sea. — Ella analizó esas palabras.

—Pero entonces, si me metí en tu cama, ¿qué pasó en el barco? ¿Nos mantuvimos a distancia, comportándonos como si nada hubiera pasado? —Él volvió a sonreír, recordando ese episodio.

—Ahí también te metiste en mi cama, pero fue para estar acostada todo el tiempo que duró el viaje. Mareada, sin poder estar de pie, desde principio a fin. Ahí sí que... me decepcionaste; pensé que ibas a ser una marinera intrépida, pero no fue así —dijo bromeando y ella captando la broma—. Pero fue mejor, porque si hubieras estado bien, habrías subido a la cubierta y habrías trastornado a mis marineros, y eso sí que no lo habría tolerado. Entiéndelo Taylor, una mujer en un barco lleno de hombres, no es lo más sensato, solo acarrea problemas. —Ella movió la carita y él se perdió en esas profundidades turquesa.

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente. Pero dime, entonces cuando ya estábamos en tu casa, bueno, en la casa de tu mamá, me dejaste con ella porque el tío Maxwell había muerto y quiso que tú fueras mi tutor, porque las arpías de las mujeres Weide no me querían. —Él sonrió y afirmó con la cabeza—. Y entonces, Deborah me acoge como a una hija y yo también me llevo muy bien con ella y Lucy dice, que piensa que cogí la habitación que daba al jardín para controlar la tuya y para que cuando me fuera de excursión, no se

dieran cuenta ni tu mamá, ni tu cuñada que duermen en el otro lado, mirando a la plaza. —Ahora no pudo evitar la carcajada.

Dios, como amaba a esa criatura tan especial.

—Es posible que lo planearas así, no me extrañaría.

—Y dime, ¿cómo fue la primera vez? —Él se quedó mirándola muy serio y llevó las manos al rostro de la joven, enmarcando esa cara.

—¿Te has dado cuenta, de que, si me dejas que te haga el amor esta noche, será otra vez, una primera vez? ¿Qué te parece, si me dejas hacerte lo mismo que te hice esa primera vez? —El hombre vio los colores de las mejillas de su amada, a pesar de que las ascuas iban desapareciendo y la oscuridad se iba acentuando.

Notó como se le aceleraba la respiración y volvió a hablar para que no entrara en pánico, para que no saliese corriendo de la habitación.

—No pasa nada, mi amor. No tengas miedo.

—No es miedo. Bueno, tal vez un poco, pero es que, si he sido tan osada y he sido yo la que te ha puesto en un compromiso y si mi comportamiento de entonces, te gustó y mucho y ahora no estoy a la altura, te enfadarás y te buscarás a otra que te haga feliz, que te de placer y entonces... —Él la silenció con sus labios, la besó dulcemente, pero saboreándola y haciendo que se tranquilizara, para separarse de ella y sin quitar las manos del rostro le habló.

—Eso no va a ocurrir, mi amor. En cuanto te toque, en cuanto me dejes amar tu cuerpo de nuevo, te mostrarás como eres y yo te haré feliz y tú me harás feliz. ¿Me dejas amarte? ¿Me dejas que honre tu cuerpo como te mereces? —Esas preguntas le llegaron muy hondo y ella sin palabras, pronunció un sí silencioso.

Él se puso de pie y tomándola de la mano, la levantó. Le preguntó si quería que encendiera una lámpara, pero ella negó con brío. Bien, a él no le importaba, con luz o a oscuras, le daba igual. Comenzó acariciando los brazos y llegó a los hombros, acariciando el cuello en toda su longitud, haciendo que sintiera la amplitud de sus manos rodeando ese esbelto cuello, oyendo como la respiración de la muchacha se hacía más intensa cuando llevó las manos hasta los

pechos, tocándolos de la manera más sutil, al tiempo que oía el pequeño, pequeñísimo suspiro que salió de su garganta.

El hombre no quiso quitarle ese camisón tan fino, tan suave, dedicándose a deslizar sus manos por esos turgentes pechos, rodeándolos, sopesándolos en las palmas de las manos y frotando los pezones erectos y gorditos al máximo. Le murmuró al oído que tenía los pechos más bonitos que había visto en su vida; y a ella eso le gustó mucho, había estado con muchas mujeres, por lo tanto, había visto y tocado muchos. Le siguió diciendo, que tocar y acariciar esos pechos le excitaba hasta las cimas más altas y que con solo ese manjar ya era feliz. Le preguntó si le gustaba que sus manos acariciaran sus pechos, si sentía placer, si quería más, y ella, susurrando y amparada en la oscuridad, contestó que sí, que le gustaba mucho mucho mucho. Y se atrevió a más, diciendo que con solo pensar en sus manos ya se excitaba, que esas manos grandes y masculinas, deslizándose por su cuerpo, era el mayor de los placeres.

Y él le dio el gusto. Movi6 las manos, tan despacio por su cuerpo, que ella tembló de placer y de anhelo, sintiendo como le acariciaba el est6mago a trav6s de esa gasa que cubría su cuerpo, para seguir por el vientre y rodear el ombligo, ir hacia los lados para volver al centro del mismo, debajo del ombligo y tan cerca del pubis, que esper6 nerviosa el siguiente movimiento.

Pero 6l no llev6 sus grandes manos al pubis, no, todavía no, volvi6 a subir y volvi6 tocar los pechos, pero mientras hacía eso, le dio la vuelta, le quit6 de una ese camis6n tan delicado y apoy6 la espalda contra su pecho. Ella not6 el pene duro contra su cadera y esas manos que seguían jugueteando con los laterales de los pechos maduros, hinchados por el embarazo, tan sensibles y delicados que parecían arder ante esas caricias; y no pudo evitar moverse contra 6l, entre sus manos y contra su grueso miembro.

Ralph sonri6, pensando que su pequeña, aunque no recordase, se volvía a comportar como al principio, que era la misma mujer ardiente, hecha para amar y ser amada. Puro sexo. Jamás se había encontrado con una mujer que reuniera todas las cualidades que a 6l le gustaban. Jamás una mujer lo excit6 de esta manera, jamás

había sentido algo tan profundo, al tiempo que perverso, al tiempo que morboso. Estaba tan cachondo, que tuvo que emplear un férreo control, para alargar el juego amoroso y que ella volviera a saber lo que era un orgasmo, que disfrutara antes de la penetración, por si acaso eso le resultaba molesto. Estaba sintiendo un placer extremo, notando como ese culo prieto y respingón se frotaba contra su erección y oyendo esos gemiditos que ya los hacía suyos de nuevo. Y siguió sobando esos pechos que tanto le gustaban, mientras dejaba un recorrido de besos por el cuello y los hombros, notando esa mata de pelo que le llegaba a la cintura y que invadía los cuerpos de ambos.

La tocó despacio, tan lentamente que la hizo delirar, que oía su respiración frenética y que notaba el calor de ese cuerpo femenino, lleno de curvas, a pesar de que ya comenzaba a refrescar. Sus pieles estaban calientes, sus cuerpos deseosos de continuar y ella, sin recordar, sin que su memoria le dijera esto ya lo has vivido, quería más, ansiaba más. Y cuanto más quería, más se frotaba contra ese falo que se restregaba contra su cadera, y ella doblaba las piernas pegada a él, para sentir ese miembro a lo largo de su espalda y volver a ponerse derecha y notarlo encima de su trasero. Y ella abrió ligeramente los muslos, deseando que él llevara una de sus grandes manos a esa zona, que la tocara allí, en ese punto que le ardía, que le picaba y él notándolo, no tardó en hacerlo, como si le leyera el pensamiento, como si supiera los pasos a seguir, porque ella se estaba comportando como él esperaba. Y con los cuerpos pegados, la espalda de ella pegada al tórax ancho y fuerte de su esposo, notó como esos dedos bajaron por su abultado, pero todavía pequeño vientre y tocaron los rizos, al hacer eso, ella se encoló más contra él, y él contuvo la respiración para no correrse en ese preciso momento, para aguantar hasta que ella dijera, basta, para, ya no puedo más.

Los dedos avanzaron y jugaron con ese botoncito que ella no sabía ni que existiera y apoyando la cabeza en el torso del hombre para ofrecerle los labios, ahogó un gritito dentro de la boca de él, y después otro. Y creyó estar en el paraíso, cuando esas manos no dejaron de jugar entre sus muslos, provocando oleadas de placer y

esa boca experta se la comía sin parar, tragándose todo, sus gemidos, sus suspiros y silenciando sus gritos, mientras sus cuerpos encorvados, el más grande envolviendo al más pequeño, se frotaban en una danza obscena pero sensual, dejando que sus deseos vagaran al son de los movimientos, enardeciendo por momentos.

Y cuando ella notó un dedo dentro de su cuerpo, lo recibió con fiereza, porque su sexo estaba caliente y mojado y deseando acoger algo más grueso, algo que la naturaleza consentía. Pero él no estuvo de acuerdo, y ella, no estaba preparada para lo que iba a llegar; porque ese dedo salió de su interior y se puso a frotar con fuerza, pero sin lastimarla, ese punto que coronaba su vulva, cuando le vino el orgasmo. Sintiendo que su cuerpo era sostenido por el fuerte brazo del hombre, mientras sus dedos seguían friccionando ese punto y conseguía darle tal placer que sintió su cuerpo como gelatina, que la cabeza le diera vueltas y más vueltas, como si estuviera subida en una noria de agua.

Incluso sintió que ya conocía algo tan glorioso, que esas manos, esos dedos expertos y hábiles ya la habían tocado de esa forma, aunque no recordara los detalles. Fue tal el orgasmo, que se dobló entera, clavando el culo contra el sexo de él, hecho que aprovechó el hombre para agarrarla por las caderas y frotarse contra ella, respirando con fuerza, mientras apretaba los dientes para evitar eyacular contra ese trasero duro y redondo que lo ponía como animal en celo.

La cogió en brazos y ella dijo entre susurros que no entendía lo que había pasado, que casi había perdido el conocimiento, que había sentido algo maravilloso e imposible de explicar. Él rio entre dientes y le contestó que le gustaba mucho que ella hubiera llegado a ese estado, pero que todavía no había acabado.

Tumbándola en la cama, la besó despacio, en la boca, en el cuello, para después ir a los pechos y comérselos, uno a uno, despacio, muy lentamente, lamiéndolos, chupándolos como si fuese un bebé glotón y sintiendo como ella gozaba y lo agarraba del pelo, para guiarlo de uno a otro; para que los dos pezones recibieran el mismo regalo, para que las dos cumbres gemelas tuvieran el mismo

placer. Era tan agradable sentir esos labios mamando sus pechos, era tan excitante, que, sin querer, provocaba que abriera los muslos, para que él la tocara otra vez.

Y él volvió a llevar la mano entre los muslos, para tocar y tocar, para abarcar con sus dedos todo el sexo y meter un dedo y luego dos, haciendo que ella se encogiera de placer. Y entonces le preguntó si quería que la penetrara, si deseaba que la hiciera suya otra vez, suya como cuando la primera vez que sus cuerpos se unieron.

—Sí..., por favor.

Lo dijo en susurros, pero lo que realmente le apeteció, fue gritarlo a pleno pulmón, pues era tal el estado de excitación, que tenía que morderse los labios para no chillar como una loca.

—No necesito que me lo pidas por favor, te lo doy las veces que quieras, todas las veces que lo desees, haré lo imposible por satisfacerte. —Se subió encima y fue introduciendo el pene, despacio, aguantando su peso con los brazos, para no aplastarla, para que ella se abriera y sintiendo que todo volvía a su cauce, que volvía a ser suya, que ese cuerpo adorado le pertenecía de nuevo, haciendo que se sintiera el hombre más satisfecho, el más feliz. Ella gimió de placer y él notó que le había venido otra vez, fue entonces cuando embistió hasta el fondo para volver a salir y volver a entrar, para estar así durante unos minutos y por fin, correrse dentro de ella, descargando toda la tensión acumulada, del tiempo, de la espera molesta, incómoda, nerviosa y por todo ello más placentera, más profunda al hacerla suya de nuevo, al ver que todo o casi todo volvía a la normalidad y que la mujer con la que se había casado seguía siendo la misma.

Se mordió el labio de puro placer, a pesar de notar las uñas de ella clavándose en su espalda. Ojalá y todas las heridas fueran unos arañazos en la espalda, producidos por una noche de amor.

Ojalá.

Dios, lo había esperado, lo había deseado, pero no pensó en ningún momento que fuera tan bueno, que lo dejara tan satisfecho, que pudiera irse con la alegría de haberlo tenido y con la esperanza

de volver a tenerlo. Jesús, esta niña, esta esposa que tenía, con o sin amnesia era una maravilla, una auténtica delicia.

Sintiendo que la respiración volvía a la normalidad, fue saliendo de ella y se tumbó complacido. En unos segundos, tapó los cuerpos con las ropas de cama y abrazó a su esposa que había comenzado a temblar. Ella se abrazó a él, cobijándose debajo de su hombro, oyendo la pregunta del esposo.

—¿Te ha gustado, cariño mío? —Esa voz grave, profunda y varonil hasta las entrañas, la hizo temblar de emoción.

—Sí, sí. Me ha gustado mucho. Muchísimo —contestó un poco avergonzada—. ¿Y a ti te ha gustado? —La risa contenida del hombre, le agradó, pensando que eso era buena señal.

—¿Qué si me ha gustado? —preguntó con un sarcasmo que ella no percibió—. Claro que me ha gustado, mi amor. Toda tú me gustas, y que disfrutes ya me da placer, y si encima me dejas hacer todo lo que quiero, ¿qué más se puede pedir? —preguntó sin necesidad de contestación y acariciando el hombro de ella.

—¿Y si no te dejase hacer lo que tú deseas? ¿Qué pasaría? —preguntó, pasando sus dedos por ese pecho tan fuerte y tan duro, tan ancho, al tiempo que sentía al hombre sonreír.

—No pasaría nada, amor mío, nada. Soy tu servidor, tu esclavo, haría lo que tú quisieras, me conformaría con lo que quisieras darme. Así es como me tienes, así es el amor que siento por ti y solo importan tus deseos.

—Vaya —dijo ella.

Él rio y repitió.

—Vaya.

—¿No te estarás riendo de mí? —Él la abrazó con más fuerza, y posó los labios sobre la frente de ella.

—Jamás en la vida, mi pequeña, jamás. —Pasaron unos minutos sin hablar y ella volvió a enredar en el vello pectoral y él supo que eso indicaba que deseaba hablar.

—¿Y si me fuera contigo, mañana? —Ralph no contestó al momento, notando como ella se ponía nerviosa.

—¿Es que quieres venir conmigo? —No esperó contestación—. Es un viaje cansado y pesado para el estado en el que estás. Voy a

viajar de un sitio a otro, tengo mucho qué hacer, hablar con mucha gente; estarías todo el tiempo sola, y si te llevase a las reuniones de trabajo solo conseguirías distraer a mis socios y a los trabajadores, sin contar, que al viajar en carruaje sería más lento que, yendo a caballo, como habitualmente hago. Además, seguramente tendré que bajar a Nueva York y también iré a Pensilvania; los viajes en tren son más confortables, pero, aun así, no son viajes de placer, estarás mejor aquí, con mi madre. ¿No te parece?

—Sí, seguramente estés en lo cierto. —La voz sonó un poco mohína.

La oscuridad era total, ahora solo se oían y se tocaban.

Nada más.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó acariciando el rostro femenino y acercando su cara a la de ella, hasta casi rozar las bocas.

Ella notando que estaban tan cerca, tan pegados, volvió a sentir un hormigueo por su cuerpo y quiso mostrarse tontina, para ver qué hacía él.

—Pues que no quiero que te acuestes con otra mujer, no lo podría soportar —susurró entre pucheros.

Él sonrió, sintiéndose otra vez excitado.

¡Dios, cómo le ponía esta mujer!

—Mi niña, no voy a hacer algo semejante, tienes que confiar en mí, porque, a fin de cuentas, si eso ocurriera no te ibas a enterar. —Escuchó los suspiros, incluso creyó oír un gimoteo. Y fue entonces cuando sintió que se movía y que posaba sus delicados labios sobre sus tetillas y comenzó a mordisquear al tiempo que decía:

—Pero yo no quiero que busques otra mujer, yo te lo quiero dar todo. ¿Podrás esperar hasta que regreses, para que te ofrezca todo lo que poseo, todo lo que soy? —Esa pregunta hecha, entre deslizamiento de lengua y succión de pezón, hizo que el hombre se pusiera cachondo en un momento y que permaneciera quieto para ver qué hacía ella, hasta dónde podía o quería llegar.

Porque era la misma juguetona que conoció, era la perfecta amante para un hombre sin prejuicios, para un hombre que supiera estar a la altura de ella. No pudo evitar sonreír, pero apretando los dientes, notando lo que se le venía encima.

—Claro que puedo esperar, Taylor. Esperaré lo que me pidas, lo que desees, lo que haga falta —murmuró con la respiración acelerada, notando que ella se movía y esos labios iban recorriendo su estómago plano.

—Nunca pensé, que un hombre fuera tan hermoso. Tienes un cuerpo perfecto que, no me cansaría de jugar con él todo el tiempo. —La frase fue dicha, mientras recorría con la lengua todo el camino que llevaba hasta su miembro y al notar como esas manitas rodeaban esa masculinidad, él se encogió de placer, pero ella no lo supo.

—¿Te hago daño, esposo mío? ¿Te duele? —preguntó con malicia y amparada en esa oscuridad que la hacía ser más mala, más golfa como habría dicho su madre.

—No, Taylor... no me duele —dijo con voz entrecortada.

—Entonces, ¿por qué gruñes como un animal apesado en un cepo a punto de morir? —Estaba siendo mala con él, y él lo sabía y él, estaba disfrutando.

—Porque estoy en un cepo, tus manos son un cepo sobre mi miembro. Lo estás haciendo sufrir y a mí también, pero es un sufrimiento sin dolor. —Entonces notó toda esa manta de pelo sobre sí y esa boca que se cernía sobre el pene hinchado y palpitante, cogiéndolo entre los labios, chupándolo y deslizando la lengua por todo el tronco.

—¿Esto te gusta? ¿Ya te lo he hecho antes? ¿Fue de este modo, como te di placer la primera vez? —preguntó parando un momento, mientras él notaba todo ese hermoso cabello acariciando sus caderas y sus muslos.

—Dios, claro que me gusta, Taylor. Y sí, me lo has hecho otras veces, me lo hiciste la primera vez y lo haces muy bien. —La voz del hombre era ronca y entrecortada, llena de placer y ella, volvió a la carga.

Se la metió hasta el fondo, notando el sabor de ella en su boca y excitándose con ese experimento, con esa nueva experiencia que la hacía poderosa, que sentía como podía manejar a ese hombre a su antojo, como tenerlo comiendo en la palma de su mano.

Lucy tenía razón, había que espabilar porque los hombres eran muy simples para algunas cosas. Y ella pensó, que esa simpleza le gustaba, que esa simpleza era relajante y especialmente excitante. Y volvió a la carga, para seguir chupando y oír la respiración acelerada del hombre, oír como gruñía y como se encomendaba a Dios y a los mismos diablos. Y supo que eso era bueno, que eso era poder y lo demás tonterías y que ella estaba disfrutando del propio disfrute del hombre. Y cuando hubo un momento, que parecía que iba a tener alguna arcada, de metérsela hasta el fondo y notar que no podía más, que tal vez había calculado mal el grosor y la largura de ese poderoso miembro, los fuertes brazos la cogieron, la tumbaron en la cama y mientras la besaba en la boca, para saborear la esencia de ambos, volvió a penetrarla, embistiéndola con fuerza y haciendo que con esos movimientos algo en su interior se moviese e hiciera que la cabeza le diera vueltas y una descarga recorriera todo su cuerpo, tensando todos sus músculos, hasta las puntas de los pies, para luego, en un santiamén, dejarla laxa, sin fuerzas, como si se hubiera convertido en una muñeca de trapo.

Por Dios bendito, ¿cómo se podía vivir sin esto?, ¿cómo podía haber dicho su difunta madre que si disfrutabas del placer no debías decir nada, para no ser una golfa, para que tu esposo no te considerase una fulana? Pues entonces, ella tenía mucha suerte de tener un esposo al que le gustara que ella disfrutara, que no pensara cosas feas por participar de lleno en el juego amoroso; y no solo participar, sino, llevar la iniciativa para sorprender al esposo y disfrutar los dos del juego del amor, con el juego de las bocas y de las manos y de las lenguas y de todo lo que hiciera falta.

Al separarse, ella se volvió a pegar a él, buscando su calor y la protección de esos brazos al tiempo que abrazaba la cintura del hombre.

—Creo que no va a ser muy difícil que vuelva a enamorarme de ti.

—Escuchó el hombre, notando la boca sobre sus costillas.

Él sonrió con cierto malestar. No le importaba que volviera a enamorarse de él, pero lo que realmente deseaba, era que recordase, que todo lo vivido en tan breve tiempo formara parte de la vida de ella, de la vida de ambos. Que esas noches en que

concebieron a ese hijo que venía en camino, formaran parte de sus recuerdos. Bueno, seguramente sucedería así. Igual que recordó los azotes, terminarían llegando todo lo demás, estaba seguro.

Sintió como la respiración de ella se hizo más fuerte y se dispuso a dormir hasta la madrugada, satisfecho, feliz.

CAPÍTULO 12

La niebla era tan acusada que, volviendo a la cama, decidió emprender viaje algo más tarde; total, dos horas más, no iban a cambiar las cosas. Al meterse en la cama, ella se arrimó dormida y él respiró profundamente, sintiéndose satisfecho, feliz, mientras la rodeaba con sus poderosos brazos.

Los cuerpos desnudos, pegados y cálidos, permanecieron así durante unos minutos; pero él no tardó en acariciar esa espalda y rodear el glúteo con una mano, para seguir por la suavidad de los muslos y terminar llevando la mano al interior, para sentir como ella abría las piernas y él meter los dedos y sentir la humedad de esa deliciosa cavidad.

No se lo pensó y colocándose encima y sonriendo al ver que ella abría sus piernas para acogerlo, la penetró sin miramientos y en cuestión de unos minutos eyaculó, mientras resoplaba en un lado del cuello femenino. Se volvieron a dormir, para despertar una hora más tarde y entonces sí que se levantó, para lavarse, afeitarse y vestirse. Una vez hecho eso, se acomodó en el borde de la cama para mirar con ternura a su hermosa mujer y besarla para despedirse.

Le dio mucho gusto ver como una lagrimita resbalaba por esa mejilla sonrosada. La cogió con un dedo y llevándosela a la boca, para lamer esa lágrima derramada por él, para él.

Después de decirle que volvería lo más pronto posible y que fuera buena chica, le hizo otra pregunta y ella se extrañó que a esas horas quisiera estar con preguntas; ¿no tenía que irse?

—Taylor, nunca hemos hablado de lo que pasó cuando tenías catorce años y necesito saber. —Ella lo miró sorprendida y un poco asustada de que sacara ese tema ahora.

—¿Por qué?

—Porque es necesario. ¿Recuerdas si las ropas de esos hombres iban marcadas, con el nombre en el interior de las guerreras o de otras prendas? —Ella movió la cabeza, afirmando, asustada, con esos ojos turquesa mirándolo como si fuese otro hombre.

—No tengas miedo, Taylor. Pero necesito saber todos los detalles, todo lo que pasó, ¿entiendes?

—Pero, ¿por qué? Eso pasó hace mucho y, además, fue en defensa propia. —La mirada del hombre estaba clavada en esos ojos y ella tragó saliva—. Fue en defensa propia —repitió para convencerse.

—Vamos a ver, que quede una cosa muy clara, hiciste lo correcto y se acabó la historia. Si no hubieras matado a esos tipos, lo más fácil es que te hubieran encontrado y te habría pasado lo mismo que a tu hermana; hiciste lo correcto y me alegro de ello. Pero yo, Ralph Hathaway, necesito saber todo lo que pasó y todo lo que tú sabes, porque eres mi esposa y tengo que estar al tanto por lo que pueda pasar. —Ella estaba asustada de verdad.

—¿Y qué puede pasar? —preguntó con un hilo de voz.

Él deslizó una mano por el rostro y después por el cuello y ella dio gracias por ese contacto.

—Seguramente nada. Pero cuanta más información tenga, mejor. Venga, empieza desde el principio. —Y ella, incorporándose en la cama, cogiendo las sábanas y tapándose hasta las axilas le fue contando lo sucedido, hasta que mató a los tres hombres.

—¿Los vecinos oyeron los disparos? —preguntó sin dejar de mirarla.

—La viuda Roberts bajó hasta la granja y vio lo que pasó. No presencié las muertes, llegó cuando ya estaban muertos... habían pasado unos diez minutos o así... y nos ayudó. Si alguien más escuchó los disparos, nadie dijo nada. En realidad, no sé si los vecinos llegaron a saber. Kevin y sus hermanos me temían, no sé si era por las palabrotas que decía, o por el revólver que llevaba. No lo sé, pero nunca, nadie dijo nada.

—Bien. ¿Qué nombre figuraba?

—El primero al que maté, el que ya había acabado y estaba sentado encima de una alpaca, ese tenía la guerrera al lado y

supuse que era suya, en la parte del cuello, por dentro, ponía James Adams y el otro Ezequiel Adams y el tercero no llevaba inscripción. —El hombre no pestañeaba, mostrando una seriedad en su rostro que asustaba a la muchacha.

Sería verdad, eso que se decía, de que el pasado siempre vuelve.

Pero la chica siguió hablando, si quería saber, sabría.

—Al primero le metí un tiro en la barriga, tardó bastante en morir, así supe que los disparos en el vientre sirven para que seas consciente de que se te acaba el tiempo. Se dio cuenta del tiro que le entró al otro, al que estaba esperando y tocándose para estar listo cuando el segundo acabara; le di en todo el centro de la frente al volverse asustado hacia mí, al oír el primer disparo. Y al que estaba encima de mi hermana, le entró la bala por el cráneo y le salió por la frente. No supimos de quién se quedó embarazada, si del primero o del segundo. Alessia dijo, que cuando llegué, ese que estaba encima de ella, llevaba buen rato y que cuando le pegué el tiro ya le había venido. Después llegó la Roberts, nosotras ya habíamos cogido la pala, pero no teníamos muy claro dónde enterrarlos, era de noche y podíamos hacerlo fuera, pero la viuda dijo que no, que era mejor hacerlo en el granero. Empecé a cavar y Alessia también cooperó a pesar de lo que le había pasado. —Los ojos turquesa miraban al hombre con fiereza y él la amó más todavía—. Nos íbamos turnando, pero yo estuve más tiempo porque, aunque no se quejaba, yo sabía que le habían hecho mal, mucho mal. Era una chica muy fuerte, ¿sabes? Era la mejor hermana del mundo. Seguro que, si hubiese vivido, cuando llegaste a por nosotras, te habrías enamorado de ella irremediablemente, en lugar de fijarte en mí... — Los ojos del hombre sonrieron, pensando que esa chiquilla seguía sin ser consciente de esa belleza tan fuera de lo común, y de esa personalidad tan especial, tan distinta del resto de las mujeres que conocía.

—Era más guapa y más lista y no empleaba palabrotas.

—Lo dudo, cariño mío. Sigue, por favor —le habló con dulzura al ver que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no lloró y continuó hablando.

—Cavamos un hoyo, de mi altura o un poco más, de mi altura de entonces, que sería uno sesenta y cuatro, después crecí otros cuatro centímetros. —El hombre volvió a sonreír—. Echamos los cuerpos dentro, uno encima del otro, con las armas. Llevaban un revólver cada uno, un colt como el de padre y otros dos parecidos, las balas me las quedé, ocho balas entre los tres. Todo dentro del hoyo, pusimos un tablón encima y echamos la tierra.

—¿Dónde, Taylor? ¿En qué parte del granero?

—Al fondo del todo, a la izquierda, en una esquina. Después pusimos las alpacas de paja encima y así se quedó. La tierra que sobró la desperdigamos por los alrededores y al acabar, Alessia se lavó y la viuda Roberts le dijo que le daría unas hierbas para que no hubiera embarazo, pero no funcionó. También nos dijo que, si venía alguien preguntando por ellos, que mantuviéramos la calma y solo dijéramos que nosotras no habíamos visto a nadie. La viuda dijo que serían desertores, de esos que se escapaban, iban a sus casas y luego volvían al ejército. De esos que echaban de menos a sus familias y no esperaban permisos. Pero si era así, esos no eran de la zona.

—Sí, esos soldados granjeros, sin disciplina, que después de visitar el hogar, volvían a filas sin que nadie se lo pidiera. Hubo muchos. La vieja dijo algo de un tipo de Georgia.

—Sí. Cuando tenía diecisiete años, pasó un hombre por allí, pero yo no lo vi. Me fui a cazar patos con Kevin y a la vuelta me lo dijo, pero no creo que le dijera que era de Georgia, más bien, que había pasado por ese estado. Kevin dijo que en su casa también preguntó y a ellos les dijo que procedía de Tennessee. —Se calló y no dijo nada más.

Los ojos oscuros del hombre no dejaron de mirarla, ni un instante.

—Recuerda, ¿qué fue lo que te contó? —Ella pensó durante unos segundos.

—Dijo que era un hombre de más de cuarenta años, o menos, pero aparentaba más, de aspecto dejado, sucio, que le faltaban dientes y preguntó si por ahí habían pasado soldados confederados. La viuda le dijo que no y él insistió y ella volvió a decir que no. Ni solos, ni acompañados, ni sanos, ni heridos, le dijo, y se fue. Y

Kevin dijo que en su casa preguntó lo mismo y que contestaron no saber nada, pero Kevin dijo que era joven con aspecto viejo. ¿Qué es lo que pasa? ¿A cuento de qué me preguntas todo esto?

—Nunca habíamos hablado del tema, y quería saber lo ocurrido. Nada más.

—¿Y por qué ahora? Si has preguntado es que no sabías, o sea, que antes no te interesó y ahora sí. —Él con la vista clavada en esa cara preciosa, pensó unos segundos.

—La viuda me dijo que mataste a esos hombres, que habían violado a tu hermana. Como habían pasado cuatro años, eso ocurrió cuando no había acabado la guerra, no le di más vueltas; pero ahora, después de lo que te ha pasado, que no sabemos si te caíste y te golpeaste la cabeza y se acabó la historia, o te asustaste por algo o por alguien. Es muy extraño que tu abrigo estuviera en la casa de pescadores y tú, inconsciente a doscientos metros de allí, ¿no te parece? —Ella movió la cabeza, gustándole que hablara las cosas claras y no la tratara como a una niña—. Por otro lado, si alguien quiso hacerte algo, vienen las siguientes preguntas: quién y por qué; te diste un golpe o te lo dieron; fue fortuito o buscado. Al haber el inconveniente de la falta de memoria, nos encontramos con un problema. Por otra parte, si alguien te atacó y te golpeó, o tú, escapándote caíste y te golpeaste, pudo ser que el atacante se asustara, te creyera muerta y se fuera. Pero todo esto, Taylor, son suposiciones. Igual estoy haciendo un castillo de naipes y no hay nada por lo que preocuparse, pero quiero que estés alerta y no te confíes y por supuesto, no quiero que vayas de excursión tú sola. Hay órdenes expresas, de que cada vez que salgas, vayas acompañada de Lucy o Deborah y los dos mozos; si no es así, no habrá salidas. Si haces o provocas de algún modo que los chicos no te acompañen, serán despedidos. Tú serás la responsable de que se queden en la calle, sin trabajo, sin nada que llevar a sus casas.

—Quiero mi revólver —exigió enfadada y mirando al hombre, igual que él la miraba a ella. Ralph torció la boca en una sonrisa y ella volvió a pedir—. Quiero mi revólver.

—Está en Boston. —Fue la contestación de él.

Ella, enfadada, frunció el ceño.

—No arrugues ese ceño —murmuró, dándole unos toquecitos en la frente.

—No me tomes por una niña, Ralph. Quiero un arma y si la mía está en Boston, déjame una de las tuyas. —La mirada azul noche la calibró en profundidad y moviendo la cabeza, aceptó.

—Tienes un revólver en el cajón del escritorio de la biblioteca. Está cargado y ya sabes cómo se usan; pero por favor, no te emociones.

—Yo no me emociono. Sé de sobra el poder que tiene un arma, o, mejor dicho, el poder que tiene la persona que posee un arma. Pero como tú bien dices, si no sabemos qué ocurrió ese día, lo mejor es protegerse, por lo que pueda pasar. Y por supuesto, no está demás tenerla a mano, en cualquier circunstancia.

Él se levantó, se puso la chaqueta y encima una pelliza forrada de piel, sin dejar de mirarla, observando esos pechos tapados con la sábana y deseó tocarla, tocarlos. Volvió a sentarse y metió la mano por debajo de la ropa para tocarla entre los muslos, sin dejar de mirarse, él de una forma endiablada y ella, correspondiendo sumisa y sorprendida de que esas manos entraran de esa manera.

Ella, sin miramientos, abrió los muslos y se dejó tocar por esos dedos expertos, sin cerrar los ojos, sin dejar de mirar al hombre y con la ropa de cama tapando lo obsceno. El hombre siguió tocando y tocando y con la otra mano, tiró de la sábana e hizo que los pechos quedarán al aire para mirarlos, para que esos pezones se pusieran tiesos con el frescor de la mañana y mientras seguía dándole placer con su mano, miraba los pechos, miraba los ojos turquesa y miraba la boca entreabierta y jadeante.

—¿Dime cuánto te gusta esto? Dímelo, mi amor. Quiero saber todo lo que te gusta, quiero darte placer hasta volverte loca. ¿Dime cuánto? Dímelo, vida mía. —La pregunta era viciosa y ella, bajando más la cadera, doblando las rodillas y abriéndose al máximo, se llevó las manos a sus pechos y se los tocó, abarcándolos en toda su extensión, pellizcándose los pezones para que él mirase y para ella ver, como el bulto de sus pantalones crecía de manera poderosa.

—Me vuelves loca cuando me haces estas cosas. Me gusta, sabes que me gusta mucho. Por qué te crees que me abro de esta

manera para que tus dedos me toquen, por qué te crees que me toco los pechos de forma impúdica para que me mires de esa forma. —Fue en ese momento, cuando llegó el orgasmo y gimió y elevó las caderas para que él cogiera toda la vulva con su mano grande y se la apretara, se la tocara en toda su extensión.

El hombre rugió ante ese estallido de placer y soltando una blasfemia se levantó, se quitó la pelliza, se abrió los pantalones y con botas y todo se subió encima de ella y se la folló.

Porque eso fue lo que hicieron, follar.

—Dios, nena, estoy jodido, muy jodido. He pasado de no tener nada, a tenerlo todo y creo que vas a por mí, que quieres acabar con mi cordura —soltó con voz ronca incorporándose despacio y respirando deprisa.

Ella soltó una risita, al tiempo que oían como Lucy entraba en la habitación contigua.

—Me cago en la puta —dijo por lo bajo, sin poder evitarlo.

Se levantó deprisa y se arregló el pantalón, cogiendo la pelliza y antes de ponérsela, se acercó a besarla para despedirse. Ella le rodeó el cuello con los brazos y saboreó ese beso largo y profundo.

—Te amo, Taylor. Te amo —volvió a repetir mirándola a los ojos—. Pronto estaré de vuelta, sé buena. —Ella le pasó la punta de la lengua por el labio inferior y él se la comió con la mirada—. Me voy antes de que me quede encamado contigo durante una semana entera. —Salió por la puerta del pasillo y cuando cerró, Lucy asomó la cabeza por la puerta comunicante y al ver a su señora, sonrió de oreja a oreja, viendo que había seguido su consejo. Y por lo que había oído, se ve que el señor se iba bien servido para que le durase una temporadita, por lo menos hasta la vuelta.

Cuando se encontró con Orlando Parker, hacía una semana que no veía a su mujer, pero esa noche gloriosa y ese amanecer, estaba siempre en su memoria. En las oficinas de Charles Street, y al terminar de ponerse al tanto de fábricas de confección, de astilleros, de canteras de grava, de pozos de petróleo, etc. Orlando se aclaró la voz y fijó la vista en su amigo. La ascendencia alemana se le notaba por todos los lados, alto como Ralph y fuerte como un toro,

los ojos claros como agua transparente, eran muy parecidos a los de Davenport; de hecho, podrían pasar por hermanos de lo que se parecían. Los dos rubios, con la salvedad de que Orlando seguía teniendo el cabello igual de claro que siempre y Davenport era un rubio algo más oscuro y con hebras blancas en las sienes y unos centímetros más bajo y más delgado, sin apenas músculo, ya que tampoco practicaba ejercicio de manera contundente como para tener una masa muscular tan desarrollada como estos dos hombres.

Esos ojos claros, se fijaron en el azul oscuro como la noche, y le soltó la bomba sin más preámbulos.

—La viuda Roberts está muerta. Le cortaron el cuello. —Las facciones de Ralph no reflejaron nada y esperó a que su amigo continuase—. El granero de los Lewis quemado. Nadie sabe nada, nadie ha visto nada, nadie escuchó nada. Ha quedado el armazón, el tejado ha desaparecido, al fondo a la izquierda hay una tumba vacía, bueno, quedó algo, algo que seguramente se les olvidó o cayó. —Y metiéndose los dedos en un bolsillo del chaleco sacó un botón.

Ralph lo cogió, viendo que era de una guerrera militar.

—Doy por hecho que preguntaste por las granjas vecinas.

—Por supuesto. Pero ya sabes que esa zona no está muy habitada, ¿cuántos habitantes tendrá todo el estado?

La contestación de Ralph no se hizo esperar.

—No llega a setecientos mil.

—Pues las cuarenta o cincuenta personas que viven por esa zona, no saben nada. Lo único que obtuve de una granja ocupada por un matrimonio y varios hijos varones, es que encontraron la casa patas arriba y la vieja con el cuello rajado. Cuando les pregunté por qué quemarían el granero de los Lewis, se encogieron de hombros y no despegaron el pico.

—No son muy habladores con los yanquis, ya te has dado cuenta.

—Orlando movió la cabeza, al tiempo que aceptaba un cigarro negro, largo y delgado, de la mano de Hathaway.

Mientras fumaban el espléndido tabaco, le puso al corriente de lo sucedido a Taylor y le dio los nombres de los muertos del granero, para que se los diera a los detectives que habitualmente trabajaban

para ellos, de manera que removieran cielo y tierra, sin importar gastos, para saber todo de esas personas. Cuando dieron por terminada la conversación, al menos por parte de Ralph, vio que su amigo tenía algo más que decir y esperó.

—Tal vez esto no te va a gustar demasiado. —Los dos estaban de pie, al lado de la mesa de reuniones y se miraban a los ojos.

—Dispara.

—Tu cuñada y Davenport se han comprometido. —El rostro de Ralph no demostró nada y Orlando sabía, que tal vez eso le daba igual, pero lo siguiente no le iba a gustar.

—Algo he oído. No me interesa. —Se fijó en la mirada de su amigo y entrecerró los ojos sin dejar de mirarlo—. ¿Hay algo más?

—En estos momentos deben de estar en tu casa de campo. —El rostro de Ralph apenas mostró cambio, pero Orlando que lo conocía muy bien, supo que sí.

Un pequeñísimo tic en una vena del cuello, hizo aparición.

—No estás de broma, claro. —Fue el tono que empleó, lo que dio a entender al otro, que se había enfadado y mucho.

—No. Cuando venía para acá, casi he chocado con las Weide, y claro, he tenido que pararme unos minutos con ellas y después de preguntarme por la familia, la edad de los niños, etcétera, etcétera, me han preguntado si ya sabía la noticia y cuando les he contestado que sí, la vieja ha dicho que se habían ido a ver a Deborah, para darle la buena noticia y llevarle las joyas, pues, palabras textuales de las dos brujas, ahora tiene muchas más. —La mirada de Orlando seguía clavada en el rostro de su amigo y jefe.

Ralph se movió, cogió el abrigo y se lo puso.

—Te encargas de guardar esos documentos. —Orlando afirmó sin palabras—. Tenía pensado irme ahora para estar con mi mujer, pero sabiendo que ese hijo de puta está allí, no voy a perder ni un minuto.

—Tranquilo hombre, no les va a hacer daño. —Ralph, abriendo la puerta del despacho y sin fijarse en las miradas que le lanzaban las secretarias de las mesas cercanas, le contestó.

—No, supongo que no. Pero le he dicho a Taylor donde dejó uno de los revólveres y no quiero que lo use.

—No jodas, si no se acuerda de él.

—Por eso mismo. Ah, Deborah me ha dicho que lleves a Melissa y los niños a pasar una temporada con ellas, ¿qué te parece? Tú también te puedes quedar unos días; no se va a hundir el barco porque faltemos tres o cuatro días.

—Se lo diré. Ahora, en cuanto guarde los documentos voy a ver a los detectives.

—Sí. Eso cuanto antes se ponga en marcha, mejor.

La habitación de Taylor, es decir, la de Ralph, tenía el techo de madera pintada de blanco, las paredes forradas de seda verde esmeralda y los muebles de roble al igual que el suelo, pero cubierto con alfombras persas. A ella le gustaba esa combinación de techo blanco como la nieve y las paredes verdes como un profundo bosque, y le gustaba esa combinación de esos dos colores con el de los muebles y pisar esas bellas alfombras descalza, mientras deslizaba las manos por la superficie del tocador, para seguir por las puertas de los dos armarios gemelos, para continuar por los postes de la cama y plantarse en la bancada de la ventana, sentarse y mirar todo lo que le rodeaba, pensando que cuando volviera su hombre, dormirían allí, en esa inmensa cama y mirarían el techo blanco de madera labrada, haciendo un dibujo de hojas de enredadera, mientras se hicieran confidencias después de haber hecho el amor.

Escuchó el sonido de un carruaje y desplazó con un dedo el delicado encaje de la ventana, para ver quién venía. No sería el doctor, ya que estuvo el día anterior y no se pasaría hasta dentro de una semana, a no ser que fuese llamado por algún motivo. Ella seguía sin recordar, pero eso, ya se arreglaría por sí solo como decía el doctor, si es que se arreglaba.

Desde donde estaba se veía toda la zona de entrada, pero el establo quedaba fuera de alcance, con lo cual, quien fuera que venía a la casa, aparecería de un momento a otro. Y así fue. Los ojos turquesa vieron a una pareja cogidos del brazo y una doncella detrás, caminando por el sendero libre de nieve que llevaba hasta el porche a tres aguas. Ella, muy abrigada con una estola de piel

alrededor del cuello, estaba entrada en carnes y sonreía satisfecha a su pareja, él, delgado, alto y con ropas finas, hechas a medida, cubría su cabeza con un gorro de piel al estilo ruso, pero Taylor pudo ver que era rubio y por un momento que sus ojos miraron hacía las ventanas superiores, vio la transparencia de los mismos y supo quiénes eran, aunque no los recordara.

Porque en todo este tiempo, había tenido tiempo de sobras de preguntar todo lo que quiso y de que su suegra y su doncella, le hablaran de todo y de todos. De esa manera, estaba al corriente de la relación que tenía con Viviane, de cómo conoció a Davenport, de lo que opinaba de él, y de todas las historias que debía saber, tanto las protagonizadas por ella, como las demás.

La pareja desapareció de su vista y ella fijó la vista en la chimenea de mármol blanco y pensó qué demonios querían estos, y lo más importante, por qué venían juntos. Pronto lo sabría, pero en esos momentos llegó Lucy y le informó.

—La señora Deborah dice, que las habitaciones vacías están en restauración porque tienen humedades de las últimas lluvias. —La sureña la miró sin comprender—. Han llegado el señor Davenport y la señora Viviane y la señora Deborah no quiere que se queden a dormir, así que, ahora la doncella de la señora Hathaway se lo está diciendo al resto del servicio para que no metan la pata.

—¿Y por qué no quiere mi suegra que su nuera haga noche aquí? Está un poco fuera de lo correcto, ¿no crees? —La muchacha miró a su doncella, que se preparaba para dar las explicaciones oportunas.

—Yo creo, que no quiere que el señor haga noche aquí. Y vienen del brazo y la señora Viviane está muy sonriente; me da, que se han comprometido. —Taylor la miró sorprendida, pero ya sabía de sobra, que tenía una doncella muy intuitiva, aparte de muy observadora—. La señora me ha dicho que le retoque el pelo y que baje a la sala del piano si está vestida adecuadamente. —La joven se miró el vestido de seda gris perla que llevaba y que disimulaba el apenas crecido vientre—. Sí, está perfecta. Y el pelo también. Pues ale, que esa pareja espera ser recibida y usted debe estar con la señora. Ah,

y no se olvide que ese hombre se fijaba mucho en usted. —Taylor la miró, pero no dijo nada.

Recogió el ruedo del vestido de seda y con el frufú, salió de la alcoba y se dirigió a la planta baja. Cuando llegaba a la coqueta sala, una criada estaba colocando la bandeja con té y café y un buen surtido de pastelitos, bollitos y emparedados salados. Davenport se levantó al momento de verla y sus ojos la recorrieron entera, mientras estiraba un brazo, con su mano abierta y los dedos esperando coger su mano.

Ella, correcta y educada, al tiempo que le mostraba una hermosa sonrisa, se la ofreció, para ver y notar como él la envolvía y la besaba plenamente; nada de dar un beso al aire o un sutil beso, no, dejó caer los labios sobre esa piel fina y blanca, para que ella notase su contacto, incluso la humedad de los mismos, ya que según se agachaba, se mojó los labios, sin que las otras damas lo notasen, solo para que ella fuera consciente del acto. Una vez hecho esto, con la mano todavía encerrada en la suya, le dijo que estaba más hermosa que nunca y que los lugareños debían estar felices por tener semejante beldad en sus tierras.

Taylor sonrió y agradeció, pero pensó que realmente lo que le había dicho su suegra sobre ese hombre era acertado y lo que supuestamente pensaba ella misma, era más de lo mismo, porque sin recordar nada de nada, ese tipo le resultó desagradable desde el primer momento.

Por fin le soltó la mano y pudo acercarse a la nuera, dándole un beso y alabando su atuendo, al tiempo que le decía que estaba muy guapa. Viviane, un tanto sorprendida, sonrió complacida y sin devolverle el cumplido, se sentó en uno de los sofás al lado de Davenport, dejando a la vista sus nuevas adquisiciones, es decir, las joyas, y comenzaron a dialogar.

Fue Deborah la que empezó y para que Taylor supiera de qué estaban hablando, repitió más o menos lo que les había dicho a los recién llegados.

—Les estaba diciendo a Viviane y a Harry, que es una lástima no haber sabido que venían, ya que tenemos las habitaciones patas arriba con todos los problemas de humedades que hemos tenido y

no podemos acomodarlos esta noche. —Taylor le siguió el juego, notando como el hombre no pestañeaba sin dejar de mirarla de manera singular y mostrando una sonrisa con marcada superioridad.

—Pues sí, la verdad, es una pena. Pero seguro que, en la taberna del pueblo, las habitaciones estarán más confortables y más cálidas que las nuestras. Eso sin ninguna duda —zanjó, cogiendo la taza que le ofrecía la criada, al tiempo que le daba las gracias con una sonrisa y Davenport no perdía detalle.

—No te preocupes. —Intervino Viviane mirando a su suegra.

A pesar de la sonrisa, le molestaba bastante ver el aspecto que presentaba la sureña. Había imaginado que estaría gorda y con las facciones algo hinchadas o algo deformadas, pero no era así. Estaba perfecta, hermosa, estaba asquerosamente guapa y ella rabiaba de envidia. Era mejor que no se quedaran a pasar la noche, para estar viendo como su reciente prometido miraba de esa manera a una mujer casada y para colmo, embarazada, aunque no se le notara.

Tendría que decirle algo al respecto. Resultaba incomodo, como mínimo.

—Hemos reservado unas habitaciones en la taberna. No es a lo que estoy acostumbrada, pero por una noche, no creo que me vaya a pasar nada.

Taylor, que en esos momentos estaba comiendo un bollito y el hombre contemplaba como le daba un mordisquito y después otro, para comérselo en un periquete, pero de la manera más delicada y femenina, pensando cómo sería ver esos labios, esa boca, comiéndose una parte de su anatomía masculina.

—Oh, puedes estar tranquila —explicó la sureña, al tiempo que se relamía y el hombre miraba la punta de esa lengua recogiendo las miguitas—, tiene unas habitaciones preciosas, muy confortables y calentitas; no pasarás frio. Y las camas, no tienen nada que envidiar a cualquiera de las que hayas probado.

—¿Acaso has estado hospedada allí? —preguntó sorprendida, viendo como la joven cogía un pastelito para llevárselo a la boca y preguntándose cómo se mantenía tan delgada, con las carnes

justas en los sitios justos. Realmente, si tenía la suerte de tener esa constitución, era para morir de envidia.

—Oh sí, pasé una noche con Ralph —mintió la joven, viendo como la mirada esmeralda de su suegra se abría al máximo.

—Y bien, querida —intervino la mujer—, ¿qué os trae por aquí? —Viviane se recolocó en su asiento, dejó la taza de té en la mesa y cogió la mano del hombre.

—Harry y yo nos hemos comprometido —contestó muy ufana, viendo como su suegra y su cuñada sonreían educadamente.

Vinieron las felicitaciones y explicó que la boda sería dentro de tres meses y después de estar dando todo tipo de detalles, sobre su vestido, las joyas que iba a llevar, joyas de familia por supuesto, de la familia de Harry, como la pulsera de esmeraldas que llevaba ese día a juego con un impresionante anillo, y dónde iban a vivir durante el verano y dónde el resto del año, pidió a su suegra si podía ir a su alcoba para arreglarse un poco, sin hacerle mucha gracia que su futuro marido quedara a solas con esa paleta; pero como sabía que no era del agrado de la sureña, tampoco le dio demasiada importancia.

Viendo desaparecer a las mujeres, Taylor preguntó al hombre si quería más café y Davenport contestó que sí, para complacerse con la visión de esa bella mujer sirviéndole a él.

A él.

Una vez que le llenó la taza, ella se sirvió más té y cogió un emparedado de salmón ahumado con salsa amarga. Viendo la forma en que la miraba, no se cortó un pelo y comió tranquilamente, saboreando cada bocado.

—Seguro que piensa que como mucho —dijo con una sonrisa, pero hartándose de que la mirase de esa forma.

—Es agradable ver cómo come una mujer. Se aprende mucho de ello

—¡Ah, ¿sí?! —preguntó con ironía, limpiándose los labios con la lengua, de una forma sensual e inconsciente. No se daba cuenta, de que el hombre se estaba excitando, ya que ni se le ocurrió bajar la vista hasta ese sitio que, por otro lado, estaba bien tapado con los faldones de una chaqueta larga.

—Sí, dice mucho. Ya lo creo.

—Ah, qué interesante. ¿Qué dice, por ejemplo, del modo de comer de su prometida? —La pregunta fue maliciosa y ella lo sabía; pero puesto que Lucy le había contado lo tragona que era la primera nuera, quiso saber por dónde iba a salir este caballero por llamarlo de alguna forma.

La mueca que hizo el hombre, dijo mucho, o no dijo nada, ya que podía interpretarse de diferentes maneras, pero la intuición de Taylor, le dijo que no iba a ser una contestación halagadora para la interesada.

—Digamos que Viviane come de una forma... especial. Digamos que, si tuviera que marcar la diferencia de cómo comes tú y cómo come ella, te diría que tú comes para satisfacer un placer... —Hizo una pausa estudiada, al tiempo que miraba la boca de ella—, y ella come para atiborrarse. El acto de comer, es como el amor, como el acto del amor, es para disfrutarlo, para vivirlo, para saborearlo, igual que la comida. —Estaban solos, y ese era un regalo para el hombre y para hablar de esos temas y de paso ver, cómo reaccionaba esa preciosa sureña con ese acento tan dulce y meloso y ese comportamiento tan erótico.

Como ella no dijo nada, él continuó.

—Es un gusto verte comer, cada mordisco que das y cada vez que sacas la lengua para deslizarla por los labios, esos labios gruesos, bellos, perfectamente dibujados, tan equilibrados, que las migas disfrutan mientras esperan que esa lengua sonrosada salga y las arrastre hacia las profundidades de tu garganta. —El hombre no se lo esperó y viendo como la joven rompía a reír a carcajadas, él también sonrió ante la visión de esa boca perfecta, abierta y riendo de la misma forma que comía, puro deleite.

Pura sensualidad.

—Por Dios, Davenport. No debería decir esa serie de sandeces. Qué se piensa... qué me va a seducir, qué me voy a embobar con esa sarta de tontunas y mi corazón aparte de otra cosa, va a comenzar a palpar de manera desbocada. —El hombre comenzó a enfadarse, no gustándole para nada, que esa mocosa le hablase de ese modo. Por muy bella que fuera, por mucho que lo excitara.

—¿Te molesta la verdad? ¿Acaso Hathaway no te dice lo hermosa que eres, lo sensual, lo que gustas a los hombres, lo que los hombres pensamos de ti? —La pregunta fue hecha con cierta dureza, con idea de incomodarla, de avergonzarla incluso, de hacerla sentir en desventaja. Pero a ella no le importó nada, es más, clavó esos ojos turquesa en el rostro del hombre y le contestó claramente, aprovechando que estaban a solas.

—Le voy a decir una cosa, señor Davenport, mi esposo me dice unas cosas que no se pueden repetir a la luz del día y que no deben escuchar oídos extraños. Mi esposo es tan hombre, que una mujer que no sepa manejar esa cualidad, se desbordaría a la primera de cambio; y le diré más, mi esposo es tan perfecto en todos los sentidos, que necesitaría varias vidas para poder agradecerle el placer y el amor que me ofrece. —La mirada clara, casi transparente y dura como el hielo, no pestañeó ni una sola vez. Y volvió a pensar, que esa joven mujer que tenía enfrente, sería digna rival para lo que él necesitaba, para lo que a él le gustaba.

A pesar del embarazo, no estaba melindre, ni ñoña y ese vestido que no enseñaba nada y que se pegaba a esos pechos, que desnudos debían de ser divinos, resultaba de lo más elegante en ella. Sus ojos se desplazaron por el sencillo recogido que llevaba, contemplando esos matices de colores, desde los más rojos en la zona de la nuca, hasta varios tonos de rubios dorados y cobres en el resto. Lo cierto era, que podría estar mirándola durante bastante tiempo y no se cansaría; estaba seguro.

Y si estuviera desnuda, mucho mejor.

Y de rodillas..., mejor todavía.

—Dices bien. Tu marido es un hombre que ha probado a toda mujer deseable de Boston y alrededores, incluso de más lejos, sin importarle que tuviera marido o prometido; y todas han caído en la tentación. Hasta las más ilusas han creído que lo iban a enamorar locamente y de ese modo, romperían su compromiso para casarse con él. Qué tontas; no merecen ni lástima. Y ya sabrás lo mal que se tomaron todas, que uno de los hombres más ricos del país, que estaba al alcance de ellas, se casara con una sureña, por muy bella que sea. —Los ojos como el agua, la traspasaron y la joven se

preguntaba, qué demonios estaban hablando o haciendo su suegra y la nuera de su suegra. Si tenía que aguantar a este tipo durante mucho rato, le iba a dar un ataque. Por Dios, qué esnob y qué imbécil.

—Parece que te aburre mi conversación. —Ella lo miró y no dijo ni pio—. Lo que quiero decirte, es que un hombre como tu marido, que lo ha probado todo, tarde o temprano, va a querer repetir. Ya sabes, hay platos que te han dejado muy buen recuerdo y quieres comerlos..., otra vez.

—¿No me diga? —preguntó con sorna y molestando al invitado—. No debe de preocuparse por esas cuestiones. Pero para su información, le diré que quién me la hace, me la paga —añadió entre seria y risueña, sin percatarse del interés que invadió al hombre.

La sonrisa lobuna apareció en ese rostro blanco, atractivo, pero que a Taylor no le gustaba nada.

—Quiere decir eso, que le pagarías con la misma moneda, que probarías otro manjar aun a riesgo de que se enfadara como el mismo diablo. —Las miradas de ambos se midieron y a él le agradó de forma elevada, que esa criatura fuese tan felina.

—Quiero decir, señor Davenport, lo que ha oído. No voy a entrar en detalles. —El hombre dio unas palmadas con sus blancas manos y la joven se fijó en el rubio y espeso vello que las cubrían, al tiempo que se acordaba de otras manos, más grandes y más morenas y con un vello oscuro y suave.

—¡Bravo, querida, bravo! Eso es una mujer de los pies a la cabeza, aunque algunas mentes puritanas emplearían otro calificativo. Envidio a Hathaway, tiene que pasarlo de maravilla cuando esté a tu lado; pero sigo diciendo que serás un escándalo para las mentes puritanas en cuanto saques tu verdadero carácter.

—Me importa un rábano lo que piensen las mentes puritanas. —La risa de Davenport retumbó en la acogedora y recargada sala, mientras Taylor observaba a ese hombre y pensaba a dónde quería llegar y si es que le estaba tomando el pelo, o peor, se estaba riendo de ella.

—Perdona, querida. Eres de lo más jugoso. Cuando Deborah hizo las presentaciones en el parque y te vi de cerca, me dije que jamás había visto una joven tan hermosa, tan etérea y al mismo tiempo tan llamativa, qué parecías una ninfa de los bosques, con ese color de ojos tan extraordinario y esa boca tan provocadora, y qué decir de ese cabello, toda tú eres un regalo para cualquier hombre, a nivel físico, de la carne; ya sabes, los hombres somos todos iguales para eso y todos débiles. Pero también pensé, que debajo de esa belleza habría un carácter blando, como la mantequilla, ñoño y cursi, tontito, bobo, necio, no sé si me entiendes; hay mujeres que las contemplas y te embobas con tanta hermosura, luego hablas con ellas y tienes que reducir la conversación a dos o tres temas, porque no saben y no entienden de casi nada, y si profundizamos y llegamos a la cuestión amorosa, oh, Dios del cielo, cuando las vas a poseer, gritan histéricas porque piensan que se van a romper, que se van a desgarrar y dicen que eres un bruto, que no sabes tratarlas con delicadeza, que ellas no están preparadas para esas maneras bruscas y masculinas. Así pensé que serías tú. Pero qué equivocado estaba. En cuanto te hablé, salió tu genio, tu personalidad, tu bravura. Sí, un calificativo que es más digno de hombre que de mujer, pero lo pensé al momento; brava, valiente, incluso temeraria. Y me dije: ahí está toda una mujer. Estoy seguro de que también gritas como esas histéricas, pero gritas de placer, gritas para pedir más, ¿a qué sí? ¡Ah, pequeña diosa! Te has puesto coloradita. Tus mejillas se han enrojecido como fresas maduras y estoy seguro, que eso te molesta, ¿no es así? —La muchacha estaba hasta el moño de aguantar todas esas sandeces y consideraba que esa conversación que estaban teniendo, estaba fuera de toda norma social, correcta y educada, pero ella no se iba a callar, faltaría más. Le iba a quitar las ganas de darle conversación.

—¿Sabe lo que le habría pasado a su gallarda figura si se hubiera presentado en el Sur, hablando de esa manera a una mujer o a una jovencita? —Él no contestó, mientras mostraba una sonrisa con sus labios cerrados, esperando qué palabras iban a seguir saliendo por esa boca tan hermosa. Lo ideal habría sido que Deborah y Viviane llegaran en ese momento, pero por desgracia no ocurrió y no hubo

nadie que parase la verborrea de la sureña—, pues que le habrían pegado cuatro tiros alrededor de sus relucientes botas, para que bailase un poco, y seguramente con eso, después de zapatear con sus bonitas botas, pero ya no tan relucientes, habría salido corriendo y no habría parado hasta llegar al Norte; pero si por una casualidad, se hubiese puesto gallito y hubiera dado un paso adelante y con esa sonrisa en la boca que ahora mismo luce, le habrían dado otros cuatro tiros en esa zona, que le impediría sentarse durante una larga temporada... —La carcajada del hombre fue rotunda, oyéndose fuera de la sala, donde permanecía un criado que estaba oyendo casi toda la conversación y que luego contaría con pelos y detalles a su amo y señor; o al menos lo intentaría.

—¡Dios del cielo! ¡Cómo envidio a Hathaway! Tiene que pasárselo contigo de maravilla. En la cama debes de ser una explosión sexual y en el resto de las cosas, para muestra este botón. —La muchacha entrecerró sus bellos ojos ante ese comentario, que estaba fuera de lugar y que era claramente ofensivo.

—Estoy segura, que está empleando estos calificativos porque estamos solos, pero le diré algo, si estuviéramos en el Sur, en el lugar donde nací, habría apuntado mi revólver al centro de su frente y como hubiera seguido hablando o hubiera dado un paso más, con una sola bala, lo habría dejado seco. —El rostro del hombre se puso serio, igual que el de la chica.

—Te creo, Taylor. Te creo muy capaz. —Esa frase, dicha de esa forma y mirándola sin pestañear, le resultaron a la joven amenazadoras y transportando un mensaje oculto.

Sin poder evitarlo, tembló y fue entonces cuando él, sonrió.

Y en ese momento, la puerta se abrió y entraron las dos mujeres. Viviane fue derecha a sentarse junto a su prometido y Deborah al lado de Taylor, al tiempo que la miraba buscando no sabía qué.

—Voy a tomar otro bocado —dijo Viviane—. Me ha entrado un hambre tremenda con este frío. —Cogió un pastel de hojaldre y crema y cuando se lo iba a llevar a la boca, escuchó el comentario de Taylor.

—Ese está de escándalo. Eliza hace los mejores pasteles del mundo. Prueba, prueba y dime qué te parece... —La nuera la miró

con cierta desconfianza, pero no pudo evitar la tentación, dando un mordisco demasiado grande para su boca pequeña y limpiándose entre risas las migas que iban cayendo encima, en la falda del vestido.

Davenport miraba a su prometida, serio y entrecerrando los ojos, para dirigir la mirada a la sureña y contemplarla a conciencia, sin importarle que la anfitriona de la casa observara a unos y a otros.

—Realmente está muy bueno. Sí, no creo haber comido pasteles de hojaldre y crema tan ricos.

—Si quieres, te pueden empaquetar una docena para que os los comáis esta noche, tu prometido... —Miró hacia el hombre que le devolvía la mirada—, el señor Davenport y tú, en la taberna del pueblo. Podéis tomar un asado de cordero, que lo hacen especial y después, de postre los hojaldres —Deborah se preguntaba a cuento de qué, tanto consejo culinario—. Ah, y no olvidéis el vino, tiene una buena cosecha, seguro que el señor Davenport encuentra alguno de su gusto —añadió mirando al hombre.

—Lo dudo mucho. —Ella se hizo la sorprendida y abriendo esos ojazos, recorrió el rostro del hombre.

—¿No me diga? ¿Acaso piensa que en una taberna del estado en el que vive, no va a encontrar un vino en condiciones? Pues siento decirle, que si piensa eso se equivoca. Mi esposo va mucho por allí y lleva muchas veces a invitados que son agasajados con los mejores caldos y las carnes más sabrosas y tiernas.

—¿Tú también vas a la taberna? —Fue la pregunta de Viviane, sorprendida del comportamiento de la sureña.

—Pues claro, y Deborah también. ¿No es cierto, querida suegra? —Deborah también estaba sorprendida, pero ni lo demostró, ni le llevó la contra a su nuera más joven.

—Sí, desde luego. Estoy segura que pasaréis una velada muy agradable. —Entonces vio como Taylor se levantaba y se dirigía hasta la invitada, le soltaba un beso que sonó al oído de todos, diciendo que tenía que retirarse y descansar un rato porque estaba, «agotadísima», viendo la mirada fría del hombre.

—Señor Davenport. —Él se puso de pie y cogió la mano entre las suyas—. Si no nos vemos, que pasen buena noche y tengan buen

viaje. —Ella fue consciente de esa mirada sobre sus ojos y de algo más, que le estaba resultado muy molesto, pero no sabría calificar.

Igual que era consciente de los ojos de la nuera mayor, que habían dejado de tragar hojaldre por un momento, para no perder detalle de lo que hacía y decía su futuro esposo.

—Señora Hathaway ha sido un placer volver a verla, a disfrutarla. Espero que vuelva pronto a Boston, a la civilización, y deje este apartado bosque para los lugareños. Una belleza como la suya se apagará y marchitará en un lugar oscuro y frío como este, créame, sé de lo que hablo; eso sin contar con que los humildes bostonianos no podremos contar con su presencia. —La joven sacó la mano entre esas zarpas blancas como la leche y demasiado velludas para ser tan rubio, al tiempo que se fijaba en las muchas canas que adornaban las entradas del cabello, pero que al ser tan rubio se disimulaban.

—Si habla así, señor, es que no sabe apreciar la belleza de los bosques. Pero no importa, tal vez ese comentario se deba, a que, si usted tuviera que vivir aquí una corta, muy corta temporada, no sabría cómo apañárselas sin contar con la destreza y el saber de los lugareños. Pero no se preocupe, señor Davenport, es de la ciudad, es comprensible, los que hemos vivido en plena naturaleza, entendemos las carencias de los ciudadanos. Que disfrute de lo que queda del día. Hasta pronto —diciendo esto, recogió sus faldas de seda y fue hasta la puerta abierta, desapareciendo de la sala y dejando a Davenport, de pie, con las manos enlazadas a la espalda y aguantando una sonrisa mientras miraba la puerta vacía.

Se dirigió hacia las damas y volvió a sentarse, mirando a Deborah.

—Tienes que divertirte mucho con esta nueva nuera, ¿no es así, Deborah? —La mujer sonrió, sin dejar de pensar que Viviane se estaba metiendo en la cueva del lobo.

—Pues no me aburro, la verdad.

—No me extraña. Tiene que ser una caja de sorpresas constantes. —La conversación tomó otros derroteros y antes de que pasara otra hora, cogieron sus abrigo, montaron en el carruaje y se fueron a la taberna, mientras la mujer se quejaba del frío que hacía

y de que no entendía que le podían ver de agradable a pasar una temporada allí, habiendo sitios menos inhóspitos.

Mientras las frases salían por los finos labios de Viviane, el hombre pensaba en otra boca, en otra cara y en otro cuerpo. Deseando poder tener a su lado a una mujer que le devolviera lo mismo que él daba. Que sus contestaciones o sus preguntas, fueran inteligentes, provocadoras y estimulantes, que le hicieran desear lo que veía y lo que oía, lo que se imaginaba y lo que haría con su consentimiento o sin él.

Cuando llegaban a la famosa taberna, un edificio de piedra y ladrillo de cuatro plantas, llegó a sus oídos la centésima queja de su prometida.

—Cuánta nieve, menos mal que el camino lo mantienen limpio. Por Dios, ¿cómo puede vivir alguien aquí? Espero que el interior esté caliente y medianamente decente...

Mientras ella seguía con esa diatriba, al tiempo que recordaba los pasteles de hojaldre, quejándose por no haberlos cogido y preguntando si en esa taberna tendrían algo dulce que no fuese el clásico pastel de manzana o tarta de arándanos, que bueno, por otro lado, tampoco sería una desgracia, pues las tartas caseras también le gustaban...

Él la miró y decidió que tarde o temprano tendría que quitarle esa afición al dulce, para volver a pensar en la imagen de esa hermosa muchacha, con una cartuchera a la cadera y un revólver en la mano, ah, y vestida con ropas masculinas; y se imaginó, lo excitante que sería follársela de ese modo, con esa indumentaria. No llegaría a quitársela, solo le arrancarían los pantalones, por cuestiones obvias, y le arrancarían los botones de una de esas camisas que se ponía cuando vivía en el sur, para romper la camisola interior o lo que llevase debajo y ver esos pechos en toda su gloria.

Sí, sería digno de ver y de disfrutar.

Fue en ese momento, cuando su pene se tensó sobre la tela del pantalón, cuando la voz, a veces chillona de Viviane, le llegó alta y clara.

—Ah, qué pena Harry, de haber olvidado esos pasteles. —El hombre la miró de forma condescendiente, decidiendo que, en

menos de dos o tres años, esta medianamente atractiva mujer con la que se iba a casar, estaría obesa a no ser que él la pusiera en su sitio con unas ligeras explicaciones.

—No te preocupes querida, seguro que aquí también tendrán postres sabrosos; alguna tarta de cualquier fruto que has mencionado hace un momento. Pero debes de controlarte un poco, o no cabrás dentro del traje de boda. —Esas palabras hicieron que la mujer frunciera los labios, al tiempo que advertía un trasfondo en ese mensaje, y recordando todo lo que se hablaba de Harry, preguntándose cuánto habría de realidad en ello.

CAPÍTULO 13

Las caballerizas eran un buen sitio para que el criado le contara la conversación entre su esposa y Davenport, aunque como muy bien dijo, no era algo fácil de hacer. Inténtalo, le animó Ralph y el joven criado de veinte años, encargado de velar por la joven señora, se puso a explicar lo que sus oídos escucharon.

—Ese caballero de la ciudad, estaba encantado de quedarse a solas con la señora Taylor, pero sepa usted, que su esposa lo puso a escuadra. Ya lo creo. Pero lo que más me desconcertó, es que pareció, que a ese caballero le gustó, que disfrutó de la conversación con la señora. No sé si me entiende —añadió sin dejar de mirar a su señor.

—Sigue John.

—Bueno, pues él, dijo que usted había probado muchas mujeres y que seguramente le gustaría volver a repetir, lo dijo como amenazando, o eso me pareció a mí. Y la señora contestó algo, pero no escuché. —Ralph se preguntó sino escuchó o no quería decirlo.

—¿Y? —La mirada de Ralph permanecía fija en el criado y este, no quería defraudar a su señor.

—Bueno, estuvo diciendo lo guapa que era y todas esas cosas y añadió, que aparte de guapa y todo eso, gustaba a los hombres por el temperamento que tenía y por lo brava que era, sí eso dijo, que era brava y valiente y que no era ñoña, ni blanda como la mantequilla, ni una histérica, eso dijo, no sé lo que quiere decir histérica, pero se me quedó esa palabra en la cabeza, y luego dijo que estaba seguro de que era una mujer que disfrutaba del asunto amoroso igual que disfrutaba de la comida. Sí, y que la señora viuda de su hermano comía con avaricia y que la señora de usted disfrutaba de la comida como un placer, como disfrutaría de los asuntos amorosos; pero lo bueno viene ahora, la señora Taylor le

dijo, que si el señor iba por el Sur hablando de esa forma a las damas, le pegarían cuatro tiros alrededor de sus relucientes botas, y parece que eso le hizo mucha gracia al caballero y luego la señora añadió, que si ella estuviera en el Sur y él fuese por ahí, le pegaría cuatro tiros en una zona de su cuerpo y no podría sentarse en una larga temporada —dijo entre sonrisas, pero que borró inmediatamente al ver que el amo no reía—. Entonces llegaron su señora madre y la señora viuda de su hermano y su esposa dijo que estaba cansadísima o algo así y se levantó, le dio un beso a la invitada que resonó en toda la habitación y se despidió del caballero y este, aprovechó para decirle que no pasara tanto tiempo aquí porque se iba a marchitar entre tanto bosque y tanta nieve y ella dijo que era comprensible que los hombres de ciudad como él, le tuvieran miedo a estos bosques porque no sabría apañárselas de ninguna manera y se fue dejándolo plantado y mirando como la señora desaparecía de su vista y después los invitados se fueron a la taberna. La señora Deborah, hizo saber a todos, que las habitaciones de invitados estaban en obras por problemas de humedad.

El criado acabó con todo lo que tenía que decir, esperando que su patrón quedase satisfecho, pero no molesto, al menos molesto con él, pues había cumplido con lo encomendado.

El rostro de Ralph seguía serio, pero le dio las gracias y una palmada en el hombro antes de abandonar las caballerizas.

Las luces que iluminaban las ventanas tanto del piso inferior como del superior, dejaban ver el camino que llevaba al porche de entrada, con el coqueto tejado a tres aguas y dejando al criado al cuidado del semental, llevó los pasos hasta la casa, entrando en el hermoso hall al tiempo que le daba el sombrero y la pelliza a Samuel, mientras el mayordomo le preguntaba qué tal se le había dado el viaje y él se iba quitando la cartuchera y contestando al simpático hombre, se dirigió hacia las escaleras. Al acercarse a su habitación y con sus pisadas amortiguadas por la mullida alfombra, ralentizó sus pasos y mientras recogía entre las grandes manos la cartuchera con los revólveres, se plantó delante de la puerta escuchando la preciosa voz de su mujer.

Pero esa voz atrayente y seductora, estaba molesta y muy enfadada.

Ya lo creo.

—Te digo Lucy, que ese Davenport es un canalla y un sinvergüenza aparte de imbécil. ¡Uf! No te puedes imaginar las ganas que he tenido de mandarlo al mismo infierno. Menudo pedante. La tonta de Viviane no sabe con quién se va a casar, pero me parece que pronto se va a enterar.

—Sí, señorita Taylor. Estoy de acuerdo con usted. Dicen por ahí, que cuando estaba casado, la pobre esposa tuvo que aguantar lo que no está escrito y que cuando murió la pobre señora, él lo celebró con sus amigos y con mujeres de mal vivir. Fue la comidilla de la ciudad, y aunque las damas de Boston se hicieran las tontas, se enteraron de todos los detalles. Y fíjese, aun así, muchas han ido detrás de él, porque la señora Viviane sabe todo eso.

—¿Pero Viviane no iba detrás de Hathaway? —El hombre torció la boca en una media sonrisa al oír su apellido en labios de su mujer, atendiendo a la explicación que le iba a dar la doncella.

—Sí, pero el señor no le hacía caso, así que, hace falta ser muy tonta para no darte cuenta de que un hombre no te quiere, ni le resultas atractiva. —La criada se fijó en el rostro de su joven señora, sin poder imaginar que la pregunta que hizo, paralizó el movimiento del señor que tenía pensado entrar en su alcoba y acabar con la cháchara de las mujeres—. ¿Qué ocurre, señora?

—El estúpido ese, me dijo que Hathaway se ha beneficiado a todas las mujeres guapas de Boston y alrededores. ¿Tú qué opinas? —Ralph prestó atención; ¿podría ser que su preciosa esposa estuviera celosa?

—Bueno, eso parece un poco exagerado, me parece a mí. Pero claro, teniendo en cuenta la edad de su esposo y que no se ha casado nunca, pues ha tenido mucho tiempo para..., ya sabe. Y si a eso, le añadimos la planta de su esposo y la fortuna, pues qué quiere que le diga, la cosa se complica. Se complica enormemente.

—Bueno, pongamos que es cierto. Tampoco es de extrañar dadas las circunstancias, como tú bien dices, pero es que no se queda ahí el comentario, porque entonces dice, que, igual que uno repite un

plato sabroso, a Hathaway le puede apetecer, repetir ya sabes, con las mujeres que más le hayan gustado. ¿Sabes lo que te digo? Que, si hubiera tenido a mano mi arma, le habría volado un dedo de esas manos blancuzcas que tiene y encima llenas de pelos rubios, que para ser rubio parece un oso. Además, es un baboso, se humedece los labios para besar las manos de las damas. Puf, que asco. —Hizo una pausa, pero Ralph no se movió del sitio—. Idiota. Mmmm, no te puedes imaginar que enfado tengo. Menos mal que Deborah ha tenido la buena idea de las humedades, porque si tengo que estar aguantando a ese tipejo durante toda una cena y la velada correspondiente, estoy segura de que le habría dicho cualquier barbaridad y a la tragona de Viviane igual. Por Dios, estoy que me subo por las paredes... —Volvió a callar por un momento, no dando tiempo a que Lucy dijera nada.

—¿Tú crees que el señor estará repitiendo? —Ralph sonrió ante esa pregunta y Lucy se quedó un tanto confusa.

—Repitiendo ¿qué?

—Ya sabes. Acostándose con todas esas señoras y señoritas que van de decentes por la vida y están deseando acostarse con los maridos de otras. En este caso del mío. Madre mía, si pillo a una de esas, la engancho de los pelos y la arrastro por toda la ciudad.

—¡Ay, madre mía! Qué cosas dice, señora. Yo no me imagino al señor haciendo eso. Cuántas veces he de decirle que se la come a usted con los ojos. No y no, estoy convencida de que no. Eso no quita para que cuando esté por la ciudad tenga a más de una haciéndole caídas de ojos y moviendo las pestañas hasta provocar un vendaval, pero teniendo en cuenta que usted ya se ha metido en su cama, él no tendrá necesidad de buscar fuera, lo que ya tiene en casa. Eso está muy claro. ¿Haría eso? ¿Arrastrarlas de los pelos? No es por nada, pero me parece que ese comportamiento no le gustaría nada a su esposo.

—¿El qué? ¿Qué las arrastre por los pelos?

—Sí. Eso, por mucho amor que demuestre, no deja de ser un acto de arrabaleras.

—Eso demuestra que estás celosa y que eres capaz de hacer cualquier cosa y que no te gusta que te dejen en evidencia y que te

pongan una cornamenta como la de un ciervo.

—¡Madre mía! Qué cosas dice, señora Hathaway. Menudo carácter. Creo que debe de tranquilizarse un poco y no dejarse llevar por los nervios y mucho menos por las habladurías de ese caballero.

—¡Ja! Si ese es un caballero, yo soy el César de Roma.

—¿El qué?

—Nada Lucy, nada. ¿Cuándo crees que vendrá?

—¿Quién? —preguntó la muchacha, que guardaba ropa en un armario y miraba alrededor para coger más prendas.

—¿Quién va a ser? Él.

—¿Su esposo? —Lucy estaba un poco alterada al ver a su señora tan enfadada.

—Claro, mi esposo, quién si no. Estoy harta de esperar. Haaaaaarta. No voy a dormir esta noche, ¿sabes?

—¿Por qué? —Taylor miró a la doncella como si fuese tonta.

—¿Tú qué crees?

—Me está volviendo loca. —Y siguió recogiendo las diversas prendas esparcidas por la hermosa habitación.

—Loca voy a salir yo, si no viene pronto. Te lo juro, como me entere de que está con alguna...

—¿Qué? —preguntó, no muy segura de querer oír la respuesta.

—Que me largo al Sur.

—Válgame el Señor Santísimo, lo que hay que oír. —Sí, eso mismo pensó Ralph que veía que ese cabrón había metido malas ideas en esa cabecita que todavía tenía que confiar un poco más en él.

Abrió de una, dando un susto a las dos, viendo como Taylor dejaba de golpe el cepillo con el que se peinaba su hermosa cabellera y la pobre doncella guardaba varios vestidos en uno de los armarios, quedando inmóvil y con la vista clavada en el señor y en los revólveres que llevaba en las manos. Terminó de meter los trajes y con un movimiento de cabeza y dando la bienvenida al señor, salió de la alcoba dejándolos solos.

Ella miró esos ojos oscuros que la miraban fijamente y se levantó para acercarse, dejando ver la gruesa bata que llevaba puesta. No

dijeron nada y él vio, como ella cogía la cartuchera de sus manos y la dejaba en un lado del tocador, para volver a su lado y mirarlo fijamente.

—Te he echado mucho de menos —dijo susurrando, provocando que él pasara un dedo por debajo de la barbilla.

—Y yo a ti. ¡No te puedes imaginar cuánto! —Esa mirada era tan intensa, que ella tragó saliva de golpe.

—Creo que me va a resultar muy pesado quedarme aquí mientras tú te vas. —Él se acercó y bajó la cabeza para coger su boca y complacerse con que ella abriera sus labios a la primera de cambio y le ofreciera la lengua.

—Ya hablaremos de ello, pero ahora te necesito —ordenó con voz profunda, sin apartar los ojos de esa carita tan hermosa, ese rostro que no se le iba del pensamiento.

—Y yo a ti —añadió, quitándose la bata y quedando desnuda.

Él la recorrió con ojos hambrientos y un tanto sorprendido de que estuviera desnuda debajo de la bata, le dijo al oído.

—Ni pienses que voy a repetir platos, teniendo el mejor de los manjares en mi casa. —Ella sonrió y pegó el cuerpo al de su hombre, quedando tranquila, olvidándose por el momento de los malos pensamientos.

Pero solo de momento.

Pero el sistema de vida siguió tal cual, porque para desgraciada de Taylor, manchó; y eso, era señal inequívoca de que el embarazo se complicaba y podía producirse un aborto. De ese modo, fue informada por el doctor, que debía hacer reposo relativo y que la actividad a practicar debía ser lo más liviana posible; es decir, acostada la mayor parte del tiempo, con pequeños ratos de sillón y para ir al baño, nada más, al menos de momento. De esa manera, el sexo estaba prohibido, al menos la penetración y el marido siguió con el mismo ritmo de vida y Taylor aburrida por momentos, a pesar de todos los esfuerzos que hacía Deborah para que estuviera entretenida, especialmente tejiendo prendas para el bebé; pero lo que no sabía la suegra, es que Taylor estaba hasta el gorro de tejer y de bebés, pensando incluso que debería haber esperado para

traer un hijo al mundo, porque en esas circunstancias se acordaba mucho de Alessia y de todo lo sucedido y ese recuerdo no era nada agradable. Encima, este reposo la obligaba por fuerza a quedarse allí y eso le molestaba enormemente, ya que Ralph pasaba cada vez más tiempo fuera. Solo se alegró por una cosa, que debido a ese reposo se libró de ir a la boda de Davenport y Viviane, pensando que solo iría Deborah en representación de la familia y cuando supo que Ralph iría acompañando a su madre, no le agradó nada, pero se abstuvo de presentar quejas.

Como le dijo Lucy, es lo correcto que vaya su señora suegra, y su esposo no la va a dejar sola, aunque tampoco pasaría nada porque la señora Deborah está acostumbrada a ir sola a cualquier acto, celebración o lo que sea, pero lógicamente, si el señor está libre ya que no se ha ido a la China, pues lo normal es que acompañe a la madre.

De modo que Taylor se guardó su opinión y no dijo ni pio, porque vamos a ver, no iba a estar a todas horas con la misma historia, la historia de los celos; no, eso no entraba dentro de lo correcto. Y como decía Lucy, a los hombres les gusta que la esposa tenga celos, pero celos controlados, porque si no, llega un momento que se hinchan y empiezan a enfadarse, y si se enfadan el asunto se complica y al final, lo que se va a conseguir es que de verdad se busque otra que le dé lo que necesita y no le caliente la cabeza. Así son las cosas, señorita Taylor. El mundo es de los hombres, ellos hacen y deshacen y las mujeres no pintamos nada.

En el mundo de las mujeres, seguía la buena de Lucy, solo importa la condición social, cuanto más alta sea mejor, y después lo guapa que seas, cuanto más mejor, y después que tengas la suerte de pillar un marido con mucho dinero, si es atractivo mejor, pero bueno, igual no es tan bueno que sea atractivo, porque los más guapos dan mucho dolor de cabeza, no lo digo por el suyo, lo digo en general y después de todo eso, yo creo que lo más importante es que te trate bien. Porque vamos a ver, ¿de qué sirve que tengas dinero?, ¿de qué sirve que seas la más guapa de todas?, ¿de qué sirve que lo tengas todo, si luego tienes un marido que te trata fatal?, que te hace desprecios, incluso que te pega. Sí, sí, señora

Taylor, los hombres de las clases altas también pegan, ya lo creo. La señora, que en paz descanse, la primera del señor Davenport, dicen que cuando se enfadaba mucho la pegaba; y la doncella que tenía, que ahora trabaja en Nueva York cuidando de una anciana dama, bueno, pues esa doncella que se llama Marion, le dijo a una amiga mía, que a su vez es amiga de ella, que en más de una ocasión le vio cardenales del tamaño de una mano, en los brazos, en la espalda y en las nalgas, sí, sí, en las nalgas. Y también le contó, que la oía llorar muchas veces, pero que ella no podía hacer nada porque había sido despachada a su habitación por el señor y que este le decía que la señora no la necesitaba hasta el día siguiente. Y ya sabe usted que, por las noches, cuando todo el mundo se ha retirado, en el silencio sepulcral, se oye todo. Y Marion oía a su señora y no podía hacer nada y cuando se le ocurrió decirle algo a la cocinera, ya que no se atrevía de comentarlo con el mayordomo, esta le dijo, que ver, oír y callar, si no se quería ver de patitas en la calle. Así que, fíjese como está todo de liado y complicado para las mujeres. Una se piensa que porque es pobre y tiene que trabajar de sirvienta es una desgraciada, pero si le soy sincera, prefiero ser sirvienta aquí con ustedes, que ser una señora de alta alcurnia y estar casada con un hombre como Davenport. Porque, por ejemplo, el doctor Weide, el tío de usted, ese era un hombre muy bueno, siempre con los ojos pegados a los libros aprendiendo más cosas de las que ya sabía y metido en su consulta para arreglar los males de las gentes; y su esposa, mientras tanto, hacía lo que le daba la gana y la hija igual, entrar, salir, ir de compras, ir de visitas. Lo mangoneaban como les daba la gana, por eso yo siempre he pensado que, si no se hubiera muerto el pobre hombre, usted lo habría pasado mal, muy mal. Porque al final, no me imagino al doctor poniéndose de su parte y en contra de la mujer y de la hija, no. Habría sido como el cuento ese de la madrastra, hasta que hubiera llegado el príncipe, y el príncipe habría sido el señor Hathaway y al final habría terminado casándose con él. Porque el señor ya podía estar casado desde hace años; no será por candidatas, madre mía, si desde las que entran en sociedad, hasta las viudas estaban deseando pillarlo. Al principio, hubo gente que

dijo que no se casaba porque estaba enamorado o encaprichado de la cuñada, pero luego cuando murió el hermano y fue pasando el tiempo, todo el mundo se dio cuenta de que era ella la que iba detrás y que no sabía cómo pillarlo, y eso que vivía en la casa de al lado. Más de uno dijo que igual habían tenido algo, ya sabe, de tipo cama, pero Charles, el mayordomo de la casa de soltero, dijo que eso no era posible porque él veía como miraba el señor a la señora Viviane y esa mirada no es la que se le echa a una mujer que es tu amante. Pero es que la cosa no queda ahí, porque ya sabrá que la señora Viviane tuvo una niña que nació mal y a los tres meses, más o menos murió; pero murió por la noche. Todo el mundo se acostó y al día siguiente la niña estaba muerta. Mueren muchos niños, recién nacidos, de pocos meses o de pocos años, eso ya lo sabemos, pero lo raro de todo este asunto, y esto que no salga de aquí señorita Taylor, es que cuando esa pequeñita de rasgos mongólicos murió, la madre lloró como una descosida durante ese día y al siguiente en el entierro, pero al otro, estaba más contenta que un niño en una pastelería y eso, es de sospechar. Nadie dijo nada malo, nadie insinuó que la madre... ya me entiende, además, siendo la niña así, hasta el doctor que vino, que no era el tío suyo, dijo que era lo mejor, puesto que la vida de esos niños era muy delicada y que muchos padecían de corazón y de otras enfermedades y que para morir a los seis o diez años, pues cuanto antes mejor. Y ahora, como los años van pasando y la señora Viviane es muy consciente de ello, dicen que le ha venido de perlas pillar al señor Davenport, eso me lo ha dicho la doncella de la señora Deborah, que cuando estuvieron en la boda se ha puesto al día. Y por lo visto, se pavonea mucho de las joyas que ahora posee, porque ya sabe que cuando vinieron aquí y usted se quedó a solas con el hombre, ella le entregó las joyas que estaban en su posesión, ya que al casarse debía devolverlas y le enseñó a la señora Deborah una pulsera y un anillo enorme de esmeraldas que no sé si usted vio, y le dijo que tenían muchísimas más. Pero lo que se dice, es que la mayoría de esas joyas pertenecían a la difunta primera esposa y como en el testamento se lo dejó todo a él, pues ahora es ella la que disfruta de ello.

Y así, Lucy le hablaba y le hablaba y Taylor escuchaba, porque a pesar de que la doncella, cuando se ponía a cotillear no había quién la parase, a Taylor no le interesaba hacerla callar ya que consideraba que todo lo que se decía era información que no había que desechar, aunque fuera un cotilleo banal. Todo, todo, era aprovechable y nunca podías saber cuándo sería útil alguno de esos datos; y teniendo en cuenta que seguía igual, que no recordaba esa etapa desde que Ralph apareció en su vida hasta después de la caída, accidente o lo que fuera, a excepción de los azotes en el trasero y tampoco tenía un recuerdo claro de ello, pues todo lo que supiera, que ella había vivido, más lo que Lucy añadía de todo y todos los demás, entraba en su cerebro y ahí se quedaba.

Según pasaba el tiempo, estaba más irascible y enfadada, porque al paso que llevaba, el reposo llegaría hasta el final del embarazo y eso significaba nada de sexo. Bien, para la buena verdad, los esposos hacían algo, pero no todo lo que deseaban. Se masturbaban mutuamente y aunque a Taylor no le importaba, a él le molestaba en cierta manera. Eso de llegar a casa después de estar alejado quince o veinte días, y besar a su mujer, preguntarle qué tal iba todo y verla acostada o sentada en el sillón como una niña buena, hacía que su cuerpo anhelara tocarla, besarla a conciencia y todo lo demás. Pero nada de eso podía suceder; su esposa estaba embarazada y debía estar en reposo y él, no debería estar pensando en follarla como si de una puta se tratara.

Pero todo se quedaba en agua de borrajas, porque aun no llegando a la penetración, el asunto comenzaba de la manera más inocente. Ella, en el sillón, con un camisón recatado, pero abierto por delante, comenzaba a decirle lo mucho que lo echaba de menos y lo harta que estaba de tener que estar todos los días así, sentada y acostada. Entonces él, se acercaba hasta ella y la consolaba, dándole pequeños besitos, que, con la rápida cooperación de la muchacha, se convertían en verdaderas comidas de bocas y el hombre, excitado como un potro salvaje, tocaba esos pechos hinchados hasta llevárselos a la boca y devorarlos mientras oía los suspiros femeninos, al tiempo que ella abría los muslos y se llevaba una mano al sexo, dejando al descubierto el abdomen donde se

encontraba su hijo y él se sentía como un perverso. Pero teniendo en cuenta, que la excitación era máxima y que la perversión va involucrada, siempre, con la excitación, él hacía oídos sordos a su conciencia y acababa metiendo la cabeza entre esos muslos gloriosos, comiendo y lamiendo hasta el más escondido rincón, notando como ella lo aprisionaba entre esos muslos prietos, mientras se corría una, dos o más veces. Y claro, ¿él cómo se quedaba? Con el miembro dolorosamente tieso y deseando que ella lo cogiera entre sus manos y se la pelara hasta soltar todo el esperma, ya que no se le pasaba por la cabeza, metérsela en la boca en ese estado. No. Eso era pensable, pero no aceptable y así se lo hizo saber la primera vez, que estando ya en reposo le dijo que le quería dar placer de esa forma. Él se negó de lleno, poniendo como excusa el estado actual. Cuando todo eso pasara y volvieran las cosas a su cauce, entonces ellos podrían retomar sus antiguas relaciones y explayarse en todo lo que les gustaba y que en esos momentos no podían hacer.

Ralph recordaba muy bien, cuando en medio de la noche, acostados y durmiendo plácidamente, despertaba de golpe, dándose cuenta de que tenía la mano metida entre los muslos de ella y la tocaba ávidamente y ella, sin haber despertado, cooperaba de manera plena. Recordaba, como él se ponía de rodillas en la cama y viendo como dormía profundamente debido al embarazo, le quitaba el camisón y jugaba con sus pechos, tocándolos, amasándolos, mientras se iba excitando de una forma morbosa, para llevárselos a la boca y lamer los pezones gruesos y oscurecidos y acabar chupándolos de manera glotona, haciéndola gemir en sueños; para después, subirse encima y sujetándose con sus portentosos brazos para no tocar el vientre, colocaba el miembro entre los muslos, daba unas cuantas sacudidas y se corría con satisfacción, sin olvidar limpiar las evidencias de su abuso o debilidad; no sabía cómo definirlo.

La primera vez que lo hizo, le gustó tanto, que a la noche siguiente repitió y se le pasó por la cabeza si ella estaría fingiendo, si realmente estaría dormida o se hacía la dormida, para participar en ese lujurioso juego de amantes. No quiso saber, no quiso

preguntar, pero siguió haciéndolo todas las noches que estuvo con ella y siempre con el mismo ritual. Tocarla de manera profunda y lenta, notando como ella abría los muslos hasta el máximo para que los dedos del hombre recorrieran toda la vulva, dibujaran los labios mayores y menores, cubrieran todo el pubis con la mano, para seguir jugueteando y entretenerse en el clítoris. Ya en ese punto, ella movía su culito de forma llamativa y él daba por sentado que estaba despierta, pero de sus bocas no salían palabras.

Y la última noche de esa estancia, ocurrió. Eran las dos de la mañana y todo comenzó de la misma manera; él había jugado con los pechos como un perverso y después había enredado entre esos rizos rubios hasta hacerla gemir sin descanso y entonces, ella se dio la vuelta y se puso a cuatro patas y la excitación de él aumentó muchísimos grados, si es que eso era posible. Sabía lo que esa postura reflejaba, pero tal vez se podía equivocar. Él de rodillas y ella en la postura del perrito, movió varias veces ese culito redondo y él deslizó una mano por una nalga y colocó la otra mano en la otra. Acarició y amasó el culo, igual que hizo con los pechos. Llevó la boca hasta esas prietas carnes y fue dejando pequeños besos, al tiempo que le daba lametazos y ella se enculaba más todavía. Él tocó el sexo desde ese punto y se maravilló al sentirlo tan hinchado y húmedo.

No se lo pensó más. Si ella no quería, se lo haría saber y él se retiraría. Y si no era así, adelante, lo estaba deseando. Se colocó detrás y ella se mantuvo en la misma posición, mientras el miembro rozaba esa carne dura y redonda y sin colocarlo, buscaba la hendidura. Él pasó el dedo pulgar humedecido por ese hoyito y notó el pequeño empujón que dio ella contra su miembro, como un becerro cuando quiere embestir y amaga con la cabeza. Él quería preguntar si estaba segura, pero no se molestó. Estaba claro, ¿no? Fue introduciendo despacio, al tiempo que se mordía el labio y deseando que ella no se quejara, que no le molestara y tuviera que dar marcha atrás. Y no sucedió, sintiendo como entraba hasta el fondo y moviéndose durante un tiempo que le pareció mínimo, al tiempo que con la mano tocaba esa vulva hinchada y provocando que ella se moviera de manera precisa y que esos movimientos,

hicieran presión sobre su pene, para hacerlo estallar en cuestión de segundos; mientras a sí mismo, se decía que esto no iba a suceder otra vez, que esto era demasiado voraz para una pareja casada, pero, sobre todo, para una mujer tan joven como la suya.

Ni joven, ni mayor, no era procedente.

No, no era ético, ni decente, no era lo correcto. Debería hablar con ella muy seriamente y decirle que ciertas cosas no debían de producirse en un matrimonio.

Pero eso no sucedió. Al día siguiente se fue, despidiéndose de manera ardiente y deseando verla muy pronto, advirtiendo gratamente, que ella se mostraba tan candorosa como siempre, al tiempo que se disgustaba de no poder ir con él y no poder estar a su lado. No hubo ningún síntoma de que estuviera dolorida o enfadada, entonces... para qué sacar a relucir el tema, pensó el hombre.

Pero a pesar de todo, no dejó de pensar en ello mientras duró el trayecto hasta Boston y cuando llegaba a casa por la noche y el bueno de Charles le servía un trago, volvía otra vez a su pensamiento, tardando en dormirse y recreándose con todo lo vivido, al tiempo que anhelaba que llegara el amanecer, para levantarse, ir al gimnasio y machacar un saco de boxeo, o mejor aún, un contrincante de carne y hueso que le devolviera los golpes y le hiciera bajar el deseo tan desbordado que sentía por su esposa. Pero qué hostias, a él le gustaba eso, le gustaba que hubiera dos relaciones distintas, le gustaba que por el día y delante de todos, fueran los esposos perfectos, la dama encantadora y discreta y el esposo atento y gentil, para después, cuando llegaba la oscuridad y los esposos se escondían en su alcoba, salieran los amantes, el perverso, sórdido, amante lujurioso, deseoso de comerse y de penetrar cada rincón de ese cuerpo tan hermoso, tan perfecto, de esa esposa que se convertía en la más experta cortesana, ofreciéndole todo y él, no rechazando nada. Pero por todos los diablos que debería hablar con ella para que no comentase nada de lo que hacían, ni a su doncella con la que hablaba constantemente, ni a la esposa de Orlando con la que mantenía una amistad cada vez más estrecha, por carta la mayor parte de las veces y por su

puesto con su madre. No la creía capaz de eso, pero como a veces era tan impulsiva, quién sabe lo que podía soltar por esa boquita en un momento dado.

Por otra parte, el asunto de los cadáveres desaparecidos del granero, lo mantenía en guardia, pero sin saber por qué. Los detectives habían hecho un buen trabajo, pero a pesar de ello, él sentía que algo no estaba en orden. Se averiguó que el primero que comenzó la búsqueda de los hermanos Adams y del primo de estos, Joshua Adams, fue el padre de los hermanos y que poco después murió y le dejó el testigo al hijo mayor, Noah. La familia Adams de Carolina del Norte, vivía en una granja al sur del estado, y era allí donde se dirigían los hermanos y el primo, después de desertar y decididos a no volver más al ejército. Porque como decía el mayor de los tres:

—¿Para qué cojones queremos volver, si esto está perdido y bien perdido? Que le den por culo a todos los mandos, ya hemos hecho bastante por nada.

Lo cierto fue que se desviaron un poco de la ruta para llegar a casa, porque tenían hambre y sobre todo ganas de follar. Pasaron primero por una granja habitada por un par de ancianos, pero con una buena provisión de alcohol; de esa manera, al llegar a la granja Lewis iban bastante borrachos, pero sabiendo de sobra lo que hacían y sobre todo, al ver a Alessia, lo que querían. No necesitaron palabras. Los tres pensaron lo mismo. Y mostrándose pacíficos, al principio, diciendo a la hermosa sureña que tenían hambre, que llevaban sin comer varios días y que si sería tan amable de proveerles de algún alimento que se pegara a sus riñones. Pero esa rubia, menuda y con un buen par de tetas, no estaba por la labor y les dijo que no tenía nada, que se podían llevar las salazones que había en un secadero al fondo del granero, pero nada más. Y al mayor de los presentes, no le gustó esa altivez, no le gustó que una ordinaria granjera por muy guapa que fuera, los tratara como si fuesen una escoria, una mierda. Le recordó que eran confederados y ella contestó que era consciente de ello, pero que las cosas eran así. El tortazo que le dio, la tiró al suelo, quedando espatarrada y con las faldas medio subidas, mirándolos como si fuesen demonios

y sabiendo que la sonrisa asquerosa que lucía el que le dio el bofetón, no indicaba nada bueno. No tardó ni medio minuto en ir desabrochando la bragueta, mientras que el otro hermano y el primo se frotaban con ganas, sin dejar de mirar a esa beldad, al tiempo que le levantaba las faldas y le rasgaba las prendas interiores y Alissa no opuso resistencia porque sabía que no serviría de nada. Y a las malas, ella quería que esos hombres se fueran de su casa, para que no descubrieran a su querida hermanita. Eso les dio alas a los tipejos, diciendo que estaba deseosa de macho y que ellos le iban a dar todo lo que quisiera y más.

El primero en montarla, no se corrió al momento como ella deseaba, sino, que estuvo entrando y saliendo, al tiempo que decía que podía cooperar un poco y ponerle más aliciente, mientras los otros, con el miembro duro, se tocaban de manera ligera, para no correrse sin haberla metido. Cuando por fin, James Adams se corrió, ella dio gracias, haciendo de tripas corazón y deseando que Taylor no saliera del escondite. Bromearon entre ellos, diciendo el que ya se había satisfecho, a su hermano Ezequiel, que ahora se lo iba a encontrar más jugoso, puesto que su leche se hallaba desparramada por ese coño estrecho y riéndose a carcajadas, cuando el más joven entró dentro de la chica, mordiéndose los labios para no correrse antes de tiempo y mirando a su primo para aguantar más o simplemente por curiosidad mal sana. Los ojos del primo estaban desorbitados de lo cachondo que estaba, pero sabiendo los hermanos que era un poco rarito, y hasta pudiera ser que lo que más le excitaba, era ver las pollas de los hermanos en plena faena. Quién sabe, pensó James Adams, si se pone tonto y no es capaz de follarla, puede que le dé por el culo a ver qué pasa. Igual le gusta y nos divertimos por partida doble.

Y esos pensamientos tenía, medio tumbado encima de una alpaca, mirando a su hermano follarse a la rubia, para desplazar los ojos a las caderas de su primo, viendo el pene no muy grande en su mano y las nalgas duras y estrechas. Fue en ese momento cuando asomó una preciosa niña con un revólver amartillado, que, sin miramientos de ningún tipo, le soltó un tiro en la barriga, sintiendo como le agujereaba las tripas y siguió viendo como sin creérselo,

como mataba a su primo y luego a su hermano. En unos minutos se le pasó por la cabeza todo lo vivido, o al menos eso creyó, para ir perdiendo el control poco a poco, mientras veía a esa niña ayudar a la muchacha y abrazarse a ella y después hablar de algo, pero no supo de qué. El último pensamiento fue para su padre, porque madre hacía mucho que había muerto, padre y su hermano mayor que no fue a la guerra por una cojera, y que no sabrían jamás que les había ocurrido a sus hijos, y al gilipollas del primo.

CAPÍTULO 14

Cuando Deborah se lo dijo, su rostro se mostró un tanto confuso, para después reírse y decirle a su suegra que cómo podía ser eso.

—Para que veas —contestó ella—, se ve que ha descubierto la afición a la pesca y dice que en este río hay en abundancia y de paso, dice él, se volverá un hombre fuerte y seguro para enfrentarse a las dificultades de la naturaleza.

Efectivamente, el mensaje era claro y directo para la joven sureña, que no supo si reír, llorar o mostrar total indiferencia. El señor Harry Davenport había comprado una casa, río arriba, para disgusto de su nueva esposa, que no veía ningún aliciente, en vivir alejada de Boston y lo único que entendía como casa de recreo, vacaciones o retiro, era la casa de la playa en el Cabo Cod.

La casa de madera, de tres plantas, menos lujosa y menos grande que la de los Hathaway y más antigua, se encontraba a unos quince minutos andando de aquella; y aunque el lujo no imperaba, era práctica, cálida y cumplía sus funciones. Hubo que hacer unas cuantas reparaciones, ya que llevaba vacía varios años; pero aparte de eso, una buena limpieza, algunos muebles nuevos y cambio de cortinas. Viviane pensó, que, puesto que tenía que tragar con el capricho de su marido, le iba a dejar despilfarrar una buena cantidad de dinero para redecorar todas las estancias. Pero se llevó, un buen chasco, cuando Davenport le dijo que no, que solamente lo indispensable. Ella protestó, aludiendo a que todo era indispensable, que todo estaba hecho un desastre y que ellos no debían instalarse en una casa de corrientes granjeros, o agricultores o lo que demonios se hiciese por esos lares. La mirada que le dedicó el hombre, fue suficiente para que cerrara la boca de golpe y la siguiente frase hizo que sintiera un temblor por todo el cuerpo.

—No abras la puta boca para protestar, porque del primer golpe te la parto —y añadió—. En mi casa se hace lo que yo digo y mi

esposa obedece como un criado. Y si eres lista y sabes acatar las normas, todos pensarán que aquí se hace lo que tú dices. ¿Te queda claro? —Ella movió la cabeza, pero no salió monosílabo de su boca y él, volvió a preguntar con voz extrañamente suave:—¿Te queda claro, Viviane? —El sí que salió de los labios de la mujer, fue apenas audible, pero al hombre le bastó. Y mirando el entorno de la habitación en la que estaban, añadió—: Ahora, preocúpate de que los criados dejen todo reluciente y no te olvides, que he comprado una cabaña grande para pasar temporadas aquí, pescando y relajándome, y que esto no es una mansión. Y si quieres lujos llamativos, puedes mover el culo, andar un poco, que te vendrá bien y acercarte a ver a Deborah y a la sureña.

La anterior señora Hathaway estaba horrorizada, jamás en la vida, le había dicho nadie, mueve el culo; por Dios, eso era una ordinareiz, aparte de estar fuera de lugar que el esposo dijese algo semejante.

Con el paso de poco tiempo, Viviane descubrió el verdadero carácter de su esposo, que no era ni más ni menos que el murmurado y cotilleado durante los últimos años y recordó más de una vez, esa frase corta y precisa que dijo Taylor:

—Es malo.

Ante la sociedad se mostraba como el auténtico caballero, correcto, culto, educado y mostrándose siempre en su sitio; pero en la intimidad, cuando estaba a solas con sus amigos de correrías, con la esposa, con los criados, o en circunstancias especiales como cuando se quedó a solas con la sureña, salía el verdadero genio, la perversidad que se ocultaba bajo frases irónicas o con doble sentido. No solía emplear vocabulario soez, pero con las mujeres en más de una ocasión lo hacía, ya que consideraba que era una manera de marcar el territorio y de asustarlas. Todas estas damas que se mostraban tan estiradas y altaneras, que creían que el mundo estaba a sus pies, sentían el miedo recorrer su piel cuando un hombre blasfemaba y las miraba de forma despectiva, y sí levantabas la mano, ya era lo más, humedeciéndose las prendas íntimas y algunas, más que eso, mojándolas; pero no de placer precisamente. Davenport se acordaba muy bien de su primera

esposa, la lánguida y frágil Mary; por Dios, le repateaba las tripas tanta blandura, tanto lloro, tanto quejarse por unas cosas o por otras. ¿Cómo no iba a terminar pegándola, si acababa con su paciencia, con sus nervios?; y por qué no decirlo, al final se excitaba, le ponía caliente cuando ese cuerpo desnudo recibía los azotazos de sus manos, cuando golpeaba las gordas nalgas y se fijaba en ese movimiento de carnes, que a pesar de no estar duras las había visto peores. Y después de calentarla de lo lindo, se sacaba el miembro y se la follaba a gusto. Ya lo creo, eran los mejores polvos, los que llevaban violencia, los que proclamaban la superioridad del macho, los que demostraban que las mujeres estaban para el uso y disfrute del hombre, para abrirse de piernas y recibirlos y a poder ser, moviéndose para que ellos disfrutaran, o para abrir la boca y tragarse las pollas hasta el fondo; y por qué no, invadir esa otra cavidad, que producía tanto placer o más y que un hombre tenía que tener muy clara su masculinidad, para no desear otros que no fueran femeninos. Pero lo que más le gustaba, era que se la comieran, sí, eso era ideal, eso le gustaba hasta decir basta, hasta rabiarse de placer, hasta aullar como un lobo en una noche de luna llena.

La primera vez que la metió en la boca de la llorona Mary, le dio tal arcada que vomitó y él le dio tal paliza que propició que la siguiente vez, chupara a las mil maravillas y se tragara hasta la última gota. Pero al final pronto se cansó de eso y de ella. Llegó un punto en que no sentía atracción suficiente, que no le gustaba que la tonta de su mujer hiciera las cosas por miedo, aparte de que casi siempre estaba enferma, y que le apetecía una mujer dispuesta a ofrecerle todo, de buena gana, porque le gustase y por descontado, que no se tratara de putas. Las putas eran una especie aparte, y daba igual de donde fueran, daba igual limpias o sucias, eran putas y eran unas guarras. Davenport se había acostado con muchas mujeres, damas y putas, y desde su punto de vista, consideraba que las putas lo hacían por dinero y las damas, también. Al final, las mujeres en general, eran lo mismo; para usar, para disfrutar, para pegar...

Porque si no utilizabas la fuerza, ellas marcaban los límites, hablamos de las damas, claro, y esos límites, eran eso: limitar el placer, limitar el disfrute, limitar todo lo que ofrece la vida y aunque no marcaran una tarifa por polvo, sabías de sobra lo que costaba, lo que costaban los elegantes trajes o las deseadas joyas, o adquirir una nueva posesión del tipo que fuera para presumir ante las amistades. A no ser que te casaras con una rica heredera como hizo él, enamorando a la delicada, enfermiza y solitaria Mary, que debido a la falta de hermanos y a que sus padres murieron precipitadamente, por enfermedad uno después de otro, se encontró con una herencia suculenta que, por descontado, administraría él, como dueño y señor, heredando todo a la muerte de su esposa.

¿Ahora qué?, se preguntaba; casado con una tragona que no tenía más que una renta anual de poco más de cinco mil dólares al año, por parte propia y la que recibía de Hathaway, ocho mil dólares, había sido rescindida una vez que se casó con él. Menos mal que no había sido muy derrochona, ya que al vivir en la casa de la suegra se evitaba todo tipo de gastos, desde los de mantenimiento de casa, hasta alimentos y demás lujos; eso sin contar, con que la picarona de su esposa, se pasaba de vez en cuando por las oficinas de las empresas de su cuñado, para solicitar pagos de facturas, aludiendo que era lo menos que podía hacer, puesto que había tenido la desgracia de quedarse viuda y encima, la enorme desgracia de perder a una hija. Davenport sabía de todo ello, antes y ahora, contado por Viviane, que se pavoneaba de ello, creyéndose muy lista y no dándose cuenta de que el segundo esposo estaba al corriente de los intentos fallidos de conquistar a Hathaway.

Total, qué tenemos al final, unas putas, eso sí, más selectas, más educadas, pero putas, a fin de cuentas. Entonces, si una mujer deseaba lo mejor, sí quería que su esposo se lo diera todo, había que ganárselo, ¿no? de alguna manera; pero si te lo iba a dar porque no le queda otra, porque tenía que pasar por el aro, ¿dónde estaba la gracia? ¿Dónde el placer? ¿Dónde el morbo? Luego, las putas, a esas podías hasta darle por el culo a la primera de cambio, aunque había más de una estrecha que se negaba y por mucho que le ofrecieras, decía no y no y no. Sobre todo, si eran de cierta clase,

si no eran unas arrastradas de la peor zona de la ciudad, porque esas, esas tragaban con todo; pero tenía sus inconvenientes, pillando cualquier venérea por mucho que te lavaras después, o cualquier otra cosa tan mala como una venérea. Pero, y los quejidos y los gemidos producidos desde lo más hondo, para que te pusieras más cachondo y soltaras toda la leche de golpe y terminar cuanto antes. Porque eso era así, cuanto antes te corrieras, antes acababas. Le echaban cuento y hacían teatro, que ya tenías que ser un tonto imberbe o un simplón de la condición femenina, para no darte cuenta a la primera de cambio de todos sus tejes manejes.

De esa manera y sin pensarlo mucho, o tal vez demasiado, compró la casa del río, queriendo estar cerca de la sureña, queriendo saber de ella y esperando que soltara lo que llevaba en el vientre para poder enfocar todo de una manera diferente. Hathaway podía pensar lo que le diera la gana, puesto que él podía comprarse una casa donde quisiera y a pesar de no ser amigos, el matrimonio con Viviane y la buena relación con Deborah, debería facilitar muchas cosas. Y él, solo necesitaba hablar de vez en cuando con ese precioso ángel; por el momento. Cuando llegase el avance necesario, el momento oportuno, estaría preparado y esperaba que ella también. Y mientras tanto se apañaba con lo que tenía, con la todavía atractiva Viviane, pero que dejaba mucho que desear, que no le llegaba ni a la suela de los zapatos a esa preciosa sureña. Esa sí que era una mujer.

¿Cuándo decidió contratar a ese detective? Fue al saber que su enemigo se iba a casar con ella. Sí, en ese momento, lo quiso saber todo de esa mujer, de esa preciosa criatura. Todo. Y cuando llegó el informe de manos del investigador y leyó que esa preciosa niña iba vestida con ropas masculinas, que no de hombre, es decir, que no iba a pasar por un hombre, y que llevaba un viejo revólver a la cadera, sintió que su miembro se endurecía pensando en ello. Y cuando supo lo de la hermana y las conjeturas a las que llegó el detective con todo lo que averiguó a fuerza de billetes, sintió tal subidón que en cuanto se quedó a solas se masturbó pensando en esa preciosa rubia pelirroja y lamentando que Weide se hubiera muerto tan pronto, no dejando optativas a que otros hombres

hubieran podido cortejar a la muchacha. Sí, estaba convencido de que de esa forma él habría tenido oportunidad de engatusar y embaucar a esa gata salvaje, de engañarla, de enamorarla hasta envolverla y lavarle el cerebro.

Pero las cosas son como son, ahora habría que esperar a que pasara algo, a que Hathaway tuviera un desliz y la sureña se encontrara sola y humillada ante la realidad de la vida, la realidad de los matrimonios, pero, sobre todo, la realidad de los hombres. No dicen que todos somos débiles, pensaba Davenport, no dicen que la carne es débil, no dicen que el hombre enamorado se puede acostar con otra, porque la cosa ha venido así...

Cuando la joven se puso de parto, un criado fue al pueblo para poner un cable y que el futuro padre supiera que todo estaba en marcha. Pero cuando esa noticia llegó a él, habían pasado tres días y cuando él montó en el semental, dándole espuelas y no dejándolo resollar, Taylor ya había recibido la primera carta.

Una carta anónima, una carta en la que se decía, que prefería no decir quién era el autor o autora de la misma, porque no deseaba crear males mayores, porque el objeto de la misma, era simplemente informativo, para que la destinataria supiera que todos los hombres, más tarde o más temprano, eran iguales, y que su esposo había frecuentado en la ciudad de Nueva York, a la señorita Suzanne Miller, que comenzaba una gira con su compañía teatral y que el señor Hathaway había acudido dos noches seguidas, a ver la obra en cuestión, pasando después por el camerino de la admirada y bella actriz. La carta terminaba diciendo, que igual había sido un reencuentro entre dos viejos amigos y nada más, pero teniendo en cuenta, la estrecha y apasionada relación que tuvieron los dos protagonistas, era de pensar, que si solo hubiera acudido una noche no entraban segundas interpretaciones, pero al ser dos las noches, seguidas y con visita al camerino... todo quedaba en el aire. Solo añadía una última maldad, diciendo que no podía ampliar la información, si se habían visto en el hotel donde se hospedaba el hombre siempre que iba a la ciudad, o si el camerino de la actriz cumplió esas funciones. Eso sin contar, con que las malas lenguas

murmuraban, que la relación entre ellos nunca se dio por zanjada, que solo hubo un cambio de ciudad, un punto de reunión diferente y tal vez, algo más.

Cuando las manos temblorosas de Taylor, doblaron la carta y la guardaron en el fondo de un cajón, se dijo que no diría nada, ni a su suegra y a su doncella menos, y sin saber cómo actuar cuando llegara su esposo.

Qué sería lo más acertado, enseñarle la carta y que le diera una explicación; pero qué explicación le iba a dar, si se había acostado con esa mujer. No seas tonta, Taylor, si te ha engañado no te lo va a decir, lo negará como hacen todos los hombres, que por otra parte es lo normal, y si dijera que sí, entonces, ¿qué? Había hombres, que cuando reconocían una infidelidad, terminaban diciendo que no significaba nada, que solo había sido un calentón y que no volvería a pasar. Pero, qué significaba ese «algo más». ¿Qué ocultaban esas palabras?

Dios de todos los cielos, había parido hacía tres días y estaba sensible en todos los aspectos y al mismo tiempo rabiaba por dentro como una leona. El llanto de la niña hizo que dejara sus turbios pensamientos de lado y viera a su suegra acercarse a la cuna y coger en brazos a la pequeña. Deborah estaba feliz, estaba tan orgullosa de ser abuela, de tener esa nieta tan preciosa, que no se apartaba ni a sol ni a sombra, cogiéndola cada vez que lloraba, o cuando había que cambiarla, sin importarle que la niñera que habían contratado, una de las hijas de Eliza y Samuel, se quedara mirando a la espera de que le mandaran tareas propias del cuidado de bebés.

El parto fue rápido y apenas doloroso, sorprendiendo a todos y a la mismísima Taylor, que después de haber pasado el largo reposo, no imaginaba que todo se diera tan bien. El parto de su hermana también fue rápido y con un par de empujones o tres, salió el niño; pero todo fue triste y encima acabó mal. El hecho de haber tenido una niña, no le incomodaba, pues Ralph había dicho más de una vez que le daba igual, aunque ella no terminaba de creerse esas palabras porque todos los hombres querían un varón, un heredero.

Y lo de Deborah no tenía nombre. Era una mujer tan extraordinaria, que a Taylor le faltaban palabras para calificarla. Desde el momento que la vio, la quiso, eso dijo Lucy, y ahora con la niña, estaba feliz, mucho más feliz que ella. Desde el final del embarazo, se encontraba irascible y deseosa de quitarse ese peso de encima, sintiendo que esa situación la separaba de su esposo y enfadándose por momentos, al estar tanto tiempo sola. Que no era así, pero estar con la suegra o con la doncella no era estar con él. Y ella lo que deseaba, era eso, seguirlo a todos los sitios que él fuera, amarlo a todas horas para que estuviera ahíto, tan satisfecho que no entraran pensamientos ni deseos extramatrimoniales. Había comenzado a recordar cosas, todas relacionadas con la llegada del hombre a las tierras donde ella había nacido, y esos recuerdos la habían enardecido, viendo en su mente a ese hombre apuesto, grande, vestido de negro y blanco y con dos revólveres a la cadera. Recordó lo que su corazón juvenil sintió al contemplar a ese yanqui seguro de sí mismo y lo que palpité al saber que venía a por ella. Recordó esas espuelas de plata resonando contra la gastada y vieja madera del suelo del porche de la casa, y cuando se paró y le cedió el paso, utilizando una de esas manos tan hermosas que poseía, y cómo ella había rechazado esa galantería porque jamás nadie se lo había hecho, y cuando salió, porque el payaso de Kevin estaba alrededor del Winchester. Y como sus ojos se clavaron en esas caderas estrechas y ese culo bien plantado.

Madre mía, todo lo que le venía a la mente, todo lo que iba recordando, era como un afrodisíaco, como un filtro de amor y sexo, poderoso hasta hacerla sentir débil y con las piernas temblorosas. Era como si lo viera por primera vez, como si lo ocurrido en este intervalo de tiempo, no hubiera existido, como si él se hubiera mostrado diferente, más adaptado a ella por las circunstancias de la amnesia, y ella encandilándose por un hombre que no conocía. Era algo muy extraño, incluso difícil de definir, de calificar, era complicado. Pero una cosa estaba muy clara, sabía que lo amaba de forma dolorosa, que lo empezó a amar desde el primer momento que lo vio subido en ese caballo y preguntó por Taylor Lewis, recordando que jamás había visto, conocido o contemplado, un

hombre semejante; duro, varonil, fuerte, con esa voz grave y fría, pero elegante, bien modulada, pronunciando cada palabra con todas sus letras, nada de acortar, y acompañado de esos ojos, que, si la voz resultaba fría, la mirada era gélida. Pero también recordó cómo la miraba de vez en cuando, y cuando eso ocurría, no era gélida, sino curiosa, admirativa, valorativa, incluso divertida. No creía que fuese su imaginación, pero ella sentía, que ese día, el día que apareció él, ya hubo algo. Desde luego, por parte de ella sí; porque jamás había visto o conocido a un hombre semejante. Porque ese hombre no se podía comparar a todo lo que ella tenía a su alrededor; ni tan siquiera cuando era pequeña y su padre la llevaba con él, los hombres que veía no eran como Hathaway. Los había visto, grandes, gordos, altos o más bajos, delgados como estacas, sucios y malolientes, con los dientes podridos, muchos jovencitos, guapotes y presumidos, que la miraban de manera curiosa, y hablaban entre ellos sin importarles que ella oyera esas conversaciones de adolescentes, mientras decían lo guapa que era para tener nueve o diez años y que ya provocaba pensamientos morbosos. Pero, de todos modos, de esos especímenes, ninguno era como Hathaway.

También recordó el resto de la estancia en la ciudad de Charleston y como esa mujer de la tienda de ropa, la dueña, lo miró de forma apreciativa, con deseo de que se fijase en ella, cosa que él, no hizo. Porque recordando, despacio y con tiempo, lo veía claro como el agua, como esos ojos azul marino la observaban constantemente y cómo miraba a los oficiales, cuando estos se quedaban con la vista fija en ella. Porque estaba recordando, como si estuviera viendo a otra persona que no era ella, a una muchacha inocente en muchos aspectos, pero con la boca de un carretero; por el amor de Dios, si sabía palabrotas y maldiciones para escribir unas cuantas cuartillas. Y supo que ese vocabulario molestaba al hombre, supo que cuando miraba esa cara tan delicada, con esas facciones tan femeninas, él no quería oír esas barbaridades, no quería oír un vocabulario más propio de una puta de puerto, o peor, hablar como un hombre en su peor estado.

No.

Él era un hombre culto, un hombre de clase alta y no admitía que una mujer hablase como una golfa, o como un patán de tres al cuarto. Pero en esos momentos, a esa muchacha que era por aquel entonces, ese vocabulario salía con la misma facilidad que podía sonreír o arrugar el ceño. Y ahora también recordaba esos azotes claramente, sintió de nuevo, como esa mano grande y fuerte golpeó su nalga una y otra vez y como se paró de golpe, quedando en vilo y esperando más palos. Pero eso no ocurrió, él la enganchó por la cintura, la camisola tapó sus vergüenzas y la dejó sola en esa habitación de hotel. Y después, volvió, con la cena. Oh, Señor, lo recordaba todo, todo. Como ella a la noche siguiente tuvo el valor de entrar en su habitación, con un deseo desatado hacia ese hombre, con la esperanza de que no la rechazara y jugaran sin hacer niños. Y como le dijo que estaba borracho, que se fuera y a ella le dio igual, porque sus ojos, no tan inocentes, recorrieron ese cuerpo masculino, fijándose en todos los detalles, quedándose embobada mirando esos antebrazos fuertes, marcándose los tendones, las venas y cubiertos por un vello oscuro y suave, para desplazarlos a ese torso duro como una piedra, con esos hombros tan anchos y todos esos músculos marcados, como por obra de un cincel. Esos pensamientos llenaban la cabeza de la joven y la ponían más triste, si es que eso era posible, ahora que él podía estar engañándola, haciendo que el llanto estuviera al límite, siempre; y que a pesar de mirar a esa hija tan bonita que había parido, sintiera unos deseos enormes de acostarse y no levantarse en días, en semanas.

Deborah le dijo que no se preocupase, que era normal, que después de tener un hijo, muchos sentimientos invadían tu estado de ánimo, pero que debía estar tranquila y no preocuparse por nada, ya que todo volvería a su cauce. Cómo decirle a su querida suegra, que ya la consideraba como una madre que, si el hombre que amaba con todo su ser le era infiel, no deseaba nada, ni hija, ni riquezas, ni marido.

Tal vez, si no fuese tan guapo, tan hombre, no tendría ese problema. Tonterías Taylor, sabes de sobra que hay hombres feos, hombres que no brillan ni por su físico ni por su inteligencia y también engañan a sus mujeres. Ahora, en su vida actual, veía

hombres que podían llegar a hacerle sombra a su esposo. Orlando Parker, por ejemplo, era muy similar a Ralph, salvo el color de pelo, ojos o piel. De repente pensó en Davenport, era muy parecido a Orlando, no tan corpulento, ya que su constitución era más delgada y no parecía que hiciera mucho ejercicio, pero podrían pasar por hermanos. Ese tipo de características, de los descendientes del norte o del centro de Europa, pero ahí quedaba la similitud, porque Orlando era bueno, todo lo que tenía de grande lo poseía de bondad. Con su esposa, con sus niños, con cualquier persona que tratase, además, no era un hombre de sociedad, no le gustaba, no estaba cómodo en los actos sociales y su esposa igual. Solo acudían cuando era indispensable, o cuando Hathaway lo pedía, que no lo ordenaba, porque ellos eran amigos desde la infancia y la relación existente era de camaradería total y de confianza absoluta, a nivel de negocios o de asuntos personales.

Pero Davenport era otro cantar. Había comprado esa casa que ella había visto en una ocasión, antes de que el doctor le ordenara reposo, y le gustó. Era mucho más sencilla y pequeña que la mansión en la que vivía, pero no sabía por qué, le atraía, le provocaba curiosidad.

Viviane le dijo a Deborah que tenían que ir a ver la casa, en cuanto estuviera en condiciones, que estaría encantada de invitarlas a tomar el té, aparte de que estaba deseando tener compañía femenina y por supuesto, que no fueran las criadas o gente similar, ya que, para Viviane, esas categorías sociales no eran personas, eran criados. Habría encajado muy bien en el Sur, antes de la guerra, teniendo cientos de esclavos y no importándole si vivían o morían.

De repente, sintió un escalofrío por el cuerpo. Sentada en un sillón y oyendo a su suegra con la niña, moviéndose por la habitación contigua, escuchó otros pasos, las pisadas largas y potentes de su esposo.

¿Tan distraída había estado, que no escuchó los cascos del caballo? Sus oídos atentos, oyeron la exclamación de Deborah y supo sin verlo, que le estaba mostrando a su hija. Ella sintió una congoja tremenda y tragó saliva, al tiempo que se aguantaba las

lágrimas, pero sin saber cuánto podría resistir. Al oír la voz, sintió que su cuerpo se electrificaba, que miles de mariposas se movían por el estómago y que un nudo se le hacía en la garganta. La voz profunda y viril, dijo que era la niña más bonita que había visto y Deborah añadió que era muy buena, que se pasaba el tiempo durmiendo y comiendo, comiendo y durmiendo.

Entonces él preguntó por ella, cómo estaba, cómo se había dado el parto y la madre contestó risueña, que jamás vio un parto tan rápido y tan fácil. Que Taylor, era una maravilla para todo y que estaba segura de que vendrían más niños y pronto.

Entonces las pisadas se dirigieron hasta la puerta de la alcoba y él se paró en el quicio de la puerta, tan alto, tan atractivo, mirándola, traspasándola con sus ojos oscuros, con esos ojos que la volvían loca como todo lo demás. Ella no se movió, pero tuvo que coger aire profundamente, sintiendo el nerviosismo por todo el cuerpo y los ojos llorosos se clavaron en los de él; y cuando el hombre se dirigió hasta ella con pasos lentos y sin dejar de observarla, las lágrimas se desbordaron como torrentes y él se arrodilló a sus pies.

—Cariño mío, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó pasando los dedos por el borde de la cara, para tomarla de la barbilla—. Siento mucho no haber estado aquí, mi amor. De verdad que lo siento. En cuanto me localizaron, me puse en marcha. Dios, estás preciosa, estás tan bonita que dan ganas de comerte. —Ella no pudo evitar sonreír entre las lágrimas—, y esa hija que me has dado, es una copia de la mamá, es la cosita más bonita que he visto en mi vida. Mi amor, no llores. —El hombre la envolvió en sus brazos y ella se dejó, notando como esos dedos le acariciaban la nuca y esa boca le daba pequeños besos en la frente, para seguir hacia abajo y capturar la boca entreabierta y llorosa. La besó con ganas, con deseo, pero al ver que el llanto no cesaba, se separó, mirándola fijamente y cogiendo la cara entre sus grandes manos—. ¿Qué ocurre? Háblame.

—No es nada —contestó limpiándose los ojos y haciendo con ese movimiento, que él la soltara—. Deborah dice que son cosas de mujeres, después de parir. Que se está más sensible y esas

tonterías. —Él sonrió ante ese comentario, pero siendo muy consciente de la manera que ella había rechazado sus manos.

La miró intrigado y un poco preocupado. No se esperaba esto. No. No esperaba ver a su pequeña sureña tan tierna, tan delicada. Estaba enfadada, seguro, la conocía muy bien o creía conocerla y ese llanto no era propio de ella. Cuando le dio la azotaina en Charleston, no emitió ni un gemido y si lloró, fueron lágrimas silenciosas y al día siguiente se comportó como si nada. Claro que, por otra parte, un parto era algo demasiado grande como para tomarlo a la ligera y tal vez, ella estaba desbordada por la situación y recordando el de su hermana. Aun así, no le gustó lo que vio.

Se levantó y la miró desde su impresionante altura y ella elevó los ojos turquesa, sin saber que él se perdía en ellos, sin saber que la amaba hasta la locura y que haría lo que fuera por ella.

—Ahora debes descansar, estar tranquila y verás cómo te repones. —Ella, sin dejar de mirarlo y sin más lágrimas, le habló, provocando con lo que dijo, que el hombre tensara la mandíbula y sintiera una patada en las tripas.

¿Por qué, cada vez que volvía a ella, se encontraba con una situación diferente? ¿Por qué no se podía normalizar la relación y evitar tener la sensación de que algo se le escapaba de las manos? Tal vez debería llevárselas a Boston, ya llevaban mucho tiempo viviendo de esta manera y no era lo más apropiado.

—Me gustaría dormir sola durante un tiempo. Estoy incómoda y si no te importa, lo prefiero por el momento. —Al ver que él no decía nada y no dejaba de mirarla, se puso nerviosa, notando como su respiración se aceleraba, sabiendo que él se daba cuenta. Tragó saliva—. Si quieres me voy a la otra habitación.

—No. Quédate aquí, yo me acomodo en cualquier sitio. No te preocupes. —La respuesta fue correcta, educada y del perfecto caballero que era, pero la voz sonó fría como el hielo y ella supo que las espadas estaban en alto. Viendo cómo se retiraba y sin volver la cabeza le dijo:

—Voy a darme un baño. Luego nos vemos.

Dios, todo su cuerpo tembló con esa despedida. Sintió recorrer el miedo por todas las fibras de su ser. Él había marcado el territorio

desde hacía mucho tiempo y ella no se había dado cuenta. Era demasiado tonta, inocente o ilusa, si pensaba que sería fácil manejar a ese hombre, a pesar de todo lo que habían vivido en tan poco tiempo.

No fue a darse un baño, no; volvió a ver a su hija y cuando terminó de contemplarla, le dijo a su madre que quería hablar con ella y que la niñera se encargara de la niña. Deborah miró a su hijo preocupada y siguió las zancadas masculinas hasta la biblioteca, donde Ralph cerró la puerta y miró a la madre sin pestañear.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Deborah lo miró sorprendida y se acercó a él.

—Nada, cariño. ¿Qué va a pasar? —Él no dijo nada, pero siguió mirándola de forma expectativa. Sabía de sobra como era su madre, sabía que era una mujer inteligente y observadora, aparte de sagaz. La mujer movió ligeramente la cabeza y ese cabello como la plata, brilló y el verde esmeralda de los ojos, brilló más todavía—. Es por Taylor, claro. La encuentras rara, sensible, pero es normal, Ralph. Ha tenido un bebé y aunque el parto ha sido una maravilla, no deja de ser un acto que te desborda. Aparte, ella es muy joven, más joven de mentalidad que de edad, por la forma en que ha vivido y sobre todo al haberse quedado sola, sin familia. Eso sin contar con que ahora ha recordado todo lo vivido con su pobre y desgraciada hermana, y la triste muerte del niño y de ella. Está un poco melancólica, pero se le pasará, ya lo verás.

El hombre cogió de las manos a su madre y la llevó hasta unos sillones, donde se sentaron uno enfrente del otro. Sin soltarla, la miró con esa profundidad que ella también conocía y que a muchos asustaba, pero no a la madre, que sabía cómo era su hijo mejor que nadie.

—Madre, me ha pedido dormir sola. —Ella se ruborizó un poco, pero contestó al momento.

—Eso no tiene importancia, Ralph. Por el amor de Dios, todos los hombres sois iguales. No te das cuenta de que las mujeres después de parir estamos en otra cosa. Lo último que desea una mujer, es tener al marido rondando, aunque no pida relaciones. Taylor es

preciosa, está preciosa, pero tiene el vientre un poco hinchado, sin contar con lo otro, ya sabes. Por muy buen parto que haya sido, se desgarró un poco y eso tiene que cicatrizar, aparte se ve con los pechos desbordados y está incomoda, no debes tomarlo a mal, hijo. Debes dejarle su espacio y mostrarte tranquilo y paciente. —Él soltó las manos de la madre y no dejó de mirarla.

—Estaba llorando como nunca la he visto. —Se quejó, al tiempo que la madre le daba palmaditas en una de sus manos.

El hombre se fijó en que su madre no llevaba anillos, ni pulseras y mirando el rostro envejecido, pero hermoso todavía, se fijó en los pendientes de diamantes y en el collar de perlas. Seguramente prescindía de sus muy admiradas joyas en las manos, para no dañar a la niña, para cogerla a gusto y abrazarla a su antojo.

—Cariño, nunca había parido. Te lo digo y te lo repito, sé de qué hablé; he tenido cuatro hijos y sé lo que se siente después y lo raro que te encuentras, te dan ganas de llorar por todo e incluso tienes ganas de enfadarte con todo el mundo. —El hombre atendía las explicaciones y quería creer, pero no acababa de ocurrir.

—Está bien. Tendré paciencia, como me aconsejas. Pero atiende lo que te voy a decir: conozco a Taylor mejor que tú y sé que hay algo más. Debes estar atenta y no embobarte con la niña y observar más a la madre.

—¡Ralph! —intervino molesta.

Él levantó una mano y la madre cerró la boca.

—Hazme caso. La conozco y sé que algo le ha ocurrido. —Entonces Deborah mostró una radiante y bella sonrisa.

—Está recordando, Ralph. Por eso la notarás más extraña.

—¿Ha recordado lo que ocurrió el día del accidente?

—No, eso no. Pero sí recuerda cuando fuiste a por ella y creo que todos esos momentos la han trastornado un poco. Está... como más cohibida.

—No sé por qué —añadió molesto—. Más bien, debería estar contenta, de saber todo lo ocurrido en su vida.

—Bueno, nunca se sabe. Tal vez el parto fue el desencadenante y todo se ha mezclado.

—¿Ha recordado después del parto? —Deborah era consciente del malestar de su hijo, de las preguntas secas y rápidas y del rictus marcado y tenso.

—Bueno, no le sé exactamente. Si empezó un poco antes y todo a fluido de manera regular. Pero dice que del día del golpe no recuerda nada. —El hombre quedó pensativo y mirando al vacío.

Deborah lo observaba sin perder detalle, sabiendo que se preocupaba por su esposa, notando lo enamorado que estaba.

—Davenport ha comprado la casa del río —afirmó con voz glacial y volvió a mirar a la madre y vio como movía su elegante mano, como no dando importancia al hecho.

—Sí, imagínate. Ahora le ha dado por la pesca y dice que es algo relajante y Viviane está que muerde. Ella estaba convencida de que Davenport era un hombre de ciudad.

—Siempre ha sido de ciudad, madre; y tú lo sabes igual que lo sabemos todos.

—Por aquí no ha venido desde que estuvieron cuando el compromiso, y Viviane trajo las joyas. Ella sí, pero él se ve que se dedica a pescar y a dar paseos por el bosque; y también van a menudo a Boston. —Deborah sabía lo que su hijo estaba pensando y no le gustaba—. No sé qué estás pensando, pero Taylor no se ha movido de la cama o del sillón. La pobre estaba de lo más aburrida y aunque no dijera nada, para no ofenderme, yo me daba cuenta. Ha quedado hasta arriba de hacer trajecitos para bebés, que pienso que no volverá a coger una aguja de calceta o de coser en su vida, mi pequeña. —Ralph la miró con ternura, sabiendo que la quería como a una hija—. Es fuerte, Ralph, es una luchadora, valiente y buena.

—Lo sé, madre. Lo sé muy bien. La amo con locura y no quiero que le pase nada malo. Pero te sigo diciendo que no me ha gustado nada el comportamiento que ha tenido y que estés atenta. —Las miradas de ambos permanecieron enganchadas, hasta que la madre movió la cabeza lentamente.

—No te preocupes, Ralph —contestó, mientras el hijo se levantaba y la madre lo miraba con admiración, con placer de haber traído al mundo a ese maravilloso hijo, por dentro y por fuera.

Pero de repente, el hombre se volvió y fijó la vista en la madre sentada, desplazando los ojos por el satén azulado de su lujoso vestido.

—¿Ha recibido correspondencia? —Ella tardó unos segundos en contestar, al tiempo que pensaba, que su hijo estaba sacando las cosas de quicio.

—Pues sí. Se cartea con Melissa, ya lo sabes. Y, bueno, yo no le inspecciono el correo; eso está fuera de lugar, pero no creo que reciba más cartas. No sé, si la mujer con la que vivía le escribirá —añadió sin dejar de mirarlo.

—Voy a darme un baño y refrescarme un poco. Después quiero hablar con Lucy. —La madre abrió los ojos al máximo—. Y no quiero que ella lo sepa.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio.

—Ya he dicho lo que quiero y como lo quiero. No tengo nada más que decir. —Extendió una mano para ayudar a la madre a levantarse y ella, prudentemente, no protestó más.

—De acuerdo. Se lo haré saber sin que se entere Taylor.

Después de bañarse y ponerse ropa limpia, cenó con su madre, pues Taylor estaba acostada y dormida. Poco más tarde, una temblorosa Lucy estaba frente al señor y sin saber por qué. Ralph actuó como siempre, como era, sin miramientos y sin dobleces. Según era el estado de ánimo, podía estar más simpático o más frío, pero nada más.

—Siéntate, Lucy. —La doncella miró al señor, como si le hubiera dicho, desnúdate Lucy, pues igual.

—Oh, no es necesario, señor. Estoy bien así —contestó, colocando la cabeza gacha y sus ojos haciendo el recorrido de los dibujos florales de la alfombra que estaba debajo de sus pies.

—Por favor, siéntate. —Uf, eso sonó peor todavía.

Ese por favor, significaba de todo, menos por favor, y ella obedeció de inmediato, sentándose en el sillón que tenía más cercano, pero en el borde.

Para estar lista y salir pitando cuando el amo lo mandara.

—¿Cómo ves a tu señora, Lucy? —Ella había mantenido los ojos bajos, sin quitar la mirada de la preciosa alfombra, pero al hacer esa pregunta, levantó la mirada y contempló el apuesto, requeté atractivo rostro del esposo de su señora.

—Pues... bien señor. Dentro de lo que cabe y teniendo en cuenta que ha sido madre, bien.

—¿Ha recibido correspondencia? —Ella se estaba poniendo nerviosa, porque, a fin de cuentas, no era tonta y sabía que su señora estaba un poco melindre y ya estaba al corriente de que las cosas del amo estaban en la habitación dorada; la contigua.

—Sí señor. La señora Parker le escribe a menudo y ella le contesta cada vez que recibe su carta. —La mirada del hombre le produjo temblor, pero no retiró la suya.

—¿Nada más? —Ella debía de contar todo lo que sabía.

El señor era el dueño de todo, era el que mandaba, era su palabra, la última. Era el que pagaba su sueldo.

—Las cartas de la señora Parker van siempre con el remite. Y hace unos días, antes de ponerse de parto llegó una sin remite. —Al ver que el señor no decía nada, apoyado en la mesa despacho, con los brazos cruzados sobre ese torso ancho y fuerte y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, ella siguió—. Me fijé, no pensé en quién la mandaba, podía ser de la señora Parker y haber olvidado poner el remite, pero no era su letra. En fin, no le di más importancia. Pero ahora que lo pienso... —Hizo una pausa y bastante asustada de la mirada oscura del señor, tragó saliva y decidió continuar—. Bueno, no sé lo que pienso señor, porque ya vino el parto y todo fueron prisas y carreras.

—¿Dónde guarda las cartas? —preguntó sin moverse ni un ápice, sabiendo que la pobre muchacha estaba temblando como una gelatina y retorciendo las manos en señal de nerviosismo, sintiendo que traicionaba a su señora, pero sabiendo quién era el amo.

Quién mandaba por encima de todo y de todos.

—En el cajoncito superior de la cómoda —contestó de corrido.

—Bien. ¿Tienes algo más que decir? —Ella decidió arriesgarse y añadir algo bueno, algo que alegrase el rostro del señor, y que además era verdad.

—Bueno, la señora ha recordado las vivencias de cuando usted fue a por ella, y estaba un poco excitada y nerviosa por todos esos recuerdos. —Bajó la vista y se puso algo colorada, porque lo que le contó la señorita Taylor era muy íntimo, así que, era mejor mirar los dibujos de la lujosa y mullida alfombra mientras seguía hablando y aguantando la penetrante mirada del amo y señor—. Me contó que recordaba cada minuto desde que usted apareció en las Carolinas y que lo que sintió por usted desde el primer momento fue algo mágico, algo que la emocionaba al mismo tiempo que la alteraba. Y que ella, no había conocido a ningún hombre como usted. Que usted era lo más grande que una mujer puede desear y que ahora, se encontraba como un poco rara por haber vivido una cosa, sin haber recordado otra, no sé si me entiende. Yo no la entendí muy bien, pero lo que sí vi, es que entre eso y el nacimiento de la niña está un poquito rara y...

—Sigue. —No quiso ser brusco, pero el sigue, sonó imperativo, incluso hostil.

—Pues, que pienso, que le queda un poco grande el ser mamá. No sé si me entiende. Acaba de recordar su pasado juntos, y es como si se sintiera más una novia, una prometida, que una esposa y encima madre. —Lucy movió la cabeza a izquierda y derecha y añadió—. Lo siento señor, creo que no tengo muy claro todo este lío. Perdóneme, pero a veces la señorita Taylor es un poco complicada. —El hombre sonrió, con un movimiento imperceptible de cabeza, haciendo que la doncella respirase un poco más tranquila y quitándose la sensación de que se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Sí, lo es. Te puede volver un poco loca, ¿no es así? —La pelirroja, movió la cabeza afirmando.

—Sí señor. A veces es como un torbellino y otras, como un ángel caído del cielo, y otros momentos, comienza a hablar de revólveres y no sé cuántas cosas, y me asusta. —La muchacha se prendó de la blanca sonrisa del hombre y colorada, bajó la mirada por centésima vez.

—Sí, sé lo que quieres decir. Dime Lucy, ¿emplea vocabulario soez? —Ella abrió los ojos como platos, preguntándose si debía

decir la verdad.

—Oh, no señor. Alguna vez cuando se enfada, suelta, un maldito sea, o por todos los diablos, pero yo no la he oído decir palabras mayores.

—¿Y por qué se enfada? —Vaya, pensó la joven, que estaba deseando que acabase el interrogatorio o estaba segura que metería la pata de algún modo y sin querer.

—Pues, de muchas cosas, bueno, muchas tampoco, pero en este tiempo del final del embarazo, estaba harta de estar acostada o sentada, y estaba harta de hacer punto y de coser, y sobre todo..., estaba harta de que usted no estuviera aquí, con ella, y..., bueno, un poco celosa. —Miró al hombre y con la mirada le suplicó, para hacerlo después con las palabras—. Por favor señor, no diga que yo le he dicho esto o se enfadará conmigo para siempre, pero en este último tiempo está celosísima y yo, ya no sé qué decirle. Ella piensa que las mujeres van detrás de usted como locas y que tarde o temprano le va gustar alguna más que ella —Ralph observó a la bonachona de Lucy y enfocó el tema de la mejor manera—. Tal vez..., yo tenga algo de culpa.

—¿Por qué, Lucy? —preguntó con interés y sin dejar de mirar a la acorralada muchacha.

—Por meterme donde no me importa —fue la explicación sin sentido.

—Explícate, Lucy. —La muchacha miró al señor y con ojos suplicantes dio cuenta de lo que pensaba.

—Vera, señor. No hace mucho, cuando pasó todo eso de la memoria y ella dormía en un sitio y usted en otro, yo le aconsejé, que debía espabilar. Que eso de dormir separados no era bueno a largo plazo porque usted, perdóneme señor, porque usted podía encapricharse con alguna. No lo dije como algo probable, como si usted se fuese a comportar de ese modo porque sí, pero pensé que ella tenía que darse cuenta, de que usted, es su esposo, con memoria o sin. No sé si me he explicado bien, señor Hathaway. Y si me he pasado de la raya, lo siento mucho, pero creía que era lo mejor para ella. —Volvió a bajar la cabeza y ni se le ocurrió mirar ni

por un momento, sintiendo que el silencio del hombre podía ser una mala señal.

Cuando esa voz grave y varonil, sonó en sus oídos, dio gracias a que no era de enfado y que no iba a afectar a su trabajo.

—Mira Lucy, quiero que estés atenta a todo lo que pase alrededor de tu señora, quiero que me informes de cualquier cosa que te parezca extraña, aunque sea una tontería, aunque sea algo insignificante. —Ella lo miró extasiada, pero al mismo tiempo pensó que estaba traicionado a su señora, ¿o no? —. Y si yo no estoy, se lo dices a mi madre. ¿De acuerdo? —Ella movió la cabeza como un pájaro carpintero.

—Sí, señor. Por supuesto. Siempre estoy atenta a todo lo relacionado con la señora, pero ahora, estaré mucho más, no lo dude señor. Y si llega otra carta sin remite usted lo sabrá, ya lo creo que lo sabrá.

—Muy bien. Ahora puedes irte y no digas nada a nadie de esta conversación.

—No señor. Seré una tumba. —Se levantó y se fue hasta la puerta, pensando en qué iba a decir cuando los otros criados le preguntaran qué quería el señor de ella. Bueno, ya se inventaría algo convincente.

CAPÍTULO 15

Cuando subió a la habitación, eran las once y los truenos anunciaban lluvia a no más tardar. Estaban a primeros de julio y esto era una tormenta de verano en toda regla. Los relámpagos iluminaban sus pasos mientras subía por la escalinata, queriendo penetrar por la vidriera de colores que daba luz a un tramo de las escaleras y que provocaba que el hombre clavara la vista en la puntera de sus botas relucientes, aunque sus pensamientos estuvieran en otra parte.

Anduvo por el pasillo alfombrado hasta la alcoba colindante y entró en ella, justo cuando comenzaba a llover con fuerza, golpeando los chorros de agua contra los cristales de las ventanas de madera blanca. Habían encendido la chimenea, ya que el día había sido relativamente cálido pero la noche era fresca y húmeda, gracias a la tormenta. Delante del fuego, buscó dónde había dejado la chaqueta, viéndola encima de una silla y dirigiéndose hasta el sitio para meter la mano en un bolsillo y sacar un saquito de terciopelo negro y dejarlo encima de la cama. Desabrochó el chaleco, pero sin quitárselo, fue hasta un sillón y se espatarró mirando el fuego, mientras se pellizcaba el puente de la nariz, sin dejar de pensar en ella. Pasados unos minutos, estiró el brazo y cogió el saquito para desatar el cordón y con los dedos sacar las joyas que le había comprado unas semanas atrás y las miró al resplandor del fuego, viendo como brillaban los brillantes y los rubíes de la llamativa gargantilla y los pendientes haciendo juego.

Resopló, sin saber si estaba enfadado, molesto o dolido, y al final decidió que un poco de todo. Recordó las palabras de su madre; bien, se armaría de paciencia y encauzaría la situación lo mejor posible. Volvió a guardar las joyas dentro del saquito y decidió que se las daría por la mañana; a ver si estaba de mejor humor y no le dedicaba más lagrimones como los de hoy. En fin, oyendo el crepitar

del fuego y la fuerza de la lluvia virulenta, de fondo, se acomodó otra vez en el sillón de oscura caoba y frotó con el índice y el dedo corazón, de manera regular e insistente, el grueso tapizado con elaborados bordados en dorado y marrón, de la mullida cretona. Pasaron más de diez minutos y seguía igual. Decidió dejar de hacer eso, o haría un agujero en la tapicería, y se quitó una bota y luego la otra, tirándolas de cualquier manera.

Debía pensar en acostarse y dejar que el sonido de la lluvia y los truenos que se alejaban, hicieran el efecto de un somnífero; aunque lo dudaba. De repente se puso alerta. La pareció oír algo y así fue. Se levantó y fue hasta la puerta que comunicaba las dos habitaciones y pegó la oreja, oyendo claramente como Taylor gimoteaba y hablaba en sueños; abrió y con el resplandor de las chimeneas de ambas habitaciones, vio de sobra.

Se acercó al borde donde estaba ella y pasó una mano por la frente, notándola sudorosa, al tiempo que le apartaba el cabello de la cara y le susurraba palabras tranquilizadoras. Pero ella, al oír esa voz, se alteró más todavía y comenzó a moverse y a lloriquear, haciendo que el hombre la tomara por los hombros y la despertara.

—¡Taylor, tranquila! No pasa nada. Tranquila, mi amor. —Ella fue despertando, sintiendo las manos de su esposo sobre sus brazos, al tiempo que la zarandeaba un poco—. Estabas soñando, cariño. No pasa nada —repitió, viendo como abría esos ojos tan grandes, tan bellos, tan perfectos y miraba al hombre de manera apreciativa, recorriendo el rostro de una manera lenta y posándolos en la boca masculina.

—No recuerdo qué soñaba, pero tenía mucho miedo —susurró, mirando los ojos oscuros. La mirada del hombre era acariciadora, tierna y protectora; y ella lo notó—. No me dejes nunca. —Fueron las palabras que salieron y el esposo la miró sopesando esas palabras, ese ruego.

—Jamás, mi amor. Te amo demasiado como para dejarte escapar y menos, dejarte yo a ti.

—Siento haberte recibido así. —Fue la disculpa por lo de esa tarde.

Él seguía abarcando los delgados brazos con sus manos y su mirada no se retiraba de ese rostro tan femenino, tan delicado.

—No pasa nada, no te preocupes. —Fue la contestación que salió de la garganta seca del hombre.

—Lo de dormir en habitaciones separadas es porque... —Él la interrumpió poniendo un dedo sobre los gruesos labios y los acarició, sin poder evitarlo; o sin querer, vete tú a saber.

—Lo comprendo, lo comprendo mi amor. Dejaremos que pase un poco de tiempo. —Dejó de hablar y la miró intensamente—. ¿Quieres que te dé una cosa? —Ella abrió más los ojos.

—Sí. —Ralph la miró durante unos segundos, quitó las manos de los brazos y fue a buscar el saquito.

Ella no lo perdió de vista y cuando volvió, miró ese saquito negro que bailaba entre dos dedos largos y bronceados.

Ella lo cogió y lo sostuvo en la mano y mirando al hombre, le preguntó.

—¿Puedo abrirlo? —El hombre sonrió, mientras se acomodaba en el borde de la cama y la miraba sin pestañear, sin perder detalle de lo que ella hacía.

—Claro. Es para ti. —Taylor abrió la bolsa y sacó la gargantilla, mirando extasiada el brillo de las gemas y el oro que las rodeaba para darle más resplandor.

Los brillantes grandes y transparentes, se intercalaban con rubíes del mismo tamaño, dándole un toque ardiente, haciendo que el color sangre diera más brillo a los diamantes y estos, hicieran más poderosos a los rubíes.

La muchacha se quedó mirando esas piedras tan bonitas, tan luminosas, pensando cómo quedarían en su cuello, pero sabía que algo quedaba en el saquito y metiendo los dedos otra vez, sacó los pendientes: la gema roja quedaría pegada al lóbulo y el diamante caía en forma de lágrima.

Los miró entre sus dedos y el hombre fijó la mirada en la boca que se entreabría, haciendo una «o» perfecta y provocando pensamientos en el hombre, que en esos momentos no debían acudir.

—Vaya..., vaya —repitió, sin ser consciente de la mirada del hombre—. Son preciosos. Realmente majestuosos. Extraordinarios. —Admiró, levantando la mirada hasta el rostro del esposo—. Pero no creo merecerlo, Ralph. No merezco más de lo que tengo. Incluso pienso que ya me habéis dado, mamá Deborah y tú, más de lo que necesito. —El hombre no contestó al momento y las miradas de ambos se entretuvieron el uno en el otro.

—Claro que los mereces. Todo es poco para ti. Me has dado una hija preciosa y aunque no lo fuese, para mis ojos sería la más hermosa del mundo. No tengo palabras, Taylor, para decirte lo feliz que me haces.

La muchacha miró esa boca sensual, esa boca que le decía esas cosas maravillosas, mientras pensaba que otra mujer la saboreaba de vez en cuando y eso hizo que la duda volviera, que recordara todas y cada una de las palabras escritas en esa maldita carta. Tendría que haberla destruido, hacer como que no había llegado, que nadie la había escrito, que no había alguien por ahí, que se dedicaba a enturbiar su vida.

Y si no era verdad todo lo escrito y ella echaba a perder su matrimonio por ser una crédula, una estúpida.

—¿Sabes que he recordado? —Él dejó que siguiera—. Recuerdo todo, todo lo que pasó entre nosotros.

—Eso está bien, ¿no crees? —Más truenos se acercaban y la tormenta volvía a enraizarse, mientras ellos escuchaban el viento silbar y el constante golpeteo de las ramas de los árboles, mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza y a ráfagas largas y más cortas y los canalones se desbordaban al no poder encauzar tanta agua.

La muchacha sintió un escalofrío, pero no supo si era producto de oír el sonido de la tormenta, del ruido del agua o de sentir esos ojos oscuros fijos sobre su rostro.

—Sí —contestó, al tiempo que subía la colcha hasta la barbilla, sin perder detalle de cómo la observaba el esposo.

—No me ha importado intentar enamorarte de nuevo, pero si te soy franco, prefiero que recuerdes todo lo que hemos vivido. Y dime, ¿cómo ha sido eso de volver a recordar nuestro pasado? —preguntó con un punto guasón.

—Ha sido emocionante. —Él notaba la timidez de la joven, pero, sobre todo, cierto nerviosismo que la hacía estar alerta y que lo miraba como si fuese la primera vez; como cuando llegó a la granja.

—Ah, ¿sí? —Ella afirmó en silencio.

El hombre no la tocaba, estaba sentado en el borde de la cama y solo la acariciaba con la mirada. Los truenos volvían a estar encima y cada vez que un relámpago iluminaba la estancia, ellos se veían con una claridad plateada.

—Sí. Ha sido, como si recordase la vida de otra persona. —Él, torció la boca, simulando una sonrisa.

—¡No me digas! —La joven, sin dejar de mirar el rostro masculino, ahora los ojos, ahora la boca, ahora el cabello y vuelta otra vez la boca, movió con vigor la cabeza y sacudió esa masa de rizos gruesos.

—Bueno no. Ha sido más bien, como si hubiera vuelto a vivir todo, pero desde fuera. ¿Entiendes lo que quiero decir? —preguntó, para dirigir la mirada a la blanca camisa y al chaleco abierto, admirando esa anchura de hombros, que pocos hombres poseían y volver rápidamente los ojos a la boca del hombre.

—Sí. —Fue la afirmación, dicha con gravedad y sin dejar de mirar a la muchacha, continuó—. ¿Y qué es lo que más te ha gustado de todo lo recordado? —Debía decir la verdad, o, por el contrario, comentarlo como si no tuviera importancia.

Se inclinó por la verdad.

—Todo. —Fue la contestación contundente y sincera.

Él elevó las cejas y mostró una sonrisa torcida y socarrona.

—¿Todo? —preguntó, recordando la azotaina.

Ella también pensó en ello, pero, aun así, repitió.

—Sí, todo. Ha sido placentero, curioso, dulce, amargo... ha sido toda una experiencia. Me he recreado con todas las vivencias y he sentido por ti, lo mismo..., dos veces. —Él no retiró la mirada de esa carita, ni un segundo; y ahora, en ese momento, su rostro se mostró serio.

—¿Y qué es lo que has sentido esas dos veces? —La voz grave produjo un cosquilleo en el cuerpo de la joven y no pudo evitar bajar la mirada, pero cuando contestó, elevó otra vez esas bolas

turquesas, viendo a su esposo enfrente, mirándola, observándola, pero sin imaginarse que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no aplastar esos labios con su boca, para no llevar las manos a esa preciosa cara y acariciarla hasta morir.

—He sentido lo que es la pasión, lo que es el placer, lo que es la ansiedad por un hombre; pero también he sentido la dureza, la fuerza y la humillación. Y todo eso junto, es el arma más poderosa del mundo, es ese revólver de primera, que te puede salvar de la muerte o llevarte a ella. —El hombre se quedó sin palabras durante unos segundos, ante esa comparación tan dramática y pensando que su pequeña muñeca estaba un poco sensible.

—La comparación no me parece de lo más acertada —matizó con suavidad, pero que en esa voz grave costaba notarla.

Los dos se miraron sin pestañear, sin moverse, notando la tensión entre ellos; ella como si lo viese por primera vez y él deseándola, pero notando que todo estaba cambiado, patas arriba, y que su hermosa esposa tenía un revoltijo en la cabeza.

—¿No? —preguntó mostrando desconcierto, al tiempo que deseaba que esas manos la tocaran y esa boca la besara, y al tiempo, que no hiciera nada de eso, porque ella no lo iba a permitir.

Dios, estaba tan confusa, tan insegura y tan sensible, que mientras sus dedos tocaban las frías piedras y el liso y brillante oro, creía que iba a romper a llorar de un momento a otro. Él era consciente de todas las contradicciones que invadían a la muchacha, sabía que ella también lo necesitaba, pero algo pasaba y no era solo por el parto y demás.

—No. No hay que llegar a esos extremos. No hay que pensar en muerte ni nada por el estilo. —Era consciente de la forma en que lo miraba; una mezcla entre admiración y temor, deseo y rechazo. Elevó una mano y muy despacio la acercó al rostro, con idea de ver qué hacía ella, si lo iba a rechazar. Pero no, ella estaba quieta, sin moverse y se dejó acariciar por esos dedos largos y fuertes—. El amor, es muchas veces complicado y doloroso, pero no por eso deja de ser bello, lo más hermoso del mundo. ¿Te imaginas un mundo sin amor? —Ella negó con la cabeza, dejando que él deslizara un dedo por el borde de su rostro —. Sería algo muy triste, ¿no es así?

—Ella volvió a darle la razón en silencio—. Pues así me sentía, hasta que descubrí a una preciosa muchacha en Carolina del Sur. Hasta que me dejé los ojos pegados en esa niña a medio madurar, que empleaba el vocabulario de un carretero, pero con la voz más bonita y dulce que han escuchado mis oídos. Solo oír tu voz, antes de que salieras de esa arboleda donde discutías con ese muchacho, ya intensificó todas mis alertas, ya me preguntaba quién era la dueña de esa preciosa voz y por qué soltaba tacos como los que yo utilizaba y sigo utilizando. Y cuando me di cuenta de que el Taylor Lewis que buscaba eras tú, mi curiosidad aumentó hasta límites insospechados. —Ahora la mano grande y acariciadora, estaba en su cuello, jugando con el nacimiento del cabello de la nuca y frotando la piel, resultando ser un potente afrodisíaco—. Mis ojos se desplazaban por tu cuerpo y por tu cara, no sabiendo qué pensar, pero deseándote de una forma fuera de lo común, sintiéndome como un hombre que debía guardar de ti y guardarse de ti. En Charleston, estaba deseando que llegaran los cargamentos de algodón, para podernos ir de una vez, llegar a Boston y entregarte a tu tío. Deseaba quitarte de mi vista, de mi lado, de mi alcance, porque estabas removiendo en mi interior, algo, que no sabía que existiera, algo, que nunca antes había ocurrido. Algo que yo no podía controlar y eso me exasperaba. No estaba preparado para ello... —Hizo una pequeña pausa, notando como la respiración de la muchacha estaba agitada y temblorosa.

—Como no estaba preparado para ver cómo te miraban los hombres, los oficiales amigos o conocidos míos, dándome cuenta en esos momentos, que era de la misma forma que yo te miraba y que pensaban lo mismo que pensaba yo. La noche que te di los azotes, me arrepentí antes de empezar, pero era tal el enfado que tenía, que pudo más que el resto. —Ella no pestañeaba, no perdía palabra—. Me paré de golpe, sintiéndome el mayor cabrón del mundo; ya ves, al final, tu insulto fue de lo más acertado. Cuando te incorporé y te dejé en un rincón de la habitación, de lo único que tenía ganas, era de abrazarte, consolarte y pedirte perdón; pero sabía que, si hacía eso, estaba perdido. A la noche siguiente, bebí con ganas de caer borracho y ver si de ese modo olvidaba el mal

que te hice, meterme en la cama y dormir la mona hasta el día siguiente. Pero se ve que no lo hice bien o que mi mente no estaba por la labor, porque cuando llegué a la habitación tenía todos los sentidos en alerta y lo primero que hice, fue dirigir los pasos hasta la puerta comunicante, apoyar la cabeza en el quicio y desearte, desearte con toda la pasión de la que soy capaz. Pero comportándome de la manera más decente, volví sobre mis pasos y me senté en la cama, mientras por mi mente pasaban mil pensamientos y todos funestos, desagradables o demasiado morbosos. ¿Recuerdas cuando te presentaste ante mí? —La muchacha movió la cabeza, poniéndose roja y haciendo que el marido sonriera satisfecho, sin dejar de acariciar el lateral del cuello—. Cada vez que lo recuerdo, me recreo con ello. Es como si te estuviera viendo ahora mismo. Con esa camisola a medio abrochar, con esa melena cayendo por la espalda y ese rostro tan bello, tan inocente. Esos ojos tan extraordinarios, esa boca que hombre que la mira, hombre que desea besarla. —Ella enrojeció otra vez, ante esa declaración de intenciones—. Entonces sí que me sentí embriagado, pero embriagado por ti, de ti. Después de tener a más mujeres de las que recuerdo, tú, una muchacha sin experiencia, estabas poniendo mi mundo patas arriba y yo no me estaba dando cuenta, porque creía que solo iba a ser una pasión fuera de lo común, que la iba a controlar en todo momento y que una cría de apenas dieciocho años, no iba a cambiar mi mundo ni mi forma de pensar. Qué iluso... —murmuró, dejando de acariciarla y quitando la mano, para que ella sintiera un vacío enorme.

Siguieron mirándose, sin darse cuenta de que la tormenta había cesado y solo quedaba una débil lluvia. Pero de lo que sí fueron conscientes, fue del llanto de la niña y de unos pasos que se acercaban. Él le dio un beso lento en los labios, pero sin abrirla la boca. Se levantó y permaneció de pie mirando hacia la puerta y viendo a la niñera con el bebé en brazos. La muchacha se disculpó, pero la niña tenía hambre, seguro que con una toma aguantaba el resto de la noche, dijo la hija de Samuel y Eliza.

Él cogió las joyas y las dejó encima de la cómoda, para ir a un rincón de la habitación, se acomodó en un sillón, amparado en la

oscuridad y se dispuso a contemplar a su mujer, viendo como la niñera le daba a la niña y Taylor se abría el camisón y colocaba un pezón en la boquita de la pequeña, que, con ansia, comenzaba a chupar. La niñera salió de la habitación, diciendo que si no la necesitaba volvería dentro de un rato y viendo como Taylor afirmaba lentamente, sin dejar de mirar a la recién nacida.

La imagen de su amor dando de mamar a ese ser que habían creado los dos, era sumamente erótica, sintiendo que llevaba mucho tiempo sin hacer el amor, sin practicar sexo de ningún tipo. Los ojos del hombre no pestañearon, mientras miraba con lujuria a su mujer, viendo como después de que la nenita se hubiera satisfecho de uno de los pechos, la colocaba en el otro, y la pequeña glotona se agarraba con fuerza al pezón para atiborrarse con avaricia; al tiempo que veía, como los ojos turquesa se dirigían al rincón donde él estaba, pero sabiendo que su rostro se encontraba en sombras y que ella solo veía las largas piernas del hombre y no sería consciente de la mirada hambrienta y lasciva que le dirigía.

Pasado un buen rato, se dio cuenta de que tanto la esposa como la hija se habían dormido. Se levantó lentamente y dirigió sus pies descalzos hasta la cama matrimonial. Contempló a placer esos pechos hinchados y esos pezones sensibles y un poco irritados y le quitó a la niña, haciendo que los ojos de la madre se abrieran soñolientos.

—Duerme mi amor, yo llevo a la niña. —Fueron las palabras del hombre, mientras esas manos rozaron los pechos al coger a la hija.

Con ella en brazos, y como si estuviera acostumbrado a coger bebés a todas horas, llevó una mano hasta la abertura del camisón y tocando esas bolas llenas de leche, las acarició para luego taparlas con la tela del camisón.

—Descansa, descansa y duerme. —Fueron sus últimas palabras, mientras veía como se dirigía hasta la puerta, con una soltura aplastante, llevando a su hija en brazos, salía al pasillo y desaparecía de su vista, al tiempo que ella volvía a cerrar los ojos y durmiéndose, pensaba en su esposo, en ese hombre que el destino le había puesto en su camino y en esa imagen tan difícil de contemplar.

Un hombre tan masculino, tan grande, llevando en brazos a su hija, que cabía en sus manos y seguramente sobraba algo. Desde cuándo tenía esa soltura para manejar bebés, a cuántos recién nacidos había cogido... tal vez fuera algo innato en él, tal vez era tan perfecto que, hasta una cosa de ese tipo, algo reservado a la comunidad femenina, él lo hacía de maravilla.

Fue entrando en un sueño profundo, viendo a su esposo con un bebé en brazos en la lejanía, pero cuando esa imagen se acercó y ella los contempló, vio que no era su hija, que era otro bebé y algo en ese sueño, le dijo que era un niño, un varón; y había más personas en ese sueño, o tal vez debía decir pesadilla, estaban su suegra y Viviane y se reían.

Y un hombre de espaldas, también se reía, a carcajadas, y al darse la vuelta, vio el rostro de Davenport.

La paciencia nunca había sido una cualidad propia de él. Ni de pequeño fue paciente, ni de adolescente y mucho menos de adulto. Le costaba serlo en cualquier circunstancia, en cualquier ambiente; y, aun así, lo era. Pero pocos sabían el esfuerzo que tenía que hacer para que ocurriera, para que las cosas llegaran por su propio cauce y con calma relativa, cuando tenían que ser así. El autodominio y la fuerza de voluntad, hacían acto de presencia en toda su magnitud, pero él, rabiaba por dentro y deseaba mandar todo al puto infierno, porque las cosas no se dieran como él deseaba. Bien, pues ahora, se encontraba así, de esa manera; mucho peor que cuando un negocio va lento y hay que esperar que todos los componentes estén encajados para que la máquina comience a moverse, comience a dar frutos y él pueda dedicarse a otra cosa, a la siguiente, a la que merezca toda su atención.

Por lo pronto no quería ir a Boston, porque sabía que una vez ahí, se iría a cualquier parte, desde Pensilvania hasta Nueva York, o incluso Charleston o Savannah, eso sin contar con que en los astilleros se estaba construyendo un clíper por encargo de un millonario francés, que tenía casa en Nueva York y se había encaprichado con el de Ralph, *El Viento*, queriendo uno lo más parecido posible. Sabía que tenía gente competente en todos sus

negocios, encargados fiables al cien por cien, ingenieros de sobra capacitados, oficios de todo tipo, haciendo su trabajo perfectamente la mayor parte del tiempo y cuando surgían problemas, se buscaba la solución en el menor tiempo y si eso no era posible, se abrían otras vías, otras opciones. La gestión de todos sus negocios era casi perfecta, salvo excepciones, y por descontado, si algo grave pasaba, si se requería su presencia inmediata, Orlando lo buscaría de inmediato, poniéndole un cable que le llegaría hasta la finca sin obstáculos.

Pero no estaba preparado para estar viéndola y no tenerla, para estar oyendo esa voz melosa, esa risa cristalina y cuando él aparecía, ella se cohibía o peor aún, se ponía brava. Paciencia, le dijo la madre, paciencia. Pues, en esos casos, lo mejor era desaparecer. Coger el caballo y recorrer el condado y los límites también. Desaparecer y volver cansado de estar cabalgando todo el día, para llegar a casa, darse un baño y recrearse con su chiquitina, cogiéndola en brazos y quedarse extasiado contemplando esa carita tan perfecta y tan bonita, llamando la atención de la niñera y del resto del servicio, que no pensaron en momento alguno, que él, fuese un hombre tan paternal y se desenvolviera de esa forma tan experta, causando cierto estupor en la hija de su mayordomo y cocinera y haciendo que la sureña lo viese cada vez, de una manera distinta.

Y después de cenar unas veces con su madre y con su esposa, otras solo con su madre, irse al despacho, estar un par de horas, volver a la habitación del exilio, acostarse desnudo y tocarse hasta ponérsela dura y machacársela mientras pensaba en los pechos de su mujer, en la boca de su mujer, en los muslos de su mujer, en el culo de su mujer... ¡Madre de Dios!, estaba hasta los cojones, llevaba diez días así y creía que no iba a aguantar mucho más. Se iría de un día para otro y se acabó la historia. Era eso lo que pensaba, cuando llegó a los establos, más pronto que los otros días y no vio a ninguno de los mozos por ahí. Claro, conocían sus horarios y no lo esperaban a las tres de la tarde. Desmontó de un salto antes de entrar por el portalón y llevó al semental de las

riendas, para quitarle él mismo la silla y cepillar al cansado animal, dejando que bebiera primero.

Pensando en ella, fue haciendo todo lo necesario para que el caballo se quedara tranquilo y satisfecho y cuando hubo terminado, se acercó a los comederos y añadió a la avena unas cuantas raíces y frutos, para satisfacción del semental, que metió la cabeza dando cuenta del manjar. Pensando en echarle un poco de maíz, que, aunque muy calórico, tenía poca proteína y era algo indigesto, vio como el animal dejaba de comer y movía las orejas, señal de que estaba oyendo algo que todavía no había llegado al oído humano. Enseguida supo qué era y de quién se trataba. En un principio pensó que era uno de los chicos, pero cuando vio aparecer a su esposa, se quedó parado, inmóvil y la observó desde su escondite.

Se acercó al habitáculo de una de las yeguas y le frotó el cuello, mientras le murmuraba palabras de cariño, haciendo que la yegua agachara la cabeza queriendo darle con ella. Era una preciosa yegua castaña, que nunca había montado y estaba deseando hacerlo, en cuanto estuviera repuesta del todo. Pero el hombre clavó la mirada en la ropa que llevaba puesta y casi se le salen los ojos de las órbitas.

Los pantalones marrones, habían sido reformados y llevaban una estrecha tira de piel de ante, tapando las costuras laterales, de fuera y de dentro. Las botas de piel, altas hasta la rodilla, daban más constancia de esos muslos largos, fuertes pero delgados, enfundados en esos pantalones, que, por todos los demonios, se ajustaban al trasero de una forma perfecta y sin dejar nada a la imaginación. Los penetrantes ojos oscuros, no pestañearon, cuando la muchacha se quitó un chalequito de piel marrón, que juraría, era obra del curtidor del pueblo, ya que él tenía varias prendas de piel hechas por ese hombre, entre ellas varios chalecos muy parecidos a ese, pero por supuesto, nada femeninos como resultaba el que se estaba quitando en esos momentos, para dejar ver una preciosa blusa azul cielo.

Por todos los demonios, diablos y demás seres del puto infierno, ¿cómo se le ocurría vestir así? Esa blusita, era de lo más femenino y la llevaba metida por dentro del pantalón, que iba sujeto con un

cinturón y por lo que pudo ver con su penetrante vista, era uno de los suyos. La blusita era de manga corta y llevaba un coqueto volantito en el borde, y más volantitos en el cuello y por todo el largo de la tira de abotonar, pegando a sus pechos de manera escandalosa.

El hombre había salido de su escondite, pero tan sigilosamente que la muchacha seguía acariciando a la yegua y diciéndole cosas, como si has comido bien, si tienes la barriguita llena o si quieres salir un poquito a que te dé el aire; y mientras él se acercaba sin dejar de mirar ese culo y esos pechos que parecían querer reventar los botones, ella se giró y los ojos de ambos se encontraron. El hombre pudo ver, gracias a los botones abiertos de la coqueta blusita, la gargantilla lanzando destellos y en las orejas los pendientes. El cabello lo llevaba recogido en una trenza floja, que nacía en la coronilla y le llegaba a la cintura.

Le faltaban ojos para contemplar tanta hermosura.

El resplandor de los diamantes y de los rubíes, no era ningún obstáculo para que su mirada lasciva fuese directa al canalillo de esos pechos y bajar un poco más y mirar esa estrechísima cintura y comprobar que le había o habían hecho más agujeros a su cinturón, para que se cerrase sobre la pequeña cintura. Si solo hacía trece días desde que había dado a luz y ya tenía un cuerpo para hacer babear al más experto de los varones. Por todos los santos, pensó el hombre, esto era un infierno para él, poder contemplar tanta belleza, tanta perfección y no tocarla, no hacerla suya.

Mentalmente, soltó una cantidad de blasfemias, a cuál mayor y procuró relajarse y sobre todo calmarse, para no asustarla, para no echársela al hombro y llevarla al pajar. ¿Cuánto tiempo había dicho su madre, que era conveniente esperar? ¿Treinta o cuarenta días? ¡Por Cristo bendito!, eso sería una tortura, una maldita y angustiada tortura. Pero si ese cuerpo parecía que no hubiera conocido embarazo, a excepción de los pechos que estaban más hinchados, pero, aun así, eran casi como antes. Gordos y redondos, con esos pezones que daba gusto mirar y por qué no decir, saborear.

¡Dios, cómo lo necesitaba! ¡Cómo lo deseaba!

—Hola —dijo ella a modo de saludo.

Pero él no contestó y no dejó de mirarla.

La muchacha enseguida pensó que la indumentaria que llevaba, no sería del gusto de él.

—Vaya, no te esperábamos tan pronto. ¿Quieres que llame a uno de los mozos? Están haciendo tareas en la cocina, se han caído unas lejas en una de las despensas y las están arreglando. —Él guardó una distancia prudencial y sus ojos se desplazaron del rostro a los pechos, de los pechos a las caderas y de ahí, otra vez al rostro.

—¿Los dos? —Fue lo único que preguntó, serio, sin dejar de mirarla, de comérsela con los ojos.

Ella sonrió, sin imaginar lo que el esposo estaba pensando, pero sintiendo cierta desazón al mirar ese azul oscuro de esa mirada embriagadora, pero... al mismo tiempo... temible.

—Sí. Así terminan antes —contestó separándose un poco de la traviesa yegua que no dejaba de darle golpecitos y algunos iban directos al pecho izquierdo, detalle que no perdió el hombre.

—¿Crees oportuno vestir así? —No quiso sonar demasiado brusco, pero sonó y a ella no le gustó.

Se miró a sí misma y elevó la cabeza con orgullo.

—Sí. Es cómodo y práctico para el campo. Vengo de pasear un rato y no me gusta hacerlo con faldas que me impiden los movimientos. Vestida así, no me voy a enredar en raíces de árboles o tropezar con piedras que no veo. Es práctico. —La explicación de Taylor no fue una disculpa, era una determinación que decía: voy a vestir así, te guste o no, quieras o no, pero con intención de calmar al esposo, añadió algo más, sin imaginar que ese comentario encendía la mecha—. Pero no voy al pueblo vestida así.

—Es bueno saberlo. —Sonó la voz grave, dura y áspera—. Así sabré con toda seguridad que no andan los hombres de catorce a ochenta años, detrás de ti, cachondos como perros. —Ella se puso roja como un tomate, pero no se amedrantó.

—El día que tú te pongas faldas para que las mujeres no se fijan en tu prieto culo y en tu prominente paquete, estaremos en paz. —Él apretó los dientes hasta hacerlos rechinar, sin creerse lo que acababa de oír.

Se acercó hasta ella, pensando que la iba a asustar y que tal vez saldría corriendo. Pero eso no ocurrió.

Ella se mantuvo altiva y quieta en su sitio, esperando lo que iba a ocurrir. Y lo que ocurrió fue, que el hombre la cogió por la nuca y bajando la cabeza, aplastó la boca contra esos labios rojos, haciendo que los abriera para introducir la lengua y recorrer el interior de la boca, notando como esos pechos se aplastaban contra su torso, llegando a notar la dureza de los pezones que amantaban a su hija.

El beso fue largo, húmedo y consentido y él lo disfrutó plenamente; comiéndose la boca, lamiendo esos labios como si tomara una poción milagrosa, un sedante para su mente y su cuerpo, que lo calmara, que lo relajara, aunque su miembro no opinaba lo mismo, endureciéndose como una roca y apretándose contra el estómago de la muchacha, notando como ella también lo necesitaba, también anhelaba los besos del marido. Porque la hacía sentir como si ella fuese la única, como si ninguna otra tuviera posibilidades de quitárselo.

Sintió esa boca experta, lamiendo primero un labio y luego otro, cogiéndolos entre sus fuertes dientes, para darle pequeños chupetones y después pasarle la lengua despacio, lentamente, para que ella comenzara a suspirar, a jadear, sabiendo que le estaba produciendo placer, que hacía un simulacro de la penetración y ella sentía que todo su cuerpo temblaba ante tanta pasión y lujuria. Notó como esa lengua entraba en su boca y la recorría entera, recreándose en los rincones, recorriendo los dientes, y, por último, coger la lengua de ella e iniciar un baile erótico, una danza de lo más sensual, pero sumamente peligrosa.

Porque ella dudaba, porque según pasaban los días, estaba más confusa e intranquila, viendo como él desaparecía por las mañanas antes de que ella abriera los ojos, para llegar poco antes de la cena. Dónde iba, a quién veía o visitaba, podría tener una amante por los alrededores que le diera todo lo que ella le negaba. Con esos pensamientos, colocó las manos sobre el pecho duro como el granito y saboreó la lengua del hombre, chupándola con ansia, para oír el gruñido que emitió el esposo, para seguir con los labios y

lamerlos, como él había hecho antes, pero sin darse cuenta de lo que estaba provocando en el hombre, de lo caliente que lo estaba poniendo para, al momento, aplicar toda la fuerza de la que era capaz y separar ese cuerpo que la abrasaba, que la dejaba tocada hasta el fondo de su alma, haciendo que la herida abierta de la sospecha, se hiciera más grande, más dolorosa.

—Tengo..., tengo que ir con la niña —dijo con voz entrecortada.

Miró al hombre de manera suplicante.

Ralph bajó la mirada y vio que la blusa estaba húmeda, en la zona de los pezones. No mucho, pero lo suficiente para que la vista de cualquiera se dirigiera a ese punto en concreto.

Por el amor de Dios, pensó él, ¿no debería llevar algo ahí?

—¡Joder! —soltó sin querer, pero salió—. No deberías vestir así. Maldita sea. ¡Mira cómo vas! —Ella agachó la cabeza y viendo lo que al marido le escandalizaba, se enfadó.

Lo miró a los ojos y con los puños apretados contra sus muslos le soltó lo que quiso, lo que le dio la gana, lo que le vino a la boca.

—¡Tuya es la culpa! Por aplastarme contra ese pecho que tienes, duro como una roca. ¡Déjame en paz! —Salió hecha una furia y dejando al marido más enfadado todavía, viendo cómo se alejaba a paso ligero, mientras movía ese culo redondo, duro, perfecto, como un melocotón maduro o como una manzana, no sabría con qué fruta quedarse, y sintiendo que su miembro iba a reventar de un momento a otro.

Cuando desapareció de su vista, apoyó la frente en una de las tablas de uno de los compartimentos de los caballos, esperando calmarse, dejando pasar los minutos para que ese calentón desapareciera, para que su genio se calmara y no dirigiera los pasos hasta la casa, hasta encontrarla y darle una azotaina que recordaría toda su vida.

La yegua castaña asomó la cabeza y juguetona, le dio un empujón. Él levantó la mirada y contempló los ojos grandes, marrones, que lo miraban esperando una caricia. Pasó una de sus manos por la cabeza del animal y acarició lentamente hasta quedarse parado y la yegua volver a darle un meneo para que siguiera con las caricias. El hombre sonrió con tristeza.

—Ah, pequeña. Tú sí quieres mis caricias, ¿verdad? A ti no te parece que mis manos sean duras como el resto de mi cuerpo. — Colocó la otra mano en el cuello del animal y la pequeña yegua se sintió en el paraíso—. Señor, dame fuerzas, dame fuerzas para no cogerla entre mis manos y hacerle algo de lo que luego me arrepienta.

Cuando iban al pueblo, los domingos para el servicio religioso, ella imitaba a su suegra y se vestía con sus mejores galas, pero sin excederse demasiado, pues como le dijo Deborah, no estaban en la ciudad y tampoco era necesario lucirse como un pavo real ante los lugareños. Claro que, esa norma no iba con Viviane, que se ponía lo más lujoso que había traído, desde sus recientes y espectaculares joyas, hasta los vestidos de satenes, sedas y todo tipo de encajes y los tocados más grandes y llamativos, para causar todas las envidias posibles, aunque todos esos adornos la hicieran más voluminosa.

El banco de los Hathaway estaba en primera línea y los Davenport, se acoplaban al lado de Deborah, puesto que la futura mamá estaba de reposo y más tarde, recién parida y con Ralph no habían coincidido, ninguno de los domingos que habían estado en el pueblo. A Viviane le fastidiaba enormemente que la familia de su primer marido tuviera un banco reservado para ellos, a lo que Davenport respondió, que cuando se dedicaran a dar donaciones como hacía Ralph, entonces tendrían derecho a ello.

Por suerte, ese domingo después de haber tenido a la niña, y encontrarse repuesta como para ir al servicio dominical y recibir las felicitaciones de todos, los Davenport no fueron, porque se encontraban en Boston y no dejó de ser una suerte, para no fomentar los celos de Ralph. Pero cuando al día siguiente del encontronazo en las caballerizas, Taylor salió a dar su paseo, vestida de la misma guisa, pero con otra blusita del mismo tipo, pero de color rosa, no pensó que se iba a encontrar con Davenport en la cabaña de pescadores.

Entró como una tromba, seguida por uno de los perros de la finca y se quedó de una pieza cuando vio al hombre sentado en una vieja silla mientras se quitaba unas botas de agua. Si ella se quedó de

una pieza, él se quedó sin palabras, mirándola como si fuera la primera vez y desplazando sus ojos por ese cuerpazo vestido con pantalones masculinos que se pegaban a los muslos y a un trasero perfecto, y con esa blusita tan primorosa y ese chalequito de piel marrón que intentaba camuflar los pechos, pero sin éxito.

Dios santo, pensó el hombre, cómo se debe de poner Ralph. Debe disfrutar con esa hembra, de mil maneras, hasta saciarse, hasta quedar exprimido como un toro semental.

La muchacha lo miró descarada y mostrando su enfado le regañó por invadir una propiedad privada, al tiempo que se giró un poco para parar los saltos del perro mestizo y ver cómo asomaba la culata de un revólver, que llevaba en la espalda, dentro de la cintura del pantalón, encima de ese culo perfecto, en todo el centro, apuntado a la unión de esas nalgas.

Santo Dios, esa imagen era para ponerlo cachondo durante varios días, ¡qué días...!, varias semanas. Aparte de excitarlo, de hacer que su imaginación se desbordase, le hizo gracia, mucha gracia. Por todos los dioses, que maravilla; ¿y esta criatura había dado a luz, no hacía ni un mes? Era portentoso. Una mamá primeriza, vestida de esa forma y con un arma en la espalda. ¿Estaría cargada, o solo la llevaría para impresionar? Cuánto le gustaría jugar con ese revólver sobre el cuerpo desnudo de esa joven mamá. La pasaría la punta del cañón por las puntas de los pechos, para seguir hacia abajo y metérselo por el coño.

—Tengo permiso de Deborah, querida niña. Pero si te molesta que esté aquí, tus deseos son órdenes y no tardaré ni cinco segundos en abandonar este sitio. —La muchacha lo miró con suspicacia.

—Bueno, si Deborah ha dado su consentimiento, yo no tengo nada que objetar.

—Una buena nuera, sí señora. Deborah debe estar muy contenta contigo. —Ese comentario hizo que la joven se pusiera nerviosa y que con la puntera de la bota frotara el suelo de tierra prensada, sin ser muy consciente de cómo la miraba el hombre, que, con su mirada clara, recorría cada centímetro del cuerpo de la joven—.

¿Dónde has dejado a tu hija? —Esa pregunta, hizo que Taylor abriera al máximo esos ojazos y que él intentara penetrar en ellos.

Por los putos infiernos, no se cansaría de mirar esa cara tan bella; nunca había visto unos ojos tan impresionantes, con ese color único y esa boca tan provocativa, esos labios que parecían desafiar a cualquiera.

—Está dormida. Una vez que llena la panza, su pasatiempo favorito es dormir. —La risotada del hombre la sobresaltó y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, lo miró muy seria—. No sé de qué se ríe —añadió molesta.

Él cesó la risa, de golpe, pero la sonrisa de su boca no desapareció y sus ojos se clavaron en esos pechos tapados por esa blusa tan femenina, pero no ocultándolos, al contrario, los hacía más provocadores. Era un contraste delicioso, esa combinación de prendas en ese cuerpo tan exuberante.

Sus ojos fueron directos al cuello y vieron el collar de brillantes y rubíes, los pendientes en esas orejitas y de paso, hacer un recorrido por el brillante pelo.

—Me río porque eres encantadora. Porque eres tan... especial, que resultas de lo más atrayente. ¿Estás alimentando tú a la niña? —Ella se puso colorada y él supo la contestación—. ¡Oh!, no te preocupes. Yo soy de los que opina, que una buena madre debe dar el pecho a sus retoños. Es lo normal, ¿no te parece? —No esperó contestación, sonriendo ante el rubor de la muchacha—. Por algo la naturaleza lo ha puesto así. Es lo apropiado; que esos manjares lo aprovechen los bebés y... los hombres. —Antes de que la muchacha soltara lo que iba a decir, las palabras se quedaron en el aire cuando él continuó con sus opiniones, diciendo algo, que la dejó fuera de lugar.

—Eres la envidia de Viviane. Ni te imaginas cómo te envidia. Ayer mismo me decía, que no entendía por qué la vida había sido tan injusta con ella y con la hija que tuvo, y sin embargo tú, has tenido una niña perfecta y según se cuenta, un parto visto y no visto.

—Ella puede tener más hijos. —Fueron las palabras que salieron de su boca y sin dejar de mirar al hombre.

—En eso estamos. Pero me da, que ella no es tan fértil como tú.
—Vio como aumentaba el nerviosismo de la sureña.

Pero en cuestión de segundos, algo cambió en ella y se puso seria, y con genio.

—Tal vez el problema sea usted. ¿Por qué los hombres, siempre que algo no va como quieren, les echan la culpa a las mujeres? A fin de cuentas, usted no tiene descendencia y ya estuvo casado. —Se había pasado. Lo supo en cuanto acabó de hablar.

Vio como el hombre se levantaba y dejando los bártulos de la pesca en el suelo se acercaba a ella.

Pero ella no se movió.

—Estoy seguro, que, con una mujer como tú a mi lado, ya tendría varios hijos agarrados a mis pantalones. —Ella le sostuvo la mirada —, o a los tuyos. —Una cínica sonrisa, mostró su boca al tiempo que los ojos se desplazaron muy despacio por esas caderas hundidas en los pantalones marrones.

—Pues yo no estoy libre, así que, no me mire de esa forma o saldrá mal parado.

—¿Serías capaz de dispararme con ese revólver que llevas a la espalda?

—No tenga la menor duda. —El hombre sonrió, a pesar de que esas palabras sonaron seguras y firmes.

—Yo no te engañaría. —Supo que ese comentario dio en la diana, pero, aun así, ella se mantuvo altiva.

—Me extraña.

—Y solo tendría hijos contigo. —Plaf, otra diana.

Y esta, en todo el centro.

—Qué bien —añadió mordiéndose un labio, haciendo que los ojos se prendaran de esa mordida.

—Serías la única.

Uy, otra vez, pensó el hombre.

Pero la chica era dura, a pesar de martirizar ese labio.

—Me muero de la emoción. —El hombre volvió a reír, disfrutando del diálogo con segundas intenciones que estaban teniendo.

Pero en ese momento se puso serio.

—Cuánto daría porque fueras viuda. —La voz sonó hueca y los ojos claros la taladraron.

Ella aguantó el envite.

No se movió del sitio.

No le retiró la mirada.

—Y cuánto daría yo, porque hombres como usted no existieran.

—Los dos se miraron durante unos segundos, para ella apartarse dos pasos de él y un poco más, y dirigirse a la puerta de la cabaña, donde esperaba el perro moviendo el rabo sin parar y mirando a la muchacha para ver qué hacía y seguirla a cualquier parte.

El hombre viendo que se le escapaba, que no podría seguir disfrutando de ella, aunque fuese con los juegos de palabras, tiró un último dardo.

—No sé cómo puede pensar en otras mujeres teniendo a la más hermosa en su cama. —Ella giró el cuerpo y lo miró furiosa—. ¿O acaso, no estás en su cama? Es un poco pronto para practicar el juego amoroso, pero... se pueden hacer muchas cosas. Otras cosas. Claro que tal vez, otras mujeres lo llenen más que tú, a pesar de toda esa belleza que posees. Tal vez ese carácter salvaje, le resulta demasiado masculino. —Ella lo miró en silencio, clavada en el sitio, achicando los ojos, sintiendo esas palabras como balazos en la barriga.

—Ralph siempre ha sentido debilidad por la femineidad elevada a la máxima potencia. Siempre ha dicho, que todo lo que tiene él de masculino, lo quiere al contrario en una mujer. Tal vez, al principio llamó su atención una muchacha a medio domesticar y con una belleza fuera de lo común; pero, te has parado a pensar, lo incongruente que resulta ver una belleza tan hermosa y delicada como tú, con ese rostro tan exquisito, esos ojos tan inocentes y ese cuerpo tan condenadamente femenino, vestido de esa manera y para colmo con un revólver a la espalda. Puede ser que ya se esté cansando; o peor, que ya se haya cansado. —La muchacha no pestañeó y él, sabía que estaba acertando de pleno; y con el hablar suave, siguió profundizando la herida—. Lo entiendo, pero no lo comparto. Yo, por ejemplo, no me cansaría nunca de tener una mujer como tú y respetaría todo lo que significas, todo lo que has

mamado desde pequeña. Piénsalo. —Ella respiró deprisa y entrecerró más los ojos.

¿Sería él, al autor de la carta?

No se lo imaginaba escribiendo anónimos.

—Cuando lo vi por primera vez, pensé que era un hombre malo; ahora, estoy convencida de ello. Pero le voy a decir una cosa: no se equivoque conmigo, soy capaz de cualquier cosa. —Iba a salir de la cabaña, cuando las siguientes palabras, la paralizaron.

—Sí, ya sé que eres de gatillo fácil. Fueron tres, ¿no? Seguro que lo merecían. Pero no te preocupes, yo no voy a forzarte, no. Eso jamás. —Él, la observó pendiente de cualquier signo de miedo o de sorpresa, pero la chica mostró una sangre fría que no se la esperaba.

—Veo que se ha molestado en investigar mi vida.

—Sí, para qué negarlo. Pero no te preocupes, ya no te busca nadie. Al principio el padre de los hermanos, buscó, pero no dio contigo. Y ese quería venganza; sí, estaba sediento por vengar la muerte de sus dos hijos. Pero tuviste suerte, el viejo murió y el hijo mayor ocupó su lugar. Ese no fue a la guerra por cojo y siguió con la estela del viejo, en algunos periodos, pero no para vengarse, si no por dar sepultura a los hermanos y de paso al primo. Se ve que iban juntos a todos los sitios y cuando desertaban, los tres se iban una temporada a la granja familiar y luego volvían al ejército. El hermano y otro hombre de la familia, averiguaron donde estaba la tumba de los confederados; los desenterraron y se llevaron los huesos a su tierra. ¿Sabes de dónde eran los muchachos que mataste?

—No recuerdo haber matado a ningún muchacho. Maté a tres hombres que ultrajaron a mi hermana. Les di su merecido. —El hombre admiró el coraje de la joven, de la mujer debería decir.

Porque era toda una mujer, una mujer que valía para cualquier situación, para follársela hasta saciarse, o para defender lo que fuera o a quién fuera.

—Por supuesto. Hiciste lo correcto, hiciste lo que cualquier hombre habría hecho por su familia, por defender lo suyo y encima, siendo tan joven. Catorce añitos, qué barbaridad. Ya entonces eras valiente, apenas salida del cascarón y no dudaste en matar.

—No necesito de sus halagos, señor Davenport —contestó, para dar la vuelta y salir de la cabaña seguida por el perro retozón.

—No son halagos, muchacha, no son halagos —contestó el hombre a una estancia vacía.

CAPÍTULO 16

Taylor salió hecha una furia y sintiendo miedo en todo su cuerpo, pero lo que menos esperaba, era ver a su marido montado ese precioso semental negro, que se acercaba al trote hasta donde estaba ella. Sintió que todo su cuerpo temblaba, temiendo lo peor. Y lo peor sucedió, cuando escuchó los goznes de la puerta de la cabaña y vio como esa mirada azul oscura enfocaba en esa dirección. Ella se paró, para ver como los dos hombres se miraban. Davenport llevaba los bártulos de pesca en una mano y en otra las botas enceradas, hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y torció a la izquierda para seguir el camino río arriba, que llevaba hasta su casa. Las manos y las piernas de Ralph mantenían el semental a raya, evitando que se pusiera a dos patas, como era habitual en el animal, mientras la mirada azul seguía clavada en la espalda del otro hasta que desapareció en la primera curva del camino, bordeado de arces y robles.

Esa forma de mirar, esa ausencia de palabras, esa dureza en los labios, eran el preámbulo de lo que iba a continuación. Fue entonces cuando clavó los ojos en ella, recorriéndola entera, despacio, lentamente, para que sus ojos vieran lo mismo que había contemplado Davenport, desde el rostro, hasta el resto de su cuerpo, sin dejarse ni un detalle de esa vestimenta.

Maldijo por lo bajo, para doblar el tronco, agarrarla con un brazo por debajo de los pechos y subirla en un santiamén, como si pesara lo mismo que una muñeca de trapo, colocándola delante de él. Ella se iba a quejar, pero la voz áspera que silbó en su oído, la dejó helada y sin ánimo de ponerse brava, ni contestona.

—No digas nada, ni una sola palabra, o probarás mi mano otra vez. —Ella estuvo quieta durante casi un minuto, notando el nervio del caballo y la dureza de ese brazo debajo del pecho.

El perro bailoteó cerca de las patas del caballo y este, relinchó molesto, mientras la muchacha hizo un movimiento para colocarse a horcajadas, pero las palabras del hombre la asustaron y la enfadaron al mismo tiempo.

—Ni se te ocurra abrirte de piernas. Compórtate como una dama.

¡Maldita sea!, pensó ella, viniéndole a la mente las cosas que le había dicho Davenport.

Tuvo ganas de ponerse a patalear, mientras notaba como su cuerpo presionaba con el del hombre. Como su cadera rozaba la entrepierna del esposo, como ella tenía que mantener las piernas bien juntas para que el cuerno de la silla le molestara lo menos posible, y de ese modo, se apretaba más contra él. Estaba segura de que lo hacía adrede, ocupando más espacio de la cuenta en esa silla grande, de las más grandes que había visto. Pero no se atrevió a protestar.

No.

No pudo.

Solo pensaba en cómo sentía ese cuerpo duro, cálido y cómo esos brazos la encerraban mientras llevaba las riendas, mientras manejaba ese bravo semental.

Por fin se atrevió a decir algo.

—Puedo andar. ¡Bájame! —La respuesta no se hizo esperar.

Pero no fueron palabras, fue ese brazo poderoso, que la rodeó rozando sus redondos pechos, impidiendo que se moviera hasta que llegaron a las caballerizas.

Uno de los mozos salió, pero Ralph lo despachó rápidamente y el muchacho desapareció de la vista de la pareja, sabiendo que había fuego en el horizonte. El hombre saltó y la bajó, agarrándola en volandas, como si fuese una muñeca, siendo consciente cada vez que hacía eso, de la fuerza que tenía, de que podía hacer con ella lo que le diera la gana, desde una zurra en el trasero, hasta cualquier otra cosa.

—¡Ayúdame con el caballo! —ordenó con fiereza.

Ella mirándolo asustada obedeció, pero quedándose quieta sin saber qué hacer. Vio como desabrochaba las cinchas y una vez que

la silla quedó suelta la cogió y se la quitó al caballo, pasándosela a la muchacha.

Ella la cogió como pudo, pero esa silla de cuero repujado y con un asiento grande y un recio relleno, con el cuerno y la horquilla en consonancia con el asiento, con los faldones, el guarda piernas, las diversas cinchas, latiguillos y los estribos, sin olvidar las guarniciones metálicas, pesaba como un muerto y debería ponerla en el soporte, y ese soporte estaba un poco alto para ella. No es que el soporte estuviera alto, es que la silla pesaba mucho y no podría elevarla.

Bueno, el soporte también estaba elevado.

Sin soltarla, se mantuvo quieta, viendo cómo Ralph quitaba la manta al animal, la dejaba en su sitio y cogía un cepillo para frotar el lomo sudoroso. Ella también tenía calor y con la silla en los brazos, más; permaneció quieta, sin moverse, pero no podía aguantar demasiado tiempo la pesada silla.

Cogió aire y despacio se movió llevando sus pasos hasta el soporte, pero antes de llegar, las rodillas se le doblaron y cayó encima de la silla.

Enseguida tuvo al marido a su lado y la ayudó a levantarse, no sin antes quitarle el revólver de la espalda y guardárselo en su cintura.

—¿Te has hecho daño? —Ella movió la cabeza negando, pues realmente era así, no se había lastimado, pero no esperó las siguientes palabras del hombre.

—Pensaba que una mujer que le gusta tanto llevar pantalones y usar armas, podría coger una silla de montar y dejarla en su soporte sin ningún problema. Pero ya veo que no. —Las duras palabras le llegaron al alma y con los ojos llenos de lágrimas, los clavó en él, ofendida, pero, sobre todo, dolida.

—Tu silla pesa demasiado, pero tal vez el problema no esté en mis pantalones, si no en los tuyos. —Fue la gota que colmó el vaso.

La boca del hombre se convirtió en una línea delgada y los ojos la miraron con la dureza del acero. Él, tan alto y tan grande, parecía comérsela, frente a frente, pero la muchacha no se amilanó y aguantó el tipo. Sabía que se había excedido, pero estaba dolida por el trato que le estaba dando.

—Prepara tus cosas y las de la niña. Mañana nos vamos a Boston. —Ambos se miraron durante un tiempo mínimo y ella, antes de que las lágrimas se desbordasen, llevó la mirada al suelo y se dirigió a la salida del establo, sin poder evitar que su cuerpo comenzara a temblar y comenzara a llorar en silencio, sin darse cuenta de que los ojos del esposo no dejaron de mirarla hasta que desapareció de su vista.

La muchacha no fue a la casa, dirigió sus pasos, seguida por el perro que la esperaba a la salida de las caballerizas, hasta el comienzo del bosque y escondiéndose allí, lloró durante veinte minutos, hasta que se le pasó el soponcio. Mientras sus bellos ojos miraban esas arboledas que tanto le gustaban, esos colores que nunca se cansaba de mirar, se acercó hasta un arce plateado y con una piedra afilada, rascó la corteza haciendo una R y llorando un poco más, mientras el perro bailaba a su lado y cada vez que ella soltaba un quejido, el perro aullaba a su vez.

Se dedicó a marcar varios árboles; en total, un cedro de Virginia, un arce plateado, un alerce, dos pinos rojos y un roble más viejo que Matusalén, y cuando se cansó y ya no le quedaban lágrimas, salió del bosque. Se dirigió a la casa, dejando al fiel perro sentado en el exterior, con los ojos mirando fijamente el porche, esperando que volviera a salir su amiga, pero al poco, cuando sus agudos oídos escucharon y olieron un conejo, salió disparado a la caza y captura del animalillo.

Taylor pidió a Lucy que le preparase un baño, pero la doncella le dijo que eso no podía ser, que la niña estaba hambrienta y llevaban más de media hora intentando calmarla. Estando así las cosas, se quitó el chaleco de piel, y fue a buscar a su hija, cogiéndola en brazos y llevándosela a su habitación, para sentarse en un sillón y darle de mamar. Miró a su hija como llevaba la boquita hasta el pecho, sabiendo por instinto que el alimento estaba cerca. Cuando la colocó cerca del pezón, se agarró con tanta fuerza, que la madre primeriza hizo una mueca de dolor; pero ese mordisco sin dientes, ese apretujón de un tierno bebé, no era nada comparado a cómo estaba su corazón. A los mordiscos que le había dado el amor de su vida. Sentía que todo su cuerpo le ardía de rabia y de impotencia y

al mismo tiempo, temblaba de dolor, de pena, de lamento. Si Ralph tenía una amante, si volvía a ver a esa mujer o a otra, daba lo mismo, ella no podría aguantar semejante humillación, no estaba hecha para los desplantes. Mientras la pequeña mamaba con fuerza, esos ojos turquesa se desplazaron por el lujo y la elegancia de esa habitación, viendo la seda verde oscura que forraba las paredes y que conjugaba perfectamente con las maderas de roble, que formaban un zócalo de algo más de un metro, alrededor de tres paredes, dejando libre la que acogía la gran chimenea.

Los muebles eran grandes y pesados, con labrados hechos por los artesanos más hábiles y todo ello, coronado por el blanco luminoso del techo. ¿Era el precio que tenía que pagar la esposa de Ralph Hathaway para disfrutar de una vida de lujo y caprichos? ¿La infidelidad a cambio de los placeres que daba el dinero? No, ella no podría aguantar algo así. Pero y si no era verdad y si todo eran las malas intenciones de ciertas personas. Debería actuar con cautela y averiguar qué terreno pisaba, y a razón de eso, actuar en consecuencia.

Con esos malos pensamientos rondando su cabeza, no fue consciente de que el causante de su tristeza, estaba en la puerta mirándola, y por el semblante, seguía enfadado, mostrando un rostro adusto y, sin embargo, tan atractivo que quitaba el aliento.

—¿Dónde has estado? —Intentó controlar la frialdad de su voz, pero no lo consiguió y ella lo notó.

—En el bosque. —Fue la corta y seca contestación.

Él no dijo nada, pero sus ojos sí. Se clavaron en los pechos y no los retiró, como si un imán los atrajera irremediablemente.

Haciendo un esfuerzo, los elevó y la miró a los ojos.

—Cuando termines lo que tengas que hacer, quiero que bajes a la biblioteca. —Sin esperar respuesta, dio media vuelta y desapareció.

Ella tragó saliva y soltó varias maldiciones por lo bajo, pero deseando decirlas a gritos, para que todos los de la casa las oyeran, para que el dueño y señor, recordara que se había casado con un marimacho.

Cuando terminó de alimentar a la niña, le cambió los pañales y la dejó en la cuna, donde al momento, cerró los ojos y se durmió como

un angelito. El baño estaba preparado y se relajó a conciencia, diciéndose que, si su marido estaba esperando en la biblioteca, pues que esperase, porque ella se iba a tomar todo el tiempo que hiciera falta. Y así fue. Cuando acabó, Lucy le recogió el cabello de una manera informal y sumamente sugerente y fue al encuentro del esposo.

Abrió la puerta, dando gracias de que no estuviera Samuel, para que no la viera con esa bata y entró. Ralph estaba leyendo unos papeles y levantó la vista lentamente, para ver a una mujer vestida con una bata de seda blanca o satén, qué más daba, pensó el hombre, que se le pegaba al cuerpo de una forma sinuosa y por qué no decirlo, escandalosa. El cinturón se cerraba sobre esa cintura pequeña y los pechos se acentuaban de manera llamativa, marcándose los pezones y dejando ver las elevaciones asomando por el escote de esa prenda íntima.

Al hombre le pareció que no llevaba nada debajo, estaba seguro y pensó que tal vez lo estaba haciendo adrede. Y, por otra parte, ella tenía en mente las palabras de Davenport, esas que dijeron que a su marido le gustaba mucho la femineidad; muy bien, pues que se recreara con ella.

Fue derecha al sillón que estaba enfrente de la mesa y se sentó, de manera recatada, sujetando con sus esbeltas manos, la tela de esa bata, que, por cierto, no era muy apropiada para pasearse por la planta baja, pero teniendo en cuenta lo tarde que era, tampoco iba a reñirla por eso y, además, recreaba la vista a su antojo.

—¿Has preparado las cosas para el viaje? —La pregunta no fue hecha de forma amorosa.

—Las está preparando Lucy. —Fue la contestación seca y escueta, notando el enfado del hombre.

—¿Cuánto tiempo has estado en la cabaña con Davenport? —La pregunta podría haber pasado por una curiosidad sin importancia, pero ambos sabían que no era así.

—Poco. He llegado cuando él se estaba quitando las botas de agua y le he dicho que estaba invadiendo una propiedad privada, a lo que me ha contestado que Deborah le había dado permiso para

utilizarla. Yo le contestado que, si mi suegra le daba permiso, bien hecho estaba. —Estaba enfadada y se le notaba.

Ralph la miró a gusto y sus ojos se volvieron a fijar, por enésima vez, en el satén de la bata, que se adhería a los pechos y a los pezones, y provocaba que no prestara la atención necesaria a lo que debía.

Llevaba el collar y refulgía sobre la blanca piel y el blanco satén, focalizando toda la atención en el escote y en esas elevaciones tan llenas y duras.

¿Desnuda, tapada con esa sensual bata y el collar?

Una combinación de lo más erótica. Pero por todos los santos, esos pezones eran como garbanzos, pareciendo querer taladrar la tela.

—¿Qué más? —Ella estaba cada vez más enfadada por el interrogatorio que le estaba aplicando y le daba ganas de mandarlo a paseo, levantarse y dejarlo plantado.

—Me ha visto el revólver y ha dicho que sabía que era de gatillo fácil. Se ha dedicado a investigar y sabe que mate a esos tres, y que el padre de los hermanos estuvo buscando a sus hijos y con ganas de venganza. —El hombre no mostró sus sentimientos, pero maldita la gracia que le hizo, saber que Davenport se había dedicado a investigar la vida de su esposa—. Dice que el hombre murió y que entonces fue el hijo mayor el que se dedicó a ello, pero solo para encontrarlos y llevarlos a su casa. Nada más.

—Será cabrón. Voy a tener que decirle un par de cosas a ese hijo de puta. Quién cojones se ha creído qué es, para estar fisgoneando en tu vida. —Se levantó de la mesa y paseó por la gran habitación, mientras la muchacha lo miraba con admiración.

Qué guapo era, qué planta tenía.

Por Dios, todas las mujeres caerían rendidas a sus pies.

No podía aguantar los celos que sentía.

De repente dejó de pasear y se acercó a ella. Apoyó las caderas en la mesa y cruzando los brazos sobre el pecho, la miró detenidamente.

—¿Te dijo algo de la viuda Roberts? —Ella negó en silencio y él continuó hablando—. La asesinaron. —Esas palabras hicieron que

la muchacha soltara un gemido, mirando los ojos del esposo que no le quitaban la vista de encima—. Le rajaron el cuello, pero no creo que fuera el hermano de los que mataste. —Él se embelesó mirando esos ojos turquesa, sin perder detalle de cualquier gesto, movimiento o mohín que hiciera su amada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tú también has investigado?

—Sí. Los Adams son de Carolina del Norte, del sur, no muy lejos de donde estaban vuestras granjas. Parece un buen hombre y no me suelo equivocar en juzgar a la gente. Él dice, que cuando estuvo por ahí, la vieja estaba viva, le dio algo de dinero, diez dólares y le dijo dónde estaban enterrados los cuerpos; y también le dijo lo que habían hecho y que ese era el motivo de que estuvieran bajo tierra. Noah Adams, me dijo, que su hermano James siempre fue un pendenciero y que el pequeño lo seguía a todas partes y no le extrañó que hicieran tal canallada; el otro era primo hermano y siempre iban juntos. Los dos hacían lo que el mayor mandaba, de esa forma se movían y funcionaban. Le dije a Noah Adams, que la muchacha que mató a sus hermanos y al primo, era mi esposa, que, si se le ocurría hacerte algo malo, no tendría piedad. —Mientras Ralph hablaba, la muchacha prestaba toda la atención y estaba quieta en el sillón, pero su respiración la delataba; y a él, se le iban los ojos constantemente al escote de la bata, a esas elevaciones duras y turgentes—. Pero no fueron necesarias las amenazas. El hombre dijo que entendía lo sucedido y que admiraba a esa muchacha que intentó salvar a su hermana de una violación, aunque llegara un poco tarde; que él y su cuñado desenterraron los cuerpos y se los llevaron a su casa. Pero juró, una y mil veces, que ellos no mataron a la vieja, que jamás ha matado a nadie, y que a pesar de que el padre estaba muerto, estaba convencido de que, si estuviera vivo, tampoco habría hecho algo semejante. —La pareja se miró a los ojos y los labios de ella se movieron despacio.

—¿Y por qué has tardado tanto en contarme todo esto? ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó ansiosa.

—Cuando estabas de parto, volvía de las Carolinas, y no he querido contártelo para no entristecerte. —Fue la contestación que

le dio con el rostro serio y la mirada clavada en ella, para ver como tragaba saliva y miraba para otra parte.

Pasaron unos segundos y volvió los ojos hacia él.

—Entonces, ¿quién crees que la mató? —Él no contestó al momento.

Se deleitó mirando esa cara y contempló ese cabello brillante y sedoso, recogido de una manera floja y sensual, que daba ganas de meter los dedos y deshacer ese peinado, para extender toda esa melena por la espalda y enredar los dedos en ella.

—Pienso que alguien del entorno aprovechó para matarla y robarle el dinero.

—¿Algún vecino? —preguntó sin creérselo.

Él movió la cabeza, mientras se empapaba de tanta belleza, mientras la deseaba con fervor, pero sin demostrarlo, sin desear que ella se sintiera poderosa al saber lo que le producía, cómo alteraba todo su mundo, toda su sangre fría.

—Sí. La coartada perfecta. Unos forasteros que llegan preguntando por esos indeseables y les cuelgan el muerto a ellos. Las autoridades no llegaron a contactar con los Adams, porque nadie dijo quiénes eran, ni de dónde procedían; es más, parece ser que alguien dijo que los forasteros venían de Georgia, el caso es que no se llegó a ningún lado. El establo se incendió, lo quemaron, pero Adams dijo que ellos no habían hecho nada de eso. Que cavaron donde dijo la vieja, sacaron lo que quedaba de los cuerpos, los echaron en la carreta, cogieron las armas oxidadas y se fueron por donde habían llegado. Imagino que más de uno sabría o se imaginaría, conociendo a la vieja, que me habría sacado dinero; hasta puede que supieran dónde lo guardaba. Y no me dio la impresión de que la vieja fuese una mujer muy querida por los alrededores. —La muchacha se removió en su asiento, abriéndose el escote y dejando más de medio pecho al aire, haciendo que el hombre tragase saliva al ver un pezón erecto.

Erecto, por el amor de Dios.

Él ya estaba seguro de que iba desnuda, de que no llevaba nada debajo de esa bata resbaladiza. Y se preguntaba el por qué.

Por qué te presentas así, ante mí.

—No, no era muy querida. Siempre fue una mujer arisca y poco dada a cariños, ni tan siquiera con el marido, cuando vivía. Pero me cuesta imaginar que alguno de los hombres que conozco, la matara de esa forma tan salvaje.

—La muerte es igual, se haga de una manera o de otra y tal vez lo hicieron así, para que las autoridades pensarán que habían sido forasteros. Yo le di cuatrocientos dólares. Es mucho dinero cuando no tienes nada, o casi nada.

—¡Cuatrocientos dólares...! —repitió la muchacha, un tanto asombrada de que le sacara tanta pasta al hombre que ahora era su esposo.

Él sonrió sin ganas, mientras recorría el cuerpo de su mujer y se volvía a preguntar por qué había bajado así, de esa manera, tan sensual, tan provocadora, tan condenadamente bella.

—Sí. Me pidió seiscientos, pero le dije que se tenía que conformar con cuatro. Se lo pensó un poco, pero al final decidió que mejor eso que nada. —Se quedaron en silencio.

El hombre, sin quitar la mirada de la joven, y ella, nerviosa y sin saber qué hacer.

Se apretó el nudo de la bata y se levantó, quedando enfrente de él y sintiéndose intimidada ante tanta fortaleza y masculinidad.

—Voy arriba. —Las palabras de él, la pararon en seco.

—¿Cómo se va a llamar la niña? —La mirada turquesa se elevó hasta el rostro del hombre y contestó dulcemente.

—Había pensado en llamarla Deborah. —Él ya sabía lo que iba a decir—, pero tu madre dijo, que deberíamos llamarla Alessia, y... bueno, a mí no me parece mal. —Sintió los nervios recorrer su piel ante la mirada posesiva del marido y se apretó más el cinturón de la bata, sin darse cuenta, de que, con ese gesto, hacía resaltar los pechos de una manera vergonzosa—. Si a ti te parece bien... —Dejó la frase en el aire, bajando los ojos y notando que se ponía sentimental.

El hombre dejó de apoyarse en la mesa y la altura se hizo más pujante ante ella.

—Me parece perfecto. Es un nombre muy bonito. —La voz sonó ronca y la muchacha, en el mismo sitio y mirando al suelo, dijo lo

que pensaba.

—Y más femenino que el mío. —El hombre entrecerró los ojos, pensando qué ocultaba esa afirmación, qué estaba pasando por esa cabecita.

—Sí, con poco... —Fue la contestación del hombre, sin imaginar, que al decir eso, rompiera a llorar.

La enganchó del brazo, cuando se disponía a irse, sin poder evitar con ese gesto, que la bata se abriera y dejara esos senos al aire durante unos segundos, porque ese fue el tiempo que tardó en cerrarse la bata y en encontrarse entre los brazos del marido.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Qué he dicho? —preguntó cogiéndola con suavidad. Notando ese satén resbaladizo y deseando quitárselo para acariciar su piel cálida y suave.

—Nada, nada. Que ya sé que todo en mí es masculino, hasta mi nombre —dijo entre llantos y agachando la cabeza para no mirar los oscuros ojos que la traspasaban, haciéndola sentir vulnerable y débil como una pequeña flor en una tempestad.

—Pero, ¿qué te ocurre? Tú no eres nada masculina, nada. Aunque te pongas esos pantalones que me vuelven loco, aunque lleves ese revólver metido en la cintura, eres la criatura más femenina que he visto en mi vida. —Los hermosos ojos se elevaron hasta encontrarse con los del hombre y lo miraron con ansia, con dolor.

—¿De verdad? ¿Soy femenina? ¿Lo suficiente femenina para ti? —Él se preguntó que ocultaban esas preguntas.

—Claro que sí. ¿Por qué preguntas eso? —La pregunta iba acompañada de las caricias que propiciaba a sus brazos por encima de la tela, que hacía resbalar sus dedos y sus ojos se fijaban en el brillo de las piedras sobre esa piel de alabastro, esa piel perfecta, sin mácula.

—Por nada —contestó mohína, dejándose tocar, dándose cuenta de lo mucho que anhelaba esas manos.

—Por nada, no. Dime la verdad. —Fue entonces cuando se abrió la bata y dejó los pechos al aire.

Él sorprendido, se los quedó mirando y no pudo evitar llevar las manos hasta ellos. Sin palabras, mirándola a los ojos, para después

clavarlos en esas tetas divinas, rugió de vicio al tiempo que llevaba la boca al cuello de ella y tocaba los pechos en todo su diámetro, con delicadeza, sopesándolos y maravillándose con ese contacto tierno y al mismo tiempo duro. Ella se dejó hacer y cuando él volvió a apoyarse en la mesa, para quedar más bajo y llevarse un pezón a la boca, ella soltó un suspiro de satisfacción. Dejó que mamase de esos pechos, primero de uno y luego de otro, notando como sacó leche con la fuerza de las succiones y oyendo como rugía de excitación.

Ella enredó los dedos en ese cabello negro y ondulado y manejó con maestría los movimientos, para que el hombre jugara y chupara los dos pechos por igual. Entonces, se dio la vuelta y se apoyó encima de él, acomodándose en sus caderas, en su entrepierna, aprovechando que él estaba medio sentado en el borde de la mesa. Frotó el culo contra la erección del hombre y llevó las grandes manos a sus pechos, haciendo que los tocara, que los meneara a su gusto, mientras ella se frotaba contra él, de una manera vergonzosa, sintiendo la boca de él en un lado del cuello, que mientras la besaba, murmuraba palabras que ella lograba entender claramente.

—Me estás matando, nena. Haces que me vuelva loco, haces que te desee todas las veces que te veo y no te puedo tener. Me estás matando —volvió a susurrar, mordiendo esa piel delicada y al tiempo, levantando la bata para dejar ese trasero desnudo y apretarla contra su cadera, sintiendo que iba a explotar de un momento a otro.

Ella notó una mano sobre su pubis y la otra que seguía jugando con un pecho, y no quería abrirse de piernas, no quería que él la tocara ahí, pero para qué negarlo, estaba caliente, estaba ardiendo y estaba disfrutando de lo que estaban haciendo; así que, dejó que esa mano grande tapara todo el pubis y el dedo corazón se colocara en medio de la rajita y fuera subiendo y bajando, primero lentamente, para después ir aumentando la presión y la velocidad, para que ella se abriese totalmente y él jugase con el clítoris provocando que jadeara y que cuánto más placer le daba, más apretaba ese culo redondo contra la fuerte erección del hombre. Pero esos dedos no la penetraron. Esa palma grande abarcaba toda

la vulva, jugaba con todo el sexo, sin quitar ese dedo largo y fuerte de esa rajita que ya estaba mojada y no necesitaba que él la ensalivase para darle más placer.

Y así, de esa manera, sentada en el regazo del esposo, con el escote de la bata abierto totalmente, dejando los pechos al aire, y todo el ruedo del blanco satén aun lado tapando una de las piernas del hombre, ofreciendo a cualquiera que entrase en ese momento, toda su gloria femenina, sintió el pene hinchado contra su trasero, que no dejaba de frotar de una manera indecorosa para el deleite del marido y para que el dedo de él, tampoco dejara ese movimiento.

El orgasmo tan potente que recorrió todo su cuerpo, hizo que se apretara más contra la erección del marido, si es que eso era posible, apoyando las manos sobre los duros muslos, encajándose de tal forma en su regazo, sin dejar de presionar y provocando que el hombre la agarrase de las caderas, apretara los dientes y se corriera contra esa carne caliente y tórrida, capaz de hacer arder el polo norte, pero maldita sea, con ropas de por medio. Con sus putos pantalones de por medio. Se corrió contra ella, contra su primoroso culo, con la cabeza metida entre ese cabello que olía a flores y esa tierna piel del cuello, que seguramente habría amaratado, gracias a su boca, a sus dientes y a su crecida barba.

Pero lo que no esperó, fue lo que pasó a continuación. Ella, de espaldas a él, se arregló la bata, estiró el esbelto cuerpo y dirigió los pasos hasta la puerta, abriéndola y saliendo de la estancia sin dedicarle ni una sola mirada, ni una sola palabra.

Se quedó de una pieza.

Habían practicado un sexo, fuera de contexto, de lugar, había tocado esos pechos, había mamado de ellos, probando el néctar que alimentaba a su hija, la había tocado entre esos muslos turgentes hasta provocarle un orgasmo, y ella..., por todos los demonios, ella había restregado su hermoso culo contra su polla, se había clavado como la más experta cortesana, lo había llevado hasta las alturas, había hecho que se corriese en los pantalones, y ahora ..., se había largado, sin mirarlo ni una sola vez y sin dedicarle ni una puta palabra.

Qué cojones estaba pasando aquí, qué demonios ocurría para que tuviera ese comportamiento. El hombre se frotó la barba, enfadado, para mirarse los pantalones y clavar los ojos en esa humedad, que delataba lo acontecido. Joder, sería posible que lo hubiese utilizado, igual que ellos usaban a las mujeres; no es que le importase, qué cojones, claro que no le importaba. ¡Me cago en la puta!, pensó. Sí había disfrutado de lo hecho, sí, hacía tiempo que no se ponía tan cachondo, pero a pesar de ello, no le gustó ese comportamiento, no señor.

Volvió a blasfemar y salió de la biblioteca para dirigirse a la habitación y cambiarse de pantalones, pensando que no la había besado en la boca. Al llegar a la habitación dorada, escuchó la voz de ella, diciéndole a Lucy donde debía guardar los zapatos. Se quitó el pantalón y miró la mancha que ya comenzaba a secarse y engarrotar la tela. Cuando lo vieran las criadas, no iban a dudar de qué era esa mancha. Por todos los demonios del infierno, esta muchacha lo sacaba de sus cabales una y mil veces.

No bajó a cenar y él y Deborah dieron cuenta de los succulentos platos de la cocinera. Cuando llevaban un rato, hablando de cosas banales, él no aguantó más y dejando los cubiertos encima del plato, miró a su madre.

—¿Qué demonios le pasa? —Ella clavó los ojos en su hijo y se encogió de hombros—. Ah, entonces reconoces que le pasa algo, que esto se sale de lo normal. —La mujer cogió delicadamente la servilleta y se limpió la boca.

—Tal vez esté celosa. —El hijo la miró como si hubiera dicho una barbaridad.

—¿Piensa que le soy infiel?

—Estás mucho tiempo fuera, no sería de extrañar. —Ralph la miró sin pestañear y claramente enfadado.

—¿Tú también lo piensas? —La madre se quedó en silencio durante unos segundos, sin dejar de mirarlo.

—Creo que no.

—¡Vaya, manos mal! Pero parece que has necesitado pensarlo.

—¿Por qué nos vamos mañana, Ralph? —La curiosidad era tal, que no pudo evitarlo—. No es normal que nos vayamos así, de un

día para otro, sin tiempo de preparar el equipaje con tranquilidad.

—Madre, estoy harto de esto. Quiero que esté conmigo, en la ciudad.

—Lo entiendo, pero podríamos irnos pasado mañana o al otro. — El hijo la miró muy serio.

—Mañana.

—De acuerdo. Mañana. Ahora mismo tengo a mi pobre doncella preparando baúles y organizándolo todo.

Madre e hijo se miraron en silencio. A él poco le importaba que la doncella de su madre tuviera que correr o aligerar, para tener el equipaje listo.

Era su trabajo.

—Para eso está. Y si necesitas ayuda, pídesela a Eliza y verás que pronto acude. —Durante los postres le contó lo de Davenport y ella se disculpó por haberle dado permiso—. No me gusta que esté cerca de ella. No me gusta. Y lo único que va a conseguir, es que le rompa la cabeza. —Deborah lo miró asustada.

—Por favor, Ralph, no saques las cosas de contexto.

—¿Que no saque las cosas de contexto? Lo que le voy a sacar, es la cabeza de cuajo y luego voy a jugar con ella. Maldita sea, ¿es que no has visto cómo la mira ese cabrón? —Ella abrió los ojos al máximo.

—¡No hables así! —Le riñó bajando el tono al máximo, para que los criados no la oyesen, aunque era algo más que improbable—. Además, qué estás diciendo, o acaso no te has fijado cómo la miran el resto de los hombres, incluso las mujeres, de la envidia que le tienen. Y no te digo ahora, cuando volvamos a Boston y vean la niña que habéis engendrado y que ella está tan esplendida como siempre o más, si es que algo así es posible. —El hombre se quedó callado y rumiando.

Suspiró con fuerza y se frotó la mejilla, sin que la madre perdiera ni un solo detalle.

Estaba preocupado y se le notaba; pero no solo preocupación, se le veía nervioso y un pelín irascible y eso llamó la atención de la madre, que sabía de la sangre fría de su hijo.

—Ay, señor, que eres tú el que está celoso. —Ralph la miró como si hubiera visto un burro volando—. Mi guapo y perfecto hijo, está celoso de su guapa y perfecta esposa. Bueno, hijo mío, ya sabes qué se siente cuando esa bestia invade tu cerebro ocupando todos tus pensamientos; pero te diré una cosa: conozco bien, muy bien a esa muchacha que trajiste de las Carolinas y te puedo decir, que ella, no es de las que engaña, pero también te diré, que no es de las que consiente. Así que, ándate con ojo.

—Jamás la he engañado, madre. No forma parte de lo que yo entiendo por tener una familia, por respetar a la familia y a la esposa, y si ella piensa que la engaño, que me dedico a ir de putas o a mantener una amante, está muy equivocada. Para que algo así ocurriese, tendrían que ponerse las cosas muy mal, tendría que dejar de amarla.

—Pues díselo, Ralph. Es muy joven, no está acostumbrada a tratar con los hombres de una forma natural y pensará lo que la mayoría de las mujeres, por no decir todas. Que en cuanto el hombre no tiene lo que desea, lo busca en otro sitio.

—Sabes de sobra, que un hombre que quiera engañar, no necesita excusa, lo hace y punto. —Estaba enfadado y se le notaba, así que, Deborah decidió acabar con la conversación.

—Tienes razón, mucha razón. Por eso, habla con ella. Ella es la que debe saber, la que debe confiar y para confiar hay que conocer, y me da la sensación, de que Taylor no te conoce todavía, de que te cierras bajo esa coraza dura como una piedra y no dejas salir tus sentimientos. —Se levantó, le dio un beso en la frente y lo dejó solo con sus pensamientos.

Que no dejaba salir los sentimientos, pero qué tonterías decía su madre. Como se notaba que ella no los había visto en la intimidad, donde él quedaba sin protección, donde ella podía hacer con él lo que le diera la gana. Sí, de acuerdo que él no era dado a blanduras, ni cosas por el estilo; pero eso no quería decir que no se abriera a ella. ¿Cuántas veces le había dicho que la amaba? Muchas. ¿Cuántas veces le decía apelativos amorosos? Muchas. No últimamente, de acuerdo. Pero es que desde que había parido,

parecía que estaba en pie de guerra y hacía que él perdiera los papeles.

La mente volvió a Davenport. Habrían hablado más tiempo del que ella dijo, le habría dicho Davenport alguna cosa fuera de lugar, eran preguntas que no tenían contestación porque ella no estaba dispuesta a contar todo lo hablado, además, a cuento de qué, ese llanto por ser o no ser femenina... algo le daba, que detrás de eso estaba ese hijo de la gran puta.

Con esos pensamientos llegó a la habitación y no supo por qué, se dirigió a la puerta comunicante, posando la mano y girando la manivela lentamente, para comprobar que estaba cerrada. Eso fue motivo suficiente, para que se desnudara y se acostara enfadado y al día siguiente, siguiera del mismo talante.

La primera vez que subió a un carruaje lujoso, con todas las comodidades, fue cuando desembarcó del hermoso clíper, para dirigirse a la casa de los Hathaway. Nunca se paró a pensar cómo serían los carruajes de los ricos, aun viéndolos por fuera, la imaginación de la niña no reparó en ello; tal vez era porque le daba igual. Ella subía a la carreta de su padre y disfrutaba subiendo y bajando, pidiendo al padre que le dejara llevar las riendas del único caballo que arrastraba la desvencijada carreta y mirando traviesa, a un lado y a otro, para no toparse con nada ni con nadie. Cuando sus hermosos ojos se fijaban en un carruaje cerrado, miraba el color, si llevaba algún nombre pintado en la puerta como algunas diligencias, si iban las cortinitas cerradas o abiertas, pero jamás pensó, que por dentro fueran lujosos.

Los carruajes de los Hathaway lo eran y mucho; pero no un lujo superfluo, no; eran las comodidades prácticas, que al final resultan lujosas, precisamente por eso. Los asientos eran de un grueso tapizado, que no resultaba blando, ni demasiado duro; por supuesto, el respaldo también, pero era algo más mullido para que la espalda se acomodase de una manera agradable, pero que, ante el vaivén del coche o los posibles baches, amortiguara el golpe. El revestimiento de las paredes también estaba acolchado, techo incluido, de manera que, si por una desgracia volcaban, no sería tan

impactante para el cuerpo o cabeza, encontrarse con la madera tal cual.

En la parte trasera había una pequeña ventana rectangular y estrecha, para ver la retaguardia, con su correspondiente cortinilla de terciopelo y las ventanas de los laterales, también disponían de dichas cortinas. Ahora, como estaban en verano, no eran necesarios los braseros y las mantas de piel, pero en otoño e invierno no se prescindía de ellos. De esa forma, era un lujo viajar en esos carruajes, que, aparte de lo interno, tenía una buena amortiguación y los mejores caballos de tiro.

Cuando Deborah y Taylor entraron en el coche, fue Ralph el que entregó la canastita donde iba la recién nacida a la joven mamá, mirándose por unos momentos, pero sin cruzarse ni una sola palabra. Él viajaría a caballo, pero no se adelantaría, para hacer el trayecto con ellas. Miró a su hija recreándose con esa carita tan pequeña, que dormía plácidamente después de haber sido alimentada por la madre, observando de paso, el acolchado que llevaba la canasta, al igual o parecido, que un carruaje. La niña iría perfectamente allí, colocada entre la abuela y la madre, ya que había amplitud de sobra. El abultado equipaje iba en la parte de atrás de ese coche y en otro más, donde iban la niñera, las doncellas y el resto de los baúles. Los dos mozos de la finca, eran los encargados de llevar los carruajes y él, montando su brioso semental, controlaría que todo se desarrollara sin incidentes.

Y así fue.

Cuando llegaron a Boston, las mujeres estaban deseando estirar las piernas y acomodarse en un lugar que no sufriera movimientos, o sea, en casa. Y mientras eso ocurría y Ralph se encargaba de que los carruajes fueran llevados a las cocheras y de que los chicos cenaran y pasaran la noche en casa, para que al día siguiente salieran de vuelta. Cuando llegó a su hogar, fue recibido por Charles que lo esperaba con una grata sonrisa, al tiempo que le decía que tenía la hija más bonita de todo el país, haciendo que Ralph sonriera de oreja a oreja, lleno de satisfacción.

—Es una réplica de mi esposa, Charles —contestó subiendo las escaleras de tres en tres, seguido por el mayordomo, que las subía

de una en una.

Al llegar a su alcoba y abrir la puerta, se quedó parado y desapareció la sonrisa de una. Ahí no estaban los baúles de ella, ni la cuna, ni nada de nada.

Se volvió bruscamente, para ver cómo llegaba el fiel mayordomo.

—¿Dónde están las cosas de mi mujer? —Charles conocía muy bien al señor, y el peligro se respiraba en el ambiente y no le gustó nada ver ese gesto hostil, presagiando problemas a no más tardar.

—A mí no me han dicho nada, señor Hathaway, pero he visto como llevaban los baúles a la casa grande. —El hombre dio la vuelta y enfadado como nunca había estado, dirigió los pasos hasta el jardín y pasó por la puerta del muro, al tiempo que escuchaba el llanto del bebé y la dulce voz de su mujer, calmándola.

Entró como una tromba y se encontró a Deborah sentada en la sala que daba al jardín, mirando la correspondencia. Se había cambiado el traje de viaje por un vestido de tafetán azul pavo real y estaba radiante, contrastando con ese cabello blanco, los hermosos ojos verdes y por qué no decirlo, la millonada que llevaba en brillantes, adornando su cuello y sus orejas, eso sí, seguía sin ponerse joyas en las manos, ni tan siquiera broches, para poder coger a su nieta sin riesgo de lastimarla. En el esplendor y lujo de la sala, la madre estaba en su ambiente, mirando el remite de los sobres con unos anteojos de plata que sujetaba en una mano, para poder leer correctamente ya que la vista le fallaba de cerca.

Dejó caer suavemente las lentes sobre la falda del vestido y contempló la imponente figura de su hijo, viendo que todavía no se había cambiado, ya que seguía con la ropa de montar y las botas llenas de polvo. Ella esperaba la tempestad y haciendo un intento por calmarla, hizo como que no pasaba nada; algo bastante difícil, ya que con mirar una sola vez el rostro de Ralph, cualquiera se daría cuenta del enfado monumental que traía.

Aun así, intentó capear la tormenta lo mejor que pudo.

—Ralph, no te has cambiado todavía. La cena se servirá dentro de una hora, tienes tiempo de sobra. —El hombre se enfadó más todavía.

¿A qué jugaba su madre? ¿Estaban las dos conchabadas para sacarlo de sus casillas?

—Dile que tiene el tiempo justo de alimentar a mi hija y volver a mi casa sin más dilación. Y como ponga objeciones, la cogeré sin miramientos, me la echaré a la espalda y no la soltaré hasta dejarla encima de mi cama, que es donde debe estar. Y si se pone burra, dejaré que chille todo lo que quiera y que se entere todo Beacon Hill o todo Boston, me importa unos cojones. Pero no le voy a consentir más tonterías, ni más caprichos de niña, o de madre primeriza, me da igual. —Miró a Andrew, el mayordomo de la casa grande, que permanecía impassible como si fuese sordo como una tapia, y le dio instrucciones.

—Que recojan las cosas de la señora y las de la niña y las lleven a mi casa. La cuna la quiero en mi habitación y la niñera que se acomode donde diga Lucy.

—Sí, señor Hathaway —contestó, recuperando el oído, al tiempo que hacía una pequeña inclinación de cabeza.

—Hijo. —Él miró a la madre, pero sin ablandarse ni un momento y enfadado de que ella le cubriera las espaldas en todo momento—, podíais pasar la noche aquí y mañana...

—¿Voy a tener que repetir lo que he dicho otra vez, madre? No eres dura de oído, así que procura que tu nuera obedezca y se comporte como una esposa. —Con estas palabras, volvió sobre sus pasos, viendo a Charles que le esperaba en la puerta sonriente y satisfecho con el comportamiento del señor.

¡Qué barbaridad!, estas cosas había que pararlas porque si no se te iban de las manos. El señor había actuado como debe ser, mano dura para que la esposa supiera quién mandaba ahí. ¡Qué barbaridad!, a dónde íbamos a llegar si esas cuestiones domésticas no se controlaban desde un principio. Y teniendo en cuenta, que la señorita Taylor era un poco traviesa, no..., no era de recibo, él estaba de acuerdo con el señor; si no se respetaban las jerarquías, los escalafones de mando, ¿qué ocurría entonces? Desastre, desastre total.

Él estaba con el señor, y no se hable más.

CAPÍTULO 17

Taylor vio cómo iban sacando los baúles de su antigua habitación y eran llevados a la casa de Ralph, mientras sujetaba en brazos a la bebé. No estaba enfadada, ni disgustada, simplemente había probado a ver qué pasaba y ya tenía la respuesta.

Deborah le había dicho que tenía que enseñarle la carta al marido, que él, debía saber. Porque ella, en el viaje, con la niña durmiendo plácidamente, sin importarle el movimiento del carruaje, ni los baches del camino, decidió contarle todos sus miedos a su suegra, que ya era una madre para ella y le mostró la carta, que llevaba escondida en un bolsillo interno de la falda del vestido. Como Deborah no llevaba sus lentes, le pidió que se la leyera sin dejarse ni una palabra y la muchacha así lo hizo. Una vez que acabó, la mujer mayor miró a la más joven y le dijo que no se cría, para nada, lo que estaba insinuando esa carta. Que sí, creía que Ralph hubiera ido al teatro en Nueva York y que hubiera visto la obra en la que trabajaba su antigua amante, hasta creía muy probable que hubiera ido al camerino a felicitarla, incluso, que hubiera ido con algún socio, o hombre de negocios y puesto que esa actriz era más o menos conocida, presentarla a otros hombres, pero nada más.

—No me imagino a mi hijo, rondando a esa mujer de nuevo teniéndote a ti. Tienes que saber, que Ralph no ha estado nunca enamorado hasta que tú apareciste. Que vuestra boda fue de lo más rápido que he visto en mi vida, sorprendiendo a todo Boston, y que a Ralph ni nadie ni nada, le forzó a hacer lo que hizo. Está enamorado de ti, de una manera, que yo creo que le asusta, porque se da cuenta de lo vulnerable que puede ser una persona en esas condiciones, y más, un hombre como él, que nunca ha necesitado de nadie. Hasta cuando era un crío, ya era independiente, ya se

comportaba como si se fuese a comer el mundo y no necesitara de nada ni de nadie. No, no creo que te engañe, Taylor.

—Pero, pero... —intervino la muchacha, que, a pesar de la rotundidad de su suegra, seguía teniendo dudas—, y si él, al volver a verla ha sentido la tentación, siendo tan guapa y tan mundana y hacen esas cosas que hacen los hombres, eso de pensar que, por una vez no importa, que como la esposa no se va a enterar, no importa y luego si te he visto no me acuerdo. Y, además, como Ralph viaja tanto, es mucho más fácil, porque se pueden ver en cualquier sitio, incluso, pueden volver a ser amantes y verse en una casa, en una casa que le compre o que le alquile, como antes de estar conmigo. —La suegra se enterneció con la muchacha y colocó la mano encima de la suya, pasando por encima de la canasta de bebé.

—Tesoro, estás haciendo un castillo de naipes. Estás imaginando cosas, con las cuales culpabilizas a Ralph de algo, que seguramente no existe y eso, es muy peligroso. Cuando acusas a un hombre de ser infiel, este se va a enfadar como un demonio aun siendo cierto, con que, si no es verdad, el enfado será mucho mayor, empeorando las cosas, y lo único que se puede conseguir es que te engañe de verdad; y entonces te quejarás con razón. —La muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas y Deborah sintió dolor—. Hay que conocer a los hombres y ser más astutas que ellos. Cielo, por favor te lo pido, no sufras por algo que no sabes, por algo que no tienes la certeza, y, sobre todo, nunca, nunca, te dejes guiar por rumores, habladurías o demás historias; es lo peor que puedes hacer. Perderás la confianza de tu esposo para siempre.

—Sí, pero mira Davenport —enfaticó sobre el tema, presa de su tozudez.

—¿Qué pasa con él? —El gesto de la mujer se endureció.

Comparar a su hijo con Davenport no era de recibo.

—Que había muchas habladurías y al final son todas ciertas. Lucy me dijo, que la doncella de su primera esposa, vio las marcas en el cuerpo de la mujer y oía los llantos por las noches. —Deborah elevó sus grises y perfectas cejas.

—¿Estás comparando a mi hijo con Davenport? —La joven pensó que su suegra se estaba enfadando.

—No, no. No quiero decir eso. Lo que digo, es que cuando el río suena...

—Vamos a ver, vas a hacer lo siguiente: le vas a mostrar la carta a Ralph y le preguntas. Se acabó la historia, Taylor.

—De acuerdo, pero me has prometido que me puedo quedar en mi antigua habitación y que me apoyarás diciendo que quieres estar cerca de la niña.

—Sí, te apoyaré. Pero no creo que mi hijo pase por el aro. Lo conozco muy bien y creo, que ahora mismo, lo tienes ya en el borde del precipicio.

—Pero yo no he hecho nada malo.

—No, pero tu manera de comportarte con él, no es la misma y eso le duele y le enfada. Y enfadado, tiene mucho peligro; no será que no te lo advierto.

Fue en ese momento cuando la niña lloriqueó en sueños, llamando la atención de las mujeres y fue poco después, cuando Ralph se puso al ritmo del carruaje para mirar por la ventana y comprobar que todo estaba en orden, como venía haciendo cada poco tiempo desde que salieron de la finca.

Cuando él desapareció de la vista de las mujeres, Taylor volvió a la carga.

—Deborah.

—Dime, tesoro. —Era tal el cariño que tenía por esa muchacha, que la sentía como si fuera una hija.

—¿Crees que soy poco femenina? —La pregunta la hizo mirando a la niña, para no encontrarse con la verde mirada de su suegra.

Esta, sorprendida, la miró como si hubiera dicho una barbaridad.

—Por supuesto que no. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—Davenport dijo que a Ralph le gustaban las mujeres muy femeninas y me lo dijo cuando yo iba vestida con los pantalones y llevaba un revólver de tu hijo. Y dijo, que podía ser que al principio le hiciera gracia verme así, de esa manera vestida, pero que ahora seguro que ya se había cansado. —Deborah escuchó atentamente y fue consciente de cierto caos o inseguridad que inundaba la mente

de la muchacha—. Me gusta ponerme mis pantalones, son cómodos para estar en el campo. ¿Por qué ellos van como les da la gana y si una mujer se pone unos pantalones parece que está cometiendo mil pecados juntos? —La suegra no pudo evitar reír.

—Tienes razón, cielo. Pero no te pongas esos pantalones en Boston, porque saldrás en los periódicos y no dirán que eres masculina, dirán que eres una mujer escandalosa y provocadora, dirán que a los hombres se le saldrán los ojos mirándote y las mujeres pondrán el grito en el cielo, precisamente por eso, porque sus maridos, hijos, hermanos o prometidos, no dejarán de mirarte. Y respecto a Davenport, ese es un envidioso y un liante, y no debes atender a sus palabras, porque lo único que busca es meter cizaña. ¿Acaso crees, que si Ralph no quisiera que llevaras esos pantalones, los llevarías? No, cariño. Si eso fuese así, ya los habría cogido y los habría quemado y tú no te pondrías más esa ropa. —La muchacha la escuchaba atentamente, sin perder ni una palabra—. Y si él considerara que no eres lo suficientemente femenina, te lo habría dicho. Y ahora te pregunto, ¿te lo ha dicho? —La joven se encogió ligeramente de hombros.

—No, pero a veces pone una cara, que no sé qué pensar.

—Pone la cara de los celos. Porque igual que él ve cómo te quedan esas ropas, con ese cuerpo tan bonito que tienes, los demás también ven lo mismo que él; y eso cariño, le cuesta un poco. Pero no te vayas a pensar, porque con un traje de noche escotado le pasa lo mismo. Ralph tiene ese sentimiento que la mayoría de los hombres tienen con relación a una esposa hermosa y joven, que le gustaría tenerla para él solo y que no la vieran los demás. Pero él sabe que eso no es así, que eso sería injusto para ti y que debe de aceptar las cosas como son. —La muchacha movió la cabeza y Deborah contempló ese cabello brillante y con esa miríada de tonos.

—Sí, debo de hablar con él y confiar en él.

—Exactamente. La confianza, la fidelidad y el respeto, son los pilares básicos de un buen matrimonio. —El hombre volvió a ponerse a la altura del carruaje y ellas dejaron de hablar durante un rato.

Se dirigió a la casa de su esposo, pasando por el jardín, fijándose en que la puerta de la sala estaba entreabierta y recordando como la dejaba el bueno de Charles, cuando ella se lo pidió. Llevaba a la niña en el canasto, que dormía de nuevo, después de haber llenado la barriga. Cerró la puerta del jardín y se dirigió al hall para subir por la escalera de roble y dirigirse a la alcoba matrimonial, donde estaba Lucy guardando la ropa en uno de los armarios y otros complementos en un baúl. Cuando entró, y vio que no estaba su marido, buscó la cuna que la habían colocado a los pies de la cama y vio que ya estaba preparada para acomodar a la niña, y así lo hizo. Habían habilitado una de las habitaciones de esa planta, para que durmiera la niñera al lado de otra cuna idéntica a la que había en la habitación matrimonial. A Lucy le hubiera gustado quedarse en esa alcoba y cuidar a la niña por las noches, pero Taylor le dijo que no era su cometido y no se habló más del asunto.

La hija de Samuel y de Eliza, se llamaba como la madre y estaba encantada de cuidar de la niña y de vivir en Boston, o lo que era lo mismo, de vivir en una ciudad y no en un pueblo o en el campo. Por otra parte, estaba muy contenta con la joven señora, que era muy amable con ella, tratándola con suma cortesía y no mirándola por encima del hombro y, además, con Lucy también se llevaba muy bien; con la doncella de la señora Deborah, puesto que era de más edad, la relación era correcta y agradable, pero no tan estrecha como con Lucy. Había ayudado a criar a todos sus hermanos, menores que ella, y estaba de sobra cualificada para atender a la pequeña Alessia. Por otra parte, era una joven baja y regordeta como sus padres, poco atractiva y sin pájaros en la cabeza. Pero era astuta, inteligente y muy observadora y sin que nadie le dijera nada, se había dado cuenta de cómo estaba el ambiente entre el matrimonio. Así que, cuando vio aparecer a la hermosa señora en la habitación que ocuparía de ahora en adelante y le preguntó cómo iba todo y si necesitaba alguna cosa para ella o para la niña, la notó nerviosa, pero intentando aparentar que no pasaba nada.

Ella le dijo que todo estaba en orden y le preguntó si le iba a dejar a la niña por la noche, a lo que Taylor le dijo que sí, que le daría una toma lo más tarde posible y que si se despertaba por la noche y no

podía consolarla, debería llevarla a su alcoba. Eliza dijo que así se haría y siguió con sus tareas, mientras Taylor se preguntaba dónde estaría Ralph.

Cuando llegó la hora de la cena, fue hasta la casa grande y antes de cenar, Deborah le enseñó llena de satisfacción, la puerta interior que comunicaba las dos casas, haciendo que la muchacha la mirase como si se hubiera vuelto loca.

—No me mires así. Ven, ya verás... —La llevó hasta el piso superior y se dirigieron por el pasillo hasta llegar al fondo, donde había una puerta que antes no existía. La mujer miró a la muchacha con una sonrisa—. ¿No te has dado cuenta de la puerta nueva que hay en la otra casa, al final del pasillo, como aquí? —La joven movió la cabeza negando.

No, no se había fijado, había subido las escaleras, había torcido a la derecha donde te encontrabas con la única puerta, la de la alcoba de él, de ellos. Y al ir hacia la izquierda, para ver la habitación de Eliza, no se fijó.

—Las obras comenzaron cuando Viviane se fue, y Ralph ha querido darnos la sorpresa, para que no tengamos que salir al jardín cada vez que nos apetezca ir de una casa a la otra. Hay otra en la planta baja, más o menos en la misma zona y de la misma manera. Venga vamos —dijo contenta y mientras bajaban las escaleras, seguía hablando—. Hace tiempo, le dije a Ralph que, si queréis vivir en la casa grande, yo no tengo nada que objetar. Me puedo trasladar a esta perfectamente; pero dijo que, por el momento no. Tal vez, más adelante, cuando tengáis más hijos... —Pasaron por la puerta cerrada de la sala de recibir y un poco más adelante vio la nueva puerta, que Deborah abrió y cerró, para abrir la siguiente y entrar en el pasillo inferior de la casa grande.

—¿Te gusta, Taylor? —preguntó mostrando esa esplendorosa sonrisa y provocando que la muchacha riera.

—Sí me gusta. Me gusta mucho. Es genial, así no tendremos que mojarnos o pasar frío, como ocurre al pasar por el jardín. Pero, ¿por qué si algún día nos acomodamos en esta casa, tú te tienes que ir a la otra? ¿Por qué no podemos vivir todos juntos?

—Tesoro, una pareja necesita intimidad. Además, a mí también me gusta tener mi espacio —aclaró mientras se dirigían al comedor.

—No sé dónde está Ralph.

—Seguramente habrá ido al club o a las oficinas, vete tú a saber. Nosotras cenamos y él que venga cuando quiera, ¿te parece? —Taylor sonrió, mientras pensaba que tenía la suegra más guapa del mundo y así se lo hizo saber.

—Tu marido era celoso, seguro. Porque eres la mujer más guapa que conozco y si ahora, con tu edad, eres tan bella, cuando eras joven tenías que ser una mujer de impacto. —La aludida la miró con amor.

—Gracias cariño. Pero te diré, que mi esposo que en paz descansa, no tenía nada de celoso y eso, si te soy franca, me molestaba un poco. Luego me acostumbré y no le di mayor importancia. Y sabes lo que pienso. —La muchacha negó en silencio—, pues creo que, si le hubiese engañado y se hubiese enterado, me habría dicho: discreción, querida, discreción.

—¿En serio? —La pregunta fue hecha con sorpresa y así lo mostró el rostro el rostro de la joven.

—Y tan en serio. Sería su ascendencia inglesa. Pero Ralph no se parece en nada a su padre; es igualito a mi querido padre. Igualito. Posesivo como él solo, y protector de lo suyo, al máximo. Si te soy sincera, creo que nunca estuve enamorada de mi esposo, lo quise sí, pero no enamorada.

—¡Vaya!

—Venga, vamos a cenar y otro día te contaré la historia de mi vida. —Suegra y nuera cenaron tranquilamente, hablando de unas cosas y otras, pero todas banales y entre risas, y aunque la mujer se dio cuenta de que Taylor estaba nerviosa por lo que pudiera pasar esa noche, le quitó importancia no aludiendo a nada relacionado con la pareja, ya que consideraba que ella había dicho todo lo que tenía que decir y ahora, era a ellos, a los que le tocaba solucionar sus problemas.

Cuando la muchacha volvió a la alcoba matrimonial, eran las diez de la noche y Ralph no había vuelto, así se lo hizo saber el

mayordomo. Como la niña se volvió a despertar, le dio otra toma y fue Eliza la que se encargó de cambiarle los pañales y de acostarla en la cunita de la bonita habitación que daba al jardín. Taylor no se puso la ropa de dormir, ya que estaba muy nerviosa y de vez en cuando temblaba como un flan; se dedicó a pasear por la habitación después de despedir a Lucy, diciéndole que no la necesitaba; esta, sabiendo cómo estaba el panorama, no rechistó y se fue a su habitación, no sin antes pasar por la habitación de Eliza y ver si estaba a gusto o necesitaba alguna cosa y de paso, ver a la niña. A las once y media, cuando ya estaba dispuesta a desnudarse, escuchó voces y supo que él había vuelto y que hablaba con Charles, esperó, pero no llegó, imaginando que se habría metido en la biblioteca.

Dejó pasar otra media hora y ya no aguantó más. Se miró en el espejo del tocador y se alisó la falda de su vestido de seda azul claro con finas rayas azul marino, para cerrar los ojos con fuerza y darse ánimos. Cogió una lámpara y llevó sus pasos hacia la primera planta, bajando con cuidado las escaleras para no enredarse con el ruedo del vestido. Al torcer a su izquierda enseguida vio la luz por debajo de la puerta y sintió todo un bullir de mariposas en el estómago. Esperaba que no estuviera muy enfadado, porque si no, el asunto se iba a poner más feo de lo que ya estaba. Se acercó a la puerta y con la mano libre tocó dos veces y al momento escuchó esa voz grave.

—Adelante.

Se armó de valor y abrió la puerta, viéndolo en el fondo de la sala, donde estaba la mesa llena de papeles y de libros y de un vaso de whisky, casi acabado, y él, con la blanca camisa abierta casi en su totalidad y las mangas arremangadas hasta los codos, levantó esa mirada azul noche y la miró sin decir nada.

Ella entró y volvió a cerrar, dejó la lamparita encima de una pequeña y redonda mesa, se acercó hasta la mesa despacho, quedándose de pie y mirándolo fijamente. Al ver que él no decía nada, pero que esa mirada penetrante no dejaba de recorrerla, decidió que lo mejor era coger el toro por los cuernos.

—Te he estado esperando, pero como no subías, he decidido bajar. —Él no mostró nada.

Ningún sentimiento.

—Ya lo veo. —Fueron las palabras que salieron de su boca.

Ella permanecía en pie y el hombre no le dijo, siéntate; claro que ella, si quisiera podría sentarse, no necesitaba el consentimiento del esposo.

—No ha sido mi idea, enfadarte. Solo pensé, que estaría bien estar cerca de Deborah. —Él no dejó de observarla, no perdió detalle de los movimientos de la boca, del brillo de ese pelo tan llamativo, de esas pequeñas manos enlazadas encima de la falda de su vestido de seda.

—Estamos cerca de Deborah, no es necesario meternos en la misma habitación. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que puedes pasar cuando quieras a la casa grande, sin tener que atravesar el jardín. —Hizo una pausa y vio como ella movía ligeramente la cabeza—. Creo que es suficiente. Mi madre está en su casa y nosotros en la nuestra. Pero si tu deseo es acomodarte en la casa grande, le diré a mi madre que haga los cambios oportunos para instalarse aquí. —Ella movió la cabeza con ligereza.

—No, no. No deseo nada de eso. Las cosas están bien como están.

—De acuerdo. Pues entonces todo en orden, ¿o no? —¡Por Dios!, pensó la muchacha, estaba frío como el hielo, le iba a costar Dios y ayuda, plantear lo que quería decirle, pero así, sin poner de su parte y estando en ese plan, le daban ganas de mandarlo a paseo.

Taylor, tranquilízate, no te pases de lista, que tu marido no es un muchacho que puedas manejar a tu antojo, o con amenazas. Tal vez estaba enfadado, también, por lo ocurrido entre ellos la otra noche, ya que ella se comportó un poco de esa manera, frotándose contra él como una ramera, haciendo que se corriese y luego dejándolo plantado sin una palabra.

—He venido a pedirte disculpas —soltó de golpe y sin quitar la mirada del esposo.

Sin saber, que sentado en su sillón y no mostrando la parte baja de su cuerpo, se estaba excitando de ver a su mujer, de tenerla ahí

enfrente, de pie, mirándolo con esos maravillosos ojos; pero sin saber, que ella, estaba extasiándose con el poderoso físico del marido, con esa camisa blanca abierta en el pecho, dejando ver parte de esos músculos y de ese vello suave y rizado, y esas manos apoyadas en la mesa, que de vez en cuando hacían una pirámide con los largos dedos, y esos antebrazos fuertes, hermosos, con un bronceado que lucía toda la parte superior de su cuerpo.

—¿Por lo de hoy? —Ella se sonrojó ante esa pregunta, sabiendo que era el preámbulo de, por lo de hoy, por lo de ayer, por lo de todos los días desde que llegó a la finca después de dar a luz.

—Por mi comportamiento contigo, desde que he tenido a la niña. No ha sido mi intención ofenderte, ni enfadarte, pero..., he estado un poco irascible y no ha sido el parto y esas cosas, aunque si no hubiera parido, tal vez te habrías enterado antes de lo que me pasaba, por el alboroto que habría armado. —La mirada del hombre no pestañeó, no dejó de mirarla, pero no tenía pensado interrumpirla, de hecho, le agradaba tanto oírla, le gustaba tanto esa voz melodiosa, sensual, que podía encantar a una serpiente de cascabel y por supuesto, a él.

—Antes de tener a la niña recibí una carta. —Metió la mano en el bolsillo escondido de la falda y sacó un sobre arrugado y manoseado y lo colocó encima de la mesa, delante de él—. Esta ha sido la causante de mi estado de ánimo... —Dejó de hablar y vio como esos dedos largos y morenos, abrían el sobre y sacaban la misiva y como esos ojos inteligentes y bellos, leían las letras de la discordia.

Cuando terminó, la dobló y la volvió a introducir en el sobre, llevando la mirada hasta ella.

—Recibes esta carta, que no va firmada, porque esa es la finalidad de los anónimos, mancillar, pero no dar la cara, tirar la piedra y esconder la mano y tú, mi dulce muchacha, te lo crees sin más y me odias por ello. —Ella movió la cabeza y él notó como el cabello se le aflojaba, queriendo mandar las horquillas al suelo.

Y como esas cejas perfectas se elevaban para negar esa afirmación, que a la joven le llegó al fondo de su alma.

—No, no fue así. Yo no te odio, jamás he tenido ese sentimiento por nadie... bueno, tal vez por los que maté, pero eso es otra historia. Cuando recibí esa carta, pensé que podía ser cierto, que como yo estaba así, ya sabes, gorda y fea, pues..., si habías ido al teatro y..., habías visto a esa mujer. —Ella ya no se atrevía a mirarle a los ojos, había bajado la cabeza y miraba el suelo alfombrado, notando como sus ojos se llenaban de agua y las lágrimas caían para su vergüenza, sabiendo que él la miraba sin compasión—. Sé que debería habértelo dicho, que debería haber confiado... pero no pude, no puedo...

—No puedes. —Escuchó la voz profunda y potente—, porque no confías en mí, porque piensas que te engaño o que te puedo engañar en cualquier momento, ¿no es así? —Ella afirmó al tiempo, que se limpiaba los ojos con las manos—. Pues mal camino llevamos, si no confiamos el uno en el otro. —Ella terminó de limpiarse los ojos y dejó de llorar, para pasar a un cambio radical: enfadarse con él.

—Pues entonces, haz que confíe y no te quedes de brazos cruzados y echándome la bronca como si fuese uno de tus empleados. Dime que no te has acostado con ella, ni con otra. Dime que me has sido fiel desde que estamos juntos. ¡Dímelo! —Él ya no estaba excitado, estaba cabreado.

Se levantó y fue hasta ella, asustándola, haciendo que se tambaleara ante tanto físico, ante tanta masculinidad.

—¡Pero qué cojones te pasa! ¿Desde cuándo tengo que dar cuenta de lo que hago o no hago?, ¿quién te has creído que eres para que tenga que estar explicando en cada momento a dónde voy, o de dónde vengo, a quién veo y a quién no veo? ¿Acaso me has contado todo lo que hablaste con Davenport?, te crees que me chupo el dedo, te crees que estoy tan enamorado de ti, que estoy tonto y ciego. No, Taylor, no te confundas. El hecho de que no te coja por el brazo, te siente de golpe en un sillón y te ordene que contestes a todo lo que te pregunte, no quiere decir que no sepa más de lo que cuentas. Te conozco muy bien, eres demasiado joven y yo demasiado mayor para que me engañes, o me engatuses,

porque si eso ocurre, es porque quiero que ocurra, porque dejo que ocurra. —Ella lo miró asustada y con la carita implorante.

—Y todo eso, ¿qué quiere decir? ¿Qué te has acostado con esa mujer y que aquí no pasa nada? —Él la miró apretando los dientes y los puños, intentando no perder la paciencia.

—No me he acostado con ninguna, Taylor. Por el amor de Dios. Solo tengo ojos para ti, solo te deseo a ti. —Ella lo miró embobada, queriendo creer todas y cada una de esas palabras.

—¿De verdad? —Fue la pregunta hecha con un hilo de voz.

Él quiso tocarla, pero sus puños siguieron cerrados, apretados contra sus muslos, porque sabía que, si la tocaba, querría más que eso.

—Sí, mi amor. Eres lo más importante de mi vida, eres la luz que me hace volver a casa, eres el motor de mi corazón. Pero como sigas presionándome de esta forma, vas a conseguir que me enfade más de lo que ya estoy y no sé por dónde saldré, porque nunca, nadie, me ha puesto contra las cuerdas como tú lo estás haciendo. Y que te quiera más que a mi vida, no va a evitar que explote y que se me hinchen los cojones y me acueste con la primera mujer hermosa que se ponga por delante, y entonces, te quejarás con razón porque me encargaré de que llegue a tus oídos. —Eso no le gustó a la muchacha y a pesar de esa declaración de amor, se enfadó y mucho.

Y no le gustó nada que dijera palabrotas.

—Si me haces eso, también llegará a tus oídos los cuernos que te pondré. —Los brazos del hombre se pusieron en movimiento, agarrándola con fuerza y acercando la cara hacia la de ella.

No había cariño en ese momento, era posesión y hostilidad, lo que marcaban los gestos del hombre.

—Óyeme bien, porque no te lo voy a repetir, si se te ocurre engañarme, será lo último que hagas, ¿me oyes? Lo último. —Ella no se amedrantó y entrecerró sus bellos ojos, para decirle lo que pensaba.

—Pues si piensas matarme, ya puedes hacerlo, ahora mismo. Porque te juro por lo más sagrado para ti, que, si tú me engañas, te

pagaré con la misma moneda, aunque sea lo último que haga en mi vida.

El hombre apretaba los delgados brazos y sabía que estaba aplicando demasiado fuerza, que le dejaría marcas y que ella, ni se movía, ni se quejaba de lo rabiosa que estaba. Aflojó un poco y supo que el lado salvaje de esa preciosa mujer que tenía, no desaparecería nunca.

Y Dios, ¡cómo la amaba, y cómo le gustaba todo lo que significaba!, incluido ese carácter de fierecilla, esa obstinación que la podía llevar a tener un problema tras otro.

—Taylor, Taylor —dijo con un murmullo mientras le pasaba los dedos por la cara—, ¿por qué no confías en mí? ¿Por qué? —Ella, con los ojos húmedos y hambrientos, lo miró deseosa.

—Porque quiero que me cuentes lo que pasó en Nueva York, porque quiero saber qué es lo que haces cuando te vas, porque no soy tonta y me interesan tus negocios, porque me aburro como una ostra con todas las inutilidades que hacen las mujeres. ¿Por qué fuiste dos veces al teatro? —La voz salió mohína, sombría.

El hombre la contempló, sintiendo su emoción, su anhelo y decidió contarle lo sucedido y que no siguiera imaginando cosas que no eran. La cogió de los brazos e hizo que se sentara en el sillón, enfrente de él, que se apoyó en la mesa y sin dejar de mirarla, respiró con fuerza.

—Te lo diré, no tengo nada que ocultar. Fuimos varios hombres al teatro, uno de ellos sabía que conocía a Suzanne y me pidió que, al terminar la obra, se la presentara. Los otros también lo desearon; los hombres desean a las actrices, especialmente si son hermosas. Muchos las tratan igual que si fuesen rameras, porque no las quieren para casarse con ellas, solo como amantes. —Taylor escuchaba atentamente, al tiempo que analizaba esas palabras y ese modo de expresarlas, para descifrar si había algún tipo de duda en el relato, o de admiración por la amante desechada—. Fuimos al camerino y la presenté a los hombres. Ella estuvo encantadora con ellos, tal vez más de la cuenta, seguramente para darme celos, pensando que yo deseaba reanudar la relación. Dejé a los hombres con ella y los esperé fuera. A la noche siguiente, fui otra vez a ver la

función, no porque me apeteciera, sino porque iba con el mismo que quiso conocerla y otros dos, que también les entró el deseo. Así que, ahí estaba de nuevo, haciendo lo mismo que la noche anterior. Al día siguiente, llegó al hotel donde siempre me hospedo, una nota de la señorita Miller, diciendo que esa noche no había función por descanso y que sí quería verla estaría en el hotel donde se hospedaba, cercano al mío. Ni me molesté en contestar a esa invitación. Esa tarde salí para Pensilvania, donde estuve un par de días y después volví a Boston. Fin de la historia.

—¿Y quiénes eran esos hombres? —Él mostró paciencia ante la curiosidad de la joven.

—Unos inversores. Tengo negocios con ellos.

—¿Y están casados?

—Por supuesto.

—¿Por qué, por supuesto? —Esa cara preciosa, estaba seria y deseosa de saber hasta el último detalle, y él no pudo evitar sonreír.

—Porque son los casados, los más necesitados de aventuras, porque les seduce la provocación y la sensualidad que no encuentran en casa, porque muchos de esos hombres llevan casados ocho, diez, doce años y sus mujeres se han olvidado o nunca lo han sabido, de qué hay que hacer para calentar el corazón de un hombre y no digamos su cuerpo, porque esos hombres, buscan aventuras, aunque duren poco tiempo, aunque las olviden rápido, pero necesitan sentirse vivos, necesitan sentirse hombres en toda la expresión de la palabra y por eso, buscan una mujer que calme esos deseos. —La muchacha lo miró sin pestañear y él le respondió de la misma manera.

—¿Aunque sepan que esas mujeres emplean la falsedad y la mentira para satisfacerlos? —Él sonrió, su pequeña muñeca sabía de la vida a pesar de su juventud.

—Aun sabiéndolo. El hombre es un ser muy distinto a la mujer y cuando se trata de amantes, si no es muy tonto y piensa de vez en cuando con la cabeza en lugar de con lo que tiene entre las piernas, sabe de sobra con lo que juega y no le importa, al contrario, se aprovecha de ello sin problemas.

—¿Y la mujer?

—¿Qué mujer? ¿La amante o la casada que se busca un amante?

—La segunda. —Él movió ligeramente la cabeza y sus labios mostraron un simulacro de sonrisa.

—Una mujer casada que tiene un amante, solo tiene dos explicaciones: o es una puta, o busca venganza. Pero al final, la que busca venganza será también una puta.

—Qué bien, ¿no?

—¿El qué?

—Que no exista una palabra para vosotros. —Él volvió a sonreír.

—Aunque a los hombres nos llamaran putos, no importaría, seguiríamos siendo igual; pero cuando alguien te llama puta, cuando muchos piensan que eres una puta, estarás marcada de por vida. Una mujer no puede escapar de las normas y salir airosa. Una mujer debe ser decente y parecerlo; pero lo siento cariño, los hombres no entramos dentro de esa ecuación... —Ella desplazó los ojos del rostro del hombre, hasta sus manos que se apoyaban en el borde de la mesa y de ahí, a la entrepierna, notando, como desde el momento ya, ese bulto comenzaba a moverse. Ralph era consciente de esos ojos turquesa, clavados en su entrepierna y se preguntó a qué jugaba, qué tramaba.

Pronto lo iba a saber.

Solo pasaron un par de minutos en silencio, cuando ella, sin dejar de mirar ese punto llevó lentamente los dedos, para acariciar muy por encima esa protuberancia, al tiempo que sus carnosos labios se movían y hacían que el hombre se pusiera en tensión y sus dedos agarraran con fuerza la mesa, pero sin cambiar de postura. Sintiendo que todo su sistema nervioso se ponía en guardia y que la libido se disparaba de forma alarmante, deseando que siguiera con el juego y averiguar en qué acabaría todo.

—Y si yo deseo tocarte aquí, si deseo tomarte en mi boca, si deseo que seas mío y solo mío, ¿sería como esas mujeres? ¿Sería una mujer viciosa, que quiera satisfacerse y satisfacer al hombre que ama o que desea? —El miembro masculino ya iba por libre, ya abultaba la bragueta del pantalón, ya lo tenía caliente como la noche de antes y ya lo estaba volviendo loco, loco de remate.

—Serías el deseo de cualquier hombre. Eres el deseo de cualquier hombre. —Las palabras salieron roncadas, pero a pesar de la excitación que sentía, la agarró de la muñeca e hizo que dejara lo que había comenzado.

Ella lo miró con esos ojos grandes, abiertos de par en par y asustados porque él hubiera hecho ese gesto, porque él no quisiera que ella le tocara.

—Pero ahora no es el momento de esto, ahora es el momento de las confidencias; y al igual que yo te he contado lo del teatro, quiero que me cuentes lo que hablaste con Davenport. —Ella torció el gesto y frunció esos labios sugerentes, carnosos que hicieron que el hombre los mirase fijamente, viéndolos moverse con las primeras palabras, pero mirando a todos los sitios menos a él.

Estaba enfadada y Ralph le hacía gracia esos cambios de humor.

—Davenport es un imbécil. Un auténtico imbécil —murmuró la muchacha, para por fin, mirar al esposo.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó con paciencia y sin cambiar de postura.

Ella se removió en el asiento y cogió aire.

—Dijo que a ti te gustaban las mujeres muy femeninas, que todo lo que tú tienes de masculino lo querías de femenino en una mujer, y que yo..., bueno, que yo..., vino a decir... —Estaba disgustada y le molestaba repetir las palabras que le dijo, porque creía que había algo de verdad en ellas—, vino a decir, que yo no era tan femenina como debiera, y como llevaba el revólver y vestía pantalones, pues, ese idiota me dijo que seguramente al principio de conocerme te habría hecho gracia, pero que ahora no. Más o menos, me dijo eso. —Él la observaba atentamente, catalogando cada gesto, cada mirada, cada palabra y sintiendo la inseguridad de la muchacha, sintiendo el peso de toda su vida pasada que marcaba el carácter del presente.

—Y por lo que veo, te lo creíste. —Fue la afirmación del hombre, perdiéndose en esos estanques turquesa.

—Me dio que pensar —dijo por lo bajo, pero las palabras llegaron a los oídos masculinos—. Tal vez no soy como las mujeres que acostumbrabas, y entonces..., lo que él dijo tiene sentido; tenía sentido

en ese momento. Al principio conoces a alguien que se sale de lo habitual y por ese motivo te llama la atención, pero luego cuando ha pasado un tiempo, cuando ya no es una novedad, ya no te gusta y le ves más defectos que virtudes, entonces, te cansas, te hastía y te arrepientes de lo hecho. —El rostro del hombre no mostró lo que sentía, pero sus palabras sí.

—Santo Dios, ¿has pensado todas esas estupideces? —Ella se encabritó y se levantó del sillón, separándose del hombre y moviéndose por la biblioteca, enfadada de que ahora pensara que era una estúpida.

—Sí, sí, sí, sí. Lo he pensado muchas veces, lo he pensado, incluso antes de que ese hombre lo dijese. Cada vez que te vas, a esos sitios, a esas ciudades y te juntas con otras personas, con mujeres elegantes, bellas, mundanas, no puedo evitar pensar que me compares con ellas y que yo, inevitablemente salgo perdiendo. Porque, aunque ahora no diga palabrotas, las sigo teniendo en mi memoria y en cualquier momento, se pueden escapar, y encima tú, con las damas no las empleas, pero cuando estás conmigo sí, como si yo diera igual, como si conmigo no tuvieras que ser un caballero. Pues para que te enteres, conmigo precisamente, es con quién deberías reservarte más, porque cuando tú dices palabrotas a mí también me apetece decirlas, no siempre, pero sí alguna que otra vez... o muchas veces. —El hombre siguió con la mirada fija en esa belleza de mujer, en esa esposa que amaba más que a su vida. Contempló la elegancia con que se movía, sus gestos, ese rostro tan bello, esa boca y esos ojos que lo dejaban extasiado, al tiempo que sentía el enfado y la rabia en sus palabras.

—Y luego está lo de la ropa, porque me gusta ponerme pantalones y llevar un arma, y sentarme a horcajadas en un caballo, aunque eso no sea nada femenino, y porque no me gusta que los hombres me vean como si fuese una cara bonita y un cuerpo bonito y una cabeza hueca; aunque si lo pienso fríamente, me importa un rábano lo que piensen los hombres de mí, pero sí me importa y mucho, lo que tú piensas de mí. Y me molesta enormemente, que creas que soy una muchacha a medio madurar, o peor, que no voy a madurar nunca, y que solo valgo para llevar una casa y traer hijos al

mundo. Bueno, ni eso, porque la casa funciona prácticamente solo con las ordenes de Charles, así que, ni para eso. Para los bebés sí, eso ya lo he demostrado, y con creces, ya que se ve que los suelto igual que una gallina pone sus huevos. Pero a lo que iba, si te crees que solo valgo para esas cosas, si piensas que soy una tonta cabeza hueca, estás muy equivocado. Hace muchos años que maduré y a base de desgracias y aunque tenga este aspecto... tan, tan... —Se miró a si misma sin fijarse en la forma en que la miraba el hombre—, llamativo, o llámalo como quieras, yo no me siento como me ve la gente, no me siento como me ves tú. —Hubo un momento de silencio ante las palabras dichas por la muchacha, y en ese momento de silencio, Ralph se preguntó, si realmente conocía a su esposa, si la había juzgado demasiado superficial, o si se había dejado engañar por el fuerte deseo sexual que sentía por ella.

—¿Y cómo te veo yo, Taylor Hathaway? —Ella sintió un cosquilleo al oír ese apellido unido a su nombre y pronunciado por su marido.

Se quedó quieta y mirándolo sin pestañear, se acordó del primer encuentro sexual que tuvieron en Charleston, pensando que la intimidad entre ellos, siempre había sido muy especial.

—Creo que me ves como a una cría y creo que mi comportamiento sexual te altera. —Él no pudo evitar la carcajada. Cojones, claro que le alteraba, y mucho, fue el pensamiento del hombre.

—No te veo como a una cría. Puede que, en algún momento de nuestro pasado, sí. Pero solo en momentos puntuales, no en general. Y claro que tu comportamiento sexual me altera, mucho, al máximo y me encanta... —Se acercó a ella, pero no la tocó y la muchacha sintió esos ojos oscuros y penetrantes, mirándola tan fijamente que sintió su cuerpo temblar—. Porque me gustas tanto, que me alteras, me alteras como ninguna mujer lo ha hecho. Por ninguna mujer, he sentido lo que siento por ti y porque ese aspecto que tienes, llamativo como tú lo has llamado, que me gusta con locura. Y porque, aunque vistas con pantalones y lleves un revólver a la espalda o a la cadera, eres la mujer más femenina que conozco, y aunque te pongas abierta de piernas sobre un caballo, sigues siendo la mujer más femenina que habrá sobre la faz de la

Tierra. —Las palabras cesaron y ahí estaban ellos, frente a frente, mirándose, pero sin tocarse.

—Y cuando digo tacos, ¿también soy femenina?

—Siempre eres femenina, pero no me gusta que esos labios tan hermosos digan palabras soeces. Que salgan de esa boca que tanto deseo, palabras tan malsonantes, que avergonzarían al más varonil de los hombres.

—¿Y tampoco puedo decir cosas subidas de tono en la intimidad, entre nosotros? —Esa pregunta fue hecha de una forma..., que él sintió bullir su sangre como bulle el agua en un caldero ardiendo al fuego.

Devoró con la mirada ese rostro angelical..., controlando, frenando..., frenándose....

—Ya te he dicho más de una vez, que en la intimidad te lo permito todo. Todo.

—¿Entonces, entre nosotros puedo ser una descarada, pero ante los demás, una dama? —El hombre sonrió.

—Sí, esa sería la relación perfecta. —La voz del hombre sonó ronca y el deseo se reflejó en la mirada.

—Y entonces, si dices que soy tan femenina, ¿por qué me gritaste, me dijiste, compórtate como una dama, cuando me quise colocar a mi gusto, cuando me agarraste a tu antojo y me subiste al caballo, después de salir de la cabaña del río? —preguntó entre enfadada y nerviosa ante el deseo que veía en esa mirada, para pasar al enfado en cuestión de segundos; igual que ella.

—Porque estaba celoso, porque me revienta los cojones que hombres como Davenport te vean con esas ropas, porque eres tan condenadamente hermosa, tan endiabladamente perfecta, que con esos pantalones y esas blusitas que te pones, no dejas nada a la imaginación..., o peor..., la mente de un hombre se desborda, imaginando todo lo que hay debajo de los pantalones y debajo de esas blusitas. —Si hubiera estado con otra mujer, seguramente habría evitado el uso de tacos y más, después de que se había quejado del uso de palabras ordinarias ante ella, amenazando con volver a usarlas.

Pero era precisamente por eso, porque ella no era una tierna damita que se asustaría ante palabras mal sonantes y en ese aspecto, últimamente no se cortaba y las soltaba como le venían a la mente. Y sí, ella tenía razón, podría dar lugar a que le imitara y volviera a las andadas, pero algo le decía que no iba a ocurrir.

Tal vez ella no se había dado cuenta, pero el cambio se había producido despacio pero seguro, y estaba convencido, de que, si se le venía a la mente alguna de esas expresiones que había utilizado tan a menudo, no llegarían a sus labios.

—Tú te pones pantalones todos los días y no dejas nada a la imaginación. O es que te crees que las mujeres no se fijan en ciertas cosas cuando no os dais cuenta.

—Taylor, no digas estupideces. —Ella se enfadó y apretó los puños contra sus muslos.

—¡Oh, claro! Cuando una cosa no te interesa, no digas estupideces. Pues sí, me fijé en tu trasero cuando llegaste a la granja, cuando subiste las escaleras del porche y esas espuelas de plata tan bonitas, resonaron contra la madera y entonces te volviste de una, para dejarme pasar galantemente. Un poco más y me choco con tu espalda por mirarte el trasero, que lo sepas. Y cuando no acepté tu galante detalle, porque nadie en la vida me había hecho algo así, te lo seguí mirando, hasta que me harté, bueno, hasta que te sentaste para hablar con la vieja. Y cuando saliste afuera, porque llegó el cotilla de Kevin a fisgonear tu rifle, también te mire todo lo que me dio la gana y más. Así que, déjate de historias. —El hombre se quedó en silencio, mordiéndose el labio inferior sin dejar de mirarla.

—¿Y también te dedicas a mirar... los traseros de otros hombres?

—La pregunta fue hecha entre la diversión y el malestar.

No sabía si reír o cogerla de la cintura y calentarle las nalgas como ya hizo en una ocasión.

—A veces, pero solo para compararlos con el tuyo. —Ralph estaba cada vez más sorprendido. Iba a preguntar si salía ganando o perdiendo, pero no fue necesario—. Hasta el momento, no he visto nada comparable al tuyo. Tienes el trasero más perfecto del

mundo. —Que tuviera esta conversación con su mujer, era algo inaudito; pero le gustaba, ya lo creo que le gustaba.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Taylor?

—Por supuesto que me doy cuenta. No soy tonta, Ralph. Estamos hablando de tu trasero. —El hombre no pudo evitar sonreír.

—No tendré que advertirte, que palabras semejantes, no sean pronunciadas en público. —No era una pregunta, pero sí una amenaza—. Te puedo consentir casi todo, pero estas conversaciones, estas opiniones, siempre, siempre en privado. —La voz salió más ronca de lo habitual y el hombre vio como esa hermosura se le acercaba despacio y lentamente ponía una mano sobre la camisa y fijaba sus ojos en la abertura de la prenda, fijándose en esos pectorales.

—Ya te he dicho que no soy tonta, pero creo, que no te he dicho, que este pecho que tienes tan fuerte, me gusta tanto como todo lo demás. —Él ya no esperó más y enganchándola por la cintura, aplastó la boca contra la suya y entre beso y beso, entre lamida de labio y chupada, murmuraba frases sin terminar, diciendo cosas como:

—Dios, me enciendes la sangre que pienso que estoy... en el (puto) infierno; eres tan hermosa que mis ojos se quedarían clavados en ti... toda mi (puta) vida, haces que me sienta el hombre más afortunado... de la (puta) Tierra.

Estaba tan hambriento de su boca, que se la comía con un ansía abrasadora, lamiéndola entera, succionado un labio y luego el otro, recorriendo con la lengua la parte interna de los labios para luego recorrer el interior de la boca y enganchar la lengua de ella para enzarzarse en un baile frenético. Y la frase que se quedó en el aire fue: no me hagas lo de la otra noche, por Dios te lo pido. No dejes que me corra en los putos pantalones. Pero esas frases no salieron de su boca, porque en esos momentos, ella se separó de él, oyendo el llanto de la niña.

El hombre la miró con los ojos vidriosos, pensando que estaba jugando con él.

—¡Ven aquí! —gritó, volviendo a engancharla y besándola en el cuello, rodeándola con sus fuertes brazos y envolviéndola con su

cuerpo para que no escapase.

Por todos los demonios, de todos los infiernos, que no lo iba a dejar así.

—La niña llora, Ralph. Tengo que subir, suéltame —le rogó por lo bajo, haciendo que él se separase, la mirase excitado y desconcertado, se fijase en los labios magullados de tanto beso, para oír en esos momentos el berrido del bebé.

Puso distancia entre ambos y se llevó las manos al cabello, echándolo hacia atrás y mirándola fijamente.

—Qué guapo eres —soltó la muchacha, mirando al hombre con descaro.

El pipopo no hizo más que descolocarlo, y deseaba más, si es que ello era posible.

Movió la cabeza y señaló la puerta.

—Anda vete, atiende a nuestra preciosa hija. Subiré dentro de un rato. —Ella, sin dejar de mirarlo, recogió el ruedo de su falda, cogió la lámpara que había traído y antes de dar la vuelta y salir, añadió susurrante.

—Te amo. Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida y por ti..., moriría.

El hombre la siguió con la mirada hasta que desapareció y se volvió a llevar las manos al pelo. Por los clavos de Cristo, cómo lo alteraba esta muchacha, cómo le hacía hervir la sangre, cómo activaba todos sus sentidos, sintiéndose más vivo que nunca, más hombre que nunca y más feliz que nunca.

Dirigió los pasos hasta la mesa e intentó calmarse un poco, sintiendo todos sus nervios exaltados y el miembro a punto de estallar. Cerró los libros abiertos, guardó los papeles en sus respectivas carpetas, apuró el contenido del vaso y sintiendo que necesitaba otro y así, de ese modo, haría tiempo.

Al carajo, ni pensarlo. La deseaba, la deseaba con locura y cuando acabase con la pequeña, quería hacer algo con ella, lo que fuera, lo que le dejase, pero por Dios, que necesitaba que le diera alguna migaja mayor que la recibida hasta ahora o saldría loco.

CAPÍTULO 18

Como no quería tener un disgusto y por supuesto, no deseaba que su atractivo esposo sacara ese genio que se gastaba de vez en cuando, y sabiendo que Lucy se iría de la lengua, decidió ir a la biblioteca pública en coche. Era del género tonto, ya que hacía un día espléndido y lo más agradable habría sido ir dando un paseo, pero no, válgame el Señor, no se podía ir sola, sino acompañada de doncella, marido u otra persona que sirviera de carabina. Uf, qué fastidio y qué idiotez, pensaba la joven, mientras volvía con un par de libros en sus manos y miraba por la ventanilla del carruaje. Más de uno, pensaría que era una idiotez ir a la biblioteca cuando estás casada con un hombre inmensamente rico y puedes comprar todos los libros que desees; pero a ella le gustaba ir a ese edificio y recrearse por sus pasillos, contemplando tanto libro y maravillándose de que cualquiera podía ir y llevarse uno, o varios, para devolverlos en el tiempo acordado y luego llevarse otros y así sucesivamente. Además, también le gustaba salir de casa y no para ir a las casas de otros, donde tener que estar dando palique y escuchando las conversaciones de todas esas señoras, señoritas y demás personal, mientras ponía cara interesante, cuando lo que deseaba era gritar a los cuatro vientos que no le interesaba nada los últimos cotilleos. Porque al final, siempre se trataba de lo mismo, de hablar de uno o de otra, de criticar tal o cual cosa, de exponer quién se llevaba bien o mal, quién iba de lo que no era, o quién estaba en un sitio determinado, o no debía estar. Y aunque las palabras fueran correctas, las frases bien elegidas, dejando en el aire más de una para que cada cual la interpretara como le diera la gana, no dejaban de ser cotilleos y en muchas ocasiones, mal intencionados.

La muchacha sonrió ante esos pensamientos, satisfecha de capear el temporal y de ser más lista que muchos y muchas de las personas con las que se codeaba por matrimonio. Matrimonio,

pensó al tiempo que se mojaba los labios con la punta de la rosada lengua y recordaba. Le había pedido al cochero que diera una vuelta por el parque antes de volver a casa y mientras, se recreaba mirando, pero sin ver, porque su mente estaba en lo ocurrido la noche anterior.

Cuando ella estaba sentada, alimentando a su hija y lo vio aparecer, todo su cuerpo tembló ante esa mirada tan profunda y enigmática, que la hacía sentir en desventaja y que solo se le pasaba cuando ella podía ponerse a su nivel y hacer que él se excitara de la manera más violenta. Porque ya sabía el poder que tenía, el poder de hacer con ese hombre lo que quisiera, pero la cuestión era, que ese poder estaba en la mano de cualquier mujer, así que, de esa manera y aun sabiendo que ya no debía preocuparse por infidelidades, al menos de momento, no podía caer en la afirmación, de que un hombre una vez cazado, sería tuyo para siempre.

Su pensamiento volvió a lo ocurrido, viéndolo otra vez, a ese hombre tan masculino, tan guapo, tan atrayente; cómo dirigía sus pasos hasta el sillón del rincón, sin dejar de mirarla, sin dejar de observar a la niña mamando; cómo se acomodó, todo lo grande que era, en el sillón y cruzando las manos sobre su plano estómago, abierto de piernas, esperó sin moverse, sin decir ni una palabra y sin ocultar el abultamiento de los pantalones.

Ella no pudo evitar ponerse como una fresa y cuando cambió a la niña de pecho y se limpió una gotita de leche con el dedo, escuchó la respiración profunda del hombre, pero no se atrevió a mirar hacia el lugar donde estaba. Cuando la bebé terminó o al menos eso parecía, ya que se había dormido, se cubrió los senos, se levantó y se dirigió hasta la puerta, donde ya se encontraba Eliza para coger a la niña e irse a su habitación.

Volvió sobre sus pasos, y antes de que diera tres, él la cogió por la cintura y muy despacio, la besó en la boca haciendo que abriera los labios y jugando con su lengua. La respiración de la muchacha se aceleró con ese contacto, provocando que varios gemidos salieran sin poder evitarlo y él, como un lobo, se los tragara como si quisiera engullirla también.

Le quitó de una el camisón y dejándola desnuda, la separó y la miró a placer, tomándose su tiempo, haciendo que ella se turbara, no porque estuviera insegura de su cuerpo, ya que estaba igual que antes, a excepción de los pechos más hinchados, sino, por esa manera de mirar tan intensa, tan profunda, que asustaba. Era como si quisiera guardar en su memoria, cada rincón, cada elevación, cada curva de su cuerpo y como encima no sonreía, no mostraba ningún tipo de alegría, ella parecía estar ante la evaluación de alguien que la quisiera comprar, un hombre que la escondería en un lugar donde no pudiera llegar ojo humano, un hombre que mataría por ella a la mínima ocasión, que solo sería de él y para él.

Pero cuando habló, cuando le dijo lo hermosa que era, cuando la comparó con una diosa, cuando dijo que jamás mujer alguna la podría igualar, ella enrojeció hasta la médula, sintiéndose pequeñita en sus manos, y bajando la mirada al suelo ante tanto halago. Realmente exageraba, pensó ella, pero era tan agradable ver y sentirse la más hermosa; que un hombre como su esposo le dijera todas esas palabras tan bonitas, tan bellas..., era como un sueño, como un maravilloso sueño del que no quería despertar jamás.

Y él siguió tocándola, de la manera más amorosa, de la forma más sensual, mientras le preguntaba si podía acariciarla entre los muslos, si podía introducirle un dedo, si podía introducir otra parte de su cuerpo que la anhelaba de tal forma, que resultaba dolorosa.

Y ella dijo que sí, que creía que sí, pero no estaba segura.

Él le preguntó si le dolía, ahí, en sus partes.

Ella contestó que no, que ya no, desde hacía varios días ya no sentía molestias.

Y al decir esas palabras, él le fue introduciendo un dedo en la vagina, muy despacio, pues no quería lastimarla; y ella se fue abriendo, y de su boca no salieron lamentos, de su boca solo salían pequeños quejidos de placer, al tiempo que él seguía preguntando.

—¿Te duele? ¿Te hago daño, cariño mío?

Y ella negaba de palabra, con susurros, con gemidos y con el roce de su cuerpo, pegándose a él, restregándose contra ese cuerpo grande y fuerte, que era como un bastión, como una fortaleza que protegería siempre, de todo, de todos.

Los largos cabellos rubios y rojos, se esparramaban a su alrededor como un manto entre ellos, y él los cogía entre sus manos para apartarlos y poder besar cada centímetro de su piel, cada recoveco y cada lugar que solo él podría ver y tocar; y de esa forma, la tomó en brazos y la colocó encima de la cama con tal suavidad, que ella tembló ante tanta delicadeza.

Vio cómo se iba desnudando, mientras los ojos del hombre no dejaban de mirarla y ella se fijó en esa virilidad potente, grande y gruesa que la ansiaba como la luz del sol.

Se acercó despacio y se colocó encima para entrar en ella.

Y ella se abrió para él, dejó que penetrara su cuerpo.

Y él entró, despacio, pero sin vacilar, sin dejar de contemplarla, para ver la expresión de su cara, de sus ojos, para notar cualquier cambio, ya fuera de dolor o de puro éxtasis. La respiración de la muchacha se hizo más profunda, más rápida, y los movimientos de su cadera se acomodaron a los vaivenes del hombre, dejando que penetrara hasta el fondo de su vagina, embistiendo una y otra vez y sintiendo que volvía a ocurrir lo mismo, lo de siempre, lo de las otras veces.

Esa ola de calor, de frenesí, de pérdida total, que la llevaba a un lugar lejano, que la dejaba ingrávida, haciendo que su cuerpo y su mente se elevaran sobre el mundo, sobre todo lo humano, lo terrenal, llenándola de magia y de felicidad.

Notó como él se corría dentro de ella, como se convulsionaba al tiempo que pronunciaba su nombre, diciendo frases entre dientes, que solo daban cuenta de lo loco que lo volvía, de lo mucho que la amaba, al tiempo que bendecía la hora en que fue a buscarla, sin saber que iba al encuentro de su felicidad.

Ella escuchó todo, y cada palabra, fue una declaración de amor tras otra, y no pudo más que sentirse la mujer más afortunada de la Tierra.

Dentro del carruaje, sintió arder las mejillas al recordar todo lo sucedido. Después de hacerle el amor, la limpió entre los muslos y comprobó, para enrojecimiento de la muchacha, si había sangre en el paño; al ver que no, la abrazó contra su cuerpo y tapó los cuerpos de ambos, hasta que ella se durmió en sus brazos.

Cuando Charles abrió la puerta y le dijo que la señora Davenport estaba en la sala de recibir, se extrañó, pensando que habrían partido más o menos al mismo tiempo que ellos. Y así fue, ya que se lo dijo la misma Viviane.

No tenían nada que hacer en el campo, gracias a Dios, y como a Davenport ya se le habían quitado las ganas de pescar, volvían otra vez a la civilización. Taylor pensó dónde estaría su suegra, deseando que apareciera para poder llevar entre las dos, el parloteo de la mujer. Mientras escuchaba y absorbía todos los comentarios, no se le pasaba por la cabeza, ni por lo más remoto, que esa mujer le tuviera una envidia enfermiza y maligna; no podía pensar, que mientras miraba a su hija, tan sana y preciosa, la maldijera hasta la muerte, esperando que cualquier enfermedad apareciera para desgracia de la pareja y por supuesto, de la niña. Odiaba a esa sureña de tal forma, que sentía las tripas revueltas, con solo mirar la belleza de la joven, de imaginar el comportamiento de Ralph hacia ella, de ver las lujosas ropas y lo bien que las lucía. La envidia hacía que sonriera más de la cuenta, que la alabara entre dientes y que presumiera de lo que tenía, de lo que su esposo le había proporcionado con el casamiento, pero se guardara mucho de contarle lo cabrón que era y el deseo que tenía de verlo muerto.

Porque Davenport se había convertido en un problema, un problema que tendría que solucionar tarde o temprano. Pensando en ello, le hablaba de la casa de la playa.

—No te puedes imaginar cómo estaba. Ahora por lo menos, se puede ir, se puede entrar a vivir. Bueno, lo cierto es que está impecable, ya que antes de irnos al campo me encargué de dejarla en condiciones. Quise hacer lo mismo con esa cabaña grande que compré; porque qué quieres que te diga, no me gusta nada, pero ya sabes cómo son los hombres... se empeñan en algo y no hay nada que hacer. Pero bueno, mejor. Prefiero haber dedicado el tiempo y el dinero en reformar la casa del Cabo Cod. ¿Sabes dónde está? —No esperó contestación y al ver que la muchacha negaba sin palabras, continuó como una cacatúa—. Se encuentra cerca de Truro, pero hacia el océano, no a la bahía. Es tan relajante mirar ese mar tan fiero y perderte en el movimiento de esas aguas, sobre todo cuando

hay tormenta y se vuelven turbulentas y amenazadoras... —Siguió alabando la casa de la playa y todas las reformas que le había hecho, sin olvidar las hermosas colchas que le había bordado una mujer de la bahía, que poseía las manos más laboriosas de todo el estado; y sin más, mencionó la otra casa del Cabo Cod—. La casa de Ralph está un poco más lejos, más al sur, pero bueno, tampoco son las distancias tan grandes en terreno tan estrecho. ¿Has estado? —La joven volvió a negar, mientras deseaba que se cansara de hablar y se fuera—. Claro, te fuiste a la casa de campo y no has querido saber de nada ni de nadie más. Claro que al tener que hacer reposo tampoco te quedaban más opciones; pero ahora podrías irte a la casa de Chatham.

—Por el momento estaremos aquí. No nos corre ninguna prisa ir al Cabo Cod —contestó con una sonrisa, observando el movimiento de las manos de Viviane, para lucir las joyas de las que constantemente hacía gala y dándose cuenta, de cómo miraba sus propias manos, seguramente para comparar el valor de unas y de otras.

—Me faltan unos detalles, tan solo unas pocas bagatelas, y en cuanto lo tenga todo dispuesto, quiero que vengas a pasar unos días con la niña. Ya verás lo que te va a gustar. Cuando Ralph se vaya a uno de esos viajes de tres o cuatro días, aprovechas y me acompañas. Davenport no estará, a él no le gusta el mar, por eso estaba la casa tan abandonada. Su anterior esposa pasaba largas temporadas, pero al morir, él se olvidó y poco menos que la dejó de lado, sin preocuparse del deterioro que se iba acumulando. Por lo menos no la vendió, aunque seguro que se le pasó por la cabeza. En fin, ya te avisaré cuando lo tenga todo dispuesto y de paso, nos acercaremos para que veas la casa de Chatham.

Se incorporó y se atusó las faldas de moaré, en un color morado tornasolado, al tiempo que Taylor también se levantaba y lucía su esbelta figura, sin ánimo de provocar más envidias, y sin darse cuenta de la mirada animosa y envenenada que le lanzaba la invitada.

—Estoy segura de que iremos tarde o temprano a ver la casa, no te preocupes. Además, no es una prioridad.

—Bueno, como quieras. Pero a mi casa, tienes que venir. ¿O acaso deseas que me enfade? —preguntó, al tiempo que mostraba una sonrisa amplia y falsa.

La sureña sonrió sinceramente.

—Desde luego. Pero siempre y cuando no esté tu esposo. Prefiero que lo sepas de antemano; no es santo de mi devoción. — Viviane se mostró conspiradora y le puso una mano encima del antebrazo.

—Por supuesto. Ya sé que no te cae bien y no te culpo. Davenport es un hombre complicado y difícil de manejar, pero yo le he cogido la vuelta y hago con él, lo que quiero.

—Me alegro por ti. —Intentando no ser descortés, sonrió lo más amablemente que pudo. Pero el asco que le tenía a Davenport era una realidad demasiado potente, como para estar con miramientos.

—Bueno, entonces ya quedaremos —añadió con un remolino de faldas y tocándose el sombrero que, por supuesto no se había quitado, para no estropear el peinado con postizo incluido.

—Sí. Un poco más adelante. Ahora la niña es muy pequeña y me da mucho trabajo.

—Tienes que contratar a una nodriza y dejar que la críe. A no ser que quieras echarte a perder como si fueras una mujer de la clase más baja. Estoy segura de que a Ralph no le gusta nada eso. Dile a Deborah que he venido; aunque seguramente la veré esta tarde en casa de las Weide. Deberías ir y salir un poco más, ya sabes, socializar un poco y dejarte ver.

Por fin, le dio un beso, pero sin rozar la mejilla y se fue de la casa, provocando que Taylor soltara el aire y mostrara una amplia sonrisa al verse libre de esa mujer tan pesada y presumida y le lanzara otra al bueno de Charles que, conociéndola bien, sabía en más de una ocasión como pensaba su joven señora.

Y el tiempo pasó, y el invierno llegó, y con la llegada del frío, un nuevo embarazo comenzó, cuando la pequeña Alessia no llegaba a los seis meses. Pero ese embarazo se dio como la seda y no hubo necesidad de reposo, ni malestar de ningún tipo, viendo todo Boston, como la esposa de Ralph Hathaway florecía como una rosa

en todo su esplendor, haciendo que la maternidad no le quitase ni un ápice de belleza, sino al contrario.

Al final se hicieron los cambios correspondientes, ya que Deborah convenció a su hijo, haciéndole ver que, al venir el segundo hijo en camino, la casa de soltero se le quedaba pequeña y que lo más acertado sería que ella se acomodara allí y ellos se mudaran a la casa grande. Y así se hizo. Antes de que la futura mamá diera a luz, ya estaban instalados en la casa familiar y el respectivo servicio doméstico también.

Cuando Taylor dio a luz a un niño de más de tres kilos, sin apenas enterarse, e idéntico al felicísimo papá, Viviane rabió por dentro y por fuera. No podía dar crédito a que, la vida para unas mujeres fuese tan feliz, dichosa y perfecta, y que, para ella, fuera una autentica porquería. La relación con Davenport era mala y cada día que pasaba, peor. Se metía con ella constantemente, haciendo alusión a lo que comía, a que no era la esposa que él había imaginado y rematando los comentarios, siempre terminaba diciendo que, ya que estaba gorda, podría estar embarazada; claro que, puestos a elegir, continuaba, siempre era mejor tener una mujer embarazada y hermosa, que paría hijos como quién defeca y encima era la más bella de todas las que conocía.

Eso era lo que más le repateaba y él no se imaginaba que todas esas palabras no caían en saco roto, que esos comentarios hacía mucho tiempo que habían sembrado el germen del odio, de la repugnancia, de una tirria que la invadía por dentro, cada vez que pensaba en él, cada vez que oía su voz y que iba a propiciar el destino que pronto le llegaría, pero que ella, muy astuta, no lo iba a precipitar. No, no era tonta; al contrario. Los engranajes estaban en marcha y ella seguiría escuchando comentarios despectivos, pero no sería por mucho tiempo.

Sonreía a menudo, cuando pensaba y recordaba el rostro de dolor de Davenport, aguantando esos retortijones de estómago o de vientre, pues no lo tenía muy claro el hombre, cuando se levantaba por las mañanas. Pero en los momentos actuales, ya no eran solo por las mañanas, ya eran a todas horas, levantándose intempestivamente por las noches, diciendo que tenía una especie

de ardor y que debía cenar más ligero o incluso prescindir de las cenas, pero no se molestaba en prescindir del alcohol ya que era lo único que le calmaba ese dolor persistente y cada vez más molesto. Si se emborrachaba ligeramente cuando ya estaba en casa, podía sentir que el dolor casi desaparecía, pero con el tiempo eso no era suficiente y entonces aumentaba la dosis.

Estaba fuera de lugar, comentar esas molestias al principio, dolores más acusados después, a sus amistades. Él no se rebajaba a eso, porque siempre había despreciado a la gente enfermiza, a los delicados, ya fueran hombres o mujeres; en ellas, lo podía tolerar algo más, porque eran el sexo débil, eran tan delicadas, que cuando no estaban con el mes, estaban en los días anteriores o si no en los posteriores, cuando no, les dolía la cabeza o cualquier otra cosa, sin contar con los embarazos, partos y crianzas, y sin olvidar los estragos físicos y psíquicos que todo eso provocaba en muchas mujeres, en la mayoría de las mujeres.

Pero en los hombres odiaba la debilidad, lo encontraba tan aberrante, tan de maricones, que él jamás se quejaría de dolor alguno delante de sus amistades y menos de gente ajena. Por ese motivo, había comenzado a quedarse más en casa y a no salir tanto con sus amigos de parranda; y cuando estos le preguntaban, él con una sonrisa socarrona, contestaba que no le quedaba más remedio, que tenía que estar en casa follando a su mujer, para ver si de una puta vez la dejaba embarazada. Esos comentarios hacían las delicias de los amigos y lo creían a pies juntillas y mientras tanto, él se devanaba los sesos pensando qué estaba pasando en el interior de su cuerpo, qué demonios tendría y qué podría hacer al respecto; pero sin pasar por su mente consultar con un médico.

Viviane le dijo, que a su padre le ocurrió algo parecido ya que en los últimos años de su vida estuvo muy delicado del estómago, y que había unas infusiones que calmaban los dolores y los espasmos. Davenport se dejó hacer y se puso en manos de la esposa, notando las primeras semanas, que los dolores se calmaban bastante y parecían remitir; pero eso no duró mucho.

Una noche se despertó sudoroso, mareado y con fuertes retortijones, ella intentó calmarlo, diciéndole que no se pusiera

nervioso, que respirara profundamente y que se relajara con el masaje que ella le dio. En un principio funcionó, pero pasados quince o veinte minutos, se puso más alterado, sintiendo un sudor frío, la cabeza dando vueltas, el estómago contraído y revuelto a más no poder, haciendo que se levantara de la cama de prisa, con idea de vomitar en el orinal. Pero desorientado y sin tener claro dónde estaba el dichoso bacín de porcelana, se revolvió tropezando con la gruesa alfombra y perdiendo el conocimiento antes de golpearse la cabeza contra el suelo. Viviane se levantó sin prisas y fue a su lado, comprobando que seguía respirando. No se lo pensó dos veces, cogió una de las almohadas y la colocó encima de la cara del hombre, dejando caer todo su peso sobre él y aguantando con fuerza durante varios minutos. No hubo pataleo ni movimiento de ningún tipo, y ella pensó que tal vez no lo estaba haciendo correctamente.

Levantó la almohada y lo miró fijamente. La cabeza estaba ladeada y parecía muerto. Se levantó y fue a por un espejo de mano y lo colocó delante de la nariz y de la boca, viendo que no había salida de aire. Entonces, llevó dos dedos al cuello buscando pulso y después de esperar un poco, tampoco lo encontró. Repitió la operación en una de las muñecas, y más de lo mismo. Estaba muerto. Mejor, mucho mejor.

Se incorporó y paseó por la habitación. El veneno podía traer consecuencias, pero de ese modo, nadie había sido consciente de que su marido estuviera tan mal como para pensar qué podría estar ocurriendo, en especial sus amigotes. Una caída accidental, un mal golpe... pensó rápido y se agachó junto al cuerpo, colocando las manos detrás de la rubia cabeza y buscando señales, contusiones, torció el gesto. Ese pequeño chichón que se había hecho al caer, no parecía suficiente para provocar la muerte. Miró a su alrededor y sus ojos se fijaron en un candelabro. Era simple, sencillo, de una vela, pero recio y pesado bronce.

Fue a por el ornamento y cogiéndolo en sus manos lo sopesó. Le quitó la vela, lo agarró por la parte superior y volvió con el cadáver, agachándose, cogiendo con una mano el cabello, como si fuese un indio apunto de cortar la cabellera, le giró la cabeza, atizando un

fuerte golpe en el mismo sitio donde tenía el primero. Vio salir la sangre, con un pequeño borbotón al principio y lentamente después, y sonrió gustosa, satisfecha de ver cómo discurría todo, pero sin olvidarse separar el cuerpo para no mancharse. Aunque eso era lo de menos.

Se miró detenidamente, comprobando que su blanco camisón de seda estaba prístino, al tiempo que sentía que los pezones de sus pechos se ponían tiesos. Estaba excitada, tenía ganas de hombre, pero no era el momento. Se quedó pensativa durante unos segundos y se preguntó a sí misma, por qué no. Pero lo primero era el candelabro. Lo envolvió en un pañuelo y lo metió en el fondo del arcón que se encontraba en un lateral de la habitación.

Palmeó las manos y se colocó en el borde de la cama, mirando el cadáver del hijo puta de su esposo. Se levantó el camisón, dejando sus gordos muslos al aire y todo el sexo abierto de par en par, y mientras sus ojos permanecían clavados en el rostro sin vida de Davenport se masturbó con furia hasta conseguir varios orgasmos, retorciendo su cuerpo de placer, tocándose los pechos y entrecerrando los muslos cada vez que le venía uno.

Cuando quedó satisfecha, cuando su respiración se regularizó, fue mentalizándose para el siguiente paso. Sin ponerse la bata y cogiendo la almohada con que le había asfixiado para colocarla en su sitio, descompuso el rostro, se revolvió los cabellos y comenzó a gritar como una loca hasta que hizo aparición su doncella y seguidamente el resto de los criados; dando fe, de que el señor se había golpeado la cabeza contra uno de los muebles y que, para su desgracia, había fallecido.

Cuando llegaron las autoridades y el médico, nadie puso en duda las palabras de la mujer y por descontado, los criados corroboraron que el señor bebía más de la cuenta últimamente y que la mayoría de las noches, se acostaba bebido.

Accidente, fue la conclusión a la que se llegó sin lugar a dudas. El hombre se levantó de la cama, tropezó con la alfombra y se golpeó la cabeza con la esquina del mueble más cercano, cayendo al suelo con gran estruendo y despertando a la pobre esposa; porque todo el mundo se compadeció de Viviane, de sus desgracias. Primero se le

muere la hija, después se queda viuda del primer marido y ahora otra desgracia..., otra vez viuda. Claro que todos no pensaban lo mismo, porque la viuda y la hija del doctor Weide sabían de sobra el trato que Davenport le daba a Viviane y aunque no se les pasó por la cabeza que la encantadora amiga fuese capaz de cometer asesinato, tampoco pensaron que la viuda por segunda vez, estuviera desecha en llanto, al menos de puertas para adentro; y más, teniendo en cuenta que heredaba una cuantiosa fortuna del esposo, ya que era la única beneficiaria del testamento, llevándose todo lo de él, más lo que dejó la primera mujer.

Davenport, al casarse, la puso como su heredera universal hasta que le diese un hijo, pues no tenía otros herederos, para en ese momento anteponer al vástago por delante y cambiar totalmente la disposición de la heredad. Y lo cierto es que cuando Viviane decide envenenar poco a poco al marido, este ya había comenzado con las amenazas ante su falta de embarazo, diciéndole que si no le daba un hijo tendría que replantearse su vida y solicitar el divorcio; sin pararse a pensar, que él podría ser el causante de la falta de descendencia puesto que tampoco logró ese objetivo con la primera mujer. Pero como era un misógino en toda regla, él siempre creyó que la falta estaba en la mujer, en su delicadeza y enfermedades; y en la situación actual, no le cupo la menor duda de que tenía mala suerte y elegía a las mujeres inadecuadas, pensando que, si Viviane había tenido una niña retrasada con el primer marido, tal vez sería mejor que no se quedara embarazada y en un plazo de un par de años o tres, solicitar el divorcio.

Esa palabra, fue el detonante para que la mujer pusiera en marcha todo el proceso, haciéndose la tonta ante el hombre y calibrando fríamente cada paso que daba y cada ejecución de su plan. El veneno lo tenía desde tiempo atrás, polvo de estramonio que tomaba su madre en los últimos años para el asma y que debían administrarse en cantidades mínimas. Y así lo hizo, ya que no le interesaba llamar la atención sobre ella, si de pronto el esposo se retorció de dolor sin poder evitarlo, puesto que ya sabía lo que le gustaba presumir a Davenport, ya que en más de una ocasión se lo había hecho saber, que él no necesitaba de matasanos, puesto que

su salud era de hierro y no necesitaba de esas atenciones que, además, no se fiaba ni un pelo.

Por lo tanto, fue dejando caer pequeñas cantidades, en días alternos, en el caldo de verduras que le gustaba tomar a diario, y que la criada colocaba en la mesa para que se fuera enfriando hasta que llegaba el señor, pues le gustaba tomarlo templado. Nadie la vio, nadie presencié nada que la pudiera involucrar y de esa manera, logró que el hombre se fuese encontrando mal y que su estado anímico se fuese alterando, hasta desembocar en ese desenlace nocturno.

¿Tenía remordimientos? No, en absoluto. No los tuvo cuando asfixió a su hija, un ser inocente, pero con una tara de por vida, que lo único que les traería sería desgracia y pesar; cómo los iba a tener por el cabrón con el que se casó, que era un ser despreciable, autoritario y malo.

Sí, sí, malo, como dijo la sureña.

Y ahora le tocaba el turno a ella, a esa golfa arrabalera que le había quitado el hombre que deseaba y que estaba pariendo los hijos que ella debía darle. Pero no había prisa, ahora no. Sin marido que la molestase y con todo el dinero que deseaba para gastar y para darse la buena vida, no había necesidad de correr. Y puesto que la carta anónima no funcionó y que esa perra parecía tener muy dominado a Hathaway, debería ser paciente y encontrar la solución más acertada, aunque tuviera que esperar meses, o años.

CAPÍTULO 19

El pequeño Ralph tenía tres meses y era una copia del padre. A los amigos y conocidos, les llamaba mucho la atención que la niña fuese un calco de la madre y el pequeño del padre, sin contar con las envidias que levantaban al ser testigos de la felicidad que irradiaba la pareja y que la abuela hacía gala de ese bienestar, contando a todos los que quisieran oírlo, que jamás pensó que, en su vejez pudiera estar tan bien, tan satisfecha de la vida, con su hijo, su nuera que era como una hija y sus preciosos nietos.

Y de esa manera comenzó el año 1872.

Y ese año, Viviane conoció a un hombre. Fue en casa de las Weide y a excepción de esa pronunciada cojera, se podía decir que era un hombre muy atractivo. La mujer se sintió atraída por él, desde el primer momento, y según fue sabiendo de su vida, mucho más. Las Weide tenían relación con la tía de Brad Thomson, que había muerto recientemente y le dejó todas sus posesiones al único sobrino y pariente que tenía, el exteniente de La Unión. Y las mujeres, casi todas, se sentían atraídas por ese hombre de cabello rubio oscuro o castaño claro, según se mirase, como decía Norah Weide, y unos ojos marrones, dulces y seductores, sin olvidarnos de su metro ochenta, que en las condiciones actuales menguaba un poco debido a esa cojera, pero que él intentaba disimular con el tacón de un zapato ligeramente más alto que el otro, y aun así, estirándose al máximo para no mostrar el dolor y la pena que esa minusvalía le producía.

Pero vayamos por partes.

El teniente Thomson, siguió el consejo de Hathaway, de esperar para ir a Boston y poder visitar a la señorita Taylor y ¿por qué no?, pedirle permiso a su tutor para cortejarla. Era tan ingenuo en esa época, a pesar de haber cumplido los treinta, que no percibió que ese hombre de negocios, que antes fue oficial de La Unión,

licenciándose al acabar la guerra, podría sentir algo por esa preciosa muchacha vestida con ropas masculinas, y tiernamente salvaje y asilvestrada.

No.

De hecho, todos los oficiales de la guarnición de Charleston pensaban, que esperaba la vuelta a Boston con ansia para quitarse de encima a esa preciosa niña; pero como alguno añadió murmurando: aunque antes de dejarla con su tutor, desearía darse un buen revolcón. Pero ya sabéis, eso entrañaría comportarse como un caballero y quedarse con ella, o lo que es lo mismo, casarse. Y no veo a Hathaway casado con una sureña salvaje y mal hablada, por muy bonita que sea, teniendo a su alcance todo lo mejorcito de Boston.

Eso traía las risas de todos, menos del teniente Thomson que no le hacía ni pizca de gracia que hablaran de esa forma de la que sería su esposa. Porque estaba casi seguro de ello, igual que estaba seguro de que la joven tardaría en acostumbrarse a la vida del norte y en especial, a integrarse a la vida social de lo más selecto de la sociedad bostoniana.

Estaba tan convencido de sus pensamientos, que su imaginación iba por libre y veía en su mente a una Taylor sonriente y ansiosa, que lo recibiría con los brazos abiertos cuando él se presentara en la ciudad, para rescatarla de esa encorsetada vida y llevarla a vivir al campo, cerca de Salem donde su tía tenía una bonita y gran casa. Allí vivirían, ya que la tía era una mujer bondadosa, que estaría tan contenta de tenerlos con ella, dejando que él administrase las tierras arrendadas y el resto de sus bienes; por algo era el único heredero, el hijo de su única hermana. Pero cuando antes del año, uno de los oficiales le dijo que Hathaway se había casado con la sureña, su rostro ni se inmutó, pero por dentro algo se rompió, no queriéndose creer que algo así hubiese ocurrido.

Le parecía demencial, aberrante y estaba convencido de que ese hombre la habría puesto en una situación comprometida, teniendo que casarse para evitar males mayores. De esa forma, la imaginaba triste y alicaída, infeliz y desdichada. Tan obtuso estaba con ese tema, que no prestaba atención a lo que hacía, pensando en ella

constantemente, pero, sobre todo, pensando en lo que le haría Hathaway, en cómo sería la intimidación entre ellos, cómo se comportaría la muchacha y qué trato le daría él. Seguramente él la forzaría, sin saber cómo tratar a una criatura tan especial y..., y sería brusco con ella, sin comprenderla, pues recordaba como si fuese ayer, la expresión de su rostro cuando se enteró del altercado en la ciudad.

Y estando las cosas de esa forma, se produjo el accidente.

Estaba en las caballerizas de la guarnición, viendo unos caballos que habían requisado a unos ladrones, acusados de robo y lo que era peor, de asesinato y, por lo tanto, serían ahorcados. No se dio cuenta, de que uno de ellos, el más arisco de los seis, un appaloosa escarchado, se movía inquieto y nervioso, a pesar de que esta raza de caballos, tenían un temperamento dócil y sensible; pero este en especial, había sido apaleado por los cuatrerros y parecía estar esperando un nuevo castigo.

El teniente no calibró la situación y al acercarse al animal, se fijó en uno de los ojos, viendo la esclerótica blanca típica de los appaloosa, pero sin darse cuenta del espanto que mostraban, y mientras pensaba en sus cosas, en la preciosa Taylor y en cómo haría para ir a Boston y poder verla de la forma que fuera, ya que su mente seguía con sus elucubraciones, sintiendo que era una desgraciada y él debería rescatarla como si de un caballero de épocas antiguas se tratara, el caballo se preparó para dar una coz levantando los cuartos traseros, y Thomson viéndolo pero sin ver.

Los appaloosas son tranquilos, se dijo, pero son caballos y pueden reaccionar de manera distinta a lo que estamos acostumbrados, con ese último pensamiento, intentó esquivar la coz al ver como esas poderosas patas se elevaban al máximo para soltar la descarga. Solo pudo esquivar una, pero la otra le dio de lleno en el muslo, notando como ese pie duro y sin herrar, le rompía el fémur.

El sonido del golpe, la fractura del hueso, se escuchó en todo el establo y el teniente cayó al suelo y sin creerse lo que estaba pasando y sin saber cómo, se arrastró lejos de las patas del animal, por si acaso quería seguir dando coces o pisotearlo.

El dolor fue tan grande, que pareció faltarle el aire y en cuestión de segundos se acercaron todos los que estaban por los alrededores, para ayudarlo y llevarlo a la enfermería. Pero él no recordó nada de eso. Perdió el conocimiento, debido al dolor tan lacerante y cuando despertó, tenía la pierna inmovilizada, desde el pie hasta la cadera.

Las palmadas de sus compañeros fueron de entusiasmo, da gracias, decían unos, tienes la pierna, decían otros, te quedará una cojera, decía el resto, pero mejor cojo con dos piernas, que cojo con una, era la letanía de todos. Meses de baja, de dolor constante y de una rehabilitación larga y muchas veces descorazonada, para al final, abandonar el ejército. La cojera era tan acusada y el dolor tan persistente, que era imposible seguir la carrera militar, sin contar, que para él no era lo mismo abandonar el ejército de una forma que de otra.

Se inventó una nueva versión, o la varió un poco, para quedar en mejores condiciones. Fue en acto de servicio, yendo a la captura de unos ladrones de caballos, mientras perseguía a uno de ellos y le daba caza saltando desde su caballo y cayendo al suelo los dos, peleando y matando al cuatrero, pero no pudiendo esquivar las patas del caballo del muerto, que nervioso y medio loco, le pateó la pierna sin piedad y que gracias a su rapidez pudo salvar la vida, al tiempo que disparaba su revolver contra la bestia que le malogró la pierna y la vida.

Procuraba contar esa versión de los hechos, una vez que ya estaba en Massachusetts y que había pasado algo de tiempo, y en especial a las señoras, dando lugar a que lo mirasen con ojos candorosos, no solo por su físico, por lo menos de cintura para arriba, sino, por la valentía mostrada en ese cruel y triste suceso.

La viuda del doctor decía a todas y todos los que estaban a su alrededor:

—Es una pena que hombres tan valientes tengan que dejar el ejército, que les pase algo así, que tengan que cambiar de vida y no poder seguir con sus heroicidades.

Pero, por otra parte, estaba contenta de ello, porque quién sabe, a lo mejor su hija tenía opciones de casarse; y siendo realistas, por

muy héroe que quisiera parecer, tampoco lo era tanto, por perseguir a unos ladrones de caballos y ser pateado por un caballo, y encima, indio. Pero parecía ser, que a la amiga de su hija también le gustaba el tierno ex teniente y, siendo franca consigo misma, si ella fuese hombre, si estuviera en el lugar de Thomson, no estaría a gusto con la delgadez de su hija y le sobraría mucha carne a la voluptuosa de Viviane. Claro que los hombres, puestos a elegir, siempre se quedaban con las carnes en exceso que, con los sacos de huesos, y a pesar de los desplantes del difunto Davenport y de meterse con la gordura de Viviane, había que apreciar el atractivo de la viuda.

El tiempo diría, pero para no perder el ídem, agasajaría al hombre todo lo posible, para que cada vez que estuviera en su casa, se sintiera tan gustoso que no tuviera ganas de abandonarla; y para no pecar de ingenua, le diría a su hija que pusiera más relleno en las zonas adecuadas y que sonriera con más ganas y de una manera más femenina y seductora. Porque al final, lo que importaba a estas alturas, era pillar marido; y aunque Thomson estuviera cojo, era un hombre culto, atractivo y con toda la fortuna de su tía.

Eso era lo más importante.

La herencia de la roñosa de su amiga, que Dios la tuviera en su gloria, era de consideración, de hecho, más de lo que ellas tenían, por supuesto gracias al matrimonio que hizo con el soso de Andrew, que todo lo que tenía de feo y de aburrido, lo poseía con intereses en inteligencia; y ahora, todo, absolutamente todo era de ese cojito tan guapo que, si no fuera por esa pierna que no arrastraba por orgullo, podría elegir a la joven casadera que quisiera.

De esta manera estaban las cosas: ya no estaba en el ejército, era todavía joven y tenía una minusvalía más que llamativa, necesitaba una esposa que cuidara de él y que le diera hijos. La viuda del doctor Weide se había fijado mucho en el apuesto teniente, y había observado más de una vez los gestos de dolor que mostraba su rostro cuando creía que nadie le veía. Pero ella era muy astuta, muy observadora y supo desde el principio que esa pierna le dolía y mucho; y habiendo estado casada muchos años con un médico, con uno de los mejores, sabía que ese dolor podría

menguar algo, pero que no desaparecería. Siempre sería un tullido y cuanto más tiempo pasara, peor.

Taylor fue a casa de las Weide, poco menos que a la fuerza. No le gustaban. Ninguna de las dos. De hecho, las veía tal para cual, uña y carne, de tal palo tal astilla; no es que las odiase, no, ese sentimiento no entraba en el corazón de la muchacha, pero siempre que estaba en la misma habitación que ellas, se sentía observada constantemente, analizada y mentalmente criticada; para que una vez que se hubiera ido, explayarse a gusto el par de dos, y si estaba Viviane, el trío de amigas se ponía las botas intentando sacar defectos a la hermosa muchacha. Pero Deborah se lo había pedido, diciéndole que no se podía encerrar en su torre de cristal o de marfil, lo mismo daba. Que la vida no solo era el esposo y los hijos y unos cuantos entretenimientos personales, que había que asistir a cenas, a bailes, a reuniones de todo tipo, desde un té, hasta un acto cultural, aunque ese acto cultural fuese la lectura de un capítulo o dos, de alguna novela últimamente publicada y leídos en un lujoso saloncito de la mansión de una de las muchas damas de la sociedad bostoniana.

Y Taylor obedeció a su suegra, de buenas maneras, todo sea dicho.

Al llegar la noche y encontrarse con su esposo, acurrucándose en sus brazos y aceptando los besos que le daba, se sintió tan feliz, que la velada casi se le olvidó, casi.

—No te vas a creer a quién he visto en casa de las Weide — exclamó, al tiempo que se apartaba del cuerpo desnudo de su marido y lo miraba fijamente.

Él, con una media sonrisa, no dijo nada y esperó a que continuara.

—El teniente Thomson. ¿Te acuerdas del teniente? Ese que estaba en la guarnición de Charleston.

—Sí, mi amor. Me acuerdo de Brad Thomson —contestó, enredando un dedo en los rizos de la joven y devorando los pechos

desnudos, que se movían al compás del ímpetu de las palabras y provocaban que el miembro de él ya estuviera tieso y deseoso.

Otra vez.

—Pues ya no está en el ejército. El pobre, está cojo. Qué pena, Ralph, con lo bueno que parece; al menos así me lo pareció en el Sur. Era y es, muy atento y educado y el pobrecito, fue pateado por un caballo que le partió la pierna y lo ha dejado cojo de por vida; y, además, creo que sufre y mucho, aunque intenta disimularlo. Pero lo he observado y cuando cree que nadie le mira, hace muecas y eso, es señal inequívoca de que le duele. —Los oscuros ojos del hombre no pestañearon, mientras miraba a su mujer sin perder detalle de cada gesto, de esa boca moviéndose al hablar y de esa mirada turquesa que lo volvía loco de amor y lo excitaba como el primer día, el segundo, el tercero...

—Son cosas que pasan. Estoy al corriente de la vida de Thomson, desde que llegó a Massachusetts. Su tía ha muerto y le ha dejado una considerable herencia y esa cojera que tiene, como tú bien dices, es importante. Pero lo que deseo saber, es ¿cómo te ha tratado?, ¿de qué habéis hablado? —La mirada azul noche la traspasó y ella supo que había algo más.

Cuando los ojos del hombre la miraban de esa forma, había varias interpretaciones, pero la principal era que quería traspasarla, leerle la mente para saber si le ocultaba algo, pero ella creía que, en esta ocasión, el que ocultaba algo era él.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con ese hombre? —La mirada de él no reflejó sentimientos, pero no pudo evitar sonreír ante la expectativa de su preciosa esposa.

Ni se le pasó por la mente ocultarle información ya que confiaba en ella plenamente y, además, prefería que estuviera al corriente de todo, a pesar de que le molestaba que el ex teniente Thomson hubiera hecho aparición.

—Digamos que el antiguo teniente, se quedó encaprichado de tus encantos nada más verte y sintió deseos de cortejarte en cuanto viniera a la ciudad, y así me lo hizo saber antes de salir de Charleston. Yo le dije, que dejara pasar el tiempo, un año, por ejemplo, para que tú te acomodaras a tu nuevo estatus, al nuevo

estilo de vida. Por supuesto, él se lo creyó y parece ser, que antes de que pasara ese año, tuvo el accidente.

—¿En serio? —preguntó muy sorprendida, sin retirar la mirada.

—Así es.

—Pero no fue un accidente, Ralph. Fue una escaramuza con unos cuatros... —Él colocó un dedo sobre los labios generosos y los acarició al tiempo que le replicaba, sintiendo como ella empezaba a excitarse ante ese contacto.

La conocía tan bien...

—Fue un accidente, Taylor. Él cuenta esa versión de los hechos, ya que es más valiente y resulta más seductora para los frágiles y románticos oídos femeninos. Pero la realidad fue una coza dada por un appaloosa, en los establos de la guarnición de La Ciudadela. No hay más heroicidades. Todos dijeron que en esos días andaba bastante despistado, ensimismado fue la palabra que empleó la persona que me lo dijo. —Lo que no añadió, fue que ese ensimismamiento se produjo al enterarse de que la sureña se casó con Hathaway—. Así que, antes de que te haga el amor, otra vez, dime qué es lo que te ha dicho y cómo se ha comportado. —Fue un poco brusco, sin querer. Pero ella no se lo tomó a mal y con una provocadora sonrisa, le pasó un dedito por las tetillas.

—Fue muy amable, muy caballeroso. Me felicitó por todo; por mi matrimonio y por los dos niños, y cuando nadie lo oía, me dijo que estaba preciosa y que no pensaba que me hubiera adaptado tan bien a la estirada sociedad bostoniana. —Eso último fue dicho, al tiempo que acercaba la boca a los labios de Ralph.

Él la agarró por la estrecha cintura, tumbándola boca arriba y colocándose encima, de modo que ella no olvidara quién era el que mandaba y se clavó sin preámbulos en la tierna carne, haciendo que ella gimiera de dolor durante un instante, para pasar al placer en el segundo siguiente, sintiendo que su cuerpo se encabritaba de la manera más salvaje, de la forma que él sabía tan bien, poniendo patas arriba su mente y enervando cada fibra, cada terminación nerviosa, hasta hacerla gozar de puro éxtasis, de pura lujuria.

Que no olvidara quién conocía su cuerpo como la palma de su mano, quién la hacía vibrar cada noche, volviéndola loca de amor y

loca de deseo.

Que no olvidara quién era su dueño y que mataría por conservar lo que era suyo.

Para Brad Thomson, 1872 pasaría por un año malo, por un año para acomodarse físicamente, pero sobre todo mentalmente, para acostumbrarse a ver a la pareja irradiando felicidad, para escuchar primero y ver después, como volvía a estar embarazada otra vez, la tercera, teniendo una niña de año y medio y un bebé de tres meses. Para comenzar a mentalizarse de que tendría que casarse y de que la mejor candidata y al mismo tiempo cercana a los Hathaway era Viviane; porque la Weide, ni se le pasó por la cabeza.

Esa mujer era una escoba con faldas, sin contar con la cara de amargada y malas pulgas que siempre tenía, haciéndola menos atractiva de lo que era, y lo que era peor, cuando sonreía era tan falsa, que daba ganas de salir corriendo; sin olvidarse de la madre, que no desearía tenerla como suegra ni por todo el oro del mundo.

Por otra parte, Viviane había estado casada en dos ocasiones y eso para él podría ser bueno, porque, qué iba a hacer él con una virgen, un lisiado que cada vez le costaba más dormir por las noches y que la vista de esa pierna desnuda, deforme de rodilla hacia arriba, no era nada agradable. Mejor una esposa madura, corrida de la vida y sabiendo adaptarse a sus circunstancias.

El año 1872, solo tuvo una cosa buena, que lo hizo más rico, y lo haría en los tiempos venideros, ya que debido al gran incendio que dejó devastado gran parte del distrito financiero, más de setecientos edificios destruidos, se usaron los escombros para rellenar la línea costera del centro y haciendo que hombres como Thomson o como Hathaway se hicieran más ricos, emulando a sus antepasados... — Los de Ralph y los del esposo de la tía de Thomson—, que llenaron sus arcas con el relleno de marismas y lagunas, desde los comienzos en 1631 hasta las fechas en las que estaban.

Nuevos edificios se construían en Back Bay de grandiosa arquitectura victoriana, con grandes avenidas y aceras arboladas, para dar un resplandor opulento y majestuoso y donde Brad se estaba haciendo una casa; pero mientras tanto había adquirido una

sencilla en Beacon Street, de cuatro plantas, enfrente del parque Common, que cumplía con sus deseos y que, por suerte, la que se convirtió en su esposa, le acomodó perfectamente.

Cuando comenzó el siguiente año, él vio como un signo de virilidad, haber dejado embarazada a Viviane y poder acercarse un poco, solo un poco, a la hombría desmesurada de Hathaway, pero sin poder evitar, sucumbiendo sin parar, a la fuerte atracción que sentía por esa sureña. Sin olvidar que era la única mujer a la que amaba y que el dolor y la impotencia de verla y no poder tenerla, no desaparecía, sino, al contrario, cada vez era mayor y más ingobernable, produciendo que sus nervios estuvieran a flor de piel y que le dieran ataques de ansiedad, sin saber qué era lo que le pasaba, sin saber cómo controlar esos estados.

Lo único salvable de esa situación, era que esos episodios tan humillantes y a la vez desconcertantes, se producían cuando estaba solo, en casa y por la noche, antes de acostarse, ya que él se iba muy tarde a la cama, puesto que en esa postura tenía la sensación de que la pierna le molestaba más. De ese modo, más de una noche la pasaba en el sillón de la biblioteca, o si subía a la alcoba, lo hacía tarde, alrededor de las tres o las cuatro de la mañana, con una considerable dosis de alcohol en sus venas. Estaba convencido de que todo era consecuencia de sus pensamientos, de lo que imaginaba y de lo que revivía. Porque en cuanto se encerraba en la biblioteca y dejaba de oír la cháchara de su mujer, la imagen de Taylor invadía su mente como un torbellino, recordando las veces que la veía al cabo de la semana y si no era así, recreándose con los recuerdos y fantaseando con ideas, que, de saberlas Hathaway, le haría pedazos con sus propias manos.

Era tan hermosa, y se había convertido en una dama tan exquisita, que el recuerdo de esa preciosa muchacha, vestida con pantalones y camisa de hombre y utilizando el vocabulario más soez, parecía quedar en el olvido; pero nada más lejos de la verdad. Esa imagen estaba presente en su cabeza, viendo constantemente esos pechos apretados dentro de esa camisa desgastada y ese trasero redondo, firme, embutido en los estrechos pantalones. Cómo se revolvió cuando ese gigante la cogió entre sus brazos con malas

intenciones y ella sin amilanarse, comenzó a soltar palabrotas por esa boca de fresa, de labios gruesos que tal vez ese tipejo logró rozar.

El recuerdo de esas piernas largas, delgadas pero fuertes, dando patadas a diestro y siniestro, no se le iba de la cabeza.

Cuántas veces pasará el marido las manos por ellas, cuántas veces enredará y sumergirá los dedos en ese cabello espeso y brillante, ¿cuántas veces al día besará esa boca llamativa?, ¿cómo la besará?, ¿meterá la lengua hasta el fondo o le dará besos delicados?; ¿cómo se la follará?, ¿la hará gritar, o ella no será de esas...? sí, sí, seguía con sus pensamientos, tiene que ser especial, tiene que ser participativa, no sumisa, no, ella será como una fina cortesana, capaz de todo con un solo hombre, capaz de gozar y haciendo gozar al hombre de la manera más primitiva.

Sí, estaba seguro.

Hathaway solo se conformaba con lo mejor y si se había casado con esa mujer era porque sabía lo que había, porque descubrió el enorme potencial que subyacía debajo de ese vocabulario mal sonante. De todos era conocida la sangre fría del hombre y lo delicado o especial que era con las mujeres, por eso pensó que llegaría a tiempo de cortejarla, porque el que fue capitán del Ejército de La Unión no se dignaría a juntarse con una sureña, aunque la madre fuese del Norte. Pero fue listo, vio el potencial de la chica y se dio cuenta de que ese salvajismo era puntual, provocado por la guerra, la falta de protección masculina y tal vez, la autoprotección ante el género masculino circundante.

Sí, sería una gatita salvaje en la cama. No como la mayoría de las mujeres, que se abrían de piernas y poco más. Aunque con Viviane se llevó una sorpresa, y fue difícil de digerir, porque en este caso, es decir, en su matrimonio, no le apetecía una mujer tan activa. Pero a nadie le amarga un dulce y la primera vez que le hizo una felación, se sorprendió, pero se dejó. No estuvo mal, aunque se lo habían hecho mejor, las putas por supuesto, pero bueno, se había corrido sobre esas tremendas tetas y le gustó. El problema es que estaba demasiado gorda, y al igual que los pechos eran enormes, el estómago y la barriga, sin olvidarnos de los muslos y de un trasero

del tamaño de un carro, estaban en pleno desarrollo descomunal. Debería pesar unos noventa kilos, tal vez algo más, y no era muy alta, y ahora con el embarazo, se iba a poner tremenda.

Él ya se había dado cuenta de la envidia que le tenía a la sureña, dado la forma en que la criticaba y sin esconder los comentarios sobre la suerte que tenía de engordar poco en los embarazos, de parir sin enterarse y de recuperar la figura en un tiempo récord. Como así había sido al tener el tercer hijo, otro varón que pesó más de tres kilos y que dos semanas más tarde ya estaba como nueva, luciendo tan bella y radiante, para rabia de Viviane.

Cada vez que hacía algún comentario, era como si soltase bilis por la boca. El gesto le cambiaba las atractivas facciones, y con poco que dijera, él sabía que la odiaba y lo que era peor, había comenzado a ponerse celosa, ya que le había dicho que cada vez que miraba a la joven, ponía cara de bobo. A raíz de ese comentario, controló todos sus movimientos faciales, sobre todo la mirada, ya que cada vez que veía a la señora Hathaway, se le iban los ojos detrás y era algo que le costaba refrenar y estando en público resultaba llamativo, pero, sobre todo, cuando estaba ella delante o alguna de sus más devotas amigas: las Weide.

Estaba en la recta final del embarazo y los histerismos formaban parte del día a día, así que él desaparecía en la biblioteca y dejaba que pagase el pato el servicio doméstico. Todo empeoró cuando dio a luz un niño muerto. Después de enterrar al recién nacido, se marcharon a la casa de la playa, y el marido solo aguantó una semana. No podía estar tanto tiempo sin ver a Taylor, aparte de que la humedad del mar le sentaba fatal a su pierna y así se lo hizo saber a la deprimida esposa. A ella le dio igual, de hecho, prefería estar sola lamiéndose las heridas, sin dejar de pensar en la mala suerte que tenía y odiando más y más a Taylor.

No era justo, nada, nada justo. Esa puta arrastrada del sur, que había encandilado al hombre que ella deseó, que le estaba dando hijos como si fuese una coneja de cría y que encima, los niños eran hermosos y sanos, y ella volvía a quedar igual o más guapa que al principio. ¡Cómo podía ser tan desgraciada!, quedando embarazada

y pariendo un niño muerto; y encima, para colmo, cada vez más gorda. Pero claro, no dejaba de comer, cada vez comía más y más, porque al comer más, más quería, y al estar triste y enfadada, más comía; y se había dado cuenta de la forma en que la miraba el esposo, sin saber descifrar esa mirada, no se decidía si era de compasión o de asco.

Pero que no se equivocase con ella.

Porque, qué era él, sino un tullido, un hombre cojo de por vida, con una pierna enflaquecida y retorcida, por muy atractivo que fuera de rostro, por mucho que sus ojos se mostraran dulces y tiernos, no dejaba de ser un maldito tullido. Se lo tendría que recordar más pronto que tarde, igual que le diría que tenían que ponerse a la labor de procrear otra vez. Ella no se iba a quedar con las ganas de tener un hijo, un hijo perfecto, como los que paría la puta del demonio, y para ello tendría que volver a Boston y recordarle las obligaciones al hombrecillo con el que se había casado; y tenía suerte, mucha suerte aunque él no lo supiera, porque todavía le apetecía seguir teniendo marido, porque en el momento que no fuera así, haría lo mismo que con Davenport; y con este, tenía la ventaja de que la mayoría de las noches ingería alcohol de más y encima estaba cojo. Ideal para envenenar y tirarlo por las escaleras. Incluso no haría falta el veneno, para qué, alcohol y un buen empujón y cuando llegase al final de la escalera, si seguía respirando, un buen golpe en la cabeza.

Si fuese necesario, no se lo pensaría.

A fin de cuentas, todos eran unos cabrones.

Todos.

CAPÍTULO 20

Al recordar todo lo que pasó, decidió que no lo iba a contar; total, ¿qué más daba?, ya no importaba. Pero, por otro lado, pensó, que si Ralph se enteraba que ella recordaba todo y no se lo había contado, se iba a enfadar y mucho. Así que, decidió hacerlo, pero pidiéndole encarecidamente, que si no era necesario no se lo contara a nadie, ni tan siquiera a Deborah. Lo cierto es que le daba vergüenza, de que la pérdida de memoria que tuvo, hubiese sido provocada por su... ineptitud, por llamarlo de alguna forma, porque después de todo, ella se había criado en el campo, en una granja, y esas cosas no deberían de pasarle.

A ella no.

Pero fue así cómo sucedió.

Se quitó la pelliza y la dejó de cualquier forma en la casa de pescadores, porque a pesar de la nieve tenía calor después de haber estado correteando por el bosque. Y de esa manera se acercó a la casa que más tarde compraría Davenport y en vista de que las ventanas inferiores estaban entabladas, decidió fisgonear en las de arriba, viendo que una de ellas estaba rota y entreabierta. Ni corta ni perezosa, se arremolinó las faldas a un lado de la cintura y se dispuso a escalar por la enredadera y como suele ocurrir, cuando uno está acostumbrado a una cosa, cuando se siente muy seguro de algo, se confía demasiado y así le pasó.

A medio trayecto, notó como se rascaba las rodillas contra la pared de la casa, pues la enredadera no era muy frondosa por algunos tramos y ante ese contratiempo, no se dio cuenta de que su preciosa y nueva bota de lustrosa piel, resbalaba sobre el grueso tronco de la trepadora y sin saber cómo, y sin entender porque no se movió más rápido para impedir lo que ocurrió, notó como sus manos se desprendían del agarre y caía hacia atrás en un santiamén. La nieve amortiguó el golpe, pero, aun así, quedó medio

grogui durante unos segundos, levantándose en cuanto pudo y volviendo a la cabaña sin molestarse en mirar atrás y sin tener ni pizca de curiosidad por investigar el piso superior de esa casa medio abandonada. Pero se despistó, debido al mareo que sentía y creyendo que iba en dirección contraria o vete tú a saber, y así de esa manera y sintiéndose más tonta que nunca, tropezó con la raíz de un enorme abeto y cayó de bruces golpeándose la cabeza con una piedra.

Ahí terminó la historia hasta que la encontraron y la llevaron a casa.

Una vez escuchado el relato, el esposo la miró con amor, con deseo y con una sonrisa socarrona en los labios, le prometió que el secreto moriría con él, pero también le prometió, que como volviera a comportarse como una gitanilla salvaje, le daría una tunda en ese bonito trasero, que superaría con creces la que le dio en Charleston y seguidamente, la desnudó y le hizo el amor hasta quedar extenuados y satisfechos.

Y de esa manera transcurría la vida de ellos, de su familia. Todo era felicidad y derroche. Y siendo de ese modo, Ralph se sentía pleno, pero a la vez intranquilo, ya que nunca había tenido esa sensación, nunca había tenido que proteger a una mujer, su mujer, y a unos hijos. Hijos que amaba de una manera extraña para él, ya que se crio con ausencia total de ese amor por parte de padre y él lo experimentaba de manera dolorosa y a la vez, inmensamente feliz. Tanto su hija, como los dos varones, significaban lo mismo para él, no demostrando en ningún momento favoritismo por alguno en especial, aunque a la niña, por ser hembra y por ser un calco de la madre, merecía algo más de mimos. Ahora pasaba más tiempo en casa, con ellos, delegando en personas de suma confianza, entre ellos Orlando y otros dos hombres que llevaban con él desde el principio.

Mantecía la sangre fría cuando alguno de sus pequeños enfermaba, pero por dentro se descomponía pensando que las cosas no salieran como él deseaba, a pesar de tener todo el dinero habido y por haber, sabiendo que el destino estaba allí y la mayor

parte de las veces no podías esquivarlo. Había veces que tenía que irse por una semana o dos y cuando volvía a casa y su pequeña correteaba hasta él, con los bracitos extendidos y el segundo lo miraba con esos ojos azules como los suyos, y le echaba los brazos para que lo cogiera, sentía que el mundo estaba en su sitio, porque esos ojos azules lo miraban con amor y con deseo, sabiendo que cuando los niños durmieran y todos los demás también, ellos harían el amor hasta saciarse, recuperando el tiempo que él había estado fuera. Cada vez que pensaba en la noche que fue a la casa del doctor, cada vez que recordaba las palabras del hombre, parecía que había pasado una eternidad, sentía que esa vida vacía que llevaba en aquellos momentos, esa vida de trabajo, más trabajo, de ganar dinero y más dinero, sin sentir amor, sin sentir la vida al completo, pertenecían a otro hombre. Se regodeaba recordando cuando descubrió a esa preciosa salvaje, a esa malhablada y hermosa sureña, esa cría de pelo rubio y cobrizo, de inmensos ojos azules, de boca pecaminosa y cuerpo para pervertir a un vicioso, para sentirse satisfecho y dar gracias al viejo doctor, estuviera donde estuviese.

Y aunque de vez en cuando, los celos hacían acto de presencia, sabía de sobra que podía confiar en ella, que era leal igual que él y que, aunque se mostrase cálida y seductora con los hombres, de ahí no pasaba el asunto; porque ella era así.

Había pasado de ser una salvaje, dispuesta a pegarle un tiro en los huevos a cualquier hombre o muchacho que se hubiera atrevido a tocarla, a ser una dama exquisita, que no solo por la belleza, sino por sus modales delicados y femeninos, embrujaba a cualquier hombre. ¿Quién lo iba a decir?, que debajo de ese envoltorio de pantalones raídos y camisas ajustadas, con los faldones por fuera para disimular esas curvas de pecado, ese culo respingón y macizo, de ese gesto torcido para dar más ímpetu a su vocabulario soez, se encontraba un capullo de feminidad esperando para abrirse en todo su esplendor, para sacar todo lo que había guardado por los efectos de la guerra, por la ausencia de familia y para protegerse a sí misma. Pero, aunque hubieran sido otras circunstancias, aunque la hubiera conocido de la forma más tradicional, dentro de una familia

feliz y sin problemas y la hubiera cortejado con los formalismos de su clase, sentiría el mismo afán de protección, la misma sensación de posesión y el mismo ardor al pensar en ella, al hacerle el amor o simplemente, al contemplarla.

Y ese era uno de los motivos, por el que cuando se iba de viaje procuraba que todo quedara en orden, para tener la tranquilidad de que su familia, pero sobre todo ella, estaba controlada y acompañada, o bien por su madre o por la familia de Orlando, o bien en Boston, o en alguna de las casas de los Parker.

Con su madre no había problema, ya que era feliz estando con la nuera y los nietos; y cuando tenían que hacer visitas sociales, los niños se quedaban con las niñeras, con Lucy y el resto del servicio. En esas visitas sociales, Taylor se había hecho su lugar, con ayuda de Deborah y sobre todo con su encanto e inteligencia, y si a alguno de los caballeros se le pasaba por la cabeza, que estando el marido fuera, ella podía perder la decencia y la compostura y ofrecerles algo más que una deslumbrante sonrisa, o una conversación amena e inteligente, estaban muy equivocados. De esa forma, hombres como Thomson podían embobarse todo lo que quisieran, hasta parecer tontos de remate, que lo único que conseguían, era una mirada desaprobatoria por parte de las mujeres jóvenes y no tan jóvenes, sin olvidar a las esposas de esos hombres como Thomson, que sentían recorrer los celos y la envidia, a partes iguales, por todo su cuerpo.

De hecho, Hathaway había presenciado más de una vez, esas situaciones y en honor a la verdad, si él se hubiera encontrado en esa tesitura, fácilmente habría actuado igual o al menos, al principio. Con una sutil diferencia, que él, más pronto que tarde, se habría llevado a la beldad a su cama y tal vez, a su vida; así que, estando las cosas a su favor, daba gracias al cielo, a Dios, o al bueno del doctor, por haber puesto en su camino al amor de su vida, a la persona que lo completaba y que le daba las fuerzas e ilusión para seguir adelante.

Pero con todo y con eso, debería tener unas palabritas con Thomson y dejarle claro, que con cojera o sin cojera, no debería mirar tanto a su mujer y ocuparse más de la propia, porque todo

hombre tiene un límite y las miradas que se deslizaban por el cuerpo de Taylor y por su rostro, no eran solo admirativas, eran anhelantes, eran demasiado profundas para dejarlas pasar, y a él, se le estaban hinchando los cojones ante tanta mirada perdida, sin olvidar a Viviane, que cada vez estaba más desquiciada, que ya no se contenía, mostrando el desprecio que sentía por Taylor, ayudando a todo ello, que su esposa estaba tan lozana y hermosa como siempre y su ex cuñada engordaba por momentos.

En fin, las envidias siempre estarían ahí, y teniendo en cuenta que Viviane lo era por naturaleza, no se podía evitar esos sentimientos tan arraigados y a la vez intrínsecos, en la naturaleza humana, en este caso, en la femenina.

Por eso el esposo se alegraba de que la casa que se había hecho construir su amigo Orlando en la playa, no estuviera en Cabo Cod, donde él tenía la suya y Viviane la heredada de su segundo marido, si no, en la isla de Marta's Vineyard, al sur de la península del Cabo Cod. Y para no ser unos invitados constantes en la bonita casa de su amigo, pero no demasiado grande para todos los que se juntaban, se estaba construyendo otra muy cerca de los Parker, pero con el doble de habitaciones para dar cabida a su familia, a los nuevos miembros que seguro vendrían y a todos los invitados que desearan quedarse durante unos días, o más. Y respecto a la conversación que tendría que mantener con Thomson, debería esperar un poco más, ya que sin falta tenía que ir a las fábricas de tejidos que tenía en el norte del estado y solucionar unos problemas, esperando que cuando él llegara, ya estuvieran las nuevas máquinas.

Pero lo que no se imaginó ni por lo más remoto, es que su esposa decidiera por su cuenta ir a la casa del cabo y para más inri, Deborah no la acompañara. Se llevó a los niños, a las niñeras, y de paso invitó a la esposa de Parker con sus hijos, a fin de cuentas, Orlando se había ido con Ralph, pues ellas pasarían unos días en el Cabo Cod y de ese modo, echaría un vistazo a todo lo que había en la casa, incluido el desván, ya que deseaba llevarse algunos enseres a la nueva casa de la isla, que estaban a punto de terminar.

A Deborah le pareció bien, pero como una íntima amiga estaba muy enferma, no las acompañó, pero sí le recordó que no estuviera más de tres o cuatro días y le dio las pautas a seguir, con relación a los muebles o enseres que quisiera llevarse, diciéndole con quién tenía que hablar para que se encargara del traslado y también, desmontar los muebles que eligiera.

Taylor estaba muy segura de lo que hacía y sabiendo que Ralph viajaba menos, pero cuando lo hacía tardaba en volver cinco días mínimo, pues aprovechaba para visitar otras fábricas o negocios que le pillara de paso, y/o, desviándose bastante del trayecto para matar dos pájaros de un tiro, o tres, o cuatro. No vio ningún mal en ello y además no iba sola. Melissa Parker era un encanto y congeniaban la mar de bien, porque todo lo que tenía Taylor de inquieta, curiosa y activa, la esposa de Orlando lo tenía de tranquila, sumisa y paciente, haciendo que la sureña se sintiera en su salsa, organizando y elaborando a su antojo y también, por qué no decirlo, aprovecharse de la buena mano que tenía con los niños, tanto los suyos como los de ella.

Melissa contaba con cuatro, sus dos mayores nacidos antes que Alessia, así que la experiencia era grande y Taylor se aprovechaba de ello descaradamente, pero a ella no le molestaba en absoluto. De manera, que cuando al día siguiente de haber llegado, le dijo que iba a visitar a Viviane y le preguntó si quería ir con ella, Melissa no tardó en contestar.

—Para nada. No cuentes conmigo —recalcó las palabras, mientras veía como su amiga se retocaba frente al espejo y se ponía una graciosa pamelita—. Sabes de sobra que no aguantó a esa mujer y ella a mí tampoco. Prefiero quedarme aquí con los niños. ¿Vas a estar a la hora del almuerzo? —Los ojos de ambas se miraron en el espejo.

—No. Sería descortés por mi parte, ir hasta allí y al poco rato irme. Me quedaré a comer, aguantaré su cháchara durante unas horas y volveré antes de la cena. Además —añadió al tiempo que entraba Lucy en el dormitorio, trayendo unos delicados guantes blancos de encaje—, después de lo que ha pasado, tiene que estar muy triste.

Melissa la miró sin pestañear y sus ojos azul celeste mostraron tristeza y compasión, no imaginándose lo horrible que sería perder un hijo y luego otro, aunque naciera muerto.

Movió la cabeza para dar más realce a sus palabras, dando la razón a su amiga.

—Pobre. Tienes toda la razón. En verdad, es una tragedia, toda una tragedia. Lo cierto es que tiene mala suerte en la vida, con los hijos, con los maridos... —Dejó la frase sin terminar, viendo como Taylor se ponía los coquetos guantes y cogía una sombrilla, algo más tupida que esos guantes que se había enfundado, para taparse del tenue sol de primavera.

—Bueno, ahora tiene un marido decente —recalcó la sureña, pensando en lo bien que le caía el ex teniente—. Y, ya sabes, igual que ha sabido hacerle un niño, le puede hacer otro y así terminar con sus penas. —No vio el ceño torcido de su doncella, ya que, si así hubiera sido, le habría preguntado el porqué de ese gesto.

—¿Tú crees, que ese hombre con esa cojera tan acusada estará por la labor? Bueno, ya sabes... no es lo mismo estar sano, como nuestros maridos, que tener esa incapacidad. —Las palabras sonaron llenas de misterio.

Taylor no pudo evitar una carcajada, provocando que las dos mujeres presentes la mirasen con los ojos como platos y esperasen la respuesta o el comentario, de lo que era tan gracioso para ella.

—Melissa, está cojo de una pierna, no de lo otro... —La esposa de Orlando Parker enrojeció como una fresa y escuchó la risilla de Lucy.

—Pues Orlando me ha dicho, que el hombre sufre muchos dolores y que consume láudano y otras sustancias. Más de lo que debiera... —Taylor la miró fijamente, parándose ante la puerta.

—¿En serio? —La cabeza de Melissa se movió en silencio y sus rizos castaños recogidos en un moño, se movieron al compás.

Lucy no perdía detalle de la conversación.

—Sí, como lo oyes. Y también se dice por ahí, que los gritos que le pega ella a él, se oyen por toda la casa. Y parece ser, que cuando se enfada al máximo, le dice cosas de lo más desagradables.

—¿Ella a él? —La pregunta transmitía sorpresa y el hermoso rostro de la sureña, también.

—Sí. —Fue la escueta contestación de la amiga, pero su expresión decía mucho más.

—Vaya. No pensé que estuvieran tan mal las cosas. —La doncella no pudo aguantar más, y aun a riesgo de que le llamara la atención su señorita, intervino sin más dilación.

—La señora Parker está muy bien informada. —Las damas miraron a la criada, con el mismo gesto en sus rostros; de curiosidad.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Taylor, sabiendo que su Lucy era una fuente de información.

La muchacha se pasó las manos por el blanco delantal, para después colocarse un mechón inexistente detrás de la oreja.

—Lo último que he oído, bueno, que me han contado, es que la señora Viviane, le dijo al señor Thomson... —Dejó pasar unos segundos, que a Taylor le parecieron minutos.

—¡¿Qué?! —preguntó Taylor ante la teatral espera de su doncella, dando un susto a Melissa.

—Que un marica haría mejor el trabajo que él. —Las palabras hicieron enrojecer a Melissa, pero no a Taylor que quiso saber más.

—¿Eso le dijo? ¿Empleó esas palabras? ¿Esa palabra? —Lucy afirmó varias veces, sin dejar de mirar a las damas, primero a su señora y luego a la señora Parker. Le encantaba dar información—. Por todos los santos, esta mujer está perdiendo la cabeza. A un hombre no se le puede hablar así y al esposo menos. —Se mordió el labio, al recordar el vocabulario que ella empleaba en sus años de postguerra, decidiendo que eso ya pertenecía al pasado.

Pasado, pero no olvidado.

—Pues sí. Por lo visto, la servidumbre está escandalizada del comportamiento de la señora Viviane y desde que parió al bebé muerto, más. Y dicen, que el señor se encierra en la biblioteca para escapar de ella y no darle cuatro palos. Así están las cosas entre ellos. —Acercándose a su señora, añadió lo último que tenía por decir—. Los criados piensan, que el señor Thomson está muy arrepentido de haberse casado. Que él no pensaba, que la señora

Viviane estuviera tan desequilibrada y que fuera tan irrespetuosa. Es más, piensan que está perdiendo la cabeza y que va a terminar en un sitio de esos, para los locos...

—Por Dios, Lucy. No exageres. —La voz de Taylor sonó alta y clara.

—No soy yo la que digo esas cosas, señora Hathaway. —Cuando la llamaba así, en lugar de señorita Taylor o señora a secas, era porque se ponía seria y quería que las palabras entraran altas y claras en el cerebro de su ama. Melissa las miraba, pensando en el buen criterio de Lucy, sabiendo que no hablaba por hablar—. Así que, mi consejo es que no debería ir a ver a la loca esa. Ya lo he dicho.

—Anda calla. Sabes de sobra, que Viviane es perro ladrador y nada más. Lo que le pasa, es que está triste por la pérdida del hijo, cosa muy normal por otra parte. Seguro que, si alguna de nosotras hubiéramos pasado por ese trance tan amargo, estaríamos fatal, ¿o no? —preguntó, mirando a Melissa.

Ella movió la cabeza apesadumbrada.

—Por supuesto que sí. No cabe ninguna duda..., pero decir esas cosas al esposo...

—Cada una tiene su temperamento. Yo a veces me pongo un poco fiero con el mío y no pasa nada —recalcó la frase, pero sabiendo que nunca insultaría de esa manera a Ralph.

Claro, que en una ocasión lo llamó cabrón, pero bueno, esa vez no contaba. No era su esposo, acababan de conocerse y ella era una salvajilla y él le puso el culo como un tomate.

No olvidaba esa azotaina.

No la olvidaría nunca.

—Como a usted se le ocurriera decirle algo así a su esposo, le daría una tunda de campeonato.

—¡Lucy! ¡Cómo te atreves! —A Taylor no le hizo gracia que su doncella hiciera ese comentario.

—Perdone señora. Pero usted sabe que su esposo es muy hombre y jamás, pero jamás, permitiría una falta de respeto semejante. Y si usted, por el motivo que fuera, por rabia, por celos o por efecto de otras cosas, dijera algo fuera de lugar, él encontraría la

manera de que usted, recibiera un escarmiento. —Cuando terminó, fue consciente de que había hablado de más y encima, delante de otra persona, aunque esta fuese de confianza—. Lo siento señora Hathaway, lo siento mucho. No debo meterme en cosas que no son de mi incumbencia. Le pido disculpas. —Taylor le clavó esos ojos turquesa, haciendo que la criada bajara los ojos al suelo y que Melissa tragara saliva y no supiera dónde meterse.

Pero al momento, la tensión desapareció al sonar la risa de la sureña.

—La próxima vez que digas que mi marido me daría una tunda, te la voy a dar yo a ti. ¿Te queda claro? —preguntó entre risas.

Lucy movió la cabeza una y otra vez, y Melissa sonrió ante ello.

—Sí, señorita Taylor, lo que usted diga. Pero si quiere un consejo, yo no iría a ver a la señora Viviane. —Taylor salió de la habitación seguida de las dos mujeres, y bajando las escaleras de madera blanca y lustrosa, hasta llegar al vestíbulo, se volvió de golpe haciendo que las otras se frenaran en seco.

—Lo que tenéis que hacer mientras yo esté haciendo una obra de caridad, es cuidar de los niños y procurar que cuando llegue para cenar, haya una comida sabrosa y en abundancia. —Y mostrando una hermosa sonrisa, salió al porche, bajó las escaleras de madera desgastada por los años y abrió la sombrilla para dirigirse al camino que le llevaría hasta la casa de Viviane, dos kilómetros al norte, ¿o eran tres?

Qué más daba, eso no era nada para ella.

Además, llevaba un calzado cómodo y en cuanto perdiera de vista la casa, cerraría la sombrilla para que le diera un poco de ese sol tan agradable en la cara, sin importarle que la bronceara ligeramente y sabiendo que Lucy le echaría la bronca en cuanto volviera a casa.

No volvió a pensar en todo lo hablado; en que, la que fuera esposa del hermano de Ralph estuviera tan deprimida y tan arisca, ni que el pobre ex teniente lo estuviera pasando mal y se arrepintiera de haberse casado con ella. No, nada de eso volvió a pasar por su linda cabecita. Solo se dedicó a mirar el paisaje, a ofrecer su bella cara al sol, a contemplar ese océano inmenso,

pensado en lo lejos que estaban las tierras del otro lado, es decir Europa, o si miraba al sur, pues la tierra donde ella nació, también el caribe, como decía su difunto papá, y todas esas islas que pululaban por ahí abajo, pero sobre todo, pensó en su amor, en ese hombre tan atractivo, tan especial, que le había tocado en suerte y echándolo de menos, tanto, que dedicó el tiempo restante en recrearse con los pensamientos más picantes de sus ardientes encuentros, sonriendo ante los recuerdos de las cosas que ese hombre le hacía y que ella recibía como el mayor de los regalos.

Sintió arder las mejillas, y no era de ese tenue sol que pronto desaparecería.

Resopló frunciendo sus bellos labios y se paró para coger una flor, tirarla y quedarse observando el movimiento de algún insecto, pájaro u otro animal, tardando más de la cuenta para llegar hasta la bonita casa a la hora del almuerzo.

Subiendo las escaleras se percató de que el tiempo estaba cambiando, levantándose un aire desagradable, que pronto se convertiría en viento, acercando a toda prisa unos nubarrones grises, oscuros, por el este, procedentes del océano. Supo que habría tormenta y no tardaría mucho. Bueno, seguro que Viviane tendría algún vehículo para prestarle y volver a casa, en caso de descargar agua y se pusiera el camino difícil para ir a pie.

A ella no le importaba y no le iba a asustar una tormenta y sus consecuencias, pero sus lindas zapatillas de satén quedarían echas una pena y el ruedo de su vestido blanco, ni te cuento. «Bueno, Taylor», se dijo, «no adelantes acontecimientos y mentalízate para hacer compañía a Viviane y, sobre todo, darle ánimos para que no esté triste». Cuando sus dedos se cerraron en un puño para tocar en la puerta pintada en azul cielo, ya que no había ni campanilla, ni aldaba, ni nada por el estilo, sus bellos ojos no mostraron la sorpresa al ver quién le abría la puerta. Brad Thomson estaba mirándola con expresión perdida, para en cuestión de un segundo, mostrar una maravillosa sonrisa y doblando ligeramente sus anchos hombros para hacer una pequeña inclinación, la saludó tomándola de la mano y dirigiéndose a ella de la forma más encantadora posible.

—Taylor..., es un placer verla en nuestra humilde casa. Por favor, pase, pase. —Fue en ese momento cuando sonó el primer trueno—. Creo que vamos a tener una tormenta de primavera en todo su esplendor.

—Gracias, señor Thomson. No quiero molestar, solo quería saludar a Viviane, si no es inoportuno... —Las palabras sonaron como música a los oídos del hombre.

Le gustaba tanto ese acento, esa voz entre melodiosa y sensual, que le producía cosquilleo en la entrepierna.

La llevó hasta una sala pintada en azul claro y con muebles blancos de mimbre unos y de madera otros, al tiempo que sus dulces ojos castaños la recorrieron entera, embebiéndose de tanta belleza.

—Por supuesto que no, Taylor. Por favor siéntese. —Ella obedeció, acomodándose en un sillón de mullidos cojines floreados y se quitó la graciosa pamelita, dejando a la vista ese cabello hermoso y brillante—. Tiene que perdonar, pero ahora está descansando un poco. Y siento decirle, que tendrá que conformarse con mi humilde presencia para servirle un frugal almuerzo, ya que estamos sin servicio. —La joven no mostró su extrañeza.

Viviane sin servicio; inaudito.

Si era una mujer tan exigente y tan acostumbrada a que se lo hiciesen todo, que no podía pasar sin criados; eso sin contar lo que le gustaba mandar y criticar.

—No es necesario que se moleste, de verdad. En cuanto pase la tormenta me iré. —En ese momento sonó un trueno, que pareció romper el cielo y la joven dio un respingo, al tiempo que soltaba una risita nerviosa—. Vaya, va a caer una buena... —añadió mirando al hombre, sin percatarse de la forma en que él le devolvía la mirada.

—Por supuesto, querida. Por favor, no se mueva. Vuelvo enseguida.

Un momento más tarde, se presentaba con una bandeja en las manos y sin el bastón, haciendo que la muchacha contuviera la respiración por si se caía él o tiraba la bandeja. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro. La colocó sobre la mesita del centro, y la joven vio un surtido de emparedados de diversas clases. El hombre le preguntó

qué deseaba beber y ella dijo, que lo que él bebiese estaba bien. De ese modo colocó un servicio de té y se acomodó enfrente de ella.

Comieron tranquilamente, mientras de fondo, se oía la lluvia golpear las tablas del porche con fuerza y los truenos iban perdiendo intensidad.

La conversación en un principio, fue ligera, superficial, haciendo comentarios sobre el lugar donde estaban, sobre el tiempo, o sobre los últimos acontecimientos de la ciudad o del país. Cuando dieron por terminado el frugal almuerzo, ella comenzó a impacientarse y lo hizo saber.

—Señor Thomson —comenzó, pero él interrumpió levantando una mano, no tan grande como la de su esposo, pero igualmente bella.

Ella intentó no mirar la ropa que llevaba puesta, para no parecer una cotilla, pero sentía curiosidad por mirar los pantalones, para ver si se notaba a través de la tela, esa minusvalía. Como si se le fuera a notar una pierna más delgada que otra, o algo parecido.

Taylor, por favor, no seas maleducada, se dijo.

—Brad, mi nombre es Brad. Por favor, nos conocemos desde hace algún tiempo. Por lo menos, en la intimidad podría llamarme por mi nombre de pila. —Ella mostró una hermosa sonrisa y él clavó la mirada en esos labios gruesos y esos dienteitos blancos como perlas, mirándolos más de lo correcto.

—De acuerdo, Brad. Mire, creo que lo mejor es que me vaya y deje descansar a su esposa. Ya podremos vernos en la ciudad. — De repente, vio como el rostro del hombre cambiaba.

Su rictus se volvió serio, Taylor pensó, que mostraba dolor, un dolor profundo e inmenso y de golpe, se vio inmersa en una confesión, que le hizo sentir un hormigueo por el cuerpo.

Un hormigueo de peligro, de problemas.

Estaban solos.

Madre mía.

Santo Dios.

—Oh, Taylor, cuánto lo siento, de verdad. Tengo que decirle que estoy solo, solo. No hay nadie más en la casa. Ayer por la tarde, tuvimos una fuerte discusión y se puso como una loca. No se puede imaginar lo que estoy pasando. Jamás creí que ella fuese así. Se

fue con su doncella, no sin antes, maldecirme unas cinco veces. — El rostro de la joven mostraba una expresión de sorpresa, de temor y de pena por ese hombre.

—Cuánto lo siento, Brad. Pero supongo que todo esto se debe al mal trago que está pasando, ¿no cree? Seguro que dentro de poco ya estará mejor. Ya verá como es así. —Los ojos turquesa miraban fijamente los dulces ojos castaños, mostrando su pena, pero sin darse cuenta de que la mirada del hombre era de placer extremo, por tenerla con él, a su lado, aunque fuera por lástima.

—No lo creo, Taylor. Está desquiciada, me falta al respeto, se muestra irascible a cada momento y, por si fuera poco, está comiendo a todas horas, de una forma convulsiva. No me interprete mal, Taylor, no es que quiera hablar mal de mi esposa, pero resulta asqueroso verla cebarse como un cerdo para luego emprenderla conmigo y decir barbaridades. No voy a lastimar sus oídos nombrando las cosas que me llama, pero puedo decirle, que para un hombre..., resulta..., excesivo, por decirlo suavemente. Jamás pensé, que mi matrimonio acabara así.

Taylor no sabía dónde meterse.

Quería irse de allí, quería estar en su casa, con los niños, con Melissa y con su Lucy.

Por Dios.

La próxima vez, se dejaría guiar por el instinto de su doncella.

—Dele tiempo, Brad. Ya verá como todo se arregla. Y si se queda embarazada... —Huy, se dio cuenta demasiado tarde. Esos temas no se hablan con los caballeros, con los hombres en general, sean caballeros o no. Intentó salir airosa—, con la llegada de otro bebé, se le pasará. —La mirada profunda del hombre la incomodó, haciendo que la respiración se volviera más agitada y esperando que él no se diera cuenta.

—Eso será difícil, querida mía. Si me acerco a ella, es capaz de morderme. Pero lo peor, es que yo no deseo acercarme. Un hombre tiene un aguante y hay cosas, palabras, que no se pueden perdonar. A mí no me gusta pegar a las mujeres, maltratarlas... pero Viviane se lo está ganando a pulso. —La muchacha miró hacia la ventana

más cercana, comprobando que seguía lloviendo, pero más pausado.

Sabía que era una tontería, pero sentía los nervios a flor de piel, y deseaba irse de esa casa... ya.

¡Ya!

—Ya verá como todo se soluciona. Los matrimonios pasan por momentos más delicados. —Añadió con una sonrisa y comenzó a ponerse sus primorosos guantes de encaje, para que él comprendiera sin palabras, que deseaba irse, que no quería oír intimidades de ningún tipo, que a ella no le importaba la vida privada de los demás.

—¿El señor Hathaway y usted, han pasado por malos momentos? ¿Momentos como el que yo estoy pasando? —La muchacha clavó esos ojazos en él, mostrándose un poco ofendida.

—Oh, no señor. Nosotros no hemos estado así nunca. —No quiso ser mentirosa y añadió—. Hemos pasado momentos más delicados, pero nada importante. —Se levantó de una y cogió su pamel—. Nosotros tenemos un matrimonio muy feliz.

El hombre la miró sin pestañear y ella aguantó la mirada, pero ya no le gustaba nada ese comportamiento.

—Tengo que marcharme. Me esperan en casa y deben estar preocupados.

—Yo la llevaré. El camino estará intransitable para ir andando.

En ese momento que se dirigían a la puerta y la mano de Taylor giraba la manija para abrirla y dejar pasar la poca luz que daba el día, los dos se pararon en seco al ver a una mujer de edad madura, que los miraba primero a uno y luego al otro.

—Señor Thomson no sabía que tenía visita. Le traigo un pastel de carne para la cena —dijo a modo de saludo, de explicación y sin dejar de mirar a Taylor.

—Gracias señora Smith, es usted encantadora. —Al ver la penetrante y arrugada mirada gris, haciendo un barrido por toda la persona de la sureña, se vio obligado a continuar, pero sabiendo que el mal ya estaba hecho—. ¿Conoce a la señora Hathaway? —preguntó, intentando que la mirada volviera a él, pero sin conseguirlo.

—La esposa de Ralph Hathaway —contestó sin pestañear y viendo como esa hermosa muchacha, le sonreía y le ofrecía la mano.

La mujer del reverendo Smith bajó los ojos y se clavaron en esos guantes delicados de un blanco inmaculado, al tiempo que escuchaba la voz melódica, el acento que todavía perduraba y que a más de una dama molestaba, el acento de las mujeres del sur.

—Mucho gusto, señora Smith. He venido a visitar a la señora Thomson sin saber que ya se había ido y para mi fastidio, me ha pillado la tormenta. Con lo que me gusta andar y ahora me veo obligada a molestar al señor Thomson. —La señora Smith, no mostró sonrisa alguna y no dejó de mirar a la joven señora Hathaway.

Su pelo, sus ojos tan llamativos, esa boca demasiado gruesa para ser elegante; y para colmo ese vestido blanco, que no mostraba piel por ninguna parte, pero que era realmente escandaloso, ya que dejaba adivinar un cuerpo esculpido por el mismo demonio.

Así que, esta era la belleza de la que todo el mundo hablaba. Esa que había tenido tres hijos seguidos, sin aparentarlo por ningún sitio de ese talle tan minúsculo. Esa por el que el hombre más rico de todo Massachusetts y de los más ricos del país, había dejado su soltería y había puesto a su disposición todos los lujos habidos y por haber.

Una mueca apareció en el rostro arrugado de la mujer, algo que quiso pasar por sonrisa.

—¿Ha venido usted sola, querida? —Taylor sintió que sus entrañas se removían y la sonrisa se le helaba.

—La doncella de la señora Hathaway está en el carruaje esperando, señora Smith. Así que, si le parece, puede dejar el pastel dentro. —La mujer obedeció, pero sin dejar de mirar a la joven.

Salió y con la vista clavada en la joven y mirando al hombre de reojo, este cerró la puerta.

—Bueno, voy a llevar a la señora y a su doncella a su casa. Si me disculpa señora Smith... —Indicando a Taylor con una mano, hacia la parte trasera de la casa.

—Claro, claro. Si necesita algo, ya sabe dónde estoy —dijo a modo de despedida, bajando las escaleras del porche y dirigiéndose a su casa, que se hallaba a medio kilómetro.

Desde cuando una criada subía a un carruaje antes que su señora, ¿eh?, desde cuándo.

El pequeño carruaje, era cerrado, pero a la vista de cualquiera que lo viera de frente o de perfil, sabría cuántas personas viajaban en él. La señora Smith no los vio salir, ya que su casa quedaba más arriba y cuando movió la cabeza antes de cerrar la puerta de su hogar, solo vio la parte trasera del coche que se perdía sendero abajo. Pero la sonrisa maliciosa se mantenía perenne en esos labios finos y su mente sucia seguía mal pensando y dándole un enfoque diferente a la situación vivida, para contársela al reverendo en cuanto llegara al dulce hogar.

La muchacha agradeció al ex teniente que la llevara a casa y le invitó a pasar y tomar un refrigerio, a lo que él se negó cortésmente, no sin antes decirle, que no se preocupara por la señora Smith, que era la clásica esposa de hombre de la iglesia, que veía pecado en cada momento del día, pero que no pasaba de ahí; sabiendo que mentía y que no muy tarde, todo Boston sabría que ella y él habían estado solos en una casa.

CAPÍTULO 21

Volvieron a la ciudad y Melissa se fue a su casa y Taylor a la suya.

Dos días más tarde llegaron los esposos y todo volvió a su normalidad.

Taylor pensó en contarle el episodio a Ralph, pero por otro lado se dijo, para qué, si no tiene importancia. Esa bruja será una quisquillosa, cotilla y mal pensada que se lo contará al marido y a alguna vecina cotilla como ella, y se acabó la historia.

Y fueron pasando los días y se confió.

Pero al final, todo se sabe y Ralph se enteró.

Fue una tarde en el club, después de haber estado boxeando durante una hora, y tomándose una copa antes de ir a su casa, cuando escuchó un murmullo y en ese murmullo, el nombre de su esposa. Cuando localizó la voz y al dueño de esa voz, lo cogió por las solapas de la chaqueta y le dijo que repitiera palabra por palabra lo que estaba diciendo de su esposa. El otro, titubeando y diciendo que él solo lo había oído, que se decía por ahí, que Taylor había pasado un día a solas con Thomson en la casa que la esposa tenía en Cabo Cod.

—Nada más, Hathaway —gruñó el otro, intentando zafarse de esas manos enormes que lo elevaban del suelo como sino pesara nada, y ese rostro furibundo que lo acribillaba con la mirada oscura como la noche.

—Es lo que se oye —balbuceó el asustado caballero—. Que tu mujer fue a ver a la señora Thomson y que esta no estaba y tu esposa, en lugar de irse, se quedó un rato.

El puñetazo que le propinó en los morros, le reventó la nariz y le hizo mover un diente, pero por lo menos, provocó que lo dejara libre.

—Como sigas hablando de mi esposa, la próxima vez te doy una paliza. Corre la voz, porque haré lo mismo con el siguiente que ose mancillar el nombre de mi mujer. ¿Te queda claro? —El otro, antiguo

amigo de Davenport, movió la cabeza de forma rápida y repetida, mirándolo con ojos asustados y el corazón palpitante—. Y ahora, dime, ¿es Thomson, el que va diciendo eso? —El hombre negó varias veces, notando, pero sin notar, la sangre saliendo de su nariz, recorriendo la piel del cuello y manchando la camisa y el primoroso pañuelo, recién estrenado.

—Noooo. Él apenas viene por aquí. Dicen que cada vez está peor de la pierna. El rumor procede de Cabo Cod, es..., es lo que se comenta.

El hombre soltó el aire cuando Ralph se separó un poco y miró a los allí reunidos, para acercarse de nuevo y ver que sacaba un pañuelo de su bolsillo para ofrecérselo. Lo aceptó sin miramientos, llevándoselo a la nariz para cortar la hemorragia, pero sin poder evitar el temblor de la mano.

Todos los hombres que tuvieran dos dedos de frente, temían a Ralph Hathaway, no solo por su poder financiero, sino por su fiero carácter y su fuerza física.

—Lo siento Hathaway. De verdad que lo siento. No quise ofender a tu esposa. Es más, aquí nadie se cree que ella... —Al ver el gesto de Ralph, dejó de hablar.

No iba a tentar más la suerte, la mala suerte.

—Cierra la boca, Harrison, o te la rompo en mil putos pedazos — El hombre levantó una mano en señal de paz y no volvió a decir esta boca es mía, mientras todos los presentes no le quitaban los ojos de encima.

Salió como una tromba y mientras dirigía los pasos hacia casa, deseó calmarse y que su sangre fría apareciera por algún lado; pero no fue así. Según recorría las calles de Beacon Hill, se iba enfadando más y ni se molestó en contestar a los saludos de la gente.

Se iba acercando a Louisburg Square y sus ojos se cernían sobre la esquina de la mansión familiar, aumentando la ira, los celos y el deseo de matar a alguien. No dirigió sus pasos a la entrada principal de la gran casa, si no que fue a la de soltero, la que ahora, habitaba la madre y abrió con su llave, entrando como un ciclón y haciendo

que Andrew se echara hacia atrás en cuanto lo vio y, sobre todo, al ver ese rostro iracundo.

Le preguntó dónde estaba su madre y una vez oída la contestación, subió las escaleras de tres en tres, para plantarse en una de las habitaciones y tocar con fuerza a la puerta. Deborah no ocupaba la habitación principal, de hecho, ni la había tocado, dejándola como el hijo la tenía, por si algún día querían utilizarla. Había hecho unir dos habitaciones, teniendo espacio de sobra para su alcoba y vestidor, como ella misma decía; y era allí donde se encontraba, eligiendo con su doncella el vestido que llevaría esa noche para la cena a la que todos estaban invitados.

Al ver el rostro de su hijo, le dijo a la doncella que los dejase solos y sin palabras supo, el porqué de la visita intempestiva de Ralph.

—¿Sabías que Taylor fue a la casa de la playa?

El rostro del hombre estaba tenso y Deborah pensó que debía haber algo más, que una escapada a Cabo Cod con Melissa y los niños de ambas, para mostrar esa tensión y ese mal humor. Pero claro, conocía de sobra a su hijo y sabía lo posesivo que era con Taylor; no solo posesivo, sino protector hasta decir basta, igual que con los niños. Más de una vez pensaba, que era como si temiese que algo les pudiera pasar y perderlos, en especial a ella. Como madre y como conocedora de la personalidad de su hijo, sabía que él nunca se había sentido vulnerable hasta enamorarse de esa preciosa criatura.

—Sí. Estuvieron unos días, ella, Melissa, los niños, más doncellas, niñeras y criados. Ya te lo dijo, que quería llevarse algunas cosas de la casa para la isla. Lo sabías, ¿o no? —Los verdes ojos miraban a su hijo, con curiosidad y con temor—. ¿Qué está pasando? —El hombre se pasó la mano por el pelo, se paseó por la habitación y se plantó delante de la madre, otra vez.

—Quiero que mandes traer a los niños aquí y a las niñeras, hasta que yo lo diga. —Deborah se estaba asustando y el brillo de sus hermosos ojos, se hizo más acuoso.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Qué está pasando? —El hijo miró a la madre sin pestañear y apretó los labios antes de hablar.

—Taylor se fue de visita a la casa de Viviane. Sola. Y se encontró con Thomson. Solo. Y ahora toda la ciudad está hablando de mi esposa. —Soltó entre dientes.

Deborah movió la cabeza.

—No lo sabía. Pero cuando Taylor no me lo ha contado, es porque no era de importancia. Llegaría, se encontraría con que Viviane no estaba y se volvió. Se acabó la historia. Ya sabes lo maliciosa que es la gente. Segura estoy, que alguna chismosa de los alrededores la vio volverse y sacó sus propias conclusiones. —Las palabras no convencieron a Ralph y ella lo supo.

—Haz lo que te pido. No quiero tener a Alessia correteando alrededor de mis piernas cuando hable con Taylor. Y no quiero que los pequeños se pongan a llorar si levanto la voz más de la cuenta.

—Por Dios Ralph, no saques las cosas de quicio. —La voz de la mujer era serena, pero el ruego era explícito.

—Ah, otra cosa, discúlpanos esta noche ante los Rochester. —La madre se acercó para tomar una mano del hijo, pero este se apartó, provocando que ella se parase en seco.

Conocía a su hijo, no debía tomarlo a mal.

—Voy a tener que repetir las cosas... —No fue una pregunta, no fue una afirmación, fue una frase dicha de tal modo, que presagiaba una noche aciaga.

Los dos se miraron durante un intervalo de tiempo y Deborah aceptó.

—Muy bien. Iré a por mis nietos. —Hizo una pausa y sin pestañear, fulminando a su hijo con esos ojos extraordinarios, añadió—. Espero que no te arrepientas de lo que hagas. Taylor es lo mejor que te ha pasado en la vida.

El hombre no dijo nada; no estaba para conversaciones maternas, no tenía que dar explicaciones a nadie, absolutamente a nadie; ni a su madre.

Lo que tuviera que solucionar con ella, sería a solas y con castigo. Creía que Taylor sabía de sobra cómo funcionaba una sociedad, en especial la bostoniana; cómo se ponían en marcha las lenguas viperinas una vez que no se acataban las normas de conducta

decentes. Llevaba tiempo entre ellos, como para comenzar ahora, a hacer tonterías.

Sí. Escucharía lo que tuviera que decir, haría todo lo posible por mantener la calma, pero como la explicación no le convenciera... maldita sea, Taylor recibiría un escarmiento que le valdría para el futuro.

Bajó a la sala que daba al jardín, para evitar las puertas comunicantes interiores y no cruzarse con los pequeños y sus niñeras, y cuando escuchó el jolgorio de su pequeña Alessia, su parloteo incesante y muchas veces inteligible, el trote de sus saltitos y las reprimendas de su niñera para que no molestara a sus hermanos, abrió la puerta del jardín, cerró y se dirigió a la puerta del muro, sin molestarse en mirar las plantas en toda su exuberancia, ni el verdor de la enredadera que tapaba por completo el muro que separaba los patios.

Al entrar en el de la casa grande, más de lo mismo, pero algo sí le hizo pararse en seco antes de tocar la manivela de la puerta de roble claro.

La voz de Taylor se oía ligeramente. Estaba cantando y eso quería decir que estaba en la bañera. Se dejó mecer por esa voz sensual y atrayente, pero de golpe le vino la imagen de Thomson y ella, solos, en una casa, en una habitación. Maldita sea, no creo que haya hecho nada indecente, pensó mientras entraba en la casa, pero solo con que ese hombre haya disfrutado de ella, de su visión, de su voz, de su risa, de su conversación, a solas, le repateaba las tripas y se moría de celos.

Charles fue a decirle algo, pero al ver esa mano grande y bronceada, en alto, cerró la boca de golpe. Las palabras del señor fueron claras.

—No quiero a nadie rondando por el piso de arriba. Iros a dar un paseo, a merendar o a lo que os dé la gana. ¿Está claro?

—Clarísimo como el agua, señor. —Fue la contestación del hombre de color, sabiendo que el señor estaba enfadado y que ese enfado era con la preciosa señora, y que todo se debía a lo que ya sabía casi todo Boston.

Dios del cielo, pensó el mayordomo, no quisiera estar en el pellejo de la señorita Taylor. Yo sé cuándo el señor está enfadado, muy enfadado o endemoniadamente enfadado, y hoy está lo último.

El viejo mayordomo, decidió que iría a la cocina y se prepararía una cafetera bien llena y esperaría por si acaso se le necesitaba, haciendo compañía al resto del servicio, ya que estaba segurísimo de que ninguno se iba a ir a sitio alguno, estando el cielo tan nublado, metafóricamente hablando.

Subió las escaleras alfombradas, despacio, más despacio de lo normal y cuando llegó al pequeño hall de paredes forradas en lujosa madera de caoba, donde colgaban cuadros tan valiosos como los que había en el resto de la casa, dando acceso a las alcobas, cuartos de los niños y baños, vio salir a Lucy de la habitación principal con un manojo de toallas en los brazos; pararse en seco y descomponer la cara al ver al señor, fue todo uno.

Ella, que no tenía un pelo de tonta, supo que el horizonte se avistaba negro.

—Desaparece Lucy. La señora no te va a necesitar en toda la noche. —La muchacha que tenía la mirada puesta en un cuadro del Mayflower, de un pintor del que no se acordaba el nombre, pero que a ella le gustaba mucho y siempre que lo miraba, pensaba en todas esas personas que llegaron para formar las trece colonias y que habían abandonado Inglaterra por diversos motivos, a cuál más interesante o más siniestro, según se mirase; se puso colorada y no supo cómo, se atrevió a contestar.

La imagen del señor era tan llamativa en hombre, como la de Taylor en mujer, pero con una diferencia muy notable; la fuerza física que emanaba ese cuerpo alto y fuerte y el genio que poseía, daba al traste cualquier pensamiento de blandura o de condescendencia que uno pudiera pensar. Porque en esa casa, todos sabían el carácter que tenía, pudiendo ser muy amable un momento y al siguiente, hacer vibrar los cristales de las ventanas, con solo levantar un tono o dos esa voz grave y profunda que poseía.

—Pero tienen una cena, señor. —La voz salió chirriante y tragó saliva.

Sus ojos no dejaban de mirar esa figura tan imponente, pero, sobre todo, esos ojos oscuros como la noche que la fulminaban y esos labios que comenzaban a mostrar una sonrisa, que, de risa, no tenía nada.

—Me has oído perfectamente, ¿verdad, Lucy?

—Sí, sí señor. Perfectamente. —Y sin esperar ni un segundo más, apretujó las toallas entre sus brazos, tragó saliva mirando por última vez al señor, bajó la vista al suelo y mandó a sus pies moverse, sin mirar a ese hombre tan guapo y muy muy enfadado, al tiempo que pensaba si su amo descendería de alguien llegado en el Mayflower. Y si era así, de quién.

Escuchando las pisadas del hombre, amortiguadas por las lujosas alfombras, pensó, con cierta tristeza, que no le gustaría estar en la piel de su señora.

¿O sí?

Ralph Hathaway abrió la puerta de su alcoba y se paró, llenando todo el hueco y clavando la fría mirada azul en el cuerpo de su mujer. Llevaba una bata de raso blanco y sin transparentar nada, se adivinaba todo. Por todos los santos, los pechos se le marcaban en todo su esplendor, tiesos, plenos y con los pezones erectos, la cintura minúscula, como si no hubiera parido nunca y ese trasero, Jesús, qué culo tenía la muy...

Llevó la mirada a la cara y el cabello, dejando que sus pensamientos se enfriaran, pero sin dejar de contemplar cómo se movía por la espaciosa habitación, dirigiéndose a uno de los armarios abiertos de par en par, para sacar otro vestido y añadirlo a los que se encontraban encima de la cama.

Al verlo, giró la cabeza y le dedicó una maravillosa sonrisa, provocando que su corazón diera un vuelco, pero a pesar de ello, seguía enfadado.

Muy enfadado.

—Hola, mi amor. Creía que no ibas a llegar nunca. Debes bañarte y todo lo demás, o llegaremos tarde; y eso no te gusta —argumentó desde la distancia.

Al ver que él no contestaba y que, sin dejar de mirarla, cerraba suavemente la puerta y se apoyaba en ella, la joven se alarmó.

Lo normal habría sido que él se acercase, que la cogiera en sus brazos, que la besara y tocara por todas partes y que bromeara con ella, tomándole el pelo y alabándola con descaro. Pero no hizo nada de eso. Estaba ahí parado, con los brazos pegados al cuerpo y sin dejar de mirarla. Pero lo que la asustó y preocupó, fue la mirada y la dureza de la boca, esa boca sensual y hermosa que tenía, se mostraba seca y en una línea apretada; y la mirada... madre mía, esos ojos oscuros la estaban traspasando de una forma que no le gustaba nada.

Y algo le dijo, que lo que ella creía que pasaría desapercibido, no había sido así.

Intentó parecer inocente y dejando el vestido, miró a su esposo con ojos risueños.

—¿Ocurre algo, Ralph? —Él no se movió del sitio.

Cruzó los brazos sobre su ancho pecho y ella no pudo dejar de admirar como se marcaban todos esos músculos que su hombre poseía y que a ella le gustaba tanto acariciar y refugiarse en ellos cuando se encontraba alicaída por algún motivo, o simplemente, dejarse abrazar para sentirse mujer y, sobre todo, protegida.

Segura de que ese hombre invencible, la protegía y la amaba a partes iguales.

—Dímelo tú. —Fueron las frías palabras, mientras se quitaba la chaqueta, la dejaba encima de un sillón y sus ojos no dejaban de mirarla, de recorrerla a lo ancho y a lo largo.

Ella se había quedado plantada en el sitio y no se atrevió a moverse, sintiendo un frío repentino, teniendo la sensación de que el raso que la envolvía era hielo sobre su piel, sabiendo, notando en cada terminación nerviosa, el miedo, el temor de lo que pudiera hacer, de lo que estuviera pensando, que su esposo estaba al corriente de todo... pero, ¿qué era lo que sabía?

O peor, ¿qué le habían contado?

O peor todavía, ¿qué se estaba imaginando?

Ay Dios, estaba perdida.

Ella sabía de sobra cómo actuaba el cerebro, como sin querer o queriendo, uno podía pensar todo lo habido y por haber y todo malo.

Pero, por otro lado, él debería de saber, a estas alturas, cómo era ella y de lo que era capaz de hacer y de lo que no.

—No sé a qué te refieres. —A pesar de que estaba muerta de miedo, sus palabras sonaron convincentes y seguras y sus ojos no dejaron de mirar al esposo, intentando no pestañear, no dejar de mirarlo.

—Yo creo que sí. —Se acercó hasta ella, pero guardando una distancia prudencial de un metro y medio y supo al momento, que se había puesto nerviosa—. Dime, ¿cuándo pensabas contármelo? —preguntó, bajando la mirada para clavarla en esos ojazos turquesa, que lo mareaban de amor y deseo con solo contemplarlos.

—No sé... —el vozarrón del hombre la cortó en seco, haciendo que pegara un brinco.

—¡No me tomes por tonto, Taylor! No te equivoques conmigo. Empieza a contar desde el principio y con todo lujo de detalles para que pueda manejar esta situación como es debido, y no quede como un auténtico cabrón y tú... —Hizo una pequeña pausa y soltó lo siguiente—... como una puta cualquiera. —Ella dio otro respingo y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Pero no las derramó, no le iba a dar ese gusto.

—¡Cómo te atreves! No soy ninguna puta y tú no eres un... un... cabrón. —Soltó de golpe, respirando agitadamente, sin darse cuenta de cómo los ojos del esposo se clavaban en los pechos, en el escote de la bata que dejaba ver el comienzo de esas elevaciones turgentes.

Esas tetas que estaba deseando tocar y ese culo que quería azotar hasta que se pusiera rojo y que le sirviera de escarmiento a su traviesa esposa.

Volvió a mirarla a los ojos y elevó la voz enfadado, sabiendo que la estaba asustando y alegrándose por ello.

—Y desde cuando una dama se dedica a visitar a un hombre, solo, en su puta casa. —Arrastraba las palabras y su cuerpo se inclinó sobre ella, notando como temblaba, como esos pezones se movían al mismo tiempo que esas elevaciones que tantas veces acariciaba, tocaba, manoseaba, chupaba y lamía con ansía feroz o con la mayor calma del mundo.

—No es lo que piensas, Ralph. Te juro que no pasó nada, de verdad. Te lo juro por mi vida, por la de nuestros hijos —rogó, con esa voz sensual, seductora y cadenciosa del sur profundo.

—No metas a nuestros hijos en esto y cuenta todo desde el principio, antes de que empiece a romper todo lo que está a mi alcance —murmuró peligrosamente.

Ella se separó y fue a sentarse en el borde de la cama, sin dejar de mirar al esposo ofendido, enfadado y dispuesto a cualquier cosa.

—Le pedí a Melissa que me acompañara para visitar a Viviane que llevaba varios días en el Cabo, pero ella me dijo que no, que no le caía bien y que no me acompañaba y fui sola. Hacía un día muy agradable y como no estaba en la ciudad, pues fui sola. No vi ningún mal en ello. —El hombre no le quitaba los ojos de encima, comprobando cada gesto, cada palabra, cada frase.

Esas bellas manos descansaban sobre el regazo, unidas, pero no las apretujaba ni retorció. La conocía muy bien y sabía cuándo mentía, que, por cierto, eran muy pocas veces, siendo alguna mentira piadosa y poco más.

—Llegando a la casa, el tiempo cambió y una tormenta procedente del océano se desencadenó cuando estaba llamando a la puerta. Me abrió el señor Thomson, cosa que me extrañó, y al pasar me dijo que Viviane estaba descansando y que pronto bajaría, yo le creí. Me ofreció un almuerzo sencillo y cuando terminamos, yo estaba incomoda por la situación y le dije que me iba, que no quería molestar a Viviane si no se encontraba bien. Pero el caso es que llovía mucho y el camino estaba más que mal y fue entonces, cuando el señor Thomson me dijo que ella no estaba, que habían tenido una fuerte discusión la tarde de antes y que se fue con su doncella de vuelta. Yo me quedé de una pieza y entonces, el pobre, me contó que estaban muy mal las cosas entre ellos y que Viviane lo insultaba constantemente y que nunca se imaginó que la mujer con la que se casó, resultara de esa manera, que fuera tan irrespetuosa con él. —Ralph se mantenía estático, sin dejar de mirarla y solo un ligero movimiento muscular, se marcó en su sien izquierda cuando ella dijo, *el pobre*, repateándole las tripas, que su preciosa esposa sintiera lástima por ese lisiado.

—Intenté salir del paso como pude, diciéndole que todos los matrimonios pasaban por momentos malos y que estaba segura de que todo se arreglaría. Me levanté para irme y él se ofreció galantemente a llevarme en el carruaje. Lo único que deseaba era salir de ahí, te lo juro Ralph, pero tampoco iba a ser descortés y como la tormenta había dejado el camino hecho un asco y yo no llevaba calzado adecuado, pues accedí a que me llevara de vuelta. Y la mala suerte, que cuando salimos al porche, una mujer, una vecina, se acercó a llevarle un pastel de carne y me miró como si fuese la misma Jezabel. —Ralph apretó los dientes, pero la dejó continuar—. El señor Thomson dijo que mi doncella estaba en el carruaje, pero creo que esa bruja no se lo creyó. Y me llevó a casa, le dije si quería tomar algo con Melissa y los niños, pero amablemente se negó y se marchó. Eso fue lo que pasó, te lo juro. —El silencio se cernió sobre ellos y ella, ahora sí, retorció sus perfectas manos sobre la falda de la bata de satén, pero no retiró la mirada ni un solo momento.

Como Jezabel había dicho, por todos los santos, pues claro que esa vecina cotilla la habría visto como la misma y tentadora Jezabel, con esa belleza apabullante y tan..., joven.

—¿No había ni un solo criado en la casa? —La voz sonó rasposa y poco amigable, intentando contenerse.

—No, pero yo no lo sabía. Lo supe cuando él, cojeando sin la ayuda del bastón se fue a por el almuerzo y volvió cargado con la bandeja, que temí que tirase en cualquier momento debido a la falta de equilibrio. Deseaba irme con todas mis fuerzas, pero no quería ser descortés y tampoco quería alimentar la ira de Viviane, pensando que estaba arriba y que cuando se enterase que había dado un desplante a su esposo, se molestaría mucho conmigo.

—¿Me quieres decir, por qué cojones fuiste a ver a esa zorra del demonio, que lo único que siente hacia ti, es envidia y más envidia? Explícamelo, porque no lo entiendo. —Arrastró las últimas palabras y ella sintió que todo esto no había hecho más que empezar.

Intentó ser lo más convincente posible, dándose cuenta de que Ralph no estaba por la labor, que no se cortaba un ápice en emplear

vocabulario soez, y que se mantenía frío y distante, pues las explicaciones no le convencían.

—Solo quise ser amable, nada más. Ella me había invitado mucho tiempo atrás y yo siempre le había dado largas y ahora, que ella ha perdido un hijo, otro, pues... quise darle un poco de apoyo. Y tampoco creo que me tenga envidia, es solo, que ella es así. —El hombre no aguantó más y se movió como una fiera enjaulada por la lujosa habitación, viendo, pero sin ver, las ricas maderas que forraban unas paredes, o las sedas más exquisitas que hacían lo propio en otras.

Clavó la vista en todas las chucherías del tocador, deseando estrellarlas contra el suelo, y se volvió de golpe.

—¡Cómo puedes ser tan condenadamente ingenua! Te odia, te tiene tanta envidia que le corroe por dentro como un puto veneno. Desde que llegaste, desde que te conoció, te odia a muerte. A ver si de una vez por todas, te enteras. Todas las mujeres te envidian, pero esta, te desea lo peor y yo, tu marido, no quiero que te acerques a ella y al marido, menos. Y me importa una mierda que esté lisiado y que le tengas lástima. ¿Está claro? —La joven afirmó ligeramente, tragando saliva y deseando que ahí acabase todo, pero no tuvo esa suerte.

—¿Y cuándo piensas enterarte, que una mujer de tu clase social, no va sola a los sitios? ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza? Aquí no estás en las Carolinas, maldita sea. No puedes ir por los sitios a tu antojo, entrando y saliendo como si tal cosa y pensando que puedes hacer lo que te dé la gana. Ya no se trata solo de las habladurías de la gente, te pueden secuestrar, te pueden robar... —Hizo una pausa y añadió—, o te pueden violar, maldita sea. Entiéndelo, joder —masculló entre dientes, sin quitarle los ojos de encima.

Ella se mantuvo quieta, escuchando el sermón del marido, que no levantaba la voz, pero las palabras le traspasaban por la manera de decirlas, por la forma de reñirla como si fuese la muchacha que se encontró años atrás y, sobre todo, por esa frialdad con que la trataba, sin contar con los tacos que decía, ya que habitualmente se guardaba mucho, por si acaso a ella se le ocurría recordar viejos

tiempos y soltar alguna palabrita fuera de lugar y por supuesto, impropias de una dama.

Era horrible, era doloroso, que la tratase de esa forma, de esa manera tan humillante. No había hecho nada malo.

—Lo siento. Creía que como estábamos en la playa... —Él acomodó su cuerpo en un sillón y soltó el aire, sin quitarle los ojos de encima.

—Da lo mismo, Taylor. Da lo mismo. La ciudad, la playa o el puto campo, da igual. Una dama se comporta siempre de la misma forma, esté donde esté. ¿Tanto trabajo te cuesta comprenderlo? —Ella ya se estaba hartando y el carácter rebelde y salvaje de los años de la posguerra salieron de una.

Se levantó de golpe y mirándolo con rabia le espetó de una.

—¡Me importa un rábano! ¡Estoy harta de tanta hipocresía! Los hombres hacéis todo lo que os place y nosotras tenemos que estar sometidas a la tiranía vuestra y de una sociedad machista y abusona y retrógrada, que lo único que quiere es tenernos aplastadas como si fuésemos unos gusanos de mierda. —Los ojos del hombre se agrandaron al máximo y se levantó hecho una furia.

Lo que le faltaba.

La cogió por la cintura volando por los aires, se sentó en la cama y la colocó sobre sus piernas, sin hacer caso de sus gritos, pero notando como esa bata se abría por todos los sitios y sus grandes manos tan pronto tocaban el resbaladizo satén o la tersa y turgente piel de ese cuerpo que deseó desde la primera vez que puso la vista en ella.

—¡Vas a recibir unos azotes y se te van a quitar las ganas de replicarme y de enfadarme! —amenazó, sujetándola con fuerza y disponiéndose a dejar el culo al aire y volver a mancillar esa piel, como hizo en el pasado.

—Como me pegues, no te lo perdonaré nunca y ten por seguro que me las pagarás —amenazó entre dientes, notando como su trasero quedaba al aire y respirando a una velocidad vertiginosa, al tiempo que se sentía humillada, ofendida y menospreciada.

No tenía ningún derecho a tratarla de esa forma.

No.

—No me amenes o el castigo será peor, Taylor. —El primer azotazo llegó sin mediar más palabras, e hizo que la muchacha se mordiera el labio inferior y apretara los muslos.

El segundo cayó al momento, pero ella pensó que no los estaba dando demasiado fuerte.

El tercero dio en el borde de una nalga y al comienzo del muslo.

El cuarto fue dirigido en todo el centro, donde se unían los muslos y el culo, notando un centelleo en sus partes íntimas.

El quinto fue entre suave y picoso y se sobresaltó...

Notó la erección del hombre y sin saber por qué, sin entender que unos azotazos en forma de castigo lograran eso, ella se excitó.

Al máximo.

Lo que produjo que relajara las nalgas y las pusiera un poco, solo un poco, en pompa, esperando el siguiente azote.

Él se dio cuenta y ella escuchó la respiración acelerada del hombre y la suya propia.

El sexto fue un cachete en la nalga derecha, para ponerla colorada...

Y el séptimo, otro en la otra nalga, para ver como ella abría los muslos un poquito y los ojos del hombre se dirigieron a esa abertura, a ese triangulito.

Ella ya no gritaba, ni se removía para evitar el castigo, ni lloraba. Al contrario, había recibido esos azotes, que se suponían eran un castigo y se habían convertido, en una tortura para él y una experiencia nueva para ella. Porque estos azotes, no eran como los que recibió en Charleston, sí dolían, un poco, no mucho, pero también le producían unas sensaciones que le enrojecían las mejillas. Y él, estaba duro como una piedra debajo de ella. Notaba el miembro contra su vientre y su vagina palpitaba de la misma forma que su trasero deseaba otro cachete y que los largos dedos penetraran en ella; y como si le hubiera leído el pensamiento, le soltó otro azote en la confluencia de los muslos y ese trasero respingón, en ese triángulo que daba entrada al centro del placer, y ella soltó un gemido de puro deleite, haciendo que el hombre murmurara por lo bajo y que moviera la erección contra la barriga y

el estómago de ella, sabiendo que todo se le había ido de las manos y que con la erección que mostraba, estaba en sus manos.

—Dios, eres mi perdición. —Las palabras roncadas del hombre, solo hicieron que la muchacha elevase más el culo y él metiera dos dedos dentro de la vagina mojada, sacándolos y volviéndolos a meter, notando como ella se agarraba a sus piernas, a sus gemelos, gemía, aplastaba los pechos contra los muslos y elevaba más el trasero para que él llegara hasta el fondo y repitiera la operación hasta cansarse.

Él rugió excitado y doblándose clavó sus dientes en un glúteo colorado, para luego pasar la lengua y lamer esa piel azotada y marcada por su mano y sus dientes, sin dejar de entrar y salir con los dedos, frotando el clítoris y notando como la llevaba hasta el orgasmo, no una, sino dos veces seguidas, ya que ella no se molestó en ocultarlo, jadeando y suspirando como siempre lo hacía.

Mientras respiraba con dificultad, él deslizó los dedos por la rajita del culo, despacio, frotando, tocando y metiendo lentamente el comienzo del pulgar por el ano dilatado, alucinando de tener una mujer tan receptiva, pero volviéndose a enfadar al pensar que se le pudiera pasar por la cabeza, obtener placer con otro hombre que no fuera él.

La cogió por la cintura y la sentó sobre sus piernas, a horcajadas, con la bata abierta enseñando los pechos en todo su esplendor y devorándola con los ojos brillantes, capturando la boca y ahuecando sus grandes manos sobre los bamboleantes pechos, para tirar de los pezones al mismo tiempo que las lenguas se enredaban como dos locos llenos de pasión, de lujuria desmedida.

Él se tragaba los gemidos de ella que estaba tan excitada como él y eso le gustaba y le molestaba a partes iguales. Sin dejar de besarla, de comérsela con la boca, de chuparla y de morderle los labios, para después lamerlos con ansia. Desabrochó los pantalones, dejando libre la dura erección que tenía, que estaba a punto de reventar y que llevaba así, desde que la colocó encima de sus piernas y dejó el trasero al aire.

Ella se agarró a sus hombros y notando esas fuertes manos en su cintura, guiándola para que el grueso y tieso miembro entrara en ella

de una, se dejó caer sobre él, soltando un suspiro al notar como su cuerpo se adaptaba a esa erección grande, dura, potente, que la llenaba por completo, que le gustaba tanto, que a veces le daba miedo. Esa unión la llenaba de satisfacción e hizo que se pusiera a cabalgarlo, para que no lo olvidara nunca. Que supiera y se diera cuenta, de que por mucho que la riñera, ella era así y así, era como a él le gustaba.

Se movió despacio, contrayendo las paredes de la vagina una y otra vez, para que él sintiera más placer, para que él murmurara por lo bajo.

—Eres mi perdición..., me vuelves loco..., me sacas de mis casillas..., eres la lujuria hecha mujer. —La voz ronca y anhelante, aún la excitaba más.

Y todo lo que siguió, solo enardeció el fuego entre ellos.

Las palabras se volvieron más vulgares, y ya no se conformaba con la pasión, sino que, ahora, en esos momentos, estaba cachondo como un perro en celo y que esas tetas gordas y tiesas lo trastornaban por completo y esa boca de labios rellenos y lengua sonrosada, era lo más bueno que había comido en su vida, sin olvidar ese coñito que lo estaba apretando, que lo estrujaba de la manera más deliciosa posible y que iba a lograr que se corriera como una puta catarata en pleno deshielo.

Emitió un ronco gemido, gruñendo de nuevo y sus rudas manos se cerraron con fuerza sobre la pequeña cintura, bajando la morena cabeza y metiendo el rostro en el blanco y delicado cuello, resollando sin poderse contener, pensando en el tiempo que había pasado desde que tuvieron un polvo tan salvaje, tan rudo, tan extraordinario, tan fuera de lugar; para darse cuenta al momento, de que nunca había existido. Que nunca había azotado ese culito tan precioso, para terminar, masturbándola y follándola después, de una forma tan brutal y tan inusual entre esposos.

De pronto se sintió como un perverso y lo que era peor, como si su delicada esposa, fuese una puta cualquiera. Respiró varias veces y de golpe, la levantó de una y salió de su cuerpo, dejándola sentada en la cama y él, de espaldas, arreglándose los pantalones y más enfadado todavía.

Se volvió para mirarla, para ver que esos gloriosos pechos estaban ocultos, gracias a la bata cerrada a cal y canto.

—No creas que esto cambia las cosas. Estoy enfadado y no voy a consentir más tonterías. Esta noche iré solo a la cena y tú te quedarás aquí. Y espero no tener que partir algún labio, nariz o ceja, si alguien se atreve a decir algo fuera de lugar sobre mi esposa. Mañana, nos iremos al campo. Un tiempo fuera, vendrá bien para que los putos chismosos se calmen y la tomen con otra. Me repatea las tripas que alguien hable mal de ti, me encabrona que los hombres que conozco y los que no también, piensen que mi esposa es una casquivana, que las matronas digan que ya se esperaban algo así, que desde que te vieron sabían lo que iba a suceder tarde o temprano. —Hizo una pausa, sin dejar de mirarla; sintiendo el dolor de ella, sintiendo su congoja, pero siguió hablando con voz glacial, con una dureza propia de él, pero no empleada contra ella en ocasiones anteriores—. Pero hay otra cosa que hace que me enfade sobremanera, que seas tan boba, como para pensar que puedas comportarte como te dé la gana, como se te antoje y que ese comportamiento, no vaya a tener consecuencias. Madura Taylor, asume el hecho de que eres una mujer y te debes a tu marido y a las normas establecidas, y de que todo, absolutamente todo, tiene sus consecuencias. —Se miraron durante unos segundos.

Él esperando que ella saltara con alguna frase fuera de lugar y ella, que él le dijera: ven aquí nena, deja que te abrace, no pasa nada, yo te protejo contra todo y contra todos.

Y como si le leyera el pensamiento, en parte al menos, añadió con voz ronca, antes de coger la chaqueta y salir de la habitación.

—Como alguien te falte al respeto, sí es hombre lo mato y si es mujer, arruinaré su vida hasta las últimas consecuencias.

La puerta se cerró con tal suavidad, que, para ella, fue peor que si hubiera dado un portazo y una vez que se quedó sola, comenzó a hipar como si fuese una cría pequeña, rompiendo a llorar desconsoladamente.

Maldita sea, pensó, yo no tengo culpa de que el mundo sea así, yo no tengo la culpa de tener este aspecto y de que las mujeres me envidien.

Con relación a que la deseasen los hombres, no entraba en su ecuación, pues ella siempre había pensado que los hombres deseaban a todas las mujeres, sin importar si eran más hermosas o menos, o si tenían un cuerpo mejor o peor. Ella sabía que había hombres de toda condición y la mayoría, no eran tan delicados como su esposo; la mayoría se conformaban con un buen par de tetas, o en su defecto, un par de tetas, y el agujero entre las piernas para descargar y listo. Eso era lo que había visto y oído desde pequeña, y aunque ahora se encontrara en lo más alto de la escala social, en el fondo, seguía siendo igual.

Se dejó caer en la cama y se hizo un ovillo, mirando, pero sin ver, los lujosos vestidos amontonados uno encima de otro para la cena de esa noche. Como se lo pasarían esas matronas y sus lenguas viperinas, con la ausencia de ella, imaginándose todo lo imaginable, pero a ninguna de esas mujeres y a ninguno de esos caballeros se les pasaría por la mente, que su amado esposo le había dado una azotaina, para seguir con una masturbación en la misma posición y después, ponerla encima de él y hacérselo de la manera más salvaje, que seguramente ninguno, lo haría con su esposa; ni tan siquiera con su amante... en sus estúpidas y aburridas vidas.

Con ese pensamiento se adormeció, para despertar bruscamente una hora más tarde y acordarse de sus hijos, pensando dónde estarían.

A la cena fue solo, disculpándose ante todos los presentes, por la ausencia de su madre y esposa, diciendo que debido a una indisposición de Deborah y ante la insistencia de su mujer de quedarse acompañándola, para darle los mimos que le daría una hija y acompañada por sus alborotadores nietos, se había visto en la necesidad, de asistir solo, antes que faltar a una de las maravillosas cenas de la querida anfitriona, la señora Rochester.

De ese modo, todo resultó como se esperaba y si alguien pensó en algo inadecuado o inapropiado, se abstuvo de hacer comentario alguno, ni tan siquiera en plan cuchicheo aprovechando un descuido. Dio gracias también, a que no asistieron a esa cena, ni las Weide, ni el matrimonio Thomson, que seguramente le habrían

puesto en una posición más incómoda y probablemente, habría tenido unas palabritas con el lisiado.

Cuando entró en la habitación, pasada la medianoche, una de las lámparas estaba encendida y pudo ver a su esposa acurrucada en la gran cama y supuso que dormía. Se desnudó despacio, mientras recordaba como su madre se puso de parte de Taylor, diciendo que, si su nuera no iba a la cena, ella tampoco. A lo que él contestó que le parecía perfecto. Él asistiría, alegando que su madre estaba indispuesta y que Taylor se quedaba acompañándola.

—Sin problemas —dijo con gesto serio—. Asunto resuelto —añadió con cara de pocos amigos.

Se cambió de ropa en su antigua habitación, no sin antes estar un rato con sus hijos y aceptar de buena gana las carantoñas de su hija, que tenía adoración por el padre y que en esos momentos acusaba los celos por los hermanos menores.

Desnudo, apagó la lámpara y se metió en la cama, sin tener ni pizca de sueño y sin dejar de pensar en todo lo ocurrido y, sobre todo, en lo que había pasado esa tarde, en esa cama. Cuando estaba dispuesto a cerrar los ojos, girar su cuerpo hacia afuera y dormir algo, unas horas tal vez, el cuerpo de ella se movió y notó un brazo largo y delgado, que con cierto temor se acercaba a su pecho.

Se quedó quieto y esperó.

Esa voz acariciadora, sensual y algo ronca por el llanto, llenó sus oídos.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Él sintió un cosquilleo en el estómago.

Dios, como amaba a esa mujer, a esa criatura que a veces se comportaba como una cría juguetona y otras, como una mujer en floración, en todo su esplendor. No podía estar enfadado con ella, ni podía, ni quería. Tenía asumido, casi desde el principio, que esa muchacha, esa mujer, era su debilidad.

La cobijó contra su pecho y ella se pegó como una lapa, notando la humedad de sus tersas mejillas, que mojaba el vello de su tórax.

—Ya lo sé, mi amor. No llores, por favor te lo pido. No quiero que sufras más por esta situación. —Fueron las palabras graves, pero al

mismo tiempo, amorosas.

—Yo no quería ofenderte. No pensé que esa visita se desarrollaría así, de verdad que no. Si llego a saber que Viviane no estaba, te juro, te juro por lo que más quieras, que no habría ido. —Las palabras salían en susurros, pero eran claras y explícitas para los oídos del hombre.

Dejó caer un beso en la cabeza, sobre ese pelo sedoso, para seguir con otro en la frente.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Pero si hubieras ido acompañada, por Melissa o por Lucy, nada de esto hubiera pasado. Esa chismosa no podría haber dicho nada. Lo entiendes, ¿verdad? —Notó el movimiento de la cabeza contra su pecho—. Venga, no pasa nada, no pienses más en ello. Ahora a dormir y mañana, a prepararlo todo para ir al campo.

—¿Es un destierro? —La pregunta hizo reír al hombre.

La abrazó con más fuerza, notando como se aplastaban los pechos contra su duro tórax, al tiempo que metía la naricilla en el hueco de su cuello.

El aroma que desprendía, lo estaba embriagando, excitándose de manera clara, haciendo que su miembro se pusiera duro, como siempre que la tenía cerca.

—No exactamente. Digamos que así se tranquilizaran un poco las lenguas charlatanas y cotillas, y nosotros podremos estar con los niños más tiempo y disfrutar de otro entorno.

—¿Y Deborah?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Vendrá con nosotros?

—Ya sabes que su amiga está muy enferma. Seguramente le quede poco tiempo de estar en este mundo y ella querrá acompañarla. No tiene esposo, no tiene hijos, los sobrinos están en Inglaterra. —Hizo una pausa, acusando cada parte del cuerpo femenino pegado al suyo—. Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Al terminar de pronunciar esas palabras, el cuerpo terso y cálido no podía estar más pegado; pero lo que era peor, se estaba restregando contra él.

Al amparo de la oscuridad, ella frotó los pechos lentamente contra el torso del hombre y se atrevió a llevar una mano al bajo vientre, jugueteando con los rizos de esa zona peligrosa y notando como la respiración masculina se hacía más profunda.

—¿Quieres jugar, mi niña? —Fueron las palabras roncas y algo bruscas del hombre, que no se movió, queriendo saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar su traviesa esposa.

—Siempre. —Fue la contestación de la joven, que seguía enredando los deditos en los rizos tan cerca de la erección, que con un pequeño movimiento tocaría esa dureza grande y suave, haciendo que él se mordiera el labio del placer que anunciaba.

—¿No has tenido bastante esta tarde? —La pregunta fue hecha con pequeños intervalos, debido a la excitación.

—Esta tarde ha sido un poco violento —confesó, pero sin dejar de tocar, provocando que la excitación de ambos fuese en ascenso.

Él permanecía impasible, intentando controlarse para no cogerla de inmediato y subirla encima de su ingle; pero la palabra violento, le incomodó un poco.

—¿Te ha dolido mucho? —La risita femenina, lo enervó más todavía.

—No. Me hiciste más daño en Charleston. Lo de esta tarde..., me ha gustado..., bueno, al principio no. El primer azote me ha disgustado, pero..., luego..., al notar tu mano en mi trasero, cada vez que tocaba mi piel, me llegaba un pequeño calambre a mis partes, haciendo que me excitara más y más. Y cuando he notado..., tu miembro hinchado, como ahora, contra mi barriga..., he sentido un calor abrasador por todo el cuerpo y he deseado con locura que me tocases, aunque fuese dándome cachetes en las nalgas.

—Por Dios, ¿sabes lo que estás diciendo? —La voz ronca y en forma de anhelo, se escuchó en la oscuridad.

—Sí. Sé muy bien lo que digo. Cada una de mis palabras, esposo mío. —Fue un susurro hecho de tal forma, que aún lo excitó más.

Tenía que hacer esfuerzos para permanecer quieto, pero al mismo tiempo, deseaba estar así, disfrutando de ese momento erótico y algo más. Por qué las relaciones sexuales con su mujer le

resultaban tan placenteras, tan estimulantes, tan pecaminosas... Eran como si cada vez estuviera con una mujer distinta y luego volviera a repetir; era como si estuviera con la mayor y más exquisita cortesana, pero para él solo, para disfrutarla a su antojo, todas las veces que quisiera. Pero lo que más caliente le ponía, era poder hacer con ella lo que quisiera, tratarla como a una puta experta y cachonda, o, por el contrario, una delicada y tierna damita, que hasta se le escapaba una lágrima de vez en cuando.

Pero esta noche, no iba de lágrimas, esta noche continuaban con lo practicado esa tarde y él ya estaba caliente y nervioso al sentir que ella quería más y escuchando esa confesión, diciendo que los azotes le habían gustado, la habían excitado.

Fue entonces cuando llevó esos deditos a su pene y ahogó un taco, para notar al momento siguiente, que se ponía de rodillas, se quitaba de una el camisón y acercaba esa preciosa boca hasta la punta hinchada de su miembro.

—Santo Dios, Taylor. ¿Sabes lo caliente que me pones? ¿Lo mucho que me excitas? ¿Sabes lo que me haces? ¿Lo que provocas en mí? —Ella separó la boca de la punta, pero sin soltar la mano.

—Sí, lo sé —contestó con voz melosa, ligeramente arrastrada y muy, muy caliente—. Lo sé y me gusta. Adoro que te hinches de esta manera antes de tocarte y adoro provocar todas esas cosas en ti. Me gusta que te pongas tan caliente, porque así es como tú me pones a mí. Me gusta tanto tocarte..., tanto..., como que tú me toques a mí. Es tan excitante recorrer tu cuerpo con mis manos, que lo único que deseo es tomarte en mi boca.

Y con esas palabras, se introdujo el pene despacio, chupándolo, lamiéndolo, para tragárselo entero y adsorber como si quisiera comérselo todo, succionarle el alma, amparada en su gloriosa melena que rodeaba las caderas del hombre.

Y cuando él gruñó como un oso que se siente atacado, ella sonrió. Y cuando notó sus caderas ascendiendo hacia ella para que se la volviera a tragar, ella obedeció, lamiendo, chupando y utilizando los labios y la lengua de una manera tan experta, que él se mordió el labio de puro placer. Pero al notar que ella metía la cabeza entre sus

piernas y lamía los testículos de una forma enloquecedora, sacó todo su autodomínio para no irse en cuestión de segundos y llevó una mano para meterla entre los muslos de ella y martirizar el clítoris, como ella estaba haciendo con toda su hombría. Y ella disfrutó de ese juego, y ella abrió sus muslos para que él jugase con el minúsculo capullo, para que le metiera los dedos, sacándolos y volviendo a meter, mientras ella le lamía y le chupaba por donde una mujer decente no debe andar nunca.

Y se corrió de golpe, con un gritito, mientras aplastaba la cara contra esas bolas gordas y suaves, para volverse a correr otra vez y volver a dar otro gritito, ya que esos dedos largos y hábiles no dejaban de martirizarla, sintiendo que su cabeza explotaba en millones de estrellitas y cerrando los muslos ante tanta euforia que no podía aguantar. Pero no perdió más tiempo del debido, para que su esposo siguiera por el mismo camino, metiéndose el pene en la boca y chupando con ansia, al tiempo que pasaba un dedito por la hendidura del ano del hombre, para en cuestión de segundos, aullar de placer y explotar en el interior de esa cálida boca.

Se quedaron quietos durante unos segundos, respirando con dificultad, para él sacar la mano de entre los muslos y acariciar el trasero, mientras ella frotaba la mejilla contra el miembro todavía duro y los testículos calientes.

La incorporó con sus fuertes brazos y la colocó en su regazo, todavía respirando con rapidez. La arrimó contra él y resopló ante la situación vivida. Con voz grave, pero más en susurros que otra cosa, le advirtió.

—Por Dios te lo pido, Taylor, ni se te ocurra hablar de esto con nadie. Con nadie, ¿me oyes? —Ella lo miró sonriente.

—Pues claro. ¿A quién se lo iba a decir? —preguntó, haciéndose la inocente.

—Ni a Melissa, ni por supuesto a mi madre. —No era un ruego, no era una petición, era una orden estricta.

—Por supuesto que no —contestó, haciéndose la ofendida, al tiempo que aguantaba la risa.

—Y tampoco a Lucy —añadió por si acaso no estaba claro el tema.

Ella ya no ocultó la risa y se abrazó a él.

—Jamás. Me moriría de vergüenza si tuviera que hablar de algo así, de lo que hacemos al amparo de la oscuridad.

—Estoy hablando en serio, Taylor. —notó como la muchacha se incorporaba y apoyaba un brazo en ese pecho ancho y poderoso, al tiempo que pasaba un dedo por los labios del hombre.

Sabía que Ralph hablaba muy en serio, después de todo era un caballero, un hombre de principios y esto, parecía que se le iba de las manos.

—Y yo también, señor Hathaway. ¿Pero qué se ha pensado? Cómo voy a contar a mi suegra, o a mi amiga, o por Dios santo, a mi doncella, que me meto en la boca el miembro de mi esposo, o que me gusta que me dé una tunda en el culo, para después..., hacérmelo como si fuese una mujer de la calle. —Se quedaron callados durante unos minutos y entonces él, comenzó a acariciar ese trasero firme y respingón.

Ella le dejó hacer y cuando el hombre dijo lo siguiente:

—Tienes un culito precioso. Lo sabes, ¿verdad? —Ella sonrió satisfecha.

—Lo único que puedo decir, es que me gusta mucho, que te guste mucho. —Hizo una pequeña pausa y con voz susurrante, le preguntó—. ¿Lo quieres? ¿Ahora? —Esa oferta tentadora, provocó una maldición tras otra, brotando de la boca masculina y que esas manos grandes se pusieran en movimiento para continuar con una noche de pasión desborda, llena de pecado y lujuria.

CAPÍTULO 22

Llevaban una semana en el campo, cuando llegaron noticias de Boston anunciando la muerte de la amiga de Deborah. Ralph se dispuso para volver a la ciudad, para asistir al entierro y traerse a su madre, pero no claudicó ante la petición de su mujer. Ella se quedaría allí, con los niños y el personal de la casa, aparte de las niñeras y de Lucy. En un par de días, tres a lo sumo, estarían de vuelta y seguramente se traería a Melissa y sus hijos, para que pasaran una temporada con ella, ya que seguramente, Orlando y él tendrían que hacer alguna escapada a las fábricas.

Ella lo aceptó. De buena gana. La verdad había sido, que había dicho lo de acompañarle por cortesía, pero para qué negarlo, a ella no les gustaban los entierros; es más, los odiaba con todas las fibras de su ser. Para su gusto, había presenciado demasiados, su padre, su madre, su hermana, el bebé de su hermana..., eso sin contar con los tres confederados que mató. ¡Uf! Parecía que habían pasado siglos de aquello. Volvió a la realidad, agradeciendo sin palabras, que Ralph no la llevara con él. Prometió ser buena y recordándole que no le quedaría tiempo para aburrirse, con tres niños a los que atender.

Ralph se fue, pero sin saber por qué, sintió un malestar imaginario dentro de sí. Rechazó el desagradable pensamiento de que algo malo pudiera ocurrir en su ausencia y azuzó al brioso semental, pensando que cuanto antes saliera, antes estaría de vuelta. Y una vez que Taylor se quedó sola, al mando de la casa, al mando de los criados, decidió, que un ratito por la tarde, cuando los niños estuvieran echando la siesta, ella iría a dar un paseo por los alrededores. Ella sola, disfrutando de la naturaleza, pensando en sus cosas, relajándose con tanta belleza que les rodeaba y disfrutando de ese placer a sus anchas. A fin de cuentas, tenía a Eliza que manejaba a los niños de maravilla, aunque los pequeños

tenían sus respectivas niñeras, y por descontado, estaba Lucy. Su querida Lucy que podía estar en todo, sin problema alguno. Además, al pequeñín, Jeremy, ya no le daba pecho, con lo cual, le dejaba más tiempo libre y eso quería decir, que podría montar a caballo y moverse a sus anchas, o acercarse al río y quién sabe, a lo mejor pescaba algo para recordar los viejos tiempos. Podría llevarse a los mayores, pero mejor no. Ralph era todavía pequeño y Alessia, ay, Alessia era demasiado traviesa para llevarla con ella. Se pasaría todo el tiempo parloteando con esa lengua de trapo y queriendo hacer lo que le diese la gana; no. Esas excursiones las dejaría para cuando llegase Melissa, o para hacerlas con Eliza y las otras niñeras, además de Lucy.

Y sin saber por qué, cuando salió por la tarde, dirigió los pasos hasta el río, para después poner dirección a la casa de Davenport, sin pensar, sin llegar a imaginarse, ni por lo más remoto, que esa noche no la pasaría en su casa, al lado de sus hijos, con la gente que la quería y quería.

Cuando despertó, no supo dónde se encontraba, ni qué había ocurrido. Estaba desorientada por completo; pero una vez que sus oídos escucharon esa voz masculina, la asimilaron y su cerebro rápidamente puso en orden todos los acontecimientos.

Cómo dirigió los pasos hasta la casa de Davenport, cómo vio la puerta principal entreabrirse y asomar la cara de Thomson, relajada, atractiva, simpática y muy amable, cómo en un momento sustancialmente corto, le informó que su esposa y él habían venido a pasar unos días, que las cosas iban mucho mejor entre ellos y que seguramente, probablemente, vendría un hijo en camino.

—Por favor, Taylor, pase, tenga la bondad —dijo el antiguo teniente de La Unión, añadiendo, elevando la voz ligeramente—. ¡Viviane, Taylor está aquí! Baja por favor, vamos a recibir a la señora Hathaway como se merece.

Recordaba cómo sus piernas dieron un paso y otro y otro, entrando en la casa de madera, para notar segundos más tarde un fuerte golpe en la cabeza y perder el conocimiento.

Y ahora, todo estaba oscuro y era una oscuridad absoluta. Solo cuando después de escuchar la voz de Thomson y oír las pisadas

desiguales, vio las escaleras que subían y él, que bajaba con un candelabro de plata, soportando una vela recién estrenada y agarrándose a la pared, pues no había barandilla. Pero no era la oscuridad lo que asustó a la muchacha, tampoco el oír la voz del hombre, lo que le dio un miedo atroz, fue notar las ligaduras en sus muñecas, a la espalda de la silla y los pies amarrados a las patas de esa silla; y por si eso, de por sí, le pusiera los pelos de punta, la mordaza que tapaba su boca le hacía temer un ataque de pánico de un momento a otro.

Tragó saliva al ver por completo a ese hombre, en mangas de camisa y un pantalón de piel marrón, algo ancho de perneras, que disimulaba la diferente musculación de un muslo y de otro. Su rostro estaba adornado con una hermosa sonrisa. Cogió una silla de un rincón oscuro, dejó el candelabro encima de una mesa llena de polvo, para seguidamente, llevar una mano a la espalda y dejar ver un revólver que colocó al lado del sencillo candelabro. Los ojos turquesa se clavaron en el arma, dándose cuenta de que era un LeMat, un revólver usado por los confederados en la guerra, con dos cañones superpuestos, el superior para balas y el de abajo, más corto, para perdigones. Estaba en muy buenas condiciones, a excepción de alguna grieta en las cachas de nogal. Él se dio cuenta de la inspección de la chica y con una sonrisa le dijo:

—Recuerdo de guerra.

Con esas palabras, se acomodó enfrente de ella, soltando un pequeño suspiro. Ahora se podían ver bien las caras, ahora sabía que estaba en el sótano de la casa de madera, ahora sabía que era la prisionera de ese hombre por el que había sentido lástima más de una vez.

—Esta pierna me está matando. No te puedes imaginar cómo me duele, a todas horas, todos los días. Unos ratos más, otros ratos menos, pero no deja nunca de fastidiarme la existencia. Y pensar que estoy así por ti. —Clavó sus hermosos ojos castaños sobre ella y Taylor se fijó en las pupilas dilatadas al máximo, sabiendo lo que eso significaba—. Sí, por tu culpa. O tal vez debería echársela a tu marido. Cómo me engañó el muy cabrón. Dentro de un año, Thomson, me dijo, deje que se acomode a la ciudad, que se

acostumbre. —Movi6 la cabeza sin dejar de observarla—. ¡C6mo me lo creí y cu6ntas ilusiones me hice!

Las miradas de ambos, no se retiraban. Al contrario, se miraban fijamente, se escudriñaban uno a la otra y viceversa. La castaña, embob6ndose con esa hermosura tanto tiempo deseada y anhelada, y la turquesa, creyendo que estaba viviendo una pesadilla y creyendo que ese hombre debía estar loco para hacer algo asÍ.

—Cuando ese puto, perd6name Taylor, perdona mi vocabulario soez y vulgar, pero bueno, t6 no te vas a asustar por unas cuantas palabras mal sonantes, a fin de cuentas, las habr6s dicho mil veces en tiempos pasados. —Hizo una ligera pausa y aprovech6 para quitarse el sudor sobre el labio—. Pues, como te decía, cuando ese puto caballo me dio la coz, estaba pensando en ti, en lo que ya sabía toda la guarnici6n, que la preciosa sureña, esa salvaje, mal hablada y hermosa como ninguna, se había casado con el rico y todopoderoso Hathaway. Por Dios, c6mo me doli6. No te imaginas hasta qu6 punto, hasta qu6 extremo..., no, no lo puedes imaginar..., y sigue, sigue doliendo. M6s que la puta pierna. —Silencio, durante unos segundos.

Unos largos segundos.

Taylor no despegaba los ojos del hombre, no perdía ni una sola de las palabras que salían por su boca, observando cada gesto, cada mirada, cada ligero movimiento.

—Era la destrucci6n de todos mis planes, de todos mis deseos. —Entrecerr6 los ojos con dolor, al tiempo que apretaba los labios en un rictus amargo—. De hecho, cuando me casé con esa zorra asquerosa, mi único motivo era estar cerca de ti. No pienses que yo creía que podría seducirte. Jam6s. No soy idiota y menos tonto. Ni con las piernas sanas, podría haber competido con ese semental que tienes por marido, ¿verdad, carita de ángel? —Ella sentía el coraz6n a mil y su mente pensaba qu6 hora sería, qu6 día, d6nde estaría su esposo, cu6nto tardarían en encontrarla, pero, sobre todo, su mayor preocupaci6n era, si la encontrarían con vida.

Este hombre estaba loco, loco de atar. Si al menos le quitara la mordaza, asÍ podría hablar con él, hacerle entrar en raz6n. Algo.

Pero atada de pies y manos, amordazada sin posibilidad de hablar, decidió moverse para llamar su atención. Pero no le sirvió de nada.

—Estate quietecita, Taylor. Lo único que vas a conseguir con eso, es caerte de cualquier manera y hacerte daño; y lo que es peor, tal vez no tenga fuerzas para enderezarte, o tal vez no me apetezca. Así que, quieta y dedícate a escuchar lo que tengo que contarte. —Hizo una pequeña pausa y sonrió con placer al ver que la joven obedecía—. Así me gusta, que seas obediente... Sabes por qué te he llamado cara de ángel. —No era una pregunta y por supuesto no esperaba contestación—. Todos pensamos lo mismo cuando te vimos en Charleston, pero yo especialmente. Me recordaste a mi hermana. Ella también tenía esa expresión en el rostro, esa dulzura en la mirada, ese rostro entre dulce y virginal; pero no era tan perfecta como tú, no era tan bella, pero casi te alcanzaba, casi. Pero cuando todos los que estábamos presentes, te oímos utilizar ese lenguaje, cuando fuimos testigos de ese encontronazo en la calle con ese hombre... ¿te acuerdas? Por Dios... —añadió, bajando la voz y sin dejar de mirarla—. Jamás, pero jamás, había oído hablar así de mal, a una muchacha tan bonita, tan delicada, tan femenina, como lo eras tú, a pesar de llevar ropas de hombre. Pero ello, tu lenguaje soez, fue lo que me dio alas para pensar que estarías esperando cuando llegase a Boston; que un hombre como Hathaway no se iba a enredar con una salvaje como tú y menos casarse. Todos en La Ciudadela pensábamos igual, más o menos. —Retorció el gesto ante las siguientes palabras—. Alguno pensaba que se podría rebajar a echarte un polvo, pero eso traería muchas consecuencias, otros sin embargo decían que no, que él tenía lo mejor de lo mejor, de Boston o de Nueva York, o de Filadelfia. De cualquier lugar, la más bella y de la mejor familia. Lo mismo que pensaba yo. Y aún llegué más lejos, pensando que sí te... —Bajó el tono, hasta convertirlo en un susurro—, si te follaba y no eras virgen, te buscaría un marido rápido y si lo eras..., también. —Soltó una risa corta, carrasposa.

—Una muchacha tanto tiempo sola, o viviendo con esa vieja, da lo mismo, haciendo lo que te daba la gana y comportándote como un chico, diciendo las palabras más vulgares, nunca sería capricho

de un hombre como él. Estaba convencido, totalmente. No, no..., no entraba en cabeza que él se encaprichara de ti..., para follarte sí, pero no para casarse..., joder, ¡qué equivocado estaba! —Silenció su voz durante un largo minuto, sin dejar de mirar esos ojos turquesa y ese cabello brillante y suelto, cayendo en cascada por la espalda.

—No he podido resistir la tentación de soltar esa hermosa cabellera. No he podido. La he olido con frenesí y he frotado esos mechones contra mi cara cuando estabas inconsciente. —Una risa iluminó su cara—. También te he tocado, pero no te asustes, nada del otro mundo. A través de la ropa, para calibrar tus pechos y deslizar mis dedos por esos labios gruesos, rojos y tan bellamente dibujados. —Se pasó una mano por la entrepierna y ella se fijó en la ligera hinchazón—. No te asustes, no te voy a mancillar, aunque me gustaría. Pero no podría, no tendría valor. Ya ves, qué tontería ¿no? —Volvió a callar durante unos segundos, para continuar hablando—. Tengo valor para matar a una mujer, a mi mujer y no lo tengo para forzarte, para violarte. Es algo inconcebible para mí. No podría hacerlo, aunque quisiera, aunque se me ponga dura de pensarlo, no podría. Cuando quisiera entrar en ti, antes de acercar mi polla a tu coño, se me habría puesto blanda como una bola de pelusa. —Volvió a callar, fijándose en las rojeces que adornaban las mejillas de la joven y sonrió—. Mi hermana también se sonrojaba como tú. Cualquier cosa la sonrojaba, desde un día luminoso, hasta el aroma del pastel de manzana que cocinaba madre. Pero, sobre todo, cuando padre le decía que buena hija era, que bien se portaba con madre, con el hermano pequeño, conmigo y con él. Sobre todo, con él. —Hizo otra pausa y se humedeció los labios, pues tenía la boca seca.

—Vivíamos en una granja, en Vermont. Solitaria, sin vecinos cerca. Mi padre iba todas las semanas al pueblo más cercano para vender los productos de la huerta, los huevos que no gastábamos nosotros y alguna cosa más. Patricia era la mayor, me llevaba algo más de dos años, después yo, luego nació otro niño que murió al poco tiempo..., y la época que más recuerdo, la del final, había nacido otro crío que mantenía a madre ocupada y tal vez,

amargada. Era flaca, seca, de cuerpo y de carácter, supongo que cuando mi padre se fijó en ella, sería algo más agraciada, pero el recuerdo que tengo, no era así. Yo me parecía a mi padre y me parezco, ahora. En esa época, él debería tener los años que yo tengo ahora. El recién nacido, era demasiado pequeño para compararlo con alguien y Patricia..., ellos decían que se parecía a una abuela, no sé a cuál. Tenía el pelo rubio, pero sin matices como los que tú tienes; el suyo era un pelo del color de la paja, que cuando llegaba el verano se aclaraba hasta ponerse casi blanco. Y sus ojos eran azules, como un cielo de verano. La piel blanca, rosada por algunas partes. Inmaculada, toda ella, eso creía en aquella época. Si te soy sincero, estaba celoso de ella. —Volvió a hacer una pausa, viendo la atención que prestaba Taylor y sonriendo ante ello—. Sí, muy celoso. Para empezar, yo tendría que haber nacido el primero y para continuar, yo tendría que ser el que ayudaba a padre. Acaparaba toda la atención de él y eso, no era nada justo. Así que, decidí tomar cartas en el asunto, a pesar de solo tener diez años. Una noche, cuando ya habíamos cenado y padre se iba al establo a terminar la jornada, como él decía, y Patricia lo seguía para ayudar, como ella decía, les seguí. Esperé a que madre se metiera en su habitación con el bebé, para dormirlo, darle la teta y todas esas historias y fui al establo. Mis pies anduvieron con sigilo, ¿por qué?, me preguntarás, no lo sé, tal vez para darles una sorpresa, o tal vez... para no dármela yo. Antes de llegar, oí las risitas de mi hermana. Reía mucho, por cualquier cosa; parecía que todo le hacía gracia. Si madre le decía lo buena niña que era, risita, si padre le pasaba la manaza por el rubio cabello, risita, si yo le decía que era tonta, risita. Y esa risa, esas risitas continuadas y controladas, ya que el tono era lo más bajo posible para que no se escucharan fuera del establo, hizo que fuera más sigiloso y anduviera como un gato montés. La puerta estaba cerrada y para no hacer ruido y que no me descubrieran, fui por un lateral de la parte que daba al bosque y miré por una rendija más que grande, hallada entre dos tablas y una de ellas rota de tal manera, que si alguien supiera que estaba ahí y mirase al sitio concreto, me podría ver la mitad de la cara. Fíjate lo bien que podía ver. Porque en ese

ángulo, desde esa perspectiva, nada me ocultaba la visión de lo que ahí estaba ocurriendo..., se pone interesante, ¿verdad? Seguro que ya te lo imaginas.

Los ojazos de Taylor, no pestañeaban. Escuchaba atentamente todas las palabras que iban saliendo de la boca masculina.

—Eso creo que me pasó a mí, a pesar de mi corta edad y de que no tenía amigos mayores para enseñarme cosas sucias, me imaginé algo..., pero no tanto. Yo había oído a mi padre en la habitación con madre, y sabía que él se ponía encima y resollaba como un toro. Cuando eso ocurría, Patti también reía. La muy puta siempre reía. A ver, ¿cómo crees que se sentiría un niño de diez años, al ver a su hermana de doce, casi trece, pero sin desarrollar todavía, sentada en una alpaca, desnuda, con las piernas dobladas, abierta de par en par, y apoyadas en esa alpaca, mientras padre le pasaba un dedo por la vulva rosada y blanca, gordita y sin vello que la inundara? Mis ojos se salieron de las órbitas, viendo ese conejito y esas tetitas, que apenas eran dos bolitas, pero que los pezones llamaban la atención. Mi padre estaba de espaldas a mí, vestido, pero la mano que yo no veía, estaba trajinando su instrumento y le decía, te gusta que te haga esto, mi niña querida, te gusta que papaíto te toque el conejito, y ella reía como una boba y decía, sí, sí, me gusta mucho. Fue la primera vez que se me puso dura, y que me toqué. ¡Madre del señor, qué recuerdo guardo de esa vez! Mi padre se puso de perfil y le vi la polla, balanceándola y diciendo, mira lo que le haces a papaíto, mira mi pequeña niña. Tócala, anda mi niña, menéala. Y entonces ella, se sentaba en la alpaca de manera modosita, con sus rodillas cerradas y con sus manos agarraba el miembro de mi padre y jugaba con él haciendo que el hijo de puta disfrutara de una forma lenta y morbosa, hasta correrse en las manos de ella.

Hizo una pausa, contemplando los pómulos enrojecidos de la muchacha.

El hombre sonrió, pero fue una sonrisa dolorosa, pues a pesar de estar drogado, la pierna le dolía horrores.

—¿Y sabes qué hacía entonces, la muy cerda? —Hizo otra pausa, deleitándose con esos colores sonrosados de las mejillas de la joven—. Se frotaba las manos llenas de leche y se las pasaba por

la boca, de manera lenta y sexual, y luego por las tetitas, rodeando los pezones, de igual manera, y le decía a padre, ahora tienes que tocarme hasta que me hagas reír muy deprisa. Entonces padre, se sentaba en la alpaca, la ponía en su regazo, mirando hacia adelante y como si estuviera montada en un caballo, pero al revés, él se mojaba la mano con saliva y la tocaba con toda la manaza, le restregaba los dedos por la vulva, pero sin penetrarla, hasta que la risita comenzaba otra vez y acababa en un gritito que mi padre tapaba con su otra mano. —Hizo otra pausa, intentando descifrar si la muchacha estaba horrorizada ante lo que estaba oyendo, pero esos ojos turquesa no le demostraban nada; solo la rojez de esos pómulos daban cuenta del relato sexual y soez que ella oía palabra por palabra.

—Cuando mi hermana volvió a la casa, yo estaba acostado, compartíamos la misma habitación, no había más cuartos. Éramos pobres. Oí como se acostó el viejo, que no era viejo, ya te he dicho antes que tendría la edad que yo tengo ahora. —Soltó una risa áspera y dura, que produjo un temblor en Taylor—. Y cuando pasó un rato, entre susurros, le dije a Patricia que había visto lo que hacían en el establo. Sabes lo que contestó..., ya lo sé. Te he visto. Me quedé sin palabras durante unos segundos al oír esa contestación. Entonces añadí, en tono valiente, que se lo diría a madre y ella, soltó esa risita, pero muy baja y oí como salía de su cama. No lo harás, me dijo, y sabes qué, añadió, te voy a dejar que me hagas las cosas que me hace padre, ¿quieres? Yo estaba mudo, me había dejado de piedra. Se metió en mi cama y comenzó tocarme. Me dijo que la tenía muy pequeña, pero que ya crecería, pues yo, también era pequeño. Pero que, a pesar de ello, se ponía dura igual que la de un mayor. Me la manoseó y para mayor sorpresa mía, se la metió en la boca y chupó hasta que me corrí dentro de ella. Noté como se relamía y me dijo que la de padre no se la metía en la boca, que solo la meneaba hasta que soltaba la leche o que dejaba que se restregara contra su barriga, o sus muslos, mientras le manoseaba el culo o el conejito sin parar. Todo eso, lo dijo, lo contó, como la cosa más normal del mundo. Pero los dos sabíamos que eso no era lo normal, como no era normal lo que

ella me había hecho esa noche. En noches siguientes, después de hacerlo con padre, de yo espiar por la rendija y después hacérmelo a mí en nuestra habitación, me contó cómo empezó todo.

Volvió a callar durante unos instantes, sin dejar de mirar a la muchacha. Estaba disfrutando de tenerla así, para él, solo para él, de contar algo que nunca había contado.

—Fue cuando tenía seis o siete años, no lo recordaba con exactitud y comenzó a llevarla con él al pueblo; un día, a la vuelta, se salió del camino y metió la carreta en el bosque. Se puso a orinar delante de ella, sin ocultarse y fijándose en la mirada inocente de la cría. Le preguntó si quería orinar y ella dijo que sí, pero como otras veces había hecho, irse hasta un matorral, colocarse detrás y hacerlo, esta vez padre se lo impidió. La cogió, con suavidad, fue como ella me lo contó, le subió las faldas y se las retuvo en la cintura, haciendo que se pusiera en cuclillas y orinase, ya que no llevaba ropa interior. Al acabar y en esa misma posición, él le preguntó si ya había acabado, ella dijo que sí y él dijo que la iba limpiar. Pasó sus grandes y callosos dedos por la vulva, mojándose con la humedad y volviendo a repetir la operación, pero más despacio para que la niña fuese consciente de que esa mano la estaba tocando, la estaba acariciando y a ella, le gustó. Eso me contó. Me gustó, Brad, me gustó mucho. —Puso voz infantil para entonar esa frase y entrecerrando los ojos, pero sin dejar de mirar a la joven.

—De esa manera, la vez siguiente que fue con él, cuando iban al pueblo, le dijo con su vocecita de niña buena, ¿vamos a parar para mear? Y padre, mirándola sin creerse que la cosa resultara tan fácil, dijo, luego, a la vuelta. Pero no se lo digas a nadie, ¿me oyes?, ni a mamá, o te daré una paliza que no la olvidarás nunca. ¿Y qué te crees que contestó ella? —Volvió a cerrar la boca para recrearse con el rostro asustado de Taylor—. Le dijo, no papaíto, no se lo diré a nadie. —Volvió a poner voz infantil—. Es nuestro secreto y si quieres, yo te puedo limpiar a ti. De ese modo, a la vuelta, se metió en el escondite y bajando de un salto y con la polla hinchada de solo pensar en su nena, la sacó y se la enseñó, diciéndole que se le había puesto así porque tenía muchas ganas de orinar. Ala, dijo ella,

pues venga haz pipi, continuó, pero sin atreverse a tocar esa cosa tan grande. Tócala, dijo padre, si la tocas con suavidad, podré hacerlo y no me dolerá. Ella le miró con sus grandes ojos azules, ¿te duele? Preguntó en su ignorancia. Aunque yo, muchas veces me pregunté, si Patricia había sido alguna vez ignorante o inocente. Total, que él le dijo que sí, que le dolía mucho y cogiendo la mano de su hija, la puso sobre esa piel caliente, suave y tensa y ella hizo una o, con la boquita y tocó todo lo que quiso, curiosa, mirando desde todos los ángulos, porque era de día, porque padre estaba de pie y era alto, porque ella era pequeña, bajita y cabía debajo de sus testículos. Vaya que sí, se empapó bien de anatomía masculina. Dijo que se acordaba perfectamente de todo, que podría haberle contado los pelos de los huevos si hubiese querido, porque él, se mantenía tenso, quieto ante el escrutinio de la niña, sujetándose la polla con una mano, con los pantalones bajados, los huevos al aire y viendo como su hijita de seis o siete años, miraba con ojos abiertos como platos, todos los rincones oscuros. Se ve que no pudo más y eyaculó como un torrente, provocando que la niña abriera más la boca y los ojos al ver ese surtidor y dijera que eso no era pis, que el pipí era amarillo y eso era como leche, parecido a lo que mamá tenía en las tetas para alimentar a los bebés. Él le explicó, que eso que había echado era un líquido que, al salir de esa parte, le había quitado el dolor que tenía y ahora, ya podía orinar correctamente. Ella afirmó con la cabeza y él, después de vaciar la vejiga, se acercó a ella y le levantó las faldas y puso una manaza sobre su pequeño trasero. Como digas algo, te daré azotes en el culo, hasta ponerlo como una sandía y no te podrás sentar en un mes, ¿está claro? Y ella no dijo nada, nada, hasta que los descubrí... —Volvió a callar.

Los ojos marrones se clavaron en la mordaza que cubría la boca de la chica. De repente, se levantó de golpe y haciendo una mueca por el dolor, se acercó hasta ella y llevó sus largos dedos hasta el cuello de encaje de la blusa. Ella gruñó a través de la mordaza, pero él no le hizo ni caso. De una arrancó todos los botoncitos, dejando el escote abierto de par en par, y ver las elevaciones de esos pechos y un corsé de los más primorosos que hubiera visto.

—Santo Dios —murmuró para sí mismo—. Qué belleza, qué perfección. Si mi hermana estuviera viva, te envidiaría nada más verte. —Pasó las manos por encima de esas elevaciones, a pesar de que la muchacha se movía intentando evitarlo, pero siendo consciente de que su poca movilidad se lo impedía. Él agarró la silla y la zarandeó—. ¡Estate quieta o probarás mi mano en varias zonas de tu cuerpo! —La amenaza fue acertada. Ella se quedó quieta.

Sus pechos subían y bajaban de forma presurosa, angustiada, pero era lo único que se movía en esos momentos. Él volvió a pasar la mano por la piel descubierta, acariciándola, despacio, disfrutando del momento. Cerrando los ojos y deslizando la yema de los dedos por el cuello, para seguir por la línea de la mandíbula y posarla encima de la mordaza y seguir por el pómulo y rodear los ojos, para llegar hasta el pelo y enterrar las manos en esa melena espesa y rizada.

—Hasta tu pelo es lujurioso, es como tus pechos, como tu boca, excitante, provocador... —Sacó las manos del pelo y fue a sentarse otra vez, sabiendo que estaba excitado y que ella lo iba a notar enseguida. Se abrió de piernas y efectivamente, esos ojazos se clavaron en el bulto del hombre—. Lo siento, querida. No lo puedo evitar, llevo tanto tiempo deseándote, que ahora, al hablar de todas estas cosas, al contarte mis oscuros secretos y verte así, tan bella y tan vulnerable, mi cuerpo reacciona. Es la naturaleza humana, a veces somos como animales, ¿no te parece? Te voy a contar cómo fue y cuándo, que decidí el futuro de mi familia. Ya te he dicho que había otro hermano, pero murió antes de cumplir un año. Por aquel tiempo, madre pasaba mucho tiempo acostada y entre Patti y yo, hacíamos las tareas y ayudábamos a padre. Él también nos enseñó a leer y escribir, de hecho, lo hacía desde siempre, formaba parte de la instrucción a la vida, al futuro. Terminamos de cenar y nos puso tarea, madre estaba acostada y cada vez que se acercaba a Patti para ver cómo escribía o leía, se frotaba contra su espalda. Él se daba cuenta de que yo me daba cuenta. Al terminar, dijo que había que ir al establo a ordenar y que yo debía ir también. Me quedé de piedra, para qué quería que yo fuera, enseguida lo supe. Al entrar cerró la puerta, una vez pasamos Patti y yo. —En esos momentos,

Taylor vio como llevaba la mano a la bragueta y se abría la tela para sacar el miembro tieso y acariciarse mientras seguía con la vista clavada en ella y seguir hablando—. Mi padre dijo que sabía lo que hacíamos por la noche en la habitación y que le excitaba tanto, que deseaba verlo con sus propios ojos. Yo, estaba muy nervioso, pero Patti soltó una de sus risitas y sin más preámbulos y viendo la cara de pánfilo, aparte de asustado que yo tenía... —El hombre se tocó mientras hablaba, pero de una forma relajada, acariciándose despacio, pasando una mano y luego la otra, de modo que el pene no quedara sin sujeción—..., no dejaba de ser un crío camino de los once, más o menos; o tal vez ya los había cumplido, bueno, como te decía, mi hermana se acerca a mí y me baja de una los pantalones, dejando mi pito al aire, pequeño y lampiño. Otra risita escuché, y deseé con todas mis fuerzas estrangular el blanco y suave cuello de mi hermana. La voz de mi padre, sonó ronca, pero al mismo tiempo tierna. Venga Patti, qué le haces al chaval, qué le haces para que esa cosa se ponga en marcha. Por lo que he podido oír y deducir, te la metes en la boca, ¿eh, mi niña? Ella movió la cabeza afirmando y se acercó a mi pene. Yo era una estatua, solo movía los ojos, nada más. Los puños cerrados, pegados a los muslos y el pequeño apéndice que comenzaba a crecer en cuanto ella empezó a magrearlo. La risa de mi padre se escuchó amortiguada por una de sus grandes manos, que se llevó a la boca y sus ojos grises, era en lo único que no nos parecíamos, miraban sin parpadear. Pero en cuestión de un segundo, le dio una orden a la hija. Desnúdate, le dijo. Y ella, obedeció en el acto, tan rápida fue, que casi ni lo aprecié y al momento, estaba desnuda al lado mío. Tenía los pechos un poquito más crecidos y ya comenzaba a salir algún pelito en el monte, pero su vulva todavía era rosada y gordita. Mi padre se acercó a nosotros y entonces, me di cuenta, de que estaba con la polla fuera de los pantalones y la tenía gorda y dura como yo la tengo ahora. ¿Te gusta Taylor, te gustan las pollas duras, grandes? Me ha crecido mucho desde entonces —añadió, moviéndola de un lado a otro y sonriendo ante la quietud de la joven—. Las manos de padre, recorrieron la entrepierna de Patti y ella, hizo lo mismo conmigo. Yo no pude evitar dar un respingo y que saliera un

espasmo de mi boca y mi padre se rio ante ese estallido de placer y llevó sus dedos a mi polla. Me tocó, me tocó lo que quiso y yo me aturdí, sin saber qué pensar, sin comprender por qué me tocaba, si yo no era una niña, su niña, su conejito. Pasó los dedos por donde quiso, tocándome el miembro, tocándome los huevos, tocando el ano, acariciándome el culo y entonces nos acopló, como si fuésemos una yegua y un semental. A ella le dijo que abriera las piernas y a mí me colocó entre ellas. Ahora, me dijo, ves metiéndola por la hendidura y aunque encuentres resistencia, sigue, ¿de acuerdo?, preguntó mirándome, ya verás que gusto te da. Y tú mi niña, no cierras los muslos, ¿de acuerdo? —De repente, cerró la boca y le dio a la mano con fuerza, sin dejar de mirar los pechos de Taylor. Venga, venga, venga, hasta que eyaculó en cuestión de un par de minutos, mojando la piel de ante marrón con el esperma.

Respirando agitadamente, se miró los pantalones y torció la boca en una mueca de indiferencia. Volvió a mirarla y mientras escondía el pene medio flácido, terminó de contar.

—Yo fui el que desvirgó a Patti y mientras lo hacía, él se la cascaba mirándonos con los ojos desorbitados, al tiempo que decía, así se hace chaval, así se hace. Dale fuerte, encula joder, encula, repetía una y otra vez. Después pasó algo que me descolocó. Patti se puso a lloriquear, acercándose a padre, y diciendo que eso no valía, que a ella no le había gustado eso y que deseaba disfrutar también. Tenía un poco de sangre entre los muslos, como yo en el miembro, muy poca la verdad y entonces, padre me cogió por un brazo y me zarandeó, mirándome a la cara, me dice, no puedes dejar así a nuestra niña, venga tócala y dale gusto. Mira cómo se hace y aprende. Se sentó en la famosa alpaca, y la colocó entre sus piernas, tocándola por los muslos, luego las tetitas, la barriga y cuando ella se abría otra vez, frotando con los dedos. Ella comenzó a gemir y yo, me volvía a excitar y mi padre se volvió a reír. Ya no esperé a que dijera nada, la toque por todos los sitios, haciendo que se corriera varias veces y al ver que mi padre estaba con otra erección de caballo y que ella le tocaba, yo también hice lo mismo. El muy cabrón, tenía cuatro manos dándole placer y disfrutaba como un loco.

Silencio.

Los ojos del hombre miraron a la chica, pero esa mirada la traspasó, pues era como si mirase al vacío.

—Le meneamos la verga entre los dos y le amasamos los huevos una y otra vez. Yo repetía lo que hacía ella, por donde pasaba las manos, las pasaba yo, si ella apretaba más fuerte, yo también y si lo hacía más flojo, yo hacía lo mismo. Él rugía como un toro, se retorció de placer y entonces, fue en ese momento cuando Patti me dijo, venga, chupa, vamos. Y yo obedecí, me metí la polla de mi padre en la boca y chupé con ansia, viendo como ella posaba su boca en la de él y se devoraban uno a otro. Se corrió en mi boca y yo, con los ojos clavados en ellos, vi como Patti separaba una milésima la boca abierta y dejaba caer su saliva dentro de la boca abierta de mi padre. —Hizo un silencio y se recreó con la rojez de la muchacha, soltando una pequeña carcajada.

—¿Qué te parece mi inicio sexual? Fuerte, ¿eh? Pero no te equivoques, nunca me han gustado los hombres, ni comer pollas, no. De eso nada. Fueron las circunstancias, pensé que, si no hacía lo que él decía, me daría una paliza que la recordaría toda la vida. Sí, eso pensé. El hecho de que se me pusiera dura, eso..., eso, no lo podía controlar, ni evitar. El cuerpo va por libre, como ahora. Me he corrido recordándolo, pero mirándote a ti y queriendo hacértelo a ti y sabiendo que eso no va a ser posible. —Llevó los ojos al LeMat y volvió a mirarla.

—¿Sabes para qué es? —Dejó pasar un par de minutos sin dejar de mirar a la joven. Dándose cuenta de que esas bolas turquesas brillaban por el efecto de las lágrimas acumuladas, pero que dura como ella sola, logró evitar que se deslizaran por esos pómulos esculpidos.

Él sonrió de buena gana.

—Eres valiente, ya lo creo. Muy valiente —murmuró, más para sí mismo, admirado por esa joven mujer—. Bueno, te voy a contar el final de la historia. Una noche, no muy lejana de esa primera noche, y repitiéndose la orgía familiar todas las putas noches... —Arrastró esas cuatro últimas palabras, para continuar—... cuando todo el mundo estaba acostado y durmiendo, salí sigilosamente de la

habitación y cerré por fuera, la habitación de los viejos también. Mi padre tenía los cerrojos por fuera, para encerrarnos como castigo cuando él lo creía oportuno. Así que, los encerré y prendí con los rescoldos que todavía quedaban en la chimenea de la cocina, todas las zonas posibles de arder con más facilidad. Ya sabes, los raídos cojines que lucían algunas sillas, el viejo sillón de padre, las tristes cortinitas que adornaban las ventanas..., y teniendo en cuenta que todo era de madera..., pues, te puedes imaginar. Salí afuera, cerrando bien la puerta y comprobé que las contraventanas estaban bien cerradas. Sin más dilación, me fui hasta el establo y me acurruqué en un rincón, mientras entre las ranuras de las tablas, veía como la casa ardía, esperando oír algún grito de alguno de ellos. Pero nada de eso ocurrió. Ya sabes el dicho: el humo mata y el fuego remata. —Sonrió ante el refrán y continuó—. La casa se consumió. Ardió parte de un viejo olmo que estaba cerca del porche, pero el resto de la arboleda circundante estaba alejada de la casa, así que no hubo más desperfectos. El establo estaba algo alejado, cerca del bosque y las llamas no llegaron hasta mí. A la mañana, unos vecinos del pueblo, me encontraron acurrucado y medio desnudo, tirado en el suelo y mirando los escombros. Dieron por sentado, que yo pude escapar de ese infierno y los demás no. Me mandaron con un hermano de mi padre y su esposa, al otro extremo del estado; pero antes del año, murieron en un accidente de carreta y entonces fui a parar a la casa de la hermana de madre..., y ahí me quedé. Menuda historia, ¿eh?

Taylor se mantenía estoica, sin moverse, solo sus ojos demostraban el miedo, el no saber cómo iba a acabar todo esto.

La voz del hombre volvió a llenar sus oídos.

—Una vez que me instalé en casa de mi tía y su marido, todo fue como la seda. Buena educación, buena ropa, buen alimento y una dosis de cariño agradable y natural. Natural, esa es la palabra. Familiar y natural, no lo vivido anteriormente. Por eso, después de terminar la guerra y aparecer tu hermosa persona por Charleston, pensé que estabas destinada para mí; estaba convencido de ello. —Volvió a callar y clavó la mirada en ella. Una mirada triste, dolida. Con voz ronca y algo ida, le preguntó—. ¿Cuánto crees que tardará

en encontrarte? Tal vez esté todavía en Boston, o tal vez no. Igual se ha ido a ver todas esas fábricas que tiene por el norte; pero tus criados habrán puesto un cable para que llegue hasta él. Para que él sepa que su muñeca ha desaparecido. Vendrá como un príncipe azul, como un caballero andante para rescatar a su dama. Cuando te vea así, tal vez piense que te he poseído, y aunque lo niegues mil veces, tal vez no te crea. Tal vez debería marcar esa piel tan nívea, para que tengáis un recuerdo mío, ¿no te parece? —Volvió a quedar en silencio.

Sin dejar de mirarla, sin pestañear.

De repente escuchó un sonido y bajó la mirada al suelo, a los pies de la silla, viendo formarse un charquito de orina.

—¡Oh, lo siento, querida Taylor! Han pasado muchas horas desde que te engañé para que entraras en la casa de tu antiguo admirador. Si tardan mucho en llegar, tu hombre te va a encontrar en un charquito de mierda y orines. ¡Qué se le va a hacer!

El hombre se levantó y ella lo miró asustada.

Thomson le mostró una radiante sonrisa, se dirigió hasta la mesa, donde la vela se iba consumiendo, y cogió el revólver mirándola sin pestañear y siendo consciente del horror que reflejaban esos ojos. Por un momento, se permitió el lujo de apuntar hacia ella, de colocar el cañón del arma, a escasos centímetros de la sien, para ir bajando y apuntar al pecho que respiraba precipitadamente y que la muchacha creía, que el corazón se le iba a salir de su sitio de lo veloz que palpitaba. Pero en cuestión de un segundo, vio como llevaba el arma hasta la boca, abría, metía el cañón y apretaba el gatillo, llenándose los oídos del atronador ruido y notando como su cara y su cuerpo recibían las salpicaduras de la sangre del hombre y caía al suelo, cerca de sus pies, con el cráneo destrozado.

Todo era sangre y sesos.

Tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para controlar la respiración, para no dejarse llevar por el pánico y no ahogarse con sus propios suspiros, con el trapo que no solo la amordazaba, sino que entraba en su boca y que, si lo aspiraba, si llegaba más adentro, la asfixiaría.

Tranquila Taylor, se dijo a sí misma, ya no puede hacerte daño, ningún daño. Está muerto, Taylor, muerto, muerto, muerto, se repetía una y otra vez, dejando que las lágrimas corrieran a su libre albedrío. Respira despacio, despacio, no te ahogues con el trapo; ya..., ha pasado todo. Todo. Respira, despacio, respira, despacio. Así, otra vez. Otra vez.

Miró a su alrededor, para clavar los ojos en la vela que se iba consumiendo y después, llevarlos hasta el cadáver de Thomson. No debía perder la calma, tarde o temprano la tendrían que encontrar, ¿no? Sería uno de los sitios donde tendrían que buscar, ¿no? Notando como volvía otra vez a vaciar la vejiga, sin poder evitarlo, se dispuso a tranquilizarse, sabiendo de sobra, que esas ligaduras estaban tan bien hechas, tan fuertes y cerradas sobre su piel, que no le daban lugar a ningún movimiento.

Cuando poco tiempo después, la vela terminó de consumirse y quedó en total oscuridad, solo se escuchaban los leves gemidos que ella producía y algo, que parecía ser, el ruido del viento en el exterior.

Nada más.

CAPÍTULO 23

No supo cuánto tiempo estuvo así, ya que llegó un momento, que creyó rozar la locura, pero cuando sus oídos captaron ruido en el piso superior, cuando escuchó las fuertes pisadas, las puertas abrirse y cerrarse de golpe, esa voz masculina que daba órdenes y que conocía tan bien, su corazón comenzó a acelerarse y su garganta hizo ruidos, lo más que pudo, creyendo que se podían oír allí arriba.

Él había llegado, la había encontrado.

Al abrirse la puerta y golpear contra la pared, las lágrimas corrían por las mejillas de la muchacha y la boca magullada por la mordaza, intentaba moverse sin conseguirlo. Cuando las manos del hombre, quitaron con toda la delicadeza posible, ese taponamiento, sacando el trapo que se hallaba dentro de la boca, ella notó la rabia contenida del esposo. Rompiendo a llorar de una, soltando los gemidos y lamentos que se había tragado durante más de veinticuatro horas y una vez suelta de manos y pies, se abrazó a Ralph con un lamento penoso, sin saber qué decir, sin poder hablar de lo sucedido y temiendo que él creyera, que habían pasado más cosas de las que realmente ocurrieron.

Él la calmó, la tranquilizó, mientras miraba el cráneo destrozado del ex teniente, deseando con toda su alma que hubiese estado vivo para matarlo con sus propias manos. Le cerró el escote del vestido como pudo y cogiéndola en brazos la sacó de ahí, para llevarla a casa, al tiempo que mandaba a uno de sus hombres que fuera en busca de las autoridades, para hacer el levantamiento del cadáver y que luego le tomaran declaración a Taylor.

Esa noche, después de bañarse, comer algo y pasar un rato con sus hijos, contó al juez lo que había ocurrido; cómo la engañó, diciendo que su esposa estaba con él, para que pasara a verla, y cómo le dio un golpe en la cabeza nada más entrar, dejándola

inconsciente. La joven relató los acontecimientos, mirando los ojos grises, viejos y amistosos del juez, sin atreverse a desplazarlos hasta el esposo, que permanecía en segundo plano y no le quitaba la vista de encima. Tenía la boca lastimada, de estar tanto tiempo amordazada, enrojecida, algo inflamada y agrietada; y como seguía con la sensación de tenerla seca a más no poder, por la falta de agua, bebía constantemente de una copa de fino cristal, dando pequeños sorbitos para hidratarse y mojándose esos labios, que el marido no dejaba de mirar como el resto de su persona. Fue relatando los acontecimientos, tal y como los recordaba: que despertó sentada en una silla, atada de pies y manos y con la mordaza puesta, que pronto se dio cuenta de que estaba en un sótano, que el señor Thomson (siempre se refirió a él, de esa manera), hizo acto de presencia con una vela, fue entonces cuando vio dónde estaba, y con un revólver, dejando ambas cosas encima de la mesa.

El juez le preguntó qué pensó cuando vio el arma.

—Pues, la verdad, pensé en todas las posibilidades. En que fuera para mí, para matarme, para tenerla a mano por si llegaba alguien, para matarse él... Sinceramente, era todo tan irreal... Se quejó del dolor de la pierna, de que no dejaba de dolerle nunca y me di cuenta de que tenía las pupilas dilatadas y pensé, que habría tomado alguna de esas drogas que decían que consumía. —El rostro de la muchacha, a pesar de la boca magullada, estaba hermoso como siempre y los ojos de Ralph la devoraban, sintiendo una compleja sensación de sentimientos.

De amor por ella, del pánico vivido desde que llegó el cable con la noticia de la desaparición de la joven, del odio que sentía hacia el hijo de puta de Thomson, pero, sobre todo, de pensar que ese cabrón le hubiera puesto la mano encima, no solo para golpearla. Ella ya había hablado con él antes de llegar el juez. Él le había preguntado directamente, sin preámbulos de ningún tipo, si la había forzado y ella contestó que no; sin dudarlo, mirándolo a los ojos.

El hombre escuchó la voz del juez y vio como Taylor se volvía a mojar los labios con el agua.

—¿Parecía drogado? —La joven, con esos inmensos y extraordinarios ojos, clavados en el rostro arrugado del hombre, no era consciente del efecto que causaban en los demás, especialmente en el sexo masculino, aunque fuese un anciano, o casi.

Pero el juez Pullman, a pesar de embobarse con la belleza de la esposa de Hathaway, estaba muy atento a todo lo que decía y a todos los gestos de ese bello rostro. Viendo que la joven tenía templanza y que no dudaba en ningún momento.

—Tuve la sensación, de que era muy consciente de lo que estaba haciendo. Y después de todo lo ocurrido, creo que lo tenía planeado tal y como sucedió. Creo que quería suicidarse delante de mí, algo así como..., como un acto de amor. —No vio como la dentadura del esposo se enclavijaba al oír esas palabras.

—¿Estaba enamorado de usted? —La muchacha no pestañeaba. Vestida con una falda de seda azul noche y una sencilla blusa blanca de encaje, con el fondo de seda, el cabello recogido con unos pasadores detrás de las orejas, se mantenía tiesa, sentada casi en el borde de un comfortable sillón, de una de las salitas del piso inferior. El juez enfrente, su secretario al lado, tomando nota de todo y el esposo en un rincón, de pie, apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho.

—No tenía ni idea de lo que ese hombre sentía, hasta que abrí los ojos y lo vi. Lo primero que pensé, es que estaba loco, loco de atar y el pensamiento siguiente y deseo también, fue que me quitase la mordaza para poder hacerle entrar en razón. Me moví con fuerza para que se diera cuenta de lo que deseaba, pero se enfadó y me amenazó, diciendo que, si me caía, me iba a dejar en el suelo; que no tendría fuerzas para levantarme, o que tal vez, no quisiera hacerlo. Estuvo muy claro para mí, que yo tenía que estar quieta y oír todo lo que tuviera que decir. Quería que yo escuchara, durante el tiempo que él considerase oportuno, todo lo que deseaba contar. Se acomodó en la otra silla, enfrente de mí, igual que está usted, y comenzó a contar cosas de su vida. De hecho, durante el tiempo que estuvo hablando, se le veía muy satisfecho de tenerme como oyente, aunque fuese de esa manera: forzada y humillada. —Esas

palabras fueron dichas con dureza, mientras el juez no apartaba la vista de la muchacha y le daba a la cabeza, para que se sintiera cómoda y tranquila, observando también, como de vez en cuando, estiraba las mangas de esa preciosa blusa para tapar las marcas que había dejado la cuerda sobre las delgadas muñecas. Quiso saber qué es lo que le contó y ella relató un poco por encima, sin entrar en detalles escabrosos, que él había sufrido abusos sexuales por parte del padre y de la hermana y que los había matado, a toda su familia, quemando la casa cuando contaba diez u once años. Contó que cuando la conoció en Charleston se había hecho ilusiones con relación a ella y que estaba convencido de que al volver a Boston podría cortejarla. Añadió que se enteró de la boda con Ralph en La Ciudadela, echándole la culpa del accidente que lo dejó lisiado, por no dejar de pensar en ella y no prestar atención a lo que estaba haciendo.

Ante la pausa y el silencio que se produjo en ese momento, el juez tomó la palabra.

—Dígame, señora Hathaway, ¿le dio alimento o bebida en algún momento? —La voz sonó agradable y cortés.

—No, señorita. Su deseo era hablar y hablar y hablar y que yo lo escuchase sin mediar palabra. En ningún momento me quitó la mordaza.

—¿Tampoco dejó que usted..., pudiese hacer sus necesidades, en todo ese tiempo? —La pregunta incomodó al juez, pero la joven no se molestó para nada.

—No. Estaba muy claro que eso no le preocupaba lo más mínimo. —Fue la contestación corta, clara y concisa, sin explayarse en el tema. A fin de cuentas, tanto su marido como los demás habían visto el charco de orina debajo de la silla; sobraban las palabras.

—¿Cuándo decidió acabar con su vida? —La joven tragó saliva y se humedeció los labios, sacando la puntita de la lengua, hecho que provocó que las miradas de los tres hombres fueran hasta esa zona, pero enmendándose al momento, menos el esposo que siguió mirando esos labios que tan bien conocía.

—La verdad, me asusté mucho, porque cuando ya no tuvo más que decir, se levantó, cogió el arma y me apuntó a la cabeza. Yo

estaba muy nerviosa, por un momento pensé que me iba a matar y después se mataría él. —Hizo una pausa y recordando, se llevó una de sus delicadas manos a la garganta, dejando ver la marca de la cuerda, sin ser consciente de que el juez y el secretario clavaban los ojos en ella, dándose cuenta de la profundidad de la lesión—. Creo, creo que ha matado a Viviane. —Ese comentario llamó la atención de todos.

—¿Por qué dice eso, querida? —La voz del magistrado sonó cálida y curiosa.

—Porque lo dije. Dijo algo así, como que he tenido valor para matar a mi mujer, pero no tengo valor para violarte. No recuerdo si eran las palabras exactas, pero vino a decir eso.

—Tranquila, todo se andará. Estábamos en que le apuntó con el arma...

—Sí, me apuntó y seguidamente, se la llevó a la boca y..., disparó. —Volvió a tragar saliva, los ojos se le humedecieron ligeramente, pero no derramó ni una lágrima.

El juez Pullman estaba asombrado, de que después del episodio vivido, la joven no estuviera histérica y llorando como una plañidera; habría sido lo más normal. Pero él ya se había percatado de que la joven esposa de Ralph, era todo y más de lo que había oído por la comarca. Que aparte de ser bella, era generosa, simpática y un poquito rebelde. Pero, sobre todo, valiente.

—Ya está, querida señora. No son necesarias más preguntas —dijo, poniendo una de sus arrugadas manos sobre las manos de la joven, que permanecían unidas en el regazo—. Ahora tiene que descansar y olvidar todo esto.

—No creo que lo olvide, juez Pullman. Algo así, queda grabado de por vida —sentenció, mirándolo con esos ojos turquesa, haciendo que el hombre al levantarse del asiento, moviera la cabeza en señal de afirmación.

—Tiene toda la razón, querida. Toda la razón —añadió y se giró hacia el marido—. Dígame, ¿pasó por la casa de Thomson antes de venir aquí?

—Sí. Por la casa de la ciudad, sí. Los criados dijeron que se habían ido a Cabo Cod —explicó Ralph, saliendo de la oscuridad

donde se había colocado para escuchar a su mujer, sin fijarse en que la mirada de ella lo buscaba con voracidad—. Dudé si ir hasta allí, pero lo pensé mejor y opté por venir aquí y mandar a dos hombres hasta la casa del cabo. Pronto sabremos algo.

—Bien. Esperemos que la señora Thomson no haya corrido suerte semejante, pero me da... que el muerto, bien pudo haber matado a la esposa y después venir hasta aquí. O también es probable, que la matase aquí y el cadáver pueda estar oculto en algún lugar, enterrado por las cercanías o en el bosque.

—Lo creo poco probable. —Fueron las palabras de Ralph.

El juez, con la cabeza hacia atrás para mirar a los ojos del hombre, enarcó las hirsutas cejas en señal interrogante.

—¿Y eso? —Antes de que la voz grave y algo ronca de Ralph contestase, lo hizo la muchacha.

—No le gustaba el campo. —Fueron las palabras que salieron sin pensar y al ver la mirada del esposo, se mordió la lengua.

—Exactamente. A Viviane no le gustaba el campo, nada, nunca le gustó. Solo acudía como invitada a las casas de sus amistades o conocidos. Esa casa la compró su anterior marido y ella venía poco más que obligada, cuando estaba casada con Davenport.

—Entiendo. Bueno, no adelantemos acontecimientos. —Puso sus piernas en movimiento, al tiempo que le hacía una señal al secretario para que le imitase, saliendo de la casa y dejando a la joven pareja a solas, que buena falta les hacía. Se volvió, para mirar por última vez a Taylor que se había levantado y lo miraba con ese rostro angelical, y se acercó para tomar su mano, inclinarse y besarla, sin apenas posar los labios.

—Le deseo lo mejor. Recupérese y disfrute de su familia y de la vida —le dijo con una sonrisa.

—Gracias, juez Pullman. Eso haré, no lo dude. —La mirada oscura como la noche, la contempló sin pestañear.

El juez y su secretario, se miraron, notando la tensión palpitante que en esos momentos inundaba la pequeña sala. Antes de irse, Pullman preguntó a Ralph por su madre y este le contó, que seguramente llegaría mañana, ya que debido a todo lo sucedido, él

no quiso perder tiempo para llegar aquí y poder encontrar a su esposa.

—Dele recuerdos, por favor y dígame también, que estaré encantado de que me acompañe alguna tarde para tomar el té. —Ralph asintió con la cabeza y los acompañó hasta la puerta principal, donde les esperaba el mayordomo con sus sombreros y el carruaje en la puerta.

Volvió a la sala y vio a su esposa sentada en el mismo sitio y envarada como cuando estaba contestando a las preguntas. Se acercó y se arrodilló a sus pies, clavando la mirada en ese rostro que tanto amaba, y tantos quebraderos de cabeza le ocasionaba. Bueno, tampoco debía ser tan duro, para la buena verdad, las alegrías eran constantes, pero esto último...

Dios, había sobrepasado todo lo imaginado. Si algo grave, más grave, le hubiera pasado..., no quería pensarlo, pero lo pensaba. Así eran las cosas. Estaba tan enfadado, tan nervioso y con unas ganas tremendas de partirle la cabeza a ese cabrón, deseando con todas sus fuerzas que siguiera con vida, para darse el gusto de molerlo a palos. Maldito hijo de la gran puta, maldito cobarde...

—¿Crees que Viviane estará muerta por mi culpa? —Esa pregunta hizo que Ralph dejara correr sus pensamientos de venganza y mirase a esa mujer tan preciosa, tan amada, hacer esa pregunta, preocuparse por su antigua cuñada, cuando sabía de sobra lo que era, o lo que había sido.

—Ni se te ocurra pensar algo así. Tú no eres responsable de nada. Tú has sido víctima de ese mal nacido y lo que haya hecho con su mujer, no es asunto tuyo. Lo que faltaba, que te preocupes por ella..., por esa indeseable. —La muchacha lo devoró con sus bellos ojos, sabiendo cómo pensaba. Las manos de él, cogieron las suyas y en la misma posición, siguió hablando—. Tienes que acostarte y descansar. Venga, vamos arriba. —La figura alta y fuerte, se cernió sobre ella.

—No, todavía no. —La mirada del esposo no se apartó, e intuyendo que había algo que quería contar, tomó asiento en el mismo sitio que había dejado el juez.

Con las manos unidas, notando como uno de los largos dedos rozaba la zona cercana a la magulladura de la muñeca, Taylor movió los labios y la mirada masculina bajó hasta esa boca, para ver cómo se humedecían y salían las palabras.

—No he contado todo lo que pasó. —Fueron las palabras dichas en tono bajo y algo tímido. Vio como la mandíbula de su marido se tensó y las palabras, dichas con algo de brusquedad, salieron de golpe.

—Dijiste que no te forzó, que solo te tocó el escote y la cara. — Ella movió la cabeza con rapidez.

—No, no es eso. Ya has oído lo que le he contado al juez Pullman. Todo lo que he dicho es verdad, pero algunas cosas me las he callado, porque eran demasiado soeces y..., a fin de cuentas, él está muerto. Él dijo que no podía hacer una cosa así. —Se acercó un poco más a él y añadió—. Dijo que, si intentaba hacer eso, antes de entrar en mí, se le pondría blanda como una pelusa. Pero no era eso lo que quería decir. Cuando contó los abusos que sufrió de pequeño, fue muy explícito, y explicó con todo tipo de detalles, las cosas que le hacía el padre a la hermana y todo lo que se hicieron entre los tres. Lo llamó: orgía familiar. Y cuando estaba contando eso..., hubo momentos, en que comparaba a su hermana conmigo, o al revés..., y se iba excitando según hablaba. —Ella, bajaba en algún momento la mirada, pero enseguida volvía a mirar los ojos azul oscuro.

—Sigue, Taylor —pidió el marido, mientras su rostro se mostraba serio, intentando no perder los nervios, sobre todo, para no asustarla. Quería saber todo lo que pasó, todo lo que tuvo que vivir y sufrir, pero la imaginación era tan libre y tan real, que ya estaba viendo lo que venía a continuación.

—Pues se excitó, se puso duro. —Bajó la cabeza y los largos dedos del hombre se colocaron debajo de la barbilla y elevaron el bello rostro.

—Mírame mientras me hablas. Sabes que tenemos confianza, el uno en el otro. Absoluta confianza, ¿verdad, mi amor? —La voz profunda, le dio tranquilidad y afirmó en silencio—. Muy bien. Suéltalo, todo, no te guardes nada. ¿De acuerdo?

—Sí. —Hizo una pequeña pausa y continuó—. Como te he dicho, según contaba todas esas cosas que hacían padre e hija y después él también, se puso duro y..., sacó su miembro. —Tragó saliva, porque a pesar de la confianza, como él decía, le daba vergüenza contarle, pero, sobre todo, sabía que a Ralph no le gustaría que ella hubiese sido testigo de una masturbación de otro hombre, de ese hombre—. Bueno, pues eso. Se tocó y se...

—Se corrió delante de ti. —Los ojos turquesa lo miraban sin pestañear, escuchando esa voz que tanto le gustaba y que muchas veces la asustaba, pero no la amedrentaba. Él continuó—. Disfrutando de tenerte delante, de que tú vieras su miembro endurecido, en parte por lo que recordaba, pero en especial, porque tú fueses testigo de todo ello. Ya que no se atrevió a forzarte, por lo menos se conformó violentándote de una manera visual. —Terminó la frase, intentando evitar el bochorno de la joven, pero sin conseguirlo.

—Sí, supongo que fue así, como lo has dicho.

—Ya está. Ni te obligó a tocarle, ni te besó, ni nada por el estilo.

—Estuve siempre atada, desde que desperté hasta que me encontraste. Atada y amordazada. ¿No se nota? ¿Cómo iba a tocarle? —La pregunta salió entre gemidos y rompió a llorar, llevándose las manos al rostro.

Él se levantó de golpe y cogiéndola en volandas, la sentó en su regazo.

—No llores, mi amor, no llores. Ya ha pasado todo, ya. Dios mío, no sabes las gracias que doy porque estés sana y salva. Porque ese desgraciado no te haya maltratado, no te haya violado. Si se la machacó delante de ti, me molesta, me enfada, pero nunca contigo, mi amor. Tú no eres responsable de nada, absolutamente de nada. Y has hecho bien en callar, es algo que no se tiene porque saber. Pero has hecho bien en contármelo, yo sí debo de saber todo lo que paso. Soy tu marido y quiero saberlo todo.

Bajó el rostro hacia ella, acercándose a la boca, en espera de que ella se la ofreciera. Esa mirada turquesa llena de lágrimas le miró, y esos labios mancillados por una tela tosca, se ofrecieron. Él posó con suavidad los labios, acariciando la boca lastimada con ellos,

dando pequeños besos, pero sin utilizar el interior de los labios, ni la lengua. No era cuestión de ponerse duro como una estaca; no esta noche... Después de todo lo pasado.

La miró de esa forma que ella se sentía traspasada, y deslizó un dedo por el óvalo de ese rostro tan bonito.

—Cuando llegó el cablegrama, diciendo que no estabas en casa..., no puedo decir lo que sentí en esos momentos, fueron tantos sentimientos los que bombardearon mi cerebro, que me quedé paralizado por unos segundos, sin querer creer lo que estaba leyendo, al tiempo que sentía como se me erizaban todos los vellos de mi cuerpo. Solté por la boca..., imagínate, ya me conoces, ya sabes cómo me pongo. —Sonrió sin ganas, sin dejar de mirarla—. Tu repertorio de antes de conocerme, se quedó en mantillas ante todo lo que dije. Orlando estaba a mi lado y abrió los ojos como platos, pensando que se acababa el mundo o algo por el estilo. Era de noche, muy tarde, estaba todavía en la oficina a punto de ir a casa para salir al día siguiente con Deborah y Melissa y traerlas contigo. Di órdenes, escribí un mensaje para mi madre y me fui derecho a las caballerizas para venir hasta aquí. Cuando llegué, todos estaban sin dormir, preocupados hasta el infinito y cuando me vieron, aún se preocuparon más, porque lo primero que salió por mi boca, fue un amenazante: ¡rodarán cabezas! —Ella soltó una risita y él sonrió también, volviendo a pasar los dedos por el rostro y con la otra mano, deslizarla por el talle, arriba y abajo, rozando el contorno de un pecho. Solo rozarlo—. Sí, ríete, pero es lo que dije. Como si estuviésemos en la Edad Media. Seguro que Lucy, se llevó la mano al cuello —bromeó, sintiendo placer ante esa sonrisa que le brindaba su amor—. Me pusieron al corriente, diciendo que habían batido el bosque, la aldea y el cauce del río hasta varios kilómetros. Se me volvieron a poner los pelos de punta, de pensar que tu cuerpo estuviera en el río, que te hubieras ahogado. Pregunté si habían registrado las casas y dijeron que sí. Así, sin ver a los niños, la verdad, ni me acordé de ellos, fui a inspeccionar el río, queriendo ver con mis propios ojos el terreno y deducir qué pudiste hacer, cuales fueron tus pasos. Cuando vi el caudal, volví a sentirme mal, aunque sabía de sobra cómo baja el puto río por estas fechas. La

idea de que hubieras resbalado y te golpearas la cabeza, o te lastimases una pierna que te impidiera salir, rondaba mis pensamientos mientras recorría a caballo el lugar. Creía que me iba a volver loco mirando esas aguas, esas rocas y no encontrando ninguna señal. Después de pasar varias horas y perder un tiempo valioso, decidí registrar los sitios que supuestamente ya habían mirado. Entré en todas las casas de la aldea, pregunté a esas personas que conozco de sobra y que daba por hecho que no te podían hacer ningún mal, si te habían visto, si podían decirme algo, por insignificante que fuera. Después, al disponerme a recorrer las granjas, pregunté si la casa de los Davenport estaba ocupada, y todos se quedaron callados, sin saber qué decir. El mozo de la taberna, dijo que llevaba tiempo sin ver a nadie, pero que dos semanas antes había pasado por ahí el nuevo esposo de Viviane y que había comprado algunas cosas. —El rostro de la muchacha se mostraba atento y curioso a todo lo que Ralph estaba contando, como si el asunto no fuera con ella, como si estuviera oyendo una leyenda del lugar; sintiéndose cobijada y protegida, sentada en su regazo y notando esa mano grande y cálida que le acariciaba el costado, rozando el lateral del seno, como si de una pluma se tratara—. Le preguntó si se iba a quedar en la casa, si iba a pescar como Davenport, ya sabes lo curiosos que son los aldeanos. Curiosos y malpensados. Pero se ve que Thomson se los metió en el bolsillo con una rapidez asombrosa. Entre la cojera, llamativa de por sí, sabedores de que perteneció al ejército de La Unión y esa mirada juvenil, no cabía posibilidad ninguna de acto malvado. Si Davenport viviera, sí habrían sospechado de él, pero de este... Le contó al mozo que había ido a echar un vistazo a la casa y se volvía para la ciudad en un día o dos. Y así fue, al día siguiente volvió a pasar, hizo un poco más de gasto y se despidió, diciendo que seguramente volvería para el verano. Fue en ese momento cuando pensé que estabas ahí, que te había raptado. Ni me despedí. Subí al caballo, los que iban conmigo hicieron lo mismo y así fue como entramos en la casa. —Hizo una pausa sin dejar de mirarla, de comérsela con los ojos—. Cuando te vi, cuando descubrí que estabas viva, Dios, no puedo explicar lo que sentí. Fueron tantas

sensaciones, tantas emociones..., y al ver el cráneo destrozado de ese loco del demonio..., ¡joder! No te puedes imaginar las ganas que tengo todavía de matarlo, de que estuviera con vida y molerlo a golpes. —Ella llevó una mano al rostro del hombre y acarició la mejilla rasposa, mientras se miraban con deseo.

—Estoy convencida, de que no te habría dado esa opción. Por eso llevó el revólver consigo, para utilizarlo a la mínima señal de invasión.

—Sí, seguramente esos eran sus planes. Darte el susto de tu vida, dármelo a mí, y de paso, manchar tu honor. Ahora la gente es libre de pensar todo lo que le dé la gana. —Él miró hacia el vacío y ella volvió a llevar la mano a la mandíbula, para que la mirase de nuevo.

—Eso no me importa. Que piensen todo lo que quieran. Tú y yo sabemos la verdad y los que quieran creer nuestra versión, pues bien... Y los que no, pues que les den... —Él torció la boca, pero sus ojos sonrieron.

—Eres la mocita más valiente, más hermosa y más mal hablada de todo el estado. ¿Lo sabes? —Ella llevó las manos al cuello del hombre y acercó la cara.

—Lo único que sé, es que te amo con locura y que, sin ti, no soy nada. Nada. —Acercó la boca y besó al hombre de su vida.

Y ella no se contuvo, sacando la lengua y lamiendo, hasta conseguir que él hiciera lo mismo.

—Eh, para fierecilla... Tienes los labios inflamados y la piel lastimada —susurró pasando un dedo por el contorno de la boca.

La levantó y poniéndose de pie, la cogió en brazos y salió de la sala.

—Puedo andar. No estoy inválida. —Ronroneó cerca del cuello del hombre.

—Ya lo sé, mi amor. Me gusta tenerte entre mis brazos. De hecho, creo que es donde vas a estar los próximos cincuenta años —dijo mientras subía las escaleras y viendo la sonrisita del mayordomo.

—¿Y no pueden ser más? —preguntó, rozando con los labios la oreja masculina y haciendo que él soltara una risa ronca, por la

agradable sensación de que esos brazos delgados le rodearan el cuello.

—Serán los que tú quieras, mi cielo. Los que tú quieras.

La puerta de la alcoba se abrió y con una patada la volvió a cerrar.

—Chissstt, que vas a despertar a los niños —sonó esa voz sensual y risueña.

—Si los niños se despiertan, que sus niñeras los cuiden; porque la mamá, no va a salir de aquí en toda la noche.

EPÍLOGO

El cadáver de Viviane se encontró en el sótano de la casa de la playa. Tenía el cuello roto y encima de su voluminoso pecho, había una carta del autor de los hechos.

«A la atención de quién proceda.

Si esta carta está en poder de la Justicia, será señal de que yo, ya esté camino del infierno.

No voy a disculparme por la muerte de esta mujer, hasta hoy mi esposa, pero sí quiero que se sepa, las vilezas que ha cometido; por ese motivo, no tengo ningún remordimiento. Lo que les voy a contar, lo sé, porque ella me lo dijo. Y cuando esas palabras salieron por su boca, tuve muy claro cuál sería su final.

Cometió dos asesinatos, que fácilmente podrían haber sido tres, ese tercero habría sido yo.

Pero vayamos por partes; después del parto, y ante los acontecimientos que todos saben, estaba irascible como nunca y hasta violenta, y en un arranque de rabia, histerismo y maldad, me dijo que había asfixiado a la hija que tuvo de su primer marido, porque no podía aguantar que la gente la señalara como la madre de una hija retrasada, con un rostro que a todas luces daba y daría fe de ello. También me dijo, que había acabado con la vida de su segundo esposo, porque era un auténtico cabrón, maltratador y mal nacido, literal, y que lo fue envenenando poco a poco, pero una noche, que se levantó de la cama mareado y sin control de su cuerpo, cayó al suelo golpeándose en la cabeza. Comprobó que seguía con vida y cogiendo un candelabro, le golpeó con saña hasta producirle la muerte. Si buscan en la casa que compartió con Davenport, seguramente en la alcoba, encontrarán el objeto con restos de sangre, escondido en algún baúl. Al menos, esas fueron sus palabras.

No necesito disculparme por nada, ni por nadie. Ni pido perdón por lo hecho, porque no lo siento así.

Era una mujer perversa, insana y envidiosa al máximo. Creo que he cometido una obra de caridad social y que, en el mundo, hay una malvada menos.

A los que sí he ofendido, pido perdón.

Ellos saben quiénes son.»

Brad Thomson

Teniente de los Estados Unidos de América.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento, a las lectoras y lectores que me leen, que disfrutan con mis libros y que, sin vosotros, nada de esto sería posible.

Esta es la primera novela que autopublico en AMAZON, por lo tanto, miles de gracias a Mónica Gallart por el diseño de la portada y maquetación de: 'Carita de ángel', y por su amabilidad en contestar a todas las preguntas que me venían a la mente.

Muchas gracias a Manuel Zamora León, por la corrección; siempre es un alivio saber que un profesional pondrá los puntos sobre las íes.

Espero y deseo, que disfrutéis con la lectura de: 'Carita de Ángel'.

BIOGRAFIA DE TANIA SEXTON



Tania Sexton nació en un precioso pueblo del Pirineo aragonés, Sallent de Gállego, de la provincia de Huesca.

Llevaba muchos años en el mundo de la Estética, pero su verdadera pasión ha sido la lectura y la escritura. Lo que comenzó como un hobby de fines de semana, pues no había tiempo para más, lo dejó años después, harta de batallar con la máquina de escribir y negándose a las nuevas tecnologías. Lo retomó hace unos años, y ahora, no puede pasar sin su portátil, tableta y demás dispositivos, y escribir se ha convertido en una constante, en un disfrute; inventar historias de amor, o desamor, y situarlas en diferentes épocas y países, es para ella de lo más gratificante.

‘Carita de ángel’, es la séptima novela que publica, sumándose a los títulos: ‘Como hilos de cristal’, ‘Calla, nenita, calla’, la bilogía: ‘Ausencia’ y ‘Eres mía’, y las históricas: ‘Oscuro y perverso’ y ‘El Águila Negra’.

Su deseo es, que los lectores que descubran su obra, disfruten leyéndola, tanto o más que ella escribiéndola.

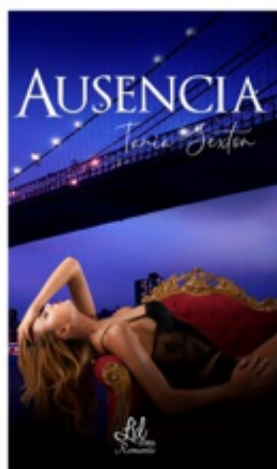
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



COMO HILOS DE CRISTAL
2017



CALLA, NENITA, CALLA
2017



AUSENCIA
2018



ERES MÍA
2018



OSCURO Y PERVERSO
2018



EL ÁGUILA NEGRA
2019

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFIA DE TANIA SEXTON
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA